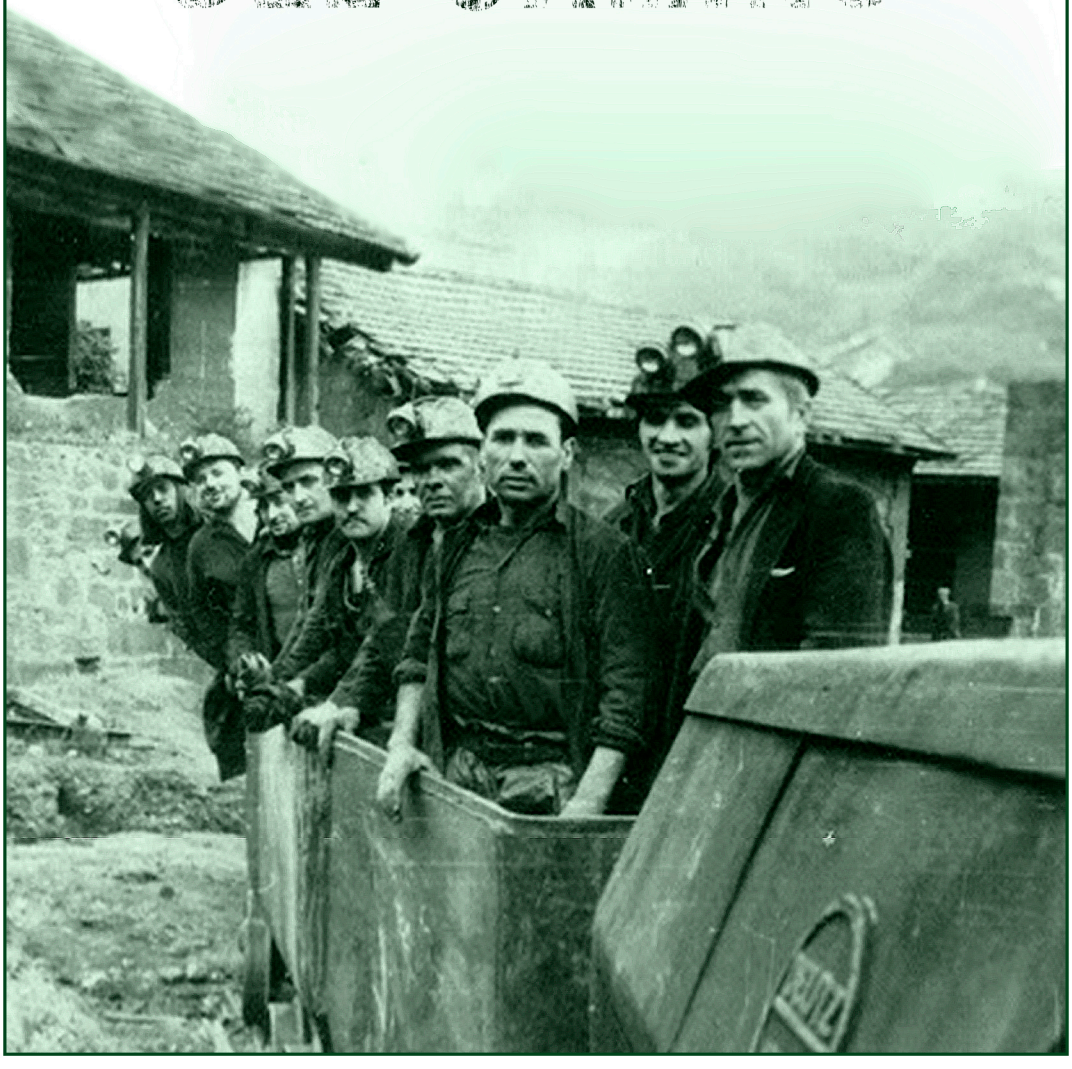
FERNANDO JIMÉNEZ OCAÑA

# EN ALGÚN LUGAR DEL CAMINO



Un mes después de la muerte de Franco, en plenos tiempos de efervescencia política, Julio Salazar se ve obligado a abandonar su casa y a enfrentarse a un incierto futuro itinerante.

Idealista, comprometido y solidario, descenderá a las profundidades negras e inquietantes de las minas turolenses y, desde allí, emigrará a los fértiles valles de Álava, donde luchará por subsistir día tras día mientras descubre una realidad de sacrificios, compañerismo, clandestinidad, sentimientos sorprendentes e inéditas pasiones.

Una historia humana excepcional con personajes fascinantes que conviven en una época épica especialmente cercana, narrada con profunda sensibilidad, extraordinaria precisión y la agilidad de las mejores intrigas.

# En algún lugar del camino

Fernando Jiménez Ocaña

**Fernando Jiménez Ocaña**

# EN ALGÚN LUGAR DEL CAMINO

Cubierta original: Zummum

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho /biblioteca.html

*A mi madre*

*A mis hermanos y sobrinos.*
*A la pequeña Lucía*

*A mis amigos de otros tiempos y de siempre,*
*Raquel Aguerri, Guillermo García Vera*
*y José Agustín Mayor Gimeno.*

*Mi agradecimiento a José Juárez*
*y Francisco Jesús Salas Calvo,*
*por su asesoramiento en los trabajos de minería.*

En los valles me pierdo,
en las carreteras duermo.
Ahora sopla el viento,
cuando el mar quedó lejos hace tiempo.
Cuando no tengo barca, remos ni guitarra,
cuando ya no canta el ruiseñor de la mañana.

*De la canción "Pájaros de barro"*
*Manolo García*

No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando la boca o ya la frente,
silencio avises o amenaces miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

*Francisco de Quevedo*

# I

Habían llegado silenciosos en la fría madrugada. El cuello hundido en el tosco gabán, las manos en el bolsillo y el bocadillo debajo del brazo. De uno en uno fueron subiendo la rampa de tablones que daba acceso al edificio en construcción. Subir hasta allí era como hacerlo a un buque destartalado flotando en el agua embalsada por las lluvias de noviembre. Lentamente los hombres se congregaron en el improvisado vestuario que correspondía, una vez terminado, al salón y a un dormitorio contiguo. Las pisadas sonaban ásperas en el suelo de hormigón que contrastaba con las paredes de gero forradas con carteles de chicas en bikini.

Se hallaban todos al completo: las cuadrillas del ladrillo caravista, los especialistas en levantar tabiques a la velocidad del rayo, los del forjado, que se ocupaban a la vez de la ferralla y del hormigonado, un grupo numeroso de albañiles con sus peones y diez encofradores de los más bragados de la ciudad. En total se podía estimar en un centenar de hombres los que estaban allí reunidos. Cada uno se fue situando ante la rudimentaria percha de tablas cruzadas, pespunteadas con enormes clavos del diez. Unos y otros se escudriñaban con el rabillo del ojo, sin decidirse a desnudarse y colocarse la ropa de

faena. En sus rostros soñolientos se notaba la perplejidad, cuando de repente se oyeron pasos en la rampa. Todas las miradas se dirigieron expectantes hacia esa dirección. En el vano de la puerta se recortaron las figuras de tres jóvenes, expulsando vaho por la boca, como si brotasen de algún lugar pavoroso.

–Buenos días a todos, compañeros.

La respuesta fue un murmullo de voces que recordó una bandada de pájaros emprendiendo el vuelo.

El que había saludado era un hombre de unos veinticinco años, de mediana estatura, dueño de una negra y larga barba, ojos muy vivos, que destacaban en aquel frondoso bosque de pelos. Su nombre era Irineo Montes, anarquista escapado de alguna de las novelas de Baroja. Sus dos acompañantes eran Anselmo Cortés, un albañil de enorme estatura, de unos treinta años, miembro del todavía embrionario sindicato anarcosindicalista, CNT, y que desde que Irineo saliera de la cárcel por actividades subversivas se había convertido en su sombra. El tercer joven se llamaba Julio Salazar. Andaría por los veintidós años, era algo más alto que Irineo, delgado, cabello rubio y gesto de ingenuo soñador. Su oficio era peón de albañil y sin pertenecer a ningún grupúsculo clandestino, desde que escuchó las arengas de Irineo decidió acompañarle incondicionalmente. ¿Cuál sería el embrujo de sus palabras que le impulsaban a seguirle como el caminante a la luminosa estrella? Sus discursos, preñados de ideas maravillosas, le hacían concebir en su imaginación la posibilidad de un mundo mejor para la clase trabajadora. Sin embargo, el sendero para

conseguir ese paraíso estaba lleno de trampas, que había que sortear con sangre y sudor. Julio Salazar lo había asumido y no le importaba embarcarse en esa nave amenazada por olas gigantescas. Es más, tan ominosa idea le espoleó a ser el primero en distribuir las octavillas que sacó del bolsillo del tabardo. Unas hojas volanderas que la noche anterior habían impreso con un rudimentario sistema llamado “vietnamita”. Una especie de bastidor de madera, cuyo cañamazo se iba embadurnando de tinta y se aplicaba al cliché que iba produciendo las copias de un modo lento y penoso. Sin saberlo, los que se dedicaban a tan secreta actividad estaban siendo los precursores del ingenio que apareció poco después: la multicopista. El joven entregó a cada uno de aquellos hombres una octavilla que leían al trasluz, a la vez que observaban atentos los labios del barbudo, esperando quizá la orden de comienzo a aquella extraña coral.

–¡Compañeros! –atronó la voz, temblándole la barba como una tela de araña–. Ahí están escritas nuestras reivindicaciones. Como veis, uno de los puntos importantes es mayores medidas de seguridad. En los seis meses que llevamos de obra tenemos que lamentar tres compañeros en el hospital y otro en una fosa del cementerio. Aparte de eso exigimos a la empresa una subida de salario lineal y una mayor inteligibilidad de las nóminas...

–¡Eh, barbudo! ¿Eso qué quiere decir? Habla en cristiano –le espetó uno, dándole una chupada al caliqueño, oculto el rostro tras la humareda.

–Las nóminas, compañero, que las hagan más claras. Hay conceptos que no se entienden.

–Lleva razón el barbas –gritó otro, que se había enroscado la octavilla en el dedo y parecía apuntarle con una pistola con silenciador–. No hay manera de entenderlas. Las embrollan para así quitarnos del sueldo sin que nos enteremos, ¡pandilla de maleantes!

Como para corroborar sus palabras, algunos obreros sacaron una arrugada nómina del bolsillo e intentaron descifrarla bajo la tenue luz de la bombilla. Pero de repente los papeles se agitaron en las manos en un estremecimiento general. Julián, el encargado, estaba martillando el trozo de raíl de tranvía, colgado de un trípode de madera. Era la señal de todas las mañanas para enganchar a trabajar. Los rudos rostros se miraron entre sí como si la respuesta estuviese en cada uno de ellos. Luego las miradas se volcaron en los tres activistas que mantenían el ceño grave. Habló la voz de Irineo con determinación:

–Compañeros, ha llegado la hora de demostrarles nuestra unidad. Debemos hacer ver al patrón nuestra postura ante las peticiones que legítimamente le plantea esta asamblea. O acepta o nos declaramos en huelga. Ya se lo hemos venido insinuando a lo largo de estas dos últimas semanas.

La palabra “huelga” produjo un latigazo helador en el ánimo de aquellos hombres. Casi todos sintieron la garra del miedo clavarse en sus carnes. Entonces, en medio de la neblina ocasionada por los cigarrillos, irrumpieron, como mascarones

de proa de un barco fantasma, los rostros ceñudos de Julián y de don Gregorio, el encargado general. Éste, tras escrutar el semblante de los presentes, con un ademán de prepotencia, dijo algo que debido al murmullo no se oyó.

–Dejad que hable –dijo Irineo, mesándose suavemente la barba–. Nosotros no reprimimos la libertad de expresión como ellos.

Enmudecieron, dirigiendo las pupilas a aquellos labios duros de los que brotaban palabras contundentes.

–Ustedes verán lo que hacen, pero les aseguro que esto no son maneras. Deben empezar ahora mismo a trabajar. Están actuando ilícitamente. Esta clase de reuniones están prohibidas, y de sobra lo saben estos “señores” que tanto os arengan.

El líder anarquista no dejó pasar la mordacidad de don Gregorio y atacó con su voz estentórea:

–No nos ha dejado otra salida para exponerle nuestras propuestas. Más de tres veces hemos intentado hablar con usted y ha sido en vano.

–No hay nada de qué hablar. El convenio lo firmaron vuestros enlaces sindicales en septiembre.

Los dos enlaces a los que aludía eran Pascual, el mecánico de la empresa, y el tío Braulio, listero y viejo sesentón. Prudentemente los dos se habían quedado en las oficinas para no exacerbar el ánimo de los trabajadores. Esta vez fue

Anselmo el que situó su mole delante del encargado y rugió como una bestia mitológica.

–¿Es que pretende reírse de nosotros? ¿Desde cuándo nos representan ese par de sujetos? Están vendidos a ustedes. Son unos perfectos lameculos de la patronal. ¿Es que no conoce usted la coplilla? Se la voy a cantar, hombre:

> “Entre cuatro capataces
> y el granuja del listero
> se han jalao una merienda
> a costa de los obreros”.

Estalló una algarabía entre los reunidos que obligó a salir del barracón a los dos hombres.

Anselmo, que reía sacudiendo su enorme corpachón, les increpó, señalando hacia la puerta:

–Ya veis, compañeros, el talante negociador de la empresa. Quieren todas las habichuelas en el plato de ellos. Y a nosotros, ¿qué nos queda? ¿Los gorgojos? He ahí la injusticia, compañeros, que no debemos consentir la clase obrera.

–El compañero Anselmo tiene razón –intervino Irineo–. Desde ahora propongo que nos mantengamos firmes y permanezcamos reunidos en asamblea. Y como queremos que todo se haga democráticamente, votemos, compañeros, a mano alzada sí o no a la huelga.

De súbito un enjambre de manos se alzó al techo gritando desaforadamente:

–¡Huelga, huelga! ¡No hace falta votar! Somos una piña. Hay que darles una lección a esos buitres.

–¡Compañeros, en la sociedad que propugna el anarquismo no habrá ni jefes ni patronos! –gritó Anselmo–. A esos tipos el único nombre que se les puede dar es el de carroña de los capitalistas.

–¡Viva el anarquismo en el que no habrá pastores porque todos seremos corderos! –chilló un encofrador alzando su mano a la que le faltaba un dedo.

–¿Qué dices, imbécil? ¿Te estás cachondeando, acaso? –tronó Anselmo, mirándole furibundo.

Irineo les llamó a la calma a la vez que reanudaba su exposición.

–El patrón cederá finalmente. Él pierde por cada día de huelga infinitamente más que nosotros.

–También tiene infinitamente más que nosotros –replicó el mismo encofrador estirando el cuello entre el racimo de hombres.

Se hizo el silencio y cuando iba a responderle Irineo, él continuó hablando.

–Habéis pensado en que si esto se alarga, ¿qué les daríamos de comer a nuestros hijos?

–En eso tiene razón Adrián –corearon unos pocos–. ¿Qué les daremos a nuestras familias mientras dure el conflicto?

–No alarmarse, está todo previsto –atajó Irineo–. Crearemos una caja de resistencia y extenderemos la huelga por todo el ramo de la construcción. Apelaremos a la solidaridad obrera y para dar ejemplo empezaremos poniendo dinero de nuestros bolsillos. Con ello ayudaremos a las familias de los que más necesitados estéis.

Hubo bisbiseo por parte de algunos que no lo veían claro, pero el clamor general apagó aquel conato de incendio, contrario a lo que se estaba barajando allí. De repente las gargantas callaron, sobresaltados por los martillazos en uno de los bidones que se utilizaban como mesa. Era Juanjo, uno de los albañiles del caravista pidiendo intervenir.

–Dejad que hable –dijo Anselmo mirando a Irineo, que seguía encaramado en el montón de ladrillos como una estatua en una postura inverosímil.

–Yo propongo suspender la huelga y reiniciarla cuando muera Franco. Muerto el perro, la huelga y muchas cosas prohibidas en este país se harán legales.

El barbudo anarquista no tardó ni un segundo en replicarle con vehemencia:

–Compañero, respetando tu opinión, que es libre como todas las de nosotros, debo decirte que tu propuesta me parece ingenua y fuera de lugar. Cuando se muera Franco, quedarán los franquistas, que son aún más represores que el propio

caudillo. Aparte de que estamos a dieciocho de noviembre y el dictador lleva dos semanas muriéndose. ¿Y si esos doctores le alargan la vida seis meses, un año, tal vez? Seamos serios. La huelga hay que hacerla ahora o por el contrario el patrón lo tomará como signo de debilidad y eso no es bueno para nosotros.

Rompió un gran alboroto en contra de las palabras del caravistero, que enmudeció, mirando perplejo los rostros que le increpaban, furiosos.

–Eso son ganas de querer reventar la huelga. ¡Gallina!, ¡cagueta!

–Tú a mí no me insultas o te dejo sin dientes –dijo Juanjo levantando el puño.

–Sal fuera si tienes cojones, ¡esquirol!

–Vamos, compañeros, separadlos. No debemos permitir peleas entre nosotros. Hay que respetar las opiniones de todo el mundo.

–Por cierto –dijo Anselmo, una vez apaciguados los contendientes–, desde aquí no se ve el patio del colegio de enfrente porque lo tapan los árboles, pero lo mismo en este momento la bandera está a media asta.

–¿Subo a la planta tercera a comprobarlo? –propuso Julio Salazar–. Según el último parte médico Franco está en estado crítico. Aunque como dice el compañero Irineo son capaces de tenerlo enchufado a las máquinas hasta Navidad.

–¿Por qué hasta Navidad, precisamente? –preguntó Anselmo.

–No sé, por lo del discurso de fin de año, quizá.

–Anda y vete a mear que estás penoso.

–Sí, sí, sube y averigúalo –gritaron algunos...

A todo correr ascendió por los escalones provisionales de ladrillos, sujetos con una pella de yeso. Enseguida se oyeron sus pasos de regreso, descendiendo al tiempo que emitía voces. En cuanto cruzó el umbral dijo elevando la voz:

–La bandera sigue en lo más alto del palo. Estos días con la niebla la tela rojigualda pende húmeda hacia abajo, como la picha de Romualdo.

Todos se rieron, excepto el almacenero, un viejo desdentado y gruñón, que al sentirse aludido le mentó a su familia. Esto hizo que se acrecentasen las carcajadas. Luego, la atención de los presentes se disipó y por grupos comenzaron a comentar cosas intranscendentes, dejando transcurrir la mañana en espera de no se sabía qué. Llegó el mediodía y organizaron una larga mesa con tablones. Sacaron las fiambreras y compartieron la comida y el vino entre ellos, cosa que jamás habían hecho. Mientras engullían, Irineo, dando buena cuenta de un filete de cerdo, procuraba inocular algo de doctrina bakuniana en las mentes de aquellos rústicos. Llenos de tedio, pronto empezaron a desviar la atención, a empujarse entre ellos como niños, a arrojarse migas y a cuchichear.

Irineo enarcó las cejas y decidió reconducir el tema por donde más les interesase: la parte económica. Exigirle a la empresa aumento de sueldo. Había que ser práctico, realista. La instrucción ideológica ya llegaría. Pero había que organizar también la caja de resistencia. Era lo prioritario. Luego nombrar una comisión encargada de negociar con el patrón, caso de que éste accediese a ello, y crear además un grupo de propaganda para extender la lucha obrera por el resto de las obras de la ciudad.

Así fue pasando el tiempo hasta que los relojes marcaron las cinco y media de la tarde. La niebla había comenzado a espesarse. El colegio de niños, los campos, algunas casas desperdigadas pertenecientes a agricultores fueron desapareciendo ante el gris abrazo de la bruma. A las seis, los obreros fueron abandonando el vestuario y se marcharon a sus casas. La obra quedó vacía, desolada, sumida en un sepulcral silencio. Las luces de la oficina se apagaron y dos figuras negras surgieron del interior. Se oyó el portazo de un coche y luego el motor roncando, internándose en la niebla.

## II

Al día siguiente, diecinueve de noviembre, a eso de las ocho menos cinco de la mañana, Irineo irrumpió en el vestuario, que lo recibió con su hedor a humanidad. Ante la hilera de hombres sentados en los tablones con su ropa de calle, dijo lleno de alborozo:

–Compañeros, el dictador está clínicamente muerto. En estos momentos más que nunca debemos presionar al patrón para que negocie. Lo que consigamos ahora puede que sea papel mojado por la incertidumbre del mañana, pero nuestra lucha ahí quedará...

Se produjo una ovación y algunos abrieron las frascas de aguardiente para celebrarlo. Habían comenzado a circular cuando la voz del barbudo prosiguió en su perorata:

–Pero eso no quiere decir nada. En cualquier momento la radio puede dar el parte comunicando su milagrosa recuperación –agregó, dedicándoles una mueca irónica.

Al escuchar semejante especulación a algunos se les agrió el aguardiente en la boca. Lo escupieron lanzando exabruptos:

–Maldita sea el carcamal, tiene más vida que veinte gatos juntos.

Permanecieron reunidos en asamblea, envueltos en el humo de los cigarrillos y atizándole sin tregua al contenido de las frascas. Habían dilucidado los puntos expuestos y elegido a los miembros de la comisión, cuando Julián, en nombre de la empresa, se asomó al umbral y les dio un ultimátum: o volvían a la normalidad o tendrían que atenerse a las consecuencias. Se produjo un silencio, breve, porque de repente un obrero de los que estaban al final le lanzó una pedorreta. Airado, el encargado le miró con expresión torva y se fue a la oficina. Tras de sí dejó un guirigay de gritos y silbidos.

–Lameculos, rastrero –vocearon algunos.

Esa tarde, antes de marcharse a sus casas, cuando la niebla amenazaba con invadirlo todo, Julio tornó a subir a la tercera planta. Observó entre la etérea bruma la mole del colegio. Sus ojos taladraron el solitario patio de recreo hasta descubrir que la bandera seguía en lo alto del palo. Exhaló un gruñido de decepción y abandonó el lugar. A la mañana siguiente, veinte de noviembre, los huelguistas fueron llegando gradualmente, surgiendo de la niebla de un modo fantasmal. Ya se hallaban prácticamente todos cuando entraron Anselmo y Julio, acompañados por un individuo que nadie de los presentes conocía. Lo primero que la asamblea hizo fue interrogarse sobre la identidad de aquel tipo. “¿Quién es este intruso? ¿Por qué no ha venido Irineo? ¿Se habría rajado, dejándolos en la estacada? ”, se apresuraron algunos a murmurar. “Irineo es un traidor. ¡No tiene valor de venir él y manda a otro!”, masculló

uno de los peones en voz baja. Alguien giró la cabeza y llevándose el índice a los labios le espetó: “¡Chitón, hostias! ¿Qué pretendes, desmoralizar al personal?”. Sin embargo, cuando el desconocido, con el pelo cortísimo y el rostro rasurado, se subió a los ladrillos enseguida reconocieron su postura de estatua.

Sonrieron aliviados al oír la voz de Irineo arengándoles como cada mañana.

–Tío, te han dejado la cara como el culo de un bebé –le interrumpió uno de la cuadrilla del forjado.

–¿Dónde están tus barbas de patriarca? –preguntó otro.

–Macho, así no te conoce ni la madre que te parió –intervino un tercero.

–De eso se trata, compañero –respondió él, adoptando un rictus extraño–. A estas alturas la policía puede que esté avisada. No me sorprendería que nos hiciese una visita algún esbirro de la politicosocial...

–Un momento, compañeros –les interrumpió Julio–. Todavía no he comprobado a qué altura está la bandera, ¿me permitís un segundo que suba?

–Sí, hazlo –dijeron al unísono.

Los ecos de sus botas desaparecieron en la correa de la escalera. Al cabo se oyó un grito de júbilo y las zancadas del muchacho bajando los peldaños de tres en tres.

–¡Compañeros, la bandera está a media asta! ¡Franco ha muerto!

La noticia desató un griterío triunfante. Aquello parecía un hormiguero al que alguien le ha dado una patada. Andaban revolucionados, chocando unos contra otros, bailando y brincando de alegría. Todos querían marcarse una danza con Irineo, que se hacía el estrecho como un niño repipi.

–Pero no sé ni dar un paso. Soy un perfecto pato lagunero –protestaba él mientras un encofrador se lo llevaba en volandas, cantando “Mi jaca, galopa y corta el viento, cuando pasa por el puerto, caminiiiiiito de Jerez”...

El instante tomaba visos de chirigotas. Luis, el gruista, se arrimó a un mozarrón de los caravisteros y haciendo una grotesca genuflexión, le dijo:

–¿Bailas, Maripuri?

–Encantado, guapo mozo –respondió con voz de falsete.

En cuestión de segundos estaban todos bailando y apurando el aguardiente de las botellas. Bueno, todos, excepto el viejo Romualdo, que al no encontrar pareja giraba renqueante, abrazado a una enorme pala marca La Bellota.

Anselmo sobresalía como una torre mudéjar en medio del alboroto de absurdos compases. Bailaba con uno de los especialistas en levantar tabiques que le llegaba al ombligo. De vez en cuando lo cogía en brazos y hacían como que se besaban con el consiguiente estruendo de risotadas. Cuando

mayor era el diapasón de aquel desenfrenado júbilo, los chirridos de unos neumáticos cortaron el aliento de los danzantes. Anselmo abrió los brazos en un movimiento reflejo y el pequeño albañil cayó al suelo como un muñeco. Sin embargo, nadie se rió. Fuera, los portazos de los coches, que sonaban secos como disparos de fusil, atemorizaron a más de uno. Julio asomó la cabeza por el vano de la puerta y retrocedió visiblemente asustado. Exclamó, como si hubiera visto al diablo:

–¡Mi madre, son Land Rover de la Guardia Civil! ¡Están bajando tricornios a manadas!

Hubo un vaivén temeroso entre los obreros, como ovejas hostigadas por el lobo. El pánico cosquilleaba en sus pechos y les quitaba fuerzas a las piernas, que súbitamente se tornaron de mantequilla. Varios expresaron con la voz entrecortada que lo mejor sería empezar a trabajar y dejarse de aventuras peligrosas.

–No se andan con chiquitas. A la primera de cambio te pegan un tiro. Con decir que apuntaron al aire...

–Calma, compañeros –se apresuró Irineo, extendiendo las manos–. Debemos permanecer unidos y esperar a ver qué quieren.

–¿Qué van a querer?, metemos en chirona, ¡no te digo!

–Vamos, dejaos de gilipolleces –gritó el gruista, que era un tipo echado para adelante–. Desde luego, parecéis niños asustados. Ahora mismo salgo y con la grúa subo un palé de

ladrillos a la última planta. Nos podemos hacer fuertes allí a ladrillazo limpio.

–Eso sería peligroso para nosotros mismos –le atajó Irineo–. La empresa no ha puesto redes ni barandillas de protección. Podíamos tener una desgracia.

Entretanto, los civiles, con su capitán a la cabeza, habían rodeado la obra estratégicamente. Llevaban los capotes largos, que tan siniestro aspecto les conferían. El fusil ametrallador en las manos ateridas, que a veces se soplaban, provocando pequeñas nubes de vapor. Se habían situado a veinte metros un guardia de otro, rodeando el perímetro del esquelético edificio. Semejaban figuras pétreas surgiendo de los húmedos campos limítrofes. Precisamente, la mañana de la muerte de Franco, Zaragoza era una enorme gruta de niebla. Entre aquellas ásperas paredes los hombres se arrebujaban en sus ropas bajo un frío terrible. Los más jóvenes entrechocaban los dientes, y para que no hubiese duda de que era la gélida temperatura y no el miedo, se frotaban las manos, diciendo: “Vaya día que nos ha amanecido”.

De repente, don Gregorio, acompañado por el capitán y su chofer, tocado con una gorra de plato roja, aparecieron bajo el umbral del vestuario. El capitán, de unos cincuenta años, alto y rígido como una estaca, avanzó unos pasos. Su enorme bigote brillaba como un carámbano. Los ojos giraron en las órbitas cuando con voz de trueno, gritó:

–¿Quién de ustedes es Irineo Montes?

El anarquista, precavido, se había camuflado en medio de los

obreros más altos. En silencio, los presentes miraban intimidados el encanecido mostacho del capitán, cuyas guías temblaron al preguntar de nuevo:

–Buscamos a un agitador anarquista, que estoy seguro de que se encuentra entre ustedes. Conviene que sepan que encubrirlo es delito y si no sale ahora mismo aquí os puedo detener a todos por subversivos.

Entonces, el impulsivo gruista que había estado expectante cerca de la puerta, dijo en voz alta:

–¡Viva la anarquía! ¡Disolución de cuerpos represivos! Escapó hacia fuera a una velocidad endiablada, mientras don Gregorio miraba a su alrededor con estupor. Aquello fue como arrojar una cerilla encendida en un polvorín. El capitán barbotó un exabrupto y al obrero más cercano le sacudió un bofetón que lo lanzó contra los compañeros. Rápidamente se produjo un tumulto de empujones y forcejeos en los que todos intentaban ponerse a salvo. El tropel de hombres se abalanzó hacia la puerta y una vez fuera de la madriguera corrieron como conejos acosados por el perro. En la precipitada huida arrollaron al encargado general y al chofer del capitán, al cual le habían derribado la gorra al suelo. A Irineo se lo llevaron custodiado Anselmo y Julio hasta el coche que el robusto albañil tenía aparcado. Arrancaron y mientras se alejaban observaron a los obreros rodeados por los guardias que avanzaban hacia ellos, amenazadores.

–¡Hijos de puta! ¡Desertores del arado! –gritaron los huelguistas con los ojos desencajados por la rabia.

Tras realizar un movimiento envolvente, las fuerzas del orden comenzaron a repartir culatazos y patadas en medio de una algarabía de gritos e insultos. Algunos obreros cayeron al suelo húmedo, chorreando sangre, doliéndose de los golpes, mirando con odio aquellos ojos impávidos que no daban tregua. Los caídos fueron levantados por otros compañeros y juntos corrieron despavoridos hacia los campos. La niebla fue difuminando las figuras que dejaron tras de sí un eco de maldiciones y consignas revolucionarias. Entretanto, en la obra, los civiles se habían reagrupado en torno al capitán. Éste, hablaba con don Gregorio, lleno de excitación y coraje:

–Esta vez se nos ha escapado, pero no tardará en caer ese pájaro.

–Sí, los demás son gente con mansedumbre –dijo don Gregorio, afectado–. Son estos agitadores los que alborotan el gallinero.

–Lo cazaremos, no se preocupe. Y cuando lo hagamos se le quitarán las ganas de meter más cizaña.

Cuando los Land Rover se alejaron, desvaneciéndose en la niebla, don Gregorio, solo ante el edificio en obras, pensó con gesto de preocupación que él no se merecía semejante desastre. Mientras iba hacia la oficina meditó la forma de sugerirle al patrón el ceder algo en las exigencias de los obreros si quería que las aguas volviesen a su cauce.

Irineo se ocultó en una casa del barrio Oliver próxima al poblado gitano de la Camisera. Por esos tiempos concretamente los gitanos no estaban sometidos a la misma

presión persecutoria que los subversivos. Por eso le pareció que el mejor escondite era el territorio de los calés. Estaba decidido a permanecer un buen tiempo escondido. Un paso mal dado y volvería a dar con sus huesos en la cárcel. Nada de precipitaciones. Él se sabía más necesario fuera que dentro de los fríos muros de Torrero. Sobre todo ahora que había muerto el dictador. Las movilizaciones obreras se hallaban en estado de ebullición y había que estar allí, propulsando la lucha. Entretanto, la empresa, tres días después de la espantada, comenzó a mandar cartas a los trabajadores. En ella les decía que podían volver a la obra, ya que ellos no habían tenido un papel destacado en los acontecimientos. Sin comerlo ni beberlo habían sido víctimas de los desaprensivos anarquistas pagados con el oro de Moscú, que esos malnacidos de republicanos se habían llevado en la guerra para sufragar acciones delictivas contra el régimen español. Al final de la carta les reiteraba que se reintegrasen a sus puestos sin miedo a represalias. Los únicos que serían despedidos irremisiblemente serían los tres cabecillas, a los cuales la empresa, conminada por la Guardia Civil, había incorporado en las listas negras que circulaban por la ciudad.

Cuando a Julio Salazar le llegó la carta de despido, su primera intención fue intentar localizar a Irineo para comentarlo con él. Sin embargo, el instinto de conservación le aconsejó que desechara semejante idea y al que sí vio fue a Anselmo. Se había citado con él en la plaza del Carbón. Cuando le expuso su deseo de iniciar movilizaciones hasta conseguir que la empresa les readmitiese, el corpulento albañil le instó a que abandonase dicha idea.

–Agentes de la politicosocial andan al acecho. Cualquier intento de conectar con Irineo supondría un peligro para él y para los que le están dando cobijo. En cuanto a mí tengo muy claro lo que voy a hacer. Mis padres son de Aranda del Moncayo. Me voy con ellos una temporada hasta que esto se enfríe. En un pueblo, un albañil siempre tiene trabajo. Vente conmigo si quieres. Mis padres te caerán bien, son gente muy hospitalaria.

–Te lo agradezco, Anselmo, pero prefiero quedarme aquí. Buscaré trabajo en otros sectores. Eso es otra jurisdicción. Ahí no creo que llegue la lista negra.

–No me fiaría yo mucho, compañero. La policía está decidida a no damos cuartel. Ayer mismo fueron detenidos dos compañeros del sindicato del metal haciendo pintadas en las Fuentes.

Los dos jóvenes se despidieron deseándose salud y anarquía. Julio regresó a su casa, pensativo. Tenía que buscar trabajo cuanto antes. Él no podía permitirse el estar ni siquiera un día brazo sobre brazo.

Inquieto y preocupado por su situación soportaba los reproches de su madre, viuda de un repartidor de carbón a la que le había quedado una pensión raquítica. La mujer recriminaba a su único hijo el andar con malas compañías, que al final terminaban perjudicándole.

–Ya me dirás qué hacemos ahora. Tú sin trabajo y yo con la miseria que me da el estado –le increpó con rabia.

–Mamá, no te sulfures. Verás como termino encontrando un empleo. Antes de dos semanas ya te veo preparándome el bocadillo. Sólo te pido paciencia.

Madre e hijo vivían en un pequeño e insalubre piso de San Blas. Una mañana, merodeando por unas obras en el paseo de Echegaray y Caballero, sin decidirse a pedir trabajo por miedo a que le reconociesen y llamasen a la policía, Julio se acercó por el Mercado Central. Preguntó por el encargado y alguien le señaló a un tipo alto y delgado que iba y venía dando órdenes en medio de los descargadores. Tras manifestarle su disponibilidad a todo lo que se terciase, el encargado escrutó su cara y luego su musculatura poco desarrollada. Meditó que si daba trabajo a aquella media docena de sujetos que siempre estaban borrachos, por qué iba a hacer una excepción ante aquel joven saludable.

–Es un trabajo esporádico, pero no tengo otra cosa que ofrecerte.

–Para salir del paso me va bien, gracias. ¿Cuándo puedo enganchar a trabajar?

–Mañana a las seis de la mañana. A esa hora empiezan a llegar los camiones. Quiero puntualidad.

Cuando se alejó de allí, Julio cayó en la cuenta de que ni siquiera le había preguntado cuánto iba a ganar.

## III

Tres días a la semana de dura briega en el mercado y el resto lo pasaba deambulando por la ciudad. A veces se sentaba en un banco de la plaza del Pilar y miraba a los pedigüeños extender la mano. “¡Si tuviera valor!”, pensaba. Enseguida rectificaba, avergonzado: “Hay que luchar por la justicia social. En un mundo libertario estas humillaciones serían impensables”. Sin un duro en el bolsillo pasaba de largo por los bares, ya que el poco dinero que le pagaban prefería dárselo a su madre para que no refunfuñase. No tenía otras opciones. Los tiempos estaban muy malos. Aceptaba aquel trabajo precario y mal pagado o carretera y manta. Le había pasado por la cabeza buscar trabajo en otras ciudades. Pensó en Barcelona. Allí habían emigrado muchos aragoneses. Incluso podía probar en el extranjero. Leyendo el periódico se enteró de que los hoteles de Suiza necesitaban friegaplatos. Pero si estaba en la lista negra la policía le negaría el pasaporte. De modo que descartó la idea de hacerse internacional. Una mañana que no tenía que descargar en el mercado se dirigió al sindicato vertical que estaba en la avenida Marina Moreno. Allí siempre solía ir algún contratista a reclutar gente. Llevaba un rato en el concurrido vestíbulo, observando los rostros compungidos de los que pasaban todos los días buscando

trabajo inútilmente, cuando de pronto vio entrar a un antiguo conocido: Samuel Maella. Lo último que sabía de él es que estaba trabajando en Garrapinillos, en una nave echando alfalfa a las ovejas y limpiando las cagarrutas. Le extrañó verlo allí a aquellas horas. Al preguntarle, éste le respondió que había discutido con el dueño porque además de pagarle poco le humillaba llamándole "perro sarnoso". Por no partirle la cara a él le descargó un puñetazo a una puerta de madera lo que originó un tremendo boquete. Se fue y ya no volvió más, pero antes obligó al baranda a vaciarse los bolsillos hasta conseguir la última peseta de su sueldo. Mientras hablaba, Julio examinó su figura atlética y su nariz aplastada de boxeador. Estaba algo perplejo y cuando quiso saber por qué el tipo aquel le llamaba perro sarnoso, él le respondió: "No le gustan los boxeadores. Dice que somos la escoria de la sociedad".

Samuel iba al gimnasio desde los dieciséis años. Su sueño era llegar a ser profesional. Él era consciente de la dificultad que encarnaba, ya que como se decía en el argot, no tenía padrino. De momento iba compaginando hacer de *sparring* para otros boxeadores con algunos combates que el entrenador le organizaba. Según sus cálculos, cuarenta combates en dos años. Ganó veinticinco. Pero eso no le proporcionó ni una peseta. Si obtenía algún dinero era gracias a su trabajo como peón en cualquier actividad que le surgiese. Julio le conoció en la construcción de la discoteca Babieca en la calle Juan José Rivas. Los dos suministraban material a una cuadrilla de albañiles, empeñados en no dejar ni rastro del antiguo taller mecánico que había sido el local. Los dos jóvenes llevaban un par de semanas y habían hecho buenas migas. Un día el jefe contrató a otro peón, que produjo estupor y alegría en los

muchachos al verlo. Apenas daban crédito. Se trataba de Pedro Catarecha, un profesional de la lucha libre. Estaba casado y los que le conocían decían que el matrimonio dormía en camas separadas. La razón era que el luchador soñaba que estaba en una de sus veladas y le hacía violentas llaves a su mujer. Esta se despertaba aterrorizada y salía huyendo a otra habitación. Pedro era bajito pero tenía unos brazos de acero. Sonreía socarronamente ante cualquier insinuación de los albañiles: "¿Pero hombre, Pedro, qué haces aquí? ¿No tendrías que estar luchando en las plazas importantes?". "Ya ves, maño, no me contratan porque dicen que soy un coche viejo arrumbado. Tengo que ganarme la vida como sea. Y como dice el refrán: 'Los dineros del sacristán por una mano entran y por la otra se van'". De sobra se sabía la afición que tanto luchadores como boxeadores tenían por la vida de lujo y derroche. Pero a los jóvenes seguidores les traía sin cuidado semejante extremo, propio de ese deporte. Los dos se sentían muy orgullosos de trabajar con su admirado Pedro Catarecha al que no hacían nada más que preguntarle por sus veladas en la plaza de toros de Zaragoza, cuando, junto con Félix Lambán, lucharon en *cacht* a cuatro contra el Enmascarado de Plata y el Oso de Kansas. Las dos mojigangas volaron contra las sillas, creando un revuelo entre el público. Previamente, Félix, el luchador de Ejea de los Caballeros, había sometido al Oso con su famosa llave o "corbata de Lambán" como la llamaba la gente, especialidad de la casa y de la que el americano pudo zafarse del conato de estrangulamiento tras morderle en una mano. Había pasado el tiempo y ahora tenía allí, delante de él, a Samuel Maella, con su impresionante nariz partida y un gesto de derrota, impropio en él al que siempre había visto como un hombre inasequible al desaliento.

–Tiempo sin verte, campeón. Yo pensaba que te habías hecho una figura del boxeo. Aunque la verdad siempre miro los carteles y nunca he visto tu nombre.

–Está todo fatal, tío. Los mánager no quieren apostar por mí. Dicen que no tengo pegada.

–Pero ¿sigues yendo al gimnasio, por lo menos?

–No, cómo voy a ir si no tengo dinero para pagarlo. Estoy sin trabajo.

–Yo estoy igual. Me han echado de la obra por participar en una huelga.

Esto lo dijo en voz baja, convencido de que el sindicato estaba lleno de espías.

–Tío, tú siempre tan idealista. Lo que tienes que hacer es preocuparte de ti mismo y dejarte de monsergas.

–No me sermonees y dime qué haces por aquí.

–Vengo porque dicen que están cogiendo gente para las minas de Andorra. He decidido irme adonde sea. Si ahorro dinero podré conseguirme un padrino que me organice combates. Vente conmigo y aprovecha la oportunidad. Dicen que los mineros ganan una pasta gansa.

–¿Tú crees que me aceptarán? Estoy en la lista negra –dijo mirando a unos señores trajeados que entraban en ese momento.

–Claro, ¿por qué no? La mina es como la legión: “Cada uno será lo que quiera, nada importa su vida anterior”.

–Vale, me has convencido. Me voy contigo.

–Ahora que caigo, ¿qué pasará con tu vieja?

–Bueno, estamos a un paso. ¿Qué podrá haber hasta allí? ¿cien kilómetros? Podré venir cada quince días a verla y a traerle dinero fresco.

Dos días después, Julio se levantó temprano y metió sus cosas personales en una bolsa de viaje. Eran las ocho y media de la mañana. El autobús salía a las nueve. No se apresuró porque sabía que iba con tiempo suficiente. Su madre se había levantado a prepararle el desayuno. A él no le gustaba la persistente abnegación de ella, pero ante su tozudez tuvo que desistir.

–Ten cuidado al subirte en los andamios, hijo mío. Y sobre todo no te metas en follones. Las compañías, mira mucho con quién te juntas, que hay mucho malo por ahí.

Julio no le había dicho a su madre dónde iba a trabajar realmente. Ella supuso que en la construcción, y mejor así porque de saber que iba a la mina se hubiese atormentado inútilmente.

–No te preocupes, mamá, si sólo voy a hacer la revolución –dijo, estrechándola entre sus brazos.

Ella miró su sonrisa burlona a la vez que le reñía como cuando era un niño:

–¿La revolución? Ganar perras es lo que tienes que hacer. Luego te buscas una novia y te casas, que una no va a vivir siempre.

Cuando llegó a la estación, Samuel ya llevaba un rato esperando. Tenía su abultada maleta a un lado y daba grandes bostezos.

–Caramba, parece que te fueras de tu casa para no volver –dijo Julio mirando su equipaje.

–Es bastante probable que así sea. Por lo menos en una larga temporada. Anoche discutí con mi cuñado. Me echó en cara que no lleve un sueldo a casa. Dice que en lugar de buscar trabajo aquí prefiero ahuecar el ala. “Me voy por no darte un par de hostias”, le dije. “Vete, y ojalá no vuelvas”, me respondió. Ya te puedes imaginar el panorama. Mi hermana sollozando y él y yo insultándonos.

Los dos hermanos, Samuel y Fuensanta, se habían quedado huérfanos a temprana edad. La madre murió en el parto de la hermana y el padre unos años después, de leucemia. Los dos niños crecieron bajo la tutela de una tía. Alcanzada la edad, Fuensanta se casó y se llevó a Samuel, tres años mayor que ella a vivir al domicilio conyugal. El cuñado, que resultó ser un tipo odiosamente bebedor, ejercía tal dominio sobre ella que consiguió malquistarla contra su propio hermano. Así que Samuel tuvo que hacer el petate y marcharse, evitando con eso los deseos de propinarle una ejemplar paliza al cuñado.

Amodorrados en sus asientos no advirtieron que se iban adentrando en los páramos del Bajo Aragón. Extensas llanuras desérticas donde la vista buscaba un árbol para descansar de aquella árida vastedad. A pesar de ser diciembre, el día se intuía agradable, risueño, como si mostrase impaciencia por adelantarse a la primavera. Con bruscos acelerones el autobús fue coronando el puerto hasta llegar a la cima. Enfrente, en el pardo y grisáceo valle, se divisaba Andorra, pueblo minero rodeado por un paisaje agreste y grandes montones de escoria. Cuando los jóvenes se despabilaron pudieron observar los campos cubiertos de polvo negro, surcados por estrechas carreteras transitadas por camiones llenos de carbón.

–Sólo el ver eso me ha provocado un escalofrío –dijo Julio, apartando la vista de la ventanilla.

–No irás a tener miedo ahora. Te tenía por un hombre decidido.

–Y lo soy. Expreso lo que he experimentado al divisar esos montones de carbón o lo que sea.

–Qué novelero eres, tío. Si te da el canguelo, nos tomamos unas cervezas y te vuelves para Zaragoza.

–Ni hablar. De los cobardes no hay nada escrito. Adelante, siempre.

El autobús descendió la ladera y enderezó por el llano. Antes de entrar al pueblo contemplaron una antigua locomotora en vía muerta. A Julio le sorprendió la presencia de tan soberbia máquina en un lugar tan desolador. El autobús enfiló por la

calle principal y se detuvo a mitad con un brusco bandazo. Mientras se apeaban los lugareños, Samuel agarró la mochila e hizo una observación en voz baja:

–¿Te has fijado? Hay unos cuantos bares. Barrunto que aquí corre el dinero, colega.

–¡Qué listo! Como en todas las zonas mineras, ¡no te jode!

–Aquí tiene que trabajar un buen montón de gente.

–Seguro. Y es bastante probable que encontremos a gente organizada en sindicatos clandestinos, pero nosotros ya sabes, hasta que no llevemos un tiempo razonable, ver, oír y callar.

–¿Qué dices, tío? Yo no te he traído conmigo para que me metas en tus líos revolucionarios. Si yo bajo a ese agujero es por la pasta, y todo lo demás son pamplinas –le espetó Samuel, apretándole el brazo casi hasta hacerle daño.

–No pienso comprometerte. Eso tenlo por seguro, pero no está en mi carácter permanecer impasible ante la injusticia. En sitios como éste los abusos de la patronal son moneda corriente. Si detecto algún grupúsculo no vacilaré en unirme a ellos.

Con la discusión no se habían dado cuenta de que el conductor les estaba apremiando.

–Se deciden a bajar o qué. No tengo todo el día.

Descendieron y el autobús reemprendió la marcha en

dirección Alcorisa. Un hombre de unos sesenta años, de esos que suele haber en los pueblos dispuestos a curiosearlo todo con sus ojillos de ratón de campo, se acercó a husmear. Llevaba un cigarrillo encendido pegado al labio y sorprendía verlo toser sin que se le cayese.

–Buen hombre, venimos a buscar trabajo en las minas. ¿Podía indicamos por dónde se va a las oficinas de la empresa?

El hombre, que tenía la piel pálida de aquel que ha pasado gran parte de su vida sin ver apenas la luz del sol, reprimió un golpe de tos, tratando de no causarle mala impresión a los forasteros. Sujetándose el pecho con una mano, dijo:

–Sigan esa calle hasta el final y verán un edificio de ladrillo rojo. Ahí están las oficinas de la Empresa. Al lado verán también el poblado minero. ¡Ah!, si yo fuera joven...

–No entiendo qué quiere decir –respondió Samuel mirando el rótulo en el que se leía: “calle de la Unión”.

–Pues es muy sencillo. Volvería a arrancar carbón allá abajo. Hoy en día se están ganando muy buenos cuartos.

Tras darle las gracias los dos amigos se alejaron. Julio giró la cabeza y le vio agarrado a la esquina, tosiendo a todo trapo.

–Vaya recibimiento, tío. Seguro que es un viejo minero enfermo del pulmón.

–Resulta sorprendente que tal y como está tenga morriña de la mina –dijo Samuel a modo de respuesta.

–Espero no acabar como ese –dijo Julio con una sombra de preocupación en el rostro.

–No echarás raíces aquí, no te preocupes. Cuando empieces con tus rollos revolucionarios te echarán como a una rata muerta.

–Todo lo doy por bien empleado si conseguimos una mayor conciencia de los obreros.

–¡Eh, tío, a mí no me inmiscuyas! Me la trae floja la lucha obrera. Es más, te agradecería que una vez dentro no te me acerques demasiado. No quiero que me relacionen contigo, pues en el plan que tú vas a la corta me perjudicaría.

–Qué falta de compañerismo por tu parte. Yo pensaba que éramos amigos.

–¡Coño, y lo somos! ¡Pero es que en cuanto llegas a un sitio te empeñas en envenenar a la gente contra el patrón! ¿Es que no te puedes comportar como una persona normal, trabajar, ganar dinero y divertirte todo lo que puedas?

–Yo sería incapaz de vivir así como tú dices. Sin un ideal y sin el sueño de ver algún día a la clase obrera dirigiendo su destino. ¿Cómo puedes aceptar sin rebelarte que esos puercos capitalistas te chupen hasta la médula?

Samuel esta vez no replicó. Al fondo se alzaba el edificio de las oficinas. Apretó el paso en silencio, temeroso de que alguien oyese su acalorada disputa. Desde el umbral les llegó el zumbido a colmena metamorfoseada por oficinistas

aporreando sus máquinas de escribir. Entraron y depositaron el equipaje en un ángulo del vestíbulo. Le preguntaron a uno de los empleados si necesitaban trabajadores para la mina. Éste detuvo sus dedos sobre el teclado y con gesto displicente les señaló una puerta en la que rezaba: “Contratación de personal”. Desde ese instante todo fue más rápido de lo que se habían imaginado. El responsable de contratación no puso ningún inconveniente. Ni siquiera deslizó una mirada escrutadora por el rostro de los jóvenes, sobre todo por el de Julio, en el que cualquier avezado hubiese intuido la secreta mirada del revolucionario.

–Necesito sus documentos de identidad y la cartilla de la seguridad social –les dijo mientras sus manos iban del cartapacio a una hilera de archivos–. Esta tarde se los devolveré después del reconocimiento médico. Si todo va bien empezarán a trabajar mañana en el primer turno. El poblado minero lo tienen ahí enfrente. Vayan a él y preséntense a Isidoro, el encargado. Él les indicará el alojamiento y el horario de comidas.

Cargaron con sus bolsas y se encaminaron al poblado, que eran tres filas de casas bajas. Julio, todavía con el gesto perplejo, le dijo a su acompañante:

–Ese hombre parecía tener prisas en tomarnos la afiliación. ¿Y si en la revisión médica nos encuentran algo?

–¡Bah!, habrá supuesto que como somos jóvenes estamos sanos.

–Yo en mi vida he pisado la consulta de un médico.

–Si ya te lo digo yo, en estos trabajos hay que estar tullido para que no te cojan.

Julio consultó su reloj. Eran algo más de las doce del mediodía. Mientras se acercaban a las viviendas observaron que unos trabajadores tendían ropa en unos alambres sujetos a los postes. A Samuel le hizo gracia verlos agacharse sobre el balde y colgar las prendas chorreando. Aquello le recordó a las mujeres de Valdefierro lavando en la acequia madre. Los jóvenes que tendían la colada, que frisarían los veinticinco años a lo sumo, miraron a los recién llegados con una mueca de rechazo. Eran como esos animales que no aceptan que otros metan el hocico en su rodal de pasto. El anarquista puso oído a sus voces, y por el acento intuyó que había gente de varias regiones. Le preguntó a uno de ellos que le respondió en un andaluz ceceante, propio de Sevilla.

–¿Izidoro? Y yo qué zé dónde estará er tío malaje que nos quiere controlar a tó. Pregúntale a ezos dos malagueños que ze están dando palos de mentirijilla –añadió a la vez que le ponía dos pinzas a unos calzoncillos atigrados.

Se refería a dos jovencísimos muchachos, que probablemente aún no habían sido llamados a filas y se hallaban enfrascados en una burda exhibición de artes marciales.

–Tío, nos hemos metido en el rodaje de una película de Bruce Lee –bromeó Julio.

–No debe ser tan malo trabajar en los pozos cuando a estos guripas les queda energía para dar saltos –dijo Samuel,

pensando que también a él le quedaría tiempo y ganas para hacer sombras delante de un espejo.

Julio, entretanto, meditaba si no habían caído en un nido de horteras y pendencieros. De ser así tenía doble trabajo: primero, educarlos en los valores de la solidaridad obrera, el apoyo mutuo y la reivindicación. Después, hacerles ver que el enemigo común era la Empresa, que les explotaba y les negaba aquello que un trabajador debe poseer, libertad de organización y autogestión de la empresa, ya que eran ellos los que con su esfuerzo la sacaban adelante. En estas cábalas andaba cuando decidieron apartarse de allí y preguntar a otros por el encargado. De una de las viviendas salía en esos instantes un tipo de largas patillas y gesto de satisfacción. A juzgar por la toalla y el olor a Heno de Pravia que despedía su cuerpo, dedujeron que venía de las duchas.

–¿Sabes dónde podemos encontrar a Isidoro?

–Creo haber oído su voz por las casas de atrás. Marchad rápido, si no, tendréis que buscarlo en el bar. El menda le da al trinque una cosa mala.

Apresuradamente se dirigieron hacia donde les había indicado y encontraron a un viejo hablando con las dos mujeres encargadas de la limpieza del poblado.

–Mirad, ahí llegan dos carrilanos. Éstos parecen muy jóvenes –dijo el hombre con voz aflautada.

En cuanto estuvieron a su altura, Samuel les preguntó, mirando a una de las muchachas:

–¿Saben dónde podemos encontrar a Isidoro?

–Soy yo, joven. Supongo que os manda el jefe de personal.

–Sí. Esta tarde tenemos que presentamos para el control médico –dijo Julio con su aire jovial.

–Gloria, entrégale la llave del cuarto de los dos carri que se fueron ayer. Veremos lo que aguantan estos.

El joven frunció el ceño, lleno de asombro. ¿A qué se refería el viejo con aquello de carrilanos o carri, palabras que oía por primera vez? ¿Y por qué aquel tono de misterio? ¿Acaso estaba insinuando que por el hecho de ser jóvenes no iban a resistir la dureza de la mina?

–Venid conmigo –dijo la mujer, enfundada en un guardapolvo azul–. Os digo cuál es vuestra habitación.

Samuel la miró. Era casi tan alta como él y tenía el rostro agradable. Más joven que la otra, parecía decidida y bastante sociable. Cuando ya se ponían en marcha hacia una de las casas, la voz de Isidoro les hizo volverse.

–El comedor es ese edificio de ahí. Se dan comidas de una a tres de la tarde. A partir de esas horas ya no se sirve a nadie.

Desde la distancia, los dos muchachos pudieron apreciar mejor el cuadro de su cara. Con el resplandor del sol sus ojillos brillaban como canicas y el rostro era de un rojo repulsivo y abotargado. Gloria les instó a que la siguiesen. Samuel miró su delgada figura disimuladamente. Se había quedado con su

nombre a la primera. Se acordó de una novia que tuvo que también se llamaba así. Trabajaba de criada en una casa señorial del paseo del General Mola. La conoció un domingo en el baile. ¡Qué sorprendente es la vida a veces!: su padre era minero en Utrillas, un pueblo de Teruel. Samuel se tuvo que marchar a Valencia a trabajar en estructuras metálicas y cuando volvió la joven se había vuelto a su pueblo, embarazada por un quinto dos años más joven que ella y que no quiso asumir la paternidad. Samuel tensó los músculos de la cara para ahuyentar tan agrios recuerdos. Ya dentro de una de las viviendas, se adentraron por el pasillo. La mujer abrió la puerta y les mostró el cuarto con una litera, un armario empotrado y una pequeña mesa con dos sillas. El lugar lo habían desinfectado con lejía y como la ventana se hallaba abierta el aire olía a hierbas de los campos cercanos. Tras entregarles la llave, la empleada se fue y ellos se tumbaron sobre las ásperas mantas.

–No está mal la suite –dijo Julio, tendido boca arriba en la parte baja de la litera.

–Tampoco está mal la chica –contestó Samuel desde arriba–. La veo muy risueña y muy dulce para un sitio como este con tanto tío.

–No le quitabas ojo de encima, pardal.

–Hace tiempo que no cato hembra. Aunque ésta me ha parecido diferente.

–Déjate de enamoramientos. No hemos venido a eso.

–¿Cómo que no? Yo he venido a trabajar y a lo que caiga. Si tú disfrutas haciendo la revolución, hazla, pero a mí no me líes. Te lo advierto.

–Bueno, bueno, no te encabrites. Tienes razón, todo se puede compaginar.

–Un buen bocadillo de lomo con pimientos me "compaginaría" yo ahora –dijo Samuel–. Tengo un alboroto en las tripas que parece una juerga de gitanos.

–La una y cuarto. Vamos a buscar el comedor –dijo Julio levantándose del jergón.

Tras cerrar con llave se dirigieron hacia el exterior. En el pasillo, cerca de la salida, vieron la puerta de los aseos pintarrajeada con frases obscenas y churretones como de haber estrellado alguna clase de fruta. Era de notar que las limpiadoras hacían su trabajo con esmero. Sin embargo, a los habitantes del poblado les debía provocar alergia verlo todo tan aséptico. De modo que para que esto no ocurriese se entregaban con verdadero frenesí a ensuciarlo todo. Después, cuando ya lo habían conseguido y se revolcaban como cerdos en la ciénaga a los muy jodidos se les veía felices. A Julio, el olor a excremento le produjo una arcada, por lo cual aligeró para escapar de allí. Una vez fuera caminaron hacia el edificio de ladrillo que les había dicho el encargado. En cuanto entraron vieron a un grupo de mineros sentados ante las mesas. Dos muchachos con chaquetilla blanca entraban y salían de la cocina con platos humeantes. En la sala, curiosamente reinaba el silencio, lo cual no dejó de

sorprenderles a los recién llegados. Sólo se oía el entrechocar de la vajilla y las voces del cocinero apremiando a sus subalternos. Los hombres, inclinados sobre su comida, masticaban lentamente, mirándose unos a otros, taciturnos, lanzando los que ya habían terminado grandes bocanadas de humo de sus cigarrillos, mientras contemplaban a través de las ventanas el autobús que les llevaría a la mina para realizar su jornada de tarde. Los dos jóvenes tomaron asiento en una de las mesas. Al verlos, uno de los mozos les dijo que debían aguardar a que hubiesen terminado los del turno entrante.

–¿Tenéis los vales? –les preguntó.

–No, pero hemos hablado con Isidoro y nos ha mandado aquí –dijo Julio–. Esta tarde pasamos el reconocimiento médico. Me imagino que nos los darán después.

El joven dio por buena la respuesta. Se produjo un arrastrar de sillas y los mineros se fueron poniendo en pie. Salieron con pasos sordos hacia el autobús, que ya tenía el motor en marcha. Samuel miró al otro mozo acercarse con el mantel y los cubiertos.

–¿Sois los nuevos? –indagó.

–Sí, acabamos de llegar.

–¿De dónde venís?

–De Zaragoza –dijo Julio, dándole la entonación tan característica que tienen los de esa ciudad.

–Mi compañero y yo somos de aquí, pero en cuanto podamos nos damos el piro. Zaragoza debe ser la leche. A mí esto se me queda pequeño, ¿qué queréis que os diga? Aparte de que estoy harto de aguantar gentuza. Aquí se congrega lo peor de cada casa. Ya lo veréis. Vosotros parecéis buena gente, por eso os aconsejo que cerréis la habitación con llave. Hay mucho chorizo entre esta gente.

Lo había dicho de corrido. Como si tuviera una necesidad imperiosa de sincerarse con alguien. Aquellos dos forasteros le habían caído bien, sobre todo el rubio de piernas delgadas y largas, que tenía una extraña expresión beatífica. Además el tono de su voz irradiaba cierta fraternidad tan inusual en aquel ambiente rudo. Mientras él hablaba con los dos recién llegados su compañero depositó en la mesa dos platos de judías blancas. Samuel y Julio se inclinaron con cierto apresuramiento sobre el oloroso guiso y comieron con voracidad. Al mismo tiempo el mozo prosiguió desmenuzando sus proyectos de futuro, en los cuales se veía trabajando en una fábrica de la capital del Ebro y comprándose el coche de sus sueños: un Seat 127. Los dos comensales no decían ni mú. Cuando el otro joven les trajo el segundo plato, que consistía en merluza a la romana con un pegote de mayonesa y dos hojas de lechuga, le dio un codazo, insinuándole que ya estaba bien de cháchara. Refunfuñando se fue a por los postres y justo en ese instante se oyó el motor del autobús que regresaba con los mineros del turno de mañana. Descendieron en tropel hacia el comedor, excepto una parte de ellos que por ser de la localidad preferían comer en sus casas con sus familias. Entraron en la sala hablando a gritos y celebrando los chistes con estruendosas carcajadas. Sin duda la diferencia de comportamiento entre los

mineros que iniciaban el descenso a la mina y los que daban por terminada la jornada se advertía fácilmente. Los dos jóvenes, aturdidos por el bullicio reinante decidieron ir a tomar café en algún bar del pueblo hasta la hora de la cita con el médico.

–¿Has visto la cara de resucitados que tenían algunos? –dijo Julio–. La verdad es que yo también me sentiría feliz de escapar sano y salvo del agujero.

–Qué exagerado eres, joder. Para que lo sepas, antes de venir aquí me informé acerca de este trabajo. Para tu tranquilidad el carbón que se extrae es lignito, de bastante mala calidad, eso es cierto, pero no produce silicosis...

–Si hay silicosis a ti te lo van a decir, cacho ingenuo –interrumpió Julio.

–Vale, déjame seguir, pejigueras. El verdadero peligro de la mina son las bolsas de grisú, pero en las minas turolenses no existe, ya que ese gas es propio de la hulla, y para eso tendríamos que irnos a las minas de Asturias. Allí sí que hay peligro, que ya has visto la de gente que muere al cabo del año.

A Julio, las explicaciones de su amigo no le creaban ni confianza ni serenidad. Aunque tenía que disimularlo a toda costa. En el bar se tomó dos cafés, procurando hablar de otras cosas que no fuesen la mina. Le habló de lo que le hubiese gustado aprender a tocar el saxofón. De niño, un músico de su barrio le quiso enseñar a tocar este instrumento, pero trabajaba de pinche en un taller mecánico y apenas le quedaba tiempo para el ocio.

–Ya ves, es una asignatura que tengo pendiente –dijo dándole un sorbo al café.

–Pues si esa afición la tienes metida en la sesera, yo te digo que algún día la desarrollarás. Sobre todo si llegaste a aprender algo.

–Hombre, aprender, no. Lo único que recuerdo es el cosquilleo que me producía en la punta de la lengua la caña. El maestro colocaba el saxo en mis manos y me decía: “Pon los dedos en los trastes y sopla. Siente la música”. Pero yo lo que sentía era el cosquilleo. Era como cuando te tomas una de esas gaseosas de papelillo. Fíjate que me daba hasta risa. El maestro se mosqueaba y me decía: “Si no te lo tomas en serio, no puedo sacar nada en claro de ti”.

–Pues yo quise ser boxeador ya desde pequeñajo. Un día vi llegar a mi hermana de la escuela, llorando y atemorizada. Furioso, salí corriendo para ajustarle las cuentas al causante. Los encontré. Eran un grupo de chavales que le habían quitado la cartera para jugar a la pelota. Divisé al cabecilla, que en cuanto me vio, desencajado por la rabia, se vino a por mí. “Si a tu hermana le hemos quitado esa birria de cartera, a ti te voy a dar tortas para parar un tren, tontolaba”. Dicho y hecho. Empezó a lanzar sus puños contra mí y la verdad es que aquel día recibí más hostias que cañamones dan por un duro. En mi casa, mientras mi tía me curaba las heridas sin dejar de amonestarme por mi conducta, llorando a lágrima viva, me juré a mí mismo que en cuanto pudiese aprendería a luchar y ya nunca dejaría que nadie me pusiese las manos encima.

Los dos amigos interrumpieron la conversación ante la proximidad de la hora. Se dirigieron al dispensario de la Empresa y tras una revisión no demasiado exhaustiva, el doctor les declaró aptos para desempeñar el trabajo de mineros.

Contentos, uno más que el otro, fueron a una ferretería e hicieron una copia de la llave. Después de cenar se encerraron en su habitación del poblado. Samuel dijo que había que dormir el tiempo suficiente. No quería que el primer día pensasen de él que era un alfeñique.

–Vamos, Julio, descansa, que mañana nos espera un día duro.

El anarquista estaba distraído, rastreando en el fondo de su bolsa de viaje. Quería leer unas páginas antes de dormirse del libro que había traído. Un ensayo político titulado: “Oligarquía y caciquismo”. Forrado con papel de estraza y camuflado entre una camiseta de felpa. Bajo la luz de la bombilla intentó acometer la primera línea, pero le costaba concentrarse. La pertinaz imagen del descenso a la sima le arrancó un estremecimiento. Se veía hundiéndose en la negrura más profunda, mientras sobre su cabeza gravitaba un círculo de luz solar, que cada vez se iba haciendo más pequeño hasta desaparecer por completo. El nerviosismo se apoderó de él. Se encendió un cigarrillo y sentado en una silla fumó de frente a la ventana. Desde allí se veían las luces de la colina donde se veneraba a San Macario, patrón de la localidad. Desconocía ese detalle y se imaginó que era una casa de campo. Un chalet, tal vez, de algunos de los ingenieros de la Empresa, que como siempre, elegían los lugares más prominentes en su obsesión

por controlarlo todo. Un leve ronquido de Samuel, que dormía en la litera de arriba, le sacó de su abstracción. Pensó en él. En la pasmosa tranquilidad con que se tomaba las cosas. Le había dicho que pertenecía a la categoría de peso medio. Era un fajador. Soportaba todos los golpes hasta que llegaba su ocasión. En cuanto veía un resquicio en la guardia de su adversario allí lanzaba su derechazo derribándolo de un modo fulminante. A lo mejor había que tomarse la vida así. Estar ojo avizor y actuar de modo contundente cuando fuese necesario. Él tenía que bajar a aquella ratonera a trabajar y observar. Tenía que concienciar a aquellos hombres de su situación de explotados. Le asaltaron dudas. “Yo no tengo madera de líder, seguramente se mofaran de mí en cuanto abra el pico”. De la litera de arriba le llegó un murmullo soñoliento. Era la voz de Samuel que le exhortaba a apagar la luz. Aplastó la colilla y se desnudó. De pronto cayó en la cuenta de que había traído un reloj despertador. Los habían asignado al turno de mañana. Llevó la manecilla a las seis menos cuarto y se aseguró de que tenía dada toda la cuerda. A continuación apretó el interruptor de la luz y con la claridad de la luna que entraba por la ventana se arrebujó bajo las mantas. Se hallaba muy inquieto. Se imaginó a su madre sollozando por su ausencia, rezándole al Cristo de la iglesia de San Pablo para que conjurase los peligros que podían acechar a su hijo. La veía alzarse del reclinatorio con el rostro reconfortado y sereno, y notaba que esa serenidad se la iba transmitiendo a él. Sintió un agradable sopor que se iba adueñando de su cuerpo hasta que finalmente se durmió.

## IV

El despertador soltó su estridente grito. Julio abrió los ojos y guiándose por la esfera luminosa lo silenció de un manotazo. Encendió la luz y se sentó en el filo de la cama con la mirada perdida. Casualmente a ninguno de los dos le gustaba remolonear, retrasando el momento de alzarse. Samuel se agitó bajo la manta, estiró los brazos con un largo bostezo y a continuación saltó al suelo. Se vistieron sin apenas hablar entre ellos. Fueron a los lavabos y tras un ligero aseo, festoneado por descargas de cisterna, pasos precipitados y portazos, se dirigieron en compañía de los grupos de mineros a recoger el bocadillo. “Abrigarse bien que sopla el cierzo”, dijo una voz previsora. En la sombría madrugada, Julio reconoció en aquel reguero de zombis al chico andaluz que entrenaba en las artes marciales al aire libre. Oyó una voz jovial, también con acento sureño, que se dirigía a éste con el nombre de Miguel. Era Cristino, un granadino que le solía jalear en los fandangos que el primero solía cantar. Eran las únicas voces que rasgaban el silencio de la mañana. El contrapunto lo ponía el rumor de pasos avanzando hacia los autobuses, detenidos en la carretera. La voz del cantaor ponía la nota festivalera en la severidad del momento. Seguramente a más de uno le recordaría la letra de Antonio Molina: “Relévame, compañero,

que la luna está asomando, que la luna está asomando, allá por el horizonte...”.

Los siete kilómetros hasta las instalaciones de la mina los hicieron dormitando entre bruscos bamboleos. Como Julio y Samuel subieron los últimos se acomodaron atrás, la parte preferida por los andaluces para armar bulla. Mientras Julio viajaba atento al fantasmagórico paisaje del otro lado del cristal, Samuel escuchaba a los jóvenes entonando unas sevillanas de Pepe da Rosa. Le caían simpáticos aquellos dos cantarines. Ya no le importaba lo que pensó al ver a Miguel brincando y lanzando patadas al aire: “Este fantasmón de karateca no me dura dos asaltos”. Le gustaba la alegría que desprendían. Eran un torbellino de palmas y canciones, que por un instante te hacían evocar la feria de Sevilla con sus farolillos y sus deseadas hembras revoloteando sensualmente los trajes de flamenca. A Samuel hasta le pareció oler a *pescaíto* frito. El compás que llevaban con los pies se le antojó el pateo de las jacas jerezanas adornadas con gran colorido y abigarramiento. No iban de fiesta, de eso no había duda, pero Samuel prefería ocupar su mente en esa inexistente posibilidad, distraer sus pensamientos con semejantes fantasías. Espió de reojo a Julio contemplando taciturno los campos ensombrecidos. Su rostro era un poema. A juzgar por su fijeza parecía estar recreándose en la parte funesta de la situación. Los ojos pegados al desolado páramo, atentos a los montones de escoria que brillaban bajo la luz de la luna y que semejaban en la penumbra cadáveres de monstruos prehistóricos.

–¿Estás dormido? –le preguntó, propinándole un leve codazo.

–No. Vigilo la noche. Tiene su magia, aunque no lo creas. Es algo insólito para mí. Digo yo que la superficie de la luna debe ser así.

–La llevas buena. Me parece que tú no te has despertado aún, zagal.

Interrumpieron la charla al notar que el conductor reducía la marcha, entrando en una explanada llena de baches. Al fondo atisbaron los negruzcos edificios, alumbrados con focos que proyectaban una luz amarillenta, tenebrosa. Por asociación de ideas, el lugar trajo a la mente de Julio las imágenes de los campos de exterminio nazis. Sonrió de un modo infantil al comprobar que nadie de los presentes llevaba la estrella de David cosida a la ropa. Faltaba todavía hora y media para el amanecer. En el centro del llano se hallaban los mastodónticos camiones esperando que los cargasen de carbón que a continuación transportarían a la tolva de la mina "La Andorrana", situada en las afueras del pueblo, y de allí el lignito viajaría en tren hasta la Térmica de Escatrón. Los autobuses se detuvieron a unos metros de las instalaciones, produciéndose el descenso de los mineros, que caminaron con un sordo rumor de pasos hacia la destartalada nave donde estaban los vestuarios. Los andaluces de repente enmudecieron en sus cantes. Y no ante la vista poco agradable del edificio sino a causa del frío reinante. Soplaba un viento ululante que dejaba un efecto helador en los huesos. Los hombres se encogieron en los tabardos y aceleraron, buscando cobijo. En cuanto los más de doscientos mineros traspasaron el umbral, Samuel preguntó por el encargado:

–¿El vigilante? Es ése de ahí –dijo señalando una silueta negra en el interior–. El que lleva la libreta en la mano. Me parece que os está esperando.

–¿Julio Salazar y Samuel Maella? –preguntó en voz alta.

–Somos nosotros –dijo Julio, acercándose a él.

Bajo el foco de luz suspendida en el techo, Julio vio el rostro agrietado y los ojos centelleantes del vigilante.

–Venid conmigo –ordenó, secamente.

Salieron fuera y les condujo a un barracón a unos pasos de allí. Abrió un armario metálico y les entregó parte del atuendo minero: buzo azul, calzones cortos y camiseta, jocosamente para ellos, todo a juego. Acto seguido escudriñó sus caras un instante y les preguntó:

–¿Qué número calzáis?

–Yo el cuarenta y dos –dijo Julio.

–El cuarenta –respondió Samuel con voz ronca.

Entregó a cada uno un par de botas de agua, al tiempo que les apremiaba:

–Llevaos todo esto a los vestuarios y cambiaros. Id después con los demás al lampista. Él os entregará el casco y el cinturón con la batería.

Salieron de nuevo al exterior y enseguida cruzaron la puerta

por donde habían desaparecido los mineros. Sus ojos exploradores descubrieron un espacio no demasiado grande para tantas personas como había. Estaba bastante cochambroso, como si hubiese sufrido la detonación de una potente bomba. Techos altos y amplios ventanales de cristales rotos y los que quedaban completamente ennegrecidos. De las vigas de acero colgaban media docena de fluorescentes derramando una luz blancuzca. El humo de los cigarrillos creaba una neblina de la cual surgía un murmullo de voces y un extraño chirrido oyéndose continua y regularmente. Una vez dentro, Samuel se dirigió al minero que más cerca tenía. Éste se hallaba ya embutido en la ropa de faena. Prendió un pitillo al tiempo que les miró con la curiosidad malsana del veterano al recluta.

–Colega, ¿hay taquillas o algo por el estilo?

–¿Taquillas? –exclamó con la misma estupefacción que si alguien le hubiera dicho que el carbón se había convertido en oro–. ¿De dónde salís vosotros? Aquí la ropa la subimos a las alturas. ¿Taquillas? No te digo. Mariconadas de la capital. Cambiaros de ropa y fijaos en lo que hacen los demás.

Efectivamente los dos jóvenes pudieron comprobar el singular modo de preservar la ropa de la suciedad que tenía aquella gente. Se desvistieron y tras depositar los zapatos en un amplio plato de metal suspendido por una carrucha al techo, lo completaron colgando las prendas de los ganchos que lo rodeaban. A continuación la izaron unos cuantos metros lo que produjo un agudo chirrido, y concluyeron sujetando el extremo en una barandilla. En calzoncillos, con la vista arriba,

contemplaron el curioso aspecto que semejante sistema de guardarropía imprimía al lugar.

–Parece uno de esos barcos antiguos con las maromas tensas, aunque en este caso son cadenas –dijo Julio, sin bajar la vista de aquellos fantásticos nidos colgantes.

Aunque algo alejada de donde estaban, se notaba en el cuerpo el calor de una enorme estufa de carbón situada en el centro. No obstante se enfundaron el buzo rápido por si alguien pudiese estar riéndose a su costa. Pero nadie estaba pendiente de ellos. Los dos amigos se miraron, celebrando con risas comedidas sus pintas de mineros debutantes.

–Por cierto, Julio. ¿Has observado la cara del que nos ha entregado la indumentaria? Está quemada como la de un labriego.

–Ahora que lo dices, es verdad. No tiene los ojos apagados para trabajar dentro de un agujero. Siempre he oído...

De repente, el mismo minero que les había reprendido por lo de las taquillas les interrumpió:

–Eso son equivocaciones de la gente que no conoce la mina. Aquí hay muchos que tienen mejor color que los que trabajan en la superficie, pongamos en una oficina, que se pasan el verano con aire acondicionado y en invierno con calefacción central. Algunos de los mineros que son del pueblo tienen un trozo de tierra que trabajan cuando no están en la mina. Por eso tienen la piel resquebrajada. El contacto con el carbón te alisa el cutis, luego te lavas, te secas, te da el sol y te lo

abrillanta. ¿Para qué usan tantos potingues las mujeres? Que vengan a trabajar aquí verás qué guapas se ponen –remató soltando una risotada.

–Coño, tío. Lo tuyo es la esteticién a lo bestia.

Los tres rieron las ocurrencias de uno y de otro. Éstos eran los pequeños contactos que luego hacían germinar los afectos en medio de la dureza del trabajo. Mientras el minero sostenía la risa por su particular teoría del embellecimiento, charlando con Samuel, Julio aprovechó para hacer un barrido con la mirada. Escrutó la multitud de hombres, muy jóvenes algunos, y otros ya curtidos, haciendo alardes de la naturalidad que imprime el uso de la costumbre. Semejante indiferencia ante lo que les esperaba allá abajo lo llenó de perplejidad. Les veía risueños y bromeaban como si se dispusiesen a zarpar en un barco de recreo dispuesto a surcar las aguas de un lago subterráneo.

–Estás pensando lo mismo que yo. ¿Me equivoco? –preguntó Samuel con una mueca divertida–. Estos tíos están ahí fumando y dándole al palique como si en lugar de bajar a un pozo fueran a presenciar un partido de fútbol.

–¿Qué dices, chico? –intervino de nuevo el veterano, arrojando la colilla al suelo y aplastándola–. Si fuera eso que dices estarían completamente alterados. Menudos forofos son éstos.

En el calor de la conversación, Samuel, que llevaba la cremallera del buzo bajada, insinuó a través de la ajustada camiseta su ostentosa musculatura de boxeador. El minero se

percató pero no dijo nada. Debió pensar: “Con éste es mejor no tener pleitos”. Julio, que había estado también hurgando en su anatomía, apartó la mirada, avergonzado. Samuel, consciente de ello les miró ufano. Aun cruzó los brazos en la nuca, satisfecho de exhibir sus poderes. De pronto, la sombra del vigilante se recortó en el umbral. Su voz bronca sonó como un pistoletazo:

–Venga, id saliendo.

El tropel de hombres fueron abandonando lentamente los vestuarios. Los dos nuevos mineros se unieron a la procesión, caminando con pesadumbre.

–Casi da vergüenza salir con esta ropa tan limpia –dijo Samuel con chanza–. Yo creo que deberíamos revolcamos en el primer montón de carbón que encontremos.

–No te apures que no durará mucho esta pulcritud –respondió Julio con seriedad de patíbulo.

Habían salido a la explanada y un viento glacial les arañó la carne. El cierzo levantaba un polvillo negro que velaba los ojos y se introducía en las gargantas. El anarquista levantó la solapa del buzo y hundió la cabeza, a la vez que se frotaba las manos. Siguieron a la gente hasta la casamata de las lámparas. Se agolparon en la puerta con los demás y cuando les llegó el turno, el lampero, un viejo minero, baqueteado en todo cuanto concernía a la mina, al verlos, les dijo con soma:

–No me digáis más. Vosotros sois los nuevos. Veamos –dijo poniendo las manos como el que mide una sandía–, cabeza

normal, bien. Tomad, probaros estos cascos a ver si os entran.

–Rosendo, dales la lámpara que proyecta luces de colores –dijo un hombretón, riéndose de su propia gracia.

–No seas socarrón, Alejo. Los chicos se van a pensar que lo de ahí abajo es una discoteca.

–Pues no estaría mal una pista de baile con buenas tordas –repuso el tal Alejo–. Como no estarían sus madres vigilándolas nos íbamos a poner tibios de magrearlas, juo, juo.

Un estruendo de risas resonaron en el interior como un aleteo de pajarracos. Rosendo cortó la jarana distribuyendo las pilas. Las baterías se hallaban acopladas en hileras a la red eléctrica. Cada hombre fue pronunciando un número y el empleado les entregaba su batería personal. A los nuevos les ayudó a colocárselos ante la lógica torpeza de ellos al intentarlo por sí solos.

–Es fácil. La lamparilla incorporada al casco tiene debajo un tornillo. Una vuelta para atrás y otra para adelante. Una es para encender y la otra para apagar. Luego está la larga y la corta, como en los coches. ¿Lo veis? –añadió, haciendo una demostración práctica–. Siempre, cuando salgáis del pozo, traedla aquí a cargarla para el día siguiente.

Acabadas las explicaciones tuvieron que correr para alcanzar al grupo que se acercaba a la bocamina. Al trotar, con una mano en el casco, y la otra en la pesada batería que colgaba de su cinturón, Julio tuvo un estremecimiento. Apretando los dientes, exclamó:

–¡Qué frío! ¡Es horroroso!

–No te preocupes. Ahí abajo se te irá por completo –dijo uno que iba delante de él.

–Cuidado que eres quejica, Julio –dijo Samuel, palmeándole la espalda–. Ni que hubieras pasado parte de tu vida en una suite del Corona de Aragón.

–No te pitorrees. Tengo frío, joder. Debajo del buzo llevamos esta camiseta de chicha y nabo. Cada vez que viene una ráfaga corta como una guadaña.

–¡Ay, qué mariquita te me estás volviendo! –dijo Samuel con voz de falsete–. Ni que fuera la primera vez que te acaricia el cierzo.

–Claro que no. Me ha pillado el cuerpo un poco bajo en defensas. Eso es todo.

–Quiá, eso debe de ser mieditis.

–Pues será. No te digo que no.

El que había intervenido antes se volvió y dijo:

–Por las galerías de la mina hay un monstruo que devora a los mineros miedosos. Es muy exquisito, sólo se come las partes blandas.

–Muy gracioso –respondió Julio torciendo el morro.

Mientras andaban la pila les golpeaba en el muslo y el casco

parecía brincar en su cabeza. Samuel, sujetándoselo, expresó:

–No sé cómo pueden trabajar con el pistolón colgándole las ocho horas.

–¿Ves cómo tú también te quejas?

–No, solamente comparto contigo una duda.

Tras atravesar el arco de entrada al túnel, los mineros se internaron unos doscientos metros a pie llano, iluminando la oscuridad con las lámparas. De la negrura surgió una maraña de tubos suspendidos sobre los hastiales que se perdían en el fondo de la galería. A Julio, dentro del recelo que le dominaba, aquello le transportó a su infancia. Recordó las fiestas del Pilar y lo mucho que le gustaba subir en el tren de la Gruta del Terror. Sabía que después del muestrario de fantasmas risibles el empleado les esperaba fuera. El público les veía bajar e interpretaba su sonrisa decepcionada: “Poco miedo traen. No debe ser para tanto”. De pronto, cuando no habían recorrido aún el trecho hasta el punto de descenso, de la oscuridad brotó una pléyade de lucecitas oscilantes, que avanzaba hacia ellos. El rumor de pasos del relevo que entraba y del turno que salía se fue intensificando hasta formar un solo murmullo y un aluvión de luminarias. El relevo se apartó a los laterales, haciéndole pasillo a los del turno de noche, que superaban el centenar. Unos y otros no cesaban de saludarse, formando una algarabía de preguntas y respuestas lacónicas, casi todas baladíes e interrumpidas por el alejamiento de ambos grupos en distintas direcciones. Julio les había estado observando, petrificado. Le impresionaron vivamente sus rostros tiznados,

irreconocibles. Los dientes reluciendo como perlas, pero lo que más llamó su atención fueron los ojos de aquellos hombres brillando misteriosamente como un diamante en un estuche de terciopelo negro. Pasaron como una tromba, dejando tras de sí una estela agria de sudor y fatiga. Anduvieron unos cincuenta metros más. Entonces, la cabeza de la comitiva se desvió hacia una galería transversal. Llegaron a una sala excavada en la roca a base de dinamita. Estaba rodeada por bancos de tablones negruzcos e iluminada por varias bombillas raquíticas. El lugar era lo que en la mina se denominaba como “el embarque”. Era la sala de espera del minero para descender al pozo. Allí, los encargados o vigilantes, términos análogos en este caso, distribuían a los trabajadores por las diversas labores. Uno de éstos, hombre bajito pero de complexión atlética, apellidado Peralta, apareció con una libreta mugrienta en la mano. Con voz aguardentosa fue pasando lista. Cuando hubo rematado asignó los tajos a los responsables de cada pequeño grupo de picadores. Después hizo el enunciado de los entibadores que formaban cuadrilla, de las cuales, algunas se creían una casta aparte. Se jactaban de lo necesarios que eran y siempre enarbolaban la opinión de que sin una buena entibación los picadores no podían arrancar tantos metros cúbicos como venían haciendo. Dicha vanagloria provocaba a veces disputas entre unos y otros. Los últimos en el escalafón eran un numeroso retén de vagoneros que los vigilantes repartían según la conveniencia de los trabajos. Entre éstos estaban, naturalmente, los dos mineros bisoños. Peralta los fue dejando para la última tanda de casi treinta hombres que cabían en la “jardinera”. De este modo tan floral solían llamar a una especie de tartana de hierro, equipada con asientos corridos y suspendida por un cable de acero a una enorme bobina. El

artilugio se deslizaba sobre raíles extendidos por la rampa o plano inclinado, que era como se llamaba en la mina.

–Samuel Maella, usted se va a ir con la cuadrilla de Vidal, al plano 4, galería AB –ordenó el vigilante señalándole con el bolígrafo. Con la mirada buscó al compañero de éste que se había quedado de pie por no haber sitio en los tablones–. Julio Salazar irá al plano 5, galería AC. Ése de ahí es Santos. Se va usted con él que le indicará cuál va a ser su faena de hoy.

Los dos amigos se miraron decepcionados al comprobar que en su primer día de mineros no iban a ir juntos. El vigilante efectuó un ademán y el primer grupo se encaminó a la jardinera. Nada más se hubieron colocado en los asientos se oyó un susurro de raíles y el racimo de luces desapareció en la oscuridad.

La negra y profunda boca se tragaba a los hombres de treinta en treinta. Los engullía con la piel limpia y después los vomitaba, tras ocho horas de hurgar en sus entrañas, agotados, sucios y silenciosos.

Después de media docena de viajes el último grupo de mineros se puso en pie y se aproximaron al desnivel. El singular vehículo había subido de nuevo, completamente vacío. Los hombres subieron a él con la natural agilidad de los duchos. Julio y Samuel se encaramaron con torpeza y se sentaron al final. Julio giró la cabeza para mirar al operario de la cabina que manejaba los mandos.

–¿Qué pasa? ¿Es que no te fías de él? –preguntó su amigo, riéndose.

–¿Qué profundidad tendrá esto? –respondió, preguntando.

–Y yo qué sé.

–Seiscientos metros –dijo el que iba a su lado.

–Míralo por el lado positivo. Imagínate que estás en la Montaña Rusa.

–¡Qué gracioso te has levantado hoy!

De pronto la sirga de acero crujió al tensarse. La jardinera produjo una leve sacudida y comenzó a descender lentamente. A Julio se le contrajo el rostro. Aterrado, se aferró a la barra de delante sin apartar la vista de los anillos de acero que sostenían la bóveda. Estuvo a punto de cogerse a Samuel pero por pudor no lo hizo. Los andaluces que iban en cabeza comenzaron a cantar de nuevo las sevillanas de Pepe da Rosa.

–El que canta su mal espanta –dijo el boxeador con la mirada expectante.

–O su miedo, que todo pudiera ser –repuso el minero de antes.

El joven anarquista no comprendió aquella, para él, irracional alegría en el descenso al abismo. ¿Cómo podían celebrar algo que a él lo mantenía agarrotado y bañado en sudor frío? Notaba que una sensación desagradable le oprimía el pecho. Había enmudecido pero sus ojos se habían clavado en los ruidosos jóvenes, que perforaban la oscuridad con sus lámparas. Miró de reojo a Samuel que ni siquiera se inmutaba.

Al contrario de asustarse, observaba curioso su viaje al fondo de la tierra. Sin embargo, él, con la cara desencajada, escrutaba la fila de puntales que sujetaban el techo, horrorizado al pensar que podían venírsele encima. Su estómago encogido experimentaba continuas punzadas como si le estuviesen escarbando en las tripas con tenazas al rojo vivo. No se atrevía ni a respirar de lo concentrado que estaba ante cualquier ruido inoportuno. Miró hacia atrás y vio que la luz lechosa de la cabina se iba alejando cada vez más. Advirtió cierto temblor en sus piernas que trató de disimular, moviéndose como si estuviera incómodo. “¿Quién me mandaría meterme en este fregado?”, pensó apretando el puño en un acto reflejo. “En la obra al menos ves el cielo y respiras aire puro”.

Mientras se daba en cavilaciones y reproches a sí mismo, la jardinera se detuvo en la cuarta planta. Saltaron unos cuantos mineros y con ellos Samuel, que se despidió de él con un ademán. El grupo desapareció por la galería y la jardinera reemprendió el descenso. Lleno de zozobra miró el asiento vacío a su lado. Se sentía desvalido sin Samuel. Se preguntó si volverían a contemplar juntos el cielo y los árboles, las bandadas de pájaros cruzándolo con enorme bullicio. Los andaluces habían dejado de cantar y murmuraban entre ellos. No le pareció de buen augurio. De pronto sus pupilas se agrandaron al divisar en el fondo de la sima el destello de unas luces. Suavemente se fueron acercando hasta que el artilugio se estremeció al detenerse con brusquedad en la sexta y última planta de la mina. En cuanto sus pies pisaron tierra los ojos descubrieron una enorme galería iluminada y pequeñas construcciones de ladrillo. La opresión desapareció de su pecho al verse ante aquella pequeña ciudad subterránea. Era como

una terminal de trenes con sus dobles tramos de vías y sus barracas, chapuceramente enlucidas con mortero. Esto originó afortunadamente que su alocada respiración recuperase su ritmo normal.

Sin duda, el miedo había decidido darle una tregua.

# V

Estaban arracimados en el embarcadero de esa última planta, bajo la luz mortecina.

Después de un breve conciliábulo en tomo a Peralta, que daba las últimas instrucciones, las cuadrillas se fueron dispersando por las galerías. Julio, vacilante y confuso, miraba a unos y a otros buscando al tal Santos. Enseguida un chorro de luz se estrelló contra su cara, deslumbrándole. El joven novato bajó la frente, esperando oír su voz cavernosa.

–¡Eh!, Salazar, vente con nosotros de excursión –le espetó amablemente, cambiando la luz larga por una corta.

–Estoy preparado para lo que sea –se esforzó en decir.

–Hay algo de mieditis, ¿verdad? –aseveró, examinando su rostro.

Tras reflexionar unos segundos decidió que debía estar a la altura de las circunstancias. En momentos así había que mantener la dignidad, pero sobre todo la franqueza. Ensayando una mueca que quiso ser divertida, preguntó:

–¿Tanto se me nota?

–Como si llevaras un manojo de cascabeles. Yo olfateo el miedo de los primerizos.

–¿Cómo no voy a tenerlo? Lo antinatural es no tenerlo al bajar por vez primera a un pozo tan profundo –contestó al tiempo que se alzaba la batería que con el peso se deslizaba cadera abajo.

El otro alzó las cejas, extrañado ante tan inusuales palabras de sinceridad.

–Me hago cargo, zagal. Pero conviene que sepas que la mina no se come a nadie si se porta uno conforme es debido. Hay que estar atento a todo y siempre con mucha vista. Ya lo irás aprendiendo. Y ahora basta de charlas, vamos a trabajar que es por lo que se nos paga.

Caminaron por la galería general excavada en la roca viva, alumbrada con fluorescentes que esparcían una luz espectral en su recorrido. Era de techos altos y larga hasta donde se perdía la vista. Ancha, lo suficiente como para que el suelo se viese surcado por doble vía. Sobre una de ellas se hallaba detenido un tren con las vagonetas cargadas de madera y telas metálicas para las labores de entibado. En un costado de la galería discurría una cinta transportadora con su constante traqueteo que, indudablemente, al no haber nadie en los tajos realizaba su viaje en vacío.

–Perderse por aquí no debe ser difícil –murmuró Julio al minero que caminaba a su lado.

–¿Perderse? ¿Qué dices, hombre? Santos conoce mejor el interior de la mina que las calles de Andorra. Una noche salió del Barrachina borracho y no atinaba con su casa. Un vecino que salía de la última sesión del cine lo tuvo que llevar hasta su misma puerta.

Julio lo escudriñaba todo, como queriendo penetrar en los arcanos de aquella noche eterna que era la mina. El miedo físico a la oscuridad le dominaba, miedo a las toneladas de roca pendiendo sobre ellos como espada de Damocles, miedo a los misteriosos e inquietantes ruidos que no hacían nada más que aumentar su desasosiego. Por otro lado, parecía que aquellos hombres que caminaban en silencio se habían olvidado de su presencia. Esto le hizo sentirse aliviado, parcialmente. Sabía por experiencia que los obreros eran crueles con sus bromas cuando caía en sus manos un novato. Además, Santos lo había delatado al preguntarle si tenía miedo. No quería que se mofaran de él. De modo que respiró profundo sacando fuerza de flaqueza y acompasó sus pasos a los de ellos, decididos y enérgicos. Avanzaban por la galería, que a tramos se veía inundada por arroyuelos de agua que les cubría hasta el calcañal de las botas. El chapoteo de sus pies y el continuo zumbido de la cinta era lo único que se oía en aquel silencio de tumba. Llevaban más de quince minutos andando, cuando se detuvieron en una encrucijada de túneles. Fue una reunión breve. Peralta, por ser achaparrado, tuvo que subirse en el empalme de las vías para que se le viese bien. Se llevó la mano al casco y cambió la luz larga a corta para no deslumbrarlos. Delante tenían la enorme galería principal que seguía sin fin. Tanto a su derecha, como a su izquierda, se abrían sendas galerías, estrechas y oscuras. En el mismo vértice entre unas y

otras había una caseta. Dio unas concisas instrucciones y parte del grupo de hombres se apresuró a coger picos y palas y un recipiente de madera con agua potable. A continuación se marcharon por la galería de la izquierda, que se llenó de ruido de pasos y de un vendaval de luces de las lamparillas. Este grupo de seis hombres, la mayor parte andaluces, estaban destinados a cargar las vagonetas de piedras tras la voladura del día anterior. Destacando sobre el enfoscado de mortero de la casamata había un cuadro eléctrico y un teléfono lleno de tizne colgando de la horquilla. Este grupo en el que estaba Julio, más numeroso que el otro, ya había sacado los martillos neumáticos y varias palas, cuando repentinamente se oyó un extraño sonido como de ganso salvaje. Santos que estaba más cerca se abalanzó al teléfono. Lo descolgó y contestó con él pegado a la oreja.

–Dime.

La palabra sonó rara a esas profundidades. Mientras escuchaba se pasaba la mano por su áspera barba de tres días. Los ojos se iban a la cinta transportadora.

–Sí, ya, que el relevo de noche se la ha dejado funcionando. Ahora mismo la paro.

Se oyó una voz metálica al otro lado del auricular:

–No, no la pares. Sólo quiero que compruebes si funciona ese interruptor. Los eléctricos dicen que da problemas. Párala y enciéndela.

–De acuerdo –dijo apretando el botón.

La cinta se detuvo en seco. Volvió a pulsar y tras una sacudida reinició su incansable recorrido, zumbando como un moscón.

–¿Es el facultativo? –preguntó Peralta.

–Sí. Hoy se ha levantado maniático. La cinta siempre ha funcionado bien. –A continuación miró a Julio y añadió–: Mozo, tú te vas a quedar aquí. Si notaras algo raro aprietas inmediatamente el botón. Si suena la guagua... sí, no pongas esa cara de extrañeza, llamamos al teléfono así por el gruñido que hace, pues lo que te digo, lo coges y preguntas qué quiere. Entonces vienes y me lo dices, que no estaré muy lejos.

–¿Pero voy a estar yo solo? –inquirió casi como una súplica.

–Estarás solo y no, según se mire. Vas a empezar en el nivel de no más de ochenta metros de largo. En un extremo está esta galería y la guagua. En el otro estaremos los picadores. Tú sólo tienes que recoger con la pala el carbón que cae fuera y devolverlo a la cinta. Más fácil que mear.

Julio adoptó un gesto sombrío, pero como le había enfocado al hablarle la luz larga no lo captó. Aceptó su misión como un hecho consumado y se dispuso a obedecer. De nuevo se oyó la voz de Santos que salía de la caseta con una pala. Detrás le seguía otro minero con el recipiente de diez litros de agua, que en la mina llamaban buyol.

–Toma, mozo –dijo entregándole la herramienta como al soldado el fusil reglamentario–. A propósito, la hora del bocadillo es a la nueve. ¿Llevas reloj? –El joven se lo mostró

levantando la muñeca–. Bueno, pues te paras y te lo comes. Tienes un cuarto de hora. Agua, ahí dentro tienes un buyol de cinco litros, llévalo contigo. ¿Tendrás bastante? –agregó con una sonrisa de dientes de mulo–. Si no quieres almorzar solo, vente al tajo. Ya te he dicho que no estamos lejos.

Con una mano agarró el buyol, mediado de agua y con la otra empuñó la pala. Uno de los presentes aprovechó para deslizar su frase guasona.

–Oye, Santos, ¿por qué no le dices al novato dónde está el enchufe para la pala?

–Déjate de pamplinas, Marcial. Venga, vámonos que es tarde y viene lloviendo. Y tú, ¿cómo has dicho que te llamas?

Al ponerse la tropa en marcha el rumor de pasos apagó su respuesta y tuvo que volver a repetirlo.

–No se lo he dicho. Mi nombre es Julio Salazar.

–Ah, vale. Acompáñanos que te diré dónde debes empezar. –El jefe de cuadrilla o capataz, que también se le podía llamar así, bajó un poco la voz, dirigiéndola cómplicemente a su oído–. Mozo, a éstos ni caso. No les rige la cabeza.

El joven observó bajo el resplandor de la lámpara que en el ceño de Santos, normalmente hosco, hubo un intento por dibujar una sonrisa. En cuanto a él, francamente, se le erizaron los pelos ante la perspectiva que se le avecinaba. Ahora no había ninguna duda. Aquello era un complot para ponerlo en ridículo y reírse a su costa. Mientras se dejaba torturar por la

suspicacia se fueron alejando por la galería que hacía curva, internándose en las tinieblas hasta que desaparecieron por completo las luminarias de la principal. Paralela a ellos corría la cinta con su incesante rumor. Julio, que caminaba detrás del tropel, enfocó la luz hacia los hastiales de la derecha. Descubrió la negra boca de un pasaje al que había que entrar encorvado. Se trataba de un pasadizo auxiliar, llamado “nivel”, que se utilizaba para suministrar material a los entibadores. Parte de los hombres, con Peralta a la cabeza, se introdujeron por él, desapareciendo como en un sueño siniestro. Los demás siguieron con Santos. Éste se detuvo unos metros más adelante, haciéndoles un ademán para que prosiguieran. Se dirigió a Julio.

–A ver, mozo, te vas a encargar de este tramo. De una punta a otra vas devolviendo el carbón que se derrame a la cinta. ¿Alguna duda?

Sentía el áspero sabor del polvo que levantaba los pies en su garganta. Maquinalmente, había bajado la pala y se apoyó en ella para no desfallecer. Entonces decidió decir algo, que debido a la angustia le salió un penoso tartamudeo.

–Pe, pe, roooo, si es, totoy solo, ¿quién me avisará cuando acabe la jornada? –concluyó de corrido.

–No te apures, hombre. Te recogeremos cuando acabe el turno.

Sin decir más se alejó a zancadas hacia el tajo donde ya había empezado la actividad de los martillos neumáticos. Desolado, siguió con la mirada la oscilante luz hasta que desapareció tras

el recodo. En cuanto se vio solo alzó la frente para inspeccionar el techo. Buscaba asegurarse de que no se le iba a venir encima estrepitosamente. ¿Cómo podía saber él que en la mina las entibaciones y apuntalados se hacían a conciencia? Cada metro que se avanzaba en la veta se iba afianzando con las pesadas trabancas que contorneaban el semicírculo de la bóveda, apoyándose éstas en las mampostas, colosales postes de hierro de noventa kilos, que se erguían a los lados y que daban al lugar un curioso aspecto de arquitectura románica. Antes de empuñar la pala se sacó el bocadillo del bolsillo de atrás del buzo y como estaba envuelto en papel y luego en bolsa de plástico lo colgó del asa de un puntal, dejando al pie el buyol. Suspendido siempre lo vería, aunque se distanciase, aparte de que así estaría protegido del polvo volátil. Advirtió que la cinta todavía no traía su riada de lignito. Se mantuvo atento a los crujidos que repentinamente brotaban del entibado y que era provocado por alguna madera al troncharse por la presión. Al abrir un pequeño boquete despedía una ínfima avalancha de carbón triturado. Sin importancia alguna, aquello eran meros granos de pus negro que producía la mina y que explotan al mínimo roce. Pero a él todo le sobresaltaba. Dirigía el foco con angustiado nerviosismo al más insignificante movimiento natural del apuntalado. Mentalmente hacía sus cálculos hacia dónde debía correr en el caso de desplome. Sin duda alguna hacia la galería general. Lo único que le tranquilizaba un poco era el pensar que allí no acechaba el temible grisú, verdugo de los mineros. Recordaba haberlo leído en un reportaje sobre minas turolenses en el *Heraldo de Aragón.* En ninguno de los numerosos pozos de la provincia de Teruel se había detectado el mortífero gas. Quizá se hubiese serenado más el atribulado ácrata si hubiera sabido que el índice de accidentes mortales

en esas cuencas era el más bajo de todas las explotaciones mineras del país. Cierto es que de vez en cuando se producían accidentes fortuitos, como eran los barrenos que no estallaban después de efectuar la descarga. Ocurría que al acercarse los obreros a retirar el escombro los cartuchos no activados explotaban traidoramente. También los derrumbes eran causa de accidentes, incendios en las vetas de carbón que producían asfixia en los obreros, inundaciones cuando los martillos topaban con bolsas de agua... Pero el suceso más terrible acaeció en una mina de Utrillas quince años atrás. Una explosión de cincuenta kilos de dinamita segó la vida de trece hombres. Al día siguiente en todos los periódicos podía leerse los titulares de la trágica jornada: *LA MUERTE APAGÓ LA LÁMPARA DE TRECE MINEROS*. A continuación, en la letra menuda detallaba el periodista aspectos morbosos del accidente, como que los cuerpos estaban irreconocibles y que sólo se pudo identificar a uno porque hallaron el dedo anular con la alianza de casado.

La cinta había comenzado a transportar el carbón extraído en los tajos. El joven alzó la pala con las dos manos y se dispuso a realizar lo encomendado. Dirigió la luz hacia la derecha y avanzó a contrasentido devolviendo los pequeños montones de lignito a la cinta. La trepidación arrojaba continuamente los tormos al suelo lo que ocasionaba que aquello fuese el cuento de nunca acabar. Julio organizó su táctica de ataque. Primero recorrería la parte derecha y luego retrocedería recogiendo para seguir con la parte izquierda y a la inversa. Exactamente igual que una lanzadera. Siempre teniendo como punto de referencia la mamposta donde había colgado la bolsa con su bocadillo. Ignoraba por qué, pero en la parte izquierda no era

mucho el mineral que saltaba al suelo, de manera que lo fue ejecutando sin agobios. Con la pala en ristre y el ojo avizor, sudando copiosamente, fue olvidándose por instantes de la férrea tenaza del miedo. Lo que más le pesaba era la soledad, no tener a nadie con quien cruzar una parrafada, fumarse un pitillo en compañía. En cuanto al *fumeque*, aseveraba que a él el vicio no le había agarrado de lleno, pero siempre llevaba en el bolsillo la cajetilla que le duraba un día escaso. Una de las veces que se detuvo para recuperar el resuello, advirtió que a la profundidad que estaba no sentía ni frío ni calor. Es cierto que estaba un poco sofocado pero era por el ejercicio con la pala. "Una temperatura ideal", pensó, "con un poco de imaginación podía creerme que estoy en las Canarias". Desabrochó el buzo y lo bajó hasta la cintura, anudándose las mangas alrededor. Se había quedado con la camiseta oscura. Al derramar la luz sobre sus pálidos brazos observó que iban adquiriendo un tono negro intenso. De las impresiones que le proporcionaba su nuevo trabajo una de ellas era la continua metamorfosis en el color de la piel. Su rostro, y sobre todo sus labios, debían estar cubiertos con el polvo volátil, porque notaba en la lengua el sabor acre, que le hacía escupir desabridamente. Otra de las sensaciones insólitas para él era que al no verse a sí mismo, por ser sólo un proyector enfocando las tinieblas, se notaba como si se hubiese integrado en aquel mundo y formase parte del reino abismal. No le molestaba aquella nueva perspectiva, incluso le resultaba divertido contemplar la pala en sus manos, obedeciendo sus órdenes como si gravitase en la opaca atmósfera. De vez en cuando, para recuperar la percepción de realidad y la conciencia de su propio cuerpo, dirigía el foco sobre sus antebrazos, completamente ennegrecidos.

En una de las flexiones sobre el carbón desparramado le pareció ver con el rabillo del ojo un destello. Venía de su izquierda, al fondo de la galería. Se irguió rápido y proyectó la luz hacia allí. Se dijo que para distinguirlo mejor lo adecuado era apagar su lámpara. No se atrevió por temor a no ser luego capaz de encenderla, temor estúpido, porque el mecanismo era de lo más simple. La luz lejana era oscilante. A veces le recordaba una estrella fugaz. De pronto algo asaltó su mente, que le hizo sentirse un poco imbécil al reproducirlo. El minero guasón le había contado lo del monstruo agazapado en las galerías profundas. Se reprendió por dedicarle un lugar en su mente a cuentos de viejas. El túnel le transmitió un creciente rumor de pisadas. Ahora no había duda, alguien venía de la general. “No puede ser el vigilante”, pensó, “éste se ha ido con uno de los grupos que se han separado en la bifurcación”. “¿Será otro vigilante que viene a llevarme a otro sitio?”, se interrogó. El resplandor que se aproximaba se hizo más vivo. Resultaba chocante el rítmico vaivén que describía en la negrura. “Vaya, lo de la lámpara está bien. Así no te sorprenden mano sobre mano”, murmuró, incrementando las paladas a la cinta. “Aunque estos tipos son capaces de ver en la oscuridad como los gatos”, concluyó.

La fulgente aureola se fue acercando a él. Observó que aquel minero, fuese quien fuese, caminaba de un modo raro. Julio se esforzaba en descubrir la figura tras la luz gravitatoria, pero ésta creaba un manto oscuro y le era imposible discernir. Por fin, sintiendo nítido el roce de sus ropas, pudo reconocer algo que le pareció un hombre gigantesco con los brazos muy largos que casi tocaban el suelo. Sorprendido, enseguida constató que se trataba de un mozarrón cargando con un buyol de diez litros

de agua en cada mano. Se detuvo delante del novato que le miraba con curiosidad, reposando las manos en la pala.

–Hola –dijo Julio, alegrándose de ver a alguien.

Éste depositó los recipientes en el suelo y respondió con una pregunta:

–¿Te han dejado solo? Anda que no se te va a hacer el turno largo.

Sin responder lo examinó lanzándole el haz de luz. Era grande y musculoso. Frisaría la treintena. Observó en sus facciones rasgos de anormalidad. La voz le salía gangosa con lo cual determinó que era un poco retardado.

–¿Quién eres? –le preguntó, sonriente.

–Soy Juanito, el pinche. Llevo el agua por los tajos. A veces se la beben de una sentada y tengo que ir a por más. ¿Y tú quién eres? Nunca te había visto por aquí. ¿Trabajas arriba y te han bajado aquí por malo?

Le hizo gracia su observación. Volvió a iluminarlo para inspeccionar mejor su aspecto y descubrió que el buzo le venía pequeño y mostraba sus peludas pantorrillas. Estuvo a punto de soltar una carcajada pero se reprimió por respeto... a su corpulencia. Contestó afablemente.

–No, qué va. Soy nuevo. Me llamo Julio y he empezado hoy a trabajar en la mina.

–¿También eres granadino?

–No, soy de Zaragoza.

–Mi padre dice que la Empresa contrata gente en un pueblo de Granada. También los de HUNOSA van allí a contratar pero no lo consiguen. Los de Andorra somos más listos, les llevan cartones de tabaco a la secretaria del sindicato y les elige a los obreros para las minas de Andorra. ¿Verdad que son muy agudos? –inquirió, soltando una risotada que hizo sacudir su corpachón.

Miró su cara regordeta, sonrosada, apenas manchada por el carbón. Por congraciarse con él, le dijo:

–Debo reconocer que es muy buena táctica.

–Oye, yo estuve una vez con mi padre en Zaragoza. Fuimos a ver a mi tío Pedro Abad que tiene un bar en las Fuentes. ¿No lo conocerás por un casual?

–No lo conozco. La verdad es que somos tantos...

–¿Quieres un trago de agua?

–No, gracias. No me he comido aún el bocadillo. Pero no te preocupes, tengo un buyol.

–Ésa es de ayer. Si quieres agua fresca ve hasta la galería general. Allí he dejado la cisterna en una plataforma que va sobre los raíles.

–Gracias, bueno es saberlo.

–Me voy que los picadores estarán secos –dijo doblándose para agarrar los recipientes. Una vez se hubo enderezado, añadió–: Como se la beban de un tirón tendré que volver a por más.

–No les permitas que abusen. Diles que el que despilfarre el agua tendrá que ir él.

–Ya me voy, hasta luego –dijo echando a andar. Cuando llevaba unos metros se giró y proyectando la luz sobre Julio, dijo:

–Oye, ¿ese perrillo que hay ahí es tuyo?

–¿Un perro? ¿Dónde? –indagó, lleno de asombro.

–Jua, jua, has caído, has caído.

Lo vio alejarse, pensando que hasta los simples se permitían gastarle bromas.

A él, cuyo objetivo era ser un destacado revolucionario, aclamado por las masas obreras. Un hombre teóricamente instruido en literatura anarquista, capaz de influir en los trabajadores y poner nerviosos a los patronos con su discurso demoledor y su despiadada verba. Y mira por donde, qué caprichosa era la vida. De repente se veía en las profundidades, recorriendo de un lado a otro el río de carbón, semejando la trama de una novela del diecinueve en la cual el perverso personaje condena al protagonista a ser abandonado en aquel

lugar absurdo y terrible, obligándolo a realizar un trabajo exasperante con la malévola intención de destruir su voluntad de revolucionario. Pero una necesidad fisiológica vino a distraerlo de sus pensamientos: el aguijonazo del hambre. Sus tripas se habían contraído. Por instinto echó mano del reloj que se había guardado en el bolsillo. “Las nueve y veinte”, musitó dirigiendo la lámpara a la esfera. Retrocedió hasta la mamposta donde había dejado la bolsa. Se miró las manos ennegrecidas. Sostuvo el recipiente entre sus piernas e inclinó el pitorro, cayendo el chorrillo de agua sobre las palmas. Al secárselas en el trasero, observó que había sido peor el remedio que la enfermedad. La ropa estaba impregnada de polvo y lo único que hizo fue ennegrecerlas más. Se volvió a mojar las manos y esta vez recurrió a la parte interior de su camiseta. Entonces se dispuso a abrir la bolsa. De súbito, algo vivo, diminuto saltó del interior de ésta, corriendo despavorido a sus pies. Le enfocó, sobresaltado. Un ratoncillo corría, trepando veloz a los costeros, y se ocultó en una de las grietas. Raudo desenvolvió el bocadillo, soltando un exabrupto. El ratón había perforado la bolsa, roído el papel de estraza y mordisqueado a placer el pan y el chorizo. Se deshizo de la parte que había servido de almuerzo al roedor y lo arrojó a unos metros de allí. Con lo que le quedaba, prácticamente casi todo, se sentó en el suelo, apoyó la espalda en el puntal y le atizó un voraz mordisco a la vianda. Masticó lentamente, con los ojos clavados en el hipnótico discurrir de la cinta. A los pocos minutos vio al desvergonzado ratón cruzar la galería y abalanzarse al pedazo de pan que destacaba entre el carbón.

–Vaya, ¿tienes hambre? He interrumpido tu desayuno, ¿verdad? –dijo con voz suave.

El animalillo, asustado, retrocedió, pero al ver que no había peligro, volvió decidido. Arrimó sus dientecillos al migajón y fue royendo minuciosamente, espantándose cada vez que el entibado emitía un crujido. “Por lo menos no almuerzo solo”, pensó con una mueca irónica. “Claro, que con este compañero voy a discutir poco”. Tras engullir el último bocado, echó un trago de agua que le supo a rancia. Se encendió un cigarrillo y con las piernas estiradas fumó con delectación. El ratón seguía afanado en su parte del bocadillo. Julio le observaba con curiosidad, expulsando el humo, que eran como pequeñas nubes ensombreciendo la luz del foco. Le dolían los músculos de los brazos y sentía agudos pinchazos en el hombro derecho. Si la herramienta hubiera cobrado vida hubiera dicho con sorna: “¿Soy yo acaso la culpable de tu laceración?”. Se sentía cansado y sólo llevaba tres horas. A pesar de su interés en contemplar los movimientos del roedor, los ojos se le cerraban. A veces los misteriosos chasquidos le sobresaltaban. Cada uno era como un gemido de la mina. Volvían a cerrarse sus ojos. Se esforzaba por mantenerlos abiertos, pero éstos, pertinaces, apenas podían con el peso de los párpados y caían como una losa. Cada vez le costaba más y más...

En su cabeza comenzó a resonar la voz cascajosa del lampistero: “La batería tiene autonomía para diez horas. Le es suficiente”. Él, que había mantenido conversaciones con los electricistas de las obras y presumía de tener noción, preguntaba receloso: “¿Pero y si de repente se produce un exceso de consumo y se me apaga?”. “Eso no pasará. Ya le digo, diez horas, diez horas...”, recitaba su letanía de vieja beata.

Dominado por la inquietud que le creaba su ensoñación, meditó que si se quedaba sin luz, cómo iba a salir él solo del tenebroso laberinto. Al no hallar respuesta, sintió el sudor humedeciéndole el cuerpo. Imaginó que se olvidaban de él, regresando los picadores al embarque por otra galería. Había intuido que éstas se comunicaban porque el corpulento aguador no había regresado a pesar del tiempo transcurrido. Si los facultativos de la explotación estimaban que esa veta estaba agotada y por lo tanto la galería ya no era útil, ordenaban que se tabicasen con bloques de cemento. Medida con la que procuraban que no generasen gases, ni aires contaminados por las explosiones de la dinamita. De este modo, ajenos a la terrible negligencia a él lo condenaban a un espeluznante emparedamiento, sin comida y con poca agua, buscando desesperado días después al osado ratón que había compartido su bocadillo y que ahora le tocaba a él ser devorado. A continuación se le acabaría el agua y esto le arrojaría a la más abominable locura. Por último moriría pataleando, lanzando espantosos gritos y arrojando espuma por la boca. Ya sentía la muerte cerca, cuando de repente, antes de expirar sintió un agudo dolor en la mano. Emitió un grito agónico: “¡Agggg!”. Entonces, súbitamente se despertó, dando voces de rabia:

–¡Maldito y asqueroso ratón, me ha mordido!

Pero no fueron los incisivos del roedor los que se clavaron en su carne sino el cigarrillo que había quemado sus dedos mientras dormía apoyado en la mamposta. Tras humedecer la quemadura con saliva, consultó el reloj. Eran las nueve y treinta y siete. Se había dormido casi veinte minutos. Se

levantó apresuradamente y continuó con su labor. Una hora más tarde sintió la necesidad imperiosa de ver a alguien, de oír su voz, incluso notar su sudor, percibir su aliento. Con esta idea se fue desplazando a contracorriente con el propósito de llegar al origen del negro manantial. Rebasó la curva y vio resplandores surgir en la oscuridad. El estridente rugido de los martillos picadores acarició sus oídos. Se internó unos pasos y al instante estuvo ante algo que le impresionó, hasta el punto de dejarlo paralizado unos segundos. ¡Qué lástima que no pudiese ver sus propios ojos asombrados, contemplando por vez primera el tajo en plena ebullición! Frente a él se encontraba un largo desnivel flanqueado por un bosque de puntales sosteniendo el techo de la explotación. A lo largo de la veta una hilera de hombres semidesnudos, el cuerpo brillando de sudor, arremetían con verdadero empuje la capa de mineral. El ruido que producían los martillos era infernal. Varios ayudantes, atrapados por el mismo frenesí, paleaban el carbón hasta el transportador y a su vez este artilugio lo conducía a la cinta. Julio, con la pala en ristre, se acercó con el pretexto de recoger el carbón caído. Algunos hombres dirigieron sus lámparas hacia él, mirándole fugazmente, sin ningún interés. El joven observó sus rostros ennegrecidos en los que destacaban los ojos desmesuradamente abiertos a causa del esfuerzo. Aquello le hizo pensar que ese ritmo endiablado sólo podían sostenerlo los destajistas. Hombres-máquinas a los cuales les movía un instinto salvaje al penetrar los vibrantes punteros en el carbón. Meditó que si habían aceptado esta forma inhumana de trabajo iba a ser muy difícil que le escucharan cuando les hablase de sus derechos laborales. Absorto en esta apreciación no vio a Peralta el vigilante haciéndole señas. El hombre se situó en su ángulo de

visión y le gritó en medio del ruido ensordecedor. No oyó su voz pero descubrió sus gesticulaciones que hacían sombras contra las mampostas. “¿Estará llamándome la atención por abandonar mi puesto?”, pensó. El vigilante se acercó a él con el rostro afable. Le preguntó al oído:

–¿Qué pasa, zagal? ¿Algún problema?

–No, tenía sed. El agua aquella, además de calentorra, tiene un gusto desagradable.

–Ahí tienes el buyol –respondió señalando hacia el hastial.

Se acercó y dejó la pala contra el entibado. Miró hacia los lados pero no vio a Juanito. Como la galería donde estaban empalmaba con otra, se dijo que sin duda había regresado por ella a la general. Bebió del pesado recipiente y se disponía a depositarlo en el suelo, cuando uno de los picadores dejó el martillo y se le acercó.

–No lo dejes, mozo. Tengo la lengua como el esparto.

Mientras contemplaba el movimiento de su glotis, reparó en su torso desnudo, cubierto de sudor y polvo. Pero sobre todo en aquellos ojos brillando en medio de un cerco oscuro.

–Toma, mozo, bebe otra vez –dijo tras concluir–. Un trago de esta agua es media vida. Es de buen manantial.

Por no rechazarlo volvió a levantar el pesado recipiente. Cuando lo apartó de su garganta el picador se hallaba de nuevo acribillando la veta. Su espalda se doblaba y se erguía siguiendo

el ritmo de sus movimientos con el martillo neumático. Por la espina dorsal le bajaba un reguerillo de sudor hasta la cuenquecilla del culo. Julio cayó en la cuenta de que llevaba unos minutos parado. Agarró la pala y lanzó algunos tormos al transportador, para no despertar el recelo del vigilante. Pero la vista se le fue otra vez al picador, el cual hizo en ese instante una ligera pausa. Sin dejar el martillo, y tras dirigirle una mueca de complicidad, efectuó un ademán que le llenó de estupor. Con la mano libre se había quitado una bota. La puso boca abajo y arrojó contra el carbón, como el que tira un vaso de agua, el sudor contenido en su interior. Julio, asombrado como estaba, no vio la figura luminosa de Peralta, aproximándose.

–¿No hay otro plan que ése? –le gritó en tono de amonestación.

–Ah, sí, perdone. Ya regreso a mi trabajo.

–¿Se te apodera? –preguntó, socarrón.

–No, que va. No le doy tiempo a que se amontone.

–Ah, pensaba que necesitabas ayuda. Eso que estás haciendo se hace con la punta de... del nabo –dijo soltando una risotada.

Sintiéndose zaherido desanduvo el camino hasta el punto de partida. Alejado del bramido de los martillos se dijo que por nada del mundo hubiera querido estar entre aquella gavilla de fibrosos picadores. Aceptaría el trabajo más inofensivo, el de menos peligro, aunque por ello percibiese el salario más bajo de la mina. Sin embargo, enseguida recordó que ésa no era la táctica de su compañero de ideología Irineo Montes, ni era el

método adecuado para ganarse la confianza y el respeto de los mineros. ¿Qué credibilidad podía tener alguien que se pretende concienciador de aquellos hombres rudos si no es capaz de compartir su trabajo por duro y peligroso que fuera? Sumido en estas reflexiones prosiguió agachando el espinazo. Así permaneció una hora más hasta que al mirar su reloj, comprobó que eran las dos menos cuarto. Sintió que su corazón se inundaba de alegría. El cansancio desapareció de repente y el miedo dejó de atenazarle las tripas. Instantes después la cinta se detuvo. Vio surgir del fondo de la galería un racimo de luces. Mientras se acercaban los mineros, se preguntó qué tiempo estaría haciendo fuera de aquel agujero. "Seguramente lucirá un sol espléndido", dijo en voz alta. Como se había producido un sepulcral silencio el sonido de su voz le chocó. Luego se impuso el rumor de las cuadrillas acercándose. El sonido sordo de aquellos pasos de sonámbulos que crecía cada vez más. Cuando estuvieron a su altura, Peralta, que junto con Santos, venía a la cabeza, le dijo, imperativo:

–Vámonos, zagal. Coge la pala y el buyol.

Se sumó al grupo silencioso, cargados con las herramientas, y siguieron hacia la principal. Olfateó el sudor agrio de sus cuerpos, notó también su agitada respiración, cerciorándose de que no eran de hierro. Se les veía abatidos por el cansancio, pero conservaban aún restos de ese orgullo varonil de mantener el tipo a toda costa. Guardaron la herramienta en el pequeño almacén y tras veinte minutos de caminata arribaron al embarque. Ya habían llegado grupos procedentes de otros tajos, por tanto la jardinera había efectuado su primer viaje a la superficie. Julio les vio sentados en los bancos, inmersos

algunos en conversaciones pausadas. Maltratados por el trabajo como estaban apenas quedaba fuelle para apasionantes discusiones de fútbol. En medio del tumulto de hombres concentrándose, el minero primerizo esbozó una imperceptible sonrisa ante semejante escena.

De pronto le pareció ver en ellos a una cuadrilla de bandidos aguardando el paso de la diligencia para lanzarse al asalto. Evidentemente él no podía verse así mismo, pero se hacía una idea de su aspecto mirándose en el espejo de los demás. En sus ennegrecidos rostros resaltaban poderosamente los ojos y los dientes, que brillaban como los de un fantástico animal al acecho. Uno de los mineros, sentado en una esquina, miraba con insistencia a Julio. Le sonreía, pero no le decía nada. Éste advirtió el interés de aquellos ojos escrutadores un poco confuso. *¿A* qué venía aquella insolente risita? Hubiera querido frotar la ligera capa de polvo de su cara, pero su gesto osado le tenía desarmado.

–¿Te ocurre algo? –se atrevió a interrogarle.

–¿Es que no me reconoces? Soy Samuel.

–¡Joder, tío! ¡Ni te reconozco yo ni te reconocería la bendita de tu madre!

–Tú tampoco estás mal. Parece que te hubiese dado unos brochazos un pintor borracho.

Pronto se oyó el crujido de la sirga y el ronco murmullo de la jardinera descendiendo. En cuanto se detuvo el siguiente grupo de treinta la abordó con el ánimo reavivado como por ensalmo.

Bromeaban entre ellos, empujándose y ofreciéndose tabaco. El grupo de andaluces se sentaron en la retaguardia. No cantaban. Sonreían, pero era una sonrisa aplacada, domada tras pasar la mañana cargando de piedras una vagoneta de mil quinientos kilos. Julio y Samuel propinaron algunos codazos para subir en ese viaje, juntos en el mismo asiento. En voz baja se fueron contando recíprocamente lo que habían experimentado en las profundas galerías. Julio, al que se le representó el gesto altanero de los picadores, faltó a la verdad, fingiendo, al decir que él también de algún modo se había mostrado valeroso e indiferente al peligro. Le confesó que no había sentido excesivo miedo para ser la primera vez y sí un aburrimiento mortal. Samuel achicó los ojos tiznados en un gesto de incredulidad, pero no le rebatió. A él se le veía exultante, sencillamente porque había sido capaz de palear al transportador cuanto carbón arrancaban los picadores. Uno de ellos le había prometido que si seguía a ese ritmo le propondría al vigilante que le asignase la prima de productividad que correspondía a los ayudantes bragados. Julio miró de soslayo al joven boxeador. Las aletas de su aplastada nariz se dilataban, venteando el dinero que iba a ganar trabajando como una bestia. Por lo visto la ilusión por llegar a ser profesional del boxeo se le había ido evaporando por los oscuros recovecos de la mina. Ahora parecía querer darle una nueva orientación a su vida. Le decepcionó. No le gustaban las personas tornadizas. Disimuladamente examinó sus ademanes. No parecía haber perdido el juicio. Lo suyo había sido una conversión fulminante. Le veía tan convencido de que en la mina estaba su futuro que no se atrevió a soplar sobre su castillo de naipes. No obstante, con aire sombrío reflexionó sobre la voluble conducta de su amigo. ¿Cómo podía entusiasmarse con un trabajo que sólo te

ofrecía insalubridad y accidentes graves? Un ignoto centro de explotación del lignito donde el horizonte más cercano era una línea de arquivoltas de acero soportando toneladas de mineral. Rememoró los días de huelga en la obra. Si Samuel hubiera estado con ellos a buen seguro no actuaría así. Julio creía firmemente en que el obrero que participa en una huelga adquiere conciencia obrera y una vez impregnado su aroma permanece para siempre. Intentaría arrojar unos granos de semilla revolucionaria en el terreno en erial que era su amigo. Obviamente no tenía la prosapia de Irineo Montes, pero confiaba que con sus muchas lecturas anarquistas lograría inculcarle el virus de aquella hermosa utopía que predicaba la igualdad entre los hombres.

–Te has quedado muy callado. ¿En qué piensas? –inquirió Samuel, dirigiendo su negra jeta hacia él.

–En nada. Ahora mismo tenía la mente en blanco –Mintió a propósito. Él, obstinado por naturaleza, le hubiera hablado sobre las inexistentes medidas de seguridad que había observado, pero no quería abrumarlo con lo que el boxeador llamaba monsergas–. Mi cerebro es incapaz de ensartar dos ideas seguidas. Estoy brutalmente agotado.

–¡Qué teatrero! Antes me has dicho que te has aburrido –repuso al tiempo que la brusca detención de la jardinera avisaba que habían llegado.

Se apearon y caminaron en tropel por el túnel hacia la bocamina. Según caminaban iban esquivando los raíles con los trenes cargados de madera. Los hombres fijaron sus ojos en la

gris claridad del día. El maquinista que conducía la máquina de baterías les anunció que estaba chispeando.

–Mejor, así me excuso de regar las lechugas y las alcachofas –dijo un minero del pueblo.

Alguno se burló de él llamándole terrateniente. La broma produjo risotadas que retumbaron en la bóveda.

A Julio los días de lluvia le ponían tristón, pero esa vez se sintió feliz. Al salir fuera y sentir la fina lluvia sobre su cara le dieron ganas de bailar, de saltar de alegría. Nunca se había sentido tan dichoso de tener dos ojos con los que contemplar las maravillas de la vida. Justo en la boca se cruzaron con el relevo de tarde. Algunos llevaban el cutis rasurado y olían a loción, contrastando con el olor a sudor de ellos. Miró las nubes del color del acero y a continuación les dedicó una breve ojeada a los hombres acicalados, advirtiendo que tenían el pálido aspecto de la gente que apenas ve el sol. El aroma a tierra húmeda y las ráfagas de viento le arrancaron un estremecimiento. El grupo apretó el paso a la caseta del lampero. Se apelotonaron porque todos querían ser los primeros en desembarazarse de la batería y meterse en las duchas a despojarse del pegajoso barniz de su cuerpo. Julio y Samuel cruzaron el umbral de los vestuarios con la prevención de no saber si por algún lado te va a llegar el proyectil de una bota vieja. Cerca de la puerta varios mineros desnudos se dirigían embadurnados de negro a las duchas. Samuel al verlos de aquella guisa no pudo evitar soltar su chiste. Les dijo con desfachatez a los más cercanos:

–Os voy a denunciar a la Guardia Civil por escándalo público. Obscenos, que eso es lo que sois.

Algunos sonrieron y otros le contestaron con aspereza:

–Cállate, novato, y cierra la puerta, que entran los diablos.

La enorme estufa del centro caldeaba la nave deficientemente. Los que estaban más alejados, en este caso Julio y Samuel, eran de los más afectados, tuvieron que desnudarse con premura soportando los gélidos flechazos que penetraban por los intersticios del portón. Julio, encogido y con la piel de gallina, miraba tímidamente a los lados. Se sentía incómodo con la situación. Él no estaba fogueado en estos desnudos integrales multitudinarios. Ni siquiera había hecho el servicio militar pues se había librado por ser hijo de viuda. Con la toalla en una mano y en la otra una esponja se dirigieron a las duchas. Había el consiguiente alboroto de voces y el rumor del agua cayendo sobre los cuerpos. Agua que se colaba por el desagüe convertida en tinta, tan abundante que años atrás los niños la hubieran utilizado en la escuela para llenar los tinteros. La docena de duchas, sin puerta, con un pequeño tabique en medio y un recipiente con jabón líquido adosado a la pared se hallaban ocupadas. Los dos jóvenes dejaron las toallas en un banco cercano a la estufa y aguardaron, beneficiándose del agradable calorcillo. Julio se ruborizó hasta las raíces del pelo al comprobar que los hombres se duchaban por parejas para poder frotarse mutuamente la suciedad adherida a la espalda. Le resultó, cuando menos, atípica la imagen de aquellos tíos de pelo en pecho, de una tosquedad manifiesta, enjabonándose el uno al otro como alegres damiselas. Observó que algunos se

limitaban a dos pasadas con la esponja por cubrir el expediente. “Que lo remate tu mujer en la ducha de tu casa”, decía, desentendiéndose. Había otros que restregaban la espalda del compañero con la misma brusquedad que si estuviese desollando un cabrito. En cambio, aquellos que frotaban, eliminando el menor atisbo del engrudo negro, se tenían que oír las mayores groserías de los de al lado:

–Eh, colega. No te entusiasmes o vamos a pensar que te gusta la carne de macho.

El que estaba siendo frotado miraba para atrás y le apremiaba medio en broma:

–Oye, apura. A ver si va a ser verdad que eres de la cáscara amarga.

–Déjate de gilipolleces, Pablo –respondió el otro, enojado y apartando la mano con la esponja–. ¿Quieres que te siga dando jabón o no?

–Sigue. Si lo que digo es que no te duermas. Hay gente esperando.

Aquel comentario dio pábulo a que los mineros se lanzaran a contar chistes de homosexuales.

El escandaloso cacareo de remedos grotescos, risas y voces atipladas estaba servido. En medio del guirigay, en una de las duchas tenía lugar el siguiente diálogo, mientras se restregaban la espalda:

–Con prisas el polvo incrustado no sale. De sobra lo sabes, Pedro. Luego tu parienta te riñe porque le manchas las sábanas.

El otro giró la cabeza y le miró desdeñoso. En tono áspero para demostrar que no estaba dominado por su mujer, respondió con un gran vozarrón:

–No te enrolles y déjala tranquila. Ya rematará ella la faena esta noche –añadió con un gesto picaro.

Julio y Samuel seguían esperando a que se desocupasen. A pesar de que la estufa estaba a pleno rendimiento, Julio experimentó un escalofrío. Samuel al advertirlo, miró su delgado cuerpo, blanco como la panza de un pollino, pero con manchas negras que parecían islas en su desnuda piel. Dijo, burlón:

–¿Qué pasa? Suspiras como una delicada señorita.

–Pero bueno, ¿es que a ti te da todo igual? Entra el aire helado por esos cristales rotos.

–Lo que digo, un quejicas.

–Me parece penoso tener que ducharnos revueltos –dijo Julio, sintiendo cómo crecía su sonrojo.

–Al primero que insinúe algo le parto la cara sin contemplaciones –masculló el boxeador, endureciendo el rostro.

–Tampoco hace falta que te apliques la pomada antes de que te pique la avispa.

–Quita, quita. De tantos tíos en cueros no puede salir nada bueno.

Por fin se quedó uno de los cubículos libre. Debajo del chorro caliente los dos amigos se enjabonaron individualmente y restregaron cada centímetro de la piel.

Como había dicho el minero el condenado carbón se metía por los poros resistiéndose a abandonarlos. Dudando de que el agua lo hubiese arrastrado todo, Samuel se giró y le preguntó en tono autoritario:

–¿Me queda algo?

–Gírate de nuevo y te lo digo –dijo mirando su rostro lleno de espuma–. Veamos –añadió examinando la ancha espalda del boxeador.

–Vamos, di. ¿Me he dejado algo?

–Te queda un redondel entre los omóplatos. Supongo que como a mí. Natural, ahí no me llega el brazo.

–¿Y si me froto contra las baldosas? –dijo Samuel doblando el brazo al máximo.

–No digas tonterías. Te desollarás y no conseguirás nada. Si quieres te froto y luego tú a mí. Lo hacen todos.

Samuel miró las pellas de espuma en su cara, que le daban aspecto de una barba desgalichada.

–Vale, pero lo indispensable, ¿eh? –y añadió, mirando a los lados y bajando mucho la voz–: Los que sois revolucionarios, con eso de socializarlo todo a lo mejor quieren también que socialice mi culo –remató, soltando una carcajada que produjo que los vecinos volviesen la vista, asombrados.

Al tocarle su turno de frotar, obsesionado porque lo tomasen por lo que no era, sacudió tales meneos a la espalda de Julio que éste protestó:

–Más despacio y hazlo bien, joder. Me vas a aplastar la frente contra el muro.

–Deja de gruñir, remilgado.

Para facilitárselo y asegurarse de no darse un golpe el anarquista se apoyó con las dos manos en la pared. Samuel, situado detrás, le daba pasadas, empujándole bruscamente con la esponja preñada de espuma. Mientras lo hacía, siguió hostigándolo.

–Cuidado que eres delicado. Que sepas que yo no me ando con delicadezas. Si fueras una gachí te quitaría el carbón con la lengua, pero lo que es a ti a empellones, quiá, no te vaya a gustar y te me vuelvas sarasa.

Luego se secaron y regresaron a las cadenas con la ropa elevada. Se vistieron de prisa y al disponerse a salir de la nave se percataron de que eran los últimos.

En el exterior, los mineros se hallaban acomodados en los autobuses, mirando caer la lluvia calma sobre las instalaciones. Los jóvenes corrieron y en cuanto hubieron subido el autobús se puso en marcha. Julio, sentado junto a la ventanilla, miraba el entorno. Tamizado por la suave cortina de agua se fijó en el frontal de una tolva herrumbrosa. Un rotulado en letras negras ponía el broche a la intensa jornada: MINA LA OPORTUNA.

Un murmullo de conversaciones se desató entre un pequeño grupo de mineros. Se jactaban de los metros cúbicos extraídos y lo que eso le iba a suponer en la nómina. El boxeador, deslumbrado por el tema, avivó los sentidos, pero sobre todo afinó los oídos. Esa clase de música le interesaba, más que nada, porque estaba dispuesto a formar parte de la orquesta.

Mientras, Julio, exhausto e indiferente a las ambiciones de los demás, se encogió en el asiento y se durmió. Se sumergió en un profundo sueño con música de percusión: el repiqueteo de la lluvia en los cristales.

# VI

Sobre el poblado se cernía el silencio que produce la fatiga general de una dura jornada. Tras levantarse el último minero de la mesa del comedor los dos amigos se dirigieron a las pequeñas casitas dejando detrás ruido de vajillas y las voces apremiantes de los empleados de cocina. Había cesado de llover pero el cierzo perverso continuaba aullando por las esquinas. Los hombres hundían las manos en los bolsillos y encogían el cuello en el tabardo. Julio y Samuel fueron sorteando charcos hasta la primera línea de casas. Por las inmediaciones crecían algunos árboles que con el tiempo prometían robustez y buena sombra contra el implacable estío. La raya divisoria entre el pueblo y ellos era una estrecha carretera que moría poco antes del monte donde se hallaba la ermita de San Macario, patrón de la localidad. Ésta se erguía entre los pinos, como si se alzase de puntillas para contemplar la llanura. Por su altura y luminosidad natural venía a ser como la corona de Andorra, cuyo manto se extendía con su verdor por la vasta ladera.

Al penetrar en el interior de la casa y recorrer el pasillo hasta su habitación, Julio, que había observado ciertos detalles el día anterior, se preguntó qué clase de gente eran los que

habitaban en el poblado, que pintarrajeaban las paredes y rompían las puertas a puñetazos. Samuel, que pareció leerle el pensamiento, dijo despectivamente:

–Estos mendas están sin civilizar. Por lo que se ve aquí ha venido lo peor de cada casa.

Julio, que reconocía la innecesaria destroza, quiso disculparlos.

–No digas eso. Son proletarios como tú y como yo.

–Lo que tú digas, pero por si acaso echaremos el pestillo por dentro. Sospecho que éstos tienen dos categorías: la de proletarios, como tú dices, y la de manguis.

Una vez dentro, se descalzaron y se tumbaron vestidos en las literas, cubriéndose con las mantas.

Julio se encendió un cigarrillo, mientras narraba sus planes revolucionarios a su compañero, que rendido, comenzó a respirar fuerte.

–Por lo que he podido intuir hay bastante apatía entre los mineros. Aun así estoy seguro de que hay gente organizada aquí dentro. Sus reuniones serán tan clandestinas que será difícil contactar con ellos. El primer mandamiento del revolucionario es desconfiar del recién llegado. ¿Me estás escuchando, Samuel?

–Ummm. Déjame dormir, tío. Vienes ahora con tu cantinela, ¡no te jode!

–Compréndelo. Si no hablo contigo, ¿con quién voy a hacerlo?

–Con nadie. Dudo que alguien quiera escuchar tu matraca. Oye, tío –se incorporó, preocupado–, espero que no sueñes en voz alta, porque si es así les digo que me pasen a otra habitación. Prefiero compartir el chabolo con uno de esos energúmenos.

–Tampoco hace falta que te pongas desagradable –respondió Julio, deseando que sus palabras atravesasen el jergón y entrasen por la nuca de su compañero.

–Yo me pongo como me pongo. Y tú eres más cansino que un pavo picoteando un pepino.

–Vamos a ver. Yo te cuento todo esto, pero en realidad estoy pensando en voz alta.

–¿Ves? No, si tú me vas a dar la noche. Que me lo veo venir.

–Yo lo que quiero decir es que en sitios así en caso de lograr movilizar a la gente tendrá que orientarse la reivindicación por el lado laboral. Ya lo decía Bakunin que no había que mezclar la política con la cuestión social. Hoy he oído decir a un entibador lo que cobra a final de mes. No es mucho, créeme, para estar metido en este agujero de topos. Es cuestión de ir haciendo labor de concienciación. Si conseguimos que acepten la huelga como único modo de presión para conseguir mejoras, lo demás vendrá por sí solo. Una vez prenda la mecha, lograr que la llamarada se extienda al resto de las cuencas mineras no debe ser difícil.

Un ronquido enorme fue la elocuente respuesta de Samuel.

–Hay que ver qué pronto se cae en el sueño de la inocencia –murmuró, aplastando la colilla en el improvisado cenicero que había hecho con el papel de plata de la cajetilla. Se volvió hacia la pared y tras cubrirse hasta el cuello se sumó a los rugidos de su compañero.

Por la tarde, oscureciendo a pesar de no ser aún las seis, los dos jóvenes se adecentaron y se fueron a dar una vuelta por el pueblo. Los mineros acostumbraban a frecuentar los mismos bares: Rosamary, Olleta y Barrachina, los tres ubicados en la calle principal. Entraron en el primero, que era del que más algarabía trascendía al exterior. Las caras de los presentes se volvieron hacia ellos, especialmente la de los granadinos, que batían palmas alrededor de una mesa con bebidas. Julio se fijó en otros mineros acodados en la barra que había visto esa mañana en el tajo.

Le sorprendió su actitud tan diferente. Se les veía sosegados contemplando el ambiente. Alguno miraba la copa de coñac, lanzaba una ojeada risueña a los andaluces y se la llevaba a los labios, sorbiendo con fruición. Los granadinos habían cesado de armar bulla momentáneamente. Uno de ellos, chaparro, muy moreno y con el pelo ensortijado, interpeló jovial a los recién llegados:

–¿Qué tal vuestro primer día en el bujero?

–Bueno, digamos que no ha sido de un placer difícil de olvidar.

–No le hagas caso –intervino Samuel, acercándose a la barra–. No ha sido para tanto. No es por dármelas de fanfarrón pero no existe un trabajo que me achante.

–Deberían dar botas resistentes con la punta reforzada de hierro. Las de goma valen para las corrientes de agua pero si te cae un puntal te fastidia bien –dijo Julio en voz baja.

–¿De dónde ha salido éste? –preguntó uno de los mineros apoyados en la barra.

Samuel repasó con la mirada su mandíbula cuadrada y los ojos de rana. Le pareció un tipo risible y le dieron ganas de burlarse de él, pero se contuvo.

–Ya digo que no le hagáis caso. Mi amigo dice cosas muy raras. Ya ves, está emperrado en mejorar la vida del obrero.

Julio que había detectado sarcasmo en sus palabras le lanzó una mirada fulminante.

–Lo que quiero decir es que se preocupa por la seguridad en el trabajo –rectificó, rascándose la cabeza–. Precisamente la televisión está ahora anunciando una campaña: “Trabaja pero seguro”. Ése es el lema.

–Pero seguro que te explotarán –replicó el dueño del bar, con la bayeta al hombro y los brazos extendidos sobre el mostrador–. ¿Es así o no, Pascual? ijuo, juo! –añadió con su carcajada de ogro travieso.

Se había referido al granadino de pelo rizado que se apresuró a responder a Julio en tono condescendiente.

–A buen sitio has venido a caer, entonces, colega. En la mina a veces nos encontramos con bolsas de agua. El otro día reventó una y nos arrastró como de aquí al Olleta. Tendrás que empezar por reclamarle a la Empresa chalecos salvavidas y una Zodiac.

Su chuscada provocó un remolino de risas en los presentes.

El tipo de los ojos de rana apuró su cerveza y se acercó al grupo. Llevaba un cigarrillo humeante en la comisura y las manos en el bolsillo. Sin cesar de mirar a los dos nuevos mineros, dio una honda chupada y expulsó con arrogancia el humo. Julio observó que le faltaba el dedo índice. Sus labios cuarteados se movieron para hablar:

–Te he oído murmurar en el embarque con ese que va contigo –dijo señalando a Samuel despectivamente.

El boxeador se enervó al sentir la alusión en tono áspero. Lo midió con la mirada. Le calculó unos cuarenta años y aunque la espalda la tenía ligeramente encorvada el resto del cuerpo se le veía fuerte y flexible.

–¿Y a ti que mosca te ha picado? –le preguntó con altanería.

–Contigo no hablo, chaval. Me estoy refiriendo a tu amigo.

–¿Qué pasa? No sabía que estaba prohibido hablar en la mina. ¡Qué estupidez! –repuso Julio.

–No van por ahí los tiros, listillo –apostrofó, arrojando la colilla y aplastándola con el zapato–. Lo que quiero decir es que si no serás tú un revoltoso de esos que van por los trabajos armando la de Dios. Lo digo porque hablas como un maestro de escuela.

–No, no, qué va. ¡Qué disparate! –negó echando mano de la táctica que se requería en casos así. De momento tocaba ser humilde y complaciente hasta que llegase el momento de soltarle la cuerda al revolucionario que llevaba oculto. Por eso añadió para disipar toda sospecha en aquel tipo que sólo buscaba provocarle–. Ya digo, le estaba comentando que en las obras de Zaragoza dan botas y guantes para la seguridad del trabajador.

–Bah, tonterías. Valiente cuadrilla de señoritas sois los de la capital –dijo exorbitando más sus ojos de rana.

Samuel, que prefirió no intervenir al advertir el curso que había tomado el asunto, bebió un trago de su cerveza sin quitar ojos de la contrariada expresión de su amigo. Mientras miraba al uno y al otro una sonrisa irónica iluminó su rostro. En realidad le divertía ampliamente que el individuo aquel le amonestase como a un colegial díscolo.

–Oye, rubio, ¿y a ti quién te manda venir a trabajar a un sitio como éste? –le increpó otro del grupo–. Ya sabes lo que se dice: “El que no quiera polvo que no vaya a la era”.

–¿Pero no te das cuenta, canelo, de que viene a alborotar el gallinero? –atajó el minero que le faltaba el dedo.

–¿Sí? Pues a qué esperamos para darle una somanta. Gente así está pagada por la Pasionaria.

Hubo risas, pero nadie movió un párpado ante su propuesta. Todos entendían que aquello formaba parte de la reprensión, pero sin pasar de ahí. Julio a su vez no quería que pensasen que les intimidaba su forma brusca de dirigirse a él. Reunió toda la presencia de espíritu que pudo y respondió con firmeza.

–Si estoy aquí es porque en Zaragoza hay una crisis fuerte en el sector de la construcción.

Se produjo un silencio que vino a significar que a cualquiera podían venirle mal dadas. Nadie cuestionó si eran verdad o mentira sus palabras; la frase “crisis en el sector” había actuado como un potente paralizador. Echaron un trago, al tiempo que movían la cabeza con preocupación.

–Vale, si es así bienvenido entre nosotros –dijo el minero que le había acosado con una risa de hiena–. Tómate otra cerveza, y tu amigo también, os invito. Os presento a mis compañeros, son leales con los suyos. Ahora, si alguien intenta joderles, mal asunto –agregó escupiendo una brizna de tabaco–, pueden ser bastante bordes.

Los otros asintieron, conformes con la agridulce descripción que el farute había hecho de ellos.

–Basta de tanto palique –vociferó uno con voz de tormenta–. Chicos, vámonos al Barrachina. Aquí estamos muy vistos.

–De acuerdo. Vamos, mi depósito necesita carburante de

otra gasolinera –dijo el cuarentón–. Podéis venir tú y tu amigo, si queréis.

–No, gracias, muy agradecido. Nos quedamos con los colegas granadinos. No te lo tomes a mal.

Sin nada que objetar el grupo de mineros salió por la puerta armando jolgorio, propio de crios indisciplinados.

–Ahí se van a acabar de agarrar la cogorza –dijo el dueño, recogiendo los vasos–. No me extraña que algunos le llamen el Borrachína.

Julio y Samuel ignoraron su cáustica observación con la competencia.

Debido a lo acontecido, entre ellos hubo miradas, pero no fueron de sintonía. El anarquista dijo quejumbroso y en voz alta para que le oyesen los andaluces:

–No entiendo por qué me tienen tirria por sólo suposiciones. ¿Que hablo como un maestro? ¡Absurdo, completamente absurdo y fuera de toda lógica racional!

Uno de los mineros que había estado apostado en la esquina del fondo se acercó a los novatos con su vaso de vino en la mano. Dijo tras beber un sorbo:

–Ya sé que me meto donde no me importa, pero como os veo buenos chicos me gustaría advertiros sobre esos que se han ido.

Los dos le miraron, extrañados. Tendría unos cincuenta años, voz cascada de fumador y del polvo de la mina. Samuel se fijó especialmente en sus manos, grandes y fuertes.

–Usted dirá –dijo el boxeador.

El hombre, sin quitar el ojo de la puerta, bajó el tono para explicarse.

–Tened cuidado con ellos, sobre todo con el de los ojos saltones. Su nombre es Benjamín no sé qué. Son gente bragada, muy trabajadores, eso no voy a quitárselo, pero son también bastante echados para adelante. Provienen de Almadén y dicen que los que han trabajado en esas minas son gente fanfarrona y pendenciera.

–Perdone, jefe, se agradece la información, pero no me asustan –dijo Samuel mostrando sus puños–. Ni esos ni ninguna clase de tipos como ellos.

–Está bien. Pero os advierto que no son de los que huyen. Luego volverán. ¿Veis esa puerta del fondo a la derecha? –dijo procurando que no le oyese el dueño. Asintieron, siguiendo el ángulo de su mirada–. Ahí dentro, por las noches hay timbas clandestinas. Se juega al burle, sí, sí, no pongáis esas caras de sorpresa, ya sabéis, al julepe, al jilay. Estos de Almadén son bastante aficionados a las partidas de cartas.

–Lo que no entiendo es que si en su tierra hay minas porque no se han quedado allí –interrogó uno de los andaluces.

–Según me han contado en esas minas trabajan catorce días

y descansan otros catorce. Deben ser muy peligrosas para la salud. Son de mercurio y eso es tóxico y provoca cáncer. Éstos si se han venido aquí es por los destajos y porque no soportan estar tantos días de brazos cruzados, aunque se los paguen, como es el caso.

–O sea, que el trabajo en las minas atrae a gente de todas leches –dijo Samuel con una risita maliciosa.

–Hombre, no quiero decir eso. Hay gente muy competente que viene a ganar un dinero sin crearle problemas a nadie –respondió el veterano minero.

Julio y Samuel intercambiaron una mirada significativa. Éste frunció las cejas, pensando con cierto regocijo: “Si supiera que aquí mi colega viene precisamente a eso, a crear problemas, no se mostraría tan amable”.

–Claro, no va a ser todo malo –repuso Julio, contemporizando–. También hay gente correcta, pero apenas se les nota porque no hacen ruido.

–No hace mucho en la mina se nos coló un subversivo. Lo descubrió el ingeniero que bajó a última hora a la sexta. Lo pilló en el embarque llenándole la cabeza al relevo de la mañana. Conmigo ya había trabajado, barrenando. No era mal compañero. Me ayudaba a sujetar el trípode y cuando no era necesario cargaba las vagonas de escombro. Al enfocarle con mi lámpara observaba sus manos finas y sin callos, aunque eso sí, llenas de magulladuras. Me chocó de él que nunca decía tacos, y mira que en la mina hay mil motivos para soltarlos. Yo sospeché, antes de que el ingeniero lo desenmascarara, que

podría ser un estudiante infiltrado con la consigna de crear las Comisiones Obreras. Por lo menos eso es lo que decían los papeles que un día aparecieron desparramados en el embarque. Se conoce que los había dejado él disimuladamente el día anterior. Bueno, tengo que decir que el ingeniero lo descubrió gracias al soplo de un minero que le avisó desde la guagua –los perros de la Empresa, de ese modo llamaba el subversivo a los chivatos–. El soplón le dijo al ingeniero que Jabalquinto, ése era su apellido, les había largado un discurso sobre la situación boyante de la Empresa y de la explotación a la que tenía sometidos a los obreros pagándoles un sueldo de miseria. Ya digo, sólo estuvo un mes escaso. Automáticamente le dieron la patada y pasó a la lista negra de toda la cuenca.

"No era muy avispado ese personaje", pensó Julio. "Entrar así el primer mes, como una vaca en una cacharrería. Yo no cometeré ese error".

Samuel, sin ninguna complacencia por el estudiante represaliado, dijo:

–El menda estaba impaciente por liarla.

–Eso digo yo. Sin embargo, era una bella persona, y fijaos lo que os digo –aquí bajó aún más el tono de voz–, muchas veces pienso que no iba mal encaminado en lo que decía. Que ésa es otra de las cosas que chocaban en el pozo, que el tío se expresaba fenomenalmente. Aquí, ya se sabe, los que hablan bien son los ingenieros y algún que otro facultativo, los demás unos zoquetes como nosotros y eso que tienen estudios –remató el veterano soltando una bárbara risotada.

–A ese estudiante más le habría valido dedicarse a su carrera y convertirse en un hombre de provecho –dijo Samuel–. Me cago en la leche, que Dios da pan a quien no tiene dientes. Y ya veis, los gilipollas prefieren dedicarse a arreglar el mundo.

–No nos engañemos, luego todos terminan volviendo al redil, porque como dice mi madre, torres más altas han caído –intervino Julio, impostando voz de pésimo actor de teatro.

–Es lo que digo, que estudie y se haga un buen ingeniero o lo que sus entendederas le permitan. Siempre se ha dicho, cada uno en su oficio y el lobo a las ovejas. Y vive y deja vivir. Dos días antes de que lo despidieran, mientras nos comíamos el bocadillo, me quiso largar un sermón, pero yo le dije: “Mira, chaval, yo prácticamente nací en el carbón, me he criado al pie de la veta sin pedir más ni reclamar nada. Así que no me vengas ahora con la ambición de conseguir cosas a fuerza de enfrentarnos a los patronos. Aquí, el que más y el que menos tiene ataduras con la Empresa. Bastantes estamos casados y con hijos. Si nos echan, muchos no sabemos hacer otra cosa que la de picar en el carbón. Fíjate en qué panorama nos encontraríamos si te hiciéramos caso”.

El hombre enmudeció de repente, como calibrando que había largado demasiado. Fue a la barra y pidió otro vaso de vino. Julio estaba desconcertado. Era como si le hubieran arrojado agua fría. Al principio pensó que estaba ante alguien valeroso y con criterio propio, pero se equivocó. Aun así, dijo, mirando hacia él:

–Esta vez tengo el gusto de invitarle.

Al decir esto, maquinalmente se echó mano al bolsillo, comprobando, ruborizado que estaba sin blanca. Éste, que advirtió su penuria, le salió al quite.

–Déjalo, os invito yo.

–¿Cuándo se cobra? –preguntó Samuel, también apurado.

–Al final de mes, naturalmente. Pero cada quince días pagan un anticipo. O sea la semana que viene. ¿Andáis mal de dinero? –inquirió en tono paternal.

–Bueno, sí, ésa es la verdad. Tuvimos que hacer unas compras –dijo Julio titubeando por el embarazo que le creaba la situación.

–Os puedo prestar quinientas pesetas. En cuanto cobréis me las devolvéis y santas pascuas.

–Muchas gracias, le estamos muy agradecidos por el detalle –dijo Samuel, extendiendo la mano para coger el billete.

Con el dinero pagaron una ronda a su inesperado y proverbial prestamista. Estuvieron una hora más escuchándole contar historias de la mina hasta que llegó la hora de irse al comedor del poblado. El hombre, que dijo llamarse Pablo, era andorrano y afirmó que se quedaría un poco más, ya que su parienta no tendría la cena lista aún. Los andaluces ya hacía un rato que se habían marchado. Sin embargo, por el camino les parecieron oír a lo lejos sus cantes. Anduvieron unos metros, cuando se encontraron con otros grupos de mineros que venían de los bares. Semejaban pequeños afluentes

desembocando en la calle La Unión para hacer el recorrido juntos. Al final iniciaba una leve bajada por un campo baldío en el que descollaba la plaza de toros. Soplaba el cierzo, empujando las nubes de algodón. A un kilómetro, al sudeste, la luna menguante iluminaba el castillete del pozo San Juan. Una mina clausurada hacía años ante la imposibilidad de explotarla. En su interior habían aparecido manantiales, inundando las galerías abiertas. Sin embargo, el castillete seguía allí, como un gigante, retador y sombrío. Descendieron la vaguada adentrándose en las primeras casas, alumbradas por luces moribundas. El comedor se fue llenando de jóvenes bulliciosos. Algunos habían bebido más de la cuenta y porfiaban entre ellos, vociferantes:

–Te digo que el Madrid gana este año la liga.

–Ni lo sueñes. La va a ganar el Barça –respondió otro que se crispaba en cuanto tocaban el tema.

–No tienen pitera. El Madrid les da sopas con honda a todos –dijo un minero de la parte de Calatayud.

–¡Cruyff, Cruyff! –corearon los andaluces que deberían tener familiares emigrantes en Cataluña.

Al instante salió el encargado de la cocina y les amonestó severamente.

–Vale ya con el dichoso fútbol. Dejad cenar al personal en paz, que parece esto un gallinero.

Menguó el escándalo, aunque seguía el rumor de fondo. Al

rato, un grupo bastante numeroso se levantó de las mesas y se dirigió a la puerta. Eran los mineros del turno de noche.

Una hora después de cenar, serían las once, los dos amigos se hallaban descansando en la litera. Julio, con la mano cerca de su particular cenicero, fumaba su cigarrillo antes de dormirse. Habían apagado la luz y a intervalos se reflejaba en la pared el resplandor de cada calada. Con voz monótona por el cansancio, dijo:

–Fíjate, que me ha conmovido el detalle de ese hombre. Prestarnos dinero sin conocernos.

–A mí también me ha llamado la atención. Hay gente estupenda por el mundo.

–Debe ser un código que existe entre los mineros, socorrerse entre sí. Especialmente cuando te ven derrotado.

Samuel no respondió. Durante unos minutos se produjo el silencio.

–¿Estás dormido, Samu?

–No, estoy pensando.

–¿En qué piensas si puede saberse?

–En la putada de tener que ir mañana a trabajar. Si fuera un famoso boxeador ahora estaría con una buena hembra en un hotel de lujo.

–Ah, claro. Y cuando estuvieses harto del boxeo colgarías los guantes, te montarías un supermercado y hala, a dedicarse al *dolce far niente.*

–Eso debe de querer decir tumbarse a la bartola, ¿no, Julio?

–Literalmente ésa es la traducción, en castizo, claro. Me sorprende que sueñes en no pegar sello un trabajador nato como tú.

–Déjate de pamplinas. Con dinero el único trabajo que iba a hacer es darme a la buena vida. Aunque me gusta siempre guardarme una bala en la recámara por si acaso. Que me fallaba el asunto, me montaba un bar. También es un buen negocio.

–Depende.

–Depende de qué.

–Depende en qué parte de la barra te coloques.

–Muy agudo, pero muy aguafiestas, ¡no te jode el pelmazo este!

–Nada, nada, majo. Sigue soñando. Yo voy a poner el despertador a la seis.

## VII

Tres semanas después de debutar como mineros, los dos jóvenes ya habían pasado prácticamente por todas las labores del pozo. A Julio, parte del miedo manifestado el primer día se le fue disipando, aunque seguía manteniendo cierta prevención a según qué tajos. Uno y otro fueron siendo conocidos progresivamente por los compañeros que no vacilaron en bautizarlos según las características de cada uno. A Julio, con su altura y delgadez, mostrando en las duchas sus alones de ave esquelética, le endilgaron el mote del Flaco. A Samuel, ateniéndose también a lo evidente, al contemplar su nariz y su musculatura, le apodaron el Boxeador. Él, orgulloso del sobrenombre, bromeaba con unos y con otros, hablándoles hiperbólico de sus combates victoriosos e inolvidables veladas en el Salduba de Zaragoza. Julio, fiel a su estrategia de prudencia y cautela, sólo hablaba de cosas intranscendentes con los mineros. En el trabajo nunca escurría el bulto porque su lema era predicar con el ejemplo. Si algún compañero necesitaba su ayuda, ya fuese retirando escombro, arrastrando el material por las galerías para los entibadores o intentando recuperar una vagoneta en una galería anegada, era de los primeros en situarse ante el cabestrante. Tanto el uno como el otro gozaban de la simpatía del personal, incluidos los

vigilantes y jefes de cuadrilla. Samuel, cuyo objetivo en la mina era llegar a ser picador, esa semana estuvo trabajando ininterrumpidamente de ayudante, por lo cual ya se veía a no mucho tardar empuñando el martillo neumático.

El lunes siguiente, cuando se cumplía su cuarta semana en la Oportuna, a las seis y media de la mañana se hallaba el relevo en el embarque. Siguiendo la rutina diaria, Peralta, con su lista en la mano fue nombrándolos y señalando el lugar donde los destinaba. Después de citar a los primeros ochenta hombres, que respondían con voz adormilada, el vigilante, con el bolígrafo apuntando su labio, recorrió el muestrario de rostros y se detuvo en el de Salazar, que mantenía una actitud taciturna. Los labios de Peralta esbozaron la esperanzadora sonrisa del que se dispone a dar una buena noticia. El hombre, en su afán de ser justo, creyó pertinente concederle una oportunidad para que prosperase en la pirámide laboral. Convencido de que el joven iba a devolverle un gesto de gratitud, se apresuró a anunciarle:

–Julio Salazar, desde hoy irás con los picadores.

No respondió de inmediato. Su cabeza había empezado a trabajar de prisa. Retornó a su primer día en la mina y a la visión de los picadores transfigurados frente al liso de carbón. Evocó sus rostros contraídos por el esfuerzo, sus cuerpos desnudos cubiertos de sudor y polvo. Pero lo que más le aterró fue descubrir en algunos la falta de algún dedo en sus manos. En ese momento, como un relámpago se le representó la figura del tipo de Almadén y su ausencia del dedo índice. Permitiéndonos una breve digresión, estos accidentes eran

debidos al desprenderse las capas de mineral, cortantes como cuchillos, contra la mano del picador que empuñaba el martillo. No obstante, el percance no les inhabilitaba para seguir arrancando carbón. Enseguida aprendían a manejar el siguiente dedo que había resultado indemne. Y como decíamos, Peralta, sorprendido al no obtener respuesta, atribuyó el estupor de Julio a la grata sorpresa y al sueño.

–¿Y bien? ¿No dices nada? Te veo poco entusiasmado. Es lo que hay, pero no te apures, que si la próxima semana queda una vacante de facultativo te prometo que será para ti.

Julio pasó por alto su ironía. Carraspeó, bastante incómodo y respondió en el tono más amable que pudo:

–¿Qué quiere que diga, señor Peralta? Que le agradezco su consideración hacia mí, pero si pudiese sustituirme por otro... La verdad es que me conformo con mi trabajo de vagonero.

El vigilante le escrutó, perplejo.

Entre los presentes se había producido expectación y miraban al uno y al otro, imaginándose el desenlace de tan inesperada negativa del joven. Por otro lado, en el plano inclinado la jardinera esperaba ronroneando para engullir su diaria ración de hombres. Algunos se habían levantado, pero ardiendo de curiosidad, permanecieron a unos metros de allí, sin despegar los ojos.

–Vaya, no me esperaba esto de ti, Salazar. Pensaba que te hacía un favor. Pero por lo que veo no eres del parecer de tu compañero Maella.

Esto lo había dicho en el tono agrio del que ha sido decepcionado. En su rostro apareció el rojo de la ira, que procuró contener.

–Ya ve usted, uno es poco ambicioso.

Peralta, señalándole con el bolígrafo le recriminó, elevando la voz:

–Podía tomarlo como una insubordinación, pero me hago cargo de tu mieditis.

Lo expresó aumentando el diapasón para que todos supieran que le estaba humillando.

Se produjo algún comentario burlón que desató una tormenta de carcajadas. Hablaron de que si en el economato vendían pañales, murmuraron de que si el miedo produjera música, menudo concierto les iba a dar el Flaco. En unos segundos se organizó un torrente de risas que nadie se molestó en detener.

Julio no sabía cómo salir de aquella situación denigrante. Y todo porque había rechazado un puesto de trabajo de más remuneración. Estaba desconcertado con aquel hombre que se había dirigido a él sonriéndole benefactoramente y, sin embargo, ahora mantenía una mueca de desprecio. Y por si fuera poco, Samuel, a unos pasos de allí, le miraba, regañándole entre dientes: “La has cagado, tío”.

–Está bien, no se hable más. Quédate aquí y te bajas en la tercera jardinera con los artilleros –determinó el vigilante.

A continuación se dio la vuelta, dirigiéndose al grupo que se dedicaba al desescombro.

–¿Quién desea ocupar su lugar?

–Yo, yo quiero –dijeron varios a la vez, levantando la mano.

Peralta les estudió con la mirada unos segundos, tal vez graduando las capacidades de cada uno. Señaló a uno con el boli, que utilizaba como el militar usa su puntero.

–Tú mismo, Gómez, al tajo D.

El elegido era un malagueño de veintisiete años, casado con dos hijos, que hacía medio año había hecho las maletas y se había venido a las minas de Andorra. Como vagonero su sueldo era insuficiente para servir de alivio a su familia en Málaga. Por eso, al brindársele esta oportunidad sonrió complacido, dándole las gracias a Peralta con un gesto servil. Éste, dando por finalizado el asunto, consultó su reloj. Sólo le faltó un silbato para lanzar a sus hombres fuera de la trinchera.

–Vamos, a trabajar, ¿o es que pensáis quedaros aquí de reunión de pastores...?

Después de los dos viajes de la jardinera, en el embarque quedaron dos artilleros, dos vagoneros andaluces y Julio. Uno de ellos, con el asombro todavía en su rostro, le increpó:

–¿Eres tonto, tío? Si hubieras aceptado tendrías una prima de dos mil, con los que te pones al mes en diecisiete mil calandrias. Que no es moco de pavo.

–¿Qué problemas hay en eso? Gómez se ha beneficiado de mi negativa. Si te paras a pensar él lo necesita más que yo.

–¡Qué ideas más raras tienes, colega! –exclamó–. ¿No te das cuenta de que aquí cada uno va a lo suyo?

–Sí, claro. Y así les va.

–¿Qué quieres decir? –preguntó, dilatando los ojos.

–Nada, que es normal. Cada cual arrima el ascua a su sardina.

–¿De qué habláis? –indagó uno de los artilleros, que vestía chaquetilla azul eléctrico y de cuyo bolsillo sacó un paquete de tabaco. Ofreció, y como nadie quiso se puso un cigarrillo en los labios y lo prendió. A través de la llama observó el rostro del andaluz, dirigiéndose a él:

–¿Tú te das cuenta, Ramón? Este papafrita ha despreciado una ocasión de ganar dinero.

–Y dale. ¿Por qué no habláis de otra cosa? –protestó Julio.

–¿Entonces estás aquí por hacer deporte? Cuidado que hay gente estrafalaria por el mundo –intervino el otro artillero, un tipo desgarbado, que era natural de Crivillén.

–No digas sandeces. Estoy aquí como todos, para ganarme el sustento.

–Pues menos hablar y vamos a ello –replicó Ramón soltando una bocanada de humo.

Fueron al plano inclinado. Se sentaron en la jardinera estirando los pies sobre el respaldo de delante. El operario de la cabina accionó la palanca con un gesto de rutina. Un golpe seco puso en movimiento la máquina cuya biela comenzó a moverse desenrollando el cable de la bobina. Luego, un crujido inquietante de la sirga al tensarse y acto seguido la peculiar vagoneta comenzó a descender, lentamente. Al cabo de unos minutos se detuvo en la cuarta planta. De un salto se hallaron en el suelo de roca, adentrándose en la oscura galería que iluminaron con sus lámparas. Con Ramón a la cabeza, el grupo avanzó un centenar de metros, deteniéndose en un hueco entre los hastiales, cerrado por un muro de ladrillo y una sólida puerta de madera. Delante de ella, Ramón echó mano al bolsillo y sacó una llave. Comprobó asombrado que giraba en la cerradura, pero la hoja no se abría. Zarceó con paciencia pero sin resultado. La calma le duró poco. Al tercer intento infructuoso comenzó a soltar juramentos que parecía que la boca iba a empezar a arder.

–Tranquilízate y deja que pruebe yo –propuso el otro artillero, cuyo nombre era Serafín.

–Toma, me dan ganas de arrearle un patadón a la condenada puerta –masculló, sacando el tabaco del bolsillo de la chaquetilla. Prendió un cigarrillo, mientras observaba a su compañero probar inútilmente.

–La madera se ha hinchado por la humedad –dijo, expulsando dos estelas de humo por las fosas nasales–. Déjame, me cago en tal, que la abro de un empentón –dijo, colocándose el cigarrillo en una esquina de los labios.

–¡Quita de ahí, pedazo de bruto! ¿Qué quieres? ¿Tirarla abajo y que nos lo desquiten del jornal?

Serafín efectuó presión con la punta de la bota, al tiempo que alzaba la puerta hacia arriba, sujetando la manija. Justo cuando supuso que la había sacado del descuadre, empujó violentamente y ésta se abrió.

–Más vale maña que fuerza –dijo uno de los andaluces–. Pues sí que guardan bien los picos y las palas. ¿Tienen miedo de que las roben los gitanos?

Franqueado el paso, Ramón tanteó la pared, buscando el interruptor. Lo accionó y al instante una bombilla sucia encerrada en una jaula de alambre puso visibilidad en el antro. En un rincón un racimo de palas formaba una original panoplia. Sobre los estantes de metal se veían varias cajas de cartón rígido. A Julio se le heló la sangre en las venas al leer las fatídicas palabras: “Explosivos Río Tinto”. Estupefacto, pensó que con todo aquel arsenal, ¿cómo se atrevía el inconsciente artillero a fumar? ¿Estaban acaso en compañía de un loco? ¿Cómo reprobárselo con el mal carácter que gastaba? Ante la perspectiva de que le soltase un rosario de insultos se abstuvo de censurarle su irresponsable actitud. Atento a sus movimientos, observó cómo éste se colocaba el cigarrillo en la comisura para apoderarse de un grueso rollo de cable eléctrico. Cogió también un puñado de detonadores y se los enroscó en el cuello. La luz de las lámparas les arrancó un brillo creando un extraño juego de destellos. A continuación señaló una de las cajas de explosivos de veinticinco kilos y dijo con su voz de bebedor de aguardiente:

–Chicos, uno de vosotros que cargue con la caja de dinamita. Los demás coger los picos y las palas.

Julio se precipitó literalmente a por la herramienta. A su vez, el otro joven estiraba los brazos para cargar con la caja. En su cara se dibujó una mueca de extrañeza. De nuevo barbotó la voz de Ramón:

–No, joder. ¿Estás cegato? Ésa está vacía. Coge la de al lado.

Era costumbre en la mina que cada vez que se gastaba una caja de cartuchos, había que depositar el envase para justificar que se había utilizado. Como Julio, al retirarse con la herramienta, rozara la caja de la dinamita, hizo un aspaviento como ante una mortal cobra. Ramón que lo advirtió, repuso, mordaz:

–Uy, que ya te he olfateado, mozo. ¿Tienes miedo? Pues con miedo no se puede salir de casa.

El joven anarquista le miró con los ojos desorbitados. Le impresionaron sus profundas ojeras, en las que hasta ahora no había puesto atención. Deslizó la luz de su proyector por su cuerpo, vislumbrando sus dedos amarillos de nicotina y el cigarrillo humeando entre ellos. Por segundos fue incapaz de despegar la vista de aquella figura terrorífica cargando con los detonadores como si fuera un collar de abalorios.

–Aguate. ¿No me digas que te ha entrado el tembleque por esto? –dijo, señalando el particular ramillete–. Sé lo que me hago, chaval. Además, los cartuchos de ahí dentro van protegidos. Nunca ha pasado nada. Mi padre trabajó toda su

vida con la dinamita y era fumador. Jamás tuvo el menor percance. Y en cuanto a mí, ya me ves, enterito. Te digo una cosa, joven asustadizo, si tu problema es el miedo a la mina será mejor que cambies de oficio.

–Nooo, que va, que no es eso... Es precaución –dijo tartamudeando–. ¿Qué trabajo le cuesta fumar en otro momento que no sea éste?

–Claro, lo que el chaval tiene es canguelo, pero miedo, ¡qué disparate! ¿Oyes esto, Serafín? Lo niega como Pedro negó a Cristo. Anda, vámonos que nos va a cantar el mochuelo a este paso. Por cierto, ¿te dijo Juanito dónde dejó el buyol?

–Sí, en la primera vagona.

A Julio le estaba hartando tanto hostigamiento. Gente como Ramón cuando pillaban presa no soltaban. Había decidido no replicarle a ver si así se aburría y lo dejaba en paz. De modo que sin despegar los labios, se echó las dos palas al hombro y se mantuvo alerta. Ramón volvió a cerrar la puerta y se pusieron en camino hasta llegar al tren de vagonetas, detenido sobre las vías. A su lado caminaba el compañero con la dinamita. Le miraba de soslayo, pensando que allí llevaba encerrada la más terrible de las tormentas. Se estremeció al recordar lo leído sobre la tragedia del pozo de Santa Bárbara de Utrillas. Procuró distraerse pensando en otra cosa. Por ejemplo, se imaginó, que en lugar de explosivos lo que transportaban eran centenares de panfletos revolucionarios destinados a ser repartidos entre los mineros. Esto produjo en él una sonrisa maliciosa. Anduvieron unos cincuenta metros y

encontraron el tren varado en las tinieblas. Serafín se subió en la máquina y el resto en el vagón contiguo, con la caja de dinamita a resguardo. La máquina arrancó, deslizándose por los raíles con un ligero runrún que armonizaba con el traqueteo de las vagonetas. El reflector perforaba la oscuridad, poniendo al descubierto las transformaciones de la mina realizadas por el hombre. Podía decirse que aquellos recónditos pasajes cambiaban cada día de aspecto. Por la cuneta discurría un regato cuyas aguas brillaron bajo los haces de luz. El pequeño caudal, procedente de manantiales internos, era conducido hasta unas balsas donde era propulsado al exterior por bombas extractoras. El tren, tras cinco o seis kilómetros de viaje, dejando a los lados tenebrosas galerías que en la jerga minera eran conocidas como recortes, sobreguía, niveles, etcétera, se detuvo en una bifurcación. Descendieron con la herramienta, la dinamita y el buyol que el aguador les había dejado en la vagoneta. Se adentraron por un túnel a la izquierda excavado en la roca viva. Caminaron ciento cincuenta metros y en el corto trayecto sólo vieron dos galerías transversales y un hueco practicado en la piedra para resguardarse de las explosiones. En él dejaron las palas y el recipiente de agua y siguieron adelante. Cuando llegaron al frente, Ramón observó la profusión de agujeros efectuados en la roca por los barrenistas del anterior relevo, que por una inoportuna avería en el aparato que provocaba la explosión no pudieron efectuar la pega. En un rincón vio el atacador, un palo de metro y medio que se utilizaba para empujar los cartuchos en los orificios. Se desembarazó de los cables enroscados al cuello y junto con los detonadores los depositó en el mismo rincón. A continuación, el artillero, mirando los montoncitos de polvo gris que las perforaciones habían expulsado, sacó su paquete de tabaco y

prendió un cigarrillo. Julio, convencido de que estaba ante un fumador incorregible, comenzó a sudar copiosamente. Sobre todo, cuando a renglón seguido abrió la caja y expuso con un gesto de tediosa rutina su contenido. Con el cigarrillo humeando en una esquina de la boca fue introduciendo cartuchos en los agujeros. A su lado, Serafín iba atacándolos hasta el fondo. Así hasta que hubieron completado todos los orificios del frontal, procediendo a aplicarle la “minga” o trozo de arcilla en forma de pene con la que sellaban cada boca de agujero. A continuación comenzó a efectuar la fase de unificarlos por medio del cable. Una vez estuvo seguro de que estaba en orden, dijo con resolución:

–La pega ya está lista. Recoged la caja vacía. Del explosor nuevo ya me encargo yo. Venga, vámonos de aquí.

Como cada detonante aplicado al último cartucho que sobresalía se hallaba empalmado al cable, Ramón fue desplegándolo a medida que retrocedía por la galería. Llegaron al refugio excavado en el muro y los dos artilleros se introdujeron en él. Serafín colocó el explosor en el suelo y mientras su compañero unía el extremo del cable al artilugio, dijo a los demás:

–Chicos, vosotros seguir y refugiaros en el recorte que hay más adelante. No asomar la cabeza hasta que yo dé el aviso. Aun después de la explosión en estas galerías de fondo de saco tarda más de una hora en disiparse el polvo.

Julio, que seguía notando cómo las gotas de sudor le resbalaban por la espalda, les dio unos codazos perentorios. Se

alejaron a buen paso llenando el lugar con el rumor sordo de sus botas. A unos metros avistaron la boca del túnel transversal o recorte como le había llamado Ramón. Con la celeridad que pone en los pies la presencia del peligro se precipitaron al interior. Pero sólo lo hicieron él y uno de los granadinos. El otro, que se llamaba Juan Pedro, dijo sin detenerse que prefería cobijarse en el siguiente túnel que era más seguro. Desoyendo las palabras de su compañero Adolfo de que se quedase con ellos, corrió paralelo al reguero de agua de la cuneta. El arroyuelo debía tener su origen en el fondo de la galería donde se habían resguardado los dos jóvenes, porque se oía la suave cantinela del agua brotando de la pared. Entretanto, Ramón, de rodillas ante el explosor, dio una última chupada al cigarrillo y lo arrojó al suelo, aplastándolo con el pie. Con un gesto brusco giró la manivela. Súbitamente una violenta explosión sacudió las entrañas de la tierra. La onda expansiva recorrió bramando la galería, cubriéndola de un polvo amarillo irrespirable. Cuando se hubieron acallado los lóbregos ecos del estampido se produjo un silencio impresionante. En el recorte, sólo se oía el palpitar del corazón de los dos jóvenes, que tenían todavía los dedos en los oídos. Pasaron más de veinte minutos. Cuando el estado de ánimo de Julio se hubo normalizado, abriendo mucho los ojos, dijo con voz afligida:

–Me preocupa Juan Pedro. ¿Le habrá dado tiempo de llegar al otro recorte?

–Esperemos que sí. El muy tozudo. ¿Qué le costaba haberse quedado con nosotros?

Retrocedieron unos metros hasta la boca. Bajo el umbral dirigieron la luz de las lámparas hacia la espesa cortina de polvo y humo que se iba desvaneciendo muy lentamente. Julio sacó el pañuelo del bolsillo para protegerse la nariz.

–No seas exagerado. Este recorte se comunica con el pozo de ventilación. ¿No lo notas? El aire que viene de ahí es que está disolviendo el polvo.

–No noto nada. Sólo sé que el aire envenenado nos espera ahí mismo –replicó, con la voz ahogada por el pañuelo.

–Pues yo voy a salir en busca de Adolfo.

–¿Qué dices, insensato? Ramón ha dicho que esperemos aquí hasta que él lo ordene.

–Vale, esperaré media hora. Eso es lo que dijo.

–¿Tú estás loco? ¿Cómo vas a salir con esa polvareda? Además, dijo que tardaría en irse completamente más de dos horas.

–De acuerdo, no hay prisa. Quietos en la mata. No creas que tengo ganas de cargar las vagonas. Me preocupa si estará a salvo mi colega.

–También lo pienso yo. ¿Qué te crees?

Adolfo, para distraerse, jugó a hacer una presa metiendo la bota de goma en el regato. Cuando calculaba que el remanso se le desbordaba alzaba el pie y soltaba alaridos de gusto

viendo el pequeño torrente precipitarse a la galería. Julio estaba apoyado en una mamposta y le miraba maniobrar como un niño en la arena de la playa.

De pronto éste le deslumbró con su foco y le dijo:

–Oye, llevamos mucho rato ya. Ramón no nos llama, ¿les habrá pasado algo? A ellos no les llega el aire como a nosotros.

–No seas cenizo. Supongo que se habrán protegido. Aunque Ramón me parece un irresponsable, siempre con el cigarrillo encendido en medio del polvorín.

Transcurrió más de media hora y de improviso oyeron la voz de Serafín, que se acercaba. Corrieron a asomarse y le vieron caminar por la vía como un fantasma en la nube de humo.

–Voy al cruce a poner en marcha la máquina. Tengo que empujar una vagona hasta el escombro –dijo, mirándolos con la cara blanca de la polvareda.

–¿Qué hacemos nosotros? –preguntó Adolfo.

–Esperad aquí o venir conmigo. Lo que queráis.

–¿Se han disipado ya los malos humos? –preguntó Julio, mirando las cejas grises del artillero–. Huele a pólvora que tira para atrás.

–Aún queda algo. Pero eso no mata a nadie.

–Lo mejor será que vayamos contigo –dijo Adolfo–. Tenemos que avisar a Juan Pedro.

–Eso digo yo. ¿Dónde se ha metido?

–Dijo que se iba al otro recorte que es más seguro.

–A Ramón no le gusta que se le lleve la contraria. Seguro que le da la bronca.

Iban caminando por el centro cuando de repente oyeron gritar.

–¡Es él, Juan Pedro! –exclamó el granadino.

Alarmados, apretaron el paso. Como las voces de auxilio aumentaron iniciaron un trote cochinero. Las luces de los cascos oscilaban iluminando la negrura en un loco vaivén. Entonces, en uno de esos centelleos lo vieron. Estaba tendido de bruces en la cuneta. En cuanto estuvieron junto a él observaron que se hallaba medio sumergido en el agua, con el casco desplazado hacia la nuca dirigiendo la luz hacia el techo. Se apresuraron a socorrerlo, pero éste, al escuchar ruido de pasos se empezó a incorporar.

–¡Quillo! ¿Qué te ha pasado? –preguntó Adolfo con un reproche.

De pie, completamente empapado, se colocó el casco y se aseguró que la pila estaba bien. Miró a los hombres un poco aturdido y se aprestó a responder:

–No me dio tiempo de llegar al recorte. Oí la explosión y me lancé de barriga a la cuneta. ¡Joder, que casi me ahogo! No me atrevía a sacar la cabeza porque sentía por encima de mí la tromba y ese pestazo a azufre o lo que sea.

–¿Pero estás bien? –preguntó Julio.

–No me falta ningún cacho.

–Un poco aguachinado –dijo el artillero, esbozando una sonrisa.

Sin duda, el aspecto del minero era indescriptible. El agua, junto con el polvo, había formado una argamasa con la que tenía recubierto el rostro y parte del cuerpo confiriéndole una terrible imagen de monstruo surgido del abismo. Mientras explicaba lo sucedido no cesaba de dar tiritones de frío.

–Si no pillo una pulmonía de esta...

–Vamos, no seas fatalista. Ahora mismo te voy a hacer entrar en calor. Venga, regresar a la voladura que os voy a dar calefacción central –dijo Serafín enfilando hacia la máquina.

En el cruce, desenganchó la primera vagoneta, realizó alguna maniobra y a continuación la empujó con la máquina, conduciéndola hasta donde se interrumpían las vías, a unos pasos del frente.

Los jóvenes se habían reunido con Ramón, el cual al advertir el estado de Juan Pedro, dijo con soma:

–¿Tanta calor tienes para chapuzarte en la regacha?

–No me ha dado tiempo de llegar –dijo el joven con los labios amoratados de frío.

–No quiero saber nada. Sin embargo, conviene que sepas que en la mina, desobedecer a un veterano puede acarrearte un disgusto. La mina está llena de trampas. Basta de charla, coger las palas y a cargar se ha dicho.

Julio pensó que la reprimenda no tenía peso si no iba refrendada con el ejemplo. Como si le hubiera leído el pensamiento, el artillero hizo una mueca, sacó un cigarrillo y se lo colocó en los labios. Lo prendió, al tiempo que se encaramaba en el montón de piedras, inspeccionando que no hubiese quedado algún cartucho sin explotar. En ese instante se oyó el rumor de la vagoneta acercándose, impelida por la máquina. Como las vías habían sido prolongadas por los vieros del turno de noche, prácticamente la arrimó hasta el cascajo. Comenzaron a arrojar paladas al interior, provocando un gran estruendo. Como lo hacían con escaso brío, Serafín, que les llevaba dos paladas de adelanto, les conminó, medio en broma:

–Vamos, chicos, con alegría. Más vivos los he visto yo en el cementerio.

–Quillo, ¿no las había más grandes? –preguntó Adolfo, con el rostro bañado de sudor.

–¿A qué te refieres? –respondió Serafín, doblando su desgarbado cuerpo.

–Las vagonetas. La próxima tráela con las ruedas parriba. Esas son las que me gusta cargar.

Juan Pedro, con el cuerpo suficientemente caldeado, soltó un relincho de yegua histérica. Era su aparatosa forma de reír. Julio a su vez, paleaba en silencio, pero con un ojo clavado en Ramón. Una de las veces que Serafín recuperaba el resuello, le preguntó, lleno de curiosidad:

–¿Qué busca entre las piedras con tanto interés? No creo que haya pepitas de oro.

–No siempre explotan todos los cartuchos –dijo con una risita pérfida.

No pudo evitar un respingo al oírlo. Lleno de pavor se retiró hacia la vagoneta.

–Eh, tú, ¿dónde vas, cagón? Eso sólo ocurre una vez entre un millón de voladuras.

–Pues como sea ésta la que hace un millón, encuentran aquí carne de minero picada.

–No te quejes que saldríamos en el NODO –dijo Juan Pedro, ya con otro aspecto más saludable.

–No hay que ponerse nerviosos –dijo Ramón, como si les predicase desde la montaña–. Han explotados todos. Es bastante seguro, si miramos es por pura rutina –concluyó lanzando una bocanada de humo.

Sin más aspavientos por parte de Julio, los cinco hombres se afanaron en llenar la vagoneta.

Cuando llevaban un buen rato, Adolfo que echaba el bofe, se irguió para limpiarse el sudor de la frente.

–¡Eh!, Sera, ya vale así, ¿no? Retírala y nosotros esperamos sentados a que arrimes otra.

–Andaluz, eres más flojo que un puñado de pelusa –increpó Ramón con aspereza–. ¿No ves que está medio llena?

–De flojo nada. Tengo más cojones que tú para trabajar, lo que pasa es que mientras yo echo tres paladas tú echas una piedrecita, y después te paras a darle una chupada al cigarro.

–Vamos, no discutáis, perdéis fuerza –dijo el otro artillero.

–Tú sabes, Serafín, que si la ve el vigilante al que llamará la atención será a mí.

–Ya sabes el viejo dicho minero: “Más vale una buena bronca que cargar una vagona”.

A las nueve y media de la mañana ya la tenían llena hasta los bordes. Serafín la enganchó y se la llevó de allí. Cuando volvió con otra recordaron que tenían los bocadillos colgados en bolsas en el refugio cercano. Se sentaron sobre las piedras y comieron con avidez, haciendo circular de vez en cuando el buyol. Julio ya había dado buena cuenta del suyo. Se pasó el dorso de la mano por las comisuras y se levantó a orinar en un rincón.

A Ramón le recordó una divertida, por escatológica, anécdota que pasó a narrarles, más o menos como sigue:

“Un verano, dos estudiantes para ingenieros de minas bajaron a hacer prácticas al pozo. Un facultativo les acompañó de un tajo a otro, mientras tomaban notas. Como a uno de ellos le entraron de repente ganas de hacer deposición y no veía el baño se enzarzaron en discusiones de cuál sería el modo que tenían los mineros de salvar esta contingencia. El facultativo que sonreía ante su ingenuidad, sacó su parte rústica y les dijo, burlón: ‘¡Rediez, qué problemas! Si te aprietan las ganas no tienes nada más que abrirte de piernas en la cinta transportadora. Te agachas un poco y adiós a la mierda viajera. Pero sobre todo ten cuidado con el carbón, no te afeite el culo’”.

Cuando terminó de relatar cada uno hizo su comentario chusco, promoviendo un pequeño tornado de carcajadas.

A la una y cuarto tenían tres vagonetas repletas de escombro. Ramón se enderezó y pasándose el pañuelo mugriento por la frente, dijo:

–Vale por hoy, chicos. Serafín y yo las engancharemos para la superficie. Dejad la herramienta sobre la máquina y marcharos andando. Tenéis un buen trecho hasta el embarque.

A las dos menos cuarto ya estaban en la boca que daba al plano inclinado. Cinco minutos después oyeron el chasquido de la sirga. En la jardinera venían unos veinte mineros que saludaron al ver el pequeño grupo, esperando. Subieron y tras sentarse alguien comentó:

–¿Os habéis enterado del accidente?

–No. ¿Qué ha pasado? –inquirió Julio, estremecido por un presentimiento.

El otro que iba delante se volvió. Llevaban las lámparas apagadas, obviamente porque el plano mantenía una agónica iluminación, aunque suficiente. A Julio eso le indicó que debía apagar la suya, ya que por falta de costumbre se le pasaba por alto. El minero dijo con el alivio del que da una noticia no mala del todo.

–Gómez, el que ha ocupado esta mañana tu puesto...

–¡No me digas que ha tenido un percance! –exclamó lleno de zozobra.

–De buena te has librado, colega.

–¿Ha sido mucho? ¿Cómo está?

–No mucho para lo que podía haber sido. Se ha fracturado una pierna y un brazo, aparte de tener todo el cuerpo magullado. Parece ser que se le ha venido encima una capa de carbón. Al picador le ha dado tiempo de saltar, sin embargo, él, que se hallaba retirando el carbón con la pala no la ha visto y lo ha sepultado hasta el pescuezo. Enseguida han acudido los demás y lo han rescatado. Ahora está en el hospitalillo de Andorra.

Julio Salazar se echó hacia atrás en el asiento. Enfocó su lámpara a la abigarrada bóveda de trabancas curvadas y

encendió la larga. En realidad, no era muy consciente de lo que hacía, pero el gesto le creaba cierto sosiego. Sus ojos viajaban por la techumbre, mientras en su cerebro resonaba persistentemente la frase: “Eso me podía haber pasado a mí”. Estaba tan afectado que ni siquiera se percató de que la jardinera se había detenido. Saltó el último y de repente se dio cuenta de que no había subido Samuel.

–¿Habéis visto a mi compañero? –preguntó a los mineros que iban delante.

–¿El boxeador? Sí, lo hemos visto. Ha subido ya hace un rato. Hoy han terminado la tarea un poco antes.

Respiró tranquilo y siguió caminando con el grupo de hombres hacia la salida de la mina. Divisó la boca atravesada por esos rayos solares que los pintores renacentistas dibujaban sobre la cabeza de sus vírgenes. Semejante recibimiento le ensanchó el corazón.

## VIII

A partir de ese día, para Julio, el tiempo en la mina fue transcurriendo lento, tedioso y bastante desagradable. Según sus indicios el vigilante Peralta le había cogido ojeriza por negarse a ir con los picadores. Lo tenía catalogado como vago y protestón, y para los que disfrutaban de este estatuto él gustaba de reservarles las faenas más duras. Dicho acoso le sublevaba por dentro, pero no quería echar a rodar sus planes enfrentándose verbalmente al vigilante. Y como este resquemor amenazaba por extendérsele como un tumor maligno, días después decidió confiarle sus cuitas a Samuel.

–Ese tío me está haciendo la vida imposible.

–¿A quién te refieres? –preguntó, girándose en la litera.

–A Peralta. Me manda a los peores trabajos. Además, me mira con verdadero desprecio, aunque esto es lo que menos me preocupa.

–¡Bah!, yo creo que son figuraciones tuyas. Lo que quiere es que te quites el miedo.

–Pues mandándome bajar a la tolva como hizo ayer no lo va a lograr.

–¿Bajaste a ese sitio? –preguntó, asombrado.

–Claro. Me acompañó Adolfo el andaluz y un canario que no me acuerdo de su nombre. Adolfo, siempre con el cachondeo, le decía al vigilante mientras descendíamos por la escalera de hierro: “Peralta, si la espicho escríbale a mi vieja y dígale que mi último pensamiento fue para ella”. “Cállate, cenizo”, le decía. Parecía un perro asomado a un pozo ladrándole a su propio reflejo en el agua. Nos descolgamos hasta el fondo y en la boca de salida del carbón había una obstrucción tremenda. Hubo que palear mucho para desatascarla.

–Pues tío, no te entiendo. Eso es más peligroso que picar en el tajo. Un ligero movimiento del terreno y os enterráis vivos.

–No puedo negarme a todo. ¿No lo comprendes? Si lo hago me darán la patada.

–Desde luego lo de la tolva se las trae –murmuró Samuel con el ceño grave.

–Ya te digo. Un boquete oscuro y profundo como un gigantesco embudo.

–¿Por qué no le dices que lo has reconsiderado y quieres ir al tajo?

–¿Qué dices? ¿Después de lo que le ocurrió a Gómez? No olvides que ahora estaría yo en el hospital con una pata

colgando de una anilla. Además, que menuda bajeza ir a lamerle ahora la bota a ese tipo.

–Ya tengo la solución. Le doy un mamporrazo al aguador en una de esas oscuras galerías y que le den de baja por accidente. Entonces te ofreces tú de aguador. Se debe vivir bien acarreando agua por los tajos. Aunque su sueldo no le debe llegar ni para pipas. Pero eso a ti debe darte igual.

–No digas barbaridades. Sólo deseo decirte que es insoportable la persecución y derribo a la que me tiene sometido Peralta. Visto como está la situación me será difícil aguantar unos meses ante de pasar al plan A.

–¿Qué plan es ése?

–Hacer labor revolucionaria con los mineros.

–Anda, que no sabes lo que dices. ¿Aún piensas en tus locuras?

–Ahora más que nunca.

–Pues cálmate, chaval. Te veo muy alterado. Frecuenta más los bares, relaciónate en lugar de quedarte aquí leyendo esos libros. ¿Quieres que vayamos mañana al Tívoli? Echan una de Tony Leblanc.

–Déjate. No estoy para películas.

–En el cine Coliseum echan una de Gary Cooper. Ésa te gustará –insistió, mirándole como a un rara avis.

Julio pareció titubear. Eso ya tenía otra cara. Era el mismo actor de “Sólo ante el peligro” y “Por quien doblan las campanas”. El actor larguirucho tenía cierto magnetismo. Siempre le había fascinado su forma de interpretar cualquier papel.

–¿Cómo se titula la película?

–Ahora no me acuerdo. Pero si no te interesa hay otro cine. El de los curas. Están pasando una película basada en la vida de Jesús.

–Vaya, Samuel, no sabía que la mina te estuviese convirtiendo en un santurrón.

–No, yo no me estoy volviendo santurrón, sin embargo, tú sí. Esas ideas que predicas se parecen al cristianismo antiguo. Como en “Quo vadis”. Se aprenden cosas yendo al cine.

–Entonces, según tú eso es malo para los trabajadores.

–No digo yo tanto. Simplemente sois como una secta. Pretendéis lavarle el cerebro a la gente diciéndoles que vuestras ideas son las mejores y las únicas que luchan por sus derechos.

–Tú lo has dicho. Las únicas que buscan la igualdad y les devolverán su dignidad de seres humanos. ¿O es que tú estás a favor de la explotación a la que nos somete el sistema capitalista?

–Yo estoy a favor de ganarme el dinero con mis brazos, con

mi esfuerzo. Lo demás es meterse en follones. ¿Igualdad? Vaya tontería. Las personas somos diferentes unas de otras. Si a uno le das un billete de mil al cabo de un tiempo te lo habrá multiplicado, y otro, con el mismo billete, te lo despilfarrará en un segundo y aun contraería deudas. ¿Igualdad? ¡Qué gilipollez!

–Desde que estás con los picadores te estás volviendo muy conformista –replicó Julio, tocando su vena sensible.

–Yo soy el que soy. Desde que trabajo en la veta y desde que me parió mi madre. Estoy harto de decirte que lo que quiero es ganar dinero para pagarme un gimnasio y dedicarme al boxeo.

–Romperte la crisma para regocijo de otros. ¿A eso le llamáis deporte? Abre los ojos, ignorante, y percátate de que todo lo que rodea el boxeo huele a podrido. Sacarán lo que puedan de ti y cuando sólo seas un guiñapo te arrojarán al basurero.

–¡A ver si tienes cuidado con lo que dices, que salto de la litera y te doy un sopapo, tontolaba!

–A mí no me amenaces. No me da miedo tu fuerza.

–Vete a la mierda. Y a ver si apagas la luz que quiero dormir.

–La apagaré si me da la gana. Tú a mí no me das órdenes.

–No, si esta noche no vamos a tener la fiesta en paz –dijo Samuel, removiéndose bajo la manta–. Mañana mismo le digo a Isidoro que me cambie de habitación.

–Haz lo que te dé la gana –farfulló estirando la mano hasta el interruptor.

La habitación se sumió en la oscuridad. Furioso, el anarquista se dio la vuelta y aplastó la cara contra la almohada. Le exasperaba la cerril mentalidad de aquel boxeador fracasado, que en su ingenuidad estaba convencido de que llegaría a campeón. Se mordió la lengua para no insultarle, llamándole necio y estúpido. Mejor así porque si lo llegaba a exacerbar éste podía agredirle sin contemplaciones. Cerró los ojos e intentó dormir. La oscuridad reinaba en el cuarto, pero no el silencio. Como era habitual de otras partes del poblado llegaban gritos destemplados de alguna gresca entre mineros. La mayoría de estos personajes abusaban del alcohol que mezclaban con fármacos estimulantes. Eran los mismos que los sábados en la discoteca armaban bronca con los mozos de la localidad, en las que casi siempre tenía que intervenir la Guardia Civil.

Julio, ante semejante situación, llegaba a la conclusión de que le faltarían las fuerzas y sobre todo la paciencia para llevar a cabo su cometido. Había mañanas, cuya noche anterior había sido *movidita,* que se levantaba a las seis para ir al trabajo y sólo había podido dormir tres horas. Aturdido, con la cabeza retumbándole, los nervios tensos y con un humor de perros se dirigía al comedor, junto con Samuel, que le acusaba de ser muy delicado para dormir, ya que él no había oído ningún alboroto. Por lo tanto llegó un momento que ya no sabía dónde se estaba mejor, si dentro de la mina o en el poblado sufriendo a aquellos vándalos del sur. Y ahora, para acabarla de fastidiar había discutido con su compañero. De este incidente no era

capaz de calcular las consecuencias que podía traerle. Sólo deseaba que a la mañana siguiente se le hubiera olvidado y tornasen las cosas al principio. Le costaba creer que cumpliese su palabra de solicitar traslado a otra habitación. Todo esto bullía en su cabeza hasta que por fin se durmió. Seis horas y media después el despertador rasgó el silencio con su desagradable chirrido. La mano salió de la manta y detuvo la escandalera. Normalmente se incorporaba rápido, pero esta vez se demoró unos minutos, gozando del calorcillo de las sábanas. Samuel emitió un bostezo y descendió de la litera. De reojo vio que Julio tenía la cara vuelta hacia la pared. Tenía dudas de si estaba remolón o se había despertado resentido contra él. Se encogió de hombros. Si aún le guardaba rencor por la discusión allá él. A través de los cristales entraba la claridad de la luna. Como no se veía suficiente, encendió la luz. Se vistió y con la toalla al hombro se dirigió a los aseos. Julio, en cuanto oyó la puerta, se sentó en el filo de la cama, descansando la barbilla en su mano. Reflexionando, llegó al convencimiento de que el mutismo de su compañero significaba que no se le había pasado el enfado. “Pues no voy a rebajarme, si alguien tiene que disculparse que sea él”, se dijo entre dientes. Sin embargo, la situación le preocupaba, ya que el talante terco de Samuel podía hacer que la relación entre ellos zozobrase. Y como en momentos así todo ser humano tiene dos voces que le aconsejan distinto, cada uno en un oído, él también las oía murmurar en sus tímpanos: “Está bien, cederé, no quiero pasar como intransigente. Pero de momento dejaré que rumie su monumental cabreo contra mí”. Se fue a los servicios en los que había un grupo de trabajadores aseándose. Le sorprendió que uno de ellos se estuviese afeitando. “Un tipo pulcro, sin duda”, pensó. Parecía que en

lugar de bajar al pozo se estuviera preparando para una cita con su novia. Julio se lavó la cara en el lavabo. Mientras se secaba vio por el espejo la figura adusta del boxeador, que salía de uno de los retretes. Éste, sin decir nada, se situó en el lavabo de la esquina. A esas horas, la gente que iba entrando no decía buenos días, sólo gruñían o simplemente hacían un gesto displicente. Comprensiblemente, el cerebro, embutido en la caja de acero del sueño, tenía que hacer un supremo esfuerzo para asumir la realidad de un nuevo día de duro afán. Minutos después los autómatas fueron abandonando las viviendas y se dirigieron al comedor a recoger el bocadillo. Samuel, que trataba de evitar el contacto con Julio, salió de los últimos, deslizándose como una sombra entre los pinos de la explanada. Esa mañana no compartieron asiento en el autobús por vez primera. En el embarque, ambos hicieron lo posible por esquivarse. Llegó Peralta con su típica libreta mugrienta y distribuyó a la gente, mencionando sus nombres en un tono tirando a agradable. Al llegarle el turno a Julio, mudó el gesto, tornándolo hosco y autoritario:

–Julio Salazar y Eduardo Moya os vais al nivel cabeza del tajo C. Os llegará el material en los carros y quiero que lo trasladéis hasta ese tajo.

Una vez en el fondo del pozo los mineros desaparecieron por las intrincadas galerías como un puñado de topos espantados por el zorro. Los dos mineros caminaron veinte minutos hasta encontrar el tren cargado de leños, rollos de tela metálica y las temibles mampostas. Estaba detenido junto a la negra boca. Por ese túnel, de techo tan bajo que había que hacer una reverencia sostenida, habían desaparecido las cuadrillas de

picadores, que les precedieron durante la caminata. Eduardo tendría unos treinta años, llevaba ocho de minero y su obsesión era que Peralta le diera un destino de ayudante de eléctrico, alegando que había hecho un curso por correspondencia. Mientras le llegaba esa ansiada canonjía había pasado por todas las labores de la mina. Eso le volvió un poco resabiado y todos los trabajos los realizaba gruñendo como un cochinillo debajo del brazo. La naturaleza tampoco había sido benévola con su aspecto. Era un hombre superlativamente feo. Su rostro era una vasija de barro a medio hacer. Dos protuberancias por allí, un hundido por allá y los ojos, grandes y siniestros como los de un puma a punto de saltar sobre su presa. Nunca se tomó a mal que sus compañeros le llamaran Robert Redford. Aunque hubieran estado más acertados llamándole Nosferatu. El sonreía, volcando su terrorífica mirada sobre ellos. Por eso, esa mañana, al situarse delante de la abultada carga, obsequio de Peralta, el rostro se le ensombreció y se le puso mustio. No quiso renegar a voz en grito, no fuera a surgir la figura del vigilante entre los puntales, pero sí que sus labios hicieron pucheros, que a Julio lo mantuvo bastante perplejo. Sin podérselo creer, le preguntó:

–Pero hombre, ¿por qué lloras?

–Si yo no lloro. Es que soy así de feo.

Julio rió tan fuerte que la vibración hizo que se desprendiese un reguero de carbón de los costeros. Se detuvo al ver que seguía hablando.

–Muchas de esas pisadas sobre el carbón son mías. Ayer no me mandó porque mi compañero está en cama con la gripe. Qué oportuno. Siempre se pone malo cuando barrunta trabajo duro.

–¿Pero tan mala es esta tarea? No puede ser peor que desatascar una tolva.

–Cuando estés echando los higadillos me lo dirás.

–El vigilante me tiene manía. ¿También a ti? –preguntó Julio, colocando su mano abierta sobre la luz de su casco.

–Estoy seguro de que me tiene tirria. Soy el único que tiene una formación y no quiere aprovecharla. Antes me mandaba al exterior a cargar ese material en las vagonas. Pero un día me tumbé a fumarme un cigarrillo y me cazó un facultativo. El vigilante al saberlo me dijo: 'Así que te parece mucha faena cargar vagonas. Pues a partir de ahora te vas a dedicar a descargarlas y suministrar el material a los entibadores". Desde que Peralta pronunció la sentencia no he hecho otra cosa.

Por unos instantes, los dos mineros caídos en desgracia se miraron con cierta complicidad. Para afianzar aquel sentimiento mutuo aún se hicieron algunas confidencias más, pero la presencia del funesto mercancías les hizo desistir.

Cesaron de hablar, no sólo por esto, sino porque además necesitaban el resuello para descargar los maderos. Cada uno con un costal de leños a la espalda penetraron por la angosta galería. Avanzaban con la cabeza inclinada hacia el suelo. El rostro fatigado por tan penosa carga recordaba a un par de

penitentes desfilando. Julio notó un cosquilleo en el cuello y alzó de súbito la cabeza, arreándose un golpe en el casco.

Otro derrame de polvo eligió su nuca, extendiéndose por su rabadilla. Indignado soltó una exclamación, no mencionable aquí por insípida. El eco de su voz se perdió por el negro recto del monstruo.

–No me digas que hay que meter todo eso por aquí. ¡Pero si es una ratonera! –renegó Julio, doblando el cuerpo en un ángulo recto debido a que el techo por allí era más bajo.

–No hay otro sitio, colega. Tú verás si quieres discutir con el vigilante. Vamos, si sólo son cien metros arrastrándote como los indios.

–Eso es lo que voy a hacer, entrar en cuclillas, tirando del muerto este. Por lo menos no me daré coscorrones en el techo.

Eduardo iba delante, reptando con un codo, mientras con la otra mano tiraba del haz de maderos en sentido longitudinal. Una de las veces que se detuvo a recuperar el aliento miró a su compañero que venía mordiéndole los talones. Contempló su rostro crispado y su boca entreabierta y supo que iba a soltar otra maldición.

–Esto es inhumano –se lamentó, volviéndose de costado y reclinando su espalda sobre una mamposta–. ¿No las podían haber hecho más altas?

Eduardo se hallaba de rodillas. En sus labios se dibujaba una sonrisa socarrona. Esperando que dijera algo, Julio observó su

cara envuelta en el aura de luz de su lámpara. “Es feo con ganas, el jodido”, pensó.

–Claro que las hicieron altas, de más de dos metros de altura. ¿Tú te has fijado en las mampostas? Míralas bien. Están hundidas en el carbón hasta la mitad.

Julio se movió para cerciorarse cuánto estaban enterradas. En ese momento una leve avalancha de carbón triturado se esparció sobre sus hombros. Cada frase que pronunciaban era rubricada por un desprendimiento de carbón molido. Cuando cesó, en él se había operado una transformación. Ahora parecía que se había cubierto con una piel de astracán a pesar del calor reinante.

–¡Mierda, les podía caer un poco de este maná a los jerifaltes! Que aprendiesen lo brutal que es ganarse el pan en estas condiciones. ¡Ah!, disculpa, ¿qué decías de las mampostas?

–Pues eso, que el suelo como ves es carbón y los puntales se van clavando cada día un palmo. Este es el último viaje que metemos por aquí. Mañana hundirán la galería y a continuación la sellarán con bloques. Si se produce un incendio se quedará para los restos, cociéndose en su propio jugo.

Sus palabras fueron replicadas por un crujido del entibado. Julio se sobresaltó, protegiéndose la cabeza instintivamente con los brazos.

–No tengas miedo. Mientras cruja todo va bien. Esto es como en la guerra, si oyes las balas silbar es señal de que sigues con

vida. Y ahora vamos a darle otro empujón, si no, esos se van a enfadar si nos quedamos aquí charlando –añadió, señalando hacia el fondo oscuro donde rugían los martillos.

A la una terminaron de acarrear el material. Echaron un largo trago del buyol de los picadores, y completamente rendidos se sentaron en la galería a esperar que terminasen éstos. Al poco les vieron venir en tropel, procedentes del nivel cabeza. Una vez estuvieron a su altura, Julio reconoció la cara tiznada de Samuel. Por unos segundos cruzaron las miradas, pero el boxeador seguía en su absurdo mutismo. Le pareció incluso detectar en sus ojos cierto desprecio hacia él. ¡Pero era inconcebible! Le parecía desproporcionada su reacción por una discusión banal. Enseguida recapacitó que tal vez lo que pretendía era romper con él definitivamente y utilizaba el rifirrafe como pretexto.

Salieron de la mina y en las duchas con fingimientos y no pocos subterfugios lograron que otros les frotaran las espaldas. “No frota bien”, decía uno cuando alguien le preguntaba extrañado de no verlos juntos. “Tengo la muñeca medio dislocada”, se excusaba el otro, entregando su esponja a otro compañero para que le diera unas pasadas.

Cuando regresaron al poblado comieron en diferentes mesas. Sin terminarse el postre, Julio se retiró a la habitación a dormir la siesta. Media hora después, Samuel irrumpió sigilosamente. Julio, cubierto con la manta dormía profundamente. Procurando no hacer ruido recogió sus cosas, las metió en su vieja maleta y salió de allí como una suave ráfaga de aire. Nada más terminar de comer había hecho con rapidez sus gestiones.

Le había expuesto a Isidoro sus razones de por qué deseaba otro compartimento.

Éste, que conocía la insubordinación del anarquista y la mala relación que mantenía con Peralta, accedió y lo alojó en la segunda fila de casas. Le dio la litera vacante de un minero nómada, que había pedido la cuenta para dirigirse a la cuenca hullera de Villablino en León, que según contaban se ganaba más dinero que en la de Teruel, pues los mineros habían arrancado una substanciosa subida a la Compañía a base de huelgas salvajes.

A las cinco y cuarto de la tarde se despertó sobresaltado. Había tenido un mal sueño. Eduardo y él empujaban una mamposta de noventa kilos y de pronto se les venía encima el techo de la galería, aplastándolos como a cucarachas. Tenía la frente bañada en sudor y la boca seca. Miró el reloj, había dormido casi hora y media. Inspeccionó con la mirada el cuarto y se quedó sorprendido ante la ausencia de su compañero. Su taquilla estaba abierta y vacía. Se levantó y vio que su cama seguía desecha, eso significaba, aparte de no haberla ocupado durante la siesta, la insidia de los mineros. Las mujeres de la limpieza sólo barrían y fregaban las instalaciones, pero no estaba en su cometido hacerles las camas. Esto, hasta hacía unos años no era así. Las mujeres limpiaban y ponían orden en el interior de los cuartos, pero más de una vez se encontraron a algún minero exhibicionista esperándolas desnudo y empalmado. Las empleadas, evidentemente, lanzaban un grito y salían huyendo. Desde entonces la Empresa decretó que la limpieza de las habitaciones corriese por cuenta de los ocupantes.

Julio Salazar, al verse abandonado por Samuel de aquella manera tan estúpida, experimentó una disminución en el ímpetu reivindicativo y social que le había llevado hasta allí. Se resistía a admitirlo, pero la abulia se adueñó de repente de su ánimo combativo. Sabía de antemano que en sus planes revolucionarios no podía contar con él, pero verse repudiado de ese modo le llegó al alma. Se sentó en la única silla de la habitación, pensativo, contemplando las sábanas con ribetes ennegrecidos y oliendo a sudor del cuerpo del que hasta ahora había sido su amigo. Hay que decir que la ropa personal y la de cama, cada tanto, el mismo minero la llevaba a la sala donde estaban las lavadoras comunitarias. Todo esto pasaba por su cabeza mientras permanecía inmóvil, con la mirada perdida. ¿Qué sentido tenía todo aquello sin un hombro amigo donde apoyarte, aunque éste fuese discrepante? Pensó con nostalgia en sus compañeros de Zaragoza. Recordó las palabras de Irineo. Le había dicho que era factible movilizar al sector de la construcción hacia la huelga general. Quizá en esos momentos se estaba cociendo algo importante en la capital del Ebro. Esbozó una sonrisa. Se dijo que lo más sensato era volver. No le quedaba otro remedio. Desertar de aquella ilusión que había alimentado; pretender concienciar a los mineros para que luchasen por sus derechos. ¡Bah!, inútil empeño. Lo mejor era arrancarse el mono y el casco y arrojarlos al terraplén. Después huir de allí aunque fuese campo a través.

# IX

Transcurrida una semana de la ruptura, Julio seguía rumiando la idea de liar el petate y marcharse. No le era fácil tomar esa decisión porque su amor propio, y sobre todo su disciplina de activista, le ordenaba no desfallecer ante la primera contingencia que se le presentaba. De ceder se convertiría en un revolucionario de pacotilla, uno de esos loros de salón que lo adornaban todo con teóricos discursos, pero que la acción nunca estaba presente en ellos. Los conocía y en más de una ocasión había despotricado en público contra su actitud de fariseos. En cuanto a Samuel, con el cual ya no había vuelto a cruzar ni una palabra, ni siquiera una mirada, ya que éste le rehuía, había observado la causa de su interés por echar raíces en Andorra. El poderoso abono que había encontrado para que esa semilla germinase estaba personificado en una mujer: la quiosquera del pueblo. Una agraciada y simpática joven que atendía su modesto negocio cerca del cine Tívoli. El boxeador iba todas las tardes a pelar la pava con Lucía, ese era su nombre, la cual parecía reírse a placer con los chistes que aquel minero de aspecto fiero le contaba. Desconcertado, se preguntaba cómo era posible que se hubiese olvidado de su proyecto de llegar a ser un boxeador afamado. Esa tarde lo había estado espiando desde la puerta del cine, mientras fingía

interesarse por la cartelera. Hacía cuatro años que lo conocía. Habían trabajado juntos y salido a tomar copas multitud de veces, pero nunca le había visto con aquella cara de lelo ante una mujer. “Vivir para ver”, se dijo. Como aún faltaba una hora para la cena decidió ir a tomar una cerveza al Rosamari. Dio un rodeo por otras calles para no tener que encontrarse con él en el quiosco. Atajando por callejuelas se topó con unos niños dándole patadas a una pelota. Una de las veces que chutaron ésta se fue contra sus talones. La atrapó y se volvió sonriendo para devolvérsela. Un enjambre de voces le apremiaron:

–Oiga, échemela a mí. No, a mí. Chute fuerte, que se la paro.

Le propinó un potente puntapié y la pelota fue a estrellarse contra la fachada de una casa. Una señora salió al instante y le recriminó:

–¿No le parece que es usted muy mayor para andar jugando con los crios?

Mientras la chavalería se tronchaba de risa, él balbuceó una disculpa y siguió su camino. Desde una bocacalle vio a unos hombres salir del bar con un resto de faria en la esquina de la boca. Se dijo que a esa hora podía encontrar algún compañero de la mina. En cuanto entró su primer impulso fue darse media vuelta. Pero no lo hizo, porque su actitud hubiera sido interpretada como desprecio por parte de los que se encontraban dentro que habían dirigido las miradas hacia él. En las mesas había unos cuantos mineros jugando a las cartas y bebiendo cerveza, pero en realidad, el motivo de su vacilación fue el grupo de Almadén apoyados en la barra. Julio procuró

evitarlos, acercándose discretamente para pedir su consumición. Su líder, Benjamín Sierra, el de los ojos espantados, siempre que le veía aprovechaba para lanzarle sus bravatas, comprometiéndole y haciendo escarnio de él. Por eso, algo le decía en su interior que le estaba ofreciendo otra oportunidad de hacerlo al penetrar en el bar. Y así fue. El tipo, con su vaso en la mano, se desmarcó, acercándose unos pasos hacia el recién llegado.

–Mirad, chicos, acaba de entrar la hermana Ursulina. Aquí lo tenéis, el que opina que todos los trabajadores debemos ser como hermanos. ¡Paparruchas!

–El zagal tiene razón, Benjamín –intervino otro del grupo–. Más vale ser hermanos que no primos.

Provocó algunas risas, que atrajo las miradas curiosas de los jugadores.

–Buenas tardes, señores –dijo él ignorando la provocación.

En otra mesa se hallaban varios mineros bebiendo y charlando. Uno de ellos le hizo una señal para que se reuniera con ellos. Julio aceptó con una sonrisa de agradecimiento. Sin embargo, antes se dirigió al camarero que le observaba, interrogante.

–Ponme un botellín de cerveza, Alberto –dijo mirando con el gesto más afable que pudo a Benjamín, que aún esperaba su reacción–. Y a estos señores sírveles lo que deseen.

–Gracias por el detalle –dijo el tipo con una sonrisa

despreciable–. ¡Un cubata de ron Negrita, Alberto, que hoy el *camarada* está generoso!

Los de Almadén eran cuatro, dos repitieron cerveza, y el otro no quiso nada más, pretextando que se marchaba por asuntos espurios. El grupo hacía el primer turno en la mina, permanentemente. El sistema de explotación era de los denominados en avance, que venía a significar picar en la capa de carbón e ir hundiendo la parte ya extraída, recuperando a su vez trabancas y mampostas que utilizaban en el siguiente entibado. Tanto ellos como otros muchos mineros, tras la agotadora faena en el oscuro útero de la tierra, necesitaban beber abundantemente para quitarse el polvo del carbón depositado en el gaznate. Bebían también como ofrenda a su buena estrella por permitirles ver un día más la luz del sol. Sin duda, sus modales no eran muy refinados que digamos, ya que el permanente contacto con el peligro los endurecía, convirtiéndolos en tipos montaraces. Por eso Julio era consciente de que aquél era un material difícil de moldear. Se esforzaba en mostrar una expresión amigable, aun sin dejar de preguntarse por qué demonios respondía a su acidez con un gesto espléndido y relajado. ¿Albergaba acaso esperanzas de ganárselo? De ser así, se trataba de una vieja y gastada treta que no con todos daba resultado. Podías emborrachar al individuo en cuestión a cuenta de tu peculio, y éste seguiría insultándote hasta caer en coma etílico. Con él no valía eso de que los hombres ante un vaso de vino estrechan lazos, entonando el himno a la exaltación de la amistad. De modo que tras convidarlos, murmuró una disculpa y se dispuso a reunirse con el compañero que le había requerido. Pero la voz bronca de Benjamín le detuvo de repente.

–Eh, tú, seguro que estás al tanto del bochinche. Menuda la han armado los mineros de Asturias. Quince días llevan en huelga por la muerte de dos mineros. Es lo que yo digo, mala suerte para ellos. El vivo al bollo y el muerto al hoyo. ¿Qué se consigue con negarse a bajar al pozo? Nada, que despidan a veinte mineros más, y de medio mes de gandulería se alarguen a dos meses, hasta que los readmitan o arda Troya.

–No nos engañemos. Esos follones los organizan tres o cuatro agitadores que se meten en las empresas como una china en el zapato –remachó uno de sus acólitos mirando a Julio con manifiesta malicia–. Siempre se ha dicho, una manzana podrida pudre a las demás –agregó, observando los músculos de la cara del anarquista que permanecía impertérrito.

–No sé de qué me estás hablando –repuso en tono displicente–. Llevo tres días sin leer un periódico. Yo sólo digo que en las huelgas casi siempre pierden los trabajadores, pero que no por eso se han dejado de hacer. Aquí en España están prohibidas pero en Europa son tan viejas como la vida misma.

–O sea, que eres partidario de ellas –replicó Benjamín, mirándole sarcástico.

–Lo que pienso sobre eso me lo reservo para mí.

–Venga, que se te ve el plumero. Anda que no ibas a disfrutar tú ante un paro general de la cuenca. ¿Y lo contentos que se iban a poner tus jefes? Sabemos de qué pie cojeas. Se te ha visto leyendo libros. Los que leéis libros sois peligrosos.

–Perdona, pero yo no tengo jefes; ni Dios ni amo. Rubricó

con voz temblorosa al ver que el de Almadén arrimaba su burda cara a la de él.

De improviso la recia voz del minero que había llamado a Julio, atronó:

–Oye, Benjamín, deja de acosar al compañero. Ha venido a tomarse una cerveza y tú quieres que se le agrie.

El que hablaba así era un tipo corpulento, que al beber de la jarra le había dejado un bigotillo blanco. Los presentes miraban a unos y a otros como búhos en una rama. En cuanto a Julio, francamente no se explicaba tan absurda hostilidad hacia él. Vio cómo se apartaba para dejar el vaso en el mostrador y situarse en el centro con gesto altanero. Los de las cartas dirigieron una mirada oblicua, observando el rostro duro y su musculatura adivinarse bajo el suéter. Barruntaron que su lengua iba a destilar alguna baladronada.

–A ti, Chamorro, ¿quién te ha dado vela en este entierro?

–Nadie, lo sé. Y no acostumbro a entrometerme en los asuntos de los demás, pero joder, compréndelo, estamos aquí bebiendo en armonía. Lo que menos queremos es jaleo.

–¿Y quién te dice que yo busco camorra? Lo único que quiero decirle aquí al compañero –pronunció con retintín–, es que va muy equivocado si es como yo me figuro uno de esos alborotadores.

–¿Alborotador? Tú ves fantasmas por todos los lados. Simplemente tiene su opinión como tú tienes la tuya. Se ha

muerto Franco, los periódicos y la televisión dicen que ahora podemos expresamos libremente.

–Está bien, Chamorro –hizo un ademán con los brazos de aplacarlo, está bien–. No te pongas tú ahora a sermonear que pareces uno de esos curas rojos. Anda, chaval, dijo refiriéndose a Julio, vete con él y expresaros hasta que se os caiga la lengua.

Lo cierto es que al unirse al grupo de Chamorro se sentía tan humillado que apenas podía tragar su cerveza. Se sentó con los demás, que relajaron el gesto al ver a los de Almadén disponiéndose a marchar. Aún pudieron oír la voz del fanfarrón preguntándole en clave a Alberto:

–¿Esta noche tenemos velatorio?

–Sí, hay dos nuevos. Por lo que se ve le pesan los bolsillos.

–Ah, muy bien. Eso me parece interesante –respondió mostrando una sonrisa de lobo–. Vámonos, chicos, al Barrachina.

Cuando salían por la puerta se volvió para mirar a Julio. Dijo con todo el cinismo que fue capaz:

–A propósito, como te llames, gracias por la invitación. Mañana pásate a la misma hora. Será un placer alternar contigo. Te prometo que no te lanzaré pullas.

Diciendo esto soltó una carcajada que resonó en el establecimiento como un temblor.

A continuación se cerró la puerta por la cual había entrado la fresca brisa de la tarde. Los que se quedaron, se miraron inquisitivamente.

–Es de los que escupen por un colmillo. Lo mejor es no hacerle caso.

–Es muy bruto. Lo sacuden y caen bellotas –dijo otro.

–Ya hace unos años que está aquí. Él y esos tres que le siguen a todas partes –intervino Chamorro, cogiendo un pitillo del paquete que estaba sobre la mesa–. El primer día nos quería enseñar el oficio. El segundo día dio un paso más, se puso insolente diciéndonos que las minas de por aquí son para mineros mariquitas, y que le gustaría vernos en las de su tierra. Hubo más de una gresca con él –añadió, arrimando la llamita del mechero al cigarrillo.

–¿Sabéis lo que os digo? –dijo uno de los andaluces–. Ese tío es un desgraciado. Por lo que yo sé, antes de trabajar en la mina era un andrajoso. ¿Qué no os lo creéis?

Ese menda ha pasado más hambre que un caracol en un espejo. Y viene aquí dándoselas de entendido.

–Desde luego todos en un momento de la vida hacemos cosas para que nos sacudan un par de bofetadas. Pero este elemento está pidiendo a voces que le aumenten la ración –repuso Chamorro, soltando un chorro de humo.

–No seré yo, ¿no te jode? –dijo otro.

–Ese tío es un toro. Te agarra con sus manos la cabeza y te la exprime en un santiamén.

–En eso estoy de acuerdo –dijo el andaluz–. Con tipos así es mejor no tener contienda. Lo extraño es, según me contó un paisano suyo, que su padre fue republicano. Cuando terminó la guerra no le fusilaron de milagro, pero lo condenaron a trabajos forzados en las minas de Almadén. Por lo que me dijo éste hasta que murió por una de las enfermedades que produce el mercurio, estuvo trabajando en lo que allí llamaban "el túnel de los forzados", que por lo que se ve no era una perita en dulce.

–O sea, que a raíz de eso el carnuzo está resentido contra todo y contra todos –concluyó Chamorro, sacudiendo la ceniza con la uña.

–Tenía que ser al revés. Debería estar rabioso contra la dictadura y no contra sus propios compañeros –opinó Julio, que no quiso desaprovechar la ocasión de meter su cuchara en aquel guiso.

–Cuidado que somos raros los individuos. Te machacan y encima lames la mano de tu verdugo.

–Y que lo digas, Damián –respondió otro–. ¿Quién sabe lo que hay en la calabaza de cada uno?

–Aguate. Eso no lo saben ni los sicólogos y eso que se pasan el día estudiando.

–Venga, dejaros de rollos macabeos –interrumpió uno de los andaluces–. Alberto sirve otra ronda aquí para los colegas.

Julio apuró lo que le quedaba de un trago. Ahora se sentía relajado, a gusto con aquellos hombres sencillos.

Había notado que desde que se marchó Benjamín el contacto con ellos le resultaba reconfortante. Uno que había estado todo el tiempo escuchando en silencio le miró lleno de curiosidad. A continuación le preguntó, cándidamente:

–Oye, ¿es verdad que lees libros?

–Sí, claro –respondió, sonriendo con una pizca de ironía.

–¿Y qué lees, si se puede saber?

–Novelas de Zane Grey. Te las recomiendo si te gusta la lectura.

–¡Bah!, conozco esas novelas. El escritor es un tío pesado. Prefiero de Marcial Lafuente Estefanía. Ése va directamente al grano.

No contestó nada. Echó mano de la nueva reposición de cervezas, bebió un sorbo y se dejó llevar por la charla intranscendente de los mineros. Divagaban, saltaban de un tema a otro con inaudita facilidad, pero al final siempre acababan hablando de la mina.

## X

Visto como estaban las cosas con el grupo de Almadén, Julio determinó frecuentar lo menos posible los bares preferidos por ellos. Cuando quería tomar una cerveza tranquilamente recurría al Olleta, que no estaba dentro de los dominios de Benjamín, o incluso a veces visitaba el Hogar del Pensionista, cuya parroquia estaba constituida principalmente por mineros jubilados. Después de su ruptura con Samuel lo único que anhelaba era sosiego para pensar qué camino debía tomar: quedarse y luchar pese a todos los contratiempos o marcharse definitivamente a Zaragoza. Hasta que lo decidiese permanecería en silencio. Por otro lado no le habían metido a nadie en su habitación. De modo que aprovechó el aislamiento para leer alguno de los libros que había traído. Se encerraba por dentro y se enfrascaba en las reflexiones de Anselmo Lorenzo en su libro “El proletariado militante”. ¿Qué hubiera hecho él en su situación?, debía preguntarse, embargado por la melancolía. “Paciencia y cautela, atribulado joven. Sin saberlo, tu adecuado comportamiento ha ido haciendo su labor de zapa entre tus compañeros”. Esto se figuró que le habría dicho el teórico anarquista.

Algunas tardes paseaba por el pueblo dedicado a descubrir

sus callejuelas, sus recónditas plazoletas e incluso en las afueras se asomaba a los huertos por cuyas tapias asomaban las ramas de la higuera. Una de esas tardes, al pasar por la puerta de la iglesia ocurrió algo en su interior, sintió deseos de entrar. Lo apartó de su cabeza como algo funesto. Le avergonzaba haber tenido aquella debilidad él, que era un hombre de principios libertarios y naturalmente anticlerical. Sin embargo, al día siguiente volvió a pasar decidido a vencer sus prejuicios. Había pensado que era un buen sitio para quitarse del frío, mientras se dejaba embargar por el aroma a incienso. Como una sombra se deslizó hacia uno de los bancos y se sentó. Enseguida descubrió que el silencio y aquel recogimiento le ayudaban a pensar. A poner orden en su cabeza. No comprendía cómo en la Guerra Civil los revolucionarios incendiaban las iglesias. Él se hubiera opuesto a semejante despropósito. Se podían utilizar para cosas profanas antes que permitir que las consumiese el fuego. Calcinadas ya no valdrían ni para unos ni para otros. Esto le trajo a la mente una noticia leída en el periódico. En un pueblo cercano había aparecido un pedazo de retablo del siglo XIV que alguien estaba utilizando como puerta de una tocinera. Recorrió con la mirada la ornamentación barroca. No le importaba que estuviesen allí los santos mirándole beatíficamente desde sus peanas, ni le molestaba el torpe murmullo de las beatas sumidas en sus oraciones. A él le resultaba un lugar agradable y con eso bastaba. Sólo cuando al cabo de un rato comenzó a entrar gente y de la sacristía salía el sacerdote a oficiar la misa, entonces Julio, roto el encanto de la soledad, se levantó y abandonó el templo.

En uno de sus paseos vespertinos divisó a lo lejos a Samuel,

poniendo asedio a Lucía, la chica del quiosco. Había oído comentarios de que el boxeador encontró un trozo de azabache en la mina y en los talleres había hecho un colgante, que la joven llevaba colgado de su cuello. Sin duda debía estar muy encelado para semejante detalle y para su inesperado cambio de vestuario, que exhibía con orgullo. Había comprado ropa y zapatos en el economato de la Empresa y a más de uno sorprendió su atildamiento. Pavoneándose, cada tarde recorría el trayecto desde el poblado hasta el quiosco, con el pelo lleno de laca y atufando a Barón Dandi. En cuanto llegaba, soltaba sus lisonjas de costumbre y se quedaba en una esquina del garito, como si pusiera sitio a la torre de la cautiva. Lucía tenía ojos pequeños, pero muy vivos. Su pelo castaño le rozaba los hombros, enmarcando un rostro atractivo y sonriente. Sus pupilas chispeantes miraban divertidas a su pretendiente, y le sonreía con dulzura, sonrisa que extendía a los clientes que se acercaban a comprar la prensa o cualquiera de las mil cosas que de modo increíble cabían en tan exiguo reducto. Pero lo más sorprendente era que, Samuel, que le tenía aversión al tabaco, había comprado una cajetilla de rubio y la llevaba en la mano, mientras entre sus dedos ardía un cigarrillo. De vez en cuando, y de un modo presuntuoso se lo llevaba a los labios y lanzaba desmañadas bocanadas hacia el interior de la torre de la cautiva.

–¿Podías echar el humo hacia otra parte? –le recriminó ella, tosiendo.

–¿No te gusta el olor del rubio? Si quieres mañana compro mentolado.

–No me gusta el olor de ningún tabaco. No fumo.

El boxeador hizo un gesto de decepción, al tiempo que arrojó el cigarrillo y lo aplastó con el zapato. Como era hombre de recursos comenzó a engolosinarla con algunas de sus fantasías de futuro campeón.

Lucía le escuchaba admirada y calculadora, tal vez pensando que si aquel pretendiente daba un buen golpe en el *ring* podía abandonar por fin su prolongado encierro. Aunque a veces se le ensombrecía la expresión al imaginarse unida a un hombre que cada tanto vuelve vapuleado a casa. No obstante, la sonrisa persistió en su rostro y cuando hablaba con él mantenía los ojos vivos y luminosos.

Entretanto, Julio en su vagabundeo entró en el Olleta. En su interior había unos mineros jugándose la ronda al guiñóte. Mantenían el ramillete de cartas en las manos, mirándolas atentamente como ante un espejo. En las sillas de al lado otros clientes miraban la televisión, inmóviles como estatuas. El ácrata se arrimó a la barra y pidió una cerveza.

En el instante que daba el primer trago, uno de los jugadores retiró la silla para levantarse, interrumpiendo la jugada.

–¿Dónde vas, Eustaquio? –preguntó uno mirándole con un ojo, mientras con el otro examinaba sus cartas.

–¿No estás satisfecho? He perdido dos rondas. ¿Qué quieres, emborracharte a mi costa? –respondió con los ojos centelleantes.

–No, pero me molestan los que desertan. Sobre todo ahora que me han venido buenas cartas.

–Lo siento, he quedado con Antonio para ayudarle a empapelar el piso.

–Tira, tira, vete con el bragazas de Antonio. Desde luego parecéis mujeres, cago en diolo.

El otro no quiso saber nada más. Saldó su débito con el camarero y se marchó del local. Los jugadores inspeccionaron con la mirada a los presentes, tratando de completar el cuarteto. Uno de ellos, dijo:

–Ahí está el rubio. Llámalo y que se una a la partida.

–¿Quién? –preguntó otro.

–El de Zaragoza. Ese que es tan raro. No me acuerdo cómo se llama.

–Y eso a quién coño le importa –replicó enfocando su vozarrón hacia donde estaba Julio.

–Eh, tú, turista. Ven a jugar.

–¿Quién, yo? –contestó, sorprendido.

–Sí, tú. No va a ser el cura. No te jode.

Julio reconsideró su proposición, dubitativo. Odiaba las cartas. La gente que participaba en el juego le parecía simple, personas aburridas que a falta de ideas interesantes para

intercambiar se cruzaban cartas. Disimuló un gesto de hastío. Debía fingir que era un simple más y aceptar. Ya llegaría la hora en que resucitaría entre los muertos para lanzar sus proclamas revolucionarias.

–Bueno, qué. Tampoco es para pensárselo tanto.

–Vale, me siento con vosotros. Pero mi nombre es Julio –dijo, acercándose con la cerveza en la mano.

–De acuerdo, Julio, disculpa. Siéntate ahí enfrente.

–Os advierto que apenas sé sostenerlas –dijo asentando sus posaderas en la silla–. Tengo una ligera noción, pero no recuerdo haber jugado más de una partida en mi vida.

–Qué más da. También nosotros estamos aprendiendo –dijo el que le había solicitado, que era un poco farute.

–Lo dudo –respondió él, desenfundando una sonrisa–. Barajas y repartes con bastante maestría para ser un novato.

–Muy agudo el chaval, perdona, quiero decir Julio.

Tras dedicar un mohín de disculpa a los demás, se dispuso a formar pareja con él. Al servirle las cartas fue formando un abanico. Una de ellas se cayó boca arriba. La recogió, un poco atolondrado, adivinando las miradas irónicas clavadas en él.

Los ojos del farute eran dos negras canicas rodando en sus cuencas. Pareció que iba a soltarle una queja destemplada, pero se contuvo, ejercitando un carraspeo. Se sumergieron en

el juego y al cabo de unos minutos ya habían perdido la primera ronda.

–¡Pero bueno! ¿Es que los de la capital no hacéis nada a derechas? –le increpó el farute ásperamente–. Desde luego no he visto a nadie tan torpe con las cartas.

–Ya lo dije, pero como os habéis empeñado –se disculpó, incómodo.

Éste, más aplacado le dijo como el que se reviste de paciencia:

–Anda, mocé, levanta el culo de ahí. Miró a la gente del fondo y gritó en tono autoritario–. ¡Pedro, siéntate aquí con nosotros!

El aludido que había estado absorto en la tele, respondió, displicente:

–A mí déjame en paz. Quiero ver en qué acaba el telefilm.

–Está bien. ¿Nos pasamos al tute? –preguntó sin esperar respuesta, a la vez que recogía la parvada.

Mientras barajaba se giró hacia la barra. Julio estaba pagando la ronda perdida.

–No le cobres, García. Corre de mi cuenta –ordenó con un gesto de superioridad.

–Pago por lo menos la mitad –dijo Julio.

–Ni caso, García.

–Está bien. Muchas gracias y lo siento –dijo alejándose para salir del local.

Era la segunda vez en el tiempo que llevaba de minero que salía de un bar dejando atrás toda una exhibición de muecas burlonas.

Si lo que latía en su interior era predicar para que los mineros se rebelasen contra las pésimas condiciones en la mina, el método empleado le estaba resultando contraproducente. Lo único que parecía cosechar era desdén hacia él: Samuel era el caso más palpable.

## XI

Esa mañana un grupo de hombres fue destinado a desescombrar el avance en roca de la quinta planta. El día anterior había tenido lugar una voladura de más de cien kilos de Goma–2, dejando una descomunal montaña de cascajo. Entre ellos iba Julio Salazar, que obviamente, para faenas así, siempre estaba en el punto de mira de Peralta. Empuñando las palas, acometieron briosamente el escombro, de manera, que a la hora del almuerzo, habían llenado dos vagonetas.

Con el bocadillo en la mano, y sentados en las piedras, masticaban en silencio, el rostro sudoroso y los músculos brillando bajo las luces. A veces, alguno rompía el silencio y hablaba de fútbol o de mujeres. Sobre la última cuestión solían soltar la consabida procacidad, riendo como adolescentes lujuriosos. Julio aportaba su sonrisa en el jolgorio, mientras daba dentelladas al pan. A veces se quedaba mirando las escasas rodajas de salchichón emparedadas en la miga blanca y ponía cara de tristeza. De repente, ignoraba por qué extraña asociación de ideas, pensó que en ese momento, en la superficie un labriego estaría labrando los campos para la siembra. Después germinaría el grano que crecería con pujanza. El viento haría ondear las suaves mieses como un mar

verdinegro. Con el estío llegarían las cosechadoras y triturarían las espigas, cuyo trigo iría al molino y después se convertiría en pan que ellos podían comer a quinientos metros bajo tierra.

Mientras él se ensimismaba en el extraordinario proceso alimenticio, que había empezado su desarrollo arriba sobre sus cabezas, uno de sus compañeros introdujo un elemento fantástico en la conversación. Julio detuvo las fauces a un centímetro de su bocadillo porque la peregrina observación del minero había atraído su curiosidad:

–Oye, Pascual, digo yo, que si los mineros de Ariño picaran hacia aquí y nosotros hacia allá, llegaría un día en que nos encontraríamos.

–¡Qué tontería! ¿Te crees que esto es como los trabajadores de un túnel en la montaña, que empiezan cada uno por un extremo y cuando se ven las narices se dan la mano y desconchan botellas de champán? ¡Ay, qué ignorante eres, Isidro! Escucha y aprende. Para que eso que tú dices no ocurra los ingenieros y los topógrafos se pegan horas planeándolo. ¿Qué te has pensado que es la mina, llegar y escarbar, y que salga el sol por Antequera? ¡Ay!, Isidro, mira que te lo tengo dicho, que la policía no es tonta, que donde ven colillas, dicen: “¡Aquí han fumao!”.

Los demás rieron la chuscada de Pascual pero el otro no claudicó ante su sapiencia.

–Pues yo digo que eso no lo pueden precisar por mucho que estudien esos sesudos.

–Yo te digo que sí. Hay además aparatos que van midiendo la distancia y profundidad e incluso el espesor de la veta de carbón.

–Pamplinas. Yo digo que si hemos recorrido en el tren de vagonas siete kilómetros, ahora seguro que estamos debajo de algún pueblo. De Alloza, de Alcorisa, pongo por caso.

–Qué brutico eres, Isidro. Te digo que eso no es así. Veis, con personas como este cabecigordo se cumple el dicho: Chufla, chufla que como no te apartes tú...

–Escúchame tú ahora, sabelotodo –replicó con los ojos centelleantes–. Si ahora perforásemos hacia arriba, seguro que saldríamos a la plaza de uno de esos pueblos.

Al patio de recreo de la escuela. ¿Os imagináis lo divertido que sería para los niños vemos aparecer con nuestras caras negras?

–Como estamos cerca de Navidad, pensarían que es el rey Baltasar, repetido. Desde luego, Isidro, lo que es a imaginación no te gana nadie. Claro, que visto así también podíamos salir al interior del Ayuntamiento, justo cuando esté teniendo lugar un pleno. Sacas la cabeza por el agujero y le dices a los concejales, que seguramente te mirarán como si hubiesen visto al diablo: “Perdonen las molestias, pero ha sido un error de cálculo del ingeniero”, y a continuación desapareces por el agujero, antes de que el alcalde te tire el pisapapeles.

Cuando la charla se desarrollaba de aquel modo tan espontáneo y divertido, Julio se sentía a gusto, y ya no tenía

que fingir indiferencia ante el peligro, sencillamente porque se olvidaba por completo de que estaba en una mina. Tras devorar los bocadillos, los hombres reían, fumaban y a falta de la bota de vino pasaban el buyol de mano en mano. El último en amorrarse el pitorro a los labios dijo:

–Habéis echado el que estaba a medio llenar. A este ya casi no le queda agua.

Pascual, que por lo visto tenía cierto ascendente sobre los demás, por llevar más tiempo de minero, dijo mirando al ácrata:

–Anda, Julito, tú que eres joven, coge el buyol y vete al cruce. Llamas con la guagua a Juanito y que te traiga uno de agua fresca.

No objetó nada. Se puso en pie, agarró el recipiente y se alejó adentrándose en las tinieblas. Mientras caminaba le asaltó la paranoia de que la tenían tomada con él. El mandarlo a por agua era con la clara intención de humillarle, de decirle de modo subliminal que no valía para otra cosa. Sin embargo, esta idea que bullía en su cabeza se apartaba totalmente de la realidad.

Ninguno de los escombreros le tenía animadversión. Si le había tocado hacer de aguador era pura coincidencia y no una confabulación como él creía. Buscó la parte positiva, pensando que mientras realizaba estos menesteres no echaba piedras a la vagoneta. Después de caminar diez minutos se encontró un tramo de la galería iluminado. Se hallaba solitaria, aunque las vías transmitían rumores lejanos. En la pared de la izquierda

vio el panel eléctrico y el teléfono colgando de una tabla. Se acercó, descolgó el auricular y preguntó:

–¿Qué quieres? –respondió una voz recia al otro lado.

Su voz desabrida le recordó la broma que Juanito le había gastado el primer día con lo del perrillo. Aunque evidentemente el que estaba al otro lado del hilo no era él.

–¿Está por ahí el aguador?

–No lo veo ahora. ¿Qué quieres? –preguntó de un modo estúpido.

–Hemos hecho corto de agua. ¿Te importaría decirle que nos baje un buyol a la planta quinta, galería B?

–Vale, ahora se lo digo. No debe andar lejos.

–Dile que le estoy esperando.

Pero el otro ya había colgado. Se sentó sobre una pilada de troncos. Le dolía la espalda. Aplastó la columna contra el muro y la mantuvo recta y el cuello erguido. Esa postura mitigaba las molestias, aliviándole los pinchazos entre los omóplatos. Advirtió que llevaba la luz encendida inútilmente y la apagó. Se desprendió del casco y la pila y los depositó a su lado. Se relajó, deleitándose con la corriente de aire limpio, procedente de los pozos de ventilación. El silencio era denso. Los ruidos que hacía al moverse sonaban amplificados y extraños. Le sorprendió que no llegara el murmullo de sus compañeros, paleando. Miró el reloj. Ya tenían que haber reiniciado la labor. Estarían

holgazaneando, enzarzados en una apasionada discusión sobre fútbol. En ese instante le sobresaltó el gruñido del aparato.

–Guaaa, guaaa –resonó por la galería el ridículo tono.

–¿Diga? –contestó aplicándoselo a la oreja.

–¿Habéis pedido agua?

–Sí, pero aunque bajes un par de botellas de clarete no le íbamos a hacer ascos.

–Muy gracioso. ¿Estás en la quinta?

–Sí, ya se lo he dicho al que se ha puesto antes.

–Ahora bajo, no te vayas.

–Ya veremos. Como pase una tía buena me voy detrás de ella.

–¿Pero tío, tú quién eres tan cachondo?

–El monstruo de los abismos.

–Vete al carajo. Y colgó.

Se volvió a sentar y se quedó un poco aturdido por el sueño. De pronto notó una ligera vibración en las vías. Se levantó y se colocó el casco, manteniendo la luz apagada.

Vio venir por el fondo al aguador. Avanzaba por la vía subido en una plataforma. Llevaba el cuerpo inclinado hacia delante,

accionando enérgicamente el manubrio que impulsaba ésta. Cuando estuvo a su altura, detuvo su peculiar vehículo y se incorporó, mirándole.

–Hola, Juanito.

–Hola.

Su labio inferior colgando era el signo inequívoco de la estupidez. En él la naturaleza no había sido equilibrada, porque aquel minero tenía un cuerpo de titán, pero el cerebro de un niño.

–¿Eres tú el que has llamado pidiendo un buyol? –preguntó sin descender de la plataforma.

–Yo mismo. Has sido rápido en venir con tu Fórmula 1.

Juanito soltó una risa mansa que sacudió unos instantes su cuerpo.

–Ah, sí, mi Fórmula 1. ¡Juo, juo! Si voy de prisa es porque le doy fuerte con las manos. Si no le diera a la manivela tardaría mucho en traer el agua y os podíais morir de sed.

–Pero tú eres el Niki Lauda de la mina.

–Sí, sí –asentía con regocijo–. ¡Qué cosas tienes! Dame el vacío, anda. Toma, está fresquita –dijo entregándole el recipiente de la plataforma.

–Los compañeros se van a poner contentos.

–¿Dónde tienes el tajo? Te acerco un momento con mi bólido.

Julio sabía que no era ético escaquearse mientras los demás cargaban la vagoneta. Pero la espalda le dolía y si podía ahorrarse un centenar de paladas su salud se lo agradecería. Por eso declinó, con la mayor naturalidad:

–No, no te molestes. Está ahí mismo. Voy andando, es bueno para las piernas.

Sin mediar más palabras, Juanito, curiosamente movido por el sentido de la responsabilidad que tienen muchos discapacitados psíquicos, se giró y dándole con fuerza a la manivela se alejó por donde había venido.

Le miró deslizarse suavemente por los raíles como un santo en una peana móvil. Agarró el buyol y emprendió el camino de vuelta. Al poco rato columbró los destellos de las lámparas. Pero conforme fue avanzando advirtió algo que le sorprendió, aunque sería más exacto decir que le inquietó. La luz de los cascos de sus compañeros se hallaba arracimada, formando un solo haz. Turbado, se preguntó qué habría sucedido. Los había dejado charlando, sentados en las piedras, en un círculo irregular, y algo dispersos entre sí. ¿Por qué razón estaban las lámparas juntas? Imposible que hubiese estallado un barreno de los que fallan en las pegas. Los humos nocivos se habían volatilizado y grisú no había. Tal vez por alguna causa desconocida se había desmayado alguno de repente. O a lo peor un pie chafado por una roca. Al fin y al cabo no llevaban botas de seguridad. ¿Debía retroceder y pedir ayuda? De no

ser porque el asa se le clavaba en la mano habría apretado el paso. Debía ir y socorrer como fuera. Según se acercaba comprobó que los focos se hallaban iluminando algo o a alguien. A veces se movían bruscamente para tomar de nuevo a la inmovilidad. Oyó rumores de voces e incluso un sonido que podría ser de risas. Luego si reían era improbable que hubiera ocurrido nada trágico. Cuando sólo le separaba unos metros columbró la figura de los hombres agolpados sobre otro minero sentado en una piedra. Escudriñaban por encima del hombro del que parecía sostener en las manos un periódico o algo por el estilo. Los mineros se apartaban dando saltitos, al tiempo que soltaban exageradas exclamaciones de admiración y perplejidad. Invadido por la curiosidad se alivió del peso del buyol y se apresuró a arrimarse al grupo. Proyectó su luz sobre el objeto de tan desmesurado interés: una revista pornográfica. Casi soltó una carcajada. Los otros se expandían emitiendo alaridos y risotadas cada vez que pasaba una página.

–Mira, mira, colega –babeaba uno, señalando con el dedo–. ¡Vaya potorro que tiene la gachí!

–¡Qué bien tira de flauta! Ya le daría yo la mía.

–Vaya barrena que gasta el menda.

–¿Y los melones? Me encantan los melones grandes. ¡Qué gozada pasar el muñeco por tan suave desfiladero!

–Pascual, ¿tú que le harías a esa con ésta? –preguntó llevando la mano al bulto bajo el buzo.

–Ésa te la metes en el culo, caso de que te llegue. Me basto y me sobro con la mía. ¡No te jode!

–¿Pero os habéis fijado en el cuerpo de la negra? –inquirió Isidro con los ojos desorbitados.

–Escultural, desde luego. ¿Pero estas mujeres existen de verdad?

–Claro que existen. Y se las tiran los tíos cabrones estos. ¡Qué injusticia! Con lo que me gustaría a mí tirarme una negra.

–¿Ah, sí? –respondió Pascual–. ¿Sabes qué te digo, Isidro? Que un domingo nos vamos a Zaragoza, a un puti–club. Te presentaré no a una sino a siete.

–¿Para qué quiero tantas? Con una me basta. Pero que sea como ésa.

–¿Te gusta el juego de la ruleta? –insistió Pascual.

–¿Y eso qué tiene que ver con esto?

–Tiene que ver. Se llama la Ruleta de las Siete Negras. Tú te pones en medio con el ciruelo al aire y ellas te lo van mamando por turnos. Sin embargo, una de las siete es caníbal, pero tú eso no lo sabes. ¿Qué te parece? Si te animas el próximo domingo vamos en mi coche.

–Vete al cuerno. Me vienes a mí con cuentos.

Un estruendo de carcajadas corrió en tromba por la galería

dejando eco tras de sí. Cuando cesó el alboroto, Julio que también se había divertido con la ocurrencia, preguntó, escamado:

–¿Dónde las consigues? Es un material prohibido en España.

–Un amigo camionero me las trae de Barcelona. Las compra de contrabando en el puerto. Dice que llegan de Holanda.

–¿Qué tal si suspendemos la función pornográfica y le damos un rato a la pala? –dijo Pascual, todavía con la señal de su humorada en el rostro–. Esto hay que despejarlo hoy para que los barreneros puedan trabajar.

Con voces rezongonas reemprendieron la labor. En medio del fragor uno de ellos dijo sosteniendo la pala en el aire:

–¡Joder, cómo me ha puesto la revista esa! Os juro que en cuanto cobre a fin de mes bajo a Zaragoza a que me limpien el sable.

–Cuida no te traigas unas purgaciones de paso.

–Ya habló el aguafiestas.

Julio, que estaba poniendo el buyol a cubierto de la polvareda, dijo a gritos:

–¿Qué hago con la revista? La habéis dejado encima del escombro.

–Apártala a un lado. Luego se la dejaremos al siguiente relevo para que le den gusto al ojo.

Acto seguido bajaron la cerviz y se entregaron al duro trabajo, adueñándose el ambiente de jadeos y ruidos crispantes.

## XII

Transcurrieron los días como las gotas de una gruta, fríos e inexorablemente lentos. Julio, por pura estrategia de revolucionario, determinó quedarse en la mina. De modo que al avecinarse el periodo navideño pidió a la Empresa dos días de permiso para festejarlo con su madre. Samuel por su parte, decidió pasar esos días con los mineros del poblado que celebraban a su manera el nacimiento de Jesús de Nazaret. Como había tantos andaluces los villancicos por bulerías no faltaron, ni escasearon los alfajores, ni las botellas de aguardiente de Rute. Si la Nochebuena fue el frenesí de borracheras, que dejaba a hombres llorosos tirados por los rincones, acordándose de su gente, de su tierra, el año Nuevo, en cambio, fue de optimismo y todos brindaron para que les fuera bien el año entrante. Después, la rutina del trabajo se instaló por sus fueros, dejando su estela de resignación y conformismo en los trabajadores, excepto en Julio que seguía maquinando desde el fondo de su madriguera. Enero se disipó en el espacio–tiempo como una nubecilla en el cielo. También lo hizo febrero, que se despidió azotando la llanura en furioso vendaval. Marzo vino acompañado de un sol pródigo que esparcía sus rayos por los campos. Los trigos encañaron y el llano reverdeció de espigas que se inclinaban sumisas ante los

embates del cierzo. Sin embargo, no todo era tan bucólico, ni tan lírico. Del norte llegó el fúnebre quejido de cuerpos tronchados por la metralla. Esa tarde del tres de marzo de 1976, la televisión dio la noticia trágica de la muerte de dos obreros y tres gravemente heridos a manos de la policía. El luctuoso suceso había tenido lugar en Vitoria, mientras tenía lugar una asamblea de trabajadores en el interior de una iglesia. Los medios de comunicación estaban dando la noticia sesgada, por eso, Julio intentó buscar otra fuente más veraz. En su cabeza brotó la idea de comprarse una radio. En la soledad de su cuarto trataría de buscar en el dial, en medio de un maremágnum de interferencias, Radio España Independiente. Los hechos de Vitoria los había estado viendo en el bar del Hogar del Pensionista, ante un grupo de hombres que reprobaron airadamente los viles asesinatos. Julio se sentía crispado, aturdido por la rabia que le devoraba por dentro. Decidió dar un paseo para airearse de tanta ignominia. Su pretensión era subir a San Macario y desde una peña contemplar los pardos tejados, al tiempo que escuchaba los latidos de la población. Aquello podía ayudarle a evadirse de la presión que sentía en su cabeza. Pero inconscientemente sus pasos le llevaron a la calle principal. Una idea, que él rechazaba de plano, le bullía por dentro: encontrarse a Samuel cortejando a Lucía. Una suerte de ambivalencia. Un quiero pero no quiero. Sin embargo, su voluntad de negación nada pudo contra el designio de las personas. Al doblar la esquina para irrumpir en la calle lo divisó delante del quiosco. Hizo intención de desviarse pero los ojos del boxeador le habían visto. Por unos instantes ambos jóvenes se miraron, interrogándose, sin asomo de rencor en el semblante. Fue una mirada mansa, como esa que la gente exhibe al cederle el paso a un

desconocido. También captó la afable expresión de Lucía, que le escudriñaba con curiosidad. “¿No es tu amigo ese que va por ahí”, supuso que comentó ella. “Era. Nuestra relación se ha podrido por culpa del politiqueo”. A pesar de que le parecía una chica agradable, su presencia le produjo cierto trastorno en sus sentidos. Su actitud jovial hacia la quiosquera se borró, tomándose beligerante. “¿Estaba acaso sintiendo celos de ella?”, se preguntó, caminando ligero hacia las afueras donde fue recibido por el dulce aroma del atardecer. Era una estúpida. ¿Cómo podía reírse de las sandeces que le contaba Samuel? Se encogió de hombros, decidido a no pensar más en ellos y aceleró el paso al sentir el pellizco del hambre.

Dobló hacia la izquierda y atajó a través de los campos en barbecho en dirección al poblado. Entró en el portal, recorriendo el pasillo hacia su habitación. Observó que la puerta anterior a los lavabos estaba entornada. En esa habitación se albergaban dos mineros valencianos. Llamó su atención el mayor de los dos. Tendría éste alrededor de los treinta, cejijunto, pelo oscuro y nariz ganchuda de sefardita. Su nombre era Benavent. Un tipo bastante peculiar al cual Julio había echado el ojo. En una ocasión escuchó su conversación en el embarque y tuvo la certeza de que era un individuo con inquietudes. Mantuvo algunas palabras de tanteo con él, pero era evidente la reserva del valenciano y no pudo sacarle demasiado. Sólo supo que había trabajado de contable en una empresa constructora, que ésta dio en quiebra y él se vio en la calle. Estuvo varios meses buscando trabajo en Valencia, estérilmente. Como las deudas se lo comían y su plato cada vez contenía menos pitanza, alguien le habló de las minas de Andorra y se vino sin pensárselo dos veces.

Al pasar, Julio afinó el oído, captando un rumor no desconocido en el interior. No pudo evitar fisgar por el ojo de la cerradura. Vio a Benavent sentado ante la pequeña mesa repasando las hojas de un libro. Las dos camas estaban deshechas y olía a cerrado. El valenciano sintió su presencia y mirando de reojo, dijo:

–Pasa, Salazar. Te he olfateado. Se te da bastante mal hacer de espía.

El ácrata entró y cerró tras de sí. Sin quitar los ojos de los libros que había sobre la mesa, balbuceó:

–Discúlpame. No quería ser indiscreto. He visto luz y como hace días que quería hablar contigo...

–¿Sí? ¿Sobre qué?

–Ya te contaré. ¿Cenamos juntos?

–Por mí no hay inconveniente.

–¿Qué lees? –preguntó, inclinándose para ojear alguno de los títulos. Literatura francesa del siglo XIX en edición barata: Flaubert, Proust...

–Los mejores en su época. Ya que se decide uno a leer no voy a hacerlo con bazofia. Soy un sibarita de la literatura.

–¿Qué dices, insensato? Alguien ha confundido tu mente. Todo esto no es más que novelería burguesa. Historias opiáceas para adormecer al pueblo. Estas lecturas te ponen los

ojos vidriosos y ya no eres capaz de diferenciar un tirano de una cabra montesa.

–Tú desbarras, Salazar. ¿Desde cuándo la belleza del arte ejerce de adormidera para nadie? Es todo lo contrario. Estos escritores te abren horizontes y estimulan la mente.

–¿Pero qué veo? ¿Qué hace aquí este libro faccioso? “¡La marcha de Mussolini sobre Roma!” ¡Pero qué mezcolanza de lecturas es ésta! Resulta inconcebible. Si ya lo he dicho, un lío mental de mil pares de leches.

–¿Lío mental? ¿Por qué? El cerebro tiene muchas casillas. Es cuestión de meter cada tema en la suya.

–Vamos, no me vaciles. Lo que trato de decirte es que si no serás...

–Sí, dilo. Pareces atemorizado. Vamos, suéltalo que no te voy a comer. ¿Quieres decir que si soy fascista?

–Bueno, aunque me desconciertan estos libros no diría yo tanto.

–¿Qué pasa? ¿Tienes prejuicios? ¡Qué dogmáticos sois la gente como tú! En eso os parecéis a los jesuítas. Hay que leer de todo, Salazar. Por ejemplo acabo de terminar “La larga marcha”, de Mao Se Tung. Me estoy poniendo en forma por si alguna vez los mineros nos decidimos ir a Madrid a reclamar mejoras para el sector.

–De eso precisamente quería hablarte –dijo bajando la voz y

mirando hacia la puerta–. Si esos son tus pensamientos no me cabe la menor duda de que tienes conciencia social. Me gustaría compartir contigo algunas ideas que me rondan por la cabeza.

Benavent frunció el ceño, algo perplejo. No obstante, dijo:

–Vale. Recojo esto y nos vamos a la jalancia.

–Voy un momento a por el tabardo. Llevo sólo el suéter y la verdad es que se ha levantado una brisa fresca.

A su regreso, el valenciano le esperaba en el pasillo con una sahariana olivácea y un pañuelo estampado al cuello. Al salir fuera el cierzo ululaba entre los árboles. Benavent se subió la solapa y dijo, añorante:

–En mi tierra más de uno se estará bañando en la playa. El aire de aquí es insoportable.

Julio no replicó. Esa canción ya la había oído muchas veces de gente foránea. Se limitó a hundir las manos en los bolsillos y encoger la cabeza en el tabardo. En el cielo, las estrellas brillaban, escoltando a la luna creciente, semicubierta por jirones de nubes. En el comedor buscaron una mesa apartada. Mientras esperaban fueron llegando mineros vociferantes. Ambos observaron en silencio el ir y venir de los empleados de cocina, distribuyendo los platos. Transcurridos unos minutos, una vez tuvieron la sopa humeando bajo la barbilla, Benavent metió la cuchara en el plato, agitándola lentamente. Una de las veces alzó la cabeza y preguntó con cierta indolencia:

–¿Cómo te va?

–Horrible. Estoy más solo que la una. Llevo muy mal el no poder hablar con nadie mínimamente inteligente. Todo por obra y gracia de Peralta que no quiere meter a nadie en mi habitación para que no le contamine con mis ideas.

–En cierta medida estoy en tu misma situación. A mi compañero de habitación sólo le interesan las motos. Menudas noches me da con las cilindradas y las marcas. Te juro que es peor que estar solo.

–Mi antiguo compañero también era de ideas fijas. Ya sabes, el boxeador.

–Algunas cosas son inequívocamente americanas. Winston, n.° 1 en USA– bromeó impostando voz de anuncio.

–¡Buagg!, la sopa quema como el diablo –exclamó Julio, apartando la cuchara de su boca.

–¿Crees que hay alguien organizado trabajando en la clandestinidad? –preguntó Benavent con voz queda, lanzando miradas a su alrededor.

–Lo ignoro. Ésa es la verdad. No he conseguido contactar con bicho viviente. Si lo hay desde luego debe ser muy clandestino.

–A veces pienso que hay alguien. Estoy seguro de que él nos ha detectado. Debería dar señales de vida.

–¿Es posible que tú y yo estemos buscando lo mismo?

–inquirió el anarquista, mirando gravemente al rostro de Benavent.

–Claro que es posible. Para qué fingir más. Las cartas están boca arriba. Lo que tenemos que hacer es andamos con la mayor prudencia.

–Ésa es la principal premisa –respondió Julio–. Pero tarde o temprano tendremos que pasar a la acción. A mí se me ocurre ir caldeando el ambiente, haciendo que aparezcan octavillas en los vestuarios.

–¿De qué modo? Aquí no las podemos imprimir.

–Lo tengo pensado. Alguien me las puede traer de Zaragoza.

–Entonces, ¿estás organizado? –indagó el valenciano, procurando frenar su entusiasmo.

–Sí, lo estoy. Pero a lo que vamos. En esas hojas deberíamos contarles a los mineros cómo nos explota la Empresa robándonos parte del salario.

–¿Cómo lo vamos a llevar a cabo? Necesitamos contar con alguien que tenga conocimientos de economía. Hacer un análisis económico de las ganancias de la Empresa. Cuando la gente lo sepa se sublevarán.

En ese momento un empleado vino con los segundos platos. Se callaron, apartando los vacíos para que se los llevase.

Cuando se retiró, Julio preguntó al mismo tiempo que afirmaba:

–Tú eres o fuiste contable. ¿Te atreverías?

–No seas ridículo. Mis conocimientos son insuficientes para una tarea de semejantes dimensiones. Se necesita información y estudios empresariales.

–Tampoco hace falta un trabajo exhaustivo. Basta con algo básico, que esté claramente expresado para que el minero se haga una idea de cómo le chupan la sangre.

–De acuerdo, hablaremos de ello, pero no aquí. ¿Qué te parece este domingo en la ladera de San Macario?

–Está bien. Es una buena medida de seguridad. Como mucho si alguien nos ve pensará que nos ha dado por la vida contemplativa.

Como ya habían terminado, Julio se puso un cigarrillo en los labios, lo prendió y tras expulsar el humo, volvió a hablar:

–No me apetece el postre. Me marcho a mi guarida. No conviene que nos vean juntos demasiado.

Atravesó el comedor atestado de comensales. Abrió la puerta y recibió una ráfaga de viento helado. Con un estremecimiento, se abrochó el tabardo y se dirigió por el amplio espacio entre las dos hileras de casas. El lugar se hallaba en penumbra, sumido en el silencio. Mientras caminaba observó el cielo. Habían aumentado el número de estrellas con un brillo

límpido, casi magnético. Los escasos pinos bajo la luz de la luna adquirían una forma espectral. Iba absorto en las palabras del valenciano, el cual le había proporcionado honda alegría al darse a conocer. Por discreción no le había preguntado por su tendencia política, aunque su instinto le decía que podría ser trotskista. El suelo estaba alfombrado de agujas secas. Cada paso emitía un chasquido sordo. En su blando pisar creyó oír algo por unos instantes. Había doblado la última fila de casas que daban a la carretera. De nuevo le pareció oír el ruido. Alertado se detuvo en la pequeña explanada. Puso atención, intentando columbrar entre los pinos. Aparte de su respiración no se oía nada más. Avanzó y esta vez sí fue nítido el chasquido de la brizna al ser aplastada. Se giró, inquieto. Una sombra había surgido detrás de un árbol y se plantó ante él, amenazadora. Julio experimentó un sobresalto. ¿Quién era? ¿Acaso algún bromista? No lograba distinguir su cara en la oscuridad. Lentamente dos figuras más aparecieron entre los pinos y se situaron frente a él. Eran mineros, no tenía la menor duda. ¿Pero quiénes eran y qué querían? Se atrevió a preguntar:

–Quienes quiera que seáis dejaos de juegos. Hace mucho frío para andar acechando a la gente.

La voz había retumbado en su pecho, repitiéndose el eco en el silencio de la noche. Escrutaba sus siluetas, tratando de averiguar la identidad de los graciosos. Entonces, el que estaba más cerca se desplazó hacia un lado. La débil luz de las escasas farolas desveló su cara. Julio al reconocerlo emitió un gruñido de asombro. Instintivamente se puso en guardia, mientras la voz del sujeto corroboraba lo evidente.

–Seguro que has quedado en verte con el valenciano. Lo que yo te digo, Paco, Dios los cría y ellos se juntan.

Esa voz petulante pertenecía a Benjamín. El ácrata estaba petrificado, sin recursos para reaccionar y huir de allí. Siempre se ha dicho que cuando no se es fuerte lo mejor es ser prudente. Supuso que era mejor razonar con ellos. Algo le decía que si se había tomado la molestia de seguirlo no era precisamente para invitarle a un paseo romántico a la luz de la luna.

–Estos rojos cunden como los piojos –dijo otro, cuyo rostro estaba en sombras–. Propongo que le demos un escarmiento.

–Dejad que os explique...

Súbitamente una mano abierta se estrelló contra su mejilla, haciendo que diera un traspié. Cuando se recompuso con los ojos fuera de las órbitas, sintió un fuerte zumbido en el oído. Notó que la cara le echaba fuego.

–¡Malditos cobardes! –exclamó con furia–. ¿Por qué hacéis esto?

–Sacúdele fuerte, Paco, que se ha atrevido a insultarte –rugió la voz de Benjamín.

–Toma, rojo de mierda. Te voy a quitar las ganas de conspirar –masculló, lanzándole un puñetazo a la nariz.

Julio cayó impulsado hacia atrás, dando con el cuerpo en tierra. Tendido sobre la broza de los pinos se llevó la mano a la

cara en un rictus de dolor. Notó la sangre resbalar por sus labios y el sabor salado de ésta al contacto con la lengua.

–¡Cabrones, me habéis destrozado la nariz! –gritó, ovillándose ante lo que se le venía encima.

Inevitablemente una tormenta de patadas descargó sobre su cuerpo.

–Óyeme, como digas algo de esto te juro que te arrojamos por el tubo de ventilación –bramó la voz de Benjamín–. Si luego te preguntan al verte hecho unos zorros les dices que ibas borracho y te has caído por el terraplén, ¡ja, ja, ja! ¿Te enteras, comunista de mierda? –añadió, propinándole una patada en el costado.

Se sentía como si le estuvieran pisoteando una docena de búfalos. Sin embargo, aún tuvo ánimos para intentar rectificarles.

–Os equivocáis. Soy ana...

El puntapié que recibió en el abdomen abortó en su garganta el resto de la palabra.

–¿Te das cuenta, Paco?, encima se cachondea. Pues si tú eres Ana yo soy Mari Carmen. ¡No te jode! –dijo Benjamín con voz meliflua.

Sumido en este funesto trance, pensaba, aguijoneado por el dolor, que si no cesaban aquellos brutos acabaría en el hospital o lo que era peor en el cementerio. Mientras los mineros se

cebaban con el cuerpo caído una sombra salió detrás de un árbol. Decidido se precipitó sobre uno de ellos, agarrándolo del hombro. Sorprendido se volvió y el impacto de un puño sobre su cara le derribó. Los otros dos se abalanzaron furiosos, dispuestos a hacer papilla al intruso.

–¡Mierda, si es el boxeador! –exclamó Benjamín al distinguir su rostro.

Fue lo único que pudo articular porque el golpe en el mentón hizo que se desplomara. El primero en ser golpeado acababa de erguirse. Samuel se aprestó a soltarle otro mamporro, pero su voz suplicante, dijo:

–No, no me pegues. Ya me voy.

Benjamín, incorporado con la mano en la barbilla, reculó, rehuyendo la pelea. El púgil les estudiaba con la mirada, los puños en una pose de cartel de velada. Su voz fue como el chasquido de un látigo.

–Los chulos como vosotros me revientan. Largo, si no queréis que os zurre de verdad.

Los tres individuos se alejaron de allí, lanzando reniegos contra él.

Julio, al oír su voz, trató de alzarse con una mano, a la vez que con la otra apretaba su pañuelo contra la nariz.

–¿Cómo estás? –preguntó, ayudándole a levantarse.

–Me duele todo el cuerpo –balbució con el rostro contraído–. Creo que me han roto la napia.

Samuel procuró orientarle la cabeza hacia el resplandor de la luna.

–No te la veo bien. Podría ser que te hayan roto el cartílago.

–Me fastidiaría tenerla como tú –dijo en un intento de sonrisa que no cuajó por las dolorosas punzadas de su cuerpo.

–¿Te sigue sangrando?

–Un poco –respondió, notando la creciente humedad del pañuelo.

–¿Quieres que te lleve al hospitalillo?

–No, lo mejor es mantener este incidente oculto.

–Como quieras, pero tal y como te han dejado esos cobardes lo tienes difícil. Anda, vamos, te acompaño a tu habitación.

Los dos jóvenes caminaron hacia la fila de casas. Julio, con paso tambaleante iba apoyado en Samuel que trataba de acompasarse a él.

–¿Cómo te enteraste de que me tenían preparada una emboscada? –preguntó con la voz entrecortada.

–No sabía que esos canallas estuvieran preparando algo contra ti. Esta tarde compré un libro a Lucía, la chica del quiosco, para regalártelo.

–Gracias por el detalle. Me conmueve –dijo sintiéndose embargado de dicha.

–Bueno, la verdad es que la idea partió de ella. Me dijo: “Llévaselo a tu paisano. Le debe interesar porque a veces pasa por aquí y lo mira con disimulo”. Lo hemos comprado a medias.

–De cualquier modo os estoy muy agradecido. Molido como estoy no sé cuándo lo podré leer.

–No he terminado de contarte la historia. Verás, llevé el libro al comedor en el bolsillo, pero claro, no te lo iba a dar delante de todos. Te vi salir nada más cenar y te seguí. Vi cómo hablabas con los de Almadén y cómo empezaron a arrearte.

Julio se mantuvo en silencio. Oía su respiración, todavía agitada y entrevio a la luz del farol del portal su rostro de eccehomo. Un sentimiento de compasión bulló en su pecho. Mirándole de reojo, notó el enorme esfuerzo que hizo para hablar.

–Podías haberte abstenido de intervenir –murmuró.

–Ya ves, la fuerza de la costumbre. No soy de los que desaprovechan una buena pelea.

Entraron en la vivienda. Los pasillos se hallaban silenciosos. Sólo se oía algún grifo en los lavabos goteando. Los mineros permanecían aún en el comedor viendo la televisión. Ante la puerta de su cuarto buscó con dificultad la llave en su bolsillo. La laceración de las extremidades impedía articular los dedos.

Tuvo que abrir Samuel. Dentro, tras encender la luz, lo primero que hizo fue examinar el aspecto de la nariz.

–Parece que se ha detenido la hemorragia –dijo, observando el pañuelo ensangrentado–. Déjame tocarla. No te ha roto el tabique –añadió pasando los dedos por el caballete.

–¡Ah, qué daño! –se quejó, apartándole la mano.

–Natural. Ha sido un buen puñetazo, pero sin mayores consecuencias, afortunadamente–. ¿Quieres que vaya a los aseos a humedecer un paño para limpiártela?

–No, mejor que no te vean. Aquí tengo una botella con agua.

Se sentó en la silla, mientras Samuel procedía a lavarle la herida.

–No sé cómo voy a ir mañana al curro. Me duele hasta el carné de identidad.

–Tendrás que hacer un esfuerzo. Y si no di a Peralta que debes estar incubando la gripe porque te duele todo el cuerpo.

–Mira, en eso último no mentiría –dijo con un gesto de amargura.

–¿Tienes algún analgésico?

–Puede que sí. Registra el bolsillo interior de la mochila. Creo que traje algo para el dolor de muelas.

Éste se giró hacia la litera de arriba y procedió a buscar.

–Aquí tienes dos aspirinas. Tómate una ahora y mañana con el bocadillo, otra. Supongo que algo te aliviará.

Le puso el comprimido en la mano, todavía temblorosa y vertió agua en el vaso.

–¿Puedes o te la doy yo?

–Creo que puedo yo solo –dijo estirando la mano hacia la mesita.

Se la tomó y como hablar le fatigaba, estuvo un rato callado, con Samuel sentado en el borde de la litera. De pronto pareció reunir fuerzas para romper el silencio.

–Me muero de curiosidad por saber qué libro me has comprado.

–¿Libro? ¡Ah, claro, no me acordaba! –dijo echando mano al bolsillo de su gabán–. Es de un tal Mariano... no recuerdo el apellido. Debe ser de la guerra de España o por el estilo.

Cuando lo tuvo en sus manos, el vapuleado joven leyó el título:

–“Los años rojos”, de Mariano Constante. Interesante. Gracias, Samuel –dijo alargando la mano para estrechar la de él, que buscaba también el contacto–. Lo del libro es un detalle maravilloso, pero lo que verdaderamente me agrada es haber recuperado tu amistad.

–Vale, vale, no te pongas sentimental. Todo ha sido obra de

Lucía, ya te lo he dicho. No sé quién le habrá contagiado el virus izquierdoso. A lo mejor libros como este que vende en el quiosco.

–No me hagas reír en el estado en que estoy. Excepto este libro, todo lo que tiene allí son novelas del Oeste y de Corín Tellado.

–¿Por qué no te tumbas? Así no cargarías los riñones.

–Llevas razón. Pero tendrás que ayudarme a quitarme la ropa.

–¿Por qué no? Tú harías lo mismo por mí.

–No te quepa la menor duda. Haría esto y más. Siempre te estaré agradecido.

Samuel lo impulsó de los brazos para que se irguiera y le despojó del anorak que tenía alguna mancha de sangre. Con cada prenda que le quitaba le arrancaba un gemido.

–No te quejes tanto. Pareces un parvulito llorón. Si con tantos huesos que tienes seguro que se habrán hecho ellos más daño que tú.

–Sí, tú búrlate encima. Me han lisiado esos canallas.

–¿Y a ti quién te manda meterte en campo sembrado? –dijo Samuel.

–Por favor, no empecemos a discutir.

No replicó. Le desplegó las mantas y le ayudó a deslizarse en la cama. Luego le cubrió hasta el cuello. Sin embargo, Julio enseguida sacó una mano señalando al pantalón sobre la silla.

–¿Te importaría darme un cigarrillo? Me distraerá un poco de los pinchazos en la espalda.

–Claro que te lo doy. ¿Manda algo más el señor? –ironizó, extrayendo el paquete y el mechero.

Fumaba con una sonrisa dichosa a pesar de su cuerpo maltrecho. Lanzó una suave bocanada de humo, mientras sus labios se entreabrieron para hablar:

–¿Tú crees que los ha enviado alguien?

–¿A qué te refieres? –preguntó, perplejo.

–¿A quién me voy a referir? ¡A la Empresa, coño! Parece que te has caído de un guindo. Estoy seguro de que en su nómina les vendrá dinero extra por hacer de matones.

–No lo creo, chico. Esos actúan por su cuenta. Les molesta el olor a azufre que despedís los comunistas. Hace tiempo que se rumoreaba que pensaban darte una lección para que te largues de la cuenca minera.

–No lo conseguirán. No tengo miedo a esos sicarios –dijo, palpándose con la otra mano un costado.

–¿Qué pretendes, que te den otra somanta? Te advierto que si te metes en más líos no volveré a sacarte la cara.

–Me hago cargo, Samuel. Pero compréndeme tú a mí. Abandonar sería de cobardes.

–No tienes otra alternativa. Si te quedas esos animales van a ir a por ti con más rabia.

–Yo también tengo mis recursos –dijo mirándole de un modo enigmático–. En Zaragoza hay gente que me puede ayudar en casos como éste.[1]

–Pues ya pueden manejar bien los puños, tus amigos.

–Lo harán, de eso no te quepa duda. Es gente que no se achica.

–Tanta cháchara no te hace bien. Así que me voy que mañana hay que madrugar. Buenas noches, por decir algo.

Cuando salía por la puerta, Julio elevó la voz:

–Muchas gracias de nuevo, Samuel. De no ser por ti me hacen fosfatina.

–Venga, duerme. Mañana será otro día –dijo apagando la luz.

A continuación cerró la puerta suavemente, como si temiera turbar a una indefensa criatura de corta edad.

Su gesto fue inusitadamente dulce, pero enseguida se

---

1 Julio Salazar, al decir esto, estaba pensando en la resurgida FAI (Federación Anarquista Ibérica), cuyos miembros habían entrado en acción en algún caso aislado.

recompuso. Al salir fuera su rostro se endureció, se golpeó con el puño la palma de la mano, lanzando juramentos en voz baja contra Benjamín y los suyos.

## XIII

La mañana del día siguiente, a eso de las once, el jefe de personal requirió la presencia en las oficinas de los mineros Julio Salazar y Samuel Maella. Una de las veces que el teléfono interior sonó insistente en las galerías, la voz de uno de los vigilantes, respondió, untuosa:

–¿Y dice usted que se presenten ahí? De acuerdo, ahora mismo los localizo y se lo comunico.

Tras colgar anduvo un buen rato hasta llegar al tajo donde paleaba con ahínco Samuel. Éste, al escuchar las palabras de Rodrigo, así se llamaba el vigilante, se quedó estupefacto, mirándole con su máscara de hollín. Dejó la pala, se encogió de hombros ante los compañeros, que habían detenido los martillos y le miraban asombrados, y se fue al nivel base para enfilar por la galería hasta el embarque. Rodrigo, sin abandonar el tajo, subió la pendiente hasta el nivel cabeza. Su ojo luminoso exploró hasta encontrar a Julio metiendo un rollo de alambre por el corredor por el cual aún podía desplazarse sin inclinar la cabeza. Debido al reinante calor, había corrido la cremallera del buzo y llevaba la parte de arriba enrollada a la cintura. Como llevaba el torso ennegrecido el vigilante no se

apercibió de los diferentes hematomas de su cuerpo. Sin embargo, le desconcertó su gesto de dolor al arrastrar la tela metálica. Le dijo lo mismo que a Samuel:

–Sube a los vestuarios, dúchate y empaqueta tus cosas. Un camión te llevará al pueblo. Una vez allí preséntate en las oficinas.

Apenas se sorprendió. La sombra de la represalia que se había cernido sobre él finalmente se iba a materializar. Era una persona molesta y sencillamente iban a librarse de él. Se despidió de Robert Redford que en ese momento se aproximaba con un costal de maderos. Éste, después de decirle, “no tardes, que yo tu parte no la meto ni borracho”, se quedó mirando como se alejaba acompañado del vigilante, completamente asombrado. Cuando llegaron al embarque, Julio se extrañó de ver a Samuel allí, solo, sentado en el tablón, mirando con expresión seria al plano inclinado. Por el camino, Rodrigo no le había comentado absolutamente nada de su amigo. Se limitó a hablarle de que en la capital, ahora cara a la primavera habría mucho trabajo en la construcción. La escena de la pelea relampagueó en su cabeza y entre aquellos rostros infames el de Benjamín, delatándolos al facultativo. Al verse se dedicaron una sonrisa forzada. Sus rostros reflejaban la gravedad de la situación. El boxeador, al ver al vigilante, se abstuvo de preguntarle por su estado, aparte de que era evidente que si había ido a trabajar se debía a que las aspirinas habían hecho efecto. Pero no se reprimió al expresar sin ningún preámbulo:

–Esto me huele mal. No es normal que nos saquen a estas

horas diciéndonos que hagamos el petate y nos presentemos en la plana mayor.

–Y tampoco es tiempo de reconocimiento médico –dijo Julio, exhibiendo una sonrisa mordaz.

–No sé por qué os llaman en Dirección –dijo el vigilante, fingiendo una inocencia estúpida–. Se rumorea que anoche tuvisteis grescas con los de Almadén –añadió, mirando la nariz algo tumefacta de Julio–. A mí se me da que os van a sancionar con unas semanas de empleo y sueldo.

–Lo que me temía, esos cerdos se han ido del pico. Les ha faltado tiempo para contárselo a los jefes –masculló Samuel crispando el puño.

–Debió ser buena porque dos de ellos venían esta mañana magullados –dijo el vigilante, volviendo a mirar la nariz de Julio, como si fuera la pieza que le faltaba para comprenderlo todo.

–Y más que los joderé si les echo la mano encima.

En el fragor de la conversación no oyeron el rechinar de la sirga. De repente la jardinera se posó ante ellos como surgida de un mundo mágico. Subieron los tres hombres en silencio y ya en el exterior el vigilante les recomendó:

–Entregar el casco y la pila al lampistero. Ésas son las órdenes. Está bien, chicos, yo me bajo al pozo. Sea lo que sea os deseo suerte.

Cuando hubo desaparecido los jóvenes se dirigieron a la

barraca. El viejo lampistero, que siempre les había tenido simpatía, murmuró al verlos:

–Mal asunto el veros por aquí a estas horas. Me temo que os van a dar la boleta. Y no quiero ser pájaro de mal agüero.

–El vigilante ha dicho que seguramente será una sanción –dijo Samuel, agarrándose a la más leve esperanza.

–No sé qué decirte, zagal. Podría ser, cosas más raras se han visto.

–Ha dicho también que nos llevemos la ropa sucia. No creo que nos la vayan a cambiar por una limpia y planchada –dijo Julio sin poder reprimir una carcajada histérica.

–No os preocupéis, chicos. Si esto significa que os dan la patada, aprovechad y buscar un trabajo mejor en Zaragoza. La mina es lo último.

Un cuarto de hora después salieron de la nave, duchados y con el hato de ropa sucia en la mano. El viejo, que estaba en el umbral de la barraca, les dijo al verlos:

–Ese camionero de ahí os llevará. Está esperando.

–Vale, tío Eusebio. Hasta otra.

–Hasta la vista. Saludar a la Pilarica de mi parte.

Sentados en la cabina del camión contemplaron la enorme escombrera en silencio. Julio debió pensar: “En la mina, el

mineral que no vale o dificulta la extracción del lignito se saca fuera y se arroja al terraplén”. Es probable que se produjese telepatía entre ellos, porque al mirarse ambos realizaron el mismo movimiento. Con decisión, agarraron los bultos, donde iban el buzo y las botas, y por la ventanilla los lanzaron al montón de escoria. Después, se miraron satisfechos y se retreparon en el asiento. El chofer que les llevaba era de pocas palabras y aún reprimió más su lengua al recordar lo que se comentaba en la mina: aquellos dos pájaros eran alborotadores profesionales. El camión rugía cargado de carbón, avanzando por la estrecha carretera escoltada por acacias polvorientas. Era un paisaje deprimente que contagiaba al más jubiloso temperamento. El chofer se había encendido un cigarrillo sin ofrecer. Lo llevaba apretado entre los dientes y miraba fijamente al frente. De vez en cuando les observaba con el rabillo del ojo con un gesto torvo. Ellos, indiferentes a su disimulado fisgoneo, se enfrascaron en la charla.

–Has sido muy valiente al venir a trabajar con esos moratones que llevas en el cuerpo. ¿Qué tal tu nariz?

–Me duele, pero ya se pasará. Sigo baldado. Me río y me duele el costado, y si hablo, el pecho.

–Haz como un amigo mío. Cuando le dolía la cabeza se pegaba un martillazo en el dedo y decía: “Ya está, ya no me duele la cabeza”.

–¡Qué bruto era tu amigo!

Una vez en el pueblo bajaron del camión, que siguió su viaje hacia la central térmica.

Se dirigieron directamente a las oficinas. Entraron y preguntaron a uno de los oficinistas que les miró con displicencia. El hombre se movía un poco encorvado entre archivadores y libros de contabilidad.

–Buenos días –dijo Julio, acercándose a él–. Nos han mandado llamar –afirmó, tratando de romper su expresión adusta.

–¡Ah! ¿Sois Julio Salazar y Samuel Maella?

–Sí. Me gustaría que alguien me explicara qué significa esto.

El oficinista le escrutó y replicó con cierta sorna.

–Significa que la Empresa prescinde de ustedes.

A Julio le salió el espíritu combativo. Su pregunta–reproche fue como un dardo lanzado con una ballesta:

–¿Por qué? ¿Qué hemos hecho? No se puede despedir a la gente así sin más.

–Oiga. ¿Es usted un ingenuo o se lo hace para conmoverme? Para la Empresa ustedes son buenos trabajadores, pero en cambio son pendencieros. Crean problemas entre sus compañeros. ¿Me entienden?

–Pero esto es injusto. No somos precisamente nosotros los que crean problemas...

–Como comprenderá la Empresa debe velar por sus propios

intereses –dijo sin escucharle, sacando unos papeles de un cajón–. Ustedes tienen un contrato de seis meses, renovable. Llevan cinco meses. Se les paga ese tiempo trabajado más el mes que les falta como indemnización. Firmen el finiquito si son tan amables.

–Exijo hablar con el jefe de personal –interpeló Julio.

–Es inútil. El señor Valdivia está de viaje. Por favor, firmen y no me causen problemas. Yo sólo soy un mandado.

–Me parece una canallada –masculló, mirando a Samuel que permanecía en silencio–. Al menos permitid que se quede él. No tiene nada que ver en esto. He sido yo el que ha originado el problema.

–Lo siento, yo no puedo hacer nada.

–Vamos, Julio, no seas pesado. Lo ha dicho bien claro, no hay nada que hacer. Firmemos y vámonos de aquí antes de que deje de contenerme y la emprenda a mangazos.

El oficinista, al cual se le había pronunciado aún más su encorvamiento, le miró con preocupación y temor. Sin embargo, se relajó algo al ver que apresaba el boli y firmaba las hojas expuestas. Luego lo hizo Julio, no sin antes haberse cerciorado del contenido, repasando hasta el último párrafo. A continuación el empleado sacó dos sobres cerrados y se los entregó.

–Tengan, aquí tienen su liquidación.

Los abrieron con celeridad y tras comprobar que no faltaba ningún billete se los guardaron en el bolsillo. No obstante, esta vez fue Samuel el que dijo con voz estentórea:

–Nos pagan y después nos tiran a la calle como a perros. Dígame, al menos, cómo regresamos a Zaragoza. El único autobús que hay ya ha salido.

–Está todo previsto –dijo con una sonrisa autocomplaciente–. Ahora mismo se lo iba a decir. Quédense hoy beneficiándose de las instalaciones de la Empresa y mañana cojan el autobús. También el importe de éste está señalado ahí.

–Mira qué atentos. Nos pagan el viaje de vuelta en primera clase, Julio. Debemos estarles agradecidos, encima.

–Es una atención –balbuceó el oficinista con un gesto nervioso.

–¿Y a ti quién te ha pedido tu opinión? ¡Chupatintas! –ladró Samuel–. Que te ha salido chepa de tanto besarle la bota al jefe.

–Ya está bien. No te pongas tú ahora grosero. Anda, salgamos fuera.

Al dirigirse a las dependencias de los mineros, Julio volvió a recriminarle, suavemente:

–Has sido injusto con él. Si te fijas está encorvado de soportar la carga del trabajo. Él también es un explotado.

–¡Que te lo has creído! Se pasa el día sentado y con calefacción. Sin peligro de accidente. Como mucho que uno de esos archivos que se le caiga en el coco.

Pero Julio no le escuchaba. Mentalmente seguía dándole vueltas a lo que él consideraba un atropello. Le puso la mano en el hombro y mirándole al rostro, le confesó:

–Sinceramente, ¿sabes lo que me fastidia de todo esto? –Samuel negó con la cabeza–. Que me despidan por camorrista y no por revolucionario. Y además, me duele como no te imaginas el haberte arrastrado a ti. Tú tenías tus planes y por mi culpa se te han venido abajo.

–No te tortures. No hay mal que por bien no venga. Últimamente andaba un poco mosqueado. Aseguran que en la mina no hay silicosis, pero Garrido y Tomás, ya sabes, los barrenistas, no hacen más que escupir. Lo que echan fuera es como amarillento, que vete a saber si no son pedazos de pulmón.

–Ésa es una de las reivindicaciones que apuntó el valenciano –murmuró Julio–. Mejorar la seguridad en la mina. Fíjate que pienso en él con preocupación. Estoy seguro de que después de esto le harán la vida imposible.

–No te preocupes por él. Sabe nadar y guardar la ropa.

–A lo mejor consigue lo que yo no pude. Concienciar a los mineros para que luchen por sus derechos.

–Si antes no le parten la crisma los de Almadén –dijo Samuel, clavando los ojos en los del anarquista.

–Menudos animales. Mal rayo los parta.

–Oye, propongo que vayamos al bar. Necesito un par de cervezas para quitarme el polvo de ese condenado pozo.

–Me parece una propuesta formidable. Dejamos las cosas en mi cuarto y nos vamos para allá.

Recorrieron el trayecto hasta el Rosamari. Las mujeres iban o venían de la compra y de fondo se oía el griterío de niños saliendo del colegio. Cuando entraron en el establecimiento sólo había dos parroquianos y Alberto, el dueño, tras la barra secando vasos con un paño. Al verlos les preguntó con la mano del paño en suspenso:

–¿Pero cómo a estas horas por aquí? ¿Os han pasado al turno de tarde?

–Mejor que eso. La Empresa nos ha concedido vacaciones indefinidas por trabajadores modelo –dijo Samuel.

–¿Quieres decir lo que yo estoy entendiendo?

–Exacto. Nos han dado la papela.

Al dueño del bar se le ensombreció el rostro.

–Ya me he enterado de la pelea. Pero qué queréis que os diga, me parece excesivo que os larguen.

Los otros dos clientes de la barra tenían pintas de viajantes y andaban embebidos en lo suyo.

Uno de ellos al oír la palabra pelea desvió el ojo hacia los recién llegados, pero sin mayor interés.

–Tienen la sartén por el mango, Antonio, convéncete. Me lo dijo el jefe de ventas. Es una multinacional y lo tienen comprado todo.

Los tres hombres sonrieron ante la coincidencia de la conversación de los viajantes. Aunque por mucho que trataron de imaginárselos con el atuendo de mineros no lograban despojarlos de sus trajes y corbatas.

–Pues ya lo siento, creedme –dijo Alberto–. Tomad lo que queráis, chicos, paga la casa.

–Muchas gracias, colega –dijo Samuel–. Pon una cerveza para mí.

–Que sean dos –dijo Julio.

Les sirvió y se dirigió a un extremo de la barra a trajinar. Julio bebió un sorbo y limpiándose la espumilla de los labios con una servilleta, habló a su amigo en tono apesadumbrado:

–Siento que te he jodido por todas las caras.

–¿Qué quieres decir?

–Se te veía muy acaramelado con la chica del quiosco.

–Bueno, una medio novia. Si te he de ser sincero es mi único pesar en esta historia.

–¿Pero ibas en serio con ella?

–Iba no, voy bastante en serio. Lo que pasa es que ella no lo ve así. Siempre me está diciendo: “Que no, Samuel, que no le veo futuro a nuestra relación. Luego te vas de Andorra y si te vi no me acuerdo”.

–Pero ¿la has besado?

–Pues según cómo se mire.

–¿Cómo que según cómo se mire? No te entiendo.

–Con la imaginación la he besado hasta desgastarla. Pero en la realidad no se dejaba. Aparte que a la hora de cerrar venía un hermano a acompañarla hasta su casa. Por cierto tengo que despedirme de ella.

–Supongo que será un hasta luego. Estamos cerca. Puedes venir a verla de vez en cuando. Es una buena ocasión para que te compres coche.

–Hablemos de ti, Julio. ¿Qué piensas hacer cuando lleguemos a Zaragoza?

–No lo sé. Si estoy en las listas negras difícil lo tengo para encontrar trabajo.

Samuel, que hizo ademán de llevarse el vaso a los labios, lo

interrumpió, dándose una palmada en la frente. Llamó a Alberto. En cuanto vino dijo con una amplia sonrisa:

–Tomaros otra, venga.

–No es eso. Es que de repente me he acordado de algo. La semana pasada estuve aquí leyendo el *Heraldo*. ¿Te acuerdas?

–Hombre, Samuel, si me tuviera que fijar en todos los que lo leen...

–Está bien. Sin embargo, yo si me acuerdo que lo amontonaste en el almacén que tienes atrás.

–Claro. Los utiliza mi mujer para cuando friega el suelo.

–Perfecto. ¿Te importaría traerme los que no ha utilizado aún?

–Ahora mismo. Ya veremos los que quedan.

Se fue, desapareciendo detrás de una cortina.

–¿Qué te traes entre manos? –preguntó Julio, perplejo.

–El otro día venía un anuncio enorme de colocaciones. No le di importancia porque cuando se está bien comido te es indiferente el que hablen de comida. Pero ahora la cosa cambea, maño –dijo con una sonrisa socarrona.

De pronto se acercó Alberto con un mazo de periódicos.

–Toma, espero que esté el que buscas.

Raudo se echó un trago de cerveza y comenzó a repasar las hojas. Julio, que se había encendido un cigarrillo y fumaba sosegadamente, le observó, intrigado.

–¡Aquí está, ha habido suerte! –exclamó, señalando con el dedo.

Ambos dirigieron la vista al lugar en la página. Julio leyó: “CONSORCIO INTERNACIONAL DE EMPRESAS construye autopista vascoaragonesa. Necesita cien encofradores, cincuenta albañiles y ochenta peones. Buenos sueldos. Alojamiento y manutención por cuenta del Consorcio. Interesados dirigirse a las oficinas en Zuazo de Cuartango (Álava)”.

–¡Qué! ¿Cómo lo ves? Tentador, ¿no? En estos sitios si te aplicas al trabajo puedes ahorrar dinero.

–¿Por qué hablas en singular? ¿No vienes conmigo?

–Hombre, Julio, comprende mi situación. Me he echado novia. El norte está lejos.

–O sea, que me facturas como si fuera un paquete.

–Natural. Yo soy como el sargento Araña, que embarcaba a los soldados y él se quedaba en España.

–Pagarás cara tu perfidia. Si te casas con ella te auguro cuatrillizos. Esa andorrana de anchas caderas tiene aspecto de mujer muy fértil –bromeó Julio, aunque sintiendo profundamente que no quisiera unirse a él en su nueva

aventura–. Está bien. Liaré los trastos de maletilla y me iré a ese sitio, en el culo del mundo. No tengo otra opción. Pero antes pasaré por Zaragoza a llevarle dinero a mi vieja y despedirme de ella.

–Lo dices en tono fúnebre, colega. Vamos, arriba ese ánimo. Cuando una puerta se cierra otra se abre.

–No estoy fúnebre, sólo molesto. Cuanto más lo pienso más convencido estoy de que ha sido un complot. La Empresa me ha tendido el señuelo con los de Almadén y yo he picado como un tonto.

–Vamos, eso suena a novela del FBI.

–Sonará, pero es la realidad. La Empresa encargó a esos matones que me dieran un escarmiento. No tengo pruebas pero es así como te lo digo.

–En fin, que han tirado por tierra tus planes revolucionarios. El líder de los descamisados ha fracasado y por eso se echa a los caminos, escamado y deslomado, ¡ja, ja, ja!

–Sí, tú ríete –farfulló con el gesto crispado–. No puedes imaginarte la ira que esto me causa –añadió, arrancando furiosamente el anuncio, que plegó con torpeza y se lo guardó en el bolsillo.

Era la una pasadas. Samuel dijo que iba a despedirse de Lucía. Él prefirió quedarse un rato más en el bar rumiando sus nuevos planes de vida. Lo suficiente para tomarse otra cerveza y a continuación se iría al comedor. Mejor hacerlo con los del

turno de tarde, que esperar a que volviesen los de la mañana, ya que podía toparse con los de Almadén. La idea de encontrárselos le provocó zozobra. De ser así la intervención beligerante de Samuel lo convertiría en un problema de orden público. Si avisaban a la Guardia Civil e investigaban podría ser peligroso para él. Como prevención, le pensaba pedir a Samuel, por lo más sagrado, que controlara sus impulsos si se daba el caso. El mejor desprecio es no hacer aprecio. Tras apurar la cerveza, suspendió sus pensamientos y se encaminó al poblado. Al entrar observó en los rostros de los comensales que estaban al tanto de lo de su finiquito. Era increíble, la noticia había corrido como la pólvora. Comían en silencio y de vez en cuando le dirigían miradas de conmiseración. Él prefirió creer que era su modo de expresar su desacuerdo por el despido de dos compañeros. Pero no todo era solidaridad implícita en los presentes. En un extremo, un grupo hablaba y reía, simulando que conocían la reacción de la Empresa contra Samuel y Julio. Algunos de éstos cuchicheaban más o menos lo siguiente: “Las rencillas personales deben dirimirse entre los afectados y si luego eso tiene una respuesta contundente por parte de la Dirección, pues allá penas. Cada penitente que cargue con su cirio”.

Recordó las palabras de Benavent: “Si cometes una pifia y te echan no esperes una reacción solidaria por parte de los mineros. Todavía no se da ese caldo de cultivo. Así que paciencia y barajar”. Julio esbozó una mueca divertida, porque eso mismo le había dicho Samuel, pero con su lenguaje castizo: “Convéncete, colega, al que destaca le dan con la estaca”. “Doy fe”, se dijo entre dientes, “todavía me duelen las patadas de esos bárbaros”.

Por lo visto, Samuel con su flirteo desoía las protestas de su estómago. No quiso esperarlo y se sentó con el grupo de hombres que comían en silencio. Intercambiaron alguna banalidad pero soslayando el asunto. Después del segundo plato, Julio tomó el plátano de postre y salió del comedor. Tras él oyó un murmullo creciente de voces. Una vez en su refugio se encerró por dentro y se tumbó. Pensando en cómo encontraría la situación de trabajo en Zaragoza se durmió. Soñó con su madre que le recriminaba: “Hijo, ¿por qué tienes que meterte en los trabajos a revolver en lugar de callar y cumplir con tu obligación? Mira lo que sacas de todo eso, que te despidan. Cuando lo necesites de verdad nadie se acordará de ti”. “Mamá, la sociedad tal y como está organizada es injusta con los trabajadores. Hay que luchar para construir un modelo mejor, más equitativo”.

Las palabras lastimeras de la mujer fueron ahogadas por unos golpes de nudillos en la puerta. Julio se despertó sobresaltado. Se puso de pie y fue hacia allí, pero antes de abrir miró lleno de inquietud si tenía algún objeto contundente a mano. No había nada. El libro “El apoyo mutuo” sobre la silla, lo único, pero le pareció ridículo golpear a nadie con él. Como los golpes se sucedían, preguntó al fin:

–¿Quién es?

–Soy yo, Samuel.

Se apresuró a abrir, sintiéndose aliviado.

–¿Qué pasa, tío? Duermes más que una manta vieja. Son las seis de la tarde.

–Lo siento. Me había quedado transpuesto.

–Debemos despedimos de los compañeros.

Mientras se calzaba, dijo, ahogando una risita:

–¿Todavía no has ido a pelar la pava?

–Sí, claro que he ido. Me he despedido de ella. Hemos quedado en escribirnos y si me compro coche vendré a verla a menudo.

–¿Supongo que la habrás besado?

–En las mejillas, pero he notado que ponía ardor. Ha temblado como una hoja.

–Hala, pues. Por lo menos tú te vas de aquí con novia. En cambio yo con un montón de cardenales.

Se puso el suéter e iba a echar mano del tabardo.

–No te hace falta. La tarde está estupenda.

Y era cierto. Estaban a primeros de abril. Los días eran benignos y traían aroma de plantas silvestres. Una vez fuera, con el sol alumbrando glorioso en el horizonte, caminaron bajo su tibieza. En cuanto entraron en el bar, el grupo de andaluces, unos cuantos mineros andorranos, de Crivillén y de Alloza, se acercaron a ellos mostrándoles su calor y su afabilidad. El valenciano, que se mantenía en un plano discreto, se aproximó a Julio en medio de la algarabía y le musitó al oído:

–Lo siento, no se puede hacer nada. Estamos atados de pies y manos.

–Y con un esparadrapo en la boca –repuso Julio con una risa muda.

Esa tarde y hasta bien entrada la noche, las voces que más se oyeron fueron: “Camarero, otra ronda”. El dueño, con expresión de satisfacción plena servía diligentemente a unos y a otros. Había muy buen ambiente. Julio rogaba a todos los santos para que no apareciera Benjamín y los suyos. Y no acudieron. No porque los santos hubiesen oído su petición, sino porque la Empresa había ordenado a éstos que no se dejasen ver demasiado para no provocar al boxeador. Al menos eso se rumoreaba en los mentideros. Algunos mineros se quedaron bebiendo con los despedidos hasta última hora. Los demás se habían ido yendo a sus casas poco a poco. A la una menos cuarto el camarero colocó las sillas en las mesas y le pasó la escoba al local. Miró a los dos únicos parroquianos, inclinados sobre el mostrador.

–Venga, chicos, marcharos a dormir. Mañana os sale el autobús a las nueve.

–Tranquilo, colega –dijo Samuel con voz farfallosa–. Lo tenemos controlado.

Diciendo esto se fue hacia un lado como si buscara reclinar la cabeza en el hombro de Julio. Pagaron, y después de despedirse con la cansina manifestación de afecto, propia del ebrio, salieron y enfilaron por las desiertas calles hacia el poblado. La noche estaba serena. El firmamento, de una

espectacular pureza, les mostró su catálogo de joyas deslumbrantes. Sobre las silenciosas casas la luna creciente derramaba sus efluvios magnéticos. Al que dormía le otorgaba un sueño placentero y al que velaba hacía que su ánimo explotase de alegría y optimismo. De tal modo e intensidad que los dos amigos, agarrados por los hombros, caminando haciendo eses, rompieron a cantar con voces inarmónicas unos aires de la tierra:

"Uno de Mallén se compró un camión a medias con otro, pa acarrear maderaaaa...".

## XIV

El autobús llegó a Zaragoza al mediodía. El viaje había sido lento con paradas en los pueblos para recoger viajeros. Los dos amigos habían realizado el trayecto hablando de sus planes de futuro, sobre todo Samuel, que había retomado su idea de llegar a profesional en el boxeo. Julio dijo cuatro vaguedades para acabar encerrándose en un mutismo obstinado. Cuando se cansó de oírlo, maquinó arrojar una piedra en aquel estanque de ilusiones.

–Desengáñate. El boxeo te proporcionará muchos golpes y poco dinero.

–Deberías apoyarme y no limitarte a decir lo mismo que mi hermana y el botarate de su marido.

–Perdona, pensaba que era un buen consejo. Si se trata de ganar dinero, probablemente en la construcción de esa autopista podemos ganarlo.

Esto lo dijo por alegrar sus oídos.

En realidad se había acostumbrado a él y no concebía

empezar en ningún trabajo sin su compañía. Al llegar a la estación y recuperar el equipaje, Samuel dijo:

–Vamos a tomar un cortado como despedida. Todavía me dura la resaca.

Se metieron en el bar de enfrente. Mientras les servían, Julio dijo con la voz mustia.

–Entonces, ¿no hay modo de que cambies de opinión?

–Me quedo. Ya sabes que tengo razones de sobra.

Julio le miraba con el gesto serio. Le costaba reconocerlo, pero el solo anuncio de separación le oprimía el pecho.

Después de tantos trabajos juntos le entristecía el no volver a verse, tal vez, en mucho tiempo. Casi ni advirtió que éste pagaba la consumición y le extendía la mano.

–Debo irme, Julio. Te deseo toda la suerte del mundo.

Se la estrechó con atolondramiento, hablando al tiempo que las dos manos se movían con vehemencia.

–No voy a hacer nada por convencerte, pero no me voy con la misma ilusión.

–¡Qué pesado! Desde luego si lo dices así vas a hacer que me sienta mal. Mira, Julio, en esta vida cada uno va a su avío. Además, para revolucionar a la gente te bastas tú solo. Si me voy contigo me meteré en otro fregado. Eres un idealista. Yo

sólo quiero ganar dinero, cuanto más mejor. Tú y yo no pegamos ni con cola.

–No estoy de acuerdo. Después de la experiencia en la mina, creo que somos más compatibles. Los dos hemos aprendido. Me consta que aunque te ufanes de tu materialismo ni tú eres tan práctico ni yo tan idealista. Ambos nos hemos contagiado el uno del otro.

–No sigas con tu labia, que te conozco. Serás siempre genio y figura. El lobo siempre irá a la oveja y el cuervo a la carroña.

–Vaya opinión que tienes de mí llamándome carroñero.

–Es sólo un refrán. Lo decía mucho mi abuelo. No he querido ofenderte, no pongas esa cara de estreñido.

–Antes de irnos quiero que sepas que me es muy difícil permanecer impasible ante la injusticia y la explotación del trabajador.

–Para el carro que ya sé lo que me vas a decir. Donde haya un explotado allí acudirás tú a enfrentarte como el don Quijote ese. Dicen que todos llevamos un quijote dentro. Y yo digo que no es verdad. Yo no lo llevo. Y si algún día asoma la nariz iré rápidamente al cirujano para que me la extirpe.

–Escucha, Samuel Maella, te aprecio porque sé que dentro de ti late un gran corazón –dijo poniendo su mano en el hombro.

–Eh, no te arrimes tanto que van a pensar que somos maricones –dijo, mirando a su alrededor.

–Déjate de tonterías y óyeme. Sabes dónde vivo. Si cambias de parecer, ya sabes, tengo pensado marcharme dentro de tres días en el primer tren que vaya a Álava.

Samuel le respondió con una sonrisa escéptica. Agarró su vieja maleta de cartón y tras salir por la puerta desapareció. Se quedó pensativo, sintiéndose culpable de no haber insistido. Se preguntaba y al mismo tiempo se respondía: “Vete tú solo, ¿acaso tienes miedo?”. “No, no tengo miedo, pero sigamos juntos. Dices que no hay alquimia entre tú y yo. Te demostraré que no es cierto. Me esforzaré para hacerte ver que la amistad prevalece por encima de discrepancias”.

Se fue directamente a su casa. Tenía ganas de ver a su madre, que estaría disgustada por la demora de sus cartas. Aunque por otro lado se alegraría al saber que no trabajaría más en la mina.

Si bien la alegría se le desvanecería en cuanto le dijese que debía ausentarse de nuevo. La mujer, al ver a su hijo, lo abrazó y derramó alguna lágrima, agradeciendo al cielo que se lo devolviese sano y salvo. Él se deshizo suavemente del abrazo, echó mano de la cartera y le entregó la mitad de lo que había cobrado.

–Tenga, madre. Esto le aliviará un poco de las deudas.

–Hijo, muchas gracias. ¿Pero te quedas tú algo?

–Claro, madre. Para el viaje y algo de ropa que pienso comprarme. El resto lo guardaré como remanente por si no me va bien por ahí.

–Te encuentro un poco desmejorado, Julito. ¿No te han dado de comer bien en ese sitio?

–La comida no era mala. Pero nadie cocina como tú.

–¡Ay!, gracias, hijo. Mañana te hago la comida que te gusta: pollo en su jugo con rodajas de limón.

–Y de postre natillas con galletas –dijo él con entusiasmo infantil–. Por cierto, madre, agregó poniéndose serio. ¿Ha preguntado alguien por mí?

La mujer, que tenía el pelo encanecido y el rostro poblado de arrugas, le miró con los ojos húmedos, pero todavía brillándoles de dicha. Sin arrinconar su discreta forma de ser, musitó con dulzura:

–No, hijo, nadie. Sé que no te refieres precisamente a los amigos.

–Pues sí. Para qué voy a disimular. No me refiero a ellos.

–Leí en el *Heraldo* que la policía había detenido a unos comunistas en el barrio de Torrero. Vicente el carnicero me ha dicho que están apretando ahora más que con Franco. A un sobrino suyo que trabaja en la Tudor lo han detenido por tirar papeles escritos contra el régimen.

–El dictador da sus mortíferos coletazos hasta después de muerto –dijo Julio–. No sabemos cuánto puede durar este tiempo de incertidumbre. Esperemos que no mucho –añadió, acariciando la mano de su madre, tranquilizadoramente.

El resto de la semana lo dedicó a recorrer la ciudad, que escudriñaba con ojos nostálgicos. Al pasar por un edificio en construcción pensó en sus compañeros. No tenía manera de saber si habían detenido a Irineo Montes después de la huelga o seguía escondido. Pasó por su cabeza visitar el barrio Oliver. Presentarse de sopetón en la parcela donde se reunían, pero no le pareció prudente y rechazó la idea. La brigada politicosocial opinaba de ese barrio que era un nido de anarquistas y lo mantenían vigilado en espera de una redada. Julio conoció a Cristóbal Villalobos, Villalba era su nombre de guerra, inquilino titular de la parcela de Oliver, trabajando ambos en la construcción del Hospital Clínico. Lo primero que le llamó la atención en él fue su enorme barba patriarcal, y la barra de pan, acompañada de seis sardinas arenques y medio litro de Monteviejo, que durante el almuerzo se estaba zampando. Luego poco a poco fue conociendo otros aspectos de él. Villalba era de constitución gruesa, ojos pequeños, pero muy expresivos y un rostro extremadamente bonachón y muy divertido. No andaría más allá de los veintisiete años. Él fue quien contribuyo a que abrazara las ideas anarcosindicalistas. La primera vez que fue a verlo le sorprendió lo humildemente que vivía. Pese a eso en el fogón siempre había comida para quien quiera que llamase a su puerta. Freía un perol de criadillas y allí todo el mundo metía la cuchara. Para que las ruedas de molino no triturasen en seco, un garrafón de vino ocupaba un sitio visible, en espera de ser aupado hasta los

labios del sediento. La parcela era lugar de peregrinaciones clandestinas. Como en situaciones así siempre existe la posibilidad de recibir la visita de la “madrastra disfrazada de vieja vendedora de manzanas”, Villalba para estas eventualidades estaba preparado. Sobre el cabecero de su cama tenía un cuadro con la foto de Bakunin. Si le daba la vuelta aparecía una lámina amarillenta de la virgen del Carmen. Según quién se presentase de improviso mostraba una u otra imagen. El bueno de Villalba, en su afanosa lucha contra la opresión de las razas en minoría decidió, al comienzo de los setenta, convivir plenamente como un miembro más con los gitanos del poblado de la Camisera. Éstos escucharon su deseo de integrarse en la tribu, al principio con estupefacción, pero luego lo aceptaron sin cortapisas, mirándose entre ellos, taimadamente. ¿Qué buscaría aquel payo barbudo y raro compartiendo su estilo de vida?, debieron preguntarse. En realidad, lo que el anarquista buscaba era realizar el experimento de incidir en su manumisión desde dentro y por eso adoptó sus normas sin poner ninguna objeción. Llegó incluso a contribuir, entregando su sueldo íntegro de peón de albañil a la administración del patriarca. Al principio todo iba más o menos bien, pero conforme fueron pasando los meses las cosas se torcieron en su contra. Mientras los demás miembros del poblado comían razonablemente bien (no eran manjares, obviamente, pero tampoco era bazofia), a él le daban lo mismo que a los perros, mendrugos de pan y algún hueso con escasos jirones de carne. Todo el mundo le daba órdenes, a él que odiaba el autoritarismo y la imposición. En los conciliábulos alrededor de la hoguera su voz no era escuchada ni aceptada. Y si él se hubiese lanzado a hablarles de teorías anarquistas algún calé impulsivo le hubiera amagado con la

cachava. Paradójicamente, aquella clase discriminada había convertido en esclavo precisamente al joven incauto que había ido a concienciarlos para que se rebelasen contra la esclavitud a los que les tenía sometidos el mundo de los payos.

A los seis meses de convivencia ya no pudo resistir más. Una mañana de frío glacial, antes del alba se levantó sigilosamente de su camastro, metió sus pocos enseres en una talega y abandonó el poblado con los rescoldos de la fogata todavía brillando. Los perros al detectarlo le ladraron como a un fugitivo, contentos tal vez de que el barbudo, que se *najaba* con unos kilos de menos, ya no les disputaría los huesos de pollo.

El día señalado para su marcha, a las nueve y treinta y cinco de la mañana, Julio se hallaba en la estación del Portillo. Subió con su mochila a la espalda al vagón del Rápido procedente de Barcelona y ocupó su sitio en el solitario compartimento. Dejó la impedimenta en la repisa de arriba y se distrajo mirando a la gente en el andén. Luego consultó su reloj. El Rápido ya tenía que haber emprendido la marcha, pero estaba inmóvil como una roca. Era inútil pedir puntualidad, eso no iba con el carácter español. Por el pasillo oyó cierta bullanga. Era un grupo de militares recorriéndolo con el estrépito de sus botas. Dos de ellos metieron la cabeza en el habitáculo. Al cerciorarse de que no había hembra siguieron adelante. De repente se oyó un silbato y el vagón efectuó una sacudida. El tren inició la marcha, pero el movimiento brusco, que le había impulsado hacia delante, hizo que algo llamara su atención en el andén. Le había parecido ver con el rabillo del ojo a una persona correr. El corazón le dio un vuelco de alegría. ¿Era quien él

quería que fuera? Se irguió súbito y bajó el cristal. Asomó la cabeza y reconoció a Samuel que corría alocadamente con la maleta en la mano. Julio no lo pensó más. Salió con apresuración hacia la plataforma, cuya puerta aún permanecía abierta y aferrándose al asidero sacó medio cuerpo fuera. Angustiado por la aceleración del tren le hizo un gesto a Samuel para que se diera prisa. En cuanto estuvo a su altura le dio la maleta y trepó por los peldaños como un saltimbanqui. Una vez arriba, los dos jóvenes se miraron con satisfacción. Samuel, con el rostro risueño por haberlo logrado, jadeando espectacularmente, sólo pudo balbucear:

–Joder, casi lo pierdo...

En el compartimento se sentaron junto a la ventanilla, uno enfrente del otro. Permanecieron en silencio, contemplando la periferia; casas bajas, mezcladas con algún huerto o bloques de pisos dispersos. Julio se encendió un cigarrillo que fue fumando con voluptuosa calma. Se le veía dichoso, pero prefería callar y disfrutar del momento. Samuel, después del calentón de la carrera, se había serenado, pero notaba calor. Se subió las mangas del suéter, exhibiendo sus poderosos brazos. El ácrata posó la vista en su rostro, contemplando su aplastada nariz como por vez primera. El otro le sonrió, consciente de sus miradas interrogantes. Entonces rompió el silencio con un murmullo:

–¿Te estás preguntando por qué estoy aquí?

–Así es. Pero sea por el motivo que sea me alegro de verte de nuevo.

Le agradaban sus palabras amistosas. Miró a su vez a aquel rubio de ojos claros y tuvo que reconocer que le estaba cobrando afecto, sencillamente porque él también se sentía contento de estar allí.

–He tenido una bronca con mi hermana y con su marido. Estando en la mina recibí una carta suya y pensé que querían hacer las paces. En lugar de eso no han hecho nada más que reprocharme cosas. Mi cuñado se ha atrevido a decirme que soy un vago y un irresponsable, que jamás seré capaz de crear mi propia familia. Me ha sacado de quicio y le he arreado un puñetazo. No veas la que se ha armado. Mi hermana gritando, amenazándome con llamar a la policía, y el otro, sangrando por la nariz y gritando también. Ha sido a las ocho de la mañana. Al levantarse ese imbécil para ir a trabajar y verme en la cama se ha enfurecido. Por eso la ha emprendido a insultarme. Prácticamente la maleta la tenía sin deshacer, y como me acordaba que salías hoy he llamado desde un bar a RENFE, a preguntar por el primer tren a Álava. Estoy harto de ellos, nunca más volveré a esa casa, prefiero vivir en una pensión.

–Vaya, siento que te hayas peleado con tu familia.

En esto no fue sincero. En realidad casi le estaba agradecido al majadero de su cuñado que hubiese provocado el conflicto.

–¿Familia? Yo ya no tengo familia. Mira para qué sirve, para que te ofendan, llamándote parásito y un montón de porquerías más.

Julio permaneció en silencio. Le vino a la mente el rostro de su madre, deslizándose las lágrimas al despedirse. No pudo

evitar recordar también a su difunto padre. En su familia hubo armonía, nunca un mal modo. Se sintió triste al pensar en él. En cada familia había un drama y en la suya era el faltarle el progenitor siendo él un adolescente.

–Te has quedado muy callado. ¿Te ha afectado mi historia?

–No, no, bueno, quiero decir que no es agradable lo que te ha ocurrido, pero vamos, estaba pensando en otra cosa. Verás, me he informado acerca del trabajo donde vamos. Parece ser que tiene sus riesgos, pero se gana dinero.

–Pues eso es lo que me interesa a mí, ¡qué cojones! Si no nos ha matado la mina, ahora somos... buscó la palabra adecuada en su cerebro... somos, ¿cómo diría yo?

–Invulnerables. ¿Es eso lo que quieres decir?

–Exactamente. Invulnerables, como Superman.

–Si fuéramos, es un decir, yo Superman y tú Batman, podíamos desplazarnos volando en lugar de sufrir este traqueteo incómodo –dijo Julio, sonriendo.

–Pues estarías muy gracioso con tu mochila en la espalda.

–Habría que verte a ti de hombre murciélago con esa vieja maleta en la mano.

Los dos jóvenes rompieron a reír, mientras el tren penetraba en la vasta planicie de campos de maíz.

## XV

El tren llevaba una hora rugiendo, atravesando labrantíos y extensos viñedos de Aragón y La Rioja. Los campos acentuaban su policromía primaveral de plantas que se alternaban con el cereal y la vid. A veces, por el cielo cruzaban bandadas de aves volando en forma de punta de flecha. Julio se hallaba ensimismado contemplando los floridos parajes, mientras su amigo ojeaba un diario de deportes que había traído doblado en el bolsillo.

Volvieron a pasar más pájaros en formación. Recordó haber visto en el cine las grullas regresando en primavera al Norte. “Qué coincidencia”, pensó, “llevan nuestro mismo destino”. Oyó el rumor de las hojas del periódico, y cómo a continuación lo arrojaba sobre el asiento como algo que se ha exprimido lo suficiente. Cuando el boxeador alzó la frente lo notó resuelto, pronto a reiniciar la conversación interrumpida. Su voz sonó vigorosa, llena de entusiasmo.

–No todo está perdido para mí. Hoy termina una historia familiar desagradable, pero en cambio empieza otra. No te puedes imaginar lo ilusionado que estoy. Al despedirme de Lucía me dio su dirección y hemos quedado en carteamos. En

la maleta llevo cartas, sobres, sellos y dos bolígrafos que escriben de color verde. Es un color que me gusta para escribirle.

–Natural. Es el color de la esperanza.

–¡Vaya descubrimiento! No lo he comprado por eso. A ella le gusta mucho la naturaleza. En el quiosco tenía un póster del valle de Ordesa. A propósito, Julio, ¿tienes novia? No sé nada de tu vida sentimental. ¿Qué pasa? ¿Es que los revolucionarios sólo amáis la revolución?

–Tú te lo dices todo. Claro que tenemos mujeres a las que amar. ¡Qué tonterías se te ocurren!

–Entonces, dime. ¿Tienes dónde mojar el churro?

–Mira que eres curioso. Túve una novia pero partimos peras. Eso es todo.

–¿Nada más? Vamos, cuéntame detalles, no te hagas el misterioso. ¿Quién dejó a quién?

–Fue ella quien decidió cortar –murmuró, sabiendo que Samuel era pertinaz y que no iba a desistir en sus preguntas–. Vivíamos en la misma calle y salíamos juntos desde niños. Fuimos a la misma escuela. Crecimos y a mí mis padres me metieron de aprendiz en una carpintería y a ella los suyos de dependienta en una mercería. Éramos unos adolescentes pero ya hacíamos planes de casarnos en cuanto hiciese el servicio militar.

Luego mi padre murió y como sólo me tuvieron a mí me libré de la mili por hijo de viuda. Sin embargo, también me quedé sin novia.

–Se fue con un tío más guapo y con perras.

–No, que va. Me abandonó por un guardia civil.

–¡Vaya palo, colega! Precisamente te la birla un picoleto. ¡Ay, que me troncho!

Contempló el ataque de hilaridad que le había producido su historia. Casi se alegró de verle retorcerse de ese modo tan exagerado.

–Ríete, no es para menos. Por eso evito contarlo. Me has sonsacado y no me he resistido. Pero es la última vez que lo cuento. El que quiera reventarse a carcajadas que vaya al circo.

Enmudeció de repente con los ojos en la fila de casas que huían hacia atrás. Sus ojos miraban hacia el exterior, pero su mente estaba en otro sitio. Samuel, al percatarse de que se le había ensombrecido el rostro, echó el freno a su último estertor, renunciando a hacerle más preguntas que avivasen su herida. La locomotora fue reduciendo la marcha hasta detenerse con una violenta sacudida. Estaban en la estación de Logroño. Las voces de la gente subiendo al vagón disiparon la tristeza de su rostro. Entonces, como si necesitara aire limpio, bajó el cristal y asomó la cabeza. Sus labios dibujaron una sonrisa al ver a un tipo gordo cargando con una enorme maleta, resoplando como un toro. Samuel, que miraba también hacia el andén, dijo al ver al viajero:

–Como se meta ese paquidermo en nuestro compartimento, vamos listos.

–No seas egoísta. Ese señor tiene todo el derecho. Preferirías que fuese una gachí, ¿verdad?

–Por supuesto. Aunque te recuerdo que estoy ennoviado. Pero me alegraría que subiese una chica, más que nada por ti.

–Ah, claro. Qué detalle por tu parte.

El gordo debió dirigirse al siguiente vagón, pues no oyeron su fatigoso jadear. Samuel efectuó un ademán de alivio que enseguida se trocó en una mueca de contrariedad. Una mano descorrió la puerta bruscamente. La figura desaliñada de un tipo de unos cuarenta años se recortó en el umbral, escudriñando a los jóvenes con ojos de aguilucho acechando al ratón.

–Mira por dónde, aquí hay sitio pal menda.

El boxeador le miró con el gesto torvo, pero no dijo nada.

Julio posó su mirada afable en su rostro con barba de tres días y en su escueto equipaje consistente en una bolsa de deporte.

–Pasa, compañero. Hay espacio de sobra para ti y para tu maleta si la has dejado en la plataforma.

–¿Qué dices, julay? Yo no porto peltreva, ni joroba –dijo elevando la vista a la maleta y a la mochila de los jóvenes.

Julio arrugó la frente, perplejo.

–¿Qué diablos habla este tío? –susurró al oído de Samuel.

–¿Eres un carri? –preguntó éste divertido.

–Sí, ¿pasa algo, tronco? –se insolentó sin importarle su nariz chata ni su evidente musculatura.

–No, nada. Bienvenido a nuestro chupano móvil –respondió sin contener la risa.

–Vosotros parecéis dos menduquis legales –repuso, mirando la expresión de asombro de Julio–. No sois carrilanos, eso se ve a la legua. ¿De dónde venís? –inquirió, despojándose del raído y sucio anorak.

–De las minas de Andorra.

–¿Por qué os habéis largado? En esos sitios se saca manteca.

–Nos han dado la patada, colega –dijo Samuel.

–¿Por broncatas? –preguntó, examinando su cara.

–Algo así –respondió, mirando subrepticiamente a su compañero.

–La mina –evocó el personajillo sentándose en una esquina, enfrentando su rostro al de ellos–. Ahí no vuelvo ni amarrado. Estuve hincándola en las de León y me puse como loco. Me entró pánico y me tuvieron que subir a toda leche. Hay que sentirse como una rata para trabajar en un sitio así.

El anarquista, en su deseo por contemporizar con aquel tipo y su extraño lenguaje, dijo:

–Hay que tener pitera, desde luego. El pozo es como una noche que no acaba nunca.

–Como si te metieran en la fiambrera –dijo el carri.

–¿Qué quieres decir?

–Oye, guapuno –respondió, mirando su pelo rubio–. ¿Dé dónde sales tú? ¿No has visto a nadie irse de viaje sin retorno en el coche fúnebre?

–Disculpa, no conozco la jerga que usas.

–Chamullo el carri. ¿Tú qué parloteas?, ¿el habla de los señoritingos? Mu maqueaos os veo pa ser currelas mansurrones.

–¿Te parecen estas manos de señorito? –exclamó Julio, indignado, extendiendo las palmas hacia arriba.

–Vale, tío. No te pongas rústico. Es sólo un decir. Yo también soy de la cofradía de los pringaos.

–¿Hacia dónde te diriges? –preguntó Samuel, divertido, apoyando los pies en el asiento de enfrente.

–Voy a Asturias. En Avilés hay mucha industria. Es fácil encontrar currelo en las fábricas.

–Eso queda lejos. Nosotros vamos a la provincia de Álava. Piden gente para trabajar en la construcción de una autopista.

–Pues yo vengo de Escarrilla, en las montañas de Huesca. He nalgueado en los embalses y saltos de agua. Mira qué casualidad que también me han tirado como a un trapo viejo.

–¿Por broncata? –indagó Samuel con los ojos chispeantes de risa.

–Nanay. Por jumera, tío. Me bebí yo sólo un litro de vino durante el almuerzo y luego me tumbé a dormirla debajo de un pino. Cuando bebo así el vino me revuelve la mollera y le digo a Dios de mira. El ingeniero dijo que no quería verme más por allí, si no, me azuzaría a los hurones.

–¿Te amenazó con echarte los perros? –exclamó, Julio, soliviantado.

–Cuando digo los hurones me estoy refiriendo a los capataces. Los tiparracos me metieron un lagarto en el bolsillo, eso era lo que me pertenecía de liquidación y me dieron puerta.

–¿Y con mil pesetas pretendes llegar a Asturias? –preguntó Samuel, presumiendo de conocer la palabra.

En ese instante el tren aflojó la marcha, pasando a un incómodo bamboleo.

La cabeza del carrilano se movía como la de esos perrillos que llevan algunos en la trasera de los coches.

–¿Qué dices? Las mil chuchas las fundí en los abrevaderos de Huesca y Zaragoza. Estoy sin un duro y con los berberechos colgando –dijo, llevándose los dedos a la nariz.

Los dos amigos se miraron, inquisitivamente. Julio quiso convencerse de que ambos pensaban lo mismo. Aquel desheredado de la tierra necesitaba ayuda. Echó mano al bolsillo, ante la muda expresión de Samuel que debía preguntarse si estaba loco para socorrer a un caradura.

–No estoy muy boyante, que digamos, pero quinientas pelas te puedo dar.

–¡Coño, un cangrejo! Trae acá, tío cojonudo. Ya tengo gasofa pa un buen rato.

–En la estación de Miranda de Ebro puedes sacar medio billete. Algo es algo –dijo Julio.

–¿Qué dice este chorvo? Esto me lo gasto en darle al pirriaque. Viajo en los topes de los trenes, burlando al hurón.

–¿Al capataz?

–Como si lo fuera. Los revisores tienen mala leche y muy buen olfato para los carrilanos que quieren viajar de estranji. Sin embargo, no te preocupes, lo que me has dado lo tomo como préstamo.

–No aspiro a que me lo devuelvas. Probablemente no nos volveremos a ver.

–Cuando encuentre trabajo y maneje guita, si un colega derrotado me pide cuartel se lo daré. Son las normas del carril.

Charlando no advirtieron que el tren reemprendía la marcha.

El carri escrutó sus caras en las que todavía se reflejaba la curiosidad. A continuación miró hacia el pasillo.

–Ahora el hurón hará su ronda para los que han subido en Logroño. Tengo que encerrarme en el tigre.

–¿Y si alguien necesita entrar a mear?

–Que se aguante.

–Tengo una idea –dijo Julio, observando que debajo de los asientos había un hueco–. Eres pequeño, ¿por qué no te acurrucas aquí y nosotros te ocultamos con las piernas?

–¿Estás loco? ¿Cómo me voy a meter en esa madriguera? El hurón me verá asomar las orejas.

De pronto se oyó la voz cantarína del revisor unos compartimentos más atrás. El tipo se alteró, incorporándose para iniciar la huida.

–Ya no hay tiempo. Te va a cazar sin remedio –dijo Samuel–. Vamos, métete debajo –añadió, agarrándolo de un brazo y casi obligándolo a agacharse.

–Si no me diquela, seguro que me quedo hecho un ovillo –farfulló antes de esconderse.

A los pocos minutos el empleado pasó con su gorra de plato. Sin detenerse dirigió una mirada fugaz a donde estaban. Siguió pasillo adelante con su cantinela:

–Billete, por favor.

–¿Hay moros en la costa? –preguntó quedamente el carrilano.

–Ya puedes salir, pinta –dijo Samuel, inclinándose para mirar aquellos ojos que brillaban como los de un gato–. Tú sí que pareces un hurón, ¡ja, ja!

–¿Qué pasa, tío, te va el choteo a mi costa? –le increpó al tiempo que salía del escondrijo. Sus delgados carrillos habían enrojecido por el esfuerzo. Se sentó junto al boxeador que se había pasado al asiento de enfrente, y le miró como ultrajado.

–No te enfades, no era esa mi intención.

–Debo parecer un chusco recién salido del horno –dijo, remangándose la camisa por el sofoco.

–Es que justo por ahí va el conducto de la calefacción –repuso Julio, observando la leyenda tatuada en su antebrazo: AMOR DE MADRE. Recordó que en la mina había visto tipos con la misma frase tatuada. Eso le hizo evocar a la suya y se entristeció.

De nuevo la dejaba sola. El sentimiento de culpa culebreó en su interior. En su mente bulló la idea de ser un mal hijo. Notó el malestar que esto le producía extenderse por su cuerpo de un

modo psicosomático. Pero como no quería que los otros advirtiesen su aflicción, le habló, fingiendo naturalidad al desconocido.

–Me llamo Julio y éste es Samuel. ¿Cuál es tu nombre?

–El Valladolid me llama todo el mundo. Soy de Quintanilla de Onésimo. Ya sabéis, el falangista ese de cuando la guerra.

–De acuerdo, ése es tu apodo. Pero ¿y tú nombre de pila? –intervino el boxeador.

–Ni nombre ni hostias. Valladolid y basta. No quieras saber tanto, colega –respondió malhumorado.

–Está bien, no tengas tan mal carácter, ¡joder con los de Valladolid, qué mala uva gastáis! –exclamó, simulando que estaba intimidado.

Este se encogió de hombros. Luego permanecieron en silencio unos minutos. A través de la ventanilla el sol se veía alto. En los taludes de los campos las flores silvestres resplandecían. Samuel miró el reloj y dijo:

–Son las dos de la tarde. No debe faltar mucho.

El Valladolid, que andaba registrando en el fondo de su bolsa, respondió:

–Tú por lo menos tienes peluco. El mío lo perdí jugando al burle en Escarrilla.

–¿Te gustan las cartas? –preguntó Julio, viendo como éste sacaba un frasco de ceregumil relleno de vino tinto.

–De vez en cuando. Si voy bien de pasta me la juego en las timbas. Por Escarrilla pasaron los hermanos Crespo. Dos burlangas que han desplumado a muchos.

–Ellos se llevaron tu peluco, entonces.

–Que va. Los tíos tienen un Rolex cada uno. Manejan dinero. ¿Queréis un trago?

–¿Sin nada en el estómago? Quita, quita –dijo Julio con un ademán de rechazo.

–He traído un bocadillo. Voy a hincarle el diente y después aceptaré el trago –dijo Samuel, irguiéndose para coger una bolsa de plástico anudada al asa de su maleta.

–En ese caso toquemos la flauta todos –dijo Julio desenfundando un bocata de jamón de york con el pan untado de margarina, especialidad de su madre.

–¿Tú no comes, Valladolid? –preguntó Samuel antes de hundir los dientes en el pan.

–Bah, yo le doy al quitapenas –dijo, arreándose un latigazo de ceregumil.

–Toma medio bocadillo –dijo, partiéndolo con las manos–. No me gusta viajar con beodos.

Julio le miró con aprobación e incluso sintió pesar por no adelantarse al gesto de compañerismo.

–Se agradece, chorvo –dijo echándole mano a la porción que le ofrecía–. Ea, pos lo dicho. La botella al servicio de la mara. Ir endiñándole, colegas.

Así, en un ambiente de armonía, apenas advirtieron que el tren había llegado a su destino. Julio miró por la ventanilla y dijo, alarmado.

–Hemos llegado a Miranda de Ebro.

Descendieron junto con otros viajeros y se dirigieron al *hall.* Había actividad y movimiento de gente con equipajes. En los andenes los trenes partían o llegaban en trajín continuo.

Miranda era una encrucijada donde se bifurcaban para todos los puntos de España. Los dos amigos fueron a la ventanilla donde en ese momento retiraba su billete una señora con pintas de maestra de escuela.

–Por favor, ¿a qué hora sale el tren para Zuazo de Cuartango? –preguntaron al empleado.

–No es un tren sino un tranvía que va a Bilbao –respondió displicente, sintiéndose ofendido por el error de éstos–. Dentro de quince minutos tiene la salida.

Mientras ellos pagaban los billetes, Valladolid se había quedado en el *hall,* balanceando su bolsa. Los jóvenes regresaron y fue Julio quien le preguntó:

–¿Has mirado en qué ventanilla se sacan los billetes de largo recorrido?

–No pienso ser víctima de taquilla. Averiguaré cuál es el tren que va a Asturias y me subiré en los topes. Ya os dije que yo viajo a tope.

–Nosotros nos vamos, adiós. Que tengas suerte.

Se estrecharon la mano y caminaron hacia los andenes. El carrilano, erguido en su escasa estatura, rascándose la barba, les miraba cariacontecido. De repente dio un respingo y dijo a gritos:

–Esperadme, colegas. Me voy con vosotros. La industria de Avilés puede tirar palante sin mí.

–Fenómeno, tío –dijo Samuel, volviéndose–. Pero saca el billete con los cien duros que aquí mi colega te ha aflojado. En un tranvía te va a resultar difícil escaquearte.

Valladolid dio unos pasos hacia la ventanilla, hurgándose en los bolsillos. Acercó su hosca cara al hueco y tras gruñir unas palabras ininteligibles al empleado se unió a los jóvenes, exhibiendo su billete.

Una vez en el tranvía se acomodaron y poco después emprendía la marcha. Fueron dejando atrás la ciudad y su periferia que crecía como una bola de nieve. La máquina con un único vagón cruzó el río por el viejo puente y enfiló por los campos de alfalfa.

Llevaban un rato de traqueteo y Julio y Valladolid se adormilaron, mientras Samuel, con el semblante sereno, casi melancólico, silbaba bajito el concierto de Aranjuez. Una melodía que en su rostro castigado en el *ring* contrastaba ostensiblemente.

## XVI

Media hora más tarde el tranvía entraba en el valle de Cuartango. Era un paraje hermoso, flanqueado a la derecha por una cordillera llamada Sierra Brava y a la izquierda se extendía el llano, parcheado de verdes sembrados. Cruzándolo de parte a parte discurría el río Bayas entre filas de corpulentos árboles. El caudal corría calmadamente en dirección al pueblo de Pobes donde se veía constreñido por un desfiladero que era la puerta al feraz valle. De pronto la máquina lanzó un pitido aminorando la marcha hasta detenerse en el apeadero de Zuazo. Sólo descendieron ellos tres. El tranvía se estremeció, emitiendo un resoplido. Lentamente prosiguió su marcha hacia Izarra, Orduña, y finalmente Bilbao. A unos metros de la diminuta estación se erguía un grupo de viviendas, algunas de ellas imitando las típicas casas vascas. Edificios de reciente construcción que parecían sacar pecho ante sus desvencijados modelos surcados de grietas, donde anidaban las sabandijas y brotaba el musgo. Caminaron por la estrecha carretera que les llevaba al núcleo del pueblo, partido en dos por el río y ahora por las obras de la autopista. Desde el tren habían visto enormes monstruos amarillos devorando montes y nivelando el terreno con la facilidad de un niño removiendo la arena en la playa. Las ventanas de las casas se hallaban cerradas y por el

camino no vieron a ningún habitante. Julio se imaginó a la gente enclaustrada tras las puertas, aterrorizados ante la presencia de los ruidosos gigantes metálicos de poderosas pinzas. No habían andado doscientos metros, cuando encontraron un bar junto a la carretera con una pérgola y dos bancos para sentarse bajo ella. En ese momento oyeron a Valladolid, balbucear.

–¿Qué murmuras? –preguntó Samuel.

–Nada. Estaba comunicándome conmigo mismo.

–Vamos, no te cortes. Di lo que te esté rondando por la cabeza.

–¡Coño, que me da no sé qué pasar por un sagrario y no entrar a comulgar!

–¡Joder, tío, venimos a buscar trabajo! Contente un poco.

El otro emitió un ronquido que significaba “zanjado el tema”. Más adelante, antes del puente de acceso al resto de Zuazo, avistaron una construcción de madera prefabricada de una sola planta. Se alzaba medio metro del suelo como un extraño palafito. Se trataba de las oficinas del Consorcio, levantadas en alto para preservarlas de las lluvias y nieves invernales. Al desviarse hacia allí por un campo en erial pisaron las roderas de las excavadoras. Donde no hollaban sus devastadoras ruedas, crecía una profusión de margaritas y amapolas que ponía un punto multicolor en aquella barbarie. Hacía una tarde de primavera temprana. El sol lucía, compartiendo el azul con algunas nubes viajeras. Una ligera brisa ondeaba las flores

silvestres esparciendo su perfume. En la puerta de las oficinas un enorme cartel recordaba el nombre de las tres empresas que habían unido su poderío para construir la autopista. Antes de subir, coincidencia o un signo simbólico, los tres peldaños que los separaban, Samuel miró a Valladolid, como si se hubiese percatado de pronto de su aspecto.

–Vaya pintas que tienes, tío. Te podías haber afeitado, por lo menos.

–Qué importa eso –dijo Julio, saliendo en su defensa–. Tengo el presentimiento de que esta gente está tan necesitada de mano de obra que no le hace ascos a nada. Además, aquí el amigo no tendrá ni maquinilla.

–Has acertado, chorvito. Pero me puedo afeitar con la tapa de una lata de sardinas. No sería la primera vez.

–Venga, no discutamos y vamos para adentro –dijo Julio, zafándose de la mochila.

En cuanto empujaron la puerta se quedaron paralizados, contemplando el hervidero de empleados. Por la disposición de los compartimentos y el tableteo de las máquinas de escribir semejaba la redacción de un periódico importante. En aquella actividad de colmena se veían a los ingenieros desplegando enormes planos en las mesas, los topógrafos poniendo a punto el teodolito, jefes de obras y aparejadores estudiando el trazado en croquis fijados a la pared, secretarias mecanografiando con énfasis, pero también con cara de circunstancias. Los tres obreros dejaron el equipaje a un lado y avanzaron unos pasos, intimidados. Julio se plantó ante una

joven, que al ver su desgarbada figura detuvo los dedos en las teclas.

–Hola, venimos porque nos hemos enterado...

–En aquella mesa, donde dice “personal”. Y siguió escupiendo metralla de letras.

Fueron a la mesa donde dos empleados organizaban fichas de contratados.

–Buenas, venimos buscando trabajo –se adelantó esta vez Samuel.

–De acuerdo –dijo uno de ellos, alzando la mirada–. ¿Son cualificados? Encofradores, albañiles, ferrallas...

–Yo soy ayudante de encofrador –dijo Julio.

–Yo he trabajado de peón, pero vamos que sé algo de albañilería –apuntó Samuel.

–¿Y usted? –preguntó a Valladolid.

–Peón especialista –dijo componiendo la figura con patética arrogancia.

–Vale, dos peones y un ayudante. A ver, darme el documento de identidad y la cartilla de la Seguridad Social.

Mientras uno les tomaba la afiliación, el otro les preguntó de modo inusual:

–¿Alguna enfermedad?

–No, ninguna –dijo Julio, sorprendido, mirando a sus compañeros–. Supongo que nos harán reconocimiento médico.

–No. El doctor está con ciática. Pero si ustedes me aseguran que están sanos, mañana mismo pueden enganchar a trabajar. De todos modos, si lo desean en el dispensario hay un enfermero...

–Mejor no –interrumpió Valladolid, agobiado–. Ésos por menos de nada te ponen una inyección –añadió, ensayando una mueca de dolor–. Uno está sano como una manzana. Mismamente vengo de trabajar en Escarrilla...

Cayó en la cuenta de que no debía largar más, no fueran a indagar y saliera su afición al morapio.

Veinte minutos después se hallaban cumplimentados los datos de los tres nuevos trabajadores. El oficinista les dijo, sin ni siquiera acompañarlos al exterior:

–Ahí enfrente tienen los alojamientos. Vayan y pregunten por Eusebio el barraconero.

–Oiga, joven –interrumpió Samuel, amablemente–. De la cobranza no nos ha dicho nada.

–Ah, perdone, se me había pasado. Se cobra cada mes. No hay anticipos a mediados. El sueldo es lo que estipula el convenio, más las primas, cuya cuantía dependerá del trabajo donde los destinen.

–¿Y a cuáles trabajos nos van a destinar a nosotros?

–Eso es asunto única y exclusivamente de los jefes de cada tajo.

–Ah, bueno.

Cogieron el equipaje y salieron fuera. Samuel, con la maleta en la mano, rezongó controlando el volumen de su voz:

–Nos podía haber acompañado el chupatintas ese. ¿Os habéis fijado la cara de asco que ha puesto al mencionar los “alojamientos”?

–No le des más importancia que la que tiene –repuso Julio, colgándose la mochila–. Vamos allá, compañeros.

A partir de allí el suelo era de gravilla apisonada. Se acercaron a los barracones de techos de uralita y tabiques de madera pretensada, forrada con planchas de hojalata. Era un verdadero poblado con seis hileras de viviendas que formaban calles paralelas.

Debido a la provisionalidad del asentamiento los campos colindantes se hallaban abandonados. La maleza crecía amenazante, como si deseara invadirlo. En el lateral de la izquierda, según se aproximaban, habían levantado una enorme nave, también de material pretensado. Intuitivamente fueron en esa dirección, pasando a la vera de un majestuoso y solitario pino, que habían salvado de la degollina. Tal vez alguno del Consorcio quiso dejarlo como alegoría de un cruceiro de los que suelen verse en los caminos o simplemente

como bandera de cuartel. Observaron que alguien había clavado en el tronco un madero en el que rezaban unas letras con pintura roja: “Bienvenidos a Cansas City”.

–Vaya un chungueta –dijo Valladolid–. Menos mal que no hay un ahorcado en la rama del pino.

–Un gracioso falto de instrucción –dijo Julio con una sonrisa–. Ha escrito Cansas. Se ve que la k de kimono no le gusta.

–El nombre parece una profecía –dijo Samuel en un alarde de agudeza–. ¡Cansas! Eso es lo que nos espera, cansarnos de doblar el lomo.

–Mira qué majo. Desde luego eres un capacico de virtudes. No conocía tu ingenio –dijo Julio, posando la mano sobre su hombro.

En dos zancadas alcanzaron el edificio por cuya puerta salían en ese momento tres hombres. Uno de ellos llevaba el brazo en cabestrillo y los otros dos la pierna enyesada y apoyándose en una muleta. Observando a los recién llegados con expresión hostil se sentaron en el banco de madera adosado. Samuel les devolvió la mirada adusta, examinando sus rostros sin afeitar, las largas patillas y el gesto esquinado.

–Buenas tardes –dijo con voz cavernosa–. ¿Podrían decirme dónde podemos encontrar al barraconero?

El del cabestrillo sacó el brazo del mugriento pañuelo, se miró los dedos negruzcos asomando por el yeso, que había perdido su color natural.

–Y a nosotros qué nos cuentas. Por ahí andará ese viejo borracho.

–Seguro que está en la cantina empinando el codo –dijo uno de los enyesados con la pierna estirada.

Julio dirigió la vista al rótulo del dintel: “Cantina–comedor”.

–¿Pero esto de aquí es la cantina?

–Pues claro, espabilao. ¿No te digo el menda? Ahora quiere descubrir la pólvora.

Los tres soltaron una carcajada que fue un aullido de coyotes hambrientos.

–Muy amables, colegas –dijo Samuel, torciendo el labio, despectivamente.

Empujaron la puerta y entraron en el pabellón. No se veía a nadie, pero se quedaron sorprendidos ante la instalación del comedor. Una sucesión de mesas y bancos corridos de tablones con capacidad para trescientos comensales. Numerosas ventanas permitían la entrada de raudales de luz. El mostrador de la cantina se hallaba a la izquierda, y entre éste y la primera fila de mesas había una gramola en silencio, pero con las luces encendidas brillando dentro como piedras preciosas.

Julio, inspeccionando la tosquedad de la sala, no pudo evitar comentar la actitud de semejantes cancerberos.

–Vaya tipos. No se puede decir que nos hayan recibido con calor humano, precisamente.

–Tío, son carris chungos –atajó Valladolid–. Están mal guisados. No cruces palabra con ellos.

–Por lo que veo la autopista se cobra lo suyo en accidentes –dijo Julio, mirando reflexivamente hacia la puerta.

–No veas tú lo que no es –interpeló Valladolid–. Estos han tenido una trifulca. Me apuesto el cuello.

–Cuando veníamos en el tren me he fijado que se están construyendo puentes en el desfiladero –persistió el ácrata en su teoría–. Habrán dado un mal paso.

–Sí, hombre, te caes de quince metros y te rompes una pierna. ¡Qué inocente eres a veces, Julio!

–De todos modos son accidentados. Habría que ver qué cobran al final de mes y si los cuidados médicos son los adecuados. Me viene el tufillo a injusticia descarada.

–¡Oye! ¿No te irás a poner reivindicativo nada más llegar? –preguntó severo el boxeador–. ¿Es que no escarmientas?

–Vale, no te enojes. Sólo pensaba en voz alta. Te prometí no meterme en líos y lo cumpliré.

Repararon en los estantes repletos de botellas de licor. Sin embargo, no había nadie, ni siquiera el ectoplasma del barraconero andaba por allí. A espaldas del mostrador un

tabique dividía la cocina del resto de la nave. Donde empezaba éste se hallaba una puerta que en ese instante se abrió. Tras ella apareció un hombrecillo y con él se coló un fuerte olor a col hervida. Tendría sesenta años, encorvado, pelo canoso y ojillos escrutadores en un rostro lleno de arrugas: era Eusebio, el barraconero.

–Hola, ¿os mandan de la oficina?

Su tono era afable, aunque los jóvenes encontraron algo extraño en su mirada.

–Sí. ¿Es usted el encargado de los barracones? –preguntó Julio.

–Yo mismo. Venir conmigo que os asigno el alojamiento.

Los cuatro hombres salieron del pabellón. Los tipos de la puerta hicieron un comentario estúpido: "¿Sabrán estos julandrones dónde se meten?". Caminaron tras Eusebio hasta la tercera fila de barracones. Entraron en el primer módulo, cruzaron un hueco sin puerta, que era como la antesala de los dos alojamientos, situados uno enfrente del otro y resguardados por una tosca hoja de tablones, cuyos goznes necesitaban unas gotas de aceite.

Entre los dos habitáculos había una puerta que daba a un retrete diminuto, con taza turca y sin lavabo. Penetraron en el cuchitril–dormitorio de doce metros cuadrados, equipado con cuatro literas, que dejaba un espacio angosto entre unas y otras.

Había dos ventanas, una, orientada al sol naciente y la otra en el extremo opuesto, abierta al poniente.

Allí se hacinaban ocho hombres con sus respectivas pertenencias. Como no había taquillas, sencillamente porque las barracas estaban diseñadas para contener sólo las camas, los inquilinos habían clavado alcayatas en las paredes de madera y de ellas colgaban sus enseres.

–Aquí hay una litera vacía –dijo Eusebio–. Os podéis quedar dos, el otro que se venga conmigo.

–Ese otro soy yo –dijo Valladolid, mirando a los dos jóvenes.

–El equipaje tendréis que meterlo debajo de la cama. Ah, las cosas de valor, si tenéis, en los bolsillos. Más vale un “por si acaso” que un “quién lo hubiera sabido”.

A pesar de su desconcertante mirada ellos le agradecieron el consejo.

–Vámonos tú y yo al último barracón. Hay una vacante –dijo, bajo el umbral.

–Un momento –espetó Julio, reclamando su atención–. Las literas no tienen sábanas ni manta. Sólo el colchón pelado.

–¿No os lo han dicho en la oficina?

–No. Sólo que preguntemos por usted.

–La ropa de cama se la tenéis que pedir a Dolores, la mujer del cantinero.

–Es que no nos han explicado ni normas, ni instrucciones, ni nada. A estilo compadre –dijo Samuel.

–No sé quién os ha atendido, pero algunos de esos chupatintas están ahuevados. Vamos a ver, a las siete de la mañana todo el mundo arriba. Os vais a la cantina y os darán el bocadillo. A continuación esperáis con todos en la explanada, donde el pino, a que vengan la flotilla de Land Rover que distribuyen a la gente por los tajos. Os traerán al mediodía a comer y en una hora de nuevo a los autos y al tajo. Al caer la tarde os vuelven a traer y a las ocho y media se cena. Duchas no hay. Para lavar la ropa al río. Os prevengo que no os aventuréis aguas abajo en dirección Apricano. El terreno junto al río, además de ser una jungla de zarzas, está anegado por las filtraciones. Ya digo, aguas arriba está muy bien para darse un baño en verano. Si sois capaces de resistir hasta ese tiempo –agregó con un brillo sarcástico en la mirada.

–Entre el habla de los carrilanos y el cuadro que nos pinta usted, cualquiera diría que hemos llegado a una de esas tribus perdidas del Amazonas –dijo Julio, riéndose.

–Sí, la tribu de los chorizos. Ya os lo he dicho, el dinero en el bolsillo. Ah, la cama de abajo de esa litera está reservada a uno que trabaja en la planta de hormigonado. Casi nunca viene a dormir. Prefiere quedarse en la caseta del trabajo, pero conviene no ocupársela, por si le da por venir.

–Al que pille hurgando en mis cosas le parto el alma –masculló Samuel, crispando el puño.

Pero el hombrecillo ya no le oía porque salió apresuradamente, con Valladolid siguiéndole los pasos.

Los dos amigos resolvieron ir a por las mantas en ese momento.

–¿Dejamos la maleta aquí? Dentro no tengo nada más que ropa y los arreos de afeitar. No creo que esos de ahí fuera vengan a meter las narices.

–No te pongas tú ahora paranoico con lo que ha dicho el barraconero.

–Está bien, vamos.

Regresaron a la cantina. En la puerta ya no estaban los tipos heridos en el campo de batalla. El interior seguía estando solitario, aparentemente, porque tras la entornada puerta de la cocina se oía rumor de voces.

–¿Hay alguien? –pronunció Samuel sin elevar demasiado la voz como si temiera perturbar la quietud del santuario.

Al no obtener respuesta asomó discretamente la cabeza por el hueco de la puerta. Sus ojos descubrieron una amplia cocina cuartelera en cuyos fogones había grandes marmitas descansando de su ardorosa actividad. Una construcción anexa, con dos puertas, en una se leía “almacén” y en la otra “privado” hizo presumir al joven de que era la vivienda de los

encargados de aquel tinglado. Eusebio les había insinuado algo. Efectivamente, los que regentaban aquello eran Dolores y su amante, Luis. La mujer, viuda desde muy joven, había tenido fonda en Murcia, pero fracasó y a finales de los años sesenta se fue a Cataluña a llevar los comedores de los trabajadores en la construcción de un embalse. Probablemente era la primera mujer carrilana de esa época. Allí conoció a Luis, un tipo corpulento, con la cabeza grande como un pozal y ojos grandes y traslúcidos como los de un ternero. Los obreros le llamaban Luisón y por lo que se contaba de él se había echado al carril por no matar a la mujer. Trabajaba Luisón en una carpintería. Un día le saltó una esquirla a un ojo. Lo trasladaron rápidamente a la Mutua y tras sacársela sin más secuelas, le dijeron que ese día reposara en su casa. Regresó antes de lo normal, y como era bromista por naturaleza, decidió entrar con la gasa en el ojo para darle un susto a la parienta. Se introdujo sigilosamente, extrañado de que no estuviera haciendo sus labores. Pensó acongojado que estaría en cama, indispuesta. Fue directamente al dormitorio y la escena que encontró casi le fulmina. Su mujer estaba revolcándose con un primo de él. Su primer pensamiento fue atrapar a ambos con sus enormes manos y matarlos a golpes. Pero el primo, pequeño y ágil como una ardilla, agarró su pantalón y lo arrojó por la ventana, que estaba abierta por ser verano. Detrás fue él, que ni siquiera se dislocó un pie pues vivían en un primer piso.

Desnudo delante de los viandantes, que le miraban pasmados se embutió el pantalón, y sin camisa y descalzo, huyó como una exhalación. Entretanto, el marido burlado, delante del lecho la miraba lleno de furia incontenible. Ella, acurrucada, con el rostro aterrorizado de la que se espera lo

peor, trataba de explicarse estérilmente. Pero él no escuchaba nada, sólo a su corazón sediento de venganza. Permaneció en pie unos segundos, cavilando si retorcerle el cuello o asfixiarla con el almohadón. Pero por suerte para ella no hizo ni una cosa ni otra. Inesperadamente, sin despegar los labios se dio la vuelta y abandonó la casa con la fírme determinación de hacerlo para siempre. De este lamentable hecho ya habían pasado ocho años. Durante ese tiempo no había vuelto a su casa y ni siquiera pensaba hacerlo. Cuando, algunos de aquellos tipos que conocían la historia, le preguntaban por qué no despachó a su mujer, él repetía invariablemente lo mismo: “Por miedo a las cárceles de Franco”.

Por aquellos entonces, Dolores era más joven y aunque de menguada estatura, mantenía buena figura y cierto atractivo. Los carrilanos la apodaron la Fandanga, por su afición a los cantes de las minas de la Unión. Entonaba bien y a veces en privado se arrancaba con bastante garbo.

Sin embargo, ahora la mujer rozaba los cuarenta años, lucía generosas carnes y el pelo, en el que empezaron a destellar las canas, lo tiñó de un rubio espartoso. La expresión de su cara, sumamente autoritaria, le había acompañado lealmente todos esos años y no parecía que le fuese a abandonar nunca. Al menos mientras estuviese bregando con aquella caterva de patibularios. Pues bien, a causa de esto, Dolores propuso a Luisón ser socios, en su idea de tener en él un amante y un protector. Sin duda a él se le apareció la virgen, aunque la murciana había dejado de serlo ya hacía unas décadas.

Los dos jóvenes se apartaron de la puerta al oír un rumor de

pasos acercarse del interior de la cocina. En el umbral se enmarcó la fornida silueta de Luisón. Les miró desdeñoso y preguntó, ociosamente:

–¿Qué queréis?

–Nos manda Eusebio para que nos dé la ropa de cama. Mañana empezamos a trabajar –dijo Julio, alzando la frente hacia aquellos ojos, eternamente desorbitados, que según los maldicientes los tenía más abiertos desde que sorprendió a su mujer con su primo carnal.

El tipo giró la enorme cabeza hacia la puerta y gritó con voz ronca:

–Dolores, han venido dos trabajadores más.

Dentro se oyó una voz afirmativa, ordenando que pasaran.

–Entrad, pero antes decirme vuestros nombres –dijo él, echando mano de una libreta.

Los dos los pronunciaron con tanto énfasis que retumbó en el desierto pabellón. Acto seguido pasaron con cierto recelo al reino de los fogones. Dirigieron la mirada hacia la rolliza mujer que les aguardaba con desabrida expresión.

–Acercaos, que no os voy a comer, aunque en sus ojos hubo un breve relampagueo al divisar bien a los jóvenes.

–Buenas tardes –dijo Julio.

–Dejaos de pamplina y rápido que tengo prisa –respondió con voz áspera, al tiempo que abría la puerta del almacén.

Los muchachos se aproximaron, percibiendo su perfume, que denotaba no tener mal gusto en su elección. Ella señaló a una estantería metálica y dijo, apremiante:

–Coged la almohada, un juego de sábanas y un par de mantas cada uno. Ahora cara al verano no necesitáis más.

Obedecieron a la gobernanta lo más aceleradamente posible. Al cruzar la cocina para marcharse se fijaron en alguien que no habían visto al entrar. Una joven con delantal afanándose en fregar una montaña de platos. Se miraron, perplejos. La chica, sin duda, había salido de la puerta de acceso a los aposentos de Dolores, mientras estaban dentro del almacén. No le calcularon más de veinte años, muy morena, delgada y cabellera espesa que caracoleaba sobre unos ojos grandes y oscuros. Ella se giró levemente para mirarlos, pero enseguida se enfrascó en su trabajo. Julio posó su mirada llena de curiosidad en su perfil serio, absorta en hundir con cuidado la vajilla en la fregadera, como si estuviese bañando a una criatura. Regresaron al barracón y al disponerse a hacer la cama, Samuel hizo una apreciación:

–A ver, ¿cuál eliges, la de arriba o la de abajo?

–Si no te importa la de abajo.

–Lo sabía. Cuidado que eres egoísta. Siempre te pides la de abajo.

–Me has dado a elegir. Pero vamos, que no tengo inconveniente en ponerme encima.

–Lo he hecho por cortesía. A ti siempre te gusta estar debajo. Aunque luego cuando me muevo dices que perturbo tu sueño.

–¿Qué yo digo eso? Anda ya. Lo que pasa es que tú eres más ágil y te subes de un brinco.

–¡Qué cara! En fin, ya me la quedo yo –concluyó Samuel, extendiendo la funda del colchón–. Ayúdame por lo menos a hacerla –añadió, simulando estar enfadado.

–Oye, Samuel, si quieres lo echamos a suertes.

–Déjate. Que yo para estas cosas siempre tengo la negra.

Estiraron las sábanas, naturalmente sin el cuidadoso primor de las mujeres. Las remetieron bajo el colchón y después las cubrieron con las mantas.

–Hombre, yo lo hacía por estar más cerca del suelo. Si me fumo un cigarrillo mejor es tener el cenicero al lado.

–Sabes qué te digo, que deberías dejar ese asqueroso vicio. No vivirás mucho si sigues con el pitillo.

–¡Cállate, pajarraco! ¡No me mientes ruinas!

Se produjo un cese momentáneo en las inofensivas hostilidades. Samuel, de pie, con la maleta sobre la litera, hacía un meticuloso inventario de sus objetos. Julio estaba sentado

en el borde de la cama, con la mochila abierta mirando su interior, sin tomar ninguna determinación. Todavía seguía con la imagen de la joven de la cocina en su cabeza.

–Oye, Samuel, ¿tú crees que es hija de ellos?

–¿La morena? No lo creo. ¿No te has dado cuenta? Es de otra raza. Estoy seguro que gitana. Desde luego tiene buen cuerpo y bastante "pechonalidad" –añadió emitiendo una risita de conejo.

–¿Qué trajinas tanto en la maleta? –preguntó, intrigado.

–Organizo mis cosas. Yo no soy como otros que las tienen a granel. Por cierto, tengo que preguntar cuándo viene a este culo del mundo el cartero. Esta noche antes de dormir le escribiré a la andorrana.

–Te ha dado fuerte, ¿eh? ¿Pero ella te corresponde al menos? –dijo, encendiendo un cigarrillo.

–Chico, se bebe los vientos por mí. Estoy muy enamorado de ella, aunque no te lo creas –dijo, cerrando la maleta y deslizándola debajo de la cama de Julio.

De un formidable salto se subió a su litera. Tumbado boca arriba se dejó mecer por la ensoñación. Sus ojos entornados contemplaban los roscos de humo que lanzaba al aire el anarquista. Como si las volátiles formas estimulasen su imaginación de romántico enamorado, dijo:

–Estoy deseando escribirle y recibir su primera carta.

El otro no respondió. Tenía los ojos clavados en los flejes del somier del boxeador.

Estos parecían cumplir la misión de metal galvanizado que hacía que sus pensamientos entrasen en ebullición con sólo mirarlos. Reinó un largo silencio, pero fue Samuel al cabo quien lo rompió para preguntarle con curiosidad.

–¿En qué piensas, Julio? Espera, no me contestes y déjame que te lo adivine. Estabas retozando con la chica de la cocina.

–Precisamente estaba pensando en ella pero no como tú te imaginas. Tengo la impresión de que sus propios padres la están explotando, haciéndola trabajar como a una Cenicienta.

–Y tú quieres que encuentre al príncipe que en este caso eres tú. Por lo que se ve aspiras a convertirla a tu secta como a mí.

–Contigo no he perdido la esperanza –dijo con una risa muda que el otro evidentemente no pudo ver.

–Un preparador de boxeadores nos decía a un chaval de Maluenda y a mí: “Ya sé que por mucho que me esfuerce no puedo convertir un burro en un caballo de carreras. Pero a lo mejor puedo hacer de él un burro velocista”.

–Caramba, me sorprendes con tus historias. Debo reconocer que el preparador tenía sentido del humor para dedicarse a preparar “gallos de pelea”. ¿No son eso en realidad los combates que tanto te apasionan?

–No me busques la boca y déjame que te pida algo, por

cambiar de tema. ¿Tú podrías ayudarme a elegir palabras bonitas, cuando le escriba a Lucía?

–¿Me has tomado por un gramático? Yo conozco las que conozco.

–Los pastores se conocen todas las ovejas y a lo mejor llevan un rebaño de dos mil cabezas.

–Está bien, te ayudaré –aceptó de mala gana–. Aunque no me gustaría meterme en tu intimidad.

Samuel iba a decir algo pero de repente un estruendo de música inundó el barracón.

–Es la gramola. Me extraña que venga la gente tan pronto de los tajos.

–Deben ser esos accidentados que hemos visto. Matan el tiempo escuchando canciones. ¡Y qué música! –exclamó el boxeador.

“La Ramona es la más gorda de las mozas de mi pueblo, Ramona, te quieroooo...”.

–Como hayan elegido esa canción como favorita estamos perdidos, Samuel –dijo apagando la colilla en el piso de cemento–. La tendremos hasta en la sopa.

–¡Qué ignorantes! ¡Qué saben éstos lo que es buena música! –entonó con arrogancia el boxeador.

–Otra vez me sorprendes. Ignoraba que fueses refinado en ese arte. ¿Qué pasa, te inclinas por Mozart?

–Tampoco hace falta que te guasees. Me gusta mucho el concierto de Aranjuez.

–Anda éste, y a mí. Me parece admirable la composición del maestro Rodrigo.

–¿Te cuento cómo me enganché a esa melodía?

–Sí, cuéntamelo. Eres un baúl lleno de inacabables sorpresas.

–Fue después de un combate en el que perdí por KO, y ya disculparás que vuelva al tema. Mi contrincante me zumbó de lo lindo. Me fui a mi casa con la moral por los suelos y con más vendajes que una momia. En mi habitación puse la radio para oír qué decían sobre el combate y me topé con el concierto. Sentí como un *flash,* no sé, como un pellizco agradable en el estómago. Por momentos parecía que algo me elevaba por los aires. Luego noté un gran alivio mental. Tú ya me entiendes. Quiero decir que ya no sentía esa presión en la cabeza. Te puedo decir que me quedé alelado escuchándolo hasta el final e incluso cuando acabó, estuvo gran parte de la noche resonando en mi cabeza. Al día siguiente me levanté como nuevo. Salí de casa. Tarareando la musiquilla me fui hasta Linacero y me compré el disco.

–Te voy a confesar una cosa, Samuel, yo me pongo bastante melancólico cuando lo escucho.

–Y claro, te acuerdas de la novia que te abandonó por el guardia civil.

–No te pongas borde, ¿quieres?

–Perdona, no pretendía hacer leña de árbol caído. Pero has dicho una palabra fetén, tío. Cuando le escriba esta noche le diré que me siento melancólico pensando en ella.

La canción de Esteso había terminado. Sin embargo, sus berridos flotaban nocivamente en el ambiente como si alguien hubiera aporreado un bidón vacío.

De nuevo se impuso el silencio. Cada uno se refugió en sus quimeras. Julio se hallaba relajado, aunque pensativo. A veces creía percibir el latido del corazón de su compañero. De improviso, un movimiento brusco del somier derribó su torre de sueños. Samuel se había incorporado y, apoyando la espalda en la pared, le llamó:

–Oye, Julio. ¿Estás despierto?

–Claro que estoy despierto. ¿Qué quieres?

–¿Tú crees que se pueda dibujar la música?

–Supongo que sí. Algún pintor de esos que llaman vanguardistas lo habrá hecho. Vamos, digo yo.

–Bien mirado yo no necesito que me la pinten. En mi mente conservo la imagen de Diango cantando el concierto, mientras se paseaba por los jardines de Aranjuez. Lo vi en el NODO, nada

más cumplir yo los dieciséis años, al poco de empezar a ir al gimnasio. Ése fue mi primer encuentro con el concierto, pero no me hizo más mella que la de imaginarme que yo también paseaba por allí, con una chica guapa de la mano. Después ya ni me acordaba de esa música hasta...

–Me tienes desconcertado. Jamás me hubiera imaginado esa vena romántica en ti.

–Porque siempre me has visto como a un bruto que quiere triunfar en la vida sacudiendo mamporros.

–Hombre, dicho así...

–Sí, no lo niegues. Tú eres como una chavala con la que salí. Me dijo que cómo a un tipo tan bestia como yo podía gustarle semejante música. Por supuesto la mandé a paseo.

–Hiciste bien. Posiblemente ésa era la punta del iceberg de que erais incompatibles. Ya se sabe, una retirada a tiempo es una victoria.

–Basta de charla –dijo Samuel, asomando la cabeza hacia abajo–. ¿Te apetece una cerveza?

–Vamos, para luego es tarde –respondió, alzándose de la cama.

Anduvieron los cuarenta metros que les separaban de la cantina en medio de la soledad del poblado. En el interior del edificio sonaba Peret. Antes de entrar, Julio dirigió la mirada a las crestas de Sierra Brava. Quedaba una hora escasa para el

crepúsculo. Supuso que el Consorcio obligaba a los trabajadores a aprovechar las últimas luces del día. Empujaron la puerta y con ellos penetró fugazmente un rectángulo de luz anaranjada. Acodados en el mostrador estaban los convalecientes bebiendo vino. El que llevaba el brazo enyesado golpeaba con éste la madera, apremiando a Luisón para que le sirviera otro vaso.

–¡Más vivo, ponme mollate, que tengo la garganta seca!

–No tengas tanta prisa, Albacete, que tienes muchas horas por delante para coger la tajada –replicó el cantinero, llenando su vaso con displicencia.

Al pasar por la puerta de la cocina, que se hallaba abierta, Julio desvió la vista hacia allí. Deseaba ver a la misteriosa joven del delantal blanco. Tenía curiosidad por ver si su expresión era ahora más dulce y amable. “En un ambiente como éste poco aliciente tiene para mostrarse amable”, pensó. La voz de uno de los carris se dirigió a Samuel, asombrosamente amigable:

–Luisón, sírveles a estos colegas lo que deseen.

El aludido inclinó su corpachón sobre la barra, clavó en él sus ojos bovinos y le espetó:

–¿Y quién va a pagar, tú? Estás lleno de trampas. Desde hoy si no pagas lo que debes se te acabó el crédito.

–Nunca te he dejado de pagar. En cuanto cobre la mensualidad te aflojo la guita, tío –respondió, dolido.

Luisón se encogió de hombros y se afanó en secar vasos. Samuel dio un paso hacia el carri y dijo, agradeciéndole su buena disposición:

–Gracias, colega, por la invitación. Pero creo que sería mejor otro día. ¿No te parece?

Buscó su aprobación, exhibiendo su rostro inquietante del cual no desaparecía la sonrisa. El otro también era de buena estatura, espalda ancha y mirada de acero. Apuró el vaso y respondió, indiferente:

–Como quieras, tronco.

–Dos cervezas –dijo Samuel dándole la espalda al tipo.

Enseguida las sirvió y se fue a continuación a la cocina con el paño sobre el hombro. Aprovechando su ausencia, el sujeto de antes se le arrimó, cojeando.

–Lo que tiene de grande lo tiene de tacaño –dijo bajando la voz, pues ahora no sonaba ninguna canción que pudiese amortiguarla.

–Estará harto del código carri. La gente abusa –dijo Julio, a sabiendas de que eso no le iba a gustar.

El tipo escrutó la piel pálida de su rostro y sus cabellos rubios. Parecía estar contemplando una especie rara de animal haciéndole la burla.

–Ése no es carri ni Cristo que lo fundó. Para él no hay

códigos, como dices tú. No se gasta un céntimo con nadie. Era un julandrón, un derrotado, pero conoció a la Fandanga y le entró por el ojo derecho. Desde entonces se cree el dueño del mundo. ¿Y qué es? Un roñas que estruja la peseta hasta hacer chillar la cara de Franco –añadió sin despegar la mirada de Julio, el cual empezaba a sentirse incómodo.

El tipo llevaba la camisa abierta. Entre la pelambre del pecho se distinguía el tatuaje de una mujer desnuda. Sobre ésta descansaba una cadena de oro con el Cristo de la Legión, balanceándose, según los movimientos del carri. De repente se oyó el rumor de la puerta de la cocina. Fue el sujeto del brazo lesionado el que dio el "agua".

–Aparca la sinhueso, Legía, que viene el Baranda.

Para disimular agarraron los vasos y se apartaron a la gramola. De los tres, el que había estado callado pescó una moneda en su bolsillo y la introdujo. Marcó la Ramona y esperó a que se oyese la voz de Esteso. Entretanto, el cantinero apoyó los brazos en la barra. Les dijo a los dos jóvenes en tono de advertencia:

–De esos guripas no fiaros. Dan sablazos. Cuanto menos os relacionéis con ellos, mejor para vuestra economía.

–Gracias, lo tendremos en cuenta –dijo Julio irónicamente, recordando lo que los otros le habían dicho de él.

Luego quiso saber de dónde venían.

–¿De Zaragoza? ¡Hombre, mañicos! Ya os había notado el

deje. ¿Qué pasa, pues? –imitó con zafiedad, soltando una estruendosa carcajada.

A continuación dijo que él había estado en Zaragoza hacía ya unos años. Cuando estos le preguntaron qué conocía de la ciudad del Ebro, él dijo que la Basílica del Pilar y el Madrazo.

–Buenas hembras, ¿eh? –dijo, intentando buscar su complicidad–. Poco después de conocerlo lo cerraron por orden del Obispo. Dicen que una puta le arrancó la polla de un mordisco a un cliente que no quería pagarle.

–Sí, algo así se comentó –dijo Julio, ocultando la repulsión que le causaba semejante individuo.

Samuel, sin embargo, se sentía lleno de ira, y no era por las confidencias del cantinero, sino por los gañidos que salían de la gramola: “La Ramona se ha ¡fugado con el hijo del carterooooo.... Ramona, te quieroooo”.

Estaba luchando consigo mismo para no abalanzarse al enchufe del aparato.

De pronto algo llamó su atención. Un hombre con ropa de cocinero se acercó al mostrador por la parte de dentro. El personaje que entraba en escena tendría unos cincuenta años, era delgado, figura que se apartaba del estereotipo de los cocineros, tenía el rostro cetrino y los ojos hundidos, casi sin vida. Cuando se dirigió a Luisón los ojos de besugo de éste se impusieron a los suyos, que eran chiquitines, como dos puñaladas en un cartón.

–¿Empiezo ya con la cena, patrón? –preguntó con un dulce tono portugués.

–Sí, Joao, empieza ya. Ortiz y Cayetano no tardarán. Les envié con el Land Rover a Vitoria a comprar carne.

El cocinero se retiró, discretamente.

–¿Qué se debe? –preguntó Julio con intención de salir fuera a recorrer los alrededores.

–Nada. La primera vez paga la casa. Os prevengo que la cena se empieza a servir un poco antes de las nueve. Si vais al bar de esas dos viejas hurañas y os retrasáis os la perderéis. El cocinero tiene orden de servir hasta las nueve y media. El que venga después tendrá que acudir a los cubos a disputarse las sobras con los perros.

–Claro que estaremos a su hora –dijo Samuel–. Por cierto, Julio, ¿por qué te quieres ir si son las ocho? –añadió, consultando su reloj.

–Joder, lo hago por ti. Te he visto que se te estaba poniendo mal color con esa dichosa canción.

–Es cierto, pero ya ha terminado. Como la vuelvan a poner habrá más que palabras. ¿No pretenderás cansarte ya andurreando por ahí? Espera a mañana. Jefe, ponga otra ronda, esta la pago yo.

–Ahora mismo.

–Te confieso una cosa, Julio. Siento curiosidad por ver a la chica de la cara seria.

–También yo. Espero que salga a satisfacernos. Por cierto, ¿dónde andará el Valladolid?

–Ni idea. Se lo ha tragado la tierra.

De repente una cortina gris cubrió las ventanas, ensombreciendo el local. Fuera, el ocaso estaba transformando el paisaje en algo sombrío y silencioso. Luisón encendió la luz eléctrica. Los dos jóvenes cogieron sus botellines y se sentaron en la primera fila de mesas. Samuel dio un trago, estudiando disimuladamente al Legía. Miró a continuación con el gesto grave a Julio y dijo:

–¿Viste cómo te miraba el tipo ese del crucifijo?

–Sí, tal vez le llame la atención mi pelo. No debe ser habitual ver a un carri rubio por estos lares –respondió con una sonrisa.

–¿Sólo tu pelo? ¿Y tus ojos azules? ¿Y tu piel blanquita? Vamos, Julio, eres más inocente de lo que yo pensaba. ¡Ese tío es un bujarra! –exclamó, ahogando la voz–. Ya me estaba sintiendo mal. De seguir babeando agarro del pescuezo a ese degenerado.

Le iba a responder que por qué la tenía tomada con personas que no tenían su misma orientación sexual, cuando de repente la puerta se abrió, penetrando una bullanguera tromba de obreros, cubiertos de polvo y sudor. Era como una avalancha de reses que escapan de los corrales por un pasillo de puertas y

compuertas, donde al final son encajonadas y alguien les pone el hierro al rojo vivo. Muchos venían con los cascos puestos, que se quitaban y dejaban sobre las mesas con un sonido hueco de coco. Todos se lanzaban ávidos al mostrador a calmar los sedientos gaznates. Luisón, con el gesto hosco, iba abriendo botellas, mientras Dolores, que había salido apresuradamente a echarle una mano, cobraba las bebidas. En cada operación tenía que reprimir una mueca de repulsión hacia el hedor que emanaba de aquellos hombres.

Julio, observándolos en silencio, rumió unas cuantas ideas, brotadas de sus lecturas anarquistas. Como quiera, que tras el primer aluvión fueron entrando grupos de diez o doce, obviamente formando piña entre ellos, frente a otros grupos más reducidos que se apartaban mirándolos recelosos, concluyó que reunificar a aquellas tribus irreconciliables sería su principal objetivo. Lo demás, lógicamente no se daría por añadidura, sino a fuerza de bravura. En lo profundo de aquellos hombres, pese a su rudeza exterior, habitaba un revolucionario dormido, esperando que alguien le despertase, exhortándole: “Levántate y lucha contra el tirano”. La historia de los trabajadores estaba llena de apasionantes páginas de rebeliones. Él veneraba a los principales anarquistas. El primero, Kropotkin y su libro “El apoyo mutuo”, que surgió ante él como una aparición bíblica. En él se hablaba de la lucha por la existencia entre las distintas especies del mundo animal. Se enfrentaban entre sí, era cierto, pero también en según qué grupos se daba la solidaridad y afinidad frente al enemigo común, materializado en cualquier depredador. Julio, en su lenta ceremonia de fumador voluptuoso, trataba de resolver la ecuación de la cual saldría el equivalente humano que diera

consistencia a sus teorías, inspiradas en el comportamiento de los animales. Absorto en sus cavilaciones no advirtió que Samuel le pasaba la mano por los ojos como a un catatónico.

–Te noto raro. Seguro que tienes la olla hirviendo de ideas revolucionarias. Los tíos como tú en cuanto ven un mogollón de gente tienen que sujetar al predicador que lleváis dentro. Te recuerdo que me prometiste no soliviantarlos.

–No seas plasta. Les observo y me doy cuenta de que es gente muy bruta.

–¿Bruta? –le interrumpió–. Si parecen escapados del patíbulo.

–Entonces lo mejor es no contrariarles para no tener pendencia con ellos –dijo sarcástico–. Hay que tener tacto, ya sabes, la palmadita en la nalga y a continuación clavarle la aguja. Sentirán el líquido, pero una vez dentro éste hará su efecto.

–Te explicas que parece que te vas del coco. A propósito, lo de la pendencia no lo dirás por mí. Según tú, yo voy por ahí comprometiendo al personal.

–No te enfades. No me refería a ti.

–Venga, no disimules. Te las cojo al vuelo.

–Pues te equivocas. Estaba pensando en voz alta. Este sitio me sugiere una de esas películas del Salvaje Oeste. ¿A ti no?

–Quizá. Al final va a resultar divertido haber venido a un lugar como este.

–Seguramente, entre todos ésos estarán los que comparten suite con nosotros. Esperemos que sean de buen trato –dijo Julio.

En ese instante entró Valladolid, acompañado de dos sujetos. Al ver a los jóvenes les hizo una señal pero no se acercó a ellos.

–Ese no ha hecho nada más que llegar y engranar –dijo Julio.

–Seguro que se está montando el teatrillo de que está boquerón para sacarles cien duros.

–O un lagarto, tronco –repusó Julio, soltando una carcajada.

Se disponía a encenderse un cigarrillo, pero al ver que los ayudantes del cocinero irrumpían con un carrito con cubiertos y platos, reprimió el deseo.

–Menos mal. Tengo hambre canina. Me comería yo solo una docena de chuletas de ternasco –dijo Samuel, con la boca haciéndosele agua.

–No es éste lugar donde te puedan sorprender con una cena opípara.

La multitud fue ocupando los asientos ante las mesas con gran escandalera. Ortiz y Cayetano apenas daban abasto a transportar con el carro las fuentes de macarrones.

En cuanto depositaban una tanda éstas volaban de mano en mano, sirviéndose los mismos obreros con una avidez indescriptible. En cuestión de minutos el sordo rumor de trescientas mandíbulas triturando se adueñó del local.

–¡Vaya mazacote! –exclamó desdeñoso Samuel, meneando los macarrones con el tenedor–. ¿Dónde coño habrá aprendido este tío a cocinar?

–¿No te gusta la jalancia, tronco? –inquirió el que estaba enfrente con una risita irónica–. Pues ya sabes, a pedir a la carta.

El boxeador le lanzó una mirada furibunda, pero no contestó.

–No sé por qué protestas. En la mina te los comías y no estaban mejor guisados.

–Hay diferencia, Julio. Aquél los hacía comestibles porque era un profesional. Ese tío de la cocina debe ser un carrilano que estuvo un día envolviendo bocadillos y dice que ya es cocinero.

–No prejuzgues. ¿Qué sabemos nosotros de él?

Al poco, los platos de merluza a la romana fueron pasando bajo las barbillas pringosas de los comensales. Fueron distribuidos por las mesas y tras ser engullidos, muchos hombres, sin esperar el postre se abalanzaron a posesionarse en la barra. Los gritos de “un café, Luisón, una copa de coñac, rápido, se me ha atragantado la merluza” sonaron como disparos. Otros prefirieron recogerse en los barracones, y fueron varios los grupos de trabajadores que enfilaron hacia el

bar de la estación. Éste lo regentaban dos hermanas solteronas de unos sesenta y tantos años: Jacinta y Gregoria eran sus nombres. Los carrilanos del poblado preferían llamarlas las Gregorias y de ese modo eran conocidas unos cuantos kilómetros a la redonda.

Ambos se levantaron al mismo tiempo del asiento. Julio, mordisqueando la manzana, se abrió paso entre el gentío congregado ante el mostrador. Acostumbraba a irse al lecho con una botella de agua y en este caso con mayor motivo, porque la emplearía además para cepillarse los dientes.

Mientras esperaba que amainasen las peticiones a Luisón, miró a hurtadillas hacia la cocina abierta de par en par. En el tráfago de empleados metiendo la vajilla amontonada en el carro divisó a Joao calculando los macarrones sin servir que habían sobrado. Con toda seguridad a muchos de los presentes les iba a tocar repetir semejante comistrajo, como le había llamado Samuel. De improviso, Dolores, al verlo allí, alto y pálido, le preguntó qué quería.

–Una botella de litro de agua –dijo él alzando la voz entre el bullicio.

–Que sean dos –dijo Samuel, por encima del hombro de su amigo–. No hay ni un puñetero lavabo para quitarse las legañas.

–¿Pero no lo habéis visto? –preguntó en un tono que parecía estar tratando con lerdos–. En la esquina de la segunda fila de barracones hay un grifo bien visible. Y en la otra punta tenéis otro. Agua no falta pero si me la compráis embotellada, mejor

para el negocio. –Rompió en una despreciable carcajada de arpía mitológica.

Al salir al exterior notaron algo de frío. Enfrente se veía la silueta de las montañas bajo un cielo estrellado. Era una noche de plenilunio. El satélite se hallaba suspendido sobre el valle como un inmenso globo lleno de sangre.

–No me extraña que esté la peña alborotada con esa luna de locos –dijo Samuel, señalándola con la botella–. ¿Te apetece que vayamos al bar de la estación?

–¿Con lo oscuro que está todo esto? Nos exponemos a pisar una mierda de vaca –bromeó Julio.

–¿Vacas por aquí, con todos esos voraces carrilanos sueltos? Anda, vamos, ¿qué vamos a hacer tan pronto en la piltra?

–Ahora que caigo. ¿No eras tú el que quería escribir una carta?

–¡Es verdad! –exclamó, dándose con el puño en la frente–. ¿Cómo se me ha podido olvidar? Esos malditos macarrones me han estragado la memoria. Ve tú si quieres, Julio. Yo me voy directo al boli y al papel.

–Ya te digo que no tengo ganas. Me voy contigo al barracón, a lo mejor necesitas de mi colección de palabras bonitas –añadió, riendo como un colegial.

Salvaron los escasos metros que les separaba y cruzaron el dintel del cual colgaba una bombilla de pocos vatios. Era una

luz insuficiente que producía sombras fantasmagóricas. Dentro de la habitación Samuel accionó el interruptor y la luz que derramó era también mortecina.

–Esta iluminación no es buena para escribir. Te estropeará la vista.

–¡Qué miserables! –increpó Samuel–. Podían haberla puesto por lo menos de sesenta vatios.

–Déjalo para el fin de semana. Así tendrás más cosas que contarle.

–¿Tanto tiempo? No, le escribiré mañana al mediodía, después de comer –dijo haciendo un ademán de resignación–. Lástima, porque con esta luna me podía haber salido una carta muy romántica.

–De eso estoy seguro. Pero no te preocupes, vendrán más noches como ésta. Por cierto, ¿dónde estarán los demás inquilinos? –se preguntó Julio, mirando las literas vacías.

–Ya te lo puedes imaginar. Apalancados en la cantina.

Julio sacó de la mochila el despertador. Eran las diez menos cuarto. Lo puso en hora, le dio cuerda y lo depositó en el suelo, al alcance de su mano. Se fijó que en la cabeza de las literas había un pequeño tronco que usaban como mesilla de noche. En algunos había latas de sardinas de cenicero, pero no vio despertadores. Debían regirse por el reloj biológico. Como era temprano para meterse en la cama salieron fuera y se sentaron en el banco de tablones de la entrada. Corría una brisa fresca,

que les hizo subirse la solapa de la cazadora. Fumando con deleite, Julio apoyó la cabeza en la pared, dirigiendo la mirada al estrellado firmamento. Samuel, a su lado, miraba en silencio a las sombras tambaleantes salir de la cantina y dirigirse dando trompicones a las barracas. De repente se oyeron unos compases, ya oídos y odiados por ambos en la gramola: “La Ramona pechugona...

–¡La madre que los parió! –rugió Samuel–. Lástima no se quedaran sin dedos al meter la moneda en la ranura.

Julio dio una honda chupada al cigarrillo y lanzó la bocanada de humo a la luna. El boxeador, que había vuelto la cabeza, vio su sonrisa en el rojo resplandor del pitillo.

–Si los mutilas, mal asunto. No podrán jugarse los dineros al burle.

Éste se estremeció al tiempo que emitía un bostezo.

–Tengo sueño. Aparte de que empieza a hacer frío.

–¿Te vas a dormir? Yo enseguida voy. En cuanto me fume el cigarrillo.

Se metió para adentro y al poco, Julio oyó el ruidillo del cepillado de dientes.

Veinte minutos más tarde los dos amigos dormían profundamente. Ni siquiera fue perturbado su sueño por las figuras que entraron más tarde, cuchicheando unos, y hablando sin recato otros. Inundando el ambiente de olor a

vinazo, a humanidad, aunque predominaba un impregnante tufo a guisote. Uno tras otro se fueron quitando las botas y se desplomaron como fardos sobre el colchón. En unos minutos dio comienzo un desacompasado orfeón de ronquidos.

## XVII

El alba entró a través de los cristales, acompañado de rugido de motores. Julio se despertó de golpe sin saber bien dónde se encontraba. Miró el reloj: siete menos cinco de la mañana. Anuló el sonido del despertador al que le faltaban unos minutos para dispararse. Alguno de los bultos de las literas se rebulleron. “¿Cómo serían esos hombres que dormían allí?”, pensó aturdido y notando las legañas en sus ojos. Apartó la manta y elevando un pie empujó la colchoneta de arriba.

–Venga, espabila, es hora de levantarse.

Oyó un gruñido, seguido del rechinar del somier. Samuel, hombre con una preparación espartana, no era de los que remolonean, negándose a abandonar el lecho. Se incorporó y de un salto estaba abajo, exhibiendo su poderosa planta y enseñando sus calzoncillos de imitación piel de leopardo. Como se hallaban entre dos luces, alguien encendió la bombilla. Julio se arrimó a la ventana para embutirse el pantalón sin estorbarse con Samuel. Ahora se apreciaba mejor el angosto espacio en que habitaban. En la ventana opuesta dos hombres se habían puesto en pie. Les observó, subrepticiamente. Uno era más o menos de su edad. Se había calzado unas botas

militares y en ese momento se estaba abrochando una sahariana caqui. El otro era bajito y escuchimizado. Debía tener alrededor de sesenta años. Tenía el pelo cenizoso. En los ojos, aunque apagados, se notaba un débil destello vital. A Julio le asombró que pudiera llevar la vida errante del carrilano. Mientras se vestían, rozándose los cuerpos, nadie expresaba delicadas disculpas, si no gruñidos de gente de caverna. El viejo, con la toalla al hombro, registró su bolsa, colgando del cabecero. Sacó una pastilla de jabón de repuesto y mostrándosela al joven, dijo:

–Eh, Paraca, toma si no tienes jabón. Que tú, mucha balumba de petate, pero de avíos, nasti.

–Gracias, tío Quisquillas, pero aún me queda un poco. Esta tarde compraré en la tienda de las Gregorias.

–Está bien. ¿Alguno de vosotros lo necesita? –dijo, dirigiéndose a los dos nuevos.

–Se agradece, pero hemos traído, gracias –dijo Samuel.

Otro de los encamados se agitó bajo la manta. Tapado hasta el cuello su cabeza pelona parecía un melón asomando entre las matas. Con los ojos brillando como los de un lince, preguntó con voz de alarma:

–¿Están cañoneando? ¡Arriba la séptima compañía! –impetuosamente se lanzó de un salto al suelo.

–Los Land Rover ya están ahí, colegas. Hay que lavarse rápido –dijo Quisquillas saliendo afuera en dirección al grifo general.

Julio y Samuel, que habían cogido sus toallas, escrutaron al tipo semidesnudo que había dado los buenos días de modo tan estrafalario. Llevaba en el tronco tatuada una serpiente, cuya cabeza reposaba en el esternón y el resto subía hasta enroscarse en el cuello.

Al darse la vuelta, descubrieron una leyenda en su espalda, que no pudieron leer entera por la pésima luz, pero que rezaba lo siguiente: “No cargo sobre mi espalda nada que pese más de quince kilos, excepto el cuerpo de una bella señorita que es liviano y placentero”.

Salían por la puerta, riéndose, cuando oyeron la voz de otro de los inquilinos del chamizo que se desperezaba. Éste, que dormía en la parte de arriba de la litera de Quisquillas, sentado en el borde, preguntó al calvo tatuado:

–Francés. Dime qué hora es tú que llevas peluco.

–Hora de que te levantes, vagueras.

–Y esos de ahí, ¿cuándo se levantan?

Se refería a los dos durmientes de la litera de enfrente de los nuevos.

–Y dale con la perra. Son los ayudantes de cocina. Vete a trabajar con Luisón y así no tendrás que madrugar.

–Que se pudra, ese cabestro.

En la explanada del pino solitario se habían concentrado una

docena de Land Rover, cubiertos de barro reseco. Las colosales máquinas que se habían oído al amanecer se hallaban aparcadas en las inmediaciones de las oficinas. Había trasiego de trabajadores saliendo de los hormigueros, unos en dirección a los grifos, en los que había cola, y otros directamente al comedor a recoger el bocadillo de salchichón. Diez minutos después, los dos amigos, que esperaban con el chusco en medio de la multitud, divisaron a Valladolid, que se les acercó, sonriendo.

–¿Qué pasa, troncos? A ver si me toca con vosotros. Me hace que sois de ley en el curro.

Desde la oficina llegaron tres encargados, acompañados de media docena de capataces. Uno de ellos, con la lista en la mano, confrontó el nombre de los nuevos obreros con la presencia de éstos.

–José Gutiérrez Vidal –gritó, examinando con expresión severa aquellos rostros.

–¡Presente! –respondió Valladolid con empaque, al que le salió inconscientemente su lugar de procedencia.

–A la brigada del matorral. Con éstos de aquí –precisó con una autoridad que no admitía discusión.

Antes de que el encargado pronunciase sus nombres, ellos casi estaban convencidos de que los iban a destinar juntos. Sin embargo, la realidad fue otra. A Samuel lo enviaron con las cuadrillas de encofradores a los viaductos del desfiladero y a Julio al parque de vigas.

Los tajos se hallaban distantes unos de otros, debido a que el tramo de construcción de autopista adjudicada al Consorcio abarcaba diecisiete kilómetros. El ejército de hombres fue subiendo a los vehículos, en silencio, y con movimientos embotados por el sueño interrumpido. En cada Land Rover, habilitado con asientos corridos en los laterales, se hacinaron hasta quince trabajadores, que saltaban como pelotas por los intransitables caminos. A pesar de las ráfagas de viento frío el cielo se veía radiante. El inmenso resplandor que precede la salida del sol coronaba las cumbres de Sierra Brava. Era una de esas mañanas que invitan a una excursión al campo con tu enamorada, el cestillo con las viandas y unas ansias incontenibles por llegar a la pradera y extender la manta. El pequeño convoy en el que viajaba Julio cruzó el puente sobre el Bayas, ensombrecido por frondosos árboles. Aguas arriba el río formaba una piscina natural, justo enfrente de la vetusta casona que antaño fue balneario. El cogollo de Zuazo se alzaba a espalda de este edificio. Allí, la carretera formaba encrucijada, dividiéndose la caravana en dos grupos, unos tomaron a la izquierda, dirección Izarra y los otros, hacia la derecha, que estaba Pobes. Si los Land Rover del desfiladero se habían alejado por la margen derecha, con Samuel en uno de ellos, Julio observó a Valladolid que le decía adiós en uno de los vehículos de Izarra.

Los que el encargado había llamado brigada del matorral se dedicaban a talar árboles y rozar la maleza con hoces. Preparaban el terreno a los dinamiteros que venían detrás del trazado desmenuzando los roquedales con explosivos. Por este motivo los escasos habitantes del pueblo mantenían siempre las ventanas cerradas ante las nubes de polvo que éstos

provocaban. Cuando los dinamiteros entraban en acción, ex mineros algunos de ellos, todo el valle temblaba. En el dispensario médico los frascos bailaban en los estantes, sorprendiendo al médico con la hipodérmica apuntando al glúteo del paciente. Hasta el punto de que tuvo que optar por poner la banderilla en los intervalos entre una explosión y otra. Tal era la situación que al caer la tarde, las mujeres no pudiendo soportar más la cerrazón abrían las ventanas, anhelando aire fresco. Entonces sus ojos pudorosos se encontraban con la horda de carrilanos dirigiéndose a los barracones. Sin vacilar cerraban de golpe, exclamando aterradas como si hubieran visto una legión de demonios: "¡Por Dios, qué rostros más horribles los de esta gente!". Algunos, al apercibirse de su rechazo les hacían burla y gestos obscenos.

El auto en el que iba Julio corría a los pies de la montaña, paralelo al cauce, en cuyas revueltas caprichosas brillaban las aguas. A unos cuatro kilómetros en los que río y carretera se habían ido separando suavemente se veía una planicie de un par de hectáreas. Julio, durante el corto viaje, se preguntó en qué consistiría su trabajo. El parque de vigas le trajo remembranzas del parque grande de Zaragoza. De pronto, dos de los tres Land Rover aflojaron la marcha y saliéndose de la carretera se internaron en la explanada donde se divisaba maquinaria ligera y una caseta para guardar la herramienta. ¿Era aquél el parque de vigas? Julio sonrió con ironía, al tiempo que su mente hacía una disquisición absurda sobre el espacio de tierra apisonada. "Un vergel invisible. No hay árboles, ni flores, ni césped, ni niños jugando, ni bancos donde la gente descansa y los vagabundos pasan la noche, ni románticos

senderos, ni pérgolas cuajadas de madreselva bajo la cual se besan los enamorados...”.

Descendieron los más de treinta hombres y se dirigieron a la caseta. En una esquina estaba aparcado un Renault–12, gris. Al lado, inclinado sobre un tablero con caballetes, Francisco, el encargado, tocado con casco blanco, tenía extendido un plano y se hallaba concentrado en su interpretación. Llevaba un cuarto de hora discurriendo, trazando líneas sobre un cuaderno. Estaba alojado en una pensión de Subijana, a una decena de kilómetros de allí. Le gustaba llegar el primero para tener mejor perspectiva del terreno. En aquel lugar se iban a construir potentes vigas de hormigón, de cien metros de largas y doscientas toneladas de peso. Armado de regla y cartabón, estudiaba escrupulosamente el espacio a delimitar para levantar las zapatas sobre las que irían los anclajes para el encofrado metálico. El encargado, al ver el racimo de hombres, detuvo un instante su labor y gritó a los que iban en cabeza:

–Seguid con la faena que dejasteis ayer. Procurad ponerle brío. Hoy necesito tener listas dos zapatas.

–De acuerdo, jefe. Ha venido uno nuevo con nosotros.

–Está bien, decidle lo que tiene que hacer. Enseguida iré yo.

El que llevaba la voz cantante, un albañil de Badajoz, que hacía de jefe de cuadrilla, abrió el candado de la puerta del cobertizo.

Entraron y mientras elegían la clase de herramienta que podían necesitar, Julio se quedó esperando a que alguien le

dijese cuál sería su cometido. Entretanto el sol descendía por la ladera de la montaña hasta llegar al valle, dorando las copas de los chopos.

Las hojas, cubiertas de gotitas de rocío, se estremecían cada vez que soplaba la brisa.

Al otro lado del río se oyó un estrépito de hierros y el silbido del tren. Los obreros abandonaron la caseta y se dispersaron por los pozos, perturbando la calma matutina con gritos y martillazos. El extremeño salió el último, con su casco rojo de capataz. Al verlo allí le dijo, sonriendo:

–¿Pensabas que me había olvidado de ti?

–No. Pero por un momento me he sentido chico del botijo.

–De ese trabajo se encarga Oviedo. Él va a llenar los botijos a la fuentecilla de Apricano. ¿Cómo te llamas?

–Julio –dijo, escrutando su rostro devastado por el trabajo, en el que se translucía un alma bondadosa.

–Vale. Mi nombre es Domingo, pero todos me llaman Badajoz. Entra un momento –estiró la mano a un estante–. Toma –dijo, alargándole un casco amarillo que era el color de la tropa. Llévalo puesto, el jefe gruñe si lo ve por ahí abandonado. Por cierto, ¿qué sabes hacer?

–La verdad es que aunque trabajo de peón tengo nociones de albañilería y de encofrado. Incluso una vez trabajé con los ferrallas –dijo, ajustándolo a su cabeza.

–Con ésos no vas a poder hacerlo. Son cuadrillas de gallegos y no permiten que entre nadie en su terreno que no sea gallego. Vente conmigo, yo te daré quehacer. Coge esa espuerta con herramienta y un paquete de clavos.

Caminaron casi doscientos metros hasta el otro extremo del parque. Por todas partes se veían piladas de tablones y sierras circulares a las que estaban despojando de la lona contra el relente de la noche. Otros obreros se hallaban metidos en pozos de metro y medio de profundidad. Con los picos perfilaban el perímetro de éstos para su posterior rellenado de hormigón. Cada uno de estos agujeros, equidistantes unos de otros, se hallaban a lo largo de una línea de cien metros en diferentes fases de desarrollo. Fueron hasta el último que lindaba con un campo de heno. A unos metros a la derecha terminaba el parque, que hacía frontera con un pronunciado talud hasta el río. Al otro lado de la bancada de heno, entre las acacias, asomaba el pueblo de Apricano, abandonado y devorado por los matorrales. La iglesia se erguía medio derruida y llena de musgo. Julio se fijó que a su izquierda estaba el pequeño cementerio, situado en un altozano, a unos metros de la carretera, flanqueado por dos únicos cipreses. El extremeño, al advertirlo, le preguntó con chanza:

–¿No serás supersticioso?

–No, en absoluto.

En cierto modo, mentía. Había tenido que disimular un estremecimiento producido por los recuerdos de su infancia y sugeridos ante la vista del camposanto. En la escuela el

maestro les había leído a Bécquer. Le había impresionado sobremanera la exclamación de angustia del poeta: “¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!”.

–Te lo decía porque si lo eres apañado vas. A esos espectadores los vas a tener todos los días ahí. Pero tranquilo que no te corregirán tu trabajo.

Al decir esto soltó una carcajada.

–Mejor que no salgan porque si no, los pongo a sacar tierra del hoyo. Ya que el sepulturero cavó para enterrarlos que caven ellos para hormigonar –repuso él, uniéndose a la chacota.

–A propósito, chacho, ¿sabes lo que le dice el ciprés a los humanos? –éste negó con la cabeza–. “Todos decís que soy un árbol triste, pero joder, es que me plantáis en cada sitio”.

Al anarquista se le desbocó la risa. Como había dejado la espuerta en el suelo, con las dos manos se sujetaba el vientre, al tiempo que tiraba la cabeza para atrás. Una de las veces se le cayó el casco, que al chocar contra un montón de grava produjo un sonido de calavera.

–Bueno, chacho, contente. El jefe va a pensar que estamos de cachondeo.

Julio cesó en su ataque de hilaridad. Sin duda aquel hombre le caía bien. Irradiaba algo que le hacía sentirse reconfortado. De modo que, con extraña amabilidad, sorprendente en la rudeza que se desarrollaba en estos trabajos, Badajoz le fue

dando instrucciones para empezar el encofrado en el interior del pozo. Trabajaron en perfecta armonía toda la mañana. A la una vinieron los Land Rover para trasladarlos a Zuazo. Una vez allí, en medio del caos de hombres bajando de los autos se dirigieron al comedor. Julio oteó entre la multitud que iban ocupando los asientos, tratando de descubrir a Samuel. Acostumbrado a su compañía notaba que le faltaba algo. Sus ojos se iban rápido al batiente de la puerta, ansiando verlo entrar en la tromba de obreros. De pronto el boxeador irrumpió con un grupo de tipos ceñudos que miraban al tendido con arrogancia. Al estar la parte delantera ocupada, avanzaron hacia el fondo. Samuel al verle hizo una señal de disculpa: "Ya se verían por la tarde", dijo, silabeando y haciendo gestos con las manos.

–¿Y esos tipos? –preguntó a Badajoz, que sentado a su lado, jugueteaba con los cubiertos.

–Gente poco recomendable. Mejor no tengas contienda con ellos. Son un grupo de encofradores sevillanos, del cerro del Águila.

Les observó, pensando que tal vez exageraba. Su aspecto no parecía tan fiero, a pesar de no haber entrado como los granadinos de la Oportuna, risueños y cantando sevillanas. Cuando les sirvieron las cazuelas de judías creció el bullicio. La gente comía con voracidad, los ojos clavados en el plato, ansiosos por recuperar energía y calmar el apetito. De segundo, los empleados distribuyeron decenas de bandejas con chuletas de cerdo medio chamuscadas. Pero no importaba. Los trescientos hocicos se hundieron con vehemencia en la

carne. Mordieron, desgarraron como leones hambrientos y chupetearon voluptuosamente los huesos, dejándolos brillantes como la patena. Como las raciones no eran demasiado abundantes, muchos se apoderaban de los zoquetes de pan y rebañaban los platos con una curiosa alegría infantil. Antes de que llegasen los postres la sala se vio inmersa en una humareda irrespirable de cigarrillos, de los llamados “mataquintos”, caliqueños y otros petardos, igual de nocivos, capaces de reventarle los pulmones a un elefante.

A las dos, los hombres fueron devueltos a los tajos, donde permanecieron hasta el atardecer.

Esa tarde, bajo los resplandores de crepúsculo, mal iluminados por las bombillas de la esquina del barracón, Samuel y Julio esperaban su turno en el grifo.

Después de lavarse con el agua helada, mientras se secaban con la toalla, empezó a sonar, a través de las ventanas abiertas de la cantina, “El chico de la armónica” de Micky.

–No te quejarás. Esta canción es melodiosa –dijo Julio, incidiendo con el pico de la toalla en sus oídos.

–No está mal. Sin embargo, donde esté el concierto de Aranjuez –repuso, tarareándolo con dudoso sentido musical.

Volvieron a la habitación, se descalzaron y dejaron las botas en la antesala.

A continuación se acomodaron en la litera sin quitarse la ropa. Sólo estaban ellos porque los demás, o no habían llegado

aún del trabajo o se habían ido directamente al bar a calmar el ardor de la jornada.

–Estoy hecho un escombro. Aquí se trabaja más horas que en la mina.

–¿Tan cansado estás? –preguntó Samuel, sentado arriba con la espalda pegada a la pared.

–Figúrate. Todo el día moviendo tablones y clavando tableros sin parar. Se me ha hecho una ampolla en la mano.

–Pues yo estoy lo mismo que tú, pero a cuarenta metros de altura. Me han llevado al viaducto que se está construyendo en el desfiladero. No se me ha hecho pesado porque sólo pensaba en que llegase este momento para escribirle a Lucía. ¿Me ayudarás?

–Cuidado que eres tozudo, Samuel. ¿Cómo voy a ayudarte en una cosa tan íntima? Además, ya estamos otra vez en las mismas. Con esta luz horrible, ¿cómo vas a escribir?

–¿Qué quieres que haga? Al mediodía no me da tiempo. Sólo quiero que me digas algunas de las palabras que tú sabes.

–Bueno, si es sólo eso. Ah, la impaciencia del enamorado –añadió, poniendo cara de actor romántico.

–Fenomenal, tío –dijo el boxeador, saltando al suelo.

Sacó la maleta de debajo de la cama. La abrió y cogió una carpeta. Miró que todo estuviese en orden y se encaramó de

nuevo a la litera. Julio, que había visto sus bolígrafos de tinta verde, dijo en tono de chunga:

–Sí, señor. Los pies en la tierra y la esperanza por las nubes.

Él no le hizo caso. Sentado de través, para beneficiarse mejor de la luz, sacó su cuaderno de rayas, como un niño en el cole. Tendido boca arriba, el anarquista oía el garabateo del boli en la hoja. Luego éste hacía una pausa, aunque se movía, inquieto, como si hallase dificultad en expresarse.

Imaginó que se había puesto serio. Sería de los que se ponen solemnes para escribir cartas de amor. O quizá estaba tratando de representar en la mente el rostro de ella para poder hablarle mirándola a los ojos. Como notó algo raro hundió la mano en la mochila y estirándola después hacia arriba, dijo:

–Toma, utiliza esto para apoyarte.

Le alargó “El apoyo mutuo”, libro prohibido en España, pero que a él se lo había traído un amigo de los que peregrinaron a Perpignan a ver el “Último tango en París”.

–¿Qué me das, otro de tus panfletos?

–Cógelo y no preguntes. Es una novela de aventuras.

–¡Y un cuerno! ¿Qué te crees que estoy sonado? Despide el tufillo a los libros que leéis los revolucionarios. Más te valdría decirme alguna palabra poética.

–Hombre, así a palo seco.

–Me he acordado de una frase de las fotonovelas que leía mi hermana Fuensanta. ¿Te la digo?

–Dila, todo sea que me contagie de cursilería.

–Ahí te va: “Cuando sueño, escucho tu voz y tiemblo de emoción como una gota de rocío en una margarita”. ¿Qué te parece?

–Es cursi, pero no lo suficiente para espantar a un caballo.

–¿Por qué te burlas? ¿Tanto te cuesta responderme con seriedad?

–Disculpa. No era mi intención. ¿Me permites una sugerencia?

–Todas las que quieras, siempre que no te cachondees.

–Yo en lugar de margarita, pondría amapola. El centro de la margarita es rugoso y absorbe el rocío. La amapola en cambio detiene las gotas en sus pétalos, brevemente, claro, porque la brisa las dispersa. Es una flor frágil, delicada, sutil...

–Espera, no corras tanto, repítemelas otra vez... ¡Qué alucine!

En ese momento se abrió la puerta y entraron el tío Quisquillas y el Francés. Este último se quitó las botas y se calzó unas zapatillas. Con el pie las empujó debajo de la cama, cuyo hedor quedó en el ambiente. Samuel, que seguía escribiendo, hizo un mohín de asco, pero absorto como estaba prosiguió

enlazando su última adquisición de vocablos. Quisquilla miró con reprobación al de los tatuajes y le conminó:

–Francés, haz el favor de sacar las botas fuera. Apestan.

–Vaya, nos hemos vuelto delicados –repuso en plural mayestático–. Hemos equivocado el trabajo y debíamos estar de escribientes en las oficinas. ¿No es así, viejo gruñón?

–Déjate de indirectas, Francés. Si todos hiciéramos lo mismo no podríamos aguantar aquí.

El otro no replicó, claudicando ante el razonamiento del viejo. Ejecutó lo que se le pedía y se tumbó en la litera. Quisquillas se descalzó también y llevó las suyas con el rebaño de botas. Sentado en el borde de la cama comenzó a liar un cigarrillo con mucha ceremonia. De pronto, pareció darse cuenta de que estaban los nuevos. Echando mano de su simpatía natural, les preguntó:

–¿Cómo ha ido eso, zagales?

–Bien. La verdad es que el destino no es malo –dijo Julio.

–Me alegro. Mi trabajo hoy ha consistido en tocar el silbato, digo, tal que un guardia urbano. Me han llevado a ocho kilómetros de aquí, a las voladuras. Allí, con un guardia civil retirado hemos ido tocando el pito que parecíamos árbitros locos.

–¿Y eso para qué? –preguntó Julio.

–Avisando por los tajos para que la gente se ponga a cubierto de la explosión.

–A mí me parece que trabajamos muchas horas –aventuró, convencido de que aquel hombre era terreno fácil para confidencias de esta clase.

Samuel dio un manotazo en el colchón, instándole a que no siguiera por ese camino. El Francés, que parecía ausente, giró el cuello y con expresión adusta, le increpó:

–Eh, tú, lilanga, entérate de que este no es curro para gente débil.

El anarquista no quiso entrar a ese trapo. Prefirió refugiarse en el silencio, mientras sobre él percibía el hálito de su amigo, volcado sobre la escritura. Cerró los ojos para sumergirse en sus sueños. Pensó en el mundo de los asalariados que vivían de las sobras de una minoría privilegiada.

Y encima éstos intentaban convencerlos de que el trabajo era una virtud y cuanto menos sueldo reclamasen más mérito tenía esa virtud. La misión del hombre en la tierra es trabajar hasta reventar. Lo otro era una engañifa inventada por los capitalistas, los cuales afirman que el trabajo es salud y que el ocio es mortal porque el hombre se da a todos los vicios. Sin embargo, los muy perversos se callan que el trabajo excesivo destruye con una rapidez infinitamente mayor que el ocio. Maquinalmente alzó una mano y sus dedos se engancharon con fuerza en uno de los flejes. Dijo entre dientes: “El hombre sólo debería trabajar lo necesario para subsistir”.

–¿Decías, algo, Julio? –preguntó Samuel sin despegar los ojos del cuaderno.

–No, nada.

–Oye –volvió a preguntar en un susurro–, ¿cómo era aquella frase: “Me siento cultivado por tu sonrisa”. No era así, ¿verdad?

–No –dijo con una mueca divertida–. “Me siento cautivado por tu sonrisa”.

Minutos después terminó la carta. La releyó concienzudamente para sus adentros, cerciorándose de que había expresado todo cuanto sentía hacia aquella mujer. No recabó más a su compañero por pudor ante los testigos. Arrancó la hoja y la dobló con cuidado. La metió en el sobre, escribió el remite y por el otro lado el nombre de ella y el destino. Pegó el sello y acto seguido descendió de la litera.

–Se la voy a llevar a Dolores –dijo en voz baja a Julio.

–¿Te has asegurado de que es ella la que se encarga de expedir las cartas?

–Me han dicho mis compañeros que está al tanto del correo. Ellos escriben habitualmente a Sevilla. Por cierto me he enterado de algo increíble –añadió, guardando la carpeta en la maleta y devolviéndole el libro a él.

–Suéltalo, no me tengas en vilo.

–La morena de la cantina es portuguesa y se llama Cristina Do Silva. Tiene veinte años y es hija del cocinero. Los dos están protegidos por Dolores y Luisón.

–¿Qué quiere decir, protegidos?

–Pues que la putean, tío. El Joao ese empezó trabajando de peón en los puentes, pero un día, hablando con la Fandanga le dijo que era viudo, y que tenía una única hija viviendo en Coimbra. Le enseñó la foto y enseguida lo convenció para que se la trajera. Le prometió que cuidaría de ella con mimo ya que Dios no había tenido a bien darle descendencia. Una vez que la muchacha viajó hasta aquí, Dolores, astutamente le fue dejando caer que con ella podía ganar mucho dinero con el que comprarse buenas ropas y alhajas. La portuguesa, que se ve que es receptiva y además está harta de pasar miseria, dejó que las palabras la fuesen calando. Yo supongo que estaría soñando con lujos y esas cosas, mientras escuchaba las palabras de la otra, aunque sin tenerlas todas consigo por la posible oposición de su padre. Ante esto, por lo que me han contado hoy, esa víbora de mujer agarró a Joao por banda y se lo soltó crudamente. Le dijo que su hija tenía un cuerpo sensacional que podía generarle buenos ingresos. Al principio el hombre se espantó y si no la agarró del cuello fue por la presencia de Luisón y su formidable musculatura.

–¡Aberrante, esto es para denunciarlo! –exclamó Julio, levantándose indignado de la cama.

Su airada protesta produjo la intervención de Quisquillas, que no se había perdido detalle de la narración.

–Yo pienso exactamente lo mismo que tú, zagal. Pero hazlo y encontrarán tu cadáver flotando en el río.

–Sí, sí, tú hazlo y verás lo que tardan en darte mulé –abundó el Francés con regocijo malvado.

–¡Pero bueno! ¿Es que aquí no hay ley?

–¡Qué inocente! ¿No lo has leído? Esto es Kansas City.

–Según me han dicho acostarse con la Mariposa Negra no está al alcance de todos los bolsillos –dijo Samuel–. Por media hora con ella te cobra la Fandanga dos mil pesetas.

–¿Así la llaman? –indagó Julio, iracundo.

–La llaman así porque los que han estado con ella dicen que tiene el chumino afeitado en forma de alas de mariposa –dijo, Quisquillas.

–Pero entonces lo tiene montado para que se la trajinen los ingenieros del Consorcio. ¡Por ese precio! –repuso Samuel.

–Te equivocas. Esos no vienen por aquí. Los que quilan con ella son los currantes. Sobre todo a primeros de mes que tienen dinero fresco.

–Claro, se van entre los árboles y aquí la pillo, aquí la mato –dijo Julio.

–No seas simple. Dolores sabe de esta clase de negocios más de lo que tú te crees. El fornicio tiene lugar en un cuarto que

hay al lado del almacén. Buena cama y ducha, y algún que otro detalle, que por lo que dicen, los cobra como servicios extra. Por lo que yo sé –prosiguió hablando Quisquillas–, en cuanto la tuvo en el bote, colocó al padre en la cocina, enseñándole a cocinar lo más elemental, pero que luego él ha ido ampliando el repertorio. Dolores, parte del dinero que gana con la actividad de Cristina, se lo entrega a Joao para que cuando acabe el tramo de autopista puedan volver a Portugal y abrir un pequeño negocio de hostelería. Al menos esto es lo que se comenta. Y también se rumorea que Dolores se ha comprado una casa en Mazarrón en primera línea de playa.

–¡Canalla y vil explotadora! –masculló el anarquista, endureciendo la mirada.

Criticando vehementemente el que allí se permitiese una casa del lenocinio más depravado, pues se trataba de un abominable chantaje a aquellos infelices, se les hizo la hora de cenar.

El único que no despegó los labios, al sentirse en minoría, fue el Francés, que probablemente defendía el desahogo sexual de los carrilanos sin tener que desplazarse a Bilbao. Se calzaron unas bambas y salieron fuera. Julio iba en silencio, afectado por la ignominia del caso. Apretando los puños de rabia, pensó que le hubiera gustado encasquetarse el yelmo de Mambrino, como el famoso hidalgo, empuñar la espada y presentar batalla, emprendiéndola a mandobles, o lo que es lo mismo, denunciar semejante atropello. Enseguida lo descartó porque le parecía irrisorio el solo hecho de formular una denuncia en un pueblo... sin ley.

En la cantina, Samuel, que llevaba el sobre en el bolsillo de la cazadora, miró hacia la cocina. Julio, reparó en ello, y dijo:

–No es el momento adecuado para dársela. Te la va a pringar.

–Llevas razón, se la daré después de la cena.

Los dos se sentaron con el tío Quisquillas que había demostrado ser un hombre bastante afable. En medio del murmullo, les dijo con una sonrisa desdentada:

–Así que sois de Zaragoza. Hace unos años estuve de pasada. Venía del valle de Arán. Me largué por no partirle la cara a un hijo de puta de encargado que me amargaba la existencia. Como llevaba menos de dos semanas me dieron poco dinero de liquidación. Tenía pensado irme a Madrid, pero fundí la pasta bebiendo en las tabernas que encontraba por el camino. A Zaragoza llegué pelado. Fui a la calle Predicadores, al bar Isidro, que sabía que recalaban carrilanos. ¿Lo conocéis?

–Sí, claro. Mi madre vive cerca –dijo Julio, que ignoraba ese dato.

–Pues fíjate qué putada, que ese día ni los siguientes hubo ningún compañero para pedirle algo de dinero con el que seguir viaje. Dormí en los porches y comí de lo que desechaban en el Mercado Central. Al tercer día no me quedó más remedio que ir al Vampiro. Y eso siempre se hace en último extremo.

–Ignoro a qué se refiere con eso del vampiro –preguntó Julio, asombrado–. ¿Se trata de la casa de empeños?

–No, hijo, que va. Me fui a vender medio litro de mi propia sangre. Plasma, le llaman los matasanos. ¿Conocéis la Casa de Socorro? –Los dos asintieron sin abandonar la perplejidad–. En ese edificio estaba o está el Vampiro.

–Pero, dígame, ¿en qué consiste ese tráfico de sangre? –interrogó el revolucionario con los ojos como los de un felino a punto de saltar.

–Me tumbaban en una camilla y me ponían los aparatos para la transfusión; así de sencillo. Me la sacaban y después me aflojaban mil quinientas pesetas por los servicios prestados, ah, y un bocadillo de jamón serrano. Eso para la endeblé, como dicen los andaluces. Por cierto, las ciudades en España donde funciona el Vampiro se las conoce el carrilano perfectamente.

Quisquillas tenía una narrativa natural y muy sugerente. Por otro lado, Julio, que no daba crédito al hecho de que un obrero llegara literalmente a vender su sangre, reprimió su ira y siguió escuchando, al tiempo que la primera cucharada de sopa le supo a hiel. El viejo miró el plato lleno de aguachirle con estrellitas, como si allí estuviese sumergida su vida. Aquellos dos jóvenes y espontáneos oyentes le habían hecho sentirse parlanchín. De modo que reanudó su relato. A grandes rasgos dijo que hacía ya mucho tiempo, él había tenido una vida normal.

Su estado era de soltería y para sobrevivir mantenía un pequeño negocio de persianas con otro socio. Les iba bien y manejaban ciertas cantidades de dinero. Pero un día descubrió que éste le engañaba con las cuentas. Se enfrentaron y estuvo

a punto de descargarle un porrazo en la cabeza con intención de matarlo. Pero en el último momento se arrepintió, aunque no lo suficiente para evitar aplastarle la mano con la que le robaba su dinero. Después huyó. Se echó al carril y en él lleva más de quince años. Había colaborado con su sudor en el florecimiento de Altos Hornos de Bilbao. Se había deslomado en la construcción del embalse de Bubal en el Pirineo aragonés, viviendo en casamatas como reses, que desde entonces se le había puesto la cara de carnero, añadía, riéndose de sí mismo. Maquinalmente, con jirones de recuerdos en su mente, comenzó a absorber la sopa, intentando pescar con la cuchara las diminutas estrellas, pálidas y sin brillo. Se había quedado en silencio. Nadie volvió a querer saber más. Bajaron la cerviz, comiendo de aquel pan y bebiendo de aquella sangre de Cristo en aquel templo de locos y borrachos. Y el que no lo era se le veía como margarita sin deshojar en espera de ser desprendida de sus pétalos. Concluyó la cena y la gente se fue dispersando. Luisón recibió a una buena parte a portagayola, con la botella de coñac en la mano y los vasos en línea en el mostrador. Samuel, de pie en el centro, no quitaba ojo de la cocina. Vio a algunos hombres acercándose.

–La gente va hacia allí. Voy yo también a darle mi carta.

No tardó mucho en aparecer la figura de Dolores en el vano. Llevaba un mazo de cartas en la mano y con el índice de la otra pedía silencio a la caterva del mostrador.

–¡Callarse, coño, que parecéis colegiales malcriados!

Fue gritando el nombre de los destinatarios que se

abalanzaban a por su carta. Cuando ya las hubo repartido, pidió las que tenían para entregárselas al cartero. Julio se giró en el asiento para ver la escena que recordaba a los soldados en el frente ansiosos de noticias de los suyos. Abstraído, no reparó que alguien se sentaba a su lado.

–Hola –dijo el tipo mirándole con una sonrisa descarada.

Ladeó el cuello y sus ojos se encontraron con el Cristo de la Legión sobre un pecho peludo. Instintivamente efectuó un movimiento de rechazo.

El rostro de aquel sujeto, su mirada sucia y la forma en como torcía la boca le parecía repugnante.

–Hola –respondió huraño, volviendo la vista hacia los hombres, que presa de la impaciencia rasgaban el sobre para leer la carta allí mismo.

–Hoy te ha dado bien el sol. Menudos coloretes tienes en las mejillas –dijo, posando los ojos en su cara y recreándose en la contemplación de su pelo rubio–. Se te han puesto los carrillos del color del madroño.

–Tengo la piel fina –dijo palpándose suavemente, pero insinuándole con el gesto que le molestaba hablar de ello.

–¿Quieres que le diga a mi capataz que te solicite? Estoy en la Brigada del Matorral. Pronto empezará el calor y ahí, aunque talamos los árboles pasamos buenos ratos a la sombra de los que quedan en pie.

–No gracias. Estoy bien en el parque de vigas. Y ahora si me disculpas –añadió levantándose y yendo hacia Samuel.

El Legionario se encogió de hombros, pero no perdió la mueca sardónica. Su estatura grande y sus largos y fuertes brazos se distendieron al tiempo que miraba la espalda del joven con los ojos encogidos y una aviesa risita en los labios.

Al verlo, Samuel fue hacia él, hablándole en voz baja:

–¡La he visto, tío!

–¿A quién?

–¡Joder, a la portuguesa! Está fregando platos. Al verme me ha sonreído. ¡Qué sonrisa! Una hilera de perlas por dientes.

–Vaya cosas dices. Es pura poesía. Ya no me necesitas para escribir cartas a tu novia.

–No exageres. Si me ha salido así es porque alguien me lo habrá pegado –dijo con doble intención.

–Oye, que yo no hablo así de cursi. Eso son resabios de tu afición a leer fotonovelas.

–Está bien, pero estarás conmigo en que es guapa la condenada.

–Lo es. Pero no te ilusiones. Esa mirada es la llamada de una profesional. En realidad lo que desea es hurgar en tu bolsillo. Y por cierto, ¿estás dispuesto a gastarte dos mil pesetas?

–No las tengo, pero aunque las tuviera no iba yo a traicionar a mi chica. Oye, Julio. ¿Cuánto tardará mi carta en llegar a Andorra?

–¿Cómo voy a saberlo? Los designios de Correos son inextricables.

–¿Te apetece un café?

–No, que me desvelo.

–¿Entonces, salimos afuera a dar un paseo?

–Sí, salgamos, me siento incómodo aquí.

Sobre el poblado gravitaba un cielo semicubierto de nubes. A veces salía la luna por algunos de los claros con un brillo intenso. Cuando se ocultaba, la tierra cambiaba de aspecto. Caminaron despacio, con algún tropezón que otro, en silencio, sumidos cada uno en sus pensamientos.

Del río subía el fresco hálito de las plantas.

## XVIII

La semana transcurrió sin nada digno de ser señalado. Poco a poco se fueron sometiendo al tedio y a la dureza del trabajo, soportando en este ambiente montaraz el comportamiento de muchos de aquellos hombres desarraigados, que todas las noches se iban a dormir completamente borrachos. Por esta causa faltaban al trabajo con asiduidad y el Consorcio terminaba por despedirlos.

Ellos cogían carretera y manta y en su lugar aparecían otros, no siempre carrilanos, evidentemente, temporeros, que en cuanto terminaba la obra regresaban a sus lugares de origen. De cualquier manera las obras de la autopista eran un trasiego de trabajadores continuo. “Los carrilanos somos como soldados mercenarios en la lucha por la vida”, había dicho uno de ellos en la cantina antes de tomar otro rumbo. Aquellos a los que gustaba clasificarlos decían que el carrilano era un ser que no se hallaba a gusto en ninguna parte, por sistema. Era una especie de judío errante. En cuanto se cansaba de la rutina del trabajo o de ver siempre las mismas caras se largaba, si no lo despedía antes la Empresa. Aunque curiosamente, un buen número de los que estaban allí, resistían, tal vez decididos a presenciar el corte de cinta y oír con el tono ceremonioso que

procede: “Queda inaugurado este tramo de autopista”. Pero lo que mejor corroboraba su intención de permanecer era que los domingos se iban al río a lavarse la ropa. Los dos amigos tomaron nota de tan higiénico detalle. Habían acumulado ropa sucia y precisaban saber dónde comprar jabón. Para ello le preguntaron a Eusebio el barraconero.

–En el bar de las Gregorias, que es también tienda de ultramarinos, tenéis de todo –les dijo. –Necesitamos lavar la ropa interior y el cuerpo, ya de paso –inquirió Julio–. ¿No sabrá usted algún sitio discreto en el río?

–¿Lo dices porque te da vergüenza que te vean desnudo o que te vean lavando? –preguntó en tono de mofa.

–Que nos vean lavando, icoño! –se apresuró Samuel a ratificar.

–¡Bah!, complejos tontos. Muchos de estos trabajadores van a lavar los domingos al río. ¡Ojo!, que se pelean por conseguir una buena piedra para restregar la ropa. Algunos me han pedido que les saque del almacén pintura roja para marcar en un canto de la piedra sus nombres.

–¿Pero las señoras esas no venden tablas de lavar?

–Pues mira, de eso precisamente no tienen. Ya ves, es un objeto que se ha quedado antiguo, afortunadamente para las mujeres. Otra cosa, si no queréis tener problemas con ellos procurar no invadir su territorio. Está a doscientos metros de aquí, aguas arriba. Veréis un grupo de chopos, los más altos. Seguir por la orilla y justo donde el río se arquea ahí tenéis un

sitio solitario. En sus orillas no es difícil encontrar piedras planas que os puedan servir.

–Quédate aquí, Samuel. Ya voy a comprarlo yo.

–Compra también un par de pastillas de Madera de Oriente. Por lo menos oleremos bien en este establo.

–Tú lo has dicho. Es un verdadero hedor animal. Estos tíos padecen de hidrofobia.

–Acuérdate de comprar suavizante. Mi hermana Fuensanta utilizaba Saquito.

–Déjate, eso ya es vicio. Si serás sibarita.

Julio caminó el trecho hasta avistar la estación. Un poco antes se desvió y entró en el edificio que ostentaba un cartel de Pepsi en la puerta. Dentro había unos cuantos trabajadores bebiendo aguardiente.

Al otro lado del mostrador, una de las viejas, con moño canoso y vestido gris, les observaba con la indiferencia de una estatua. En el extremo opuesto se hallaba la tienda, abigarrada de artículos. La otra hermana, delgada y vestida enteramente de negro, iba de un lado a otro, comprobando y anotando en una sobada libreta. Las dos eran muy parecidas físicamente. Solteronas, rozando los setenta, brazos como sarmientos, nariz de ave y gesto permanentemente severo. La que se encargaba del bar, cuyo nombre era Jacinta, al ver a Julio, preguntó en tono sombrío:

–¿Qué quiere?

–Una cerveza –dijo él, iluminándola con sus ojos claros.

Al disponerse a servírsela se oyó un estruendo aproximándose lentamente. Un pitido sobresaltó a los presentes.

–Ya está ahí el Correo de las once –dijo uno de los acodados en la barra.

–Cuidado, Gregoria. Sujeta los frascos de colonia no vaya a haber un estrapalucio –ordenó Jacinta.

El chirrido del freno y segundos después una puerta abriéndose.

–Más carrilanos, seguro –dijo otro, mirando hacia la ventana–. Acuden como moscas a la miel.

El tren partió enseguida, dejando el rumor metálico suspendido en el aire. Apenas se hubo alejado se oyeron pasos en la gravilla del camino. Dos sombras cruzaron por la ventana, deteniéndose frente a la puerta, que cedió suave al empuje de una mano viril. En el acto las figuras de dos hombres de treinta y tantos años se recortaron en el umbral. Ambos vestían de una forma algo descuidada, aunque se les notaba pretensiones de elegancia: americana a cuadros en desacuerdo con un pantalón de tergal liso. Un par de zapatos negros, desgastados y deseosos de bostezar por las punteras. Julio al principio pensó que eran representantes, pero ante el desaliño y el ribete de suciedad en los cuellos de sus camisas le hizo mudar

de idea. Además, el más bajo de estatura llevaba en la mano una vulgar bolsa de deporte. Lo único que le llamó la atención fueron sus manos blancas y poco castigadas por el trabajo. Al acercarse al mostrador, uno de ellos, el más alto, ojos vivos y rostro amable, saludó de un modo poco usual:

–A la paz de Dios, señores.

Le pareció detectar cierta sorna en sus palabras. Jacinta, rígida como un álamo enjuto y deshojado, le clavó una mirada fría, inhóspita. Preguntó con voz seca:

–¿Qué van a tomar?

–Dos copas de aguardiente, señora. Ah, deme también un paquete de tabaco Bisonte.

El tipo paseó su expresión de autocomplacencia por los rostros asombrados de los parroquianos. Cuando tuvieron las copas delante bebieron un sorbo, susurrando enigmáticamente, como si estuvieran en el mismo secreto. Julio, que les observaba con el rabillo del ojo, hizo su pedido a la otra hermana. Pagó su consumición y los jabones y se fue. Nada más llegar, Samuel le esperaba en la puerta con dos bolsas de ropa sucia. Alguien había puesto en la gramola una canción de los Chichos: “Me sabe a humo, me sabe a humo, los cigarrillos que yo me fumo...”. Se pusieron en camino con las notas de la canción rebotando en sus nucas. Atravesaron el poblado, enderezando por un campo en barbecho. A continuación orillaron el cauce arriba, oyendo la algarabía de los lavanderos en las tranquilas aguas.

–Vaya escándalo. Parece un lavadero de putas –dijo Samuel entreviendo varios cuerpos semidesnudos inclinados sobre el río.

Se alejaron. Minutos después arribaron a un claro donde brillaban las aguas bajo los rayos del sol. Se adentraron, contemplando la suave corriente con algunas piedras que sobresalían. No cubría más de la rodilla lo que les decidió a instalar el lavadero. Gracias a la curva que hacía el río se hallaban a cubierto de miradas indiscretas. Se desnudaron, quedándose en calzoncillos. El agua no estaba excesivamente fría. Samuel se introdujo, eligiendo una piedra de considerable peso. Poniendo a prueba su musculatura la arrancó del fondo, enturbiando momentáneamente la superficie. Mientras regresaba a la orilla con precaución de no resbalar, Julio admiró sus poderosos bíceps, tensos por el esfuerzo. Estaba tan embelesado que cuando reaccionó ya no era necesario.

–Espera, Samuel, que te ayudo.

–Estás muy flacucho. Además, hoy no te has tomado el Colacao –se burló, soltando una risotada.

–Está bien, Sansón. Colócala aquí en el borde. Arrancaré del campo un manojo de hierba para usarlas como cojín.

Dicho y hecho. Se hizo con una buena brazada de pasto y lo dispuso delante de la piedra.

–Hala, pues, dame mi bolsa y el jabón que está en esa otra bolsita –dijo Julio, arrodillándose como si fuera a orar. Metió las manos en el agua y exclamó, retirándolas rápido:

–¡Joder, está fría la condenada!

–Es sólo al principio –dijo el otro, tendiéndole la bolsa y despojándose de la única prenda que llevaba puesta.

–Ahí tienes la pastilla, Samuel. Si te vas a lavar hazlo hacia el centro.

Empezó con un calzoncillo suyo. Lo sumergió, lo extendió en la piedra y fue dándole jabón con insólito brío. Después pasó a restregar, bastante concienzudo. El boxeador le observaba, callado como un peñón. Pensó que aquel puñetero revolucionario tenía cierto arte restregando la ropa. ¿Esa era la futura sociedad que predicaba?, ¿hacer las labores de una mujer? Frunció tanto el ceño que sus espesas cejas se pusieron en línea. El abnegado ácrata debió sentir la mirada clavada en él porque automáticamente alzó la frente.

–Te prometo que esto es lo que más por culo me da –dijo con fastidio.

–Lo entiendo perfectamente. Al fin y al cabo eso es lo que tienen los calzoncillos, que son rozones.

–¡Qué simpático! Me refiero a lavar a mano.

–No te queda más remedio. Yo no pienso lavar lo tuyo, colega.

–Ni yo te lo he pedido. ¿Qué te habías creído?

Con el gesto mohíno, y tras afianzarse cada uno en su idea,

Samuel se introdujo unos metros con el agua hasta los muslos y a punto de escurrirse en las piedras del fondo. Se agachó para sumergirse entero y lanzó un grito.

Erguido de nuevo fue enjabonando con esmero todas las partes de su cuerpo. La espuma deslizándose por su cara le obligó a mantener los ojos cerrados.

Julio aprovechó para deleitarse admirando su figura, sin cesar de frotar, para que el otro no sospechara a qué se debía la interrupción. Apartó la mirada, justo, cuando una almorzada de agua sobre su rostro dejaba ver sus ojos vivarachos. Para disimular, el lavandero preguntó alzando la voz:

–¿Te ha escrito ya tu chica?

–Aún no. Hazte cargo de que sólo han pasado unos cuantos días. La semana que viene, fijo que tendré carta de ella.

–Seguro. Las cosas llevan su tiempo –murmuró Julio, viendo alejarse los grumos de espuma río abajo.

–No me la puedo quitar de la cabeza. Me paso el día pensando en ella. Ya lo tengo pensado, no creas. Con lo que ahorre aquí viajaré a Andorra y le pediré relaciones en serio. Me gustaría casarme con ella. Fuensanta dice que no estoy capacitado para fundar una familia. Le demostraré lo equivocada que está.

–Pero ¿y tú carrera de boxeador?

–¡Al cuerno el boxeo! No conozco a nadie que sea feliz

arreando mamporros y recibiéndolos. En cambio pasar la vida con ella me haría muy dichoso.

–Me parece una decisión acertada. Ya sabes que nunca he sido partidario de esa brutalidad que algunos inconscientes llaman deporte.

Samuel no respondió. Había vuelto a sumergirse. Al enderezarse contempló alborozado la espuma que arrastraba la corriente.

–Fuera suciedad –dijo, como un niño que ve alejarse su barquito, al que ya no desea.

–Como les llegue a los lavanderos de ahí abajo suben y nos descabezan –dijo Julio, enjuagando una de las prendas.

–No creo. Antes se quedará detenida en algún cañal. Pero bueno, y si suben, qué. Me las veré con ellos. A mí no me asustan.

No respondió a su intemperante reacción. Terminó de lavar la ropa, la escurrió y se levantó a tenderla sobre unas matas de cadillos. Llegado el turno de Samuel, se hincó de hinojos, hundió el pantalón de chándal en el agua, lo untó de jabón y acto seguido, utilizándolo como un vergajo, comenzó a golpear la piedra.

–¡Qué peliculero! Esa manera de lavar es ineficaz. Aparte de que te puedes romper los nudillos contra el pedrusco. Restriega, hombre, eso es lo que se hace en toda tierra de garbanzos.

–Déjame en paz. Si se me acolchan las manos con el agua. ¿Qué quieres que haga?

Julio se encogió de hombros. Se quitó el calzoncillo y penetró en el río, experimentando un estremecimiento. Lentamente fue enjabonando su cuerpo, delgado y pálido.

–Está helada. Si no cogemos un pasmo ni bien ni mal –dijo, frotándose el pecho.

–Más te valdría tomar más el sol, tío. Pareces un difunto –replicó sin poder evitar mirar su flácido sexo, envuelto de espuma.

–No me quito la camisa en el trabajo porque tengo la piel muy fina. Me salen ampollas en la piel si la expongo al sol.

–Muy delicado eres tú para ser revolucionario.

–¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

–Todo y nada. Venga, no hables tanto y enjuágate. Te estoy esperando para que me ayudes a retorcer el pantalón.

Una vez acabada la colada y tendida convenientemente se vistieron y se tumbaron en la hierba, contemplando el azul del cielo entre las copas de los árboles. Samuel tornó a hablar con entusiasmo de sus proyectos matrimoniales. Mientras desgranaba los planes como una letanía, el ácrata asentía, musitando un “está bien”, apenas audible. El ronroneo de su voz originó que se adormeciera, por lo que cayó minutos después en un sueño profundo. Samuel, al percibirlo

enmudeció, permaneciendo sumido en sus pensamientos. Media hora después, Julio se despertó con gran sobresalto.

–¡Qué agobio! He soñado que subían a zurrarnos la badana.

–¡Sandios! Eres tú muy poco valiente para ser...

–Ya está bien de impertinencias –interrumpió airadamente–. No necesito que estés todo el tiempo diciéndome lo que soy y lo que no soy.

–Disculpa. No era mi intención tocarte el amor propio –contestó con una mueca irónica–. Es casi la una –añadió mirando su reloj. Nos llevamos la ropa como esté, porque si la dejamos aquí seguro que nos la birlan.

–¿Se ha secado?

Samuel se levantó y fue adonde estaba tendida. Se dobló para tocar su pantalón y la camiseta.

–Le falta aún. La tenderemos en los barrotes de la litera.

Al regresar, Valladolid, que estaba en la puerta de la cantina, al verlos se precipitó.

Los ojos hablaban por sí solos, como si hubiese visto un fantasma o quisieran anunciarles algo extraordinario.

–¡Ya están aquí! ¡Ya han llegado!

–¿Qué dices? No entiendo nada –repuso, Julio, sorprendido ante su actitud. Sin embargo, su mente trabajó rápido y

rectificó–. ¡Ah, sí! Te refieres a dos individuos que han llegado esta mañana en el tren de Bilbao.

–Claro, tío. ¡Los hermanos Crespo! Los burlangas de los que os hablé. Vienen a desplumar a más de un julandrón. Van de poblado en poblado. Seguramente, por lo que he oído, de aquí se darán el piro a la provincia de León, a las minas de Villablino. En ese pueblo corre la manteca, hay un vicio de la hostia.

–Hay que joderse. Nos avisas como si fuésemos burleros. Ni siquiera tengo curiosidad por estar presente en la timba –espetó Samuel.

–No permiten mirones. Ahí se va a jugar con guita o nasti de plasti.

–¿Estos tíos no doblan el espinazo?

–¡Qué coño! ¿Para qué quieren pencar si sacan jierro, burlando?

–Pues como se presente la Guardia Civil mira tú para qué les va a servir el jierro –atajó Julio.

–Lo tienen todo calculado. Son muy listos los hermanos Crespo. A cambio de un porcentaje en las ganancias, la Fandanga les organiza la timba, les da alojamiento y comida. El tumbaollas de Luisón se encarga de anunciar la hora y noche de juego. Se hará a puerta cerrada en el almacén que da a la cocina.

No quisieron saber más de algo que no les interesaba y se fueron al barracón.

No había nadie. Como se habían dejado la ventana cerrada, olía a calcetines sucios. Julio las abrió de par en par, sacó un cordón que llevaba en la mochila y lo ató de litera a litera, delante de la ventana. Sobre él colgó la ropa húmeda.

–¡Qué listo! Te la pueden mangar con sólo alargar el brazo desde fuera. Incluso pueden saltar; como no tiene barrotes.

–Les puede ver alguien. El barraconero se suele sentar allí enfrente. A lo mejor eso les disuade.

–Fíate de la virgen y no corras.

Comentando ésta y otras cuestiones se dirigieron al comedor. En ese instante entraban borbotones de hombres que se precipitaban sobre el mostrador. Aún era pronto, ya que los domingos la comida se servía un poco más tarde.

–¿Te apetece tomar algo? –preguntó Samuel, una vez dentro.

–No me apetece. Prefiero sentarme ahí, en el segundo banco, junto a la ventana.

–Vale. Voy a tomarme una cerveza y de paso le preguntaré a Dolores por el modo de enviar una carta urgente.

Se acomodó mirando hacia los trabajadores agolpados en el bar. Sacó el paquete de tabaco y compuso un gesto de

contrariedad porque sólo le quedaban dos cigarrillos. Se le había olvidado adquirirlo en las Gregorias. Se puso uno en los labios, prometiéndose que después de comer le compraría una cajetilla a Luisón, que estaría menos saturado. Vio entrar al Paraca y al Francés. Éste se quedó hablando con unos conocidos y el joven Paraca, con sus botas y pantalón de paracaidista, fue recto hacia la gramola. De pie, como si fuese a arrodillarse ante un santo en su peana, sacó unas monedas y las introdujo en la ranura. Marcó la canción elegida y enseguida se oyó la voz de Lolita como un lamento: "Amor, amor, amor...". Luisón, que servía bebida a toda máquina, aún le quedaron unos segundos para clavar sus ojos en los del joven, suspicaz ante lo que él quería ver como una alusión a su hembra. Ajeno a su mirada inquisitiva, el Paraca no quitaba ojos del disco girando. Parecía en trance, inducido por la melancólica voz de la cantante. De pronto, el gesto relajado de Julio se puso a la defensiva. El Legionario acababa de traspasar el umbral. Venía a pecho descubierto, orgulloso de mostrar su Cristo rutilante. Pero lo peor es que traía aquella detestable sonrisa en los labios. Éste, en cuanto vio al anarquista, se acercó con la mirada maliciosa.

–Hola, Madroñito. ¿Dónde te metes? No hay quien te vea el pelo –dijo, posando su mirada vil por el sedoso cabello de Julio.

–Que yo sepa no te he dado permiso para que me llames así –respondió con acritud.

–Uyyyy, qué miedo me das. Vale, no te pongas así y disculpa si te he ofendido –dijo soltando una carcajada provocadora.

Julio hizo un ademán despectivo, dirigiendo la mirada hacia otro lado. El tipo se fue a la barra sin cesar de barritar como un elefante salvaje. El ácrata se alegró al ver entrar al tío Quisquillas con un sujeto desarrapado, vistiendo una gabardina mugrienta que se le caía a pedazos. Caminaron hasta donde estaba él, saludándole el viejo con la mano.

–Maño, te presento a un colega que conocí en las obras del superpuerto de Bilbao. Es un tío legal. Alcantarilla, vamos, cuéntale aquí al joven tus peripecias.

–¿Por qué le llamas así? Es un nombre vejatorio.

–Al diablo con tus remilgos. Si le llamo así es por que este tunante nació en Alcantarilla, de Murcia. ¿No te jode, el juliano este?

–¿Quieres que le cuente lo del chupano? –preguntó, con gesto divertido.

–Natural. A él le gusta conocer bien el mundo de los carris.

–Y lo de que he venido desde Pamplona matando hormigas, ¿se lo cuento también?

–Todo, todo, no te dejes nada. Lo de las hormigas quiere decir que ha venido andando desde Pamplona. Más de dos días le ha costado. Solo, como un afilador.

–Eh, viejo caucón. Solo no, con una botella de coñac en el bolsillo. La primera noche me pilló una tormenta de jiñarse. Menos mal que vi un chupano, ya sabes, una choza a unos

metros de la carretera y me metí dentro. Con cada trueno le metía un trinque a la botella. La tormenta debió durar porque perdí el conocimiento. Amanecí con la botella vacía y una cabra royéndome el bajo del pantalón. Tenía una sed espantosa, así que no me quedó más remedio que agarrarla por las ubres y amorrarme. En eso estaba, cuando llegó el pastor. Me arreó el hijoputa una patada en el culo que casi me saca la puntera por la boca. Le quise plantar cara, pero entre lo débil que estaba de la tajada y que aquel bestia llevaba un garrote, desechado por gordo, lo mejor que hice fue coger las de Villadiego. Todavía me tiró algunas piedras con una honda que le colgaba del cinto. Pero a Dios gracias no me alcanzó ninguna –concluyó, sin borrarse la sonrisa de su cara.

–Se corre más con alguien arrojándote peladillas –dijo Quisquillas, aportando su jocoso punto de vista.

Julio se hacía cruces, de que aquella gente, hasta la situación más funesta la convertían en sarcasmo.

–Me parece grave que haya gente que le pidas pan y te lance una piedra –dijo, remangándose, pues empezaba a hacer calor dentro.

–¿Pero qué ven mis ojos? ¡Menudo peluco gasta el gachó! –exclamó, mirando el reloj de Julio con codicia.

–¿Qué pasa? Es un reloj corriente.

–Te doy un cangrejo por él. Hace tiempo que quiero tener uno como ése.

–¿Estás loco? Cómo te lo voy a vender si lo necesito yo. Además, insisto, el reloj no tiene nada de particular.

–No te hagas el duro. Te suelto un billete, cuando cobre, claro y encima te doy esta monada.

Extrajo una navaja del bolsillo con las cachas de hueso. Al abrirla para que éste la valorara mejor, realizó un siniestro chasquido de muelles.

Julio, impresionable ante estas acciones, se echó para un lado en el asiento.

–Vamos, Alcantarilla, guarda eso. Luisón va a pensar que estás amenazando a alguien en su local. Ya sabes que se come a los fanfarrones con arroz.

–A mí ése me la trae al sereno –dijo con aspereza, plegando la faca parsimoniosamente, haciendo audible el chasquido de sus siete muelles.

Tras guardársela, convencido de que no era posible el trato, se dio la vuelta, dirigiéndose a la barra.

Quisquillas se sentó al lado de Julio, que respiraba al librarse de él.

–No es mal tío. A veces se pone pesado, pero es una malva.

–Ya veo. Menuda herramienta de jardinería lleva en el bolsillo.

Se aproximó Samuel, balbuciendo palabras, que por el gesto de su cara eran de decepción. En cuanto estuvo ante ellos, dijo indignado:

–La bruja me ha dicho que las cartas urgentes son más caras. Como si yo no lo supiera. Lo que me escama es que me ha pedido cincuenta pelas. Dice que ella se encargará de darle curso.

–¿Tanto vale mandar una carta urgente?

–Por lo que se ve, sí. Espero que no me esté escamoteando la mitad. Por cierto, cuando hablaba con ella he visto a uno de los capataces y a la Mariposa Negra salir del cuarto. El tío traía cara de haber visto un ángel celestial.

–Hombre, precisamente un ángel –dijo Quisquillas con rechifla.

–Yo sé lo que me digo.

Esa tarde, Samuel la pasó debajo de un árbol, escribiendo y soñando. Verlo allí, empuñando su boli sangrando tinta verde resultaba tan conmovedor como un águila alimentando a sus polluelos. Ya no necesitaba recabarle a Julio palabras bellas con las que adornar sus cartas de amor. En sus conversaciones con él, muchas se habían alojado en su cerebro y podía disponer de ellas. Si bien la mayor parte de éstas eran políticas o de contenido social, él las utilizaba a su conveniencia, fabricando un texto que semejaba una prenda de vestir tejida con retazos multicolores. Pero para él lo que de veras importaba era la esencia que depositaba en cada uno de los vocablos. El ardor y

la inmensa dicha que embargaba su corazón al dirigirse a la quiosquera por escrito. Tan dulcemente embebido se hallaba que no advirtió la intrusión de un carrilano que venía del río con un retel de pescar cangrejos. Extrañado de que aquel tipo de nariz aplastada y aspecto bravo estuviese escribiendo como una frágil señorita, inició un carraspeo que era una forma de carcajearse.

–¿Qué pasa, chuflaitas? ¿Te va tirarte el rollo de chanelador?

–¿Y a ti quién te ha pedido tu opinión? –respondió, sobresaltado, pero con los ojos todavía bajo la emoción de los pensamientos.

–Nasti, tío. Mucho lustre, pero tienes careto de macarra.

Samuel dejó los útiles en la hierba y se incorporó como un resorte.

–¿No querrás que estrelle mi puño en tu fea cara? ¡Vamos, largo de aquí!

El otro pronunció algunas palabras ininteligibles para el boxeador. Viendo cómo las gastaba se dio media vuelta, portando la pequeña jaula en la que media docena de cangrejos trepaban por los alambres.

Entretanto, Julio, tumbado en la litera trataba de dormir la siesta inútilmente, pues no hacía nada más que entrar y salir gente del dormitorio. Para más inri los ayudantes de Joao dormían como ángeles, pero emitían ronquidos bestiales. El Paraca, recostado en su colchoneta, soplaba la armónica que

sonaba a diablos enfurecidos, aunque él se obstinaba en arrancarle las notas de “Suspiros de España”. En ese instante alguien empujó la puerta bruscamente. La figura que surgió bajo el dintel tenía los ojos vidriosos y el rostro contraído del beodo. El Paraca se apartó la armónica de la boca para increparle:

–Francés, ¿ya vienes cargado de bombo?

El aludido ladró unas palabras desdeñosas. Permaneció de pie en la angostura de las literas, balanceando el cuerpo con arranques nerviosos, a veces. Con los músculos de la cara tensos, gritaba dominado por la cólera:

–¡Me cago en mi padre! ¡Que es verdad lo que estoy contando!

Se refería el Francés a su afición a transmitir a los demás historias bélicas extraídas de su propia experiencia, que sólo narraba cuando estaba ebrio. El Paraca, encogiéndose de hombros se giró hacia la pared y prosiguió intentando arrancarle algún suspiro al instrumento. Frente a él, en la litera de abajo, el tío Quisquillas, sentado y apoyado en el respaldo, jugaba al solitario sobre un trozo de tabla colocada en sus flacas piernas. Estaba como ausente. Ni una sola vez alzó la vista hacia el entrometido borrachín, que ahora le había dado por cantar entre dientes, mientras se reclinaba en su litera de arriba: “Trágala, perro, trágala, que está Castaños en Bailén”. Julio, exasperado, chasqueó la lengua por no soltar una maldición. ¡Qué difícil era disfrutar de un poco de sosiego en aquel camarote de orates! Decidido, se calzó los zapatos y

abandonó el barracón. Paseando se fue alejando de allí, hasta aproximarse al segmento de casas cercanas a la estación. Dos tardes atrás, entre dos luces, había deambulado por aquel lugar, buscando respirar un aire menos enrarecido. Por mera casualidad vislumbró a través del cristal de una ventana algo que le ayudaría a mitigar la fealdad del ambiente en que estaba inmerso. Sentada delante de una mesa con el flexo encendido, una joven estudiante se aplicaba en los libros de texto. Discretamente, al socaire de unos árboles se sentó en una gavia de piedras. Aparentando que contemplaba las sombrías montañas, se dedicó a admirar aquel maravilloso espejismo. Sólo veía su perfil de esfinge, pero presumió que era agraciada por la perfecta línea de su boca, nariz y frente. Su larga melena la llevaba sujeta con una diadema. Se hallaba tan abstraída que ni siquiera se daba cuenta de que de vez en cuando una sombra irrumpía en la habitación para desaparecer a continuación tras la puerta. Julio supuso que sería su madre, que orgullosa ante la voluntad de trabajo de la hija, no se atrevía a interrumpirla con su oferta de un inciso para la merienda. La joven, a veces repetía algunas frases del libro, mirando al techo. Luego volvía a hundir la mirada en las páginas, sin advertir tampoco que alguien en el exterior la observaba oculto. Julio no se cansaba de escrutar las pequeñas manías que la estudiante desplegaba mientras subrayaba los párrafos. Unas veces se cogía el lóbulo de la oreja, otras, cuando el texto alcanzaba solemnidad científica, se ponía el bolígrafo de bigote, frunciendo el ceño, y en ocasiones se retrepaba en la silla, alzando los brazos, jubilosa por haber hallado la fórmula ignota. Al observador le parecían divertidas las espontáneas gesticulaciones de la muchacha. Hubiera permanecido más tiempo al acecho de no ser porque la

prudencia le aconsejaba que se esfumase de allí. Alguien del pueblo podía sorprenderlo espiando y pensar que era un exhibicionista o un sátiro sexual.

Regresó al poblado, amparado por la penumbra del crepúsculo. Del interior de la cantina le llegó el rumor de borrachos vocingleros. Fuera había varios hombres mirando con expectación hacia la puerta. En cuanto se acercó la tromba de amenazas e insultos que salió le hizo comprender que había habido gresca. Efectivamente dos tipos se habían golpeado y uno de ellos había sacado la navaja. Enseguida pensó en Alcantarilla y su obstinación al proponerle el trueque. “Quien tiene un arma mortífera tarde o temprano hace uso de ella”, pensó Julio. En ese momento se abrió la puerta violentamente y la figura iracunda de Luisón ocupó el hueco. Llevaba a cada uno de los pendencieros cogido del cogote como a los gatos. Los empujó fuera sin contemplaciones:

–¡Iros a mataros a otro sitio, malnacidos!

Trastabillaron a punto de caer por tierra, pero se mantuvieron en pie. El de la navaja, furioso y humillado, efectuó un conato de enfrentarse al cantinero, pero éste, como si se armara de paciencia, le increpó:

–Vamos, vete de aquí, monicaco. Del primer mojicón que te pego te tragas la navaja.

Rápido, intervinieron unos colegas, que se lo llevaron de allí a empellones. A Julio, no supo por qué, le alivió que no fuese Alcantarilla, quizá porque gozaba del beneplácito de Quisquillas. Por otra parte, el de la navaja tenía la cara de

corcho sin desbastar. Era el típico sujeto que no te gustaría encontrarte en un callejón solitario. Mientras se llevaban al caracorcho, el otro, que se había quedado solo, comenzó a lanzarle ladridos provocadores. Pero éste no pudo responder porque los que lo conducían en volandas intentaban convencerlo de que arrearle una “mojá” a aquel infeliz significaba buscarse el extravío.

Cuando la cosa se calmó, la música que había estado sonando durante la pelea, prevaleció, nítida e histriónica en las voces de Desmadre 75: “Saca el güisqui, Cheli, para el personal, que vamos a hacer un guateque...”. Julio no quiso entrar en la cantina. Miró por la hoja entreabierta y vio al Francés en la barra, que había estado observando la escena con absoluto desprecio. A su lado, como contrapunto, un grupo de carris se reían a todo trapo de los dos gallitos y su intento de picotearse. El anarquista se dirigió presuroso al barracón a contarle a Samuel el agradable hallazgo de la estudiante. La puerta estaba cerrada pero por el resquicio se veía la raya mortecina de luz. En el interior encontró a Quisquillas, sentado en el jergón, haciendo un solitario. Saludó, mirando hacia la solitaria cama del boxeador. El viejo, que le adivinó el pensamiento, dijo:

–Ha ido a entregarle una carta a la Fandanga.

–Se habrá encontrado en medio de la bronca –repuso el joven–. ¿No has oído los gritos? –preguntó, tuteándole, ya que todos en el poblado lo hacían.

El hombre no respondió de inmediato. Se demoró combinando cartas hasta completar una fila entera. Entonces,

alzó la frente, escrutándolo con sus ojos irritados, como si padeciese conjuntivitis.

–Los he oído. Es el pan de cada día, desgraciadamente. Se harta uno de esa canalla. Por eso lo mejor es esquivarlos. Hay carrilanos decentes, pero ésos son los menos. Te aconsejo que no te mezcles con esa carroña.

–¿Pero usted, pero tú –se corrigió– eres uno de esos desarraigados? –espetó en un reproche ya que su actitud la consideraba incongruente.

–Se puede decir que soy de la misma camada. Pero reniego de pertenecer a ellos y me aparto. Créetelo, siempre he sido un solitario.

–Pero eso es un comportamiento antiobrero. Debemos permanecer unidos para ser fuertes.

–No me vengas con gaitas. Además, ¿qué sabrás tú, ignorante de la vida? –dijo mirándole de un modo sombrío–. Si has venido aquí movido por algo político, te equivocas. Esta gente sólo quiere ganar dinero y gastarlo inmediatamente. Meterse en el vértigo del alcohol, el juego y las putas. Todo eso para olvidar quiénes han sido, quiénes son y cuál será su futuro. Muchos, la mayoría, diría yo, nos convertimos en bestias. Para que lo entiendas, como esos perros que sus dueños abandonan y se agrupan en el monte, convirtiéndose en salvajes y peligrosos.

–Pero usted no es así –de nuevo volvió a la deferencia del usted, sin advertirlo–. Yo le veo un buen hombre, ni

pendenciero ni borracho, es hombre legal. Por lo menos eso pienso yo.

–Natural. Soy una persona verídica.

–No comprendo. ¿Qué quiere decir?

–Está claro. Soy hombre de ley y lo que yo digo va a misa. ¡Rehostias!

–Quizá tenga usted espíritu de fraile que ama la soledad de la celda.

Quisquillas suspendió en el aire la carta que había cogido del mazo.

Le dirigió una mirada risueña. Algo irónicamente, le respondió:

–Ésta es mi afición más ruidosa –señaló al tablero con las cartas en posición–. Siempre he dicho que una nuez en un saco hace poco ruido. Una persona sola da poco fastidio.

De repente, como un juguete al que se le acaba la cuerda, enmudeció. Bajó la mirada al solitario, dando a entender que no le apetecía hablar más.

Julio, respetando su determinación de no airear pormenores de su existencia, retrocedió a su litera y se dejó caer, observando al viejo, cuyo rostro arrugado se había ensombrecido. Pero no pasó mucho rato sin que Quisquillas levantara su mutismo, cambiando de tema.

–Tu amigo estuvo ahí escribiendo la carta. Nada más terminarla se ha puesto muy contento. Ha tarareado una melodía y me ha dicho: “Voy a llevársela a Dolores. De paso le daré dinero para que me compre en Vitoria un disco del concierto de Aranjuez”. Ha dicho el cantante, pero como es un extranjero no se me ha quedado.

–¿Richard Anthony? –dijo Julio.

–Sí, creo que se ha referido a ése. A mí estas músicas de ahora... Si al menos fuera Angelillo.

–Está emperrado con el concierto de Aranjuez. Lo suyo es casi una obsesión. Dice que oírla le pone de un romántico subido. Las cartas que le escribe a su chica le salen, como diría, más líricas.

–¿Pero tu amigo es boxeador? Una pregunta inútil porque se ve enseguida.

–Lo es. No recuerdo en qué categoría. Está aquí para ganar dinero con el que pagarse el gimnasio y un preparador de púgiles.

–Por su complexión yo diría que es peso medio. Me alegro de compartir este cuartucho con un campeón. Por lo menos tendré alguien con quien hablar. He sido bastante aficionado al boxeo.

Julio alzó su muñeca hacia la luz para consultar el reloj.

–Es hora de cenar. Por cierto. ¿Y el Paraca? No lo he visto en todo el día.

–Se ha ido de zorrindangas –dijo el viejo, amontonando las cartas y colocando el tablero bajo la cama–. Cogió esta mañana temprano el tren para Bilbao. Supongo que volverá en el último, que creo que es a las diez y media de la noche. Seguramente vendrá sin sustancia y sin dineros, pero feliz por haber deshollinado la chimenea.

El comedor estaba atestado de gente. Habían distribuido las ollas con la sopa y la gente se iba sirviendo en los platos. El joven y el viejo avanzaron por uno de los pasillos hasta el final, que había sitio. Desde allí divisaron a Samuel, que con un desconocido trataba de apretujarse en la primera fila, junto a un grupo de encofradores. Éste, en cuanto los vio, renunció a la estrechura, hizo una señal al otro y se fueron hacia ellos. Se sentaron a continuación de Julio. Samuel presentó al sujeto que le acompañaba. Éste debía tener por encima de los treinta años. En su rostro había huellas de peleas o caídas por borracheras. A su dentadura le faltaba una de las palas superiores, por lo que al hablar a veces emitía ligeros silbidos.

–Aquí el colega es de la tierra –expresó, procurando hacerse entender entre la vocinglería.

–¿De qué parte de Aragón eres? –preguntó Julio, doblando la cabeza hacia él.

–Prácticamente he vivido toda mi vida en Zaragoza, aunque nací en un pueblecito de Teruel. Al principio de los cincuenta mis viejos emigraron a la capital. Se instalaron en el barrio

Verde, después mi viejo enganchó a trabajar de peón en la obra, hasta... Bueno –dijo interrumpiendo su biografía–, mi nombre es Rafael, pero todos me conocen por Teruel.

Julio, lleno de curiosidad, tomó el cazo y le sirvió dos de sopa en su plato. Preguntó:

–Perdona mi indiscreción, paisano. ¿Tu padre murió de accidente laboral?

–No. Murieron los dos juntos. Hace ahora ocho años de la tragedia. Esa noche se acostaron y mi vieja no cerró bien la espita del butano. El gas empezó a salir y se quedaron como pajaritos. Un vecino que se había levantado al baño de madrugada, al oler raro, llamó a los bomberos. Echaron la puerta abajo y se los encontraron muertos. El vecino me dijo que no se lo podía creer porque parecían dormidos. A mí me pilló en Mallorca, trabajando en una empresa de estructuras metálicas. Nada más avisarme uno de mis dos hermanos, me puse en camino lo más rápido que pude, pero cuando llegué ya estaban enterrados. Me afectó mucho su muerte. Dejé de comer, se me fue el sueño por un tiempo. Estábamos muy unidos mis viejos y yo –al decir esto se le arrasaron los ojos de lágrimas–. Desde entonces no levanté cabeza. Cambié de oficio, era oficial soldador y yo mismo me descendí a peón. No quería ninguna clase de responsabilidad. Al final no pude seguir en la capital y me eché al carril. Desde entonces aquí sigo, dando tumbos, colegas.

Los tres hombres le habían estado escuchando, sorbiendo la sopa en silencio. Quisquillas se hallaba taciturno, removiendo

lentamente el aguachirle. Entonces tuvo una reacción que desconcertó al anarquista.

–La vida te ha hecho pasar malos tragos, pero aquí tienes un amigo –dijo volviéndose hacia él y tendiéndole la mano–. Mi nombre es Guillermo, pero todos me conocen por el tío Quisquillas.

–Se agradece –dijo Rafael, estrechándola, y estrechando también la de Julio, que se la estaba ofreciendo.

–Mira por dónde ya somos tres maños –apuntó este–. Dicen que un maño solo es un somarda individualista, dos, una colonia, y tres, la revolución –añadió, soltando una risotada.

–El hambriento con pan sueña –repuso Samuel, torciendo el morro.

–También sueño con un mundo más justo para los oprimidos.

El turolense mantenía la mirada hundida, entristecido aún al evocar su historia.

–Vamos, Rafael, arriba ese ánimo –incitó Quisquillas, posando la mano en su hombro. ¿No te hace gracia lo que se dicen tus paisanos?

–No, que va. Ni pizca. También perdí la risa.

–Hola, esto es grave. Hay que reír de vez en cuando, hombre. Verás, yo soy de la provincia de Guadalajara. No me llaman así porque es demasiado largo para estos borrachingas. ¿Sabes lo

que le oí decir a un pastor filósofo de Sacedón? –Éste le miró asombrado, negando con la cabeza–. Pues mira, este hombre estaba pastoreando un rebaño de ovejas. Cuando observó que el sol estaba alto se sentó bajo un árbol a comerse las viandas.

No supo cómo pero detrás de otro árbol le salió un tipo enorme, con pintas de no haber trabajado nunca. Le dijo cuatro zalamerías y logró sentarse con él a aligerarle la pitanza. Resulta que el tipo era un escritor que sale en la televisión y que llaman Camilo Cela, o algo así, que andaba recorriendo la Alcarria. Como al pastor, cuando éste dijo que seguía camino palpándose satisfecho la andorga, se le puso mala cara al ver la alforja vacía, el escritor decidió pagarle, dejándole una frase para que la rumiara al ritmo que pacían las ovejas. Era ésta: "No esperes a ser dichoso para reír, porque puedes morirte sin haber reído". Desde entonces el pastor la repetía en los bares del pueblo, orgulloso de haber conocido al escritor.

Julio y Samuel se habían quedado mirándole, asombrados ante su facundia.

Fue el boxeador el que rompió el estado de encantamiento, al decir:

–Se le come la merienda y encima lo embruja con las palabras.

–A propósito de palabras, ¿Qué te ha dicho Dolores de tu propuesta musical? –preguntó Julio.

–¿A qué te refieres?

–A tu idea de comprar un disco del concierto y meterlo en la gramola.

–Nada, maño. Ha soltado su risita de hiena y se ha metido a trastear en el almacén. Ha sido el querindango el que me ha dicho, que lo que faltaba, música a la carta. Luego la ralea esta le pedirá comida a la carta y al final hasta una negra para que los abanique. “Confórmate con lo que hay, chaval”, ha terminado diciéndome el muy tarugo.

Las ruedas de los carritos de la comida se oyeron de nuevo. Ortiz y Cayetano fueron dejando en el extremo de cada mesa una enorme bandeja. Los comensales se fueron sirviendo y en un santiamén atacaron el segundo plato, que consistía en salchichas con tomate frito. Como los cuchillos no cortaban ni el agua, Teruel sacó su navaja para ayudarse. Los dos amigos se intercambiaron una mirada de alarma:

–¿Qué pasa, nenes? ¿No gastáis jierro? –dijo él al advertirlo.

–No. ¿Para qué lo queremos?

–Deberíais agenciaros una y enseñarla de vez en cuando. La prudencia, algunos de estos volatineros la interpretan como debilidad. Ése es el peor punto flaco que se puede tener en un sitio como éste.

–¿Qué me compre una navaja? –exclamó Julio, llevándose un pedazo de salchicha a la boca–. Tú estás majareta. No me pienso meter en ninguna trifulca. Es más, huyo de ellas como de una tormenta.

–Yo no necesito, jierro, como dices tú –dijo Samuel, ufano–. Me basto con éstos –añadió, cerrando los puños en actitud provocativa.

Después de los postres, los dos amigos expresaron su deseo de salir al exterior a esfarragar la comida. Teruel prefirió quedarse con Quisquillas, que aún le quedaban un par de cucharadas de lentejas. Aquel hombre de pelo cano y carácter bonancible le había traído remembranzas de su difunto padre. Teruel se encendió un cigarrillo, contemplando al viejo, que se afanaba ahora en las salchichas. Como masticaba con dificultad, dijo que a su molino le faltaban unas cuantas piedras para hacer bien la molienda. Para ilustrarlo abrió la boca, mostrándole su devastado interior, en el que asomaban un par de raigones y escasas muelas. Julio y Samuel alcanzaban la puerta, cuando les pareció reconocer a alguien en el racimo de hombres de la barra. Era Valladolid, y a juzgar por sus ademanes grotescos estaba ebrio. Éste, al ver a los jóvenes, les requirió con un gesto de la mano.

–Ey, chorvos, venid con el chache. Con un chorvito de champán –canturreó, riéndose como un perro asmático.

–Ni se te ocurra acercarte. Va a darte un sablazo –advirtió Samuel, al ver que su amigo se giraba.

–Seguramente querrá un cigarrillo. No le voy a negar semejante insignificancia.

–No escarmientas. Venga, corre a que te aligere el bolsillo. Yo me voy a tomarme un coñac a las Gregorias –agregó, abriendo la puerta.

Julio no respondió. Se aproximó entre la gente a Valladolid que le miraba con una sonrisa y los ojos vidriosos.

–Te aviso que si me pides dinero te vas a llevar un chasco. Estoy sin un duro hasta dentro de tres días que cobremos la paga.

–El grandullón no me quiere servir un vaso de vino, tío. Y la macandona me dice que me vaya a dormir la borrachera. Están contra mí los muy cabrones.

Observó que tenía la cara llena de rasguños. Se le ocurrió preguntarle medio en broma:

–¿Esas heridas en la cara? No me digas que te sigues afeitando con la tapa del bote de sardinas.

–Sí, ¿qué pasa? ¿Te importa algo? ¿Tú sabes dónde está la fuente del vino? Sí, no pongas esa cara de incrédulo. Una fuente que por sus caños mana vino en lugar de agua. Me lo contó un carri hace años. Él había estado y se había puesto de beber como un cerdo. No me dijo dónde estaba porque no le dio tiempo. Mientras me lo contaba con un borracherón de mil pares de cojones le dio un patatús y la espichó en el acto. Llevo desde entonces buscándola, recorriendo España de punta a punta. He preguntado, pero nadie ha sabido darme norte. Seguro que tú lo sabes. Anda, dímelo en voz baja para que no se enteren estos desgarramantas.

–¡Yo que voy a saber! ¿Una fuente que mana vino? ¡Anda,

hombre! ¡Qué disparate! Dice Samuel que yo sueño, pero lo tuyo son visiones. Vamos, compañero, vete a dormirla que mañana hay que currelar.

–Déjate de mamonadas. Ni que fueras mi madre. ¡No te jode!

–Me voy, ahí te quedas, Valladolid.

–La fuente, si lo averiguas, dímelo, no lo olvides.

Fuera no estaba Samuel. Se detuvo a unos pasos, atisbando las farolas encendidas de las oficinas. Era lo único que alumbraba aquella zona. No le apeteció ir a reunirse con él al bar de las hermanas. El poblado, al oscurecer, no era nada seguro. Borrachos amenazantes merodeaban en las sombras, alborotando y discutiendo entre ellos. Visto el panorama, pensó que lo más sensato era recluirse en el barracón como un cartujo. Sentía necesidad de leer. O mejor le escribiría a su madre. La tenía un poco abandonada. Súbitamente su imagen creció dentro de él como una llamarada. Era imprescindible que hablase con ella por escrito; debía tranquilizarla contándole que el trabajo era excelente y bien remunerado. La comida, no como la que cocinaba ella, pero bastante aceptable. La habitación, cálida y confortable, y los compañeros de trabajo, unos benditos. Y no añadió que los jefes eran lo más parecido a una asociación altruista, porque eso no se lo hubiera creído. Solo en el dormitorio, aprovechando que estaban en la cantina, terminó la carta a su madre. La guardó en espera de pedirle un sobre y sello a Samuel, y entregársela luego a Dolores. A continuación sacó de la mochila uno de los dos o tres libros que había traído. “Teoría

del evolucionismo”, de Spencer, una edición argentina bastante sobada, con varias de sus hojas dobladas por las continuas interrupciones en su farragosa lectura. Llevaba leídas una docena de páginas, cuando oyó la puerta abrirse. Las figuras de Quisquillas y el Paraca penetraron, ensombreciendo la estancia. Eran las once y cuarto. El Paraca acababa de llegar de Bilbao, en el último tren. Ante la curiosidad del viejo, acerca de su viaje, éste le dijo, con un gesto mordaz, que era una ciudad muy interesante, especialmente el barrio de las Cortes. No dijo más.

A Julio le extrañó que no pormenorizara. Normalmente, los que se iban de putas venían contándolo con todo lujo de detalles. Pero éste no quiso explayarse, sus razones tendría. Les dedicó un bostezo, manifestándoles su agotamiento, se desnudó y ocupó su lugar en la litera. Segundos después estaba roncando. Al poco llegó Samuel y tras él, Ortiz y Cayetano, que esparcieron su tufillo a guisote. El boxeador no tardó en arrebujarse bajo la manta. Julio, a su vez, había cerrado el libro. Se desvistió y se metió en la cama. Dio unas manotadas a la almohada, buscando postura para tratar de conciliar el sueño. En esos instantes faltaba un cuarto de hora para la media noche. Una mano pulsó el interruptor y la celda quedó a oscuras. En la cantina seguía el bullicio. Curiosamente, algún sensiblero borracho había seleccionado en la gramola la canción de moda de Lorenzo Santamaría: “Para que no me olvides, ni siquiera un momento...”.

A la una y media de la madrugada el silencio en el poblado era absoluto. La luz de la luna entraba a través del cristal, confiriendo al lugar un aspecto fantasmagórico. La respiración

de los cuerpos era fuerte, ahogada a veces por algún ronquido. De pronto la puerta se abrió despacio y una silueta irrumpió sigilosamente.

Sin encender la luz para mantener su impunidad, avanzó con las manos por delante para no tropezar. Se encaramó con esfuerzo en la litera y se tumbó, vestido y calzado. Era el Francés, quien no tardó en dormirse, dejando en la enrarecida atmósfera olor a vinazo. Una hora más tarde, un grito espeluznante sobresaltó a los hombres que dormían.

–¡Que atacan! ¡Todos a las armas! –bramaba con desesperación–. ¡Defendámonos o nos achicharran vivos!

Se habían despertado todos lanzando imprecaciones. Julio y Samuel, incorporados en la cama, miraban en la oscuridad hacia la litera del Francés, pues habían reconocido su voz. Samuel se estiró en la cama hasta el interruptor y encendió la luz, soltando una maldición:

–¡Me cago en tus muertos, Francés! ¡Déjanos dormir, hostias!

El aludido se agitaba sobre el jergón, gesticulando y hablando entre dientes. Súbitamente saltó al suelo y de pie en el pequeño espacio entre literas, con el rostro transfigurado, comenzó a accionar los brazos como si empuñara una ametralladora.

–¡Disparad, que no quede ni uno de esos malditos! –gritó, enfebrecido.

–¿Ya está otra vez este cabrón con la pantomima? –dijo el Paraca, restregándose los ojos.

–Esto es demasiado. ¡Un loco! –exclamó Julio.

–Déjalo, como se acerque ese chalao le arreo dos hostias –repuso Samuel.

El Francés, tras simular que les arrojaba una granada, se precipitó con los ojos desorbitados hacia la puerta. Salió al exterior emitiendo alaridos. Por la ventana vieron su figura bañada por la luna correr en dirección al río.

–Tranquilos, ése ya no vuelve en toda la noche –dijo Quisquillas, sentado en el borde de la cama, con una botella vacía agarrada del gollete, por si acaso.

Efectivamente, pasaron el resto de la noche durmiendo en calma. Al alba, regresó el fugitivo, maltrecho y magullado, tras pasar la noche tirado en los matorrales de la ribera. Traía el mismo aspecto de consternación que Paúl Naschy, dando vida al hombre–lobo, y que una vez desaparecía la luna en el cielo, regresaba totalmente abatido, con la camisa rota manchada de sangre. El Francés no se disculpó, ni nada dijo respecto a su actuación, sencillamente porque no se acordaba de nada. Al mediodía, el Paraca, que lo conocía por haber coincidido en otros trabajos, relató a los dos amigos el porqué de la aterradora representación bélica de aquel singular personaje. Con palabras sencillas explicó que padecía de una perturbación mental que los médicos especialistas llamaban estrés postraumático y que equivocadamente el profano denominaba psicosis de guerra. El sobrenombre de Francés le venía porque

había luchado como mercenario en la colonia francesa del Chad. Estando allí un trágico suceso le marcó inexorablemente. Se hallaba esperando en la larga fila de soldados para cobrar la paga, cuando fueron bombardeados por un avión enemigo. Él había llegado de los últimos y resultó ileso, pero ante sus ojos horrorizados se hallaban los restos de ochenta hombres diseminados.

–¿Pero entonces es peligroso compartir habitación con él? –intervino Julio.

–Hasta ahora no ha sido agresivo con la gente. Le da el ataque y se va corriendo al otro lado del puente. Ya lo viste anoche. Algunos dicen que se refugia en el antiguo balneario. Gente del pueblo ha comentado que de vez en cuando oyen gritos terribles en el interior del balneario que lleva cerrado más de cuarenta años. Digo yo que será él, que salta por la ventana y recorre las salas vacías, aullando. Allí, desde luego no se mete con nadie. En cuanto duerme se le pasa y ya como si tal cosa. Claro, hasta que vuelve a beber en demasía. Luisón se niega a servirle pero a la larga, él siempre acaba por conseguir bebida.

Julio se hallaba impresionado por la historia. No supo por qué pero le trajo a la mente una de sus recientes lecturas: “Memorias de un revolucionario”, de Kropotkin, en la que da cuenta de hechos espantosos en la Rusia de Alejandro II.

Sintió un gozo interior al considerarse, en cierto modo, émulo del revolucionario ruso.

## XIX

Mayo hizo su presentación con días calurosos y abejorros zumbadores invadiendo el poblado. Abril se había despedido con un constante sirimiri, ante el cual, el Consorcio, resuelto a no perder días de trabajo, distribuyó impermeables amarillos entre los trabajadores. Por supuesto, jefes y demás mandamases se cubrían también con esta prenda, cuyo color hacía juego con el de sus cascos. Cuando la lluvia se retiró para dar paso al refulgente sol, el valle en su totalidad les ofreció un bello paisaje multicolor. El día dos de tan florido mes, un furgón blindado salió de Vitoria alrededor de la una de la tarde, penetrando una hora después en el valle por las localidades de Subijana y Pobes. Con el motor rugiendo cruzó el puente sobre el Bayas, giró por las oficinas–palafito, avanzó por la calle de grava, rozando las ramas del pino solitario y se detuvo finalmente delante de la puerta de la cantina. Los hombres, al salir del comedor para dirigirse a la flota de Land Rover, aparcada en batería en la primera línea de barracas, comenzaron a dar gritos de alegría:

–¡Ya está aquí la manteca! –vociferaron, alzando los brazos en señal de triunfo.

Tan halagüeña noticia corrió como la pólvora. En el interior, una abigarrada multitud apuraba sus cafés y sus copas de coñac. Dejaron las monedas por su consumición en el mostrador y se precipitaron a la calle. Se produjo una excitación general, lo que ocasionó que muchos corrieran como si hubiera llegado el rey persa en su lujoso carruaje, lanzando monedas de oro al aire. Se agolparon en la puerta, empujándose ansiosos por ser los primeros en acariciar los billetes de Banco. El furgón, de color marrón, con una faja atravesada en la que llevaba rotulado el nombre de la empresa de seguridad, cesó de ronronear, aunque permaneció herméticamente cerrado durante cinco largos minutos. Dos pares de ojos espiaban por las angostas ventanillas a la muchedumbre. Luego se oyó un chasquido y la puerta de atrás se abrió. Saltaron dos tipos fornidos con enormes pistolas colgando del cinto. Detrás descendió un hombrecillo con camisa blanca, cargado de espaldas y la piel de un color amarillento, como si padeciera de ictericia. Se trataba de uno de los contables del Consorcio en Vitoria. Mientras los vigilantes se colocaban como feroces cancerberos en cada esquina del furgón, el contable rogó con una débil vocecilla que formaran fila. Como apenas se oía, un encofrador que tenía voz potente hizo de megáfono, repitiendo la solicitud de orden y paciencia. Los obreros fueron haciendo fila a lo largo de la nave, hasta las tierras baldías del último barracón, mientras el empleado subía de nuevo al vehículo, y abría una pequeña portezuela, similar a la de una taquilla de barraca de feria. Con su mano huesuda indicó que se acercara el primero. La ejecución del cobro era rápida: firma de nómina y entrega del sobre con el dinero. “Si tiene algo que reclamar diríjase a la oficina de Zuazo”, repetía de vez en cuando el contable. Cada

cual, con el sobre agarrado con fuerza, se apartaba a contar los billetes, como un perro se oculta a roer su hueso. El tiempo transcurría con el sol cayéndoles a plomo. Los hombres en la fila se despojaban de la camisa o se acercaban al grifo a meter la cabeza debajo. En el interior de la enorme caja de acero, el contable sudaba copiosamente, dándose aire con una libreta y respirando con gran sofoco. Los vigilantes observaban el desarrollo de la operación, impertérritos, con un cerco enorme en la camisa a la altura de la sobaquera. A las tres y media quedaba muy poca gente en la fila. Como contraste, la cantina se hallaba llena de hombres mojando con gran alborozo la paga.

Pero volviendo al exterior, nadie de los pocos que quedaban frente al furgón pareció percatarse de la figura que salió del cercano barracón. Era la de alguien que caminaba con paso vacilante, el ceño hosco. Se dirigió a la cola y se puso el último, silencioso, mirando aterrado al cielo por si llegaban los aviones a bombardear: era el Francés.

Julio y Samuel a su vez trataban de oírse en medio del murmullo de la cantina. El anarquista examinaba la nómina atenta y minuciosamente. Hacía comentarios, elevando la voz aposta, en un intento de sembrar dudas en relación con la transparencia de éstas.

–A partir de las ocho horas trabajadas, las demás se consideran extras. Yo aquí no veo que las paguen como tal –dijo Julio, mostrando la suya a los circundantes.

–Porque te las habrán totalizado en el cómputo general

–repuso Samuel–. ¿Qué te crees que no sé palabras en tu jerga?

Julio compuso una mueca risueña, pero no respondió, abstraído en descubrir alguna anomalía que pudiera sacar de su equívoco al boxeador. Los demás contaban los billetes con regocijo, sin importarle la reivindicación encubierta del rubio larguirucho. Entonces se oyó alboroto fuera. Se precipitaron a ver qué pasaba. Vieron al encofrador que había hecho de megáfono tratando de sacar por la ventanilla al aterrorizado contable.

–Me cago en tu casta. Me falta un duro en la paga. ¿Quién me lo ha escamoteado? ¡Vamos, dilo, si no te arranco la cabeza! –gritaba apretándole el cuello.

–¡Socorro, libradme de este loco que me va a desollar vivo! –berreaba el hombre, con el cuerpo entallado en el pequeño hueco.

Rápidamente intervinieron los vigilantes y alejaron de allí al reclamante con un grado más de brusquedad de la que él había utilizado con el empleado. Julio se fijó en él y pensó que podía resultar interesante intercambiar pareceres con aquel indómito.

Mientras grababa en la memoria su cara de rasgos duros, no advirtió a Valladolid, que abriéndose paso en el gentío se hallaba delante de él.

–Toma, colega, el cangrejo que me prestaste –dijo extendiéndole el billete de quinientas pesetas.

Sorprendido por el gesto de honradez, apenas logró balbucear...

–Gracias compañero.

Iba a añadir algo más, cuando un estrépito de bocinas le interrumpió. Los conductores de la flotilla apretaban el dedo con vehemencia, apremiados por dos capataces de cascos rojos. Uno de ellos se situó frente a la multitud, exhortándola con grandes voces:

–¡Venga, gandules, se acabó el recreo! ¡Guardar la piruleta y a trabajar! ¡Todo el mundo a los Land Rover!

Hasta ese momento, Luisón y Dolores se hallaban pictóricos, sirviendo bebida sin tregua. La rolliza mujer se deleitaba pensando que esa noche más de uno solicitaría acostarse con la Mariposa Negra. La chica no se opondría porque la tenía bien adoctrinada. Desde el primer día la había sometido a lavado de cerebro, no sólo logrando que se amoldase a las circunstancias sino extrayendo de éstas el mayor beneficio. La Fandanga, con no poco cinismo, solía musitarle su frase favorita, mientras peinaba su larga cabellera: “Hija, allá donde haya hombres, llévalos al lecho, y saca el mayor provecho. Dos mil pesetas por un rato es mucho dinero para hacerle ascos”, añadía la alcahueta. Pero Cristina Do Silva no decía nada, callaba y se dejaba hacer.

Por una de las ventanas vio partir a los obreros con una mueca irónica. Observó, antes de que subieran a los autos, cómo muchos de ellos llevaban la mano subrepticiamente al bolsillo, asegurándose de que el sobre seguía allí. Dolores debía

estar pensando: “Esta noche te espera la ‘amantis’ religiosa. Descuida, sacrificado trabajador, que ya te aligeraré yo de dinero, antes de que esos canallas que te rodean te lo roben”.

Julio, ajeno a los maquinadores pensamientos de la proxeneta, embutido en el coche, que traqueteaba por la deteriorada carretera, observó a los hombres de su alrededor con curiosidad. Llevaban el casco amarillo puesto y su expresión era de dicha. Muchos lo llevaban consigo, para que otros compañeros no se lo cambiasen, ya que una vez tu cabeza se adaptaba, resultaba penoso amoldarte a otro. Él, sin embargo, se lo olvidaba adrede en el tajo. Era reglamentario llevarlo en el trabajo, pero odiaba aquel objeto de tortura que tanto dolor de cabeza le producía. ¿Es que no podían diseñar algo con un material más soportable, con agujeros para que airease la mollera? Samuel también se solía venir con él puesto, y además le había colocado un barbuquejo para que al inclinarse en el encofrado no se le cayese al vacío. Lo cierto es que no entendía el porqué ese apego a algo que te cocía el cerebro, sobre todo en verano.

En la cantina, los ayudantes fregaban el suelo, Luisón reponía bebidas y Dolores, junto con su pupila, ayudaban a Joao a poner orden en la cocina. Observando el trajín se hallaban los hermanos Crespo, sentados en la primera fila de bancos. Fumaban y bebían con fruición sus copas de coñac del más caro, mientras se daban cartas en una mano de bacarrá, ficticio. Una especie de ejercicio preparatorio para la timba que iba a tener lugar esa noche. En ocasiones deslizaban una mirada cargada de intenciones lujuriosas a la Mariposa Negra. Ésta, apercibida de sus atisbos, se hacía la ofendida y volcaba

los ojos sobre el fregado de las cazuelas. En cambio, Dolores, que no perdía ripio, respondía con signos afirmativos a los hermanos, insinuándoles que la cama estaba lista para cuando les apeteciese pasar un maravilloso rato con la joven.

Entretanto, Julio seguía viaje en el atestado vehículo, aplastado literalmente contra la ventanilla, contemplando a las voraces máquinas engullendo el monte. Le vinieron a la memoria las nuevas caras que dos días atrás había conocido. Tres jóvenes de Vitoria, presumiblemente estudiantes, que habían venido a trabajar a la autopista como ayudantes de topógrafos. La primera vez los vio al otro lado del río, con el topógrafo profesional, concentrados en medir y estudiar la orografía del terreno. Por la tarde llegaron a la altura del parque de vigas, con el cauce por frontera. A la hora de la comida cruzaron por el improvisado puente de tablas y pidieron al encargado que les dejase guardar los trípodes y teodolitos en el almacén. Julio, que se había quitado el casco para secarse el sudor de la frente y para verlos mejor, permaneció de pie, hasta que Badajoz señaló los Land Rover que regresaban para llevarlos al comedor. El grupo de Vitoria se subió en el último. Julio hizo lo posible por coincidir con ellos, pero uno de los conductores lo llamó, diciendo que faltaba uno para completar el viaje. Una tontería, dicho sea de paso, porque apilándolos como a alpargatas hubieran cabido los treinta hombres. Una vez en el comedor, intentó nuevamente sentarse cerca de ellos. Esperó a que pasaran delante y se fue detrás con disimulo. Encontraron libre una fila del medio y fueron ocupándola. Justo, cuando se iba a sentar al lado del que parecía llevar la voz cantante, un tipo, con el mono lleno de pegotes de cemento, se le adelantó. Le sonrió

con repulsiva socarronería, al tiempo que se abalanzaba a la cesta de chuscos, que había ido dejando Ortiz. Julio, tableteando la mesa con los dedos, miraba con gesto de fastidio a su vecino. Éste, que no se daba por enterado, roía el pan como un conejo silvestre. Se tuvo que conformar con observarlos con el rabillo del ojo y aguzar el oído.

Aunque los jóvenes hablaban bajito, oía sus conversaciones, que sin ser explícitas, él, que se tenía por hombre avezado, estaba seguro de detectar claves ocultas. Su intuición de revolucionario le decía que era gente organizada y que no estaban allí por casualidad. No eran simples estudiantes que buscasen pagarse los estudios con un trabajo de verano. Por este motivo y porque deseaba averiguar más sobre ellos, esa misma tarde, al verlos cruzar de nuevo el puente para guardar sus utensilios, procuró hacerse el encontradizo. Sin embargo, no pudo evitar pensar que su olfato podía fallarle. ¿Quién le aseguraba que no eran secuaces al servicio del Consorcio, especializados en descubrir agitadores? Lo mejor en estos casos era ser sagaz, sondearlos mediante algún subterfugio. Eso pensó y lo puso en práctica al ofrecerse para conducirlos al almacén, con el pretexto de ir a recoger determinada herramienta.

–¿Cómo? ¿ya os vais y todavía queda sol? –preguntó, mirando al que parecía mayor, pero que no llegaría a los treinta años.

Éste le miró y no supo interpretar si era un reproche o simplemente quería manifestarle su afabilidad.

–Nos queda un rato de carretera hasta Vitoria. Aparte, que nosotros sólo hemos contratado con el Consorcio ocho horas de trabajo.

–Aquí hacemos once horas –respondió en el tono más neutro que pudo. Es bastante duro, pero no queda otro remedio si quieres ganar dinero.

–¿Pero la gente está conforme? ¿No exige trabajar menos horas?

–No, en absoluto. Si acaso pedirían hacer alguna más –repuso, Julio, estudiando la reacción de éstos–. Son bastante brutos.

–Creo que eres injusto con ellos –le recriminó otro, echándose para atrás los mechones de su larga melena–. La sociedad no les ha dado ninguna oportunidad. Les han convencido de que han nacido para trabajar como bestias y eso es precisamente lo que hacen. El reto está en hacerles ver que pueden y deben rebelarse contra esa situación.

–No, si yo también pienso así. Me he expresado mal. Sólo digo que tienen conciencia de explotados pero les cuesta reaccionar.

–Entonces hablamos un lenguaje muy parecido. Me alegro, sinceramente. No es fácil encontrar gente que sepa ver las cosas –atajó el mayor del grupo.

Conversaban en la puerta del almacén. El encargado, en el extremo de la campa, les miraba sorprendido, tal vez

preguntándose qué andarían cuchicheando: “Seguro que de la endiablada música moderna”, debió pensar al comprobar las melenas de dos de los cuatro jóvenes. Julio a su vez, meditaba si procedía dar el siguiente paso. Las cartas estaban sobre la mesa, con el agravante de que los otros habían visto su juego. Carraspeó y dijo sacando el paquete de cigarrillos:

–Llevo poco tiempo trabajando aquí, por lo tanto comprenderéis que debo ser cauto –expresó, ofreciéndoles fumar–, sin embargo, en cuanto os vi algo me decía que podíais ser gente organizada.

Los demás, aceptaron un cigarrillo, excepto el mayor que no fumaba. Este dirigió la mirada hacia el encargado, respirando aliviado al comprobar que se había desentendido de ellos. Inspeccionó a los obreros dispersos, absortos en su tarea. Por último escrutó el semblante interrogativo de sus compañeros. La expresión afirmativa de éstos le espoleó a hablar:

–Podía decirse que sí, pero mejor lo dejamos en suspenso. Presumo que no eres un Llanero Solitario, pertenecerás a algo... Pero digamos que no nos interesa –agregó, iluminando su rostro con una franca y amigable sonrisa.

–Mi nombre es Julio Salazar –dijo, sin alargarles la mano.

–Yo soy Alfonso Jáuregui –respondió sin hacer ademán de tender la suya. Los otros dos pronunciaron sus nombres: Chema, el del cabello largo, castaño, y Ernesto, también con una frondosa cabellera, negra como ala de cuervo.

Terminaron de depositar el trípode y tres jalones pintados de

rojo sobre uno de los estantes. Al salir, Alfonso se detuvo ante Julio, que les había estado mirando desde el dintel. En un susurro le dijo:

–Cuenta con nosotros para lo que necesites.

–Gracias, lo mismo digo. Aquí me tenéis para lo que se tercie.

Pero Alfonso, pasando su mano a contrapelo de su barba de tres días, enarcó las cejas, como si hubiese caído de repente en algo y no se perdonase su ingenuidad. Dijo sin andarse por las ramas:

–Si resulta que eres un confidente de la policía nosotros negaremos haber hablado contigo. Será tu palabra contra la nuestra.

–Descuida, que no soy ningún boqueras –dijo Julio, acordándose de la palabra carrilana.

Les observó alejarse entre los obreros que alzaron la cabeza para mirarles, con la mueca de envidia con que un pringado mira a un señorito. Cruzaron el puente hasta el otro margen donde les esperaba el Land Rover que les llevaría a Zuazo, donde Alfonso tenía aparcado un coche de ocasión de su propiedad.

Esa tarde, de regreso al poblado el anarquista prefirió no relatarle a Samuel su interesante encuentro con los topógrafos. Casi seguro que de referírselo haría algún aspaviento en contra de sus nuevas amistades. Mejor era ir dándole cuerda, aunque llegaría el día en que ésta se acabase y tendría que pasar a la

acción, sin importarle faltar a su palabra de permanecer, ciego, sordo y mudo. Aquel trabajo era un pozo infecto de injusticia y abusos contra los trabajadores. No podía mantener una actitud de indiferencia porque iba contra sus principios y contra su dignidad.

Al entrar en la antesala del barracón se topó con el Paraca, afeitándose en el retrete. Se saludaron y Julio entró en la habitación. Los demás no habían llegado aún, pero sí Samuel, que acababa de clavar una alcayata junto a su cama y había colgado el casco. Había utilizado una piedra para golpear. Al verlo, dijo al tiempo que la arrojaba por la ventana:

–Hoy traes cara de venir de una verbena. Poco te has cansado por lo que veo.

–No ha estado mal. La tarde ha sido satisfactoria, relajante y llena de expectativas.

–Vaya rollo te gastas para decir que te has tocado los cataplines.

Julio rió a mandíbula batiente. Le propuso ir a tomar una cerveza en las Gregorias, antes de la cena. Samuel lo rechazó, arguyendo que estaba agotado.

–Voy a quedarme tumbado hasta la hora de la jalancia –dijo, subiéndose a la litera y tendiéndose boca arriba–. Estoy molido, tío. Hoy hemos trabajado duro. Han llegado los mandamases. No veas, menuda cuadrilla de cascos blancos. La gente ha agachado la cabeza y es que ni respiraba. Jamás he visto yo encofrar más aprisa.

No insistió. Cogió la toalla y una pastilla de jabón y salió a la calle a lavarse la cabeza en el grifo. Regresó al dormitorio. Aprovechando que el Paraca había desocupado el retrete, sacó de debajo de la cama una pequeña palangana y un espejito que había comprado en la tienda. Fue al cubículo y dio la luz. Sobre un clavo, que alguien había incrustado, colgó el espejo. Salió a por agua y regresó de nuevo a comenzar el ritual de enjabonado. Los hombres en el poblado se afeitaban donde podían. Había clavos en los laterales de los barracones y allí colgaban el espejo para rasurarse, naturalmente los fines de semana, con luz del día y usando muchos el interior del casco como palangana. Otros apoyaban el espejo en la misma ventana. Mirándose el rostro se afeitaban concienzudamente. Éstos diríamos que eran los pulcros, pues el resto prefería pasar con barba de varias semanas. Cuando en ésta empezaban a engancharse los fideos, entonces decidían que actuase la Filomatic. Julio, en la intimidad del retrete, estaba procediendo a librarse del rastrojo de barba rubia. Mientras lo hacía, observó que le había crecido el pelo de la cabeza de un modo para él, desmesurado. No se había sentado en el sillón de un barbero desde que empezó a trabajar en la mina. Le gustaba llevarlo muy corto y, sin embargo, ahora el cabello le cubría hasta la mitad de la oreja, dándole un aspecto de yeyé trasnochado. Retiró el pelo hacia atrás, destapándolas. Además de sentirse incómodo no le parecía dar una imagen seria con aquellas greñas. Recordó que Eusebio el barraconero los domingos por la mañana los dedicaba a cortar el pelo por dos pesetas. Prometió hacerle una visita, a pesar de que no le gustaba cómo le miraba. Al entrar en la habitación a dejar las cosas se fijó en Samuel, adormilado. Contempló unos segundos su nariz chafada. Visto así parecía un inocente jovencito. “La

fiera cuando duerme parece menos fiera”, pensó con un esbozo de sonrisa. No le dijo nada y salió de allí. Sin vacilar, dirigió los pasos a la porción de casas de la estación. Sentados bajo el pino solitario había varios tipos bebiendo vino de una botella. Uno de ellos le llamó. Reconoció el metal de su voz, era uno de los colegas de Valladolid.

–Eh, rubio, ¿dónde vas tan aprisa? Ven y únete a la francachela, ja, ja.

Le sonrió afablemente, pero rehusó con un gesto de la mano. La tarde se había ido apagando, despidiéndose con un resplandor rojizo en Sierra Brava. Corría una ligera brisa que deshilachaba las nubes sobre el desfiladero. Aquella hora de penumbra le sugirió cambiar de rumbo. En lugar de enderezar hacia la carretera y tomar dirección al bar, se desvió a mitad camino. Avanzó hacia el racimo de casas, atraído por las dos farolas encendidas. Echó los pasos con precaución hacia su lugar de observador furtivo. Mientras se aproximaba entre las matas, notó que el corazón le latía deprisa. Quiso imponerse al impulso que le llevaba hasta allí, pero le resultaba difícil. Si hubiera dado orden de retirada a su cerebro, sus piernas habrían desobedecido. De modo que siguió internándose, sigiloso como un ladrón. Escrutó la fachada de enfrente y vio luz en la ventana. Pero i oh, desilusión! El perfil de esfinge no estaba ante su mesa de trabajo. El libro estaba abierto y un bolígrafo reposando en sus páginas. Julio se reanimó pensando que el asiento aún estaría caliente. No tardaría en volver. Seguramente habría ido a picar algo de la nevera. A muchos estudiantes la monotonía del estudio les abre un apetito voraz. En efecto, segundos después la joven retornó a la mesa de

empolle. Vestía pantalón vaquero y una blusa blanca, que insinuaba el dibujo del sujetador. En un gesto mecánico, la joven ladeó la cabeza hacia el cristal, obligando al acechante a replegarse y ocultarse en la fronda. Le pareció que había detectado su presencia. El corazón ahora se le desbocó, teniendo que apoyar la espalda en la gavia. Ella se sentó, sacó un cigarrillo del paquete que traía en la mano y se lo puso en los labios. Lo prendió y al arrojar el humo, Julio creyó atisbar un gesto hostil en su hermoso rostro. Permaneció oculto, cautivado por sus finas maneras de expulsar el humo contra el techo. De pronto la vio girar la cabeza hacia el interior de la casa, tal vez solicitando la presencia de alguien. Así fue. Enseguida, la figura de un tipo maduro, robusto como un leñador vasco, se recortó en el umbral de la habitación. Ambos intercambiaron una mirada familiar, o de enamorados, que Julio desde su escondite no supo precisar. Entonces ella dirigió el rostro hacia el exterior con expresión desdeñosa. El tipo se acercó a la ventana y corrió la cortina enérgicamente. Segundos antes de privarle de la visión pudo entrever su cara. Le había mirado con odio, como si él fuese culpable de la devastación del valle. Imaginó lo que le estaría diciendo: “Si te molesta ese fisgón salgo y le parto la cara. Por lo visto no tiene bastante con destruir todo esto que encima se permite espiarte, el muy depravado”.

Se alejó de allí, decidido a no contemplar más el hermoso camafeo de carne lozana. Lo sentía de veras, porque después de tanta fealdad en la que vivía inmerso, deleitarse con la bella figura ejercía en su espíritu el beneficio de un bálsamo. Y si alguna vez, abrigó en su imaginación esperanza de cruzar alguna palabra con ella, se disipó por completo. Lo que había

quedado oculto en su estuche, cómodo y confortable, era para él de todo punto inalcanzable, como una de aquellas estrellas que empezaban a titilar sobre su cabeza.

## XX

Mayo fue deslizándose con algunos días de fecunda lluvia. El resto lucía un sol fulgente que favorecía la exuberante vegetación de Cuartango. Los primeros días, tras el incidente con la desconocida estudiante, Julio estuvo afectado, pero trató de disimularlo delante de Samuel. Había luchado con denuedo por borrar de su cabeza la imagen de ella. Al principio el dibujo de su rostro era indeleble a su esfuerzo mental por eliminarlo, pero una semana después, sólo era un vago esbozo en su pensamiento. Sin embargo, al desaparecer la joven de sus sueños, los demás rostros de las mujeres en general se desvanecieron por completo. Esto le creó cierto estupor, pero no alteró su personalidad. A veces cerraba los ojos y no lograba recordar con nitidez la fisonomía de las pocas mujeres que había conocido, aparte de la expresión risueña de su antigua novia, que había quedado en su recuerdo como un rescoldo inextinguible. Por ende, siempre tenía presente la figura de su madre, regañándole amorosamente de que no se metiera en líos políticos. Por esos días recibió carta de ella. Recostado en la cama la leyó dos veces, sintiéndose embargado por su ternura. Mientras leía, su mano sacó el sobre del dinero del bolsillo y apartó unos billetes para enviárselos por giro postal. Tal y como lo pensó lo hizo. Al día siguiente, al mediodía, en

cuanto bajó del Land Rover corrió a la pequeña oficina de Correos del otro lado del puente, que cerraba a las dos y le giró mil quinientas pesetas.

El resto de la semana pasó lentamente, hasta que llegó el ansiado domingo, último de mes. Julio esa mañana se levantó a las diez. Agarró la toalla y el jabón y fue a lavarse al grifo. Observó que no había hormigueo de gente yendo a desayunarse la copa de aguardiente como era lo acostumbrado. La cantina estaba más vacía que nunca, ni siquiera sonaba la música. El paso de los hermanos Crespo había sido peor que una plaga de langosta. En las dos o tres timbas consecutivas habían dejado pelados a muchos. Sin un duro en el bolsillo, preferían irse al río a pasar el día tumbados en la orilla o quedarse aperreados en las literas, contándose historias de sus andanzas, de cómo una vez lograron desplumar a los famosos burlangas, que por supuesto nadie se creía semejante hazaña.

Pero antes de marcharse los Crespo de Zuazo, con la cartera repleta, decidieron, aparte de pagar la comisión por facilitarle las timbas, hacerle gasto a Dolores. Pidieron una botella de güisqui del mejor y después, los dos hermanos, que todo lo hacían en sociedad, solicitaron los servicios de la Mariposa Negra, depositando al instante en manos de la cantinera cinco billetes de mil pesetas.

–Tienes el fruto caro y esto hace que pocos accedan a él. A nosotros esto nos lo hace más apetitoso –dijo uno de los hermanos con un guiño picaro–. Tenemos enormes deseos por estar con ella, pero también bastante curiosidad. Corre el

rumor de que se lo afeita de una manera muy particular –añadió, sonriendo lujuriosamente.

–Esta noche podréis comprobarlo –respondió ella con una sonrisa de satisfacción, al tiempo que guardaba el dinero en su generoso escote.

Y bien que lo comprobaron. Exhaustos se retiraron a dormir a las cuatro de la madrugada, tras unas cuantas horas de placer con tan hermosa mujer. Éstos, de haber entendido algo de lepidópteros, hubieran jurado que Cristina Do Silva tenía una mariposa monarca entre sus piernas y bastante misterio en su obstinado mutismo. Según contaron antes de partir, a Luisón, apoyados en la barra debido a la flojera de piernas, la chica no pronunció una palabra, pero su oficio lo desempeñó bien. La mariposa había extraído abundantemente el néctar de los capullos, aunque sin duda, ella hubiera preferido decir “cardos borriqueros”. Esa misma mañana, los burlangas tomaron el tren a Miranda y desde allí enlazaron hacia Asturias, a las minas de Mieres.

Esto había tenido lugar unos días atrás, pero tornando al presente, seguimos en esa mañana de domingo, con Julio acicalándose. Después de lavarse y afeitarse deambuló por la carretera de la estación para desentumecer las piernas. Tentado estuvo de entrar a tomar unas cervezas en el bar de las Gregorias, pero se contuvo, pues no quería estirar más el brazo que la manga. Retuvo un poco de dinero porque necesitaba hacer unas compras imprescindibles. Un par de camisetas, un pantalón de faena (el que tenía lo había despedazado al engancharse en la ferralla del encofrado),

jabón, maquinillas de afeitar y algunas cosas más. Al cabo de media hora, aburrido de pasear solo, regresó al poblado. Samuel, algo más perezoso, había preferido quedarse durmiendo. Se había hecho la idea de levantarse tarde y después de asearse, quedarse recluido en el barracón, escribiendo añorantes cartas a su lejano y renuente amor. Al entrar se lo encontró boca abajo en la litera, con el cuaderno y el bolígrafo en la mano. Miraba ensimismado por la ventana. A veces clavaba la vista en el papel en blanco y volvía los ojos a los campos.

–¿Alguna respuesta? –preguntó suave, para no dañar su susceptibilidad de amante a punto de desesperar.

–Ninguna hasta ahora –respondió, girando el torso hacia su compañero.

–En la correspondencia de ayer me llegó una carta de mi madre –dijo Julio, con naturalidad.

–Todos recibís noticias menos yo. No quiero pensar mal pero diría que la Fandanga no le entrega mis cartas al cartero.

–Pudiera ser –dijo Julio, sonriendo–. ¿Has visto cómo te mira? Lo mismo está enamorada de ti y por celos las oculta... ¡Vamos, hombre, no digas tonterías! Además, si no te fías llévalas tú mismo a la oficina. De lunes a viernes está abierto, por las mañanas. Ahora, te tienes que dar prisa, porque antes de las dos se da el piro el empleado. Y como has podido ver, no hay buzón. Estos pueblos tan pequeños, eso es lo que tienen.

–No entiendo lo que puede estar pasando. La tarde en que

me despedí de ella me dijo que le escribiera, que me contestaría. Como bien sabes, hasta ahora nada, ni una carta. Todas las tardes voy a la cantina esperando que esa mujer me entregue su carta, pero siempre me quedo chasqueado. Vocea una retahila de nombres, pero el mío nunca suena –concluyó en tono amargo.

–Ánimo, Samuel, el día menos pensado te llegarán noticias de ella –dijo, posando la mano en su hombro.

–A veces pienso que no soy bastante bueno para Lucía. Quiero decir que me ve como a un pobretón o un aventurero.

–Natural. Es que ni tú ni yo tenemos pedigrí –repuso Julio, soltando una carcajada–. No seas memo. No creo que sea ése el motivo de su silencio. ¿Y si está enferma?

Samuel le miró con los ojos sin brillo. Murmuró algo ininteligible y se volvió, retomando la hilazón de la frase en el cuaderno.

–Voy a bañarme, ¿vienes? –dijo el anarquista, echando mano de la toalla.

–No. Quiero acabarla antes de la comida. ¿Qué horas es?

–Las doce menos veinte. Está haciendo calor. Si cambias de parecer ya sabes donde estoy.

Giró sobre sus talones y anduvo hasta la calle. En ese instante pasaba Eusebio por la puerta. Le dijo, casi sin detenerse:

–Maño, ¿vas a bañarte? Está lleno de gente. Tengo los reteles aguas arriba. Con el escándalo que están armando no sé si me entrará algún cangrejo.

–Bueno, voy a probar a ver.

Cuando se alejó el barraconero, Julio meditó hacia dónde echar los pasos. Dirigió la vista hacia los campos de matojos. La gente, de tanto ir y venir al río había hecho vereda. Pensó que lo que necesitaba era un poco de intimidad. “Aguas abajo”, se dijo, decidido. Aunque al momento recordó que Eusebio le había dicho que no era recomendable por lo pantanoso de sus orillas. “Bah, seguro que exagera. Voy a ir, con probar nada se pierde”, pensó, caminando en dirección al puente.

Metros antes de llegar al pretil se desvió a la derecha, descendiendo por un talud e internándose en la espesura. Avanzó con el cauce a su izquierda durante unos minutos, soportando los ardientes rayos del sol. Más abajo la vegetación tupida formaba bóveda en las copas de los árboles, presentando un aspecto sombrío. Las zarzas y otros arbustos se enmarañaban de tal modo que hacía difícil el paso. Pronto advirtió que al aproximarse a la orilla la hierba se hallaba encenegada, por lo cual la evitó efectuando un pequeño rodeo. Tras unos corpulentos álamos vio espejear el río. Se alegró al pensar que allí el lecho se ensanchaba, creando una especie de playa. El terreno que pisaba no estaba encharcado, lo que le hizo caminar con soltura. Más adelante observó decepcionado que el paso se hallaba obstruido por las aguas pantanosas. Sobre la superficie flotaba una capa de broza y hojarascas, cuya siniestra quietud haría desistir al más atrevido. Se disponía a

retroceder, cuando le pareció oír el chasquido de una rama seca al quebrarse. Se giró sorprendido y aún tuvo tiempo de oír nuevamente el ruido de las ramas al ser pisoteadas. Vio también de modo fugaz cómo una sombra se ocultaba tras un árbol.

–¿Quién anda ahí? El que sea que deje de hacer bromas.

Nadie respondió. Estuvo unos segundos petrificado, con la vista clavada en la fronda. De pronto un carraspeo y alguien dirigiéndose a él de modo inusual.

–Hola, Madroñito. ¿Dónde vas tan solo por esta jungla?

Julio reconoció la sorna de aquella voz y eso le inquietó. Encontrarse al tipo aquel por allí, que sin duda le había seguido, era lo que menos deseaba. El emboscado abandonó el escondite y avanzó entre la maleza hacia el joven. En su rostro se dibujaba un gesto obsceno, una sonrisa malévola. Llevaba la camisa abierta, la cabeza erguida, desafiante. Por un claro de la enramada penetró en ese instante el sol que arrancó destellos al Cristo de la Legión. Lo tenía a dos metros, veía su mirada repugnante y casi sufría su apestoso aliento. Algo le decía que aquel tipo no traía buenas intenciones. Miró para atrás, convencido de que por allí no podía escapar. Estaba todo anegado y le resultaría difícil correr metido en el cieno. Entonces, ¿qué haría? ¿Se enfrentaría a él? Calibró su corpulencia y la poderosa musculatura del Legionario. Lo más sensato era inhibirse de hacer algo que le irritase. Trataría de distraerlo. Le haría una finta y echaría a correr hacia el poblado. Podría intentarlo. O quizá lo mejor era razonar con él:

“Verás, con todos mis respetos hacia tu orientación sexual, yo no soy lo que tú piensas...”.

Esto cavilaba, cuando vio que la mano del Legionario comenzaba a tocarse la entrepierna. Aprovechó para escabullirse hacia un lado, pero el otro le adivinó la intención y lo sujetó con su largo brazo de la camiseta. Julio se giró rápido y le lanzó un rodillazo que no alcanzó su objetivo. La sucia expresión de su cara la trocó por una máscara de odio. Estrelló su puño contra la mandíbula del anarquista que rodó por el terreno, cayéndosele la toalla que llevaba al hombro. Sin darle tiempo a que se recuperase se arrojó sobre él como un felino, tratando de bloquearle los brazos bajo el cuerpo. Julio, aturdido, notando que le clavaban mil agujas en el rostro, luchó frenético en un vano intento de meterle los dedos en los ojos. Pero el agresor, de un violento empellón, le giró el cuerpo y aplastó su cara contra la tierra. Consiguió mantenerlo inmovilizado, doblándole el brazo sobre la espalda, mientras que a horcajadas sobre él, pugnaba por bajarle con la otra mano el pantalón.

Julio, con los ojos desencajados, la hierba seca pegada a sus labios, se debatía y daba grandes voces pidiendo auxilio desesperadamente. El tipo suspendió lo que estaba haciendo y agarró la toalla, que estaba a su alcance. Le metió un trozo en la boca y volvió a aplastar su cabeza contra el suelo. Súbito se echó mano a la cremallera del pantalón, cuando de repente dos garras lo levantaron por los hombros. El Legionario, incorporándose, lanzó un juramento:

–¿Quién se atreve? ¡Le parto el alma al más pintado...! –se

giró y vio los ojos que echaban fuego–. ¿Tú, boxeador? ¿Quién te da vela en este entierro? –balbuceó, mirando los labios apretados de cólera del entrometido.

No le dio tiempo a decir más. Un formidable puñetazo impactó contra su pómulo, cortando radical sus palabras. La bestia cayó hacia atrás como un pelele. Desde el suelo, tratando de erguirse, miraba a Samuel con los ojos inyectados en sangre. Lentamente comenzó a levantarse, pero el boxeador ya estaba en guardia. Sin embargo, el Legionario era cobarde y decidió rehusar la lucha. Corrió hacia delante, internándose en el agua estancada, que le dificultaba acelerar la velocidad. Samuel, que pretendía darle un escarmiento se precipitó tras él, sumergiéndose hasta la rodilla e insultándole con voces terribles:

–¡Ven aquí, bujarrón, hijo de puta! ¡Atrévete conmigo si eres hombre!

Pero de repente se detuvo, al ver que el fugitivo se hundía inesperadamente hasta la cintura. Éste intentó salir de allí, haciendo esfuerzos desesperados, moviendo los hombros, inclinándose hacia delante y lanzando gruñidos ante la impotencia de no hallar nada donde asirse. Emitió una gran voz, reclamando la atención de los jóvenes. Con un gemido lastimero, de súplica, se dirigió a ellos:

–Por favor, ayudadme. No puedo moverme, me hundo.

Tenía la cabeza girada hacia Samuel que le miraba estupefacto, sin tomar una determinación.

–No tengo con qué. Si voy hasta ahí me hundo yo también –gritó, buscando con la vista alguna rama suelta.

–¡No me abandones, el cieno me está tragando! –imploró de nuevo con los ojos desorbitados.

En ese momento, Julio se había puesto en pie y se acercaba, alarmado. Magullado, con la mirada desenfocada por la conmoción, apremió a su amigo:

–¡Samuel, por lo que más quieras, sácalo de ahí!

–¡Sí, pero dime tú cómo, joder! Mis pies están clavados en el tarquín. ¿Qué quieres que me juegue el pellejo por ese cabrón?

Julio, indudablemente no estaba en plenitud de fuerzas, pero el pavor que le provocaba la escena le dio una energía inusitada. Corrió a un árbol y tronchó una rama larga. Enloquecido por salvar a aquel desdichado se la arrojó a Samuel. Pero cuando éste consiguió empuñarla y se disponía a extenderla hacia el Legionario, ya fue inútil. Su rostro horrorizado y el Cristo balanceándose en el pecho por la agitación de los brazos habían desaparecido. No fue un hundimiento progresivo. Hasta ese momento se hallaba atrapado algo más arriba de la cintura, pero de pronto el barro debió fallar a sus pies y lo engulló entero. Sólo tuvo tiempo para exhalar un grito ronco, espeluznante. Samuel se había quedado paralizado, sosteniendo la rama sobre la superficie y con los ojos clavados en la ligera agitación de las aguas. Por fin reaccionó, comenzando a retroceder despacio, sin apartar la mirada del lugar, donde sólo había hojarascas flotando. A sus espaldas, la voz de Julio lanzaba exclamaciones:

–¿Cómo es posible que haya pasado esto? Samuel, ¿no te das cuenta? ¡Podíamos haberlo salvado! –gritaba, mirando a su compañero con reproche.

–¡Calla, hostias y no gimotees! Hemos hecho lo que se ha podido. No merecía tanto ese desgraciado.

–¿Por qué hablas así? Es un ser humano... –murmuró con la voz quebrada.

–No entiendo por qué lloriqueas por la muerte de un indeseable. ¿Es que de repente se te ha olvidado lo que se proponía hacer contigo?

–No se me ha olvidado. Pero nadie se merece una muerte así. ¡Dios bendito! ¿Y ahora qué vamos a hacer? ¿Cómo crees tú que debemos actuar después de esto?

Samuel examinó unos segundos su rostro exasperado.

Tenía que tranquilizarlo como fuera. Así no podían regresar al poblado. Puso la mano en su hombro y oprimió suavemente.

–Cálmate, Julio. Mira, lo primero que vamos a hacer es no decírselo a nadie. Será un secreto entre tú y yo.

–Es muy fuerte, ¿no te das cuenta? Debemos ponerlo en conocimiento del Consorcio, explicar cómo ha ocurrido. Si se recupera el cuerpo, la autopsia no dejará dudas de que ha sido un maldito accidente.

–Sí, claro. Y vendrá la Guardia Civil a investigar. ¿Te interesa

que te hagan preguntas? Mira que por el hilo se saca el ovillo. La lista negra de Zaragoza puede llegar hasta aquí.

–Quizás tengas razón –dijo posando la mirada grimosa en su rostro–. ¿Pero y si bajan las aguas de esa ciénaga? Descubrirán el cadáver...

–No seas fantasioso. Lo que se lo ha tragado no es una ciénaga. En los pueblos la gente excava pozos en la orilla de los ríos buscando arena para construirse sus casas. Luego éstos se van llenando del limo y de la broza que arrastran las aguas. No me extrañaría que el Legía esté a ocho metros de profundidad. Así que quédate tranquilo. Es bastante posible que no lo encuentren nunca.

Estaba demasiado afectado para seguir replicándole, de modo que guardó silencio. Apoyándose el uno en el otro retrocedieron hasta terreno seco. Ambos ofrecían un aspecto que de volver al poblado de inmediato habrían despertado la curiosidad. Se hallaban empapados y cubiertos de barro. Julio en especial tenía la cara llena de tierra, un labio sangrando, la ropa desordenada y un visible rasgón en la camiseta. Samuel por su parte determinó desnudarse y poner la ropa en unos arbustos al sol.

–Con el calor que hace no tardará en secarse –dijo, completamente en cueros, mirando a Julio que procedía a desvestirse.

–Si lo retorcemos lo hará antes –dijo, alargándole el pantalón de un extremo–. Lo que me pide el cuerpo es abandonar este sitio lo antes posible.

–De momento, quietos en la mata, Julio. La comida de hoy ya la podemos dar por perdida –dijo Samuel, haciendo que su compañero trastabillase al retorcer el pantalón.

–No importa. Se me ha quitado el apetito radicalmente –respondió, estirando las perneras y colocándolo con esmero en los arbustos.

Samuel miraba al espigado joven compasiva e interrogativamente. ¿De qué forma estarían hechas aquellas personas, que se preocupaban hasta de sus enemigos?

Observándolo con disimulo, afloró de improviso su sentido de hombre precavido. Le hizo una apreciación.

–Debes cortar la sangre que te sale del labio. ¿No tienes pañuelo?

–La toalla –dijo, palpándose maquinalmente la herida–. Aunque está llena de barro. Mejor no, en el bolsillo tengo un pañuelo –añadió, registrando el pantalón tendido. Se lo llevó al labio superior, aplicándolo con torpeza debido al temblor de sus manos. El otro, al percatarse, dijo en un tono de velada ternura:

–Anda, déjame a mí. Tú estás demasiado asustado. Se lo arrebató y cuidadosamente lo mantuvo en la herida. Volvió a hablar.

–Una vez me lo partió Lisbona en el tercer asalto. Sangraba como un tocino. Fíjate que tuvieron que parar el combate.

–¿Cómo supiste que estaba aquí? –preguntó Julio, sujetándole la mano para mirarlo.

–Lo barrunté. Cuando hablabas con Eusebio supe que no harías caso. Como eres rebelde vas siempre a la contra. Me asomé a la ventana para comprobar que no me equivocaba y te vi tirar río abajo. A continuación el Legionario salió de uno de los barracones y te siguió. Eso me olió mal y decidí seguirle. Por la forma de rondarte yo ya sabía que ese bujarra quería algo contigo.

Después de detener la hemorragia le limpió la cara con la profesionalidad con la que lo hacía su preparador sobre su propio rostro, lleno de sudor y hematomas. Julio se dejaba hacer como un niño indefenso que soporta la regañina de quien le quiere: “Ya es la segunda vez que te saco de apuros. A ver si aprendes a valerte por tu cuenta y no dejarte sorprender como un tonto...”.

Pero a él no le quemaban sus palabras recriminatorias. Era mayor el bienestar que el contacto de su mano producía en su enorme zozobra.

A las cinco y media iniciaron el regreso a los barracones. La ropa no se había secado del todo, pero ya no era probable que llamaran la atención. Durante el camino, Julio, sumido en un persistente mutismo, se detuvo un instante, nada más dejar atrás el puente y dijo a su amigo:

–Estoy pensando...

–Peligroso. No pienses, es mejor para la salud del coco.

–Lo que quiero decir es que alguien preguntará por él. En cuanto noten su ausencia, investigarán.

–No seas pamplinas. ¿A quién interesa un tipo así? Lo que te digo, nadie lo echará en falta. Muchos pensarán que se ha largado dejándole el pufo a Luisón.

–¿Pero y sus cosas personales?

–Si valen algo, que lo dudo, se lo repartirán entre los de su barracón. Y lo que no valga lo quemarán. Además, deberías saber que muchos carrilanos desaparecen sin decir adiós. Y dependiendo del avispero que lleven en el culo lo hacen más aprisa aún.

Esa noche, durante la cena Samuel comió con apetito de lobo, pero Julio apenas probó bocado.

–No me entra –musitó, haciendo tentativa de llevarse el tenedor a la boca.

–Tú sabrás –dijo el boxeador, indiferente–. Si quieres mortificarte, por mí no te prives –añadió, arrebatándole el filete de lomo.

Al rato, alzando la voz por encima de la algarabía, Julio dijo que no se encontraba bien y que prefería irse a dormir. Samuel realizó un gesto displicente sin levantar la vista del plato. Con el rabillo del ojo le vio salir por la puerta. Su amigo era un corazón blando al cual la vida le venía grande. Ésa era su opinión con respecto a él y no había Cristo que le convenciese de lo contrario. Terminó de cenar y fue a la barra a tomarse

una copa en compañía de Quisquillas. No tuvo que esforzarse mucho para incitarlo a hablar de su pasión: el boxeo. Ambos se intercambiaron anécdotas y fue a la postre Samuel el que habló y habló porque no quería que le afectase el infausto suceso. Relató sus mejores veladas, sorprendiendo al viejo con sus victorias consecutivas, provocándole además un sentimiento rijoso al cambiar de tema y hablarle de sus líos de faldas.

Entretanto, Julio se había metido en la cama. Tendido boca arriba intentaba dormirse. Ansiaba que bajase el telón y desapareciese la terrible escena de su mente. Tenía los ojos cerrados, pero a veces, gritos extemporáneos hacían que los abriese. Una de las veces se fijó en el casco de su amigo colgado con la parte cóncava hacia la pared. Imaginando que era la cabeza del boxeador tuvo tentaciones de hablarle entre dientes. Pero se contuvo. Debía conciliar el sueño, no alimentar aquel hecho horrible. Sin embargo, no veía la forma de introducirse en el reino de la inconsciencia. Continuamente le llegaban voces y música de la cantina. Meditó que si tornaba a revivir lo ocurrido se olvidaría del escabroso asunto y del alboroto de la calle. Lograría dormirse al fin. Su mente repasó al detalle la tragedia, experimentando temblores y escalofríos. Miró a Samuel reencarnado en su casco. Le dijo, entreabriendo los ojos, que no entendía bien el porqué de su sangre fría. Nunca le pareció un hombre despiadado. ¿Por qué, entonces, actuaba así? Si bien, por otra parte tenía razón, airear el suceso no le iba a beneficiar en sus planes. Y total, como se solía decir, el muerto al hoyo y el vivo al bollo. Era casi media noche. Había transcurrido hora y media y seguía despierto. El escándalo en la cantina creció. Oyó pasos fuera y una estentórea carcajada de

borracho. Después le siguió un rosario de insultos. “Ya veremos si no termina en gresca”, pensó el ácrata. Se habían producido peleas con navajazos incluidos. El médico del Consorcio les curaba sin dar parte de lesiones, ya que había sido amenazado de muerte si lo hacía. Cuando llegaba alguno, contusionado o acuchillado no hacía preguntas. Con el gesto serio les aplicaba material aséptico, cosía la herida y se acabó. El tenía familia y bienestar. Jugarse ambas cosas por aquellos tipos desarraigados y violentos no entraba dentro de sus planes. De modo que los informes que remitía a las oficinas iban encabezados por el reiterado e invariable epígrafe: Accidente de trabajo. El jefe de personal, ante un rostro tumefacto o una brecha en un hombro, ni indagaba, ni ponía objeciones por la razón de que estaba falto de personal. En el fondo sabía que a semejantes individuos no les gustaba la inactividad. En cuanto las heridas les cicatrizaban mínimamente enseguida pedían ir al tajo.

Pero en este caso, los sonidos que llegaban hasta Julio no eran choques de navajas. Se trataba de sus compañeros que venían a dormir la mona. Identificó la voz de Quisquillas hablándole con entusiasmo al boxeador y al Francés.

–Para que lo sepáis. Uno de los mejores combates de la historia del boxeo fue el de Clasius Clay contra Joe Frazier.

–Por supuesto que lo sé, ¡no te jode! Sentí no poder verlo en la tele. Fue el año pasado, en Manila. Ahora, los artículos que aparecieron en los periódicos sobre el combate me los leí todos. ¡Sensacional!

Julio notó los pasos del viejo que trompicaba a causa del alcohol ingerido. Cuando entró, tambaleándose, al estirar el brazo para encender la luz se desplomó como una casa decrépita. Samuel se abalanzó y lo puso en pie como un muñeco.

–¿Te has hecho daño? –dijo, llevándolo a su litera.

–Déjame, que no soy de mantequilla, ¡leche! Lo que te digo –prosiguió con su lengua tartajosa y tumbándose vestido–, fue un duro combate en el que ganó Clay a los puntos. Catorce asaltos peleando como verdaderas fieras.

El Francés, que tras pasar por el retrete entró el último, se desnudó y trepó a la litera, silencioso como un reptil. Con la luz apagada, Samuel permaneció de pie, en el centro del habitáculo. Se había pasado de copas, pero coordinaba bien. Por la ventana abierta entró brisa fresca que le alivió el ardor. Miró a Julio de lado hacia la pared, fingiéndose dormido. Columbró al resplandor de la luna el despertador, pero no percibió su latido mecánico. Supuso que lo había puesto a la hora de todos los días. Mañana no iba a ser una buena jornada, aunque tampoco quiso pensar en resacas. Se desnudó y cuando ya se disponía a dar el impulso, Julio asomó la cabeza, pidiéndole con voz quejumbrosa:

–Samuel, por favor, estoy sediento. ¿Me puedes traer un vaso de agua?

–¿Pero tú no estabas durmiendo? Vamos, no me jodas que me incomodas. Has esperado a que me ponga en calzoncillos para pedir agua. ¿No te jode el juliano?

–Perdona, me arde la frente. Creo que tengo fiebre.

–No, si el que con crios se acuesta...

Refunfuñó, cogiendo el vaso de cristal que había birlado en el comedor. Dio la luz, se calzó y salió al grifo del exterior. Quisquillas que los había oído, dijo desde la cama con su voz de beodo.

–Me quedan algunas aspirinas, aquí en la bolsa. Desde luego los jóvenes no tenéis la cabeza en su sitio. Lo vengo diciendo, que es muy pronto para bañarse en estas tierras.

–Debe ser que me estoy enfriando –mintió Julio, abandonando la cama, para tomar el comprimido que le ofrecía Quisquillas. Volvió y se sentó en el borde con la mano en la frente. Al instante entró Samuel con el vaso de agua. Al verlo dijo, paternal:

–No te conviene levantarte. Eso será de la impresión que te ha causado... el agua fría –corrigió, alargándole el vaso–. Vamos, métete de nuevo en la cama.

Julio se tomó la pastilla y tornó a acostarse. Samuel subió a la litera con la agilidad de un simio. Produjo un poco de rebullo hasta acomodarse y enseguida reinó la quietud, pero no el silencio.

Quisquillas y el Francés roncaban con la placidez del león que ha devorado medio antílope. Aparte de que en la cantina alguien había seleccionado en la gramola a las Grecas que se desgañitaban: “Soy la que sufre por tu amor...”.

Samuel alargó el cuello hasta el borde y mirando hacia abajo, musitó:

–Julio, ¿duermes?

–No, que va. Esa canción, seguro que la ha puesto el Paraca o los ayudantes de Joao. He observado que les gusta con locura. La ponen todas las noches.

–Estoy harto de soportar esa música.

–Cómprale mañana a las Gregorias tapones para los oídos.

–Déjate. Te he visto alternando con los ayudantes de los topógrafos. Si sois amigos me gustaría pedirles un encargo en Vitoria.

–¿Mis amigos? Acabo de conocerlos.

–No te hagas el tonto. Sé lo que me digo. Me gustaría que me compraran un single de Diango cantando el concierto de Aranjuez.

–Richard Anthony lo interpreta mejor.

–Prefiero Diango. Es más romántico.

–¡Qué terco eres! Está bien, mañana se lo diré a Alfonso en el comedor. ¡Uaaaa! –emitió un bostezo–. Creo que ahora sí que tengo sueño.

–Mejor. No pienses en nada y duérmete.

–Buenas noches, Samuel.

–Buenas noches, Julio.

## XXI

Había transcurrido una semana del luctuoso suceso. Las dos primeras noches, Julio tuvo pesadillas que le provocaban continuas agitaciones en la cama. Se sentía culpable y eso le atormentaba por dentro. Una de las veces se despertó repentinamente, arrancando a Samuel de su sueño profundo. Éste, irritado, increpó en el silencio de la noche con la voz estrangulada: “Lo que nos faltaba, que empieces tú con la misma pantomima que el Francés”. Por suerte para ambos, la noche siguiente no tuvo malos sueños y pudieron dormir sosegadamente sin la escandalera de litera. Por otro lado, tal y como predijo el boxeador nadie echó de menos la ausencia del Legionario, si exceptuamos al Valladolid, que la cuarta mañana del hecho, mientras esperaban los vehículos, expuso con total espontaneidad su opinión:

–El Legía se ha largado dejándose el hatillo. Eso indica que le ha dejado a deber a alguien.

Los que estaban cerca escupieron al suelo con desprecio. Quisquillas, que estaba en el grupo y que tampoco tenía buen parecer del Legionario, dijo con un gesto de repulsión:

–Nos quitamos un peso de encima. Era mala gente. Con deciros que fue expulsado del Tercio os digo todo.

–Yo le escuché más de una vez que se quería ir al barrio chino de Barcelona a hacer de chulo de putas –dijo uno de los presentes.

–Es la ley de la naturaleza. El cerdo vuelve a su ciénaga y el perro al vómito –replicó Quisquillas.

–¿Nosotros somos los perros? –preguntó Julio, con voz temblorosa, que el otro achacó al relente de la mañana.

Por un instante le pasó por la cabeza que el viejo estaba al tanto de lo ocurrido, pero en cuanto prosiguió hablando supo que sus palabras sólo fueron una coincidencia en su locuacidad.

–Naturalmente que no. Es un modo de decir, “metáfora”, le llaman, si mal no recuerdo. Lo aprendí de un aparejador que conocí trabajando en unas obras de Agroman.

–Pues estamos de coincidencias, porque anoche huyó otro carri a esconderse en las montañas. ¿Os enterasteis? –preguntó Valladolid.

–No, ¿qué pasó? –interrogó Julio, ansioso por desviar la conversación.

–A uno que le dicen el Guaje. En el bar de las Gregorias

pinchó en una discusión a uno de los sevillanos y se dio el piro. Los demás andaluces han ido en su busca, como lo agarren le dan mulé.

–¿Quieres decir que lo matan? –preguntó Julio, azorado.

–Naturaca. Luego lo tiran a un barranco y si te he visto no me acuerdo.

Julio palideció. Miró a Samuel, unos metros más allá, pero éste no estaba en la charla. En ese momento le interesaba más hablar con el Paraca. Éste le estaba sugiriendo que si se compraba una armónica él le podría enseñar a tocarla.

A su vez, la mente del anarquista pensaba de prisa. "¿Y si la gente sabe que en aquel lugar del río hay un pozo profundo y lo asocian a la desaparición del Legionario? Sólo falta que surja alguno con aficiones detectivescas y le dé por investigar". Trató de serenarse porque algo le decía que ninguno de aquellos hombres tenía interés en hacer de sabueso. Y en cuanto al personal de la oficina, estaban acostumbrados a que algunos obreros se marcharan al día siguiente de cobrar la paga, sin preavisos ni nada por el estilo. Las características de este caso, aún no se había cobrado y el interfecto había abandonado sus cosas personales, podría crearles cierta perplejidad, pero lo tomaron como una de las peculiaridades de aquella gente y decidieron retener su salario indefinidamente hasta que apareciese. De no ser así lo ingresarían en un banco en espera de ser reclamado por el trabajador o por algún familiar de éste.

Su cerebro seguía barrenando en el suceso. En vista de la indiferencia generalizada, lo que allí había ocurrido pasaría a

ser un secreto entre Samuel y él. Como si buscase su corroboración, dirigió la vista hacia el boxeador, escudriñando los gestos que hacía al hablar con el Paraca. No pudo evitar desconfiar por unos instantes de su amigo. “No, no puede ser que se haya ido de la lengua, no lo creo tan miserable, ni tan ruin”, pensó, desterrando la torturante idea. De repente el rugido de la multitud le sustrajo de sus obsesivos pensamientos. La llegada de la flota de Land Rover produjo alboroto y empujones. Acto seguido los motores bramaron, alejándose por los caminos polvorientos. En menos de diez minutos el poblado quedó silencioso, bañado por la cruda luz de la mañana.

Según el decir popular, los días buenos tienen alas y pasan como flechas. Sin embargo, para Julio, tal aseveración era la antítesis de su situación en Zuazo. Para él, los días no eran agradablemente volátiles, sino duros e interminables. Hasta el punto de que el agotamiento físico permanecía con él toda la semana. Ni siquiera con el insuficiente descanso dominical lograba recuperarse. Aunque bien visto todo tiene su cara positiva. Las largas jornadas de trabajo habían conseguido que la terrible experiencia de la muerte del Legionario se fuese desvaneciendo poco a poco en su mente. A veces, como una leve ráfaga le asaltaba la idea mantenida por Samuel de que no había que darse mal por la pérdida de semejante canalla. Julio había terminado aceptándolo y esto le hacía horrorizarse de sí mismo, pensando que se estaba transformando en una bestia. Para evadirse de este sentimiento funesto procuró dirigir su energía mental hacia sus momentáneamente soterrados planes de organizar a aquella gente. En el parque de vigas, el único obrero fiable y quizá proletariamente concienciado era

Badajoz. Juntos habían hormigonado unas cuantas zapatas para los anclajes que sujetarían el posterior encofrado metálico. Mientras desmontaban los tablones, utilizando el martillo y la pata de cabra, Julio se echó hacia atrás la visera del casco, para mirar mejor a su compañero extremeño. Deliberadamente interrumpía los golpes cada vez que con voz queda le sometía a una batería de preguntas, en lo que pretendía ser un sondeo sutil acerca de cómo opinaba sobre el mundo del trabajo, la sociedad y cuáles eran sus aspiraciones. Pero sobre todo qué haría si encontrase tirada una octavilla hablando de los derechos de los trabajadores. ¿Dejaría que la arrastrase el viento, encogiéndose de hombros? ¿La cogería para leerla a solas y luego la rompería? Le sorprendió gratamente cuando éste le dijo que la leería en el retrete y luego la dejaría clavada en la pared, para que la leyesen los demás, a sabiendas de que alguno podría usarla como papel higiénico. Julio dedujo que a pesar de su escasa formación revolucionaria en el robusto torso de aquel hombre latía el corazón de un contestatario. Un inconformista que había soportado la represión rural, que era aún más despiadada. Su ideario era un resumen del aforismo que circulaba en los ambientes progresistas: “Si le das un pez a un hombre comerá un día, en cambio, si le enseñas a pescar comerá toda la vida”. Badajoz lo expresaba así: “Que no nos vengan con caridad cristiana. Los trabajadores queremos justicia”. Al ácrata le llenó de júbilo que pensara así, porque era más de lo que podía esperar entre los más de treinta obreros de su tajo. Pero no acabó ahí todo. Julio se llevó alguna sorpresa más con su compañero. Éste se hallaba haciendo palanca con la barreta en un tablero. Tenía contraído el rostro por el esfuerzo, empleando a fondo su musculatura. Cuando por fin separó la

tabla, dejando el hormigón humeante a la vista, dijo, mirando a los lados, temeroso de que alguien le pudiese oír:

–Mi padre murió en el frente del Ebro, en zona republicana. Era cabo, le habían propuesto los galones de sargento por su valor en la ofensiva contra los fascistas, pero lo mataron antes. Por eso, al preguntarme algunos, unas veces digo que era cabo y otras que sargento.

Julio percibió en sus ojos una honda pena, pero también un enorme orgullo que hacía que se le iluminase la mirada al recordarlo. Sintió necesidad de hablarle del suyo como para sellar lazos.

–Mi padre, cuando la guerra tenía catorce años. Afortunadamente no le tocó ir al frente. Trabajó toda su vida de repartidor de carbón hasta que murió a causa de un tumor. Ironías de la vida, él carbonero y yo minero unos años después de su fallecimiento. Era muy chistoso. Contaba que en cierta ocasión una adivina le dijo que veía su futuro y el de sus hijos, o sea, el mío, muy negro.

Los dos hombres rubricaron su afinidad con una carcajada unánime. Del modo en que el extremeño mostraba interés por su charla, dedujo que llegado el caso aquel hombre estaría a su lado. Eso le hizo pensar que había llegado el momento de hablar con Jáuregui y los suyos. Debía proponerles una reunión clandestina. Plantearles la necesidad de captar hombres de confianza en los demás tajos. El empeño no iba a ser fácil, pues de sobra sabían que se iban a encontrar con el rechazo de muchos. Once horas de trabajo embrutecen al más pintado. En

circunstancias así el cuerpo y la mente sólo buscan el lenitivo del alcohol, el juego de naipes y aquellos que se lo podían permitir un rato de lujuria con la Mariposa Negra. Pero había que ponerle el cascabel al gato, pese a estos obstáculos. Con total cautela hablaría en la cantina con los que él intuyese que llevaban la rebeldía dentro, especie que parecía casi extinguida, aunque Julio mantenía la esperanza de encontrar alguno con el que intercambiar algunas claves. De manera que esa tarde, después de reposar un cuarto de hora, se lavó la cara, se arregló un poco y cuando ya se disponía a salir vio llegar a Samuel de la cantina, alegre y con el rostro radiante.

–¡La carta por fin! –exclamó, mostrándole el sobre que llevaba en la mano.

Se detuvo en el umbral, observando al boxeador. En realidad semejaba a un niño que ha robado un polluelo del nido y corre a alimentarlo, sintiendo su asustado pálpito en su mano. Se apartó para que éste entrara como una exhalación. Perplejo, le siguió con la vista hasta verlo saltar ágilmente a su litera. Con la espalda en la pared fue rasgando lo que en lugar de sobre era un pequeño paquete conteniendo la carta y sin duda algo más. Con expresión de éxtasis, fue librándose de los frágiles impedimentos hasta llegar al corazón del enigmático envío. Julio ya se iba a marchar cuando la voz imperiosa de su amigo le retuvo.

–No te vayas, que quiero que te enteres, tú que eres tan incrédulo. Tú, que tratabas de desmoralizarme, asegurando que ya no me escribiría. Pues ya ves, te equivocaste.

–Estás en un error. Nunca fue esa mi intención.

Pero Samuel no le escuchaba. Sus dedos ansiosos pugnaban por despojar la última capa de papel:

–Además su carta viene con sorpresa –dijo, lleno de regocijo, palpando por encima algo que a juzgar por el relieve parecía un regalo. De repente, al descubrirlo sus pupilas se dilataron de asombro al reconocer el objeto. Su rostro palideció y todo él se quedó paralizado–. ¡No puedo creerlo! –exclamó, negando con la cabeza la evidencia.

Se trataba del colgante de azabache, hecho con sus propias manos, que le regaló a Lucía desbordante de ilusión. Si su voz hasta ese momento había sonado exultante y llena de entusiasmo, de golpe cayó, sonando lúgubre como una piedra hundiéndose en un remanso. Maquinalmente, Samuel desdobló la hoja de papel que acompañaba al colgante. Frente a él, trató de leerla con la luz del ocaso que entraba por la ventana. Pero al notar la dificultad en distinguir las letras, rogó a su amigo:

––Julio, enciende la luz, por favor.

Ejecutada su petición, volcó la mirada en las líneas escritas. Enseguida alzó la frente, pues la misiva era muy escueta. Sus ojos se hallaban clavados en la tosca pared. Julio vio desolación y amargura en su rostro. Las manos que sostenían la carta la alzaron hasta situarla nuevamente ante sus ojos. Como si no diese crédito, Samuel tornó a leerla, esta vez en voz alta, ya que estaban los dos solos:

*Samuel, te agradecería que dejaras de escribirme. Entre tú y yo no ha habido nada más que amistad. Si tú has creído otra cosa, lo siento, nunca fue mi intención darte falsas esperanzas. He conocido a un hombre con el que soy feliz y espero casarme con él pronto. Te deseo lo mejor, pero por favor no insistas. Adiós. Lucía.*

Concluida la lectura se produjo un silencio sepulcral. Julio, que se hallaba en un estado de estupor, miraba los insectos revoloteando alrededor de la bombilla. Por fin rompió a hablar para romper tan desolada situación:

–Un golpe fuerte que no te mereces. Desde luego una carta de rechazo total y definitivo siempre es un trago difícil.

Samuel parecía en trance. Sentado al través miraba con expresión reconcentrada las sombras del crepúsculo que entraban por la ventana del otro extremo. En esa posición le costaba respirar debido al bolo amargo que se le había formado en el pecho. Saltó al suelo, y de pie, apoyado en la litera intentó balbucear unas palabras que se resistían. Cuando por fin logró articularlas la voz salió quebradiza, como luchando por no romper en un desconsolado llanto.

–Iré a pedirle explicaciones –gimoteó–. Esto no puede quedar así.

–Harás mal. No debes actuar como un resentido. Ella es libre de elegir a la persona con quien quiere unir su vida. Está visto que no eres tú y debes aceptarlo.

–En Andorra parecía tan distinta... –se lamentó.

–Te hiciste ilusiones. De todos modos te costará, pero terminarás olvidándola.

–No lo creo. Sin ella mi vida de qué vale.

–¡Chico, qué dramático! –exclamó con sorna, echando mano del tabaco–. Toma, fúmate un cigarrillo, ayuda a fortalecer el espíritu quebrantado.

–¿Crees que envenenándome con eso dejaré de pensar en ella? ¡Bah, quita de ahí! Soy un deportista. Tú no deberías meterle esa ponzoña al cuerpo.

–Más ponzoña es trabajar en las condiciones que lo hacemos aquí. Me ataca al sistema nervioso y me entra un coraje que le retorcería el pescuezo a alguien –espetó Julio, haciendo un grotesco ademán con sus manos.

–Y yo como un idiota desangrándome en cada carta que le escribía –dijo, quejumbroso.

Permaneció frente a él en silencio, contemplando su gesto ensombrecido. Oyéndole de vez en cuando desgranar palabras, que eran como lamidas a su recién abierta herida. Si bien, al cabo de unos minutos a duras penas le escuchaba, porque él mismo se hallaba concentrado en algo, que expuso con voz circunspecta:

–Una vez leí una novela de un escritor francés, cuyo nombre no recuerdo ahora. Es la única novela que he leído en mi vida. Ya sabes lo que opino al respecto. Las novelas las escriben los escritores burgueses para adormecer al pueblo con estúpidas

historias. Pues bien, en el libro decía que el amor no existe. Sólo existen las pruebas de amor. Probablemente esta frase sea lo más válido del libro. Como ejemplo, tú le regalaste el azabache, prueba de amor, es obvio. Ella va y te lo devuelve, prueba de desamor, indudablemente.

–Eso no viene a cuento. Aparte de que no sé lo que quieres decir con semejante disparate de que el amor no existe. Eso es como decir que no existe el viento, simplemente porque no lo vemos.

–Está bien claro el ejemplo. El amor es algo abstracto. No se puede pesar ni medir, ni definir. Sin embargo, las pruebas de amor, sí. Tu arrebato y la encendida pasión que ponías al escribirle es una prueba. El estremecimiento que te sacudía cuando Dolores voceaba las cartas de los demás y el posterior amargor que te inundaba cuando tras el reparto comprobabas que ninguna era para ti. Eso sí que es demostración de amor. En cambio ella...

Enmudeció porque en ese instante entró uno de los ayudantes del portugués. Como saludo emitió un gruñido y estuvo trasteando en su ropa colgada de la alcayata. Cogió un delantal de cocina limpio y salió a escape. Pero antes Julio le preguntó, capciosamente:

–¿Alguna novedad culinaria? Delantal nuevo, menú nuevo.

–Te equivocas, tronco. Hoy vas a cenar lo mismo que ayer –respondió, desapareciendo a toda prisa.

–¡Qué aburrimiento! Col y pechuga de pollo.

Samuel se le aproximó con ademán decidido. Tenía los labios apretados y la mirada gélida.

–Dame tu mechero, Julio.

Al entregárselo sin preguntar nada, observó el paquete desecho entre sus dedos engarabitados. Cruzó este el umbral y se encerró en el retrete. Julio le siguió, a tiempo para ver la luz de la llamarada por debajo de la puerta. El olor a papel quemado se esparció, a la vez que se oyó la tromba de agua al tirar de la cadena. Mezclado con el ruido de la cascada se oyó un sobrecogedor lamento de bestia herida. Cuando salió la mirada la tenía perdida y se conducía como sonámbulo. A partir de ese momento Samuel ya no fue el mismo. Frecuentaba demasiado la cantina, y varias veces retornó borracho al barracón, faltando al día siguiente al trabajo por encontrarse mal. Julio, conmovido, pero al mismo tiempo preocupado, se mostró fraternal. Lo animaba e incluso lo mimaba, y siempre que podía estaba a su lado. A Samuel no parecía importarle su dedicación en exclusiva. Algunas veces se hallaba tan abatido que no se percataba de su presencia. El domingo siguiente a la traumática ruptura amorosa, Samuel se levantó pronto, decidido a ir a rumiar su tristeza a la orilla del río. Julio, al cual le había despertado el chirrido de los muelles, se levantó a continuación, metió en una bolsa ropa sucia y se fue tras él hasta el lavadero. Cuando llegó, Samuel estaba sentado en la hierba, con la espalda apoyada en un árbol y la mirada absorta en la corriente. Julio sacó las mudas y el jabón. Arrodillándose ante la piedra comenzó a lavar con escasa vehemencia. Una de las veces que se irguió para restregar, movió los labios, disculpándose:

–No quiero agobiarte, pero creo que deberías reaccionar positivamente. No debes permitir que la pena te aniquile. Eres la única persona que aprecio verdaderamente aquí. Si tú estás mal, yo también estaré mal.

Samuel posó su descorazonada mirada en él, en su piel blanca y en su cabello rubio. Estuvo a punto de sonreír al fijarse en sus greñas, parecía un yeyé convertido de pronto en una vulgar lavandera de portal de Belén.

–Creo que yo también debería lavar –fue lo único que musitaron sus labios.

–Ve al barracón a buscar la ropa sucia. Si quieres la lavamos a medias. La cuestión es hacer algo, distraerte antes que darle vueltas a la cabeza. Ahora, que quieres hablar y desahogarte, aquí me tienes. Pero luego borrón y cuenta nueva.

–No quiero hablar de eso. No quiero y, sin embargo, no hago otra cosa que pensar en eso.

–Bueno, tiempo al tiempo. ¿Te acuerdas lo que solíamos decir de jóvenes? Primer amor, primer dolor.

–Voy en un momento a por la ropa –dijo, levantándose.

Se giró para verle alejarse a zancadas por el paraje de matorrales y arbustos. Lo cierto es que no podía disimular que le conmovía verlo derrotado. Sentía un extraño placer al proteger a aquel hombre atlético de atribulada expresión. Cuanto más se hundía éste en el despecho más necesidad sentía de consolarlo. Ni siquiera se ocupó de profundizar en la

causa de su benévola acción, que no era otra cosa que un sincero agradecimiento hacia él. Sumido en estos pensamientos iba enjuagando la ropa que depositaba en una piedra de al lado. Al cabo de unos minutos oyó crujir las briznas del suelo. Se volvió sobresaltado y vio a Samuel con la bolsa en la mano, mirándole con una sonrisa forzada.

–Noticias frescas –dijo a unos metros de él.

–¿De qué se trata?

–El Francés se marcha. Cuando he llegado estaba haciendo la maleta. Coge el tren de las tres de la tarde para Miranda. Como cobró el viernes la liquidación se ha empeñado en invitarme. Pero le he dicho que gracias, que me estabas esperando.

–Pues casi me alegro, sinceramente. Ese hombre es un perturbado –dijo Julio, frotando un pañuelo contra la piedra.

–No estábamos seguros compartiendo el chupano con él. Lo mismo le da el neurón y la emprende a navajazos mientras dormimos.

–Cualquier cosa podía esperarse de él.

–Yo le he dicho, por ser amable: “... pero Francés, ¿por qué te das el piro? Más que aquí no vas a cobrar en ningún sitio”. Y él me ha contestado, con ese gruñido de voz suyo, que parece un animal resabiado: “Estoy harto de aguantar mamones. Me voy a la costa de Levante. Puedo trabajar de camarero. Tengo estilo. Esta chusma de aquí no tiene estilo”.

Mientras me decía esto, Quisquillas, que fumaba recostado en su litera, me hacía señas para que no le insistiese en quedarse.

–Quisquillas es un hombre sensato –repuso Julio, que había escurrido el pañuelo y empezaba a frotar enérgicamente uno de sus calzoncillos–. Estoy de acuerdo con él en que se largue. Sólo le deseo que le vaya bien.

–Aquí se está a gusto a la sombra, pero empieza a hacer calor –dijo Samuel, sacando un pantalón de chándal, granate, con listas azules en los flancos.

–Déjalo aquí. En cuanto termine con esta muda lo lavo.

Samuel le miró, sorprendido.

–Lo lavamos entre los dos. Faltaría más –respondió, acercándose a él.

–No seas memo. ¿Cómo vamos a lavarlo entre dos?

–Muy fácil. Tú frotas y yo voy aclarando.

–Si es así, de acuerdo –repuso, con una sonrisa jovial.

Samuel se despojó de la camisa y el pantalón y en calzoncillos se introdujo en el agua.

Se refrescó los brazos y el pecho, al tiempo que contemplaba el hacendoso enjabonado sobre el chándal. En tono burlón, le dijo:

–Si usaras con ese ímpetu los puños en una pelea no necesitarías a nadie que te defienda.

–Lo dices como reprochándomelo –dijo, deteniéndose de golpe, igual que un muñeco mecánico al que se le acaba la cuerda de repente.

–Es broma, no pongas esa cara tan seria.

–Detesto la violencia –respondió, mirándolo con enojo–. Tú en cambio eres bola de billar. Por sí sola no es nada. Tiene que estar chocando siempre con las demás para que parezca que tiene identidad.

–Para el carro y no me vengas ahora con sermones, tronco. Pero para qué discutir, no vale la pena –añadió, reduciendo el tono de voz hasta quedar en un murmullo. Procurando no resbalar regresó a la orilla, dirigiéndose de nuevo a Julio, esta vez con afabilidad:

–Hala, venga, déjame un rato a mí. Al fin y al cabo el chándal es mío.

–Espera, acabo y me ayudas a retorcerlo.

Se puso de pie, y tras arremangarse el pantalón se metió en el agua que le llegó a la rodilla. Sumergió la prenda, aclarándola a conciencia. Samuel, observándole con una sonrisa muda estiró los brazos para agarrar el extremo que Julio le tendía. Estirando el uno frente al otro, hicieron una trenza con el chándal que fue escurriendo el agua en cada retorcijón. Soplaba una ligera brisa que formaba cabrillas en la superficie

del río. Estimulado por las caricias del viento los músculos del boxeador adquirieron la presión suficiente para marcar sus venas. Parecía divertirle la actividad de retorcer ropa. Oyó la voz de él, comentando en un susurro:

–Ves, no vale la pena atormentarse. La vida nos trae otras cosas buenas...

–Déjalo. No hablemos de eso –respondió, tirando del extremo con no demasiada fuerza.

Julio, que notaba calor y desasosiego dentro de sí, se dejó llevar. Sus ojos encandilados por los rayos del sol, tamizados por las copas de los árboles, buscaban ángulo para encontrarse con los de él, que le escrutaban, vivarachos. En ese momento volvieron a tensarlo, con la idea de exprimirlo al máximo. Pero Julio no opuso resistencia y se vio atraído por el estirón de Samuel. A medio metro de él, sin soltar ninguno el chándal, aprovechó para decirle con la voz dulzona del halago:

–Estás muy tostado y más fuerte aún que en la mina –musitó, palpando suavemente el torso del boxeador.

–¿Y a ti, que tengo la impresión de que se te ha puesto el pelo más rubio? Tal y como te peinas le das un aire a Robert Redford. Tío, eres tan guapo como él.

Julio notó que se ruborizaba hasta las raíces del cabello.

–Se te ha puesto la cara como un madroño.

–No me digas eso que me entra la congoja.

–Perdona. No fue mi intención recordarte malos rollos.

–Oye, Samuel, ¿de verdad que se me ha puesto más rubio el pelo? Yo no lo noto.

–Sin duda. Déjame tocarlo. Te confieso que siempre lo he deseado. El mío es muy áspero y negro como el azabache. ¡Mierda! ¡Pero qué he dicho! He mentado a la bicha.

Los dos soltaron una carcajada que resonó en la quietud de la mañana. Entonces Julio inclinó la cabeza y Samuel alargó la mano que hundió en sus mullidas crenchas. Animado, llevó su otra mano y ambas acariciaron con manifiesto deleite la melena del anarquista que mantenía los ojos entornados. Con su cara junto al pecho de Samuel percibió su aroma a hierbas y a piel bronceada. Sintió que se mareaba. Para evitarlo condujo sus labios hasta el torso del otro, que besó con gran fervor. Temblando de emoción lo abrazó, mientras, enardecido recorría el cuello con sus labios. Samuel, aferradas sus manos a los hombros de Julio, había permanecido en éxtasis, pero no hasta el punto de perder la conciencia. Bruscamente se deshizo del abrazo, gritando:

–¡El chándal, que se lo lleva la corriente!

Descendieron tras él, chapoteando, procurando no resbalar en las pulidas piedras. A unos metros lo vieron enganchado en unas zarzas de la orilla. De vuelta al lavadero, Samuel dijo en tono de complicidad:

–Menos mal, si llega más bajo habrían descubierto nuestro escondite.

Pero él no respondió. Tenía fija la mirada en la exuberante vegetación, pensando tal vez que había avergonzado a su compañero con su lúbrica e inesperada actitud. Él mismo se hallaba imbuido en un confuso revuelo de sensaciones. Prevalecía por encima el intenso goce que le produjo el contacto con su piel. Transido de felicidad pensaba en los escasos minutos de ardiente sintonía que habían mantenido. Por instantes, al hallarse frente a frente había buscado reciprocidad en su rostro y éste le había devuelto una resplandeciente sonrisa de aceptación. Cierto es que el encanto se había roto pero debía volver a crearlo. Uno y otro debían poner al descubierto los innegables sentimientos que habían brotado entre ambos. De sobra sabía que manifestarlos abiertamente en un ambiente como el del poblado habría sido peligroso. De modo que para no dar pábulo a habladurías lo mejor era llevarlo en secreto. La mirada luminosa de Samuel –nunca había visto aquel brillo en sus ojos– se lo corroboró. Salieron del cauce y juntos tendieron la ropa en las matas de cadillos, planta que por sus características espinosas sujetaría la ropa contra arrastre del viento. A continuación, tácitamente, y sin cruzar palabra se internaron en la selva de helechos, semidesnudos, rozando sus jóvenes cuerpos, poseídos por un ardor que emanaba de lo más profundo de su ser.

El sol ya estaba alto cuando regresaron al poblado. Iban a llegar en el preciso momento en que Ortiz y Cayetano estarían recogiendo los platos. ¿Exigirían su ración enfrentándose a Dolores que les recriminaría si se habían pensado que estaban en una fonda? No, no irían. En absoluto deseaban que su voz de hiena perturbase su dicha. Seguirían hasta las Gregorias y comprarían un bocadillo para cada uno. Aunque mirándolo

bien ni siquiera tenían apetito, flotando en aquella deliciosa nube de felicidad. Así lo acordaron y comenzaron a caminar por el baldío. Cuando iban a mitad, Julio se detuvo con el rostro sudoroso por el calor reinante. Se pasó la bolsa con la colada al antebrazo, sacó el tabaco y colocando un cigarrillo en sus labios, dijo:

–Anoche tuve un sueño erótico. Tan intenso que eyaculé de forma automática. Me desperté y comprobé horrorizado que en mi sueño flotaba tu rostro que fue desapareciendo poco a poco.

–¿Por qué horrorizado? ¿Tan feo te parezco? –indagó, entre divertido y una pizca preocupado por la palabra utilizada.

Julio exhaló el humo de su boca, contemplando su semblante duro, ligeramente dulcificado, su nariz achatada y aquellos ojos fascinantes.

–No me malinterpretes. Para mí eres muy atractivo. Me refiero a que me trastocó la sola idea de pensar que me estaba... –aquí se le atoró la voz, aunque por fin pudo decirlo a trangullones–... ena... morando deeee ti. Vale, ya está dicho.

–Anda, vámonos antes de que el sol te haga decir más tonterías –dijo Samuel, riendo, al tiempo que acariciaba su mano.

A la vista de los barracones se separaron prudencialmente por si había alguien a la sombra del pino solitario. En ese momento llegó a sus oídos los melancólicos acordes de una armónica. Cuando pasaban por la puerta, ésta se abrió y

salieron un par de hombres, que se dirigieron a los chamizos. La voz lánguida de Micky aprovechó para emerger a la superficie:

“Escucha al muchacho tocar esta triste canción con su armónica de amor...”.

Las notas de la balada se deslizaron sobre sus cabezas con la suavidad del viento sobre las aguas.

## XXII

Estaban a mediados del mes de junio. Los montes habían permanecido verdes hasta esas fechas, pero empezaron a amarillear paulatinamente, imprimiéndole a los días un rejón de agobiante estío. Los camiones que transportaban la tierra levantaban grandes nubes de polvo, cubriendo esta áspera bruma a las gigantescas excavadoras.

El avance de la autopista era insaciable, devorando cuanto se le ponía por delante. Al mismo tiempo en el parque de vigas los trabajadores se afanaban en los puntos de cimentación para el ensamblado de las piezas metálicas. Montar una enorme crisálida de la cual surgirían las inmensas vigas de hormigón. Julio, esa mañana de sábado, recogió su herramienta y se dirigió a hablar con el jefe, que estaba en la otra esquina, supervisando los trabajos. Mientras caminaba hacia allí, observó que gesticulaba, bruscamente. Redujo el paso para no encontrarse en el fregado, pero aun así llegó a tiempo de presenciar cómo el jefe ejercitaba los pulmones soltándole berridos a un peón, que había cometido la negligencia de dejarse la manguera abierta la tarde anterior y se había inundado una de la zapatas.

–¡Es que no hacéis las cosas bien ni por casualidad! ¡Hoy mismo quiero ver este pozo seco! Así que tú veras cómo te las arreglas.

El otro bajó la cerviz y comenzó raudo a estudiar maneras de achicar el agua con rapidez, no ignorando que en el tajo carecían de bomba extractora. Pero el peón, a pesar de su descuido, era hombre de recursos. Cavó con el pico un regato hasta el talud y con cubos fue desaguando el pozo. Entretanto, Julio había permanecido a la expectativa de que se aplacase el jefe. Éste, dio dos resoplidos, miró al cielo pidiéndole a Dios paciencia para bregar con aquella jauría, se secó el sudor con el pañuelo y le lanzó una mirada displicente a Julio.

–Jefe, quería pedirle un favor.

–Tú dirás –dijo, moviéndose hacia la mesa bajo una sombrilla en la que tenía los planos.

–Pues que quiero ir a mandar un giro a la oficina de telégrafos, y sólo está abierta hasta la una.

–Ah, bien –dijo consultando su reloj en el que marcaba las doce y diez–. Pero os tendréis que ir andando. Como ves no hay ningún vehículo en este momento.

–No importa. A buen paso llegaré con tiempo suficiente –respondió, intrigado por quienes podrían ser los que le habían pedido permiso también.

Pronto lo supo. Era Badajoz, que se había anticipado, exponiéndoselo al jefe nada más enganchar por la mañana.

Juntos iniciaron la caminata hacia el pueblo. El extremeño le confesó, que a falta de caja de ahorros en Zuazo él llevaba siempre el dinero encima, en una bolsa de cuero. Le sugirió que hiciera lo mismo, pues no era recomendable dejarlo en el barracón ya que se habían dado casos de robo.

–Ya ves, chacho, mando a la familia en Extremadura casi todo y yo me quedo lo imprescindible para pasar el mes.

–Es una buena idea. Se me ocurre que con un pedazo de toldo del almacén puedo fabricarme una cartera para llevarla enganchada en la trabilla del pantalón. Ahí puede ir el dinero perfectamente sin que lo humedezca el sudor.

–¿Tienes los avíos para coserla? –inquirió el hombre con una sonrisa irónica.

–No, y debo confesarte que se me da bastante mal coser –dijo, acompasando el ritmo al de él que era de zancada larga.

–Voy a hacerte un favor. Procúrate la tela y yo te coso la cartera. Tengo aguja e hilo fuerte. Al fin y al cabo los remiendos a la ropa me los hago yo. En sitios así hay que ser autosuficiente, joven.

–Pues te estoy muy agradecido. Hoy ya no porque no volvemos al tajo. Pero el lunes me agenciaré un pedazo de lona.

El resto del camino lo hicieron prácticamente en silencio, para no malgastar resuello. Iban el uno junto al otro por la carretera poco transitada. A la derecha Sierra Brava sobre la

que un grupo de buitres realizaba círculos concéntricos, preámbulo del festín de alguna res muerta. Julio caminaba abstraído. En sus pensamientos sólo entraba la figura de Samuel, que sin él saberlo, trataba de localizarlo desde su trabajo en las inmediaciones del desfiladero. El boxeador, situado en la cúspide de la pilastra de treinta metros que estaban construyendo para el viaducto, dirigía la mirada de vez en cuando hacia la lejana explanada del parque de vigas. Desde semejante atalaya se tenía una vasta y espléndida perspectiva del valle. El equipo de hombres coronaba con tablones la cima de los pilares para el posterior armazón de ferralla que culminaría con el rellenado de hormigón. Inclinado sobre la faena, sujeto el casco por el barbuquejo para que no se le precipitase al vacío, Samuel, martillo en mano, clavaba puntas y retorcía los recios alambres de sujeción del encofrado con su pequeño objeto de acero. En ocasiones, la imagen de Julio se le ponía delante y se erguía con la mano en los riñones, secándose el sudor de la frente con el antebrazo. Mientras realizaba este gesto su mirada volaba al parque donde los obreros evolucionaban como muñecos fantásticos. Samuel se esforzaba en situar en su punto de mira a un tipo delgado, con los mechones de cabello sobresaliendo del casco como un manojo de espigas.

Entretanto, los dos caminantes entraron en el pueblo, dirigiéndose a Telégrafos. En el interior encontraron al guarda de la planta de hormigonado, un personajillo regordete y de aspecto insignificante que compartía habitación con Julio y Samuel, pero que en muy raras ocasiones usaba la cama, ya que prefería dormir en el cobertizo de la planta. También la litera del Francés se había quedado libre, sin que la hubiese

ocupado nadie hasta el momento. En esos días se había producido una pausa en el goteo de carrilanos que llegaban al valle pidiendo faena. Le pasó por la cabeza proponerle a Badajoz que se cambiase a su barracón, pero intuyó que era persona observadora y no quería proporcionarle medios para que atase cabos que descubriesen su relación con Samuel. El hombre regordete se hallaba poniendo un telegrama que el empleado escribía al dictado: “Lamento muerte cuñado. No puedo estar en funeral. No me dan permiso. Mi más sentido pésame”. Pagó el importe y al reconocer a los dos hombres que entraban, dijo con una mueca que quiso ser de tristeza:

–Ya veis, desgracias familiares. ¿Cómo van esas vigas? –indagó, por hablar de algo.

–Aún falta para que salga la primera –dijo Badajoz–. Los jefes nos arrean y ahí estamos, sudando la gota gorda. No como otros, que parece que están en un balneario –añadió con retranca.

–¿Te refieres a los jefes? Pues sí, chico, tienes razón. Ahora les han puesto hasta aire acondicionado.

–Bueno, y tú qué, Cuenquecilla. ¿Cómo te va la vida?

Así le llamaba el extremeño al tipo que según él era oriundo de Cuenca.

–Yo, fenomenal. A la buena vida. Apuntando los camiones que salen no se hernia nadie. –Al decir esto soltó un gruñido alegre que sonó al barritar de un elefante–. Luego, el capataz me lleva y me trae de la cantina con el Land Rover. Me tomo mi

copita y me fumo mi puro. Ah, y media horita de siesta no me la quita nadie. Ya digo, buena vida, el sueldo al final de mes y pasen días y vengan ollas.

No quisieron escuchar más fatuidades. Efectuó cada uno su envío de dinero y sin invitarle a acompañarlos decidieron ir a refrescar el gaznate. A unos cuantos metros de la cantina vieron corrillos de gente cuchicheando. La flotilla de vehículos ya había traído a la brigada del matorral y otra brigada numerosa que venía alquitranando desde Izarra. A la sombra del pino había varios, charlando. Unos mantenían un gesto de perplejidad, y otros hablaban con énfasis, realizando aspavientos de incredulidad. Julio y Badajoz se miraron sorprendidos.

–¿Un accidente, quizá? –preguntó al aire Badajoz.

“¡Dios santo!”, pensó Julio aterrado, “alguien ha encontrado el cadáver del Legionario”.

–¿Qué ha ocurrido para tanto revuelo? –preguntó el extremeño al grupo de hombres.

–¿No lo sabéis? La noticia ha corrido como la pólvora. ¡La Mariposa Negra se ha fugado esta madrugada con el Paraca!

Lo había expresado con cierto rencor, como si a cada uno de ellos le hubieran arrebatado a la novia. Julio, sin capacidad de reacción ante el inesperado hecho, notó la mordida del sol en el cogote. Esto sirvió de espolonazo para alejarse de allí. Le dijo a su compañero con la voz claramente eufórica:

–Vamos a la cantina. Allí nos darán detalles. La verdad es que me ha alegrado que esa pobre desgraciada se haya atrevido a dar el portazo.

–Dicen éstos que con el Paraca. ¿Tú crees que la tratará bien?

–¿Cómo voy a saberlo? Siempre me ha parecido un buen muchacho, sereno y discreto. Ojalá sean felices, vayan donde vayan.

Al entrar vieron a Teruel y Alcantarilla, con otros trabajadores, comentando el caso delante de una cerveza. Luisón les había servido y se había metido dentro, tal vez a consolar a Joao y a Dolores, que andarían rasgándose las vestiduras. Teruel, que por ser de los primeros en enterarse de la fuga, se vanagloriaba dando la primicia, a la vez que se las echaba de clarividente:

–Yo ya lo venía barruntando. Y se lo he dicho a más de uno: “Esta chavala, al primero que le diga vente conmigo a un sitio mejor, le obedecerá sin pestañear”.

–¿Cómo se lo han tomado los de la cocina? –preguntó Badajoz en voz baja y guiñando un ojo.

–Fatal. Ya te puedes imaginar. Luisón al saberlo ha roto una caja de cerveza de una coz. Joao, por lo visto, se ha puesto a llorar, no sé si lágrimas de cocodrilo o de verdad. De vez en cuando se le oye lamentarse desde aquí: “Minha filha, minha filha”, que debe querer decir, “la madre que te parió, ahora que ganábamos buenos cuartos, te largas con ese andrajoso”.

Dolores es la que más escándalo ha montado. Ha estado gritando que si desagradecida, que si después de tratarla como a una hija vaya pago que le da, la mosquita muerta. Que como se iba a imaginar ella que terminaría yéndose con un pelagatos a pasar necesidad y que le sacuda de vez en cuando, porque eso es lo que le espera a esa ingrata.

–¡Valiente hipócrita! –murmuró lleno de ira, Julio–. Lo que lleva mal es que se le haya escapado la gallina de los huevos de oro.

–Pues fíjate, que se ha disgustado tanto que le ha dado un ataque al pecho –prosiguió Teruel–. Luisón, asustado la ha sentado en una silla, abanicándola y dándole a beber una tónica. Ella ha echado un sorbo y mirando a la puerta con ojos de loca ha dicho: "¿De qué me extraño? Tarde o temprano iba a pasar. Siempre se ha dicho que el hombre es fuego y la mujer estopa, el diablo se encarga de arrimarles el fósforo encendido".

Mientras escuchaba la narración de los hechos, Julio sentía crecer la alegría en su interior ante semejante reacción de rebeldía de la bella portuguesa. Siempre había oído decir que era una mujer hermética, algunos decían que misteriosa. Apenas hablaba. Escuchaba hablar a Dolores y decía amén Jesús, pero para sus adentros estaba visto que proyectaba planes para su vida.

Después de esto se supieron algunos detalles más concernientes a Cristina Do Silva. A una mujer como ella, que se le había calificado de introvertida, de poca iniciativa, la

gente tuvo que admitir que resultó ser inteligente y calculadora. Durante el tiempo que fue pupila de la Fandanga logró amasar una respetable cantidad de dinero. La cosa fue así. Cada vez que se acostaba con un cliente, lo estipulado era coito con una felación previa para adelantar el vaciado del individuo. Pero una tarde, en conversaciones que oyó a los hombres, se enteró de que existía en esto del amor mercenario algo que llamaban “servicios extras”. Cada cliente que los solicitaba pagaba un plus, además de las dos mil pesetas. Le pareció interesante y lo puso en marcha con lo cual fue sisándole a Dolores en cada sesión. Para tenerlo todo controlado, se mostraba dulce con el cliente, prometiéndole que si no le contaba a Dolores dichos servicios, aún sería más generosa la próxima vez que se acostasen, haciéndole cosas que nunca nadie les habría hecho. Con esta estratagema logró sellar muchas bocas y embolsarse un buen dinero. De tal forma que cuando decidió esfumarse no lo hizo desamparada económicamente.

Pero volviendo al día de actos en el que Teruel hacía de oráculo, alguien del corrillo dijo:

–Unos dicen que han tirado para Miranda y otros que para Bilbao. Digo yo que si van a Miranda, de ahí cogerán un tren para Barcelona, ya sabéis, al barrio Chino. Y si en cambio van a Bilbao, está claro, a las Cortes de cabeza. Allí hay fulanas de todas las nacionalidades.

–No necesariamente se ha ido con ella para meterla de puta –replicó Julio en tono severo–. Hay una tercera vía. Buscar trabajo y vivir juntos que es lo más normal del mundo.

–Ja, mira que eres julandrón. En cuanto pueda la mete de lumiasca, a vivir del folleteo, tío, que no te enteras. Lo que ha hecho ha sido cambiar madama por madamo, ji, ji, ji.

–Estáis dando por sentado semejante barbaridad –insistió en la defensa de los fugados.

–Entonces tú crees que va a convertirla en una señorita bien vestida mientras él se revienta picando en túneles.

¡No te jode éste!

–Escuchad –intervino otro, gesticulando–. Yo al Paraca le noté ayer algo raro. Normalmente después de trabajar se sienta delante del barracón y toca con su armónica músicas tristes. Sin embargo, ayer se le veía contento. Tocaba sin parar "¡Oh! Susana no llores más por mí". Me fijé que los ojos le brillaban al muy picaro.

–Hombre, claro. Como que estaba anunciando que pensaba darse el piro con la Mariposa Negra.

Fuera se oyeron los motores del resto de los vehículos. Comenzaron a entrar más obreros que eran debidamente informados de lo sucedido. Todos estaban conmocionados, mirando a los cantineros que habían salido de la cocina a atender la barra. El olor a comida impregnó la sala, precediendo a los ayudantes que salieron con el carrito lleno de platos. Dolores servía bebida, compungida, soltando alguna tarascada verbal cuando alguien pretendía hacer bromas con el suceso. Luisón iba de un lado a otro de la barra. A veces se detenía con la cólera reflejada en su rostro y retorcía la

servilleta como si fuese el pescuezo del Paraca. El grupo donde estaba Julio se había apartado de allí para hablar más libremente. Al entrar Samuel con los encofradores lo puso en antecedentes sin entrar en preliminares.

–¡Vaya cojones que le ha echado el chaval de la armónica!

Valladolid apareció entre la muchedumbre y dijo en tono de frustración:

–Maldita sea, qué mala suerte tengo. Tenía ahorradas las dos mil pelas para saborear semejante bombón y va y se larga.

–Tú qué te vas a gastar si no tienes ni mierda en las tripas –le espetó Alcantarilla–. Te lo gastas en mollate nada más cobrar y luego a verlas venir.

–¡Qué sabes tú de la vida, pringao!

Samuel, que llevaba el casco colgando de la espalda, como un vaquero del Oeste, dijo burlón:

–Ofrécele ese dinero a la Fandanga. Dicen que es una pantera en la cama.

–No digas gilipolleces. ¿No veis cómo está la tía, que va a explotar de lo gorda que se ha puesto? Normal, ella se come el solomillo y a nosotros nos da la bazofia. En lugar de la Fandanga le voy a llamar la Revientamedias.

La insospechada fuga de los tórtolos fue comidilla durante varios días. En los tajos, en el lavadero, en la cantina no se

hablaba de otra cosa. Julio le participó a Samuel que el hecho no dejaba de tener su romanticismo. Una verdadera historia de amor en aquel ambiente áspero y violento. Samuel parecía que iba a añadir algo, pero no lo hizo, ofreciéndole a cambio un modoso gesto.

Pasaron las semanas y lo que era vocerío pasó a susurro y después quedó suspendido en el aire un débil eco, que terminó finalmente por extinguirse.

Vino otro mes que trajo un calor intenso, que enloquecía a las chicharras del sotobosque. Julio, en el trabajo, de vez en cuando aprovechaba un descuido del jefe para deslizarse presuroso al río. Despojándose del pantalón a toda prisa se sumergió en las voluptuosas aguas. Volvió a vestirse y tras trepar por la ladera se incorporó a la faena, ante la mirada cómplice de Badajoz, que le dijo al verlo mojado como un pollo:

–Te llama el agua como a las ranas. Yo no sé nadar. En mi tierra me bañaba en la mitad de una tinaja grande con un martillo al lado, por si acaso.

–Si quieres te enseño en el puente de Zuazo –dijo, sacudiéndose la cabellera como un perro de agua–. ¿Has visto que el río forma allí una piscina natural? Además, no cubre.

–No, gracias. Los que somos de secano tenemos pies de buzo.

–¿Tienes miedo de que te salgan aletas como a los peces? –preguntó sin poder evitar la risa.

–Exacto. ¿Qué diría mi familia si regreso a Extremadura convertido en un barbo?

–Espero que no tuviesen la tentación de echarte a la sartén.

–Mira qué simpático estás después de refrescarte.

Entre golpes certeros con el martillo y la presión de la pata de cabra fueron desencofrando la última zapata de la línea de sesenta metros. Esa mañana había llegado un camión–grúa cargado con enormes chapas, que fue distribuyendo a lo largo de la explanada.

A Julio se le había pegado una melodía que tarareaba entre dientes. Era el concierto de Aranjuez. Sus ojos se iban cada tanto a los lejanos riscos del desfiladero. En medio de las rocas los pilastrones se erguían como robustas torres. Pensó que con unos prismáticos podría localizar a Samuel. Alternando la faena, con la insistencia en distinguir al boxeador a esa distancia no se percató y al apartar un tablero sintió un dolor agudo en el pulgar.

–¡Ayyy, me cago en la leche! –maldijo, alzando el dedo ante sus ojos.

–¿Qué te ha ocurrido? –preguntó el extremeño, sorprendido–. Antes estabas cantando y ahora te pones a aullar.

–Me he clavado una astilla. Es diminuta, apenas se ve, pero duele en cuanto me rozo que no veas. Hay que exigirle al Consorcio guantes y botas de seguridad.

–Ven aquí, quejica. Déjame ver. Pues sí, la tienes bien clavada –dijo, sujetando la mano de Julio.

–A lo mejor puedo sacarla con la uña.

–Ni lo sueñes. ¿No la ves? Está muy honda. Pídele permiso al jefe y vete al médico.

–No, que me hará una carnicería.

–¿Quieres que pruebe a sacártela yo?

–¿Y por qué ibas a ser tú menos carnicero?

–Tengo mi método. Y además sin hacerte daño.

–Hum, no sé, no sé.

–¿Te decides o no?

–Sí, de acuerdo. ¿Pero cómo me vas a librar de ella?

–Ahora lo verás.

Sacó un clavo de la bolsa de yute que llevaba a la cintura. Empuñó el martillo y se arrodilló sobre un mazo de hierro. Como un herrero sobre el yunque fue golpeando el extremo del clavo hasta dejarlo como un bisturí. Levantándose, lo exhibió entre sus dedos, mirando al trasluz el brillo plateado que había adquirido. Tocó el filo con el dedo y juzgó que era suficiente. Al pedirle que le alargara la mano, obviamente Julio no opuso resistencia, pero se negó a mirar la intervención del improvisado cirujano.

–¡Ahhh! –gritó–. ¡Qué daño, hostias!

–No te muevas, coño. Más daño te hará si te dejo la astilla ahí. Paciencia, aguanta un poco que ya la tengo.

Después de escarbarle en la yema, de la cual brotaron unas gotas de sangre, Badajoz se alzó con su microscópico trofeo.

–Chiquitilla pero matona. Anda, ve al chamizo y date alcohol en el dedo. Tienes el frasco y algodones en la primera estantería de la izquierda.

–Eso quiere decir que el botiquín aquí brilla por su ausencia –dijo, chupando su propia sangre.

–No lo hay. Y lo peor es que a nadie parece importarle.

–Pues esto va a cambiar. Tenemos que conseguir que pongan en cada tajo uno bien equipado –dijo, alejándose hacia el almacén.

Nada más entrar vio el bote de alcohol, pero no encontró algodones por ninguna parte. Vertió unas gotas del líquido en la herida, que le arrancó un gemido. Como sabía que desde ese momento los golpes irían contra el dedo afectado, decidió protegerlo. En un cajón vio cinta aislante de la que usan los electricistas. Abrió un cigarrillo a lo largo hasta vaciarlo. Recuperó el papel que humedeció con saliva y lo adhirió al dedo. A continuación lo cubrió con un trozo de cinta de color negro.

Esa tarde, al llegar al barracón con la pálida luz de la

atardecida, Samuel ya hacía un rato que había regresado del trabajo. Se había lavado y estaba reposando sentado en la cama de Julio al través. Se le iluminó la cara al verlo entrar, aunque enseguida frunció el ceño al detectar el dedo encintado. Con el pretexto de verlo mejor le tomó la mano.

–No lo destapes. No es nada de importancia –dijo Julio–. Me he clavado una punza pero ya está fuera.

El tío Quisquillas se hallaba recostado con el sempiterno cigarrillo en los labios. Contempló al joven al tiempo que se quitaba el pitillo de la boca para que se le viese bien su expresión mordaz.

–Supongo que no le pedirás al médico la baja.

–¿Qué pasa? ¿Acaso me tomas por un alfeñique? –le increpó en tono severo.

–No, hombre. No te enfades, es tan solo una broma.

El ácrata recuperó la mano no fuese a levantar sospechas. Se la llevó con un gesto desmayado a sus largas guedejas.

–Me molesta el pelo un montón. Con un poco de suerte, Eusebio hará de barbero para mí. ¿Estará en el almacén?

–Me parece que sí –dijo el viejo, expulsando una bocanada de humo–. Le he visto salir de la cantina y dirigirse a su chupano.

–En serio, ¿te lo vas a cortar? –preguntó Samuel casi en un

reproche–. Con lo bien que te sienta. ¿Verdad, Quisquillas que le da un aire a Pablo Abraira?

–Bien mirado sí. Si te dejas el bigote eres clavado a él.

–Mira que sois horteras. Dejadme en paz, no quiero parecerme a ningún elemento de la farándula.

–Haces bien, Julio –repuso el viejo–. Los melenudos no son bien vistos en ningún sitio decente.

–¡Qué gilipollez! –intervino el boxeador–. Entonces si bajara Cristo de los cielos tampoco sería bien recibido.

–¡Uyyy!, ése menos. ¿No ves que era revolucionario? Aquí en España le darían garrote vil.

–Bueno, es muy interesante la conversación pero me voy a ver si Eusebio tiene ganas de darle a la tijera.

–Llévate el casco de tu amigo. Te lo pones y que te corte el pelo que sobresalga. Es un esquilador, el barracoñero.

Samuel, que estaba de pie delante de la ventana, extendió la mano hacia el casco colgado bajo el chambergo.

–Déjalo donde está –se apresuró a decir–. Si quieres, Quisquillas, déjale el orinal que tienes bajo la cama.

–Vale, mientras dilucidáis sobre el método a emplear, yo me voy. Despediros de mí, porque cuando vuelva físicamente seré otro.

–Vamos, que te conozco bacalao, aunque vengas disfrazao –dijo Samuel con sorna.

Cruzaba el marco de la puerta, cuando oyó la voz del viejo en un tono que le sorprendió:

–¡Ojo al Cristo!

Se detuvo, enfocando la mirada hacia él.

–¿Qué quieres decir? –inquirió, tratando de penetrar más allá de su intrigante advertencia.

–La tijera de ese hombre va a estar muy cerca de tu gaznate.

–Bien. ¿Y qué?

–Ese individuo no es de tu cuerda. Cuando olfatea a alguien como tú se pone nervioso y gruñe como un perro rabioso. Ten cuidado.

–Pamplinas. Es un hombre amable que no le hace ascos a unos duros vengan de donde vengan.

No quiso entrar en discusiones. Miró la hora en su reloj y se dijo que si no se daba prisa la cena le pillaría en la peculiar barbería. Salió fuera, dirigiéndose al almacén que Eusebio utilizaba además como vivienda particular. El edificio en cuestión se hallaba adosado a la última fila de barracas, fronterizo a un prado con algunos pinos dispersos. Por el camino pensó en la capacidad que tenemos los humanos en prejuzgar al prójimo. Ignoraba si en la actitud de Quisquillas

había mala fe, buscando predisponerlo contra el barraconero porque en el fondo envidiaba su trabajo, que todos catalogaban de bicoca. Fuera como fuese, Julio tenía su propia opinión sobre la personalidad de Eusebio, que no era negativa, a pesar de que las veces que lo había visto siempre le había mirado malamente, quizá porque no le gustaban los melenudos. Para él era un tipo afable, incluso era hombre de lecturas. Alguna vez había ido al almacén con Badajoz a sacar herramientas y le habían sorprendido sentado en una silla leyendo novelas. Recuerda que se levantó con indolencia para atenderlos, dejando la novela en un banco de carpintero, junto a otra bastante manoseada.

Lleno de curiosidad, buscó disimuladamente con la mirada el nombre de los autores: Tomás Salvador era uno y el título del libro, “Cuerda de presos”. El otro escritor era Bartolomé Soler y el título “Patapalo”. Julio no conocía bien el mundillo literario pero intuía que aquellos plumíferos no compartían sus ideas revolucionarias.

Por el poblado se rumoreaba que Eusebio, dado a la charla mientras trajinaba una cabeza, no tenía empacho en contar a su clientes que su padre fue uno de los guardias civiles que murió en el asedio al santuario de la Virgen de la Cabeza. Refería también que cuando el infausto hecho él contaba diecisiete años. De modo que eran vox pópuli sus ideas franquistas, aunque si bien es cierto que era un hombre de cierta flexibilidad ideológica, que solía decir de la democracia, que ya se columbraba en el horizonte, que era el menos malo de los sistemas de gobierno.

Aunque los que son así de sobra es sabido que van cambiando de casaca según del lado que les pega el viento. Julio, al aproximarse, observó que la puerta estaba entornada. Empujó suavemente. Como la luz de la tarde languidecía, el ocasional barbero había encendido las dos bombillas del almacén. Le vio barriendo mechones de pelo esparcidos en el suelo de cemento. Se detuvo para pedir permiso.

–¿Se puede?

–Claro que se puede. ¿Quién es el que se anda con tanta finura? Ah, eres tú, Rubio. Entra, no seas tímido. ¿Nadie te ha dicho nunca eso de que con putas y soldaos sobran los excusaos?

–Nunca oí ese dicho –repuso, adentrándose–. Pienso que un mínimo de educación cuesta poco trabajo –añadió mirando la multitud de repuestos para los tajos. Vio al fondo de un pasillo estanterías atestadas de herramienta, en un extremo de ésta, el catre del barraconero, y junto a él, una puerta que supuso debía ser el retrete. Según entraba, a su izquierda había una ventana alta y bajo ésta había acondicionado toscamente la barbería. En la pared de madera tenía colgado un espejo grande y al lado un rústico lavabo de madera, con su hueco para la palangana y abajo su repisa para la jofaina. El hombre había apartado la silla y tras reagrupar los pelos grasientos los recogió con el badil y los arrojó a un cajón. Erguido ante el recién llegado, preguntó con cierta efusividad:

–¿Qué pasa? ¿Por fin has decidido librarte de esas greñas?

El joven asintió, mirando la maquinilla de cortar al cero y las tijeras depositadas sobre el banco de carpintero.

–Me da bastante calor, pero no quiero que me lo cortes como si me fuera a la mili –dijo sosteniendo su enigmática mirada.

–Te lo cortaré como tú desees. Aquí se hace todo a gusto del cliente. Cobro ochenta pesetas por pelado y si además te afeito sube a cien calas.

–Arréglame el pelo. El afeitado corre por mi cuenta.

–De acuerdo. Siéntate en esta silla.

Lo envolvió con un plástico rescatado del material aislante que había sobrado al construir la oficina de personal. Julio, antes de bajar humildemente la testuz para que el otro operase, deslizó una mirada al rostro del barbero que se reflejaba en el espejo. Le sorprendió que en su ojo derecho había vivacidad, pero en cambio el izquierdo mostraba vaguedad y una inquietante fijeza. Entonces algo se encendió en su mente que vino a desvelarle la incógnita de aquella mirada desconcertante. Aquel hombre tenía un ojo de cristal. Apartó la mirada del espejo por pudor y por que el otro le obligó a bajar la frente, pero en su retina había quedado la imagen.

En su interior examinó escrupulosamente la expresión de Eusebio, que en ese instante cortaba mechones con una sonrisa mordaz. Su ojo auténtico tenía la vitalidad cansada de algo que debe efectuar el esfuerzo de dos. Como contraste el

ojo izquierdo parecía mirar desde otra dimensión. ¿Qué misterio guardaba aquel ojo que fingía ver pero que de tanto fingir daba la impresión que había resurgido en su cuenca?

Eusebio, percibiéndose de sus miradas furtivas, con la excusa de descargarle de arriba, le colocó la cabeza recta para que le contemplara a placer. Sin embargo, Julio evitó enfrentar su mirada porque era como caer en un abismo. Distrajo la atención observando sus mechones caer al suelo como pavesas ardiendo. A su vez, el barbero, que le supuso un muchacho interesante y educado, para lo que se estilaba entre aquella gente de baja estofa, diferente y con una bastante probable sensibilidad hacia los acontecimientos que vivía el país, le preguntó con insidia, chasqueando la tijera por detrás de su nuca:

–¿Has leído el periódico últimamente? Por lo que se ve el patio está bastante movidito.

–Hace tiempo que no leo el diario. Además, ¿dónde iba a comprarlo?

–Vives bastante despistado, joven. A las Gregorias les traen cada domingo la *Gaceta del Norte,* El *Caso* y la revista *Hola.*

Julio presentía que le estaba tendiendo el cebo para que picase. Pero no hizo el menor intento de morder la carnaza. La señal de alarma aulló en su interior.

Detrás de su afabilidad podía ocultarse un confidente de la policía, puesto allí para delatar a los subversivos. De manera que dejó que se embriagase con su propia cháchara, soltando

él algún monosílabo de asentimiento, tratando de no discrepar no fuera a peligrar su pescuezo.

–Vivir para ver. Ahora resulta que cada región despliega su bandera, afirmando que son una nación. Tenemos nuestra propia identidad y nuestra propia lengua, vociferan, alborotando por las calles esos melenudos con pantalones acampanados y trenkas.

–Sí, hay que reconocer que hay un poco de caos –musitó Julio, oyendo el chasquido de la tijera cerca de su oreja.

–¿Caos? Un dieciocho de julio es lo que está buscando esa chusma. En qué cabeza cabe que se hable otra lengua que no sea el castellano. Cómo se va uno a tomar en serio a los catalanes que a la pelota le dicen “pilota”, cuando toda la vida de Dios la pilota ha sido la mujer del piloto. ¿Y los gallegos? ¡Otros que tal bailan! Una vez, cuando era yo más joven me encontraba en La Coruña y entré en un bar de putas a desahogar los bajos. En cuanto entré había una apoyada en la pared que me miró melosamente. Me pareció muy joven y me acerqué a preguntarle por su edad, como te puedes imaginar con la boca haciéndoseme agua: “Tengo veinte anos, rapaz”. ”¡Qué barbaridad, no es posible!”, exclamé, llevándome las manos a la cabeza. “Que sí, rapaciño, que tengo veinte anos”, insistía ella. Yo, como no quería acostarme con un fenómeno de feria, dije: “Está bien, reconozco que eres original, pero mira yo prefiero una normalita. Tú no eres una mujer, tú eres una criba”. Y decidí entrarle a otra de las fulanas acodadas en la barra.

De repente tuvo que suspender la tijera en el aire porque a su cliente le estaban dando espasmos de risa. Una vez se hubo apaciguado se concentró en el flequillo, que desplegaba sus tonos dorados por la frente. De nuevo se oyó el ladrido de su voz:

–Y de los vascos no digo nada porque en esta tierra donde estamos es peligroso. Aparte que donde tienes asentado el culo podía ser un etarra disfrazado de silla.

El ácrata se aventuró a decir:

–Reconozco que tiene usted el humor del escritor Vizcaíno Casas.

–No estoy al tanto de escritores de primera hornada. A mí no me saques de Tomás Salvador y Martín Vigil, con su Sexta Galería. Ésos sí que son libros edificantes. Por cierto, ¿sabes lo que decía éste en un artículo que le leí?

Julio negó con la cabeza, disimulando ante el espejo el gesto de repugnancia que se le había puesto.

–Pues decía que la historia la escriben los vencedores, de eso no hay duda. Aquí y en el Pekín de Mao. Años más tarde la reescriben los vencidos. Unos y otros se empecinan en falsearla, arrimando cada cual el ascua a su sardina.

Julio dio un respingo, como si el etarra que tenía debajo le hubiese hurgado en sus partes blandas.

–No te muevas. No me gustaría hacer un trasquilón en tu bonito pelo.

–¿Le queda mucho? –preguntó en tono de apremio–. A ver si me voy a perder la cena.

–Vamos, impaciente. Te descargo un poco aquí arriba. A propósito, ¿por dónde iba?

–Estaba hablando de política. Pero si no le importa prefiero hablar de otra cosa. Aparte de que mis tripas no hacen más que gruñir.

El barbero le miró a través del espejo. De nuevo vio Julio en su ojo un resplandor siniestro.

–Está bien, hablemos de trabajo. Ayer estuvo aquí uno de la brigada del matorral, que dice que es colega tuyo. Menuda murga me dio el tío con no sé qué de una fuente que mana vino.

–Ése es el Valladolid.

–Rápido lo has adivinado.

–¡joder!, es el único del poblado que tiene la manía de que en España hay una fuente que echa vino en vez de agua. Su ilusión es encontrarla para beber de gorra hasta reventar.

–Cuidado que hay gente rara por el mundo –replicó, agachando el pelo con el peine.

–Todos somos un poco raros. Él busca esa fuente y otros llevan desde tiempos inmemoriales buscando la fuente de la eterna juventud.

–Ésa es más difícil de encontrar. Por cierto, el borrachín de Valladolid, al principio, según sé por sus compañeros, no quería venir a cortarse el pelo. Y eso que se lo estaban comiendo los piojos, que le he tenido que embadurnar la mollera de Cruz Verde hasta hartarme. Por que lo que nos faltaba, una plaga de piojos en el poblado.

–¿Por qué se negaba a que le cortase el pelo? –indagó, pensando que Valladolid había sido más consecuente que él al negarse a que un franquista declarado le tocase la cabeza.

–El muy cerdo dice que le da miedo mi ojo de cristal. Asegura que es el tapón del agujero donde se esconden los diablos infernales. Va contando por ahí las patrañas que se le ocurren de mí. Que si cuando me lo quito para dormir salen estos seres pavorosos y danzan alrededor de mi cama. Que si hacemos aquelarres... Fíjate lo que es capaz de imaginar la mente de un borracho.

–Ciertamente es un cerdo fantasioso –apostilló Julio, sonriendo.

–En realidad a muy pocos le he contado como perdí el ojo. A ti te lo puedo contar porque me inspiras confianza.

Julio trató de elevar la cabeza, exponiéndose a encontrar el ojo artificial clavado en él.

Pero no pudo porque el barbero, con la mano que sujetaba el peine se lo impidió. Volvió a oírse su voz grave, casi interpretativa:

–Aquí donde me ves yo resucité de entre los muertos.

–No me diga eso. Voy a pensar que estoy en manos de un zombi.

–Déjate de gaitas y escucha. Después de que mataran a mi padre en el santuario los nacionales movilizaron a los que llamaron “la quinta del biberón”. A mí me pilló con diecisiete años, pero estaba tan rabioso por su muerte que me presenté voluntario. Nos trasladaron al frente de Aragón, exactamente a defender Teruel, sitiado por los rojos. Éstos nos disparaban cañonazos desde una colina cercana, día y noche, sin parar. Así un día y otro, frío y hambre, heridos, muertos, una terrible destrucción. Metidos en aquella ratonera sin esperanza de salvación, al final el coronel Rey d'Harcont decidió rendirse. Sin embargo, los que nos encontrábamos parapetados en el Seminario estábamos decididos a batirnos como jabatos, y así lo hicimos. Todo temblaba bajo nuestros pies porque los zapadores hacían túneles y explosionaban cargas de trilita. Disparábamos a nuestros atacantes desde las ventanas del edificio. De pronto la bala de un máuser me entró por este ojo y me salió por aquí atrás en la cabeza. Caí allí mismo y como me dieron por muerto me bajaron a los sótanos y me apilaron con centenares de cadáveres. Al cabo de un tiempo, nunca supe cuanto, abrí los ojos, en realidad el ojo bueno, y noté un gran peso en el cuerpo. Me hallaba sepultado entre varios muertos empapados en sangre. Veía a medias por lo que

enseguida tuve conciencia de que algo me había pasado en el ojo izquierdo, aunque no tenía fuerzas para llevar mi mano a él. Comencé a dar gritos en medio del estruendo de los cañonazos y allí me hubiera quedado de no ser porque bajaron más muertos y oyeron mis voces.

Al llegar aquí se detuvo con el último mechón entre sus dedos y la tijera suspendida a media altura. Julio, sobrecogido por la historia, contempló el ojo auténtico en el espejo. Conturbado en sus sentimientos de anarquista humanista vio en él el sufrimiento. No le molestó en absoluto admitir que sentía compasión por aquel hombre. Al mismo tiempo le recorrió una extraña sensación al pensar que le estaba cortando el pelo alguien que había regresado del mundo de los muertos. Escrutó el semblante de Eusebio que se había quedado pensativo. De nuevo su voz monótona reanudó el relato:

–Así que en mi cuenca vacía no viven los demonios como asegura Valladolid. En cambio sí que está toda esa gente que murió inútilmente y de un modo espantoso. ¿Si te digo que a veces, por las noches en la cama oigo sus gritos de terror, me creerías?

–Por supuesto que le creo, Eusebio. El trauma que produce esa horrible experiencia es difícilmente imaginable por los que por fortuna no hemos vivido una guerra. Pero dígame, después de terminar esa vergonzosa sangría entre españoles, ¿qué hizo usted?

–Pasé a ser caballero mutilado y me quedó una pequeña

paga. Con eso y con trabajos de guarda en las obras he ido tirando. Ya ves, ahorré suficiente para comprarme el ojo de cristal. Porque yo toda mi vida he llevado un parche como Aníbal, y ya vale de rollo –remató con brusquedad quitándole el plástico y sacudiéndolo enérgicamente.

Julio se puso en pie para mirarse al espejo.

–Vaya, me ha quedado bien.

–¿Lo dudas? Te queda de maravilla, pero en este ambiente de hombres no vas a encontrar mujeres para presumir. Como no vayas a las Gregorias. Te advierto que un braguetazo con una de ellas te sale rentable. Deben tener un caudalito.

–Tiene usted mucha guasa, Eusebio. ¿No le parece que ya me ha tomado el pelo bastante? –dijo, echándose ambos a reír.

–¿Qué le debo? –preguntó al olvidarse de los honorarios de éste.

–Poca cosa. Pon ochenta púas en la datilera –dijo extendiendo la mano.

–Caramba, no sabía que usted hablase carrilano.

–Qué quieres. No me gusta esta gente, pero de tanto rozarme algo del lenguaje se me pega. Tú también terminarás hablando como ellos.

Mientras se echaba mano al bolsillo, el barbero fue barriendo la pelambre esparcida.

Se quedó mirando lo que el joven había llevado sobre su cabeza y exclamó, admirado:

–¡Qué montón! ¡Qué derroche!, diría un calvo. Despídete de él que va directamente al jiñaero –añadió recogiéndolo con el badil y alejándose unos pasos al retrete sobre el pozo ciego.

–Me siento más ligero sin ellos –dijo al retornar éste, mientras ponía las monedas en su mano.

–Si te paras a pensar, los pelos de la cabeza son como esa gente altiva. Se creen algo cuando la vida por las circunstancias que sean les han subido alto, pero de repente les quitan el pedestal y caen como un castillo de naipes. Y luego qué.

–¡Al jiñaero con ellos! –gritaron rompiendo en ruidosas carcajadas.

A continuación se fue raudo a contarle a Samuel el tipo tan interesante que era el barbero.

Se vieron en la cantina unos minutos antes de tomar asiento para la cena.

–Vaya, pareces otro –dijo dedicándole una mirada tierna.

–¿Qué opinas? ¿Tú crees que me lo ha dejado bien?

–Fetén. La verdad es que no le veo ningún defecto –dijo, inspeccionando el contorno de su cabeza.

–Pues ya sabes, ahora te toca a ti.

–No de momento. Me lo corté para venir y no me crece tanto como a ti –replicó, insinuando sus pronunciadas entradas.

–¡Menuda historia me ha contado!

–Pero es un franquista. ¿Cómo puedes entusiasmarte con un elemento así? No te entiendo, Julio.

–Naturalmente que es un franquista, pero también fue una víctima de la guerra. Lo que pasa es que le cogió en el bando equivocado. Yo no lo veo una persona llena de maldad. Cáustico, eso sí, pero sensible. Y aún te diría más, creo que tiene algo de refinamiento.

–Desde luego mira que eres pardillo. Parece que tienes las ideas muy arraigadas y luego es capaz de convencerte hasta un niño. Imagínate que ese viejo es un chivato. Puede dar al traste con tus planes.

–Podría, pero le voy a dar un voto de confianza. Alguien que te dice al despedirse: “Desde aquí escucho cada noche el canturreo del río”, no puede ser un chivato.

Dejaron de discutir porque la gente comenzaba a tomar posiciones en los bancos corridos. Se sentaron en el lateral de la izquierda, absorbidos por el murmullo reinante. Samuel jugaba con los cubiertos, apoyando el uno en el otro, hasta que caían con un pequeño estrépito. Una de las veces miró a Julio con el rostro risueño.

–Hoy me han preguntado por ti en el viaducto.

–¿Sí? ¿Quién ha sido? –preguntó, lleno de curiosidad.

–Los señoritos esos de Vitoria.

–¿Los topógrafos?

Samuel asintió, divertido.

–No les llames así. Me parece injusto, más que nada porque no lo son. ¿Qué te han dicho?

El boxeador miró con desconfianza hacia los lados. Aquellos rostros ceñudos, de miradas de acero, no le gustaban. Mantuvo la boca cerrada porque no quería que una palabra suya pudiese perjudicarle si alcanzaba a penetrar en oídos ajenos. Sólo dijo, agarrando la cazuela de sopa que venía de mano en mano desde el otro extremo de la mesa:

–Te invito luego a un coñac en las Gregorias.

–Hecho –respondió, esperando su turno para servirse en el plato. En pocos minutos se oían las glotis absorber como decenas de sumideros. Samuel, que iba por la mitad, dijo, indignado:

–Esto es incomible.

–Cuando se tiene hambre no hay pan duro –replicó un tipo de enfrente, tostado de cara y con ojos temerosos como animal que huye del peligro.

–Estoy con el colega de antes. Esto es aguachirle –bramó otro

mal encarado soltando un juramento–. ¡Maldita sea la macandona!

–La Fandanga –corrigió el temeroso.

–Pues como la llamen. La tía arreándole al solomillo con el cornúpeta ese del cantinero y nosotros tragando esta agua sucia.

Los demás rieron, pero siguieron succionando la sopa, desmenuzando algunos zoquetes de pan en ella. Después de cenar, Julio y Samuel se apresuraron a salir entre el gentío. Hacía buena noche. Había algunas nubes pero no eran de las que amenazan lluvia. Salieron también un grupo de hombres, dispersándose unos por el poblado y otros prefirieron echar los pasos hacia el bar. Los dos amigos anduvieron hasta la carretera, iluminada por las estrellas. El olor húmedo del río les llegaba agradablemente, junto con el silencio religioso que se extendía por Sierra Brava. Julio se detuvo para encender un cigarrillo. Le hizo un ademán a Samuel para que no acelerara el paso. Los obreros que les habían adelantado daban chupadas a sus cigarrillos semejando luciérnagas en la oscuridad. Ambos caminaron, uno junto al otro, sin decir nada, ardiendo en deseos de cogerse de la mano, impulso que procuraban reprimir ya que les parecía ver sombras por todos los lados. Samuel habló en murmullo, girando la cabeza hacia el otro:

–Se presentaron en mi tajo a hacer mediciones. Hicieron preguntas raras a los encofradores. Por supuesto siempre con mucha educancia. A mí, que quieres que te diga, me parecen demasiado melosos. Son como los gatos que te piden comida

restregándose en tus piernas. Enseguida pensé, ¡uy!, éstos son de la cofradía de Julio. Y no sé por qué me dio el pálpito de que traman algo.

En ese momento no vieron a nadie. Aprovecharon para tomarse de la mano de modo fugaz, ya que empezaron a oír el bullicio del establecimiento.

–Puede que no vayas mal encaminado –dijo Julio, sonriendo, aunque él no vio su brillo irónico.

–Espera, que sigo contándote –dijo, deteniéndose–. Habíamos empezado el encofrado de otra pilastra. Yo en ese instante estaba cortando tablas en la sierra circular. Observé, que uno de ellos, moreno, de pelo largo, que llevaba un jalón en la mano se me acercó como si fuera a atacarme con su lanza. Paré el motor de la sierra y me puse a tomar medidas a un tablero. En ese lugar estaba yo solo, pero a pesar de eso el melenas se andaba con rodeos, tanteándome insistente, que me recordó el combate con Juan Peña, que menuda lapa era el tío. Sin saber él que yo barruntaba dónde quería ir, me adelanté a decirle:

–Vamos, hombre, tranquilo. No hagas más el paripé. Puedes hablar, soy de confianza. Me miró dudoso, no convencido aún de andar por tierra firme. Aun así se arrancó a hablar:

–Hemos convocado una reunión para las once de la mañana, el próximo domingo. Vendrán varios de otros tajos. ¿Te importaría comunicárselo a Salazar?

–¿Dónde será la junta? –pregunté.

No me contestó al momento. Seguía estudiándome como si estuviéramos los dos en el *ring* y jugara a adivinar por dónde le iba a lanzar el golpe. Le tuve que alentar a que desembuchara.

–Colega, confía en mí como lo haces en Julio. No soy ningún chivato.

–Bien, nos reuniremos en la vieja iglesia de Apricano. Por favor, te pido discreción absoluta.

Julio, desconcertado ante el inesperado cambio de actitud de Samuel, escrutó su rostro en sombras. Le dio una chupada al pitillo que lo iluminó como un relámpago. Le pareció detectar una expresión inhabitual de empatia ante estos asuntos. Fue muy juicioso al dirigirse a él:

–De sobra sé que no quieres ni oír hablar de esto. Lo respeto y no me importa que te quedes al margen. Yo, en conciencia, creo que hay que hacer algo. La situación es cada vez más insoportable. No solamente las condiciones son inhumanas, sino trabajar once horas diarias es de auténticas bestias. No puedo quedarme con los brazos cruzados, compréndelo, concluyó, casi pidiéndole disculpas.

El otro no contestó de inmediato a su pequeño discurso. Parecía como si estuviera reuniendo las palabras en su cerebro. Su respiración era sosegada y el corazón le latía con una plácida calma. Pero aun así, Julio vislumbró el brillo en sus ojos convencido de que la fiera iba a saltar.

–Julio, quiero que sepas que yo seré lo que tú seas. Y haré lo que tú hagas.

Profundamente conmovido ante la insospechada confesión, el ácrata tocó su hombro, presionándolo con manifiesta ternura.

Le hubiera abrazado hasta fundirse los dos en un solo anhelo, pero la luz de la puerta al abrirse le contuvo. A cambio le ofreció una sonrisa amplia, al tiempo que respiraba aliviado y embargado por una enorme felicidad.

Tras la expresión de amor que ponía rúbrica a sus recíprocos sentimientos reemprendieron los escasos metros que les separaban del bar. Samuel miró al firmamento y dijo:

–Hace una buena noche, ¿verdad?

–Sin duda es una noche espléndida –musitó su compañero.

A cierta distancia de allí se alzaba el sombrío edificio de la estación. Julio venteó el olor característico de las vías, óxido, grasa y carburante, todo unido en una sugerente mezcla que le hizo evocar viajes, gritos de alegría por el que regresa y sollozos tristes por el que parte. Los dos jóvenes se precipitaron hacia el bar del que salían voces roncas y risas estruendosas. Afortunadamente para el boxeador las hermanas no tenían gramola en el establecimiento.

## XXIII

Llegó el domingo señalado, último día del mes de junio. Si bien, la víspera de la reunión clandestina en Apricano acaeció un hecho de cierta relevancia. Comoquiera que el viernes un grupo de trabajadores regresaron al poblado más tarde de lo habitual, y completamente agotados, decidieron esa tarde de sábado, después de comer, no subir a los vehículos que les llevarían al tajo. Los motivos que les llevaron a negarse eran que había que acabar el trecho de hormigonado del firme y se les haría de noche, por lo cual los capataces encenderían los reflectores y eso ya se consideraba trabajo nocturno. Este mismo episodio ya se había dado el mes anterior y los obreros comprobaron con rabia que el pago del plus de nocturnidad no les venía en la nómina. Aunque fundamentalmente, según algunos, lo que más les encolerizó era que con ese ritmo frenético de trabajo no les quedaban tiempo ni fuerzas para emborracharse en la cantina y ni mucho menos ánimos para desplazarse en el tren a Miranda a visitar la zona de las putas. Así que ni cortos ni perezosos permanecieron en la cantina, observando cómo el resto de trabajadores se subían en los Land Rover para ser conducidos a sus puestos. A Julio le pareció interesante intercambiar puntos de vista con aquellos hombres corajudos, que espontáneamente habían sido los

primeros en no querer hacer las horas extraordinarias de los sábados por la tarde. Pero de momento lo expondría en la reunión para dilucidar cómo debía procederse ante esta prometedora rebeldía. Aparte de que aquel hecho positivo le hizo pensar en otra petición al Consorcio: trabajar menos horas con objeto de que les quedase tiempo para el ocio y esparcimiento.

La cuadrilla del plante se abalanzó al mostrador, pero Dolores ya había recibido la orden de no servirles bebida. Su acción había sido puesta inmediatamente en conocimiento de los jefes y éstos habían decretado que ni una gota de alcohol a los malos compañeros que mientras los demás trabajan ellos se permiten holgazanear. Pero la cuadrilla se encogió de hombros y se dirigieron en tropel al bar de las Gregorias. Durante toda la noche estuvieron acantonados, bebiendo y cantando, ante la mirada severa de Jacinta, que hubiera preferido que les fulminara un rayo a todos juntos.

A las siete se oyó el ronquido de los primeros vehículos trasladando a los trabajadores al poblado. Un pequeño aluvión se dirigió al bar a calmar la sed. Se trataba de un grupo de carrilanos que habían llegado hacía un par de semanas a trabajar en la autopista. La cuadrilla rebelde estaba sentada en el poyete de la entrada, bebiendo cerveza. Entre ellos había algunos sevillanos del cerro del Águila, que mostraron una actitud despectiva ante los recién llegados.

–Hey, gachones, si creéis que os van a dar mollate las loros, tururú. Nos lo hemos endiñao tó –dijo con rechifla un sevillano.

Uno de los carrilanos, el más impulsivo, se volvió desde la puerta y acercándose a él le respondió mirándolo con odio:

–¿Qué pasa, montón de mierda? ¿Quieres que te parta la boca?

–¿Tú y cuántos más? –es lo único que le dio tiempo a decir.

Rodó por el suelo como un muñeco, impulsado por el puñetazo en la nariz. Dos sevillanos se abalanzaron al agresor, golpeándolo y defendiéndose éste a su vez como una fiera.

–¡Me cago en tus muertos, manguta, hijo de cura! –le gritaban llenos de ira.

A éstos se unieron más, de uno y otro bando, llegando a introducirse con la trifulca en el interior del establecimiento. Se daban palos por todos los lados, destrozando varias sillas, ante las aterrorizadas hermanas, que exclamaban, alzando sus brazos sarmentosos:

–¡Señor, Dios de los ejércitos, que alguien detenga a estos bárbaros!

Se estaban arreando bastante leña, cuando de repente salieron los aceros a relucir. Alguien en el poblado había dicho que los del cerro del Águila tiraban de baldeo enseguida y así fue. Con las navajas en la mano, miraban a sus enemigos con ojos destellantes y los dientes apretados. Sin embargo, los otros no se arredraron, arrancaron las tablas de un banco y se dispusieron a defenderse. Entretanto, alguien había corrido a la cantina a dar aviso de lo que estaba pasando.

–Vamos, vengan rápido. Se van a matar –dijo, con el rostro demudado.

Salieron de allí un grupo de hombres con Luisón a la cabeza. Afortunadamente llegaron a tiempo de evitar que las armas que blandían entraran en acción. El cantinero se puso en medio, imponiendo su corpulencia, a la vez que daba una gran voz de Polifemo:

–¡Ya está bien de peleas, hostias! ¡Guardar las navajas y vosotros dejad los maderos!

Había unos cuantos contusionados por golpes que fueron los primeros en alejarse lentamente hacia el poblado. El resto se resistía, como si quisieran llevar la reyerta hasta las últimas consecuencias.

–Han empezado ellos, que son unos chulos –dijo el sevillano que había recibido el puñetazo, taponándose la nariz con el pañuelo ensangrentado.

–Pues se acabó, he dicho. O alguien quiere vérselas conmigo –intervino Luisón, furibundo–. ¡Venga, largo de aquí!

Remisos, se dieron la vuelta y enderezaron hacia el poblado, junto con el grupo de hombres que había acudido a impedir la pelea. Luisón iba a arrancar a andar, cuando salió Jacinta y le dijo con voz lastimera:

–¿Quién me pagará los desperfectos que han hecho estos salvajes?

–No lo sé, señora. Supongo que tendrá que ir a las oficinas. Seguramente les descontarán de sus sueldos lo que han roto.

Al día siguiente, domingo, el incidente se difundió con la velocidad del relámpago. Verbalmente hubo quien se posicionó a favor de un bando o del otro, pero sin que se llegasen a exacerbar los ánimos de nadie, por lo cual la cosa no pasó de ahí. Las que sí tomaron una decisión radical fueron las hermanas. Esa misma mañana, nada más levantarse no subieron las persianas del bar ni de la tienda. Colgaron un cartel de “cerrado indefinidamente” y se recluyeron en su casa. El plan que habían fraguado consistía en vender las existencias a los particulares del pueblo y a continuación marcharse a Vitoria, lejos de aquella ralea. Entre los trabajadores corrió el rumor de que la pelea había sido una sucia operación de la Fandanga, que había pagado a unos para que provocasen a los otros con el objeto de hacer que las hermanas abandonasen el negocio. Uno más de sus tejemanejes para conseguir quedarse con el monopolio del bar y la tienda de Zuazo. Siempre taimada, al Consorcio le había vendido la idea previamente de abrir un economato, anexo a la cantina, ofreciendo su mercancía no sólo a los trabajadores sino además a la gente del pueblo. Mientras ella le daba cuerpo a sus ideas de expansión, los conspiradores esperaban ansiosos la hora de reunirse en la iglesia abandonada. Alfonso Jáuregui poseía un Seat 1500 de segunda mano con el cual los tres jóvenes se desplazaban todas las tardes a la capital y volvían al punto de la mañana a las oficinas. El día de la cita, el coche, que había partido de Vitoria a las diez, se dirigió al valle de Cuartango por la carretera de Subijana. Julio y Samuel salieron del poblado con tiempo suficiente, realizando a pie los tres kilómetros largos

hasta el pueblo. El sol ascendía en el cielo como un globo, arrojando sus rayos abrasadores sobre el valle. Con las camisas empapadas de sudor, abandonaron la solitaria carretera y descendieron el repecho de grava hasta Apricano. Según se acercaban una bandada de torcaces emprendió el vuelo de los tejados en ruinas. Hacia el río oyeron graznar a los cuervos, sobrevolando aguas abajo en dirección al desfiladero. La puerta de la iglesia estaba entornada. La empujaron arrancándole un chirrido lúgubre. Los dos jóvenes se adentraron en la fresca y penumbrosa nave, que olía fuertemente a humedad. Todo estaba destartalado, sus muros descarnados llenos de pintadas, realizadas con los tizones de un fuego apagado que algún pastor había encendido para protegerse del frío. Al fondo, en una de las capillas laterales faltaba la techumbre. Por allí penetraba la única luz que iluminaba esa parte del templo. Pisando entre los cascotes, Samuel se sintió reconfortado con la agradable temperatura. Con la voz que retumbó en el interior, dijo insinuante:

–De haberlo sabido podíamos haber venido antes. ¿A qué hora has quedado con ésos?

–A las once –dijo Julio, haciendo el ademán de abrazarlo.

–Cuidado, vas a cometer un sacrilegio –dijo riendo el boxeador–. Estamos en sagrado.

No cayeron en preámbulos. Se estrecharon con fuerza, tocándose compulsivamente con la urgencia de la impunidad. Mientras unas manos exploraban por debajo de las ropas, otras más ansiosas se apoderaban de la carne, provocándole

gemidos de placer. Sin embargo, inesperadamente la bocina de un coche reventó la gozosa pompa de jabón.

–Es el tren, sigue, sigue y no te detengas –dijo Julio con los ojos en blanco.

–¡Son ellos! –exclamó, incorporándose–. Son los de Vitoria.

Se recompusieron a toda prisa y salieron fuera. El Seat de color gris se detuvo en la puerta. Bajaron los tres jóvenes sonrientes, pero no hablaron ni alargaron las manos para saludarse, porque a pesar de estar en un pueblo abandonado, temían que alguien les viese, reconociendo el sonido de sus voces, al ser éstas esparcidas por el viento. Sin duda, la vida política en clandestinidad les hacía adoptar precauciones absurdas. Penetraron en la iglesia, dejando la puerta abierta para vigilar desde allí la carretera, y permitir una leve corriente de aire. Como había ladrillos diseminados, hicieron un redondel con montoncitos y acto seguido se sentó el cónclave. Alfonso, situado frente a la puerta, sacó el tabaco y ofreció en un atisbo de ritual. Se puso un pitillo en los labios y tras encenderlo, dijo, mirando solemnemente a los dos maños:

–Debo deciros que tanto mis compañeros aquí presentes, como yo, pertenecemos a la UGT. Llevamos dos meses aquí y las condiciones del Consorcio son cada vez más duras. En mi opinión ha llegado el momento de movilizar a los trabajadores para reivindicar cosas fundamentales.

Dicho esto, Jáuregui efectuó un silencio estratégico, en espera de réplica. Julio, con el gesto serio, era consciente de que una vez identificados éstos tenía que medir sus fuerzas con

ellos. Creyó justo exhibir sus credenciales y tras sacudir la ceniza con dos golpecitos de su dedo, expresó lo siguiente:

–Yo, mejor dicho, nosotros –rectificó al ver la expresión entusiasta de Samuel– somos de la Confederación, y también pensamos que debemos pasar a la acción sin más demora. La situación se hace insoportable. Vosotros desde la oficina quizá no lo percibís pero es así...

–Un momento –alzó la mano Jáuregui, interrumpiéndole–. El objeto de la reunión no es para oír reproches vuestros. Nosotros trabajamos las mismas horas y estamos a la intemperie. Sólo vamos a la oficina a pasar los datos a limpio y archivarlos convenientemente.

–Disculpa, no he querido ser impertinente. Hablo así movido quizá por los sucesos de ayer por la tarde.

–¿Qué pasó?

–Una bronca fenomenal en el bar de las hermanas. Casi hay puñaladas si no se presentan a tiempo un grupo de pacificadores.

–Esta gente está enloquecida. Arremeten entre ellos como fieras –dijo Ernesto.

–Siempre se ha dicho que el peor enemigo de un obrero es otro obrero –intervino Samuel, apartando con sus manos la humareda que casi envolvía su rostro.

–Dejadme acabar, compañeros –dijo Julio, expulsando la

bocanada de humo hacia arriba–. Si pudiésemos hacerles ver que el enemigo común es el Consorcio y contra el cual debemos mantenernos unidos y exigir nuestros derechos, habríamos dado un gran paso.

Ernesto, que miraba a Julio con un gesto de soma, sacudió la melena hacia atrás en un ademán coquetón, al tiempo que respondía a sus palabras:

–Casi nada lo del ojo y lo llevaba en la mano. Según entiendo lo que pides es que esta gente viva pacíficamente entre ellos y que se unan contra el depredador carnívoro. Así llamo yo al capitalismo. No es por desmoralizar pero mis dudas tengo de que se pueda sacar algo en claro de estos currantes.

Julio no respondió al pronto. Se estaba pasando la mano por la barba en la que apuntaban los pelos rubiáceos. Por su experiencia de vida sabía que en los grupos humanos siempre hay un pesimista y un optimista. Lo mismo que los cables de la luz llevan un positivo y un negativo, pero que unidos producen la iluminación. Y era lo que se esperaba, el optimista, que en este caso era Chema, no tardó en manifestar su opinión. Antes de hablar estiró las piernas, clavando la mirada en la puntera de sus zapatos. Dejó oír su voz en tono de ponderación:

–Estás en un error. Es la mejor gente para conseguir llevarlos a la huelga. Y te digo por qué. Sencillamente porque no tienen viviendo con ellos a una mujer que con toda seguridad les va a persuadir de que no se unan a la huelga. Yo digo que si son beligerantes entre ellos mismos, también lo serán contra el Consorcio. Basta con explicarles las cosas con claridad, decirles

que dirijan su rabia contra el objetivo que les marquemos. Lo demás, yo personalmente lo veo viable.

–Todo esto se reduce a la lucha por la existencia –intervino Julio con aplomo profesoral–. Yo lo tengo leído, es toda una teoría en la supervivencia de los animales. Hay estudiosos que hablan de la crueldad por sobrevivir en los animales y en el hombre, sin embargo, otros investigadores, y éstos son los que me interesan a mí, y a muchos como yo, hablan de "la ayuda mutua". Sin ir más lejos, Kropotkin, el cual señaló que cuanto más se vinculan entre sí los individuos de una determinada especie, cuanta más ayuda se prestan, más se consolida la existencia de la especie y tanto más se da la posibilidad de que se desarrollen.

–Pero eso son teorías –replicó Jáuregui, lanzando la punta de su cigarrillo hacia los cascotes–. Digas lo que digas, el comportamiento de los animales no se puede extrapolar al del ser humano.

–¡Si! Lo digo con toda la contundencia necesaria para derribar semejante negación. Sólo hay que observarlos o leer a los que lo aseveran después de muchas investigaciones. En sociedades de animales la lucha entre individuos de la misma sociedad desaparece y en su lugar aparece la cooperación. Y no es cierto eso de que sólo sobreviven los más fuertes. Tienen más posibilidades de sobrevivir y propagarse aquellos que saben unirse y apoyarse entre sí.

Samuel le escuchaba con actitud contradictoria. Por un lado le fascinaban sus conocimientos, pero por otro le pareció de un

aburrimiento sin precedentes. Aun así le contempló con los oídos listos y la mirada conmovida porque le parecía muy gracioso el modo que tenía de parpadear al expresarse tan apasionadamente.

Por otro lado, Chema, que había decidido trabajar unos meses como ayudante de topógrafo para sacarse un dinero con el que costearse la carrera de antropología, y que probablemente había leído a los evolucionistas, enarcó las cejas, interpelándole:

–Perdona, compañero, tu exposición me ha parecido muy interesante, pero tengo la sensación de que te has confundido. Has mezclado las teorías de Kropotkin con las de Darwin.

Julio, que no tenía conciencia de ese trenzado de ideas al que aludía el otro, apenas daba crédito. Murmuró, frunciendo la frente:

–¿Estás seguro? ¿No será que pretendes confundirme?

–¡No es ésa mi intención, vive Dios! Te puedo aportar pruebas.

–Vamos a ver si entramos en razón –atajó Samuel, elevando la voz que resonó en la bóveda–. Si él lo dice será verdad. Es muy leído, y no creo que confunda la velocidad con el tocino. ¿O es que lo estás tratando de mentiroso? –añadió, señalándolo con un dedo amenazante.

–No, por favor, compañero –se excusó, mirando la tirantez de su rostro y aquella inquietante nariz.

–Vamos, no te disculpes. Tampoco Samuel pretendía decir eso. Es muy impulsivo –dijo Julio.

–¿Por qué no nos dejamos de historias y nos centramos de una vez? –intervino Jáuregui en tono severo–. Estamos aquí para discernir cómo planear la movilización de todos esos trabajadores. No discutamos entre nosotros.

–Exacto. Debemos ser prácticos –repuso Ernesto–. Primero hay que ver con qué gente contamos. En medio de este pasotismo será difícil encontrar a alguien comprometido.

–Ya estamos en el aro, Genaro –replicó Chema–. En la planta de hormigón hay un tal Málaga. Es un tío majo. He hablado con él y se le ve con conciencia obrera.

–¿En quién más se puede confiar? –preguntó Jáuregui.

–En el parque de vigas tengo un compañero al que llamamos Badajoz. Es un tío bragado. Podemos contar con él.

–Yo sé de otro –dijo Samuel, deseoso de colaborar–. El Valladolid.

–¿El borrachingas de la brigada del matorral? ¡Vamos, no jodas! –replicó Ernesto. Ese menda está siempre curda. Anda emperrado en buscar una fuente que echa vino.

–¡Y qué! ¡Cómo si busca la fuente del Avellano! –ladró Samuel–. Es un buen colega, que se pondrá de nuestro lado en cuanto nos vea actuar.

El eco de las risas creó un efecto de aquelarre en el interior de la iglesia.

–¿Oye, y un tal Castellón? –preguntó Julio a Samuel–. Participó en el plante contra las horas extras de los sábados, pero no se inmiscuyó en la pelea. ¿Crees que querrá unirse a nosotros?

–Es cuestión de proponérselo. Además es un comecuras. Siempre está rajando contra ellos.

–Será por resentimiento –dijo Jáuregui–. Sé de quién habláis, según tengo entendido es un cura rebotado. Aunque él nunca habla de su paso por el seminario. Algunos le llaman el Biblias y dicen que es un tarado. Podría ser contraproducente meter en el grupo a un tipo así.

–Seguro que es un cura comunista camuflado, que se hace el loco. Podría ser interesante mantener una conversación con él –dijo, Julio–. Ah, que no se me olvide que Teruel es de los nuestros. Esta misma noche hay que ponerlo en antecedentes.

–De todos modos somos muy pocos para influir en los demás –dijo Jáuregui–. Una labor de concienciación de los trabajadores lleva tiempo. Y sobre todo en estos que están tan resabiados.

–Yo propongo un plan –dijo Samuel.

Todos le miraron con escepticismo, sin tomárselo en serio.

–¿Cuál? –preguntó Julio, divertido.

–Ir directamente al tema, el ataque por sorpresa suele dar resultado. Soltarles un izquierdazo cuando menos se lo esperan.

–¿Pero qué quieres decir? –preguntó Chema.

–¡joder!, que uno de vosotros les hable en el comedor, diciendo que hay que pedirle mejoras al Consorcio. Cuando estemos comiendo. Así nos cogerás a todos.

–No está mal. Pero olvidas que el que hable está sentenciado –repuso Ernesto–. Aunque los currantes no digan nada de la movida, a la Fandanga le faltará tiempo para chivarse.

–Puedo hablar con ella. A mí me tiene cierto respeto –dijo Samuel, mirando de reojo a Julio.

–¡Ah, pillín! ¿Te entiendes con ella? –dijo Chema.

–No es eso –murmuró, arrepintiéndose de haber utilizado semejante añagaza –. Le caigo bien por lo que sea. Eso es todo.

–Vale, siempre se ha dicho que el fin justifica los medios –intervino Jáuregui–. Si consigues que mantenga la boca cerrada, yo mismo les hablo mañana sin falta.

–No te precipites. ¿Cómo te vas a dirigir a ellos así, a palo seco? –repuso Julio –. ¿No sería mejor redactar una tabla reivindicativa?

–Tienes razón. Hagamos las cosas bien desde el principio. Nos demorará una semana, pero les leeremos una serie de

puntos que les pongan en pie de guerra. ¿Quién tiene papel y boli? Podíamos redactar aquí mismo el borrador.

Chema aportó lo que se pedía y en común confeccionaron la lista de exigencias laborales al Consorcio. Cuando acabaron de dar orden a las peticiones era la una de la tarde.

–Tenemos que irnos. Si no, nos quedamos sin comer –dijo el boxeador, levantándose.

–Vale, os acercamos hasta el puente de Zuazo y nosotros nos volvemos a Vitoria.

Puestos en pie les propinaron una patada a los ladrillos que habían servido de asiento para no dejar pruebas de la reunión. Fueron abandonando la iglesia con cierta cautela, escudriñando cada esquina de aquel pueblo fantasma. Sólo se oía el metálico graznido de los cuervos entre los paredones del desfiladero.

Mientras hacían el trayecto hasta el pueblo iban en silencio, pensando quizá que de aquella reunión iba a surgir algo grande. Nada más cruzar el puente, Jáuregui detuvo el coche a la misma altura de un viejo edificio de ventanas verdes, otrora conocido en el valle como casa y fonda de las Txapelas. Giraron allí mismo y susurrando un hasta luego emprendieron direcciones opuestas. Julio y Samuel caminaron a la cantina con apresuramiento. Julio, al que le espoleaba cierta comezón, preguntó con aspereza, fruto sin duda de un ataque de celos.

–¿No será verdad que tienes trato con esa mujer?

Samuel se detuvo para mirarle con una sonrisa conmiserativa en los labios.

–Por lo que veo no has entendido la maniobra. Julio, perdona, pero te hacía más listo.

–He entendido la maniobra, como tú dices. Pero mi duda es si en el ardid no habrá algo de verdad.

–¡Qué disparate! Sólo intento aprovecharme de ella. Ya sabes con qué ojitos de querer me mira. Se le sigue la corriente, naturalmente sin llegar a mayores, no temas. No me parece difícil lograr que mantenga los ojos y oídos cerrados.

–Eres bastante sibilino. ¿Lo sabías?

–Supongo que quieres decir que soy astuto. Lo soy, no voy a negarlo. En el boxeo tienes que hacer como que señalas una cosa y lanzarte a por la contraria. El factor sorpresa, que es lo que le he dicho a esos gachupinos.

Una vez en la cantina, Julio buscó entre la multitud a Castellón.

Había mucha gente ocupando las mesas, inclinados sobre el plato de legumbres, pero seguían entrando más. Lo divisaron en los bancos del fondo que todavía no se habían completado.

–¿Por qué no te sientas junto a él? –sugirió Julio–. Proponle si nos podemos ver esta tarde en el río.

–¿Así de buenas a primeras le digo eso? ¿Qué va a pensar de

mí? –dijo Samuel, recordándole con un guiño su estúpido recelo hacia Dolores.

–¿Qué va a pensar?, ¿lo de la copla? “Que yo me la llevé al río pensando que era mozuela” –contestó, riéndose a placer–. Vamos, espabila, dile que iremos a lavar la ropa. Que se venga, que queremos hablar con él de algo interesante. Es un tipo fácil de convencer. Yo, mientras, voy a intentar localizar a Badajoz.

Farfulló algo pero fue a cumplir lo encomendado. Julio, de pie, cerca de la gramola en la que alguien había puesto el Bimbó, de Georgie Dann, trataba de identificar en el muestrario de rostros el del extremeño. En ese instante entró Quisquillas, con dos hombres más. Éste le saludó con el brazo y se dirigió hacia las mesas vacías del fondo. Julio giró la cabeza hacia los ventanales de la izquierda y de pronto lo divisó. Badajoz estaba sentado en una esquina del banco, hablando precisamente con Málaga, entre cucharadas de alubias. Se acercó y con el pretexto de saludarles les solicitó un sitio en el banco.

–Chacho, ahora mismo te hago un hueco –dijo Badajoz, empujando a Málaga y éste a su vez a los demás que protestaron airadamente.

Julio conocía al andaluz de vista pero nunca había cruzado una palabra con él. Le pareció de buen presagio que ambos estuvieran juntos, aunque tuvo la impresión de que hablaban de toros. Tras pedir que le pasaran un plato vacío y los cubiertos, les dijo sin rodeos, al tiempo que se servía un cazo de alubias:

–Tengo algo que contaros.

Badajoz le miró con gesto de asombro. Como si hubiera adivinado sus pensamientos, su rostro sonrió, mostrando sus grandes dientes de caballo.

–Tú dirás, chacho –dijo, ladeando el cuello, lleno de curiosidad.

Pero el ácrata sólo abrió la boca para meter la cuchara en su boca. De pronto le había parecido que un sujeto de los que tenía enfrente hacía oídos. Fue una falsa alarma, pero aun así permaneció un rato masticando en silencio. El Málaga, al que le habían arrebatado la miel de los labios, inquirió, intrigado:

–¡Pero bueno! ¿Así nos deja, colega? ¿Se puede saber de qué se trata?

–Esta tarde pienso ir a lavar al río –dijo, dirigiendo su voz hacia ellos–. Me imagino que tendréis ropa sucia. Si no tenéis otra cosa más interesante que hacer os espero en la curva.

–Digo. Aquí tenemos cosas interesantísimas que hacer –dijo en tono burlón Málaga–. Descansar de la fatiga de la semana y mirar al techo del barracón.

–Vaya, esta mañana he hecho la colada –dijo Badajoz, pasándose la servilleta por los labios pringosos–. Pero vamos, cuenta conmigo, me parece que se me olvidó lavar un par de calcetines.

–Yo iré a lavarme esta camiseta. Con la calor ya tengo otra

vez el cerco en el sobaco. La lavé ayer por la tarde, que conste –dijo Málaga con su agradable y divertido gracejo.

–¿Y Quisquillas? –preguntó Badajoz, consciente de que podían aprovechar la experiencia del viejo.

–Está al tanto. Dice que está viejo para jugar al escondite. Pero no obstante contemos con su apoyo.

–¿Y ese paisano tuyo que está mellado? –preguntó Badajoz.

–¿Teruel? Esta mañana se ha ido de putas a Bilbao. Pero sabe de qué va la movida. Contamos con él al cien por cien.

–Por cierto –irrumpió Málaga–. Hace una semana se largaron dos carrilanos interesantes. Lástima porque eran dos puntos filipinos. Sin embargo, al día siguiente llegó uno que mandaron a mi tajo. Nada más abrir el pico noté que era un rojetas.

–¿Está por aquí?

–No, ha comido de los primeros y se ha ido a sestear al chabolo. Le llaman Asturias. ¿Queréis que le diga algo cuando se levante?

–Si tú crees que merece la pena, sí, desde luego. Vamos a necesitar todo el apoyo posible.

A las siete menos cuarto de la tarde continuaba haciendo un calor rabioso. Los convocados, cada uno con su bolsa, atravesaron el erial en dirección a la curva del río. Se estaban acercando al lugar de la cita, cuando oyeron chapotear en el

agua. Bajo los corpulentos chopos vieron a Málaga con otro compañero, que supusieron sería Asturias. Éste estaba metido en el agua con el pantalón arremangado y Málaga, en cuclillas delante de la piedra, lavaba unos calcetines, cuyo color original debía ser blanco. Cada vez que restregaba soltaba una espuma renegrida que se alejaba corriente abajo.

–¡joder, colega! –le increpó el otro–. ¿Desde cuándo no los has lavado?

–No me acuerdo, Asturias. Lo mismo hace un mes que dos. Me los quito para dormir y a la mañana siguiente me los vuelvo a poner. De esta tarde no pasa, me digo al ver la roña. Pero ya ves, la desidia pierde al hombre.

–Te pierde la memoria –dijo su compañero con una mueca burlona–. Tienes tan poca que se te olvida lo guarrete que eres.

–Pues no creas, he tenido buena memoria siempre. Lo que pasa es que el mollate lo borra todo aquí en la testuz. No te lo creerás, Asturias, pero yo en mis buenos momentos me acordaba incluso de antes de nacer.

–¿Qué dices? ¿Te acuerdas de cuando estabas en la barriga de tu madre?

–Exacto, colega. Me acuerdo con total claridad. Mira qué coincidencia. Era un momento como el que estamos ahora. Mi madre estaba embarazada de mí, y como en aquellos tiempos no había baño en las casas de los obreros, se tuvo que ir al río a lavarse el chisme. Y me acuerdo, fíjate, Asturias, lo que te digo, que dejó el jabón sobre una piedra y yo saqué la mano y se lo

quité. Y ella mirando la corriente pensando que se le había ido por allí.

Los recién llegados, que habían tenido tiempo de oír semejante fábula, rieron la ocurrencia del andaluz, el cual convencido de su embuste mantenía la expresión melancólica, acordándose tal vez de la travesura que le gastó a su madre, ya antes de venir al mundo. Julio, Samuel y Badajoz se aproximaron, todavía con la risa en los labios. Sacaron alguna prenda, que no necesitaba lavado, pero era por hacer el paripé no fuera a sorprenderles alguien en conciliábulo. Con disimulo estudió la fisonomía de Asturias. Era de mediana estatura, brazos peludos y enorme cabeza. Había oído decir que los asturianos eran gente revolucionaria, que ya les venía desde el treinta y cuatro, cuando se enfrentaron con dinamita a las tropas que envió el gobierno. Los cinco hombres formaban un estrafalario cuadro bucólico, uno metido en el cauce, como un sanjuanevangelista, otro frotando la suciedad del calcetín y el resto, contemplándolos con mansedumbre bovina. Una gran voz detrás de ellos les sobresaltó.

–¿No hay otro plan que ése?

–Vamos, Castellón, te estamos esperando –dijo Badajoz.

–Me he quedado como un tronco. Uno del barracón me ha tirado una bota, harto de mis ronquidos.

–Yo ya he terminado, Castellón –dijo Málaga, retorciendo los calcetines–. Te dejo la piedra.

–¿Y para esto tanto misterio? –bromeó–. Os advierto que

sólo tengo para lavar los gayumbos que llevo puestos. Me quedo en bolas mientras los lavo. ¿Algún inconveniente?

–Ninguno. Hacemos corro y hablamos de lo que nos ha traído aquí –dijo Julio.

–¿Una reunión clandestina? Tíos, ¿qué pretendéis que me lleven al trullo otra vez?

–¿Te trincaron por política? –preguntó Julio.

–Por mangui, ¿no te jode este? Es lo último que te puede pasar, que te encierren por meterte en política. Me comí cinco años en Nanclares de la Oca. Y no fueron más gracias al cura de la cárcel.

–Me sorprendes, Castellón. Nos habían dicho que ibas para cura, pero que te largaste del seminario –dijo Badajoz.

Mientras hablaban se había quedado completamente desnudo, mostrando su cuerpo esquelético.

–Habladurías. Qué cojones sabe la gente de mi vida –respondió airado, arrodillándose con en el calzoncillo delante de la piedra–. Dadme jabón, coño, que no lo ponga yo todo.

–Entonces, de anticlerical nada–dijo Julio, decepcionado.

El otro, pestañeó, perplejo.

–A ver, tío, si dejamos en claro con quién nos juntamos. Yo soy como soy y lo demás son inventos. Cinco años en la cárcel

da para mucho. Me pegué a la sotana para pillar algo. Los curas si te portas como ellos quieren te enchufan.

–Mientras no te la enchufen –dijo Málaga, tendiendo los calcetines en el rayo de sol de un arbusto.

–Sujeta esa lengua o te la arranco, manguta.

–Vale, haya paz –dijo Julio.

–Me pusieron a barrer la capilla y la biblioteca, que casi nunca había nadie, en ninguno de los dos sitios. Al ver tanto libro me picó la curiosidad y agarré uno. Un catecismo de un tal padre Ripalda. Al cura del trullo se le puso cara de goce celestial de ver a un descarriado interesándose por la sagrada religión. Así que un libro me llevó a otro y éste finalmente al libro de los libros: La Biblia. Me la leí entera. Modestia aparte, pero estáis delante de un especialista en las Escrituras, de un exegeta.

–¿Exequé? Mucha jeta es lo que tú tienes, Castellón –replicó Málaga.

–De ladrón a bibliero –dijo Badajoz–. Pues aquí no hemos venido a hablar precisamente de eso, chacho.

–Yo tengo la mente abierta, tío. Sé que estamos aquí para ponernos de acuerdo en la forma de apretarle las clavijas al Consorcio. Nos están explotando y Jesús, que fue el mayor revolucionario, no lo olvidéis, dijo que el que hace mal a otro se lo hace a él. De modo que si las reuniones estas sirven para unirnos y sacar mejoras para todos, entonces, contar conmigo.

–¿Cómo? ¿Qué dices? –se revolvió Asturias, dando brincos como un saltamontes en un rastrojo–. ¿Arriesgarme a que me den la papela por sacarle la cara a esta chusma, ignorante y rastrera, que te clava la navaja en cuanto menos te los esperes? Ni soñarlo, guaje.

–Escucha, compañero, y atente a razones –medió Julio, defraudado por la actitud insolidaria de éste. Nadie te va a despedir, sencillamente porque seremos una piña. Si toman medidas contra ti todos te apoyaremos. Sería como si la tomaran contra todos. Y eso está fuera de toda lógica. Ellos tienen unos plazos para acabar la autopista y deben cumplirlos.

–Ahí le duele, chacho. Claudicarán a nuestras exigencias en cuanto vean que se les pasa el tiempo –terció Badajoz–. Vamos, abordemos la cuestión de una vez. Se plantea el cómo convencer al personal para que vaya a la huelga.

–Eso son palabras mayores. Me gustan los retos. Por mí adelante con los faroles –dijo Málaga, chispeándole los ojos.

–Aquí no hay una zarza ardiendo que nos diga cómo hay que actuar, ante la presumible intransigencia del Consorcio –intervino Castellón, poniendo cara de patriarca escuálido–. Sin embargo, yo confío que a esta gente se les revuelvan las tripas cuando se les explique la pasta gansa que gana el Consorcio con nosotros.

–¿Tú crees que es serio que estemos hablando de huelgas, lavando ropa y con Castellón ahí con el badajo colgando? –preguntó Samuel, que había permanecido mudo, observando divertido a unos y a otros.

–¿Por qué no? Los burgueses nos llaman descamisados, sucios y malolientes. Demostrémosles que no es así –respondió Julio, con una sonrisa en los labios.

Castellón, sintiéndose aludido, terminó de aclarar el calzoncillo y lo puso a secar. Se embutió el pantalón pero se dejó el pecho peludo al aire. Por otro lado, Asturias, que estaba sentado en la hierba, contemplando indiferente el discurrir de las aguas, se giró para hablar:

–Esto es un suponer. Si la gente acepta ir a la huelga. ¿Estáis preparados para dirigir el cotarro? No os veo yo con temple –bueno, rectificó, mirando el gesto ceñudo de Samuel, temple no lo sé, pero cara de mala hostia éste sí que la tiene.

–No se trata de dirigir, compañero Asturias –explicó Julio, disimulando un tono de voz tierno–. Verás, se hacen asambleas y una vez que los compañeros entienden que la huelga no es un fin sino un medio para conseguir nuestros derechos se decide votando en conciencia.

–Yo lo veo de sentido común –dijo Málaga.

–Los obreros no pecan de juiciosos, precisamente –replicó Asturias.

–Chacho, ten fe en la clase obrera –repuso Badajoz–. Todo es cuestión de organización. Si nos organizamos lo conseguiremos.

Estuvieron un rato más especulando, perdiéndose en divagaciones de cómo era la clase obrera. En las copas de los

árboles había desaparecido la luz dorada del sol. Estaba atardeciendo, la ribera comenzaba a ensombrecerse como un lienzo oscuro que lo cubre todo.

–Si no hay nada más que tratar yo me vuelvo al poblado –dijo el extremeño.

–Te acompaño –dijo Castellón, recuperando el calzoncillo.

–Yo también me voy –dijo Asturias.

–Pues yo no me quedo aquí a que me devoren las alimañas –dijo Málaga.

–Nosotros nos quedamos un rato a lavar un par de camisetas –dijo Julio.

Samuel iba a decir algo pero el ácrata, sin apearse de su sonrisa, le perforó con la mirada.

Los otros se encogieron de hombros, dándose la vuelta para alejarse campo a través. Sus pasos sonaban sordos en la tierra blanda de la última tormenta. Detrás de ellos dos sombras se internaron furtivamente en el follaje. Al mismo tiempo, sobre el poblado apareció una hermosa luna plateada y las primeras estrellas lanzando guiños de complicidad.

## XXIV

El comité clandestino había dispuesto el golpe de mano para el último domingo de julio, que caía en veintiocho. Si habían elegido ese día era porque la plantilla no había cobrado aún. De haberlo dejado para el siguiente domingo, con dinero fresco en el bolsillo la mitad de los hombres se hubiera ido a Miranda y Bilbao y el resto hubiera permanecido en la cantina, bebiendo a crédito o tendidos en los camastros, reposando. Los jóvenes de Vitoria habían elaborado la plataforma reivindicativa, que hicieron llegar a Julio por medio de Badajoz. Éste había ido a la oficina a recoger unos planos, ocasión que Jáuregui aprovechó para poner en su mano una cuartilla doblada. Esa semana, en el parque de vigas se había empezado el encofrado metálico. Con una grúa fueron ensamblando enormes chapas, que una brigada de hombres subidos en andamios se afanaban en atornillar con llaves de carraca. En cuanto hubieron avanzado treinta metros, llegó una nube de ferrallas gallegos, los cuales se introdujeron en la especie de callejón que formaban las piezas. Con gran celo, pues trabajaban a destajo, fueron urdiendo un armazón con varillas de acero y alambre galvanizado. Todo era un bullebulle de sonidos secos de las tenazas y los chirriantes gruñidos de las llaves. El jefe daba instrucciones, sin quitarles un segundo la

vista de encima. Estaba dispuesto a no darles respiro ya que los planes del Consorcio eran tener la primera viga montada en el viaducto antes de la Virgen de Agosto. Situado en la parte baja, Julio acababa de apretar una tuerca, cuando vio al extremeño acercarse a él con ademán misterioso. Le dijo, elevando la voz deliberadamente, para que los demás le oyeran.

–Chacho, toma un cigarrillo. En todos los oficios se fuma.

Al dárselo le deslizó la cuartilla doblada con disimulo.

–Vamos a ello –aprobó el joven, guardándosela en el bolsillo y sacando de paso el mechero.

–Necesito un saco de yeso para marcar la línea donde va a ir la siguiente viga. ¿Te importaría ir al almacén y traérmelo?

–Claro que no me importa. Ahora mismo voy –dijo Julio, prendiendo su cigarrillo.

La caseta estaba en alto y desde allí se dominaba perfectamente la explanada. Mantuvo la hoja entreabierta, vigilante por si venía alguien. Desplegó el papel y leyó algo escrito en clave:

*Ya sabes, el domingo nos toca hacer de pinchadiscos en la discoteca. La verdad es que hacemos votos para que todos bailen nuestra música. Espero que no pongas objeción a los puntos de la tabla. Hemos procurado ser lo más fieles al espíritu de lo que acordamos en el viejo templo del sol.*

Frunció el entrecejo, al tiempo que volcaba la mirada sobre el

listado de reclamaciones. Al terminar, clavó los ojos en la pilada de sacos de yeso, aunque su mente estaba en otra cosa. Pensaba en lo que había leído, moviendo ligeramente la cabeza en un gesto dubitativo. Podía estar de acuerdo, no había otra, pero en su interior se decía que aquel dulce llevaba un baño de chocolate sucedáneo, un tufillo a politiqueo y a partido que ofendía su sensibilidad revolucionaria. Para él resultaba ofuscante esa obstinación por introducir términos como amnistía e independentismo, en lugar de ceñirse a las cuestiones sociales y de trabajo que afectaban al obrero. No quiso detenerse más, agarró un saco de yeso y con él al hombro regresó al tajo. Esa misma tarde, al acabar la jornada decidió dársela a leer a Samuel que se hallaba solo en el barracón. Éste, hacía veinte minutos que había llegado, estaba enfrascado en forrar con guata el interior de su casco. Al irrumpir Julio, hizo una pausa en su actividad. Lo colgó en la alcayata y se dispuso a atenderlo, notando en su expresión cierta expectativa. El ácrata se sentó en el borde de la litera de enfrente y con un ojo puesto en la puerta, desdobló la cuartilla, entregándosela:

–Léela, que ya vigilo yo.

Cumplido lo que se le pedía, ensayó una mueca de aprobación y dijo con voz queda:

–A mí me parece razonable. Sobre todo el punto que dice reducir las once horas de trabajo a ocho, y un aumento lineal del sueldo para todos, sin exclusión. ¡Joder, que llega uno derrengado! No me quedan fuerzas para hacer sombras. Necesito hacer guantes como el comer.

–Tú necesitas propinar puñetazos al aire y yo leer algún libro que otro. Por las noches lo intento, pero me duermo en la segunda página.

–¿Entonces está decidido que sea este próximo domingo?

–Por supuesto. Vendrán los de Vitoria expresamente a ello. En cuanto a éstos, te digo que no debemos bajar la guardia. Son buena gente, pero reciben instrucciones de su partido de manipular a los trabajadores, según sus intereses. Nosotros debemos estar atentos para contrarrestar cualquier intento de llevarse el gato al agua.

El rugido del resto de los vehículos penetró por la ventana. Los obreros fueron bajando y dirigiéndose a sus barracones. Entró Quisquillas, humedecida la ropa por el sudor. Al verlos se le alegró la cara, olvidándose por instantes de su enorme cansancio.

–Últimas noticias. La Fandanga, todavía no le han terminado de levantar el economato y ya está vendiendo mercancía. Voy a ser de los primeros en comprarle. Se me ha acabado el jabón, las hojas de afeitar y necesito pastillas Okal para el dolor de cabeza.

–Esa arpía ha logrado que las Gregorias cierren definitivamente –dijo Julio con un mohín de desprecio.

Lo que quedaba de semana, Julio lo pasó pensando lo que iba a decir a los trabajadores, cuando le tocase su turno de palabra. Tenía que ser claro y conciso, aunque se le planteaba una disyuntiva. Si empezar primero con una exposición de la

situación en la que estaban o pasar directamente a señalar al Consorcio como explotadores sin escrúpulos, denunciando ante la asamblea su mezquindad y su egoísmo desmesurado. Embebido en estos pensamientos sintió como se enervaban sus músculos. Recordó la huelga de Zaragoza y las duras palabras de Irineo: “La patronal nunca dará su brazo a torcer si no es a la fuerza. Tienen el corazón de un cerdo y las entrañas de un chacal. Nosotros los obreros debemos morder sus tobillos y no soltar hasta arrancarles lo que pedimos. Poco a poco ir acrecentando las mordidas que tendrán como final el estallido de una revolución social”.

Así cavilaba el sábado por la noche después de cenar, sentado junto a Samuel, contemplando en silencio el enorme comedor que se había ido vaciando de gente. Se imaginó una multitud de ojos amenazadores brillando en la oscuridad como gatos. Sus manos comenzaban a sudarle y notó que le temblaban las piernas. “Si esto me ocurre la víspera, ¿qué será de mí cuando empiece el festival?”, pensó, sin poder evitar una sonrisa irónica. Esa noche le costó dormirse, pero finalmente cayó vencido en un sueño profundo. Al día siguiente se levantó con la mente fresca y el espíritu animoso. Se lavó la cabeza en el grifo y se afeitó con una hoja que Samuel le dio, pues las suyas se le habían acabado. Se puso ropa limpia, aunque, obviamente sin planchar, y esperó, sentado en el borde de la cama, a que su compañero terminara de acicalarse. Serían las doce de la mañana, cuando los dos jóvenes se dirigieron a la cantina, reuniéndose en la barra con parte de los conjurados. Pidieron cerveza, evitando entre ellos hablar de nada que les pudiese delatar, cuando al cabo de un rato irrumpieron los jóvenes de Vitoria. Muchas cabezas se giraron, preguntándose

sorprendidos qué hacían allí los señoritingos de los topógrafos. Uno, al verlos entrar, les espetó, desabridamente:

–No me digáis que os divierte venir a este basurero en lugar de quedaros en la capital tocándole el culo a alguna gachí.

Alfonso Jáuregui fue muy escueto. Respondió que habían venido por asuntos personales, y señaló con la cabeza hacia el pueblo de Zuazo.

–Ah, pillín, ya imagino cuáles son esos “asuntos personales”. ¿Tiene al menos buenas nalgas?

–Las tiene, desde luego –repuso Jáuregui, riendo.

–Eres un tío listo, sí señor. Échale un buen caliqueño a mi salud.

Se desentendió con amabilidad del impertinente y tras hacerle un gesto cómplice a Chema y Ernesto, los tres se arrimaron al corrillo de Julio Salazar. Pidieron cerveza a Luisón, que les miró con desconfianza. A continuación, en voz baja, expuso a la consideración de éstos la estrategia a seguir: ocupar todos en bloque la primera mesa y dirigirse a la gente en los postres, antes de que empezase el éxodo. Un leve movimiento de cabeza significó la aceptación unánime. Aun así, Asturias, alzó su dedo con cierto disimulo, con la pretensión de añadir algo:

–Yo, por seguridad, me sentaría en la mesa cercana a la puerta.

–¿Y eso por qué? –preguntó Chema.

–Muy sencillo. Si se presentaran los aceitunos de repente nos daría tiempo de salir de estampida.

–¿Te refieres a alguien de la empresa?

–Me refiero a los picoletos. De Izarra a aquí no se tarda tanto.

–Tienes razón, compañero –intervino Samuel–. Propongo que ocupemos ésa de ahí, y que lo hagamos antes de que otros se sienten.

–Pues no se hable más. Sentémonos –dijo Julio, cogiendo su cerveza.

Luisón, que seguía con el ceño hosco, fue a la cocina a contárselo a Dolores.

–Ya me he percatado –dijo ella, con un rictus altivo en sus labios–. No me da buena espina ver a esos niñatos por aquí en domingo.

Días atrás, un carri chivato le había soplado que los ayudantes de topógrafo eran “amapolas”, es decir, rojos.

–Dicen que están aquí por asuntos de faldas –dijo Luisón.

–No seas, inocente, Luis. Son comunistas camuflados.

–¿Comunistas? ¿Pero cómo pueden serlo, si tienen coche?

El hombre abrió la puerta discretamente y echó una ojeada al banco de los conjurados.

–¿Qué miras, a ver si tienen cuernos y rabo? –dijo ella, riendo.

–No, me preguntaba si debemos cobrarles la comida. Si vienen a ligar con las veraneantes de Bilbao que se gasten algo.

–Basta de charla y vete al mostrador –dijo, olisqueando el ambiente–. Al dichoso portugués ya se le ha vuelto a agarrar el arroz. ¡Cayetano, Ortiz, id sacando ya los platos!

Entretanto Julio había apurado su cerveza y fue a buscar otra. Sentado de nuevo, bebió con avidez. Alguien había puesto en la gramola “Me sabe a humo”, de los Chunguitos. Samuel, sentado al lado de Julio, le musitó al oído:

–Nunca te he visto beber tanta cerveza. ¿Estás nervioso?

–Un poco, no lo puedo negar.

–Ánimo, saldrá bien –repuso, obsequiándole con una sonrisa amorosa.

A la una y cuarto ya habían entrado todos los obreros y el local se hallaba abarrotado. Al tío Quisquillas, que fue el último en entrar, le hicieron un sitio entre todos. Él, sonriente y agradecido por la deferencia, les miraba de un modo escéptico, aunque sin pronunciar la más mínima palabra que pudiera

desalentarles. Por ser domingo tocaba paella. Los ayudantes fueron repartiendo las paelleras en medio del griterío y ademanes de impaciencia por parte de los más hambrientos. Cuando una de éstas llegó a la mesa del grupo, Málaga se levantó voluntariamente para servir a sus compañeros.

–Arroz con conejo –dijo alguien de la siguiente fila.

Al fondo se oyeron maullidos de un gracioso. Un carrilano sedentario –llevaba más de medio año en el poblado, el tiempo en que empezó a construirse la autopista– explicó en la mesa de al lado lo siguiente: “Antes de hacerse cargo la Fandanga del comedor aún se veía algún gato por estos andurriales. Ahora no se ve ninguno”.

–Miau, miau –repitió otro, por las filas del medio.

Semejante parodia produjo un tornado de carcajadas.

Málaga vertía el arroz con la paleta en los platos y los iba pasando. Cuando le tocó servirse a él, dijo chungón:

–Ahondando el cucharón que me gusta lo pegao.

De modo astuto se había reservado las mejores tajadas en el fondo del perol. No le importaba que fueran de minino porque arrastraba más hambre que el que se perdió en la isla.

–Mucha cara tienes tú, Málaga –dijo Teruel, sentado a la izquierda de Julio.

–Vamos, no protestes –dijo Jáuregui– y toma una mía. Tengo

poco apetito.

–Está bien –dijo el turolense, alargando el plato–. A lo compartido se le saca más provecho.

–Pásame un chusco, Badajoz –dijo Castellón, chupando un hueso.

–Toma, pero lleva cuidado con los piños. Está más duro que los pies de Cristo.

Julio, que lo tenía enfrente, le preguntó, extrañado ante el mutismo mantenido desde que entró en la cantina:

–Compañero, di algo. No has abierto el pico. Es bueno hablar algo para tranquilizar los nervios.

–¿Qué quieres que diga, chacho? Extremadura dos, Cáceres y Badajoz.

–Sí, claro, y Andalucía nueve –dijo Málaga comiendo a dos carrillos.

–Pues estás tú bien de geografía, chacho. ¿Cuál es la novena provincia?

–Barcelona. ¿No te digo éste?

De repente se impuso un breve silencio, en el que sólo se oía el tintineo de los tenedores y un sordo murmullo de mandíbulas masticando ansiosamente. Alfonso Jáuregui y Julio mantenían el gesto grave y apenas les pasaba la comida por el

gaznate. Como ese día era plato único, Dolores había ordenado a Joao que echara siete medidas más de arroz, para que nadie pudiese quejarse de escasez de condumio. Enseguida llegaron los postres, que los días festivos consistían en flan o una tarrina de helado del más barato. En ese preciso instante, el ácrata observó que los ojos de la gente se iban hacia el mostrador, pensando ya en el café y en la copa de coñac. Lanzó una mirada insinuante a Jáuregui y dijo, resuelto:

–Ahora es el momento. Si dejamos que se arracimen en la barra no habrá modo de hablarles a todos.

–¿Quién lee las peticiones? –preguntó el de Vitoria, advirtiendo Julio en sus maneras de decirlo que prefería ser él.

–Tú mismo. Aquí como en los toros, si es necesario ya te hago yo el quite –dijo con una sonrisa, que no cuajó debido a su estado de nervios.

Se levantaron ambos, seguidos de sus partidarios, situándose en el centro de la entrada del pasillo, arropados en todo momentos por la camarilla. Sin duda querían dejar claro que la inesperada acción no era cosa de un par de chalados. Jáuregui sentía a su lado el aliento desbocado de Julio. Él notaba aterrado que la palabra se negaba a salir de su boca. Y no era para menos, trescientos hombres mirándote con cara adusta no era moco de pavo. “Ya no hay marcha atrás, ¡a por todas!”, pensó:

–¡Compañeros! –gritó, desplegando un papel–, rogamos vuestra atención. Aquí, los compañeros y yo deseamos comunicaros algo de interés para todos.

El factor sorpresa produjo que el público se quedara estupefacto. Pero enseguida reaccionaron y empezó un murmullo creciente. Un tipo corpulento, con el mismo rostro que un neandertal, al que llamaban Valencia, se puso de pie, y dijo, insolente:

–¿Qué quieres contarnos, señorito? ¿Acaso nos va a leer la carta a los Reyes Magos?

Su intervención provocó un pequeño estrépito de risas y golpes de tenedores sobre la mesa. Jáuregui no se arredró. Se fijó en su cara maltratada por los reveses de la vida. Tenía el pelo cortado a cepillo y por el espacio de su camisa abierta mostraba un par de tatuajes.

–No, compañero. Celebro tu sentido del humor, pero los compañeros y yo hemos redactado unas reclamaciones al Consorcio. Queremos que las oigáis por si comprendéis que se puede aprobar o por el contrario hay que añadir algo más. El poder de decisión dimana siempre de la asamblea.

–¡Al cuerno con pedir nada! El que no esté a gusto, ya sabes, carretera y manta –gritaron algunos del fondo.

En el extremo opuesto hubo un ligero alboroto en oposición a estos últimos. No les gustaba con la arrogancia que habían dicho el que no esté a gusto que se largue.

–Está bien, está bien –aplacó Valencia moviendo sus grandes brazos–. Dejadlo que lea ese papel. El café puede esperar unos minutos.

Samuel, que no se perdía detalle de cuanto acontecía, observó que un obrero se deslizaba por el lateral en dirección a la gramola. Quiso captar cierta malicia en su rostro. Sin embargo, no quiso anticiparse a los acontecimientos y esperó, en actitud de alerta. El tipo se puso ante la máquina, echó una moneda y marcó. Se empezó a oír la Ramona, que arrancó un sinfín de carcajadas. Samuel, como una fiera se abalanzó hacia allí, pegó un tirón al enchufe y el eco de la canción revoloteó unos instantes sobre la concurrencia. El boxeador acercó su cara agresiva a la del tipo, barbotando:

–Como pongas otra vez esa mierda te arranco la cabeza, so mamón.

Este vio brillar el odio en sus ojos y se amilanó.

–Sólo quería poner música de fondo –dijo, volviendo a su sitio.

Luisón, que había estado contemplándolo todo con furibunda expectación, ladró a Samuel, amenazador.

–¿Qué pasa? ¿Es que vais a prohibir que se ponga música?

–Eso digo yo. ¿Qué pasa? –respondió desafiante–. Somos personas o animales. El compañero les va a hablar de algo que nos interesa a todos. ¿Algún problema? –Ambos hombres se midieron con la mirada.

Dolores, a la que la situación la había pillado en el lavabo, al oír voces, salió de inmediato. Se había quedado atónita ante el comportamiento de los jóvenes, que se habían puesto de

acuerdo para revolverle el gallinero. Como no quería que el cantinero contribuyese a echar más leña al fuego, dijo, para que los juramentados la oyeran:

–Vamos, Luis, déjalos. No es de buena educación poner música en una reunión de esta clase.

La mirada que les dirigió iba cargada de una abominable maldad. Antes de retirarse a la cocina, musitó a éste:

–Ya te lo dije, son comunistas. Estamos en una región de España que es mejor no llevarles la contraria. Podría ser peligroso para nosotros.

–No me asustan esos nenes que llevan todavía la mierda pegada al culo.

–Atiende y no te me pongas bravo. Limítate a ver y oír. La boca como si te la hubieran cosido. Chitón del todo –conminó la mujer, desapareciendo por la puerta.

Mientras esta pareja discutía, Julio había estado observando subrepticiamente la audaz intervención de Samuel, al silenciar el aparato de música. Sintió un vértigo de felicidad ante su actuación. Le hubiera abrazado con fuerza en caso de hallarse solos. El murmullo había aumentado. Varios golpeaban la mesa con las palmas de las manos. Jáuregui, sin perder su compostura y la serenidad, tornó a reclamar atención. La marejada fue menguando. Él se sentía seguro y esto hizo que concibiese salirse de lo estrictamente acordado en la vetusta iglesia: leer los puntos que se exigían a la empresa uno por uno. Esto ya no era lo prioritario. Podía esperar. Para él era una

estupenda ocasión lanzarles una arenga con la intención de obtener resultados inmediatos. Conmover a aquella gente políticamente. Y como lo pensó lo efectuó. Con el papel en la mano que caía sobre su costado, elevando la voz que vibraba en las paredes, echó mano de recursos como la situación política en España, la profusión de huelgas, que estallaban en los distintos sectores del mundo del trabajo, y el clamor de amnistía a los presos vascos.

–¡Presoak kalera! –gritaron Chema y Ernesto con el puño alzado.

Acto seguido empezó a adornar su discurso con doctrina marxista, que al estar bien preparado fue extendiéndose de modo tedioso.

A Julio le sudaban las manos y sentía una gran agitación en su interior. De vez en cuando miraba la hoja de las reivindicaciones en la mano de éste, reflexionando si debía reprenderle en público por su maquiavélico olvido. No fue necesario. Lo retórico y demagógico del discurso estaba provocando que muchos hicieran muecas de fastidio. Jáuregui, ebrio de su propia verborrea, daba lustre histórico a sus palabras: “Y como decía Pablo Iglesias...”.

–Luisón, enchufa el Askar –gritó un espontáneo–. Que alguien ponga “Un canto a Galicia”, carallo, que tengo la morriña por las nubes.

Soslayando la interrupción, Jáuregui siguió sin inmutarse... como decía, compañeros, a cada cual según sus necesidades y de cada uno según sus posibilidades. Esto es lo que yo siento y

en lo que yo creo, compañeros. Por eso me ha parecido oportuno expresaros mi ideología, que es la misma que la de todos los trabajadores, el socialismo.

Al decir esto con todo el efecto que fue capaz, escudriñó sus rostros, esperando que rompieran en aplausos. Sólo sus dos partidarios batieron palmas, nerviosas y rápidas, como si hubieran visto un par de tricornios tras los cristales. Entonces, del medio se levantó un carrilano, seco como un sarmiento, ojos hundidos en las cuencas, que parecía la misma parca y dijo con sorna:

–Sí, claro, tú como el del chiste. Socializarlo todo pero la vaca no, coño, que es tuya. Menos cuento, talabartero y a otro perro con ese hueso.

–¡Ja, ja! –rieron como si de repente hubiese colado una ráfaga de viento por la ventana.

Otro que estaba a su lado, que había ingerido alcohol sin medida, se levantó y meciendo el cuerpo, enfocando mal la vista hacia el grupo, cantó:

–Tararírírí... de torero me meto a albañil, vaya resbalón que di.

El griterío y las carcajadas atronaron de modo salvaje. Jáuregui, incómodo, les exhortó, rogándoles un mínimo de educación y buenos modales. Examinó una vez más los rostros de aquella nutrida tropa de perdedores. Pensó si no sería mejor hablarles del dramatismo de sus vidas. Tal vez así entrarían en razón...

–Yo comprendo que la vida os ha azotado duramente, compañeros...

–La vida es una tómbola y a mí me han tocado dos pelotas –corearon varios.

–La vida es una olla llena de mierda que hay que ir comiendo poquiño a poquiño –gritó el gallego que había solicitado la canción un canto a Galicia.

–La vida es una malla llena de caracoles, cada uno saca los cuernos por donde puede –dijo uno de los sevillanos.

Aquello produjo una hecatombe de rugidos y golpes sobre los tableros de las mesas, de proporciones ensordecedoras. Jáuregui, con los brazos alzados, pidiendo silencio, miró totalmente desolado a Julio, que mantenía un gesto de circunstancias.

–Ignoro qué hay que hacer en casos así. Esto se nos está yendo de las manos –dijo, cerca de su oído.

El otro le dedicó una mirada desdeñosa, pues aquél no era la clase de quite que le había prometido. Sobreponiéndose, el vitoriano se esforzó en provocar un chispazo de esperanza en aquellos escépticos corazones. Dijo, esta vez con la voz algo más atenuada, enarbolando la cuartilla impresa:

–Está bien, compañeros, no quiero aburriros y paso a leer los puntos. Sólo quiero añadir que con estas peticiones al Consorcio ganamos todos.

Alguien, sin levantarse, sentado ante los restos de paella, alzó el tenedor y respondió con dejo amargo:

–¿Por qué nos cuentas películas, chorvo? Yo estoy tan acostumbrado a perder que me incomoda el ganar. Toda esa cháchara no es más que pura farfolla y ganas de contarse los pelos del culo.

–¿Por qué no cavas un hoyo y te entierras? ¡Guiñapo! –intervino, furioso Málaga.

–Vamos, vamos, no hay que entrar en la provocación –dijo Julio con un ademán.

En cada uno de los conjurados comenzó a alojarse la decepción. Si cada idea o propuesta que lanzaban se la devolvían envuelta en el mayor escarnio, iba a ser difícil pescar en aquellas aguas. Castellón, al que la situación debió estimular su sentido bíblico, dijo, de espaldas a la concurrencia:

–No hay que desalentarse. A Jesucristo, cuando lo clavaron en la cruz dejaron de escupirle. Más que nada porque los lapos les hubiera caído en sus horribles jetas. Sin embargo, él, de no ser por la tortura que estaba pasando, les podía haber soltado más de un escupitajo a esos miserables.

–No enredes tú ahora con tus beaterías –dijo Teruel, expectante ante el cariz que tomaba aquello.

Samuel se retorcía las manos, impotente, imaginándose tal vez un combate en el que le tocaba hacer de fajador en espera de que llegase el momento de lanzar su potente zurda al

mentón del adversario. Sus ojos chispearon al apartar bruscamente a Castellón para situarse ante los trabajadores. Les gritó, sin andarse con remilgos:

–¡Silencio, ya está bien chus...! –Iba a insultarlos pero rectificó–. Vale de chunga y escuchar la lectura. Somos hombres primitivos o somos personas de la actualidad, ¡joder!

Valladolid, que había estado rellenando un vaso con el vino peleón que había sobrado en las botellas, le increpó con una sonrisa de complicidad:

–¡Eh, tú, boxeador!, vale ya de darle a la mojarra –se señaló la lengua con el dedo– y dile al colega que lea, a ver qué coño dice ese papel.

Inexplicablemente se produjo un breve silencio. Un destello de optimismo surgió del grupo.

No lo daban todo por perdido. En cuanto leyesen las reivindicaciones cambiarían automáticamente de actitud. Jáuregui agarró el folio con las dos manos, se aclaró la garganta y cuando ya iba a leer le interrumpió una voz de grajo:

–Oye, gachón, súbete en el banco que te veamos el careto.

Éste, desconcertado no sabía qué hacer. Uno de los suyos le dijo al oído:

–Cuidado, Alfonso. Ése quiere tenerte a tiro para lanzarte una botella.

–¡Bah!, tú exageras. ¿Por qué iba a querer hacerlo? –replicó, alzando la pierna para subirse.

Desde allí veía la gran cosecha de cabezas. Le entró pavor, pero encomendándose, quizá a Indalecio Prieto, pudo controlarlo. Comenzó a leer, esperando que no brotasen más patosos en el bancal. Rápido, desgranó las palabras formales dirigidas al Consorcio y a continuación dio paso al formulario:

“Primer punto: Exigimos una mayor ampliación de los barracones en los que ahora estamos hacinados. Una habitación por cada cuatro hombres y no ocho como actualmente estamos.

Segundo punto: Exigimos taquillas individuales y colchones nuevos, pues en algunos se han detectado chinches y otros insectos igual de voraces.

Tercer punto: Exigimos aseos mejor acondicionados y no el retrete infecto que tenemos. Agua corriente y duchas con termo para el agua caliente. Pedimos que las ventanas tengan también sus persianas y que en los servicios haya un lavabo más grande y espejos para poder afeitamos”.

De pronto se levantó un tipo que llevaba un enorme bigote, brillando por la grasa de la carne. Dijo con voz meliflua:

–Y para que la Pascuala se pinte los labios.

Se refería a uno de los obreros, de nombre Pascual, al que le habían colgado el sambenito de afeminado. Su gesticulación provocó una explosión de risotadas de cinco minutos de

duración. En medio del bureo, Málaga dio una gran voz, lleno de furia.

–Me cago en la pena negra, compañeros. ¿Es que no le vais a dejar seguir?

Se calmaron un poco, aunque todavía proseguían algunas risitas por los laterales.

–“Cuarto punto: Solicitamos al Consorcio que llegue a un acuerdo con Lavanderías Alavesas o alguna otra para que vengan dos veces a la semana a recoger la ropa sucia de los trabajadores, incluida la ropa de cama”. Ya está bien de tener que ir a lavar al río, compañeros. “Quinto punto: Una subida lineal de salario de tres mil pesetas”.

Se produjo otra vez el murmullo y exclamaciones sarcásticas.

Jáuregui interrumpió la lectura para hacer una apreciación:

–Compañeros, por favor, escuchadme. Éstos son los puntos hasta aquí, pero hay más. Sólo pedimos que digáis las necesidades que veis necesarias para anotarlas y hacer la plataforma más amplia.

Un tipo que había permanecido callado se puso de pie. Llevaba una Faria humeante en la mano que alzó para pedir turno de palabra. Julio lo reconoció como uno del plante de las horas extras, aunque éste no era camorrista. Observó detenidamente su rostro. Su piel sufría de una ostentosa desecación. Parecía barro reseco que si lo tocabas se iba a resquebrajar, dejando la calavera a la vista.

–Quiero decir algo –gritó.

–Habla, compañero –dijo Julio–. Exprésate libremente. Para eso estamos reunidos en asamblea.

Éste le dio una calada al puro, lanzando una columna de humo al techo. Escupiendo la voz sobre la bruma, dijo:

–Aquí el colega este –señaló a Jáuregui– ha dicho, si mal no recuerdo, que a cada uno según sus necesidades y de cada cual según sus posibilidades. ¿Lo he dicho bien?

–Sí, compañero. Lo has dicho perfectamente.

–Pues a lo que voy. Mis necesidades son muchas. Su cara terrosa se avivó con un gesto de lujuria. Y mis posibilidades no te las puedes imaginar –agregó, moviendo el brazo arriba y abajo.

–Y que lo diga. Te la pone en el hombro y parece que vas de caza –gritó uno.

–¡Cállate, León!, no me interrumpas con tus gilipolleces. A ver, yo lo que propongo es que añadáis en ese escrito la siguiente reclamación al Consorcio. Que nos ponga los domingos un autobús para ir de putas a Bilbao.

El guirigay que se armó fue indescriptible. Era más una jaula llena de primates enloquecidos que obreros preocupados por sus intereses. Julio, con el gesto grave, meditaba que aquello se había convertido en una pantomima y ellos eran unos burdos payasos. ¿Qué sentido podía tener seguir hablándoles?

Como no encontraba una pronta respuesta a su interrogante, preguntó a Jáuregui, alzando la voz en medio del follón.

–¿Qué opinas? ¿Desistimos por el momento?

–Está claro que no ha sido una buena estrategia. Esto es como un gran vientre descompuesto. Nos va a llegar mierda a todos.

Ernesto, que había estado observándolo todo con una mueca mordaz, se explayó por fin en sus vaticinios:

–Ya lo decía. Son gente elemental. ¿Pensabais que era fácil meter en sus calabazas la idea de que deben luchar por sus derechos? ¡Ja, qué ingenuos! ¿No os dais cuenta? Son detritus de la sociedad. Están aglomerados aquí por lo mismo que la inmundicia se acumula en las orillas de los ríos.

–¿Cómo puedes decir eso? –se sorprendió Julio, mirándole con la respiración alterada–. Es gente problemática, pero lo que tú acabas de decir suena muy duro. Con ellos hay que tener paciencia. Siempre se ha dicho que se necesita estiércol para que crezcan las plantas. Aunque éste no sea el símil más apropiado.

–Lo que he dicho, dicho está. ¿Y tú quién eres para corregirme? Convéncelos si eres capaz.

–Lo que faltaba, que os pongáis a discutir ahora –dijo Jáuregui–. En cierto modo tiene razón Ernesto, con este personal no se puede sacar nada en claro. Algún mamporro, si nos descuidamos.

Julio sintió de improviso que aquel par de sujetos le exasperaban. ¿Cómo podía unirse a ellos si defendían distintas doctrinas? Tanto la de él como la de ellos eran dos formas de movilizar a la clase obrera que se excluían la una a la otra. El capital sólo entendía y aplicaba la ley del embudo. Había que ir contra él, frontalmente. Desmantelarlo y empezar de nuevo. Construir un mundo diferente donde todos los hombres fueran iguales. Para ellos en cambio el objetivo era arrancarle unas migajas con las que contentar a los obreros y erigirse los más astutos en intermediarios, ya fuesen como sindicalistas o políticos, con los que manipular al trabajador y tenerlo controlado. A él todo esto le quemaba por dentro, sin embargo, cuando decidido se dispuso a hablarles, procuró que no se notara su poca simpatía hacia los postulados de los de Vitoria. Eso hubiera roto la impresión de unidad entre ellos y no les convenía a ninguno. De modo que avanzó unos pasos, situándose en el sitio donde pensaba lanzar su arenga. Con gesto solemne miró fugazmente a Samuel, el cual le animó con una mirada tierna. Julio rastreó en los archivos de su cerebro las lecturas de los líderes anarquistas de la historia. Como si este ejercicio significase su confirmación, comenzó a hablar, arrojándose de golpe a las agua profundas:

–"Seremos los dueños de nuestro destino como hombres que trabajan por una sociedad justa. Ahora, compañeros, somos esclavos de la sociedad capitalista, pero el día llegará que arremeteremos contra todo cuanto se interponga en nuestro camino para que brote otra vida. Esto se pudre y hay que atajar la gangrena cortando por lo sano. Yo digo, pongamos por caso, que la construcción de viviendas deberá ser del albañil, como el mar pertenece al pescador, la tierra al labriego.

–Quieto en la mata, listillo –interrumpió Valencia con voz estentórea–. ¿Desde cuándo la tierra pertenece al labriego?

–No le acoses –repuso otro–. El chorvo se refiere a la tierra del cementerio.

Se produjo un fuerte abucheo. La rechifla aumentó. Julio sintió que el suelo se abría a sus pies y desaparecía tragado por el abismo. Samuel, a un metro de él, miraba los rostros burlones, conteniendo la cólera. Las uñas de sus dedos se clavaban en su carne como garras.

–Ya está bien de perder el tiempo con estos folloneros –gritó uno, abandonando la bancada–. La cantinera tiene lo que todos queremos, coñac y tabaco. Eso es la felicidad para nosotros. Lo demás son tonterías. ¡Luisón, enchufa la sinforosa que voy a poner a Esteso!

–¡Viva la sinforosa! ¡Viva la Ramona! –gritaron varios, originando a continuación una coral endiablada:

–"La Ramona se ha fugao con el listo del Paracaaa, Ramonaaaa, te quierooo...".

Se desencadenó una desbandada imparable a la barra. Dolores y Luisón, presentes ante el aborto de huelga, llenos de gozo, se apresuraron a servir bebida a la jauría de sedientos. Los activistas tuvieron que apartarse para no ser arrollados. Presos del estupor, permanecieron mudos, no dando crédito ante semejante desmadre. Por fin reaccionaron y salieron fuera a lamerse las heridas. Jáuregui, con gesto de frustración, sentenció en tono amargo:

–Con esta gente no hay quien pueda. Yo renuncio –inmediatamente se dio la vuelta, junto con sus compañeros, en dirección al coche. Arrancaron y tras dejar una pequeña nube de polvo se alejaron hacia el puente de Zuazo.

Julio, completamente abatido, rodeado por Samuel, Badajoz y el tío Quisquillas –los demás se habían quedado en la puerta de la cantina– alcanzó a murmurar, como si les pidiese disculpas:

–Hemos hecho el ridículo. Os hemos embarcado en esta historia para terminar vencidos y humillados por nuestros propios compañeros.

Badajoz le miró conmiserativo. Por quitarle hierro a lo sucedido, dijo:

–Quizá es que la fruta no estaba madura aún. Se puede volver a intentar más adelante.

Julio, devolviéndole una mirada escéptica, dijo que estaba muy cansado y que prefería tumbarse un rato. Recomendó al resto que se fueran a sus barracones hasta que la cosa se enfriase. Si entraban ahora, acalorados como estaban, podían ser el blanco de sus bromas. Incluso alguno podría propasarse. No opusieron objeción y se dispersaron por el poblado. Los dos amigos, con Quisquillas renqueando detrás, se encaminaron a su habitación. El viejo no había despegado los labios durante el episodio. Tenía días de no exteriorizar nada y ése era uno de ellos. Se sentó en su litera, sacó la baraja y comenzó un solitario. Hacía un calor de horno. Frente a él, los dos jóvenes se habían quedado en calzoncillos y se hallaban tendidos, cada

uno en su cama. Estuvieron un rato en silencio, amodorrados, indiferentes al zumbido de un moscardón que había entrado por la ventana entreabierta. El insecto, tras revolotear unos minutos y no encontrar nada comestible, abandonó la pieza, esta vez por la ventana del tío Quisquillas. Poco después, la voz de Julio, que sonó como un gemido, expresó:

–Me saca de quicio todo esto. Samuel, ¿por qué esta gente no nos toman en serio?

–Qué sé yo. Quizá porque no te ven como uno de ellos.

–¿Acaso no lo soy? ¿No tengo callos en las manos? Y mi espalda, ¿no está doblada por el yugo del trabajo?

–Eso es cierto. Pero eres instruido y eso les hace desconfiar.

–El que más y el que menos ha sufrido algún desengaño en la vida. Están resabiados. Como esos toros que torean los maletillas en la dehesas, a la luz de la luna.

En ese instante, Quisquillas, alzando una carta, como si mostrara su triunfo, habló quedamente:

–No afligiros. Hoy he visto claro y os he cogido afecto. Sois como los apóstoles, predicaban cosas buenas y a cambio la gente les tiraba piedras. ¡Un mundo más justo! Yo no lo veré. Pero pondré mi grano de arena para hacerlo realidad. Lo dice el refrán: “El viejo planta la viña y el joven la vendimia”.

–Se agradecen las palabras de aliento pero conmigo no cuentes para doblar el espinazo en esa viña –dijo Julio, con la

frente perlada de sudor–. Estoy harto de luchar contra los molinos de viento. Ahora sólo voy a preocuparme por mi propio pellejo.

El somier de arriba crujió con un movimiento brusco. Samuel, agitándose, como dominado por el paroxismo, asomó su rostro perplejo. No entraba en su cabeza que el ácrata pudiera entrar en crisis y le espetó con vehemencia:

–No te conozco, Julio. Hablas de tirar la toalla, tú, el indestructible. No la tiró mi entrenador ni yo se lo pedí y eso que Juan Peña me estaba dando más palos que a una estera. En el último asalto le solté un derechazo que lo derribó a la lona. Gané por pelos, pero gané. Además, te recuerdo una frase tuya: “No permitas que te aniquile la pena”.

–No sé, no sé –se quedó unos instantes, meditabundo.

–Reacciona. No te achantes, ¡joder!

–Te aseguro que no sé lo que soy ni qué coño hago aquí. Mejor sería cambiar de aires.

–Ten un poco de paciencia. Espera a que pase el mes de agosto y me voy contigo. Pedimos la cuenta los dos.

–Por eso no os preocupéis –dijo Quisquillas, emitiendo un bostezo–. Mañana le faltará tiempo a Luisón para contar en la oficina lo que hoy a ocurrido aquí. Es bastante posible que os despidan a los cabecillas.

–Vale, hagamos un pacto, Julio. Si te despiden pido el

finiquito. Pero si no, te quedas hasta septiembre, que empieza el mal tiempo, y juntos regresamos a Zaragoza.

–De acuerdo, Samuel. Haré como tú dices, aunque la última palabra la tiene el Consorcio.

–Tienes razón, pero de momento serénate. Intenta dormir algo.

–Como si fuera fácil con este calor espantoso.

Ambos enmudecieron. Articular palabras e incluso pensar resultaba agotador. Se oyó un ronquido. El viejo se había quedado dormido con las cartas desparramadas sobre su exiguo cuerpo. El silencio volvió a poner su paréntesis. Al rato, por el resquicio de las ventanas penetraron los acordes de “El solitario”, de Nubes Grises. Como contrapunto, de los matorrales que iban devorando lentamente el poblado les llegó el canto monótono de la chicharra.

## XXV

Transcurrida una semana del fiasco de los juramentados, sorprendentemente el Consorcio no tomó represalias contra estos. No llamaron a nadie a la oficina, ni nadie fue amonestado. Como si no hubiera ocurrido nada. Quizá fue una precaución de la dirección no hurgar en el avispero, que aunque esta vez no había reaccionado ante las instigaciones de los activistas, podía hacerlo, si despedían obreros. De sobra sabían que la masa era una cosa voluble y tornadiza. Pero aunque prudentes, no eran en absoluto lerdos y a esas alturas ya tendrían en sus archivos el historial de ambos cabecillas. En cuanto a Jáuregui y los suyos, las veces que se cruzaban en el comedor apenas trababan conversación, y si lo hacían hablaban de cualquier cosa menos de lo acontecido. Julio se pasaba los días con la cara larga. Tenía el presentimiento de que le iba a tocar, no olvidaba el pacto con Samuel, permanecer todo el mes de agosto allí, soportando las pullas de los carrilanos. Aquello hacía que se le agriase el carácter. Como en un día se puede cambiar de opinión varias veces y en una semana más aún, Julio en este aspecto iba de la ceca a la meca. Ya no se encontraba tan desmoronado, anímicamente hablando, y le propuso a Samuel marchar a trabajar a las minas de Asturias.

–¿Pero no habías dimitido como revolucionario? –espetó él con socarronería.

–Soy el ave Fénix que surge de sus cenizas.

Debido a esto los dos amigos tenían fuertes discusiones, pero al final siempre terminaban reconciliándose en la espesura del río. En una de las desavenencias, por la insistencia de Julio en largarse de allí, Samuel, fuera de quicio, le recriminó su actitud egoísta:

–Está bien, si tú te empeñas en irte ya y yo decido quedarme, ¿qué va a ser de nuestra relación? Yo quiero seguir con mi carrera de boxeador. Y lo que no entiendo de ti es que quieras volver a trabajar en la mina con lo cagueta que eres para andar por las galerías.

–No hace falta que me lo frotes por el morro. Me da miedo, pero no por eso soy un cobarde.

Intercambiando sus puntos de vista, paseaban al atardecer, media hora antes de la cena por la carretera que atraviesa el puente. Apoyados en el pretil, bajo los umbrosos árboles, a Samuel, que miraba el agua espejear, le pareció oportuno hablar del intento de huelga fallido. A él también le roía por dentro el estrepitoso fracaso. Le formuló una pregunta en forma de reproche.

–¿Te creías que es fácil hacer que la gente piense como tú?

–Nunca he pretendido eso, ¿me entiendes? –replicó en tono severo–. Soy librepensador. No quiero que me digan cómo

debo pensar, contra quién debo pensar y a favor de quién debo pensar. De modo que lo que no quiero para mí tampoco lo quiero para los demás. Cada cual es libre y yo también lo soy de decir que no me dejo dominar por la patronal y sus esbirros.

–Sí, ya sé –dijo Samuel con retintín–. Te lo he oído decir otras veces: “Prefiero ser lobo antes que babosa”.

–Tampoco hace falta que te pongas sarcástico.

–¿Cómo quieres que me ponga? Me cabrea un montón tu actitud de superioridad.

–A mí me revienta tu inestabilidad. Antes decías que conmigo al fin del mundo... Y ahora estás a punto de insinuarme que nos separemos, o al menos ese presentimiento tengo –añadió Julio con la voz apagada.

–Hasta ahora no he dicho nada, pero bien podía ir por ese camino si digo algo.

–¿Qué harás? Volver a ese horrible deporte tuyo –dijo, dolido por su afirmación.

–No te metas con mi afición. Ésa ha sido mi vida y será. Y escucha lo que te digo, seré campeón porque tengo voluntad para luchar por ello. No pienso ser como esos carrilanos que transitan como sombras errantes. En ningún lado están bien. Luego terminan en una ciudad, acobardados en la puerta de una iglesia, poniendo la mano o como ellos dicen *cobrando la contribución.*

–Pones en peligro lo que siento por ti, Samuel.

–¿Y qué sientes por mí? Vamos, dilo, no te dé vergüenza.

–Pues eso, que te quiero.

–Vaya, eso es ponerse melodramáticamente cursi.

–Ves, tú tampoco me tomas en serio.

–Y tú estás ciego o es que no quieres ver la realidad –replicó Samuel elevando la voz con los ojos desmesuradamente abiertos.

–No te permito que me grites.

–Yo no te grito, hablo con énfasis, que no es lo mismo. ¿No es así como os expresáis tú y esos de la ugeté? De juntarme con vosotros he aprendido algo. Siempre se ha dicho que el que camina con un cojo, cojea, el que va con un tuberculoso se contagia de tisis, y si vas con alguien inteligente, digo yo que algún saber se pilla. Escucha lo que te digo. No, no me interrumpas –dijo al ver a Julio preparando su lengua para contraatacar–. Escucha, digo que tú eres lo contrario al Quijote, que vivió loco y murió cuerdo. Ahora eres joven e idealista, pero te harás viejo y te convertirás en un cochino materialista, como esos que tanto desprecias, un burgués, eso serás, exactamente.

–Eso nunca. Estás muy equivocado.

–Ja. Torres más altas han caído. No te jode.

–Estás tan exaltado que no te das cuenta de que me estás ofendiendo, Samuel –repuso con cierta amargura.

–No te estoy ofendiendo. Te estoy diciendo la verdad.

–¡Qué sabes tú de verdades! Mis ideas están muy arraigadas. Son sólidas... Enmudeció porque sentía que el diálogo le laceraba. Tragó saliva que le supo a hiel. Enseguida retomó las palabras que sonaron como un gemido:

–¿Qué nos está pasando? ¿Por qué estamos aquí, haciéndonos trizas?

–Has empezado tú a hacerme daño.

–¿Yo? Vale, no quiero seguir más con esta discusión.

–Ni yo tampoco, ahí te quedas –barbotó furioso, Samuel, al tiempo que se daba media vuelta y se encaminaba hacia el poblado.

Julio lo miró alejarse con aflicción. Un cúmulo de sensaciones, jamás experimentadas, le invadieron.

Por instantes perdió la noción de sí mismo. Pensó que se trataba de una pesadilla de la cual terminaría despertándose. Hundió la vista en las aguas mansas del río, pero tanta quietud molestaba a su alma herida. Lo que necesitaba era que alguien le zarandease, y le dijera: “despierta y enfréntate a la realidad”. ¿Pero cuál era la realidad? ¿Que su relación con Samuel había acabado y que sus planes de movilización se habían venido al traste o que debía marcharse de allí y emprender una nueva

vida de obrero conformista, buscar una mujer, casarse y tener hijos? Lleno de confusión, regresó con paso lento al comedor.

Durante la cena, los dos jóvenes frecuentaron el grupo para no levantar sospechas de su discrepancia, sin embargo, rehusaron dirigirse la palabra. A Julio le sacaba de sus casillas lo pueril de la situación, por segunda vez se enemistaba con Samuel. Pero si aquella vez la indiferencia del uno hacia el otro fue hasta cierto punto real, ahora deberían fingir, porque en los dos quedaba un rescoldo amoroso que no lo apagaba un enfurruñamiento momentáneo. Al menos esto es lo que los dos jóvenes pensaban. Ahora sólo faltaba quién cedía terreno en su estúpido orgullo en pro de la reconciliación. Mientras se estudiaban de reojo, pasaron dos días, pasaron otros dos y ya estaban a uno de agosto. No sucedió nada. Ambos seguían distantes. El grupo estaba extrañado ante el comportamiento de los maños, a los cuales siempre habían visto tan unidos. Pensaron que habían tenido un rifirrafe, lo que entre amigos era normal. Ya se les pasaría. De cualquier forma tampoco se hicieron demasiadas preguntas. Las once horas de trabajo seguían pesando sobre ellos como losas. En el parque de vigas se trabajaba duramente para que la primera estuviera lista para el quince de ese mes. El ingeniero Echevarría, un tipo alto, con gafas de concha y natural de San Sebastián, menudeaba sus visitas al parque, a supervisar los trabajos e instigar con su presencia a los obreros para que no hiciesen el gandul. Julio, en una ocasión en que fue a recoger unos planos para Badajoz, lo vio de cerca y pudo hacer un retrato robot. Observó que hacía extraños mohines de repulsión, cada vez que se le aproximaba un obrero. No había duda de que era un tipo altivo, pagado de sí mismo. Seguramente estaba convencido de que el mundo

había sido creado para él y otros como él y los demás se habían colado de rondón.

Esa tarde de primeros de mes, Julio llegó extenuado del trabajo. No se demoró después de la cena en la cantina debido a su riña con Samuel. Alegando que estaba muerto de sueño se fue al lecho. No le costó dormirse profundamente, pero tuvo un sueño agitado, que le despertó en la madrugada, cuando todos dormían en la pieza. En su sueño veía la imagen del boxeador, mirándole con dureza y acusándole con el dedo, iracundo. Pensó en los dos y en los días de felicidad que habían pasado juntos. Le dieron ganas de despertarlo en el silencio de la noche y abrazarse a él pidiéndole perdón por su estúpida soberbia. Sin embargo, antes de que eso ocurriera se llamó a sí mismo al razonamiento. De nuevo, su actitud mental recuperó su rigidez de hombre instruido en tomar determinaciones. Hay que decir que realizando un esfuerzo de voluntad, porque no le fue fácil evitar que el junco se inclinase ante los envites de los sentimientos. Semejante disyuntiva lo mantuvo en vela hasta caer en el abismo del sueño.

El resplandor de la mañana fue inundando el barracón a través de las ventanas abiertas. Los hombres fueron desperezándose con sonoros bostezos. Trompicando entre ellos se vistieron y en cuestión de minutos se hallaban en la puerta de la cantina a recoger el bocadillo. Cuando llegó Julio, abatido por no haber dormido lo suficiente, espió con disimulo a Samuel, que conversaba con Alcantarilla, Teruel y Málaga. Samuel llevaba el casco puesto al igual que Málaga. Observó que debajo del casco le asomaban oscuras guedejas. “Preferirá que le llegue la melena al culo antes que ir a que se lo corte

Eusebio”, pensó, reprimiendo una sonrisa. Se iba a acercar a ellos, pero una tromba de obreros que llegaban de los barracones se interpuso, abalanzándose hacia la puerta en la que Ortiz y Cayetano repartían los bocadillos envueltos en papel de estraza. Mientras esperaba a que se descongestionase, el ácrata advirtió que no se movía la más ligera brisa. Miró a las montañas sobre las que se cernían nubes deshilachadas, anuncio de fuerte calor para ese día. En cuanto tuvo el chusco en su mano, Julio se movió con la multitud hacia los vehículos que estaban llegando. Enseguida, el convoy abandonó el poblado, dejando tras de sí una densa cortina de polvo.

Las horas pasaron lentas en el valle envuelto en una ardiente calina. Al mediodía, los Land Rover regresaron al comedor con el cargamento de hombres sofocados por el tórrido sol. Los trescientos hombres fueron distribuyéndose por los bancos con sordo murmullo. Julio se sentó junto a Castellón y Quisquillas. Al lado se hallaba Samuel, que tenía enfrente a Málaga. El boxeador se reía a mandíbula batiente con un chiste que le había contado el andaluz. En ese instante entraron Teruel, Badajoz y Alcantarilla que se diseminaron por el local. Los últimos en llegar fueron los ayudantes de topógrafos. Jáuregui al verlos les hizo un gesto con la mano sin reflejar ningún sentimiento. El trato con ellos se había enfriado y sólo se saludaban con mímica. Los ayudantes de Joao se enfrascaron en el reparto de las cacerolas que contenían puré de patatas. No hubo apenas intervalo entre el primer plato y el segundo. Los ayudantes, diligentes, pero con mal carácter siempre, volvieron a recorrer las mesas con el carrito que transportaba dos enormes ollas repletas de pedazos de pollo

frito. Empezaron por el fondo, repartiendo a izquierda y derecha hasta tener completado todo. En cuanto los trozos de carne cayeron en los platos se alzó un leve rumor de voces desaprobadoras. Badajoz, que junto con sus dos colegas, se había sentado a mitad de local, chasqueó la lengua, con los ojos clavados en el muslo de pollo.

–Esto está repugnante –dijo, metiéndole el cuchillo y el tenedor a la carne sanguinolenta.

–¡Pero esta pechuga está a medio freír! –exclamó otro, con cara de asco.

–¿Cómo a medio freír? Los trozos que me han tocado a mí ni siquiera han visto el aceite caliente –dijo el que estaba a su lado.

–¡Esto es intragable! –rugió uno de los encofradores del viaducto–. Éste tiene hasta las plumas con sangre. ¡Me cago en la leche puta, nos han tomado por cerdos que se lo comen todo!

Julio tenía los tres pedazos depositados en su plato sin tocar. Estaban rojos e incluso en las púas del tenedor al haberlo hincado brillaba la sangre.

El murmullo de gente indignada creció como un oleaje incesante. Todos los ojos iban hacia la cocina, buscando a la responsable de aquella broma pesada. Algunos se habían levantado del asiento, dispuestos a decirle cuatro cosas. Al oír el alboroto Dolores salió, dirigiéndose a la primera fila. Luisón, al verla, abandonó el mostrador para situarse junto a ella. La

mujer, sin perder la compostura, ni tampoco su arrogancia habitual, les habló como lo haría una antigua maestra a sus indisciplinados alumnos.

–¿Qué pasa, que os habéis vuelto de pronto delicados? El pollo está suficientemente frito. Desde luego no hay quien os entienda. Si lo frío mucho decís que está chamuscado y si hago lo contrario me salís con éstas. Si no fueseis tan palurdos sabríais que la carne poco hecha conserva mejor las proteínas. Aparte, que con lo que me paga el Consorcio por daros de comer apenas me llega para aceite.

–No sigas que sabemos de qué pie cojeas –le increpó Badajoz, levantándose para que le viera todo el mundo–. Nos matas de hambre. Nos das poca y mala comida. Tú en cambio te comes lo bueno y te engordas a nuestra costa.

–Bien dicho, colega –gritaron la multitud de gargantas.

–¡Badajoz, controla esa lengua! –gritó Luisón–. Le estás faltando al respeto y eso no te lo consiento.

–¿Es que acaso no dice la verdad? –dijo otro, pegando un puñetazo en la mesa–. Ella y los suyos se hartan de comer y a nosotros nos arrojan los huesos como a los perros. Dile al Joao que salga que le voy a endiñar un par de alitas –añadió con un gesto amenazador.

El hombre y la mujer se miraron llenos de estupor, sin saber qué hacer ni qué decir.

–¡Tía Carraca, tacaña! –gritaron unos.

–¡Revientamedias, macandona! –gritaron otros.

Mientras escupían improperios, los obreros se pusieron en pie, sucediendo a continuación algo que nadie se hubiera imaginado. Trescientas manos fueron a los platos y una descarga cerrada de pedazos de pollo cayó sobre Dolores, que no fue lapidada por entero, gracias a que el cantinero tuvo la agilidad de cubrirla con su enorme cuerpo. El único que no le había arrojado su ración era Julio, que observaba el acontecimiento atónito. Rápidamente le vinieron al recuerdo las infamias de Dolores, cometidas en la persona de Cristina Do Silva. No se lo pensó más. Agarró con las dos manos los cachos de carne y los lanzó contra ella, que al estar protegida se estrellaron contra el colodrillo de Luisón. Éste, con la nuca tintada de sangre, evidentemente no de la suya, sino de la del propio pollo, sin volverse la cogió en volandas y la puso a salvo de la ira de los obreros, corriendo hacia la cocina, donde se encerraron por dentro. Los hombres, encolerizados golpeaban las mesas, gritando como bestias. Entonces, de la multitud emergió un tipo corpulento con una Faria en la mano: era Valencia. Con el rostro contraído miró a la gente, dio un manotazo a los platos de la mesa y se subió a ella. De inmediato cesó el abucheo. Lo cierto es que aquella figura erguida sobre la superficie de tablones imponía. Como un Júpiter tonante lanzó imprecaciones, tan colérico, que daba saltos como un pez en una plancha al rojo vivo. Cayendo en el paroxismo, aplastó el puro bajo la bota, se agarró la camisa con las dos manos y tiró violentamente, haciendo saltar los botones. Julio, que como todos, tenía los ojos clavados en la excéntrica escenografía, lo vio más neandertal que nunca. Se había rasgado la camisa, mostrando su torso velludo en un acto

de declaración de guerra. Como un guerrero enloquecido, lanzó un grito al techo:

–¡Trabajadores!, ¡unámonos!...

En ese instante, tanto Julio como Jáuregui y los suyos contuvieron el aliento, pensando que iba añadir “unios y romper vuestras cadenas”, pero lo que el furioso carrilano gritó fue lo siguiente...

–¡Caguémonos en la madre que parió a la Fandanga y de paso partámosle el alma al cabrón del cantinero!

De pronto, el ácrata observó que por un lateral venían apresuradamente Jáuregui y sus acólitos. Según se acercaban éstos, leyó en sus caras el anuncio de que se estaba fraguando una avalancha. Sin duda su intención era encauzarla inteligentemente y controlar esa fuerza salvaje y destructora. Valencia seguía arengando a los presentes:

–¡Carrilanos, vayamos a las oficinas a retorcerles el cuello a esos bandidos!

Había tanto odio en sus ojos que lo mismo podía haber rugido, caso de ser un caucasiano: “¡Cosacos, no nos queda otra alternativa! ¡Vivir para matar, matar para vivir!”.

Un bramido brotó de las gargantas, aunque nadie se movió de su sitio. Jáuregui, visiblemente nervioso, con un tic en el rostro, provocado por el miedo a lo que pudiera hacer la multitud, preguntó al anarquista:

–¿Qué es todo esto? ¿Qué va a pasar?

–Pasará lo que tenga que pasar. Este barco es mejor que lo piloten ellos.

–Si ese animal les calienta la cabeza éstos son capaces de hacer algo muy gordo –replicó Jáuregui, mirando con el rabillo del ojo a Valencia.

–Es el huracán. Dime, ¿quién detiene el huracán?

–Déjate ahora de metáforas, Julio. Hay que hacer que razonen, debemos aprovechar el descontento y convertirlo en algo eficaz para todos. Súbete a la mesa y dirige tú el cotarro, antes de que ese maula lo eche a perder.

–No te equivoques, mi aspiración no es dirigir a los obreros. Puedo aportar mis ideas y mi experiencia, pero de eso a hacer de jefe hay un trecho. La emancipación la harán los propios obreros o no se hará.

Pero Jáuregui debió pensar que no estaba para fútiles teorías revolucionarias y decidió pasar a la acción. De un salto felino se encaramó en la mesa, situándose al lado de Valencia, que le miró, desdeñoso. El de Vitoria, alzando las manos para reclamar atención, les gritó con voz firme:

–Compañeros, declarémonos en huelga. Plantémosle cara a la patronal. Luchemos unidos por nuestros derechos. Vayamos directamente a la cabeza. Ellos –señaló a la cocina– no son los culpables. De acuerdo que han actuado con ruindad pero nuestras quejas deben ir al Consorcio. ¡Que nadie vaya a los

tajos! ¡Que nadie empuñe una herramienta! ¡Huelga de brazos caídos, compañeros!

Se había instaurado un silencio absoluto en el comedor. La escena era singular. Un tipo alto y fornido sobre la mesa y otro, más bajo de estatura, junto a él. Los dos frente a frente, el uno desafiante y el otro proponiendo un desafío al Consorcio. Visto desde un lateral semejaba un fotograma de David contra Goliat, rodeados por los aguerridos ejércitos. Entonces, para sorpresa de todos habló el tío Quisquillas. Dirigiéndose al tipo de la Faria, que con el trajín no había advertido que se le había apagado y estaba arrimándole el mechero, dijo:

–Valencia, eres grande como una torre. Eso ya se ve. Pero ¡joder!, bájate de ahí que nos duele el cuello de mirar para arriba. Además, yo creo que hay que dejarle hablar a él, que aunque joven, seguro que dice cosas sensatas.

Los amigos de Valencia abuchearon a Quisquillas, que no se arredró:

–Ladran, luego cabalgamos –dijo, torciendo el labio.

–Di que sí, viejo, el chaval tiene labia –gritó uno del fondo–. Si tuviera yo la abundancia de dineros como ese la tiene de palabras iba a trabajar rita la cantaora. Por mí que hable hasta que se le caiga el moco.

–¡Qué coño va a decir ése si no tiene callos en las manos! –intervino otro.

–Compañeros, en una asamblea de trabajadores todo el

mundo puede expresarse libremente –gritó Samuel, saliendo en su defensa–. Se pide respeto para todos.

Valencia le miró con gesto socarrón, al tiempo que lanzaba una bocanada de humo. No se había disipado la humareda, cuando su voz dijo:

–Está bien, ya me bajo. Que hable el señorito.

–Compañero, mi nombre es Alfonso. ¿Y el tuyo? –inquirió, molesto por la despectiva alusión.

–Eso a ti no te importa. Aquí me llaman Valencia y sanseacabó.

En la corta intervención de Quisquillas, los ojos de Julio se encontraron con los de Samuel. En el rostro del boxeador había vuelto a renacer su amplia sonrisa. El brillo de sus ojos fue un mensaje claro que él supo recoger. Sonriendo también, balbuceó una disculpa, levantando subrepticiamente el pulgar. En ese momento le invadió tal golpe de felicidad, que al ir a apoyar el codo en la mesa, calculó mal y casi se da de morros en el plato con restos de sangre. Oyó la risilla divertida del boxeador. Entretanto, la voz de Jáuregui volvió a restallar desde su púlpito. Le tentó empezar su discurso reprendiéndoles por la bufonada del otro día, pero su instinto le dijo que era contraproducente. Prefirió entrarles con la mayor prudencia posible.

–Compañeros, no debemos hacer las cosas a lo loco –dijo, mirando de reojo hacia donde se hallaba Julio–. Cuando se da un paso hay que estar seguro de cómo se da y hacia dónde se

da. La asamblea es soberana y de ella deben salir los acuerdos. Por lo cual opino que antes debemos estar convencidos de que la huelga es la única solución posible para lograr nuestras peticiones.

–¿Peticiones? –interrumpió Valencia, que había vuelto a su sitio–. A la Fandanga hay que exigirle a la voz de ya que saque un segundo plato –añadió mirando con repugnancia la parva de trozos de pollo esparcida por el suelo. ¿Cómo nos vamos a conformar con un pegote de puré?

El clamor de los obreros fue tan fuerte que temblaron las botellas en los estantes.

–Tenemos hambre –gritaron al unísono, tras apurar la última miga de pan.

–Huelga sí, pero no de hambre –añadieron algunos.

–No puedo esperar. Voy a ir a por la macandona y me voy a comer sus chichas –chilló uno, arrancando risas.

El ácrata, que tenía aspecto de estar meditando profundamente, alzó los ojos como si fuera a intervenir.

Pero no lo hizo, prefiriendo permanecer expectante. Jáuregui moduló su voz en tono de empatia para responder:

–Lo comprendo, compañero, todos tenemos hambre. Tengamos un poco de paciencia hasta resolver algunas cosas y luego pasamos a ese punto. Pero volviendo a donde estaba, antes de ser interrumpido, yo sugiero aquí que votemos a

mano alzada si vamos o no a la huelga. Es más democrático, compañeros.

–¡Qué cojones democrático ni Cristo que lo fundó! ¿No has visto que estamos todos de acuerdo en parar? –rugió uno al que le decían Oreja Roída porque borracho se había dormido cerca de un vertedero y una rata había decidido empezar el banquete, comiéndose su oreja como entremés–. Sobre todo nada de gilipolleces. Yo siempre he dicho que cuando se va al baile hay que bailar, cuando se va a la era hay que trillar y cuando se va de putas hay que joder. Y ahora proponéis ir a la huelga, pues a la huelga se va y el que no opine así me le como las tripas –bramó, sacando del bolsillo una navaja y clavándola de un golpe en la mesa.

Semejante gesto tuvo como respuesta que muchas manos se alzaran con las navajas abiertas y se clavaran en la madera en medio de un griterío infernal. Jáuregui, aterrado, les recriminó su amenazante ímpetu. Se disponía a soltarles una soflama al respecto, cuando Julio, dirigiéndose hacia donde estaban, detuvo su lengua con un ademán.

–Ahora es mi turno. Tú ya le has dado bien a la sinhueso. Y subió con sus largas piernas a la improvisada tribuna.

–De acuerdo, habla, ya veremos si te escuchan. Podías haberme dejado acabar –protestó Jáuregui en un susurro–. No está bien interrumpir mi exposición.

Bajando también el volumen de voz para no ser oído, Julio respondió en tono agrio:

–No voy a entrar en rivalidad, compañero. Algunas huelgas se han perdido por enzarzarnos entre nosotros. Así que si no te importa...

–Sobre eso habría mucho que hablar –dijo, retador, a la vez que descendía y se quedaba cerca de él.

–Compañeros –empezó diciendo, abarcando con la mirada los rostros curiosos–. Comprendo vuestra indignación pero no es necesario llegar a esos extremos. A mí también me enfurece que la clase obrera desde tiempos antiguos haya sido explotada y humillada. Yo digo que ya va siendo hora de decir basta. Ya estamos cansados de ser yunque y se aproxima nuestra hora de ser martillo...

Se produjo una fuerte ovación de palmas y tintineos de tenedores en los vasos.

Por un instante se encontró con el rostro de Samuel que le escuchaba con deleite, aplaudiendo con verdadero frenesí. Eso le dio aún más fuerza para seguir con su intervención, sencilla y clara, explayándose en temas comprensibles por lo contundente de su planteamiento, evitando entrar en abstracciones políticas que todo lo enmarañaban, embelesando a aquellos hombres rudos, que sólo reaccionaban para asentir cada vez que el anarquista ponía el dedo en la llaga. Su encendido mensaje de justicia social, la fraternidad entre la raza humana, la destrucción del Estado, de cuyas cenizas surgiría la comuna, sustitución de la religión por una comunidad laica, abolición de la familia moral y opresiva por una familia igualitaria y libre... Y algunas cosas más, todas ellas

expresadas con sentido didáctico, como un maestro ante sus alumnos.

Por momento daba la impresión de que dejaron de sentir la tenaza del hambre. Todos los ojos se hallaban fijos en la figura del joven rubio, que lanzaba sus palabras encendidas sobre aquel mar de cabezas. Era como si una exaltación religiosa los levantara de los asientos. Muchos se precipitaban, gritando de impaciencia:

–Votemos ya. ¿A qué esperamos?

Pero la respuesta fue el sonido de los claxon. La gente giró la vista hacia las ventanas abiertas. Eran las dos y veinte y ya tenían que estar sobre los vehículos. Uno de los choferes asomó la cabeza. Primero vio la montonada de carne e hizo un respingo de asombro. Después desvió la cabeza hacia los obreros, atentos a la perorata de Julio. Sintió temor y lo único que pudo balbucear fue:

–Nosotros nos quedamos ahí. Ya diréis algo. Y se escabulló rápido.

Por fin se propuso la votación y súbitamente una multitud de brazos se alzaron, enérgicos. La decisión unánime de ir a la huelga provocó en ellos una vibrante emoción que coronaron con fuertes aplausos que sonaban a hojas secas. Muchos se alzaron de los bancos para felicitarse entre sí y acercarse a los oradores. Todas las preguntas que éstos les hacían eran las mismas:

–¿Y ahora qué hacemos?

–Hay que ir paso por paso, compañero –dijo Jáuregui–. El primero es que la asamblea elija a sus representantes o delegados.

–¡Y por qué no terminar de llenar la barriga! –gritó uno de atrás–. Venga, vamos todos a exigirle a la Fandanga que nos ponga otra comida.

–Eso, así se habla –intervino otro–. O nos da el segundo plato por las buenas o asaltamos la cocina, directamente.

–Un momento, hagamos las cosas razonablemente y con cabeza –dijo Julio, alzando los brazos en un gesto de contención–. No podemos ir los trescientos, sencillamente porque no cabemos y luego porque sería un caos. Propongo nombrar a un par de compañeros para que hablen con Dolores.

–Ahí tú, pensaor, cómo se nota que le das al cebollo –replicó uno–. Yo digo que vaya Oreja Roída, con lo chupao que está lo mismo se compadece la Fandanga y nos saca los jamones que tiene guardaos.

–Que le acompañe Badajoz, que tiene bastante mano izquierda –dijeron unos cuantos en tono mordaz.

Los elegidos se disponían a dirigirse a la cocina, cuando de repente se abrió la puerta y salieron los dos ayudantes. Venían con un cubo grande, una escoba y un recogedor. Miraron a los huelguistas con desconfianza, enfrascándose en amontonar los proyectiles diseminados por el suelo. Los dos delegados atravesaron el espacio junto a la barra desierta y asomaron la cabeza por la hoja entreabierta de la cocina. Se oyó el vozarrón

de Luisón, indicándoles que entraran. Lo hicieron y al cabo de unos minutos salieron con el semblante optimista.

–Nos ha dicho que nos hará filetes de cerdo con su guarnición, pero que le llevará un tiempo.

–¿Qué hacen ahí dentro? –preguntó Samuel, que se había acercado al púlpito.

–Esconderse de nosotros. Dice que de salvajes sólo se esperan salvajadas. Le echa la culpa a la empresa. Dice que si nos escatima la comida es por que a ella le escatiman el dinero. Se ha puesto a llorar como una Magdalena –expresó Badajoz.

–Ni caso –dijo Oreja Roída con un celtas humeando en la comisura–. Lágrimas de cocodrilo. Más le vale freír los filetes bien, si no, esta vez en lugar de la carne le lloverán los platos.

Julio descendió de la mesa y enseguida fue rodeado por el grupo, incluidos los de Vitoria. Todos hablaban al mismo tiempo, alterados ante la situación, soltando alguna risotada nerviosa. Samuel estrechó la mano de Julio, diciéndole para que todos lo oyeran que sus explicaciones eran tan sencillas que podía entenderlas hasta un niño de pecho. Jáuregui intervino, proponiendo constituirse en asamblea permanente y someter a votación los delegados que irían a plantearle al Consorcio las reivindicaciones.

Hubo un murmullo de asentimiento, que no fue del todo unánime. Valladolid y otros borrachínes como él alegaron que si podían estar permanentes con un vaso de vino en la mano.

–Bebiendo vino permanentemente, querrás decir –repuso Quisquillas.

–¿Qué hay de malo en ello? Luisón no va a estar en la madriguera todo el rato. Tendrá que salir a vigilar su rebaño de botellas. Además, que la *juerga* se sobrelleva mejor mojando el gaznate.

Como no quisieron darle más relevancia, se desentendieron y siguieron comentando los planes a seguir. Entretanto, desde la cocina empezó a llegar el olor a carne frita. A continuación sirvieron los filetes en su punto –Dolores tuvo miedo de servirlos demasiado hechos– y con una alegre guarnición de pimientos verdes y patatas. En cuanto Ortiz y Cayetano, con la colaboración de Joao, que empujaba el carrito con las bandejas, hubieron depositado la última tanda de carne y pan a discreción, aquella patulea de hombres se olvidó de todo, concentrados en el disfrute de semejante festín.

–Ahora sí que somos todos de la misma religión –dijo uno alzando el hocico del plato.

Eran más de las cuatro de la tarde, cuando todavía quedaba alguno, rumiando, con los ojos brillando de satisfacción del que tiene la andorga llena. Como saco lleno no se puede doblar, se repantingaron en los bancos, fumando con grotesca voluptuosidad. Y como pasada la tormenta, los animales salen de sus cubiles, también Luisón lo hizo y fue para ellos como una aparición divina.

–Pido permiso a la asamblea para tomar una copa de coñac –dijo uno, levantándose.

–Que yo sepa, aquí no se ha hablado de abstinencia –dijo Jáuregui–. Haced lo que os plazca.

–Ah, pues yo también –dijo otro. Y a éste le siguió otro y muchos más. En cuestión de segundos la asamblea se había trasladado al mostrador, tras el cual Luisón trabajaba a calzón quitado con una sonrisa triunfante en sus labios. El resto de la tarde la pasaron eligiendo a los delegados y concretando algunos puntos más. Mientras dilucidaban estos extremos, en la oficina de personal, Echevarría, que solía llegar pasadas las cuatro, era informado de la poca halagüeña novedad. El que le había puesto al corriente era el mismo chofer que los sorprendió reunidos en asamblea.

–¡Maldición! –rugió, pegando un puñetazo en la mesa–. ¿De modo que esos infelices descarriados se declaran en rebeldía? La culpa la tienen los subversivos, esos vendehúmos que los pervierten, prometiéndoles paraísos en la tierra. Desde luego con esto no contaba, después del fracaso del otro día, pensé que habían quedado escaldados. Tenemos unos plazos que cumplir y esta gente nos lo va a complicar.

–Don José –balbuceó, casi tartamudeando el chofer, gozoso de hacerle un servicio–. La protesta la han iniciado toda esa gente pero son los cabecillas los que van a aprovechar para echar más leña al fuego. Bastaba con despedir a dos o tres.

–¿Despedirlos? ¿Para que se arme más gorda? Es tarde para eso, sobre todo si está tan caldeado el ambiente como me cuentas. Nos ha llegado información sobre ese sujeto, Salazar, un anarquista que enseguida se ha rodeado de secuaces. Es el

que más me preocupa. Por cierto, Fuertes, ¿qué has dicho que estaban haciendo cuando has entrado en la cantina?

–Don José, creo que se hallaban eligiendo una comisión para presentarle a la empresa sus reclamaciones.

–Ya se verá si le damos legitimidad a esa comisión –dijo con una mueca irónica.

Fuertes, al ver que ya no hacía allí nada, salió del despacho. A su espalda oyó la voz autoritaria del ingeniero:

–¡Rápido, señorita Olmedo, póngame con la dirección en Vitoria!

Sobre la persona de José Echevarría se decía, por haberlo filtrado un oficinista resentido, que su aversión a los obreros le venía de antiguo, ya que su propio padre fue obrero. En la guerra luchó en el bando franquista, terminó ésta y se reenganchó en el ejército, llegando a sargento chusquero. El hombre se aplicó en los estudios para oficialía y logró los galones de teniente. Se casó y tuvo tres hijos. A los tres le dio carrera. José, el primogénito, se licenció en ingeniería y siempre ocultó que los orígenes de su padre fueron los de mozo de almacén en una fábrica de Guipúzcoa.

Entretanto en el comedor la temperatura combativa iba en aumento. Jáuregui había dicho con su elocuencia sindicalista:

–Compañeros, debemos organizamos por si la huelga se alarga en el tiempo o se extiende a otros tramos de la construcción de la autopista.

–Eso, ¿a qué esperamos? –gritó Valencia con voz estropajosa–. ¿Quiénes van a ir a hablar con Echevarría? Yo elijo al rubio.

–Valencia, si no estuvieras tan borracho sabrías que ya lo hemos elegido –increpó otro.

–Tú cállate, julandrón, si no quieres vértelas conmigo –replicó, balanceando el cuerpo–. Yo pido, además, aquí a la cofradía reunida que vaya con él Alfonso, que es un buen punto filipino. He dicho.

–Que no te enteras, Contreras. Que hemos votado que vayan los dos, so bolingas –gritó otro.

Alfonso, alzando las manos para aplacar el absurdo dime y direte, dijo con una chispa de emoción en sus labios:

–Gracias, compañero, gracias a todos. Me siento orgulloso de que depositéis vuestra confianza en mí, pero, además de nosotros, necesitamos un delegado de cada tajo. Por supuesto aquellos que consideréis más capaces.

–¡El Málaga, el Málaga, por la brigada del matorral! –rugieron un centenar de gargantas.

–De acuerdo, la asamblea ha elegido al compañero Málaga. Necesitamos alguno más.

–Asturias –indicó uno, señalándolo–. Ha sido dinamitero. Si se ponen tontos los jefes les pone un petardo y...

–¡Pum! –chillaron todos al unísono.

–Que vaya también el boxeador por si hay que liarse a tortas –dijeron varios–. ¿Tú qué dices, maño? –preguntaron los bravucones.

Samuel avanzó unos pasos hacia el centro del pasillo. Mantenía el ceño grave y sus ojos escrutaban atentamente los rostros que tenía delante. Por un instante vio con el rabillo de ojo a Julio, que hacía un aspaviento de asombro. El púgil comenzó a hablar en un estilo puramente juliano:

–Compañeros, en mi opinión, si queremos que esta huelga sea un irrefutable triunfo para todos nosotros, debemos proceder a algo que todavía no se ha comentado aquí. Detened las máquinas. Formar mañana mismo piquetes e ir a pararlas, cueste lo que cueste. Máquinas que no están arrancando bocados de tierra se convierten en un trasto inútil que le sale muy caro al Consorcio.

Los hombres respondieron con un clamor estruendoso. Llovieron bravos de todos los ángulos del local. Uno de los sevillanos se levantó para hacer una petición.

–Pido tres olés por el boxeador, ahora mismo, colegas.

–Ole, ole y ole –gritaron, aporreando las mesas. No se habían extinguido aún los ecos del bramido, cuando el solicitante volvió a gritar:

–Ole, ole y ole, y el que no diga ole que las almorranas se le gangrenen.

Se produjo un revuelo de carcajadas.

Julio, en medio del guirigay, mantenía el gesto meditabundo, aunque sin poder evitar una mueca divertida. Le tenía sorprendido su metamorfosis. De hombre poco instruido a de repente mostrarse como un persuasivo orador. Semejante cambio en su amigo le hizo sentirse formidablemente bien. En uno de sus cruces de miradas, Julio aceptó con una amplia sonrisa su inesperado radicalismo obrero.

–¡No pararán, no pararán! –gritaron cincuenta gargantas–. Ésos son de una casta aparte.

–¡Joder, compañeros, qué poco se parece esa frase a la que gritaban los defensores de Madrid! –espetó Julio, embriagado de optimismo–. Haremos enmudecer esos motores como sea. ¡No pasarán!

–Insisto, compañeros –volvió a tomar la palabra Samuel, enardecido–. Si los maquinistas no se unen a la huelga van a tener serios problemas con los piquetes.

Al expresar esto los rostros acortezados de los obreros susurraron entre sí, haciendo gestos de victoria. Samuel hizo que volvieran de nuevo sus miradas distraídas hacia él.

–Y si hay algún cobarde que no está con nosotros que lo diga ahora.

Un sepulcral silencio se abatió sobre ellos. Unos y otros buscaban con la mirada al presunto cobarde. En una esquina del fondo, bajo el amplio ventanal, alguien que siempre que iba

al comedor trataba de pasar desapercibido se puso en pie con resolución: era Eusebio el barraconero.

Todos se volvieron hacia él con expectación y curiosidad. El hombre con voz rotunda dijo:

–Eso no lo dirás por mí. Yo estoy con vosotros hasta las últimas consecuencias.

Los trabajadores se miraron entre sí, extrañados ante aquel súbito cambio de chaqueta, de alguien que según ellos era afecto al régimen. Eusebio, ajeno a sus ademanes de incredulidad, prosiguió: –Me habéis catalogado de franquista y chivato del ingeniero, pero yo os voy a demostrar que estáis en un error. El compañero Jáuregui ha dicho que debemos organizamos por si la huelga se alarga, pero se ha olvidado añadir algo muy importante: crear una caja de resistencia, compañeros. Y yo, para que no haya dudas de mi sincera adhesión a la huelga, quiero ser el primero en contribuir en la creación de la caja.

Rápidamente su mano izquierda hurgó en el ojo de cristal y lo sacó, dejándolo sobre la mesa en un increíble golpe de efecto. Se elevó un murmullo de desconcierto en el que muchos rostros impresionados se giraron para otro lado. Aquellos hombres patibularios no fueron capaces de aventurar la mirada en aquel negro y tenebroso hueco de su cara.

–Ahí está. Es lo único que tengo de valor –dijo con vehemencia, enfrentando su cara a las miradas huidizas de los presentes–. Me figuro que algo darán por él en la casa de empeños.

Julio intervino raudo, recomendándole sutilmente que lo restituyese a su cuenca vacía:

–Vamos, Eusebio, no es necesario que te desprendas... –no pudo evitar penetrar en el abismo que se abría ante sí–. Yo creo, me atrevo a decir, que todos creemos en tu sinceridad...

El hombre le miró con su único ojo en el que se reflejaba el deseo de ser aceptado por la tribu. Se apoderó del ojo de cristal y con gran destreza lo encajó en el hueco de un solo movimiento. La asamblea en su totalidad aplaudió y él no supo si era por la alegría de unirse a ellos o por el hecho de ahorrarles tan siniestra visión.

Las horas fueron pasando, entre intervenciones reiterativas, y narraciones de anécdotas de gente que había participado en huelgas de mineros asturianos. De vez en cuando los hombres se levantaban e iban al mostrador, como las aves vuelan hasta el arroyo a remojar el pico. Antes de que declinase la tarde, la asamblea acordó que a la mañana siguiente la comisión elegida solicitaría una reunión con el ingeniero para exponerle los puntos reivindicativos. Jáuregui y los suyos se fueron a Vitoria, prometiendo ser puntuales a su regreso. La concentración rompió filas, saliendo al exterior, unos, y formando corrillos para hablar de lo acontecido, otros, que prefirieron apalancarse en la barra. Éstos comentaban la extravagante y audaz salida que había tenido el barraconero, el cual se había vuelto al almacén.

–Si te paras a pensarlo un tuerto ve más que nosotros –dijo uno, escarbando con un palillo entre sus dientes.

–No digas tonterías. ¿Cómo va a ver más que nosotros?

–¡Cómo que no! ¿Tú cuántos ojos le ves a un tuerto?

–Yo, joder, pues cuántos le voy a ver, pues uno. ¡No te digo éste!

–Sin embargo, él te ve a ti dos. ¡Ve o no ve más que nosotros!

–Anda ya. Déjate de chistes y págate unas cañas, madriles, que tienes cosas de peón caminero.

Julio y Samuel se habían sentado bajo el pino solitario, en el que uno de los encofradores había hecho un banco con cuatro tablas. Se había levantado una ligera brisa que venía a compensarlos del calor sofocante de la jornada. Durante la asamblea, la cantina se había convertido en una enorme sauna. Julio todavía tenía el cabello húmedo del sudor. Samuel, que había metido el cuello bajo el grifo y las gotas rodaban por la parte del pecho que dejaba ver la camiseta de tirantes, preguntó lleno de curiosidad:

–¿Qué opinas del fregado que se ha armado?

–Pues que ha sido una gran sorpresa, sin duda. Un buen arranque que hay que encauzar inteligentemente si queremos sacarle provecho. La patronal va ha hacer lo imposible antes que ceder a nuestras reivindicaciones. Sinceramente no sé si ganaremos esta lucha, pero desde luego los vamos a desorganizar un poco –añadió con el cinismo que la vida había ido inoculando en él.

Estuvieron un rato elucubrando en cómo evolucionaría aquello, cuando de repente les llegó un tufillo agradable a comida. Samuel miró el reloj: eran casi las nueve. Grupos de gente se dirigían al comedor. Se levantaron, uniéndose a ellos. Se oían fragmentos de conversaciones.

–El Consorcio no nos va a conceder lo que pedimos por nuestra cara bonita –dijo Oreja Roída a los que iban a su lado.

–Lo de cara bonita no lo dirás por ti –respondió socarrón Alcantarilla.

–Menos pitorreo, cloaca. Lo que quiero decir es que hay que arrancárselo a la fuerza.

–Supongo que nadie piensa que es como quitarle un caramelo a un niño. Ya veréis cuando empiece la Guardia Civil a repartir palos.

Mientras esto ocurría en el poblado a unos kilómetros de allí las excavadoras roncaban, propinando feroces dentelladas al monte agreste.

Los maquinistas maniobraban con sus colosos de acero día y noche, alumbrados por potentes reflectores, ajenos al pequeño volcán cuyo magma se precipitaría también sobre ellos.

Los dos amigos entraron en la abarrotada cantina. El sacerdote Luisón, de espalda al altar de las bebidas, servía con vehemencia a los feligreses. Delante de la gramola había varios hombres bebiendo cerveza. Uno de ellos, pelo rizado y ceño melancólico, había puesto una canción. Enseguida las dulces y

cálidas voces de Sergio y Estíbaliz entonaban “Tú volverás”. Julio y Samuel intercambiaron una mirada de complicidad.

–Por lo menos tiene gusto –dijo el ácrata con una sonrisa franca.

Antes de buscar asiento, Julio deslizó una mirada por la puerta abierta de la cocina. Vio a Joao yendo de un lado a otro de los fogones. Vio también a Dolores con su delantal blanco que la hacía aún más voluminosa.

Se hallaba delante de una enorme olla que desprendía densas vaharadas. Inclinada con el gesto grave, semejaba una maligna hechicera calculando la dosis necesaria para encantar a los trabajadores y dominar su voluntad. Fuese lo que fuese la marmita exhalaba un delicioso aroma a guiso bien condimentado.

Tuvo el presentimiento de que esa noche la cena iba a ganar ligeramente en calidad. El miedo de Dolores a la furia de los obreros iba a dar su fruto. Y así fue. Pasadas las diez de la noche, mientras los comensales celebraban una de las mejores cenas en mucho tiempo, sin ser nada del otro mundo, dos sombras abandonaban el poblado en dirección a la curva del río. Esa noche se oía el canto de las ranas más de lo habitual.

–Cantan muy fuerte. Están como exasperadas –musitó Julio, sorteando los pequeños agujeros del terreno.

–Eso es que va a llover. Se lo oí decir a alguien.

–¿Tú crees? Tendremos una huelga pasada por agua.

–Ya sabes, al mal tiempo buena cara –dijo Samuel, tomando su mano.

Con la proximidad de la espesura, enmudecieron. Sólo se oía el roce de la hierba y el ansioso palpitar de sus pechos.

## XXVI

En algún lugar se oyeron ladridos de perros. Lentamente la oscuridad se fue disipando para dar paso a la pálida luz del amanecer. Luego, el suave despertar se vio turbado por los rugidos de las máquinas y la flota de camiones discurriendo por los caminos. A las siete, los obreros, todavía con las legañas en los ojos, invadieron la explanada, mirándose unos a otros con recelo, temerosos de que la noche hubiese engendrado grupos de esquiroles con ganas de presentar batalla. Aturdidos, desgreñados y algo descompuestos los trescientos hombres se fueron concentrando alrededor del pino. Algunos, tosiendo como perros, encendían el primer cigarrillo del día en espera de que la cantina abriera sus puertas para sacudirse la soñera con una copa de Cazalla. Del río les llegó el húmedo aroma de las plantas y el bullicio de los pájaros, excitados con los primeros rayos de sol. Al llegar la caravana de Land Rover la multitud gesticulando se apresuró a cerrarles el paso. Los dos amigos, rodeados por Teruel, Badajoz y Málaga los contuvieron, razonando con ellos.

–Dejadlos, compañeros, que estacionen los vehículos. Para nosotros el verlos ahí no significa nada. Nadie se va a subir a ellos –gritó Julio.

–¡Que se unan a la huelga! –gritaron–. No les vamos a sacar nosotros las castañas del fuego.

–Claro que se unirán, compañeros. De eso no os quepa la menor duda. Nos ayudarán a trasladar los piquetes a donde trabajan las máquinas –repuso Julio con voz imperiosa–. Pero eso será después de la primera entrevista con la Empresa. Necesitamos conocer cómo se toma la patronal nuestras justas reclamaciones.

Los choferes, tras aparcar los vehículos en batería a lo largo de las dos hileras de barracones, se integraron en la multitud, diciendo que ellos no se oponían a la huelga. Algunos aplaudieron y otros silbaron, achacándoles que eran unos tiralevitas y que cambiaban de color como los camaleones. Mientras se entregaban a reproches y discusiones vanas se oyó el motor de un coche. Eran los de la ugeté que en ese momento bordeaban la desierta oficina. Rodaron por el piso de gravilla compacta, deteniéndose ante el gentío. En cuanto descendieron del Seat 1500 los obreros les vitorearon como los ciudadanos romanos ovacionaban a las legiones entrando triunfantes en la urbe. Jáuregui y sus dos acólitos saludaron con la mano, sonriendo complacidos. Con tanto vociferante nadie advirtió que tras ellos la puerta de la cantina acababa de abrirse. Luisón asomó su rostro anguloso de mirada torva. Los gritos y exclamaciones de júbilo, unidos a la espléndida mañana, contribuían a hacer de la revuelta una verbena popular. Elevando la voz, algunos del comité sugirieron que debían entrar en el comedor y empezar la asamblea, habida cuenta de que muchos necesitaban entonar el cuerpo con una copichuela de aguardiente. Así se decidió y acto seguido,

Badajoz, que a esas horas tempranas tenía voz de ultratumba, haciendo megáfono con las dos manos lo hizo saber a la muchedumbre. Con sordo rumor de pasos fueron introduciéndose en el edificio. Como cada mañana, los ayudantes aguardaban con los cestos llenos de bocadillos que fueron repartiendo displicentemente. Como parte de la riada de hombres se remansó en la barra, Luisón se afanó en despachar un buen número de copas de Cazalla. El resto fue ocupando los bancos, al tiempo que abrían las ventanas para ahuyentar el hedor a humanidad. El cantinero adquirió la costumbre de cerrarlas al acostarse porque más de un tunante había saltado al interior, poniéndose de beber vino hasta las trancas sin pagar un duro.

El comité, más todos sus satélites, esperaron pacientemente a que el personal apurara sus bebidas. Una vez estuvieron todos, Jáuregui tomó la iniciativa. Había traído una carpeta con las reivindicaciones impresas en varias copias en papel de carbón, que fue distribuyendo entre los comisionados. Mientras se efectuaba esto, la gente se había lanzado a fumar, cargando increíblemente el ambiente. Fue Ernesto, con la melena cayéndole lacia, quien exhortó con socarronería a Jáuregui.

–Venga, tío, háblales ya, antes de que desaparezcan sus caras entre la humareda.

–Sólo los espejismos se desvanecen. Esto es real, colega –repuso Julio, achinando los ojos en una sonrisa.

Alfonso, blandiendo su cuartilla, se subió en el banco en lugar

de la mesa. Detrás, escoltándolo, el resto del comité permaneció erguido. El de Vitoria se aclaró la garganta y comenzó pidiendo disculpas a la concurrencia:

–Compañeros, ya perdonaréis, pero anoche, agotados como estábamos, nos pegamos hasta las tantas redactando la tabla. Los ojos se nos cerraban de sueño y se nos olvidó introducir el punto de crear una comisión que deguste, supervise e incluso decida el menú de cada día.

–También se nos olvidó lo del autobús de ocio y esparcimiento que os lleve cada domingo a Bilbao –apuntó Chema.

–¿Qué pasa? ¿Es que los de izquierdas no hacéis nada a derechas? –intervino uno, subrayando con una mueca su retranca.

Hubo un poco de jolgorio que cortó Samuel, atemperando la bullanga:

–Un poco de comprensión, compañeros. Un error lo tiene cualquiera. Esos puntos se pueden añadir con bolígrafo.

–Un momento, por ahí sí que no paso –irrumpió Castellón, acercándose a Jáuregui, pero sin subirse a la tabla–. Si estos impíos que se convertirán en ascuas en el infierno piden un autocar para frecuentar a las rameras, yo exijo que antes de cada comida recen un padrenuestro y se santigüen como personas decentes.

Jáuregui le miró como se mira a un loco del cual desconoces

su reacción. Pronto iba a saber que cada celebración de asamblea tenía sus propias complicaciones.

La primera eran los metepatas que no se tomaban en serio la movilización obrera. Como si le hubiera leído el pensamiento la voz chillona del matador frustrado resonó más fuerte esta vez:

–Tararíííí, de torero me hice albañil vaya resbalón que diiiii.

–¡Cabezahueca, como no te calles te tiramos al río! –gritó Oreja Roída.

Alfonso se giró, intercambiando un gesto con Julio el cual frunció los labios en un ademán de impotencia.

–Otro majara como tú, Castellón. Por cierto, ¿no decías que habías ahorcado los hábitos? –interpeló uno que no paraba de atusarse el mostacho.

–¿Qué dices, insolente? No los ahorqué porque nunca me los puse. Soy simplemente un hombre que interpreta el libro sagrado. Por esto mismo yo debería estar también en la comisión. Los antiguos conquistadores penetraban en la selva con la espada, para dar paso a la cruz. En las negociaciones con los patronos tiene que haber alguien espiritual.

–Cállate, zumbao, que cada vez que hablas sube el pan –gritó Valencia, dilatando los ojos de furia.

–Un respeto, compañeros, todos tienen derecho a expresar sus opiniones –dijo Jáuregui.

Asturias que estaba sentado en una esquina de esa misma mesa rompió lanza a favor de Castellón.

–Vamos a ver si somos hombres o nos vestimos por la cabeza, me cago en la leña. Muchos de los que estáis aquí sois creyentes, pero preferís que os arranquen un brazo antes que reconocerlo. En mi opinión puede traer mala suerte no permitir un representante espiritual en la comisión. Si en las negociaciones los mandamases hablan, un suponer, de religión, él sabrá salirles al paso. Es un experto. La gente rica se vale de la religión para hacer fullerías y perjudicarnos contándonos patrañas a los pobres.

–¡Asturias, tú también estás grillado! ¡Vaya par de dos! –chilló otro.

–¡Qué coño va a estar loco! ¿No habéis visto que se ha endiñao media botella de Cazalla él solo?

De nuevo se alborotó el gallinero con gruñidos, voces y carcajadas atronadoras.

–¡Está bien, está bien, compañeros! –exclamó Julio, extendiendo las manos–. Vamos a votar la propuesta de Asturias. Veamos –en su mente burbujeaba la fórmula religión o evolución, pero la desechó por lo poco comprensible para aquella gente–. Los que estén de acuerdo en elegir un representante espiritual que levanten la mano.

Sólo se alzaron una docena, incluida la de Eusebio que miró titubeante a los demás.

–Los que no quieren representación religiosa.

La sala se erizó de manos.

–Damos este asunto por zanjado –dijo Julio con determinación.

–Paso entonces a leer los puntos por si os parece que hay que introducir alguna modificación –dijo Jáuregui, tomando de nuevo el control.

Mientras los desgranaba con voz clara y potente, observaba sus rostros ceñudos chupando los cigarrillos que ennieblaban el local. Cuando llegó al más relevante, es decir, al económico, todos saltaron como castañas al fuego.

–Una subida de seis mil pesetas para todos, a contar desde el momento en que se firme los acuerdos.

–Quiero hablar –gritó uno, alzando un brazo lleno de cicatrices.

–Habla, compañero. Te escuchamos.

–Totalmente de acuerdo con la subida, pero teniendo en cuenta la categoría laboral de cada uno. –Julio se fijó que tenía la cara del color del membrillo y unas cejas gordas y longitudinales. Esperó a que desembuchase todo lo que llevaba dentro–. A mí no me parece bien que yo que manejo la dinamita cobre lo mismo que Valladolid que se pasa el día arrancando yerbajos o Oreja Roída echando paladas a la hormigonera, pongamos por caso, y sin menospreciar a nadie.

De todos ángulos brotaron voces discrepantes.

–Me parece una actitud muy poco solidaria, compañero –dijo Julio.

–¿Qué dice ese maljode? –se levantó Valladolid hecho un basilisco–. ¿Tú quién te has creído que eres, el rey del petardo? ¡Tontoelculo!

–Vale, nada de discordia –intervino de nuevo Julio–. Se somete a votación.

Fueron varios los que abogaron por subida según categorías, sin embargo, fue unánime la alzada a la propuesta de subida igualitaria.

Castellón, que había hecho caso omiso de las votaciones, se subió en el banco a lanzar su arenga.

–Por el inmundo dinero vais a permitir que en la comisión no haya ni siquiera una pequeña sombra de Dios.

–Lo mejor de la vida son las cosas inmundas –dijo Ernesto, riéndose–. A ver cuándo se te mete en la cabeza.

–¡Qué jartera de gachó! –exclamó un sevillano–. Que un encofrador le haga una cruz bien grande y que se vaya por ahí a recorrer el vía crucis. ¡Qué mamón!

–Bájate de ahí, Castellón, que le pareces a don Tancredo –conminó Teruel, tirándole de la pernera.

–Está bien, ya me bajo, pero quiero que conozcáis el lema del ejército godo al entrar en combate: “Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera”. Repetirlo conmigo tres veces y quedáis exonerados de rezar antes de las cenas.

Un descomunal abucheo fue el premio a su desatinada alocución. Muchos, que se estaban comiendo el bocadillo, le arrojaron migas de pan.

No había cesado aún la bronca, cuando uno de los trabajadores entró de la calle.

–Los cochazos de los jefes están en la puerta de la oficina –gritó como si anunciara una temible tormenta.

El hombre era uno de los que había salido al retrete. Traía la frente sudorosa y el rostro congestionado, pero no era probable que por la impresión de ver los Mercedes, sino tal vez por un agudo episodio de estreñimiento.

–Tira pa dentro, no te vayas a jiñar de miedo –espetó Valencia con su voz de caverna.

–Eso es lo que yo quisiera. ¡No te jode!

En medio del murmullo, Jáuregui, Julio y el resto de los delegados se agruparon a cuchichear.

–Entonces ha llegado el momento –dijo Julio, consultando su reloj con resolución–. Las diez menos cuarto. ¿Nos zampamos el chusco o lo dejamos para luego?

–Mejor para luego. Yo sólo de pensar que tenemos que vemos con ésos se me quita el apetito –dijo Samuel–. Por cierto, ¿no será muy pronto?

–De ningún modo. Es una hora excelente para enseñarle los colmillos a los jerifaltes –dijo Julio–. Compañeros, nos vamos de cacería. Si todo sale bien nuestras condiciones en el poblado cambiarán radicalmente. Deseadnos suerte.

Estalló un clamor animoso y triunfal. Los dos amigos, junto con Jáuregui, Badajoz y Málaga abandonaron el local con decisión. Muchos hombres fueron detrás, aglomerándose en el exterior mientras los contemplaban dirigirse hacia las oficinas. Teruel, que estaba junto a Quisquillas, sin quitar la vista de los comisionados, le dijo afectuosamente:

–¿Qué te pasa, viejo? Te veo muy serio.

–No me pasa nada. Estaba pensando que por lo menos las furgonetas de los antidisturbios no han hecho acto de presencia. De momento...

–¿Tú crees que el Consorcio va a ser tan borde de llamarlos?

–Todo podría ser, compadre. De los patronos no te esperes nada bueno, sobre todo si vas contra sus intereses.

De pronto enmudeció. Lo que menos deseaba era que su incertidumbre, el temor a que no cediesen a sus peticiones y les azuzaran las fuerzas del orden se contagiase a los entusiasmados huelguistas. Sacó su tabaco de liar y fue montando un cigarrillo con inaudita parsimonia. Su cuerpo

encogido recibió el cálido lametón del sol. Era una mañana resplandeciente. Al llevárselo a sus resecos labios y prenderlo les vio avanzar bajo el cielo azul por el que cruzaba una bandada de pájaros. Una vez el comité estuvo ante el edificio aguardaron unos segundos, intercambiaron unas miradas de ánimo y a continuación subieron los tres peldaños de madera. Nada más entrar fueron recibidos por el tableteo de las máquinas de escribir y por los ojos asombrados de los empleados, que les miraban como a facinerosos. El responsable de contratación de personal les salió al paso con una sonrisa estereotipada.

–¿Qué desean? –dijo sin inmutarse por su ociosa pregunta.

–Hemos sido elegidos por el resto de los trabajadores para hablar con la Dirección –dijo Jáuregui, alzando la barbilla con dignidad–. ¿Le importaría comunicárselo al señor Echevarría?

–Ahora mismo. Esperen un momento –respondió, dirigiéndose a una pieza en cuya puerta rezaba: “Privado”.

Permanecieron de pie, observando a los oficinistas, sus dedos veloces sobre las teclas, sus camisas limpias y bien planchadas que olían a agua de colonia. Éstos a su vez les lanzaban miradas a hurtadillas, temerosos tal vez de una acción descontrolada y violenta.

En el compartimento contiguo, separado por una mampara, estaban los capataces mirándoles con gesto adusto. En ese instante, la puerta por la que había desaparecido el empleado se abrió. El rostro de este hizo un gesto para que se acercaran.

–Podéis pasar –dijo en tono de suficiencia, como si hubiese sido nombrado para una importante misión.

Traspasar el umbral fue lo mismo que precipitarse en un foso en el que tres seres temibles aguardaban con las fauces abiertas. Tres hombres, enfundados en caros trajes de verano, sentados tras la mesa como un tribunal inapelable les escrutaban con presuntuosa solemnidad. Los representantes de los trabajadores, sin sentirse demasiado abrumados por la ceremoniosa prosopopeya, típica de la patronal, saludaron, respondiendo éstos con una cortés frialdad.

La terna se hallaba compuesta por el gerente, el abogado del Consorcio y el ingeniero Echevarría, que mostraba una rigidez de escayola. El abogado, de unos cuarenta años, esbozó una sonrisa amable envuelta en celofán de fingimiento. Con un gesto de su mano les invitó a sentarse. Como sólo había tres sillas lo hicieron Julio, Jáuregui y Badajoz. Málaga y Samuel se mantuvieron enhiestos como guardianes. El gerente era un hombre grueso, cincuentón, pelo canoso y mirada inquisitiva, que rodaba de una en otra cara de modo sutil. Los examinó con el taimado interés del gato que juega con la presa que no sabe cuándo le va a llegar el zarpazo. Habló, procurando ser cordial en el tono:

–Deben saber ustedes que negarse a acudir al trabajo es ilegal. Se han declarado en huelga y eso hoy por hoy en España constituye delito.

Tanto el ácrata como el de la ugeté se miraron de soslayo, preguntándose quién respondía a aquellas palabras que

ocultaban clara amenaza. Ambos sintieron el impulso beligerante, pero fue Jáuregui el que se adelantó, procurando hablar cordial y pausadamente.

–No por mucho tiempo. Estamos en la recta final. Que es la acometida decisiva contra la dictadura, eso no lo pone en duda nadie –dijo con cierta arrogancia.

–Eso no es fácil de predecir. Quizá sí quizá no –replicó el gerente, procurando endulzar su opinión con una sonrisa–. Pero estamos desviando la cuestión. Supongo que no están aquí para que hablemos de política.

De nuevo los dos jóvenes se miraron con disimulo para no arrebatarse la palabra, ni atropellarse al intentar intervenir. Fue Julio el que saltó a la palestra:

–Cierto. No hemos venido a eso sino para hablar de las condiciones de trabajo –dijo, sacando un folio impreso del bolsillo. Mientras lo desplegaba le pareció oportuno introducir una apreciación personal–. En realidad los obreros le tenemos aversión a la huelga porque siempre somos los perjudicados, pero ustedes nos aprietan tanto el dogal que no nos queda más remedio que echar por ese camino.

–No sé por qué se quejan. El salario no es bajo, les damos manutención y alojamiento –terció Echevarría, abandonando su inmovilidad de piedra.

–¿Ah, sí?, pues cuando desee puede venir a visitar nuestro espacioso y confortable alojamiento –respondió Julio mordaz–. También podemos invitarle a degustar el exquisito pollo a la

portuguesa con salsa roja, salpimentado con caspa lusitana y condimentado con finas hierbas a la macandona.

Sus palabras produjeron risas ahogadas en el resto del comité.

–Un respeto. Tampoco hace falta que adopte esa actitud chulesca –respondió el aludido con gesto airado.

–Está bien, no nos pongamos susceptibles y al grano –propuso el abogado echando mano de su pragmatismo–. Léanos, señor... Salazar –musitó el ingeniero sin borrar de su cara la adustez–. Bien, lea si es tan amable las reclamaciones que habéis estimado dirigir al Consorcio.

–No es una estimación nuestra, sino de la asamblea. Que quede claro –replicó Julio con severidad.

Sin preámbulos situó el papel frente a él y fue desgranando con voz clara y contundente cada uno de los puntos. En lo concerniente a comidas, exceso de horas de trabajo, insalubridad y hacinamiento el gerente asentía con un gesto apenas perceptible, que tal vez significaba que era fácilmente asimilable. Sin embargo, cuando los labios del anarquista pronunciaron “seis mil pesetas lineales”, tanto el hombre grueso como el abogado enarcaron las cejas como no dando crédito a semejante despropósito.

El más vehemente en su reacción fue el ingeniero que experimentó una sacudida de cólera, que se guardó de expresar. Fueron sus ojos de ave rapaz los que reflejaron su agria oposición, gritando en su fuero interno: “¿Qué habéis

dicho? ¿Seis mil pesetas? ¡Trescientas cuerdas para que os ahorquéis os vamos a dar! ¡En estuche de terciopelo para que no digáis que somos ruines!”.

Sin duda se estaría imaginando la escena de los esclavos rebeldes en la película Espartaco, crucificados, en este caso ahorcados a lo largo de la autopista.

Se produjo un silencio como el que sobreviene después de una explosión. Del otro lado de la puerta les llegó el rumor de las máquinas de escribir. A pesar de los doscientos metros que les separaban de la estación, de pronto temblaron los cristales de las ventanas al pasar un mercancías hacia Bilbao. La voz del abogado carraspeó al tiempo que sacaba un paquete de tabaco rubio y ofrecía a los comisionados. Estos lo rechazaron porque en su código estaba prohibido confraternizar con el enemigo. El letrado se encogió de hombros, encendió un cigarrillo y expulsó el humo lentamente. Su voz disparó antes de que se desvaneciese la última voluta.

–Vamos a ver si somos razonables. La subida que piden es una barbaridad. Supone casi un cincuenta por ciento del sueldo que están cobrando. ¡Señores, un poco de sensatez!

–Esa sensatez también se la pueden aplicar ustedes. La encomienda que tenemos de la asamblea es de no ceder hasta que acepten la subida de salario –replicó Julio.

El gerente al ver en el rostro del ácrata la firmeza del fanático le pareció oportuno ponerse la máscara paternal. Se distendió en el sillón con jovial desenfado y comenzó a intentar ganárselos con mezquinos y torpes halagos.

–Aquí tenemos un dosier completo de dos de ustedes. Si los aireamos seguramente iban a salir perjudicados. Es una lástima que hombres de tanta valía como ustedes quieran echar por la borda su porvenir. Todos los que estáis aquí tenéis sobrada capacidad para ocupar puestos de mayor categoría y responsabilidad. Yo mismo estoy en condiciones de otorgárosla si hacéis que esos hombres vuelvan al trabajo.

–Se agradece que tenga ese concepto de nosotros. Pero yo digo que los halagos en metálico –dijo Jáuregui en un golpe de osadía.

–¿Qué quiere decir? –preguntó el gerente, cambiando el gesto afable por una inquietante severidad.

–Sencillamente que sean ustedes razonables y accedan a darnos la subida que pedimos.

Samuel, que había estado escuchando el coloquio con el cuerpo tenso y los puños cerrados, dijo, remachando las palabras del compañero:

–Eso esperamos, que sean razonables. Lo que para ustedes significa apenas un suspiro, para nosotros viene a representar un balón de oxígeno.

–No, de ninguna manera. No podemos aceptar semejante petición –exclamó indignado el gerente, levantándose y con él los otros dos.

–Entonces no hay más que hablar–dijo Julio, poniéndose de pie, secundándolo Jáuregui y Badajoz.

–Repito, están ustedes actuando ilegalmente –advirtió el abogado–. Podemos recurrir a medidas drásticas.

–Hagan lo que se les antoje. Nosotros trataremos de afrontar lo que se nos venga encima.

Al atravesar el espacio de oficinas hasta la puerta no sólo se detuvo el tableteo de las máquinas, sino que además, la respiración de los empleados quedó en suspenso. Dejando atrás la oficina, el grupo de hombres caminó hacia la explanada en la que se hallaba concentrado un centenar largo de trabajadores, ansiosos por lograr la primicia. En el despacho, los directivos cambiaban impresiones sin poder disimular la preocupación.

–Ese Jáuregui, debíamos hablar con él a solas –sugirió el gerente, con una mano en su plateada sien–. Según el dosier es un líder ugetista. En mi opinión los de este sindicato son más domesticables que ese anarco que no se casa con nadie.

–No sé. Por lo pronto mire lo que le ha dicho Jáuregui. Menuda salida de tono –dijo el abogado.

–Bueno, son frases que se usan para impactar. A éstos, así se les ofrece un acuerdo en el que la mejor tajada sea para él y se pliegan. Son como esas mujeres que están siendo seducidas que dicen que no pero en realidad lo que están diciendo es que sí.

–Aun suponiendo que se le pueda neutralizar, queda Salazar. Según me han informado la gente está con él incondicionalmente –intervino Echevarría.

–Conozco a estos personajes –dijo el letrado, aplastando la colilla en el cenicero–. En la universidad había alguno infiltrado. Evidentemente son sectarios de la verdad. Bastante refractarios a un diálogo racional y civilizado.

–Pero no sólo ellos. No te olvides de todos esos grupúsculos marxistas–leninistas –repuso el gerente–. A mi modo de ver todo el que abriga ideas dogmáticas se convierte en sectario de la verdad, es decir de su verdad sacrosanta.

–Eso me trae al caletre los Testigos de Jehová –dijo Echevarría, sacando a relucir su sonrisa caballuna.

–No te has desviado un pelo. Son patas del mismo cangrejo. Unos adoran a Lenin y otros al dios del Viejo Testamento –dijo el abogado.

–En fin. ¿Qué importa eso ahora? Nuestro interés está en solucionar este problema –dijo el gerente–. Por cierto, supongo que los maquinistas no han secundado la huelga.

–No, afortunadamente. Están trabajando a pleno rendimiento –dijo el ingeniero.

–Me alegra oírlo. Pero no nos engañemos, el objetivo de esa gente es detener las máquinas.

–Un telefonazo y en media hora tenemos a la Guardia Civil aquí. Les darán escolta.

–Eso como último recurso. No nos conviene que la huelga se vaya de madre. Si se extiende a otros tramos nos achacarán

que no hemos sabido atajarla, permitiendo que la carcoma les salte a ellos. Significaría más problemas.

–¿Entonces qué sugiere? –inquirió el abogado.

–Dejar que se desfoguen con sus asambleas y sus discursos obreristas. Esos dirigentes están ahora viviendo su sueño revolucionario que es mover a la masa, programarla contra nosotros, inculcando en sus cabezas que somos el maligno.

–Pero ¿y si transciende a los medios de comunicación? –interrumpió Echevarría.

–La prensa canallesca. ¡Miserables periodistas! Son el fango corrompido de la sociedad –exclamó el gerente, agolpándose la ira en sus congestionados mofletes.

–En cuanto a lo que el señor gerente dice del maligno algo de razón no les falta a esos descarriados o carrilanos, que en esencia viene a ser lo mismo –dijo el abogado, introduciendo una cuña humorística en medio de la tensión.

–Je, je. Je, qué bromitas tienes, Urrutia –dijo el gerente, desperezándose en el sillón.

–Aparte de estas frivolidades cómicas, no creeréis que van a volver humildemente al trabajo –replicó el ingeniero que presumía de conocer el percal.

–No, naturalmente que no, amigo Echevarría –repuso el gerente–. No soy tan cándido. Lo que se me está ocurriendo es pura estratagema de batalla. Como ya he apuntado los

dirigentes con sus discursos harán que crezca el odio hacia nosotros. Como necesitarán estar continuamente reunidos para escupirlo en colectividad y para que ninguna oveja se les desmande, éstos terminarán por agotarse mentalmente. Además la omnipresencia del bar les dejará sin una peseta. Por ventura tenemos al cantinero que los exprimirá sirviéndoles bebidas a troche y moche. En realidad, casi todos esos carrileros necesitan combustible para carburar.

–¿No pretenderá ponerles sitio y vencerlos por cansancio? –preguntó Urrutia, escéptico.

–¿Por qué no? Cuando no tengan dinero para beber, por mucho que los cabecillas les inflamen las meninges, terminarán por amotinarse. Aparte de que se le puede dar orden a Dolores para que restrinja las raciones de comida. Si comen poco y beben mucho eso se convertirá en tal pandemónium que los dirigentes no podrán controlar.

–Me parece que los subestima –repuso el ingeniero–. Por lo que tengo oído hoy mismo van a ir a parar las máquinas.

–Entonces ordenaremos a los maquinistas que trabajen por la noche. Están a más de cinco kilómetros de aquí. Los huelguistas no van a poder apoderarse de los Land Rover para trasladarse, sencillamente porque voy a ordenar a los conductores que los concentren en Pobes y se queden ellos hospedados allí.

–Disculpe, señor gerente, y permítame la franqueza. Yo sostengo que borrachos o no, esos tipos correrán como salvajes a donde están las excavadoras. Dormirán en los

rastrojos, se turnarán, bloquearán las máquinas y puede que hagan cosas peores.

–Qué poco espíritu tienes, Echevarría. Nunca hay que darse por vencido. Esos brutos tienen sus puntos débiles. Es cuestión de lanzarles la flecha allí y te aseguro que volverán al tajo modositos como una procesión de niños comulgantes.

Mientras los jefes maquinaban maldades contra los huelguistas, el comité regresó a la explanada donde se había arremolinado el personal. Estos, al verlos venir con los brazos caídos y apesadumbrados, no tuvieron la menor duda de que aquello no había funcionado. Ninguno de los comisionados despegaba los labios. Sólo Samuel dijo, golpeándose con el puño la palma de la mano:

–Estoy furioso. Necesito una cerveza bien fría para calmar la rabia que llevo dentro. De verdad que la hubiera emprendido a tortas con esos cochinos burgueses.

Se produjo un rumor corroborando sus palabras. El comité se abrió paso entre la multitud dirigiéndose a la cantina. El resto de los hombres caminaron detrás, silenciosos como el que sigue al sepelio. Una vez dentro, ocuparon los bancos y se mantuvieron expectantes. Fue Julio el que se situó en medio del pasillo para informar. Para el ácrata la narración no necesitaba prólogo. Sin vacilar se metió de lleno en el meollo:

–Que conste que el intento de negociación por nuestra parte ha sido lo más correcto posible. Son ellos los que lo han roto, compañeros. Una vez más la patronal nos ha demostrado ostensiblemente su acostumbrada intransigencia...

Al decir esto hubo abucheos y silbidos.

–¡Saquemos de allí a todos y quememos las oficinas! Joderemos a esos cabrones –gritaron los más violentos, poniéndose en pie.

–No pretenderéis convertirlo en la toma de la Bastilla –dijo Chema.

–¡Ni toma de pastilla ni hostias! –bramó Valencia–. Ellos la van a tener que tomar cuando los saquemos de ahí a palos.

–No, compañeros. Actuar así sería contraproducente para nuestra lucha –replicó Julio con gestos de calma–. Como ya he dicho, hace un rato hemos asistido a una demostración de fuerza por parte de la empresa. Nosotros les vamos a responder con otra, para que se convenzan de que vamos en serio. ¡Compañeros, mi opinión es que debemos detener las máquinas, inmediatamente!

Se produjo un griterío formidable en el que muchos se abalanzaron hacia la puerta, dispuestos a ejecutar la consigna del anarquista.

–Si algún chofer se resiste le alumbraremos un par de hostias para convencerlo –dijo uno.

–Compañeros, recordad que somos piquetes informativos. Debemos evitar todo enfrentamiento violento.

–¿Sin violencia quieres hacer tú la revolución? ¡Vaya empanada mental la tuya, julay! –masculló otro.

La tromba se precipitó fuera, sin atender las palabras de cordura y razonamientos vanos. El comité y todos sus satélites les siguieron. Junto al pino organizaron tres grandes grupos. El primero, comandado por Samuel, caminaría, por la margen derecha del río hacia el viaducto. Otro grupo, encabezado por Jáuregui, marcharía hasta las cercanías de Izarra. El tercer grupo, liderado por Julio, decidió presentarse en el cruce de caminos donde solían concentrarse los camioneros de áridos. Les pedirían que se uniesen a la huelga o que permaneciesen neutrales con los camiones parados. El resto de los obreros, un centenar largo, se quedaron reunidos en el comedor. Sin embargo, éstos enseguida se acodaron en la barra o se dispusieron a echar una partida de cartas.

Los piquetes, bajo un sol abrasador, avanzaron entre los campos agostados, salpicados de almiares, atisbando algún labrador doblado sobre la tierra. A veces se oían ladridos de perros de alguna alquería. Por la parte del desfiladero los graznidos de los cuervos vibraron un rato en el aire. Contra lo que pudiera suponerse la jornada se desarrolló sin violencia, afortunadamente. La Dirección procuró dar los menos motivos posibles para no irritarlos. Envió mensajeros con órdenes a los maquinistas de que no se acercaran a las máquinas hasta que se resolviese el conflicto.

Tras no encontrar a nadie, reprimiendo los deseos de algunos que propusieron meterle fuego a las excavadoras o rajar las ruedas, los piquetes regresaron al poblado en medio del valle silencioso. Sólo se oía el bullicio de los pájaros en los árboles del río y el vago zumbido de un avión a chorro. Lo que encontraron al penetrar en la cantina bien podía parangonarse

con una escena bíblica. Al bajar Moisés del Sinaí con la tabla de la ley, en este caso al irrumpir los piquetes en el local, derrengados por la caminata, hallaron a los israelitas, o sea a los carrilanos adorando al vellocino de oro, es decir, al vino, a la Cazalla y al juego. Muchos estaban borrachos, derribados como piltrafas por los rincones, otros, discutían acaloradamente entre ellos y tenían la gramola funcionando a tope. “Me sabe a humo, me sabe a humo los cigarrillos que yo me fumo”, cantaban los Chunguitos, escapando sus voces por las ventanas abiertas de par en par, ocasión que aprovecharon las moscas para colarse en manadas, y posarse en los pringosos labios de los carri. Por pura coincidencia, el piquete de Jáuregui llegó al mismo tiempo que el de Julio. Al sorprenderlos de semejantes trazas el de la ugeté, profundamente indignado, les lanzó una feroz reprimenda, afeándoles su conducta. Con inflexibilidad militar expuso a la asamblea:

–Compañeros, lo que estamos viendo es lamentable. Propongo desde hoy mismo que al inicio de cada reunión sean expulsados sin contemplaciones los borrachos y los patosos.

Una gran mayoría de manos se alzó al tiempo que vociferaban:

–¡Fuera, a la calle con ellos!

Entonces, de la multitud surgió la enclenque figura del Valladolid, que con voz tartajosa pedía la palabra. Quiso trepar a una mesa pero como estaba ebrio no pudo, siendo la mofa del resto. Se había sentido aludido por Jáuregui. De manera que erigiéndose abanderado de los borrachínes, gritó:

–Julays, julandrones y demás gentes de navaja en mano. Ya sé que muchos de nosotros somos analfabestias y que estamos amorcillaos, pero eso no quiere decir que seamos tontos, que sabemos de sobra que dos y dos son veintidós. He dicho.

Se produjo una gran bronca, mezclada con risas y gritos de expulsión. Iban a tomar esa determinación, cuando de repente entraron tres o cuatro hombres del piquete de Samuel, que se habían quedado rezagados, refrescándose en el río. Ernesto venía el primero con el pelo chorreando. Buscó a Julio con la mirada en la que se reflejaba el sarcasmo.

–Salazar, por lo visto tu mensaje libertario ha calado hondo en los trabajadores. Te digo esto porque han hecho una pintada en los muros de la oficina. Si sales y te acercas la verás antes de que la borren con disolvente.

–Para qué voy a ir –dijo entre asombrado y divertido–. Dime tú lo que han escrito.

–"El pedo es el grito de libertad de la mierda oprimida". Lo peor es que han dibujado una A en medio del círculo que parece un zurullo enroscado. Con todos mis respetos a la confederación.

–A mí no me parece un zurullo –dijo un sevillano–. Yo creo que se parece a una porra de jeringos.

–La frase no la conocía, me parece genial –dijo Julio–. Me pregunto quién habrá sido el valiente –añadió, escudriñando los rostros de aquellos hombres.

–Seguro que ha sido el ingeniero, para provocar y como burla –dijo Jáuregui, conteniendo la risa.

Muchos de los presentes hicieron el amago de ir a ver con sus propios ojos semejante osadía, pero el ruido de platos y los ayudantes sacando las humeantes ollas de potaje les disuadieron.

Transcurrieron tres días más y el tramo de construcción de la autopista de Cuartango seguía paralizado. Los huelguistas esperaban con calma tensa que la Dirección considerase sus peticiones, abandonando su actitud cerril.

Celebraban asambleas diariamente, previa expulsión de los borrachos, a los cuales había que poner dos tipos malencarados en la puerta para que no volviesen a entrar durante el acto.

A Dolores apenas se la veía por la cantina, manteniéndose siempre en un lugar discreto para no exacerbar con su presencia la ira de los trabajadores. Aunque bien es cierto que bastantes de ellos manifestaron el deseo de comprarle cosas precisas como hojas de afeitar, jabón y demás utensilios. Ella, en tono desabrido, por medio de Ortiz que hacía de correveidile expresó que su idea del economato la habían destrozado ellos con la huelga.

Las obras del barracón anexo estaban paradas y tampoco podía disponer de Land Rover para ir a Vitoria a comprar mercancía. “Si esto no se arregla pronto tampoco tendré para dar de comer a esa escoria. Díselo, Ortiz, que se enteren. Lo de escoria, bórralo” –añadió con una amarga sonrisa. Al ser

expuestas sus palabras en la asamblea un desnortado con los ojos como brasas, barbotó:

–Si nos niega el condumio, asaltaremos su almacén. Seguro que lo tiene abarrotado de ricas viandas.

El comité, que con buen criterio ponía freno a las propuestas brutales, rechazó ésta por boca de Jáuregui:

–Haremos las cosas como Dios manda, compañero. Si llegase a faltarnos la comida yo mismo pongo el 1500 a disposición de la asamblea. Es cuestión de poner en marcha la caja de resistencia e ir a Vitoria a por víveres.

–Tararí que te vi –se burló Castellón–. Los troyanos estos se gastan los dineros en mollate y en el juego. En la caja sólo echarán la pelusilla de los bolsillos y algún mondadientes. Salvo que Eusebio mantenga lo del ojo de cristal...

Se oyó un vozarrón al fondo seguido de la figura del almacenero levantándose como un resorte.

–Se mantiene. ¿Quién lo duda?, me cago en el cenacho del pan –y se echó mano a la cuenca dispuesto a pegar un ojazo sobre la mesa.

–Nooo, que no hace falta, Eusebio, te creemos –gritaron, apartando la mirada de su rostro iracundo.

Cuando se hubo apaciguado el alboroto, Jáuregui retomó la palabra.

–Lo único que puedo sugerir, compañeros, es que si la cosa se agrava vamos a tener que apretarnos el cinturón. Tendremos que frecuentar menos la cantina. –Esto último prefirió decirlo en plural mayestático para no herir susceptibilidades.

Luisón, que lo estaba escuchando apoyado en la barra, hizo una mueca de fastidio. Los demás asintieron sin demasiado entusiasmo. En realidad los que podían haber protestado enérgicamente la medida de ley seca estaban fuera lampando por un vaso de vino.

Entretanto, el Consorcio, siguiendo su táctica de asedio psicológico, aguardaba expectante que se desmandasen, provocando el motín que el gerente había presagiado. La huelga iba ya por su quinto día y su fingida indiferencia ante el conflicto no les proporcionaba ningún fruto. No habían conseguido quebrar la resistencia moral de los obreros. Sin embargo, en las oficinas de Zuazo comenzaron a sonar los teléfonos de modo apremiante. El Ministerio de Obras Públicas quería saber qué demonios estaba ocurriendo en el valle. Al día siguiente, la Dirección, nerviosa por el agobio de las llamadas, mandó aviso al comité para una nueva entrevista. Éstos acudieron al requerimiento albergando alguna esperanza, pero en el despacho les estaba esperando la misma escenografía y el mismo guión. Se volvieron a plantear de nuevo las cuestiones sin ceder nadie un ápice. Era de ver. Los unos erre que erre y los otros que si quieres arroz, Catalina.

–Salgamos de aquí, compañeros –dijo Julio, expedito–. Esto es una tomadura de pelo.

Cuando ya salían por la puerta la voz del gerente intentó sonar persuasiva, y un tanto recriminadora.

–Eso es intransigencia, señores. Todos debemos hacer concesiones si queremos que esto vuelva a la normalidad.

No respondieron y salieron fuera, regresando a zancadas al comedor. La situación fue un calco de la anterior, información de las negociaciones rotas y respuesta malhumorada y cariacontecida de la gente. Mientras en cada uno de los obreros crecía un bramido de rabia, el Consorcio tornaba de nuevo al mutismo, desoyendo el sonido del teléfono que estaba a punto de hervir. Así, en esta ausencia de diálogo entre las partes, transcurrieron tres días más. El siguiente día, veintidós de agosto, el valle amaneció gris. Gruesas nubes se amontonaban por el poniente que hacían augurar tormenta. El Seat 1500 llegó antes que los nubarrones preñados de agua. Los jóvenes de Vitoria repartieron los diversos encargos de compra que les habían hecho los obreros y a continuación dio comienzo la rutinaria asamblea. El orden del día era la solidaridad de los trabajadores de la construcción de Álava, de los que se rumoreaba –este extremo no se podía asegurar– iniciarían una huelga en solidaridad con los obreros del valle de Cuartango. La noticia la recibieron con grandes aplausos y estrechamientos de manos entre ellos. Estaban celebrando con gritos eufóricos cuando de repente en el exterior se levantó un viento huracanado. Todo se volvió inesperadamente sombrío, mientras en el tejado de uralita comenzaron a repiquetear las primeras gotas de lluvia. Un relámpago culebreó en los cristales tomando lívidos los rostros de la concurrencia. El trueno que al instante le siguió fue espantoso. Los hombres se

estremecieron, a la vez que los ecos lúgubres del estampido galopaban por el valle. A continuación, Dios, al grito de “¡agua va!”, abrió las cataratas del cielo que se precipitaron inexorablemente sobre el lugar. Al ensombrecerse el local, Luisón encendió la luz, pero con el primer rayo se apagaron las bombillas y tuvo que echar mano de una linterna y varias velas. El ambiente adquirió un aspecto tenebroso con la multitud de sombras contemplando el diluvio con el aliento entrecortado. El techo amenazaba con desplomarse y hubo algunos que hicieron amago de refugiarse bajo las mesas. Con el corazón en un puño permanecieron en silencio, hipnotizados por el rugido de la tromba. Un cuarto de hora después la tempestad fue amainando, regresó la luz eléctrica y los hombres la recibieron con griterío infantil. Aunque seguía lloviendo no impidió que uno de los presentes abriera la puerta y saliera corriendo hacia los barracones. Al poco retornó con una cazadora puesta y un impermeable en la mano. Pero lo que más llamó la atención de los congregados fue su rostro lleno de temor.

–Compañeros –dijo, temblándole la voz–. Sigue bastante oscuro, pero os digo que me ha parecido ver las furgonetas de los Guardia Civiles al lado de las oficinas. Con el chaparrón no se distingue bien, pero hay civiles con impermeables verdes mirando hacia aquí.

Sus palabras provocaron un murmullo de contrariedad y enojo contra la Dirección.

Para comprobar tal aseveración había que acercarse hasta el pino solitario, pero a pesar de que él les prestaba el impermeable nadie quiso ir a cerciorarse, porque alguien había

advertido que la benemérita, primero disparaba y después preguntaba.

–Las furgonetas de los antidisturbios, está claro –expresó Julio.

–Por lo visto el trío lalalá espera que provoquemos disturbios –repuso Ernesto, que al tratar de mirar con la puerta entreabierta se había bañado la cara. Está todo tan oscuro que no se ve. No me extrañaría nada que estuvieran ahí esos perros.

–¡Qué absurdo! Se ve que estamos alterando el orden público –dijo Jáuregui, sarcástico.

–Como no empecemos a guantazos unos contra otros –dijo Samuel captando el contraste de la tragicómica situación.

–Éstos han sido llamados para obligarnos a ir al tajo a palos –dijo Julio–. Pues con la que está cayendo, no veas.

–Ayer por la mañana vi llegar al ingeniero en su coche –dijo Badajoz sin venir a cuento, aparentemente–. Me miró como si fuera a escupirme en la cara.

Los demás le miraron inquisitivos, sin adivinar dónde quería llegar.

–Hombre, después de la que hemos liado no pretenderás que te sonría angelicalmente.

–Ahí quería ir yo precisamente. Es que luego me pareció

verle una sonrisa torcida. Y me vais a decir que soy supersticioso, pero no me gusta cuando sonríe el ingeniero. Es una sonrisa de calavera. Cada vez que la desenfunda pienso que nos va a ocurrir algo malo.

–Lo que faltaba que siembres el mal fario entre la gente –increpó Málaga–. Si vienen los picoletos nos defenderemos...

De pronto retumbó un trueno, esta vez más alejado. Efectuaron un sobresalto, mirando hacia las ventanas.

–Ha sido un trueno o están disparando hacia aquí –dijo uno, alarmado.

–Ha sido un portazo de la furgoneta. A esos se les han inflado los cojones de esperar –terció otro, bastante soliviantado.

–Ha sido un trueno, coño, que el miedo te hace oír cosas raras –intervino de nuevo Málaga–. Pero aunque fuese lo que tú dices nos defenderemos. Arrancaremos las tablas de los asientos para usarlas contra ellos. Propongo que vayamos al almacén a por una pata de cabra para desclavarlas. Eusebio, nos das la llave, ¿verdad, tío?

–Por supuesto, aquí la tenéis a vuestra disposición.

–Hay que traer una sierra. Cortaremos las tablas para que haya para todos. Si ellos sacuden nosotros también –jaleó otro, rechinando los dientes de ira.

–Y si podemos destripar a alguno lo haremos –dijeron algunos, enseñando las navajas.

Justo al disponerse a salir a por la herramienta, Quisquillas, apoyándose en Castellón que estaba a su lado, se subió en un banco. Su cuerpo escuchimizado trató de erguirse, al tiempo que sus manos huesudas reclamaban atención:

–Atendedme un momento...

–¿Qué tienes tú que decir, viejo pellejo? –espetó un tipo cejijunto, de pelo muy negro y grasiento.

–Un respeto, compañero –terció Samuel–. ¿Acaso te crees más que nadie para no dejarlo hablar?

–Más yo que nadie –se trabucó, evitando la mirada feroz del boxeador–. Bah, paparruchas. Un costal de gamusinos lleno hasta la boca.

El viejo giró la cabeza hacia él, agradeciendo con una sonrisa su intervención. A continuación, tras carraspear, reanudó su parlamento:

–Gente que me estáis escuchando. Yo sólo os quiero decir que tened cuidado con lo que vais a hacer...

–¿Qué vamos a hacer? Defendernos de esos desertores del arado, ¡no te jode! –gritó Valencia.

–Permíteme que siga, por favor. Lo que trato de decir es que se reflexione antes de hacer nada irreparable. –En este punto a Quisquillas se le estranguló la voz, pero pudo exclamar con voz nítida–: ¡Los muertos están todavía calientes! Sí, compañeros, os hablo de los recientes sucesos de Vitoria –la voz le temblaba

y el rostro se le ensombreció–. Todos lo sabéis, este nueve de marzo murieron cuatro obreros ametrallados por la policía. A mí me pilló allí y no he visto nada tan horrible desde la guerra de España. Nos habíamos encerrado en asamblea en la iglesia de San Francisco, pero nos obligaron a salir con botes de humo. Nos hicieron lo mismo que el cazador que espera a la presa a la salida del agujero. Fue espantoso. Una tremenda confusión, disparos, gritos. Delante de mí cayó un chico, acribillado por una ráfaga. Intenté ayudarle a levantarse pero se le doblaban las piernas. Estaba muerto. Jamás olvidaré sus ojos vidriosos clavados en mí –sollozó Quisquillas, mientras una lágrima resbalaba por su arrugada mejilla.

Se hizo un sepulcral silencio. Sólo se oía el débil gemido de su voz y los truenos de la tormenta, ya muy lejanos. Era casi la una de la tarde y había dejado de llover.

Fuera las canales caían con exasperantes chasquidos sobre la gravilla. Los trescientos hombres permanecían en suspenso. Algunos ojos atisbaron el mostrador desierto.

Luisón y los suyos, barruntando desórdenes se habían recluido en la cocina. De pronto, una masa de luz inundó el interior y alguien dijo:

–Está aclarando. El sol está asomando el hocico y los picoletos no atacan.

Se percibió el leve rumor de los cuerpos al relajarse, parcialmente. Muchos encendieron un cigarrillo, mientras Quisquillas solicitaba ayuda para bajar de la tribuna. En ese instante, el mismo que había ido antes a por el impermeable

abrió la puerta y salió al exterior. Su voz se dejó oír, apremiante:

–¡Venid, venid todos!

Más de la mitad se apresuraron a salir, picados por la curiosidad. Perplejos, otearon el edificio de las oficinas, cuyo alrededor se hallaba desierto. Sólo había aparcados el Land Rover de los encargados, dos utilitarios y varios rollos enormes de alambre, colocados de pie. Por lo visto, algún transportista había llegado justo con la tormenta y los había dejado allí. Desde luego ninguno tenía semejanza con persona alguna y menos con la Guardia Civil. Todo había sido una ilusión óptica originada por el miedo. Con expresión de alivio se fijaron en el arco iris que había surgido desde Sierra Brava hasta los riscos del desfiladero. Hubo muchos de aquellos rudos hombres que se abrazaron efusivamente, contentos por aquel inesperado cambio de escenario. El resto fue saliendo poco a poco del edificio, aspirando la brisa que acariciaba el rostro, olisqueando el delicioso aroma a tierra mojada. Pero sobre todo lo que les llenó de goce fue la maravillosa sensación de libertad que experimentaron sus espíritus.

A las once de la mañana del día siguiente, al disponerse a realizar la ronda de vigilancia de las máquinas, utilizando para ello el 1500 de Jáuregui, recibieron de improviso la visita de un oficinista, requiriéndoles para una tercera reunión con los jefes. Al marcharse éste, los obreros asaetearon al comité con desesperantes preguntas: “¿Aceptaran esta vez?”, ¿será verdad eso de que a la tercera va la vencida?”, “¿Hasta cuándo va a durar esto?”. Los delegados, respondiendo a los

interrogantes con una sonrisa muda, pero preocupada, se reagruparon y se dirigieron nuevamente a la cita. Por el camino avistaron por la parte del río los estragos de la tormenta, árboles tronchados y profundos surcos en la tierra. Apartando la mirada de allí, Badajoz preguntó con gesto sombrío:

–¿Qué creéis que ofrecerán?

–Unas migajas y seguro que esta vez esperan que las aceptemos –dijo Julio.

–No me cabe duda –corroboró Jáuregui–. El abogado tratará de seducirnos con su verborrea. Os digo esto porque tengo un cuñado de esa ralea. Recordad, no hay que mirarle con cara de pasmados. Mientras él se explaya sacándole lustre a su jurisprudencia nosotros indiferentes, como el que ve llover bajo techo.

En el despacho les estaban esperando los tres hombres. Una secretaria los anunció al tiempo que les franqueaba la puerta. Intercambiaron saludos, ásperos, pero manteniendo la cortesía. El gerente mostraba la expresión dura, para que no se notase su equívoco al predecir que la asamblea se convertiría en una olla de grillos, y que volverían espontáneamente al trabajo. El abogado les señaló las sillas que seguían siendo sólo tres, como si se tratase de alguna estrategia establecida. Exhibió una sonrisa forzada y dijo secamente, sin entrar en prolegómenos:

–El Consorcio ha decidido aceptar las exigencias de los trabajadores, por lo que pedimos que se reincorporen al trabajo de inmediato.

Cada uno en su individualidad sintió el impulso de alzar los brazos y gritar de alegría, pero tras mirarse de soslayo se contuvieron. Fue Julio el que hizo de portavoz en tono mesurado, pero fírme:

–Tanto mis compañeros como yo celebramos que la Dirección lo haya considerado así. Debemos comunicarlo a la asamblea y por nuestra parte damos por terminada la huelga. En cuanto ustedes estimen conveniente firmamos los acuerdos.

–Esta misma tarde procederemos a ello. La secretaria los está redactando –dijo el gerente, retrepándose en el sillón, más relajado.

–De acuerdo –dijo Jáuregui–. A partir de las tres de la tarde pueden ser trasladadas las cuadrillas a los tajos. Supongo que lo que firmemos empezará a contar desde hoy.

–Así es, pero quiero añadir algo más –dijo el abogado con una mirada insidiosa.

–Usted dirá.

–El Consorcio, en vista de la subida desproporcionada del sueldo a los trabajadores, ha decidido dejar de contemplar varios aspectos. El primero es que la comida del mediodía correrá a cargo del trabajador. El gasto por el lavado de ropa en Lavanderías Alavesas, tal y como dice en vuestras reivindicaciones, se descontará de la nómina. Y por último los autocares para las excursiones dominicales, el Consorcio sólo aportará una pequeña parte del coste.

Los delegados estaban desconcertados por aquel golpe traicionero y mezquino. Sus cabezas debieron trabajar rápido como una caja registradora. Cruzaron miradas entre sí, cuyo mensaje era, que a pesar de la inoportuna sorpresa, seguía siendo un buen acuerdo. Fue Julio, el elegido por medio de gestos para que clausurase, dando por buenos los puntos expuestos. Con socarronería, dijo, acariciándose su rastrojo de barba rubia.

–Agosto no es precisamente mes de rebajas. Sin embargo, aceptamos que nos pellizquen la tetica de la barra de pan. Ah, siempre que no se pasen de la raya.

Todos rieron la salida del ácrata. Sin dejar de sonreír, dieron la reunión por concluida. Se levantaron para estrecharse las manos, incluida la del ingeniero que tendió la suya, desdeñosa y descaradamente fofa.

En cuanto les fue comunicado el triunfo los trabajadores saltaron de júbilo. Aceptaron sin objeción alguna el que la empresa les descontase lo ya dicho. Al fin y al cabo la subida se quedaría en casi cinco mil pesetas, resultado al que habían llegado tras hacer números, y eso era más de lo que hubieran podido imaginar.

Continuamente se estaban lanzando vítores al comité, a la vez que lo celebraban bebiendo cerveza.

Luisón atendía de un lado a otro de la barra, ayudado por Cayetano, sirviendo sin tregua, con una enorme sonrisa dibujada en su rostro, feliz por el fin del conflicto.

–¡Viva la ugeté! –gritaron, levantando sus vasos.

–¡Viva! –secundaron los de Vitoria, alzando sus vasos de cerveza.

–¡Salud, compañeros, salud! –gritaba Julio en medio del griterío.

–Salud y anarquía –dijo Samuel dando una gran voz.

–Y que salga el sol todos los días –respondió Castellón.

–Que salga para todos menos para el ingeniero que es un mamón –dijo uno, produciendo un revuelo de risas.

–Por cierto, Rubio –dijo Castellón, mirando a Julio apurar su cerveza–. Esa sociedad libertaria que tú proclamas, ¿cuándo crees que vendrá?

–Cuando las ranas críen pelos en el sobaco –dijo Ernesto, echándose la melena para atrás histriónicamente.

–Tío, no me los desmoralices –le regañó sin abandonar la sonrisa de su cara–. Nos llaman utópicos, olvidando que muchas de las utopías de ayer son realidades hoy.

–Dejaros de rollos ahora y acaba la cerveza, melenas –les recriminó Teruel–. Otra ronda, cantinero, que pago yo –gritó.

–Tienes razón, maño –intervino Jáuregui–. Entre personas de buen gusto resulta indecoroso hablar de política, ¡ja, ja!

Sin duda pocos captaron su sutil ironía, sin embargo, el

estruendo de carcajadas hizo que muchos se acercaran pidiendo que contaran de nuevo el chiste.

–Este triunfo de la clase trabajadora hay que completarlo con música –dijo Chema, situándose delante de la gramola. Con la moneda en la mano escudriñó los recuadros luminosos de las canciones–. A falta de Michel Laboa voy a poner a Amancio Prada.

Empezaron los acordes de la guitarra y la voz melancólica del cantautor revoloteando sobre las cabezas: “Adiós ríos, adiós fontes”.

Varios de los ferrallas de Orense comenzaron a hacer pucheros, emocionados. En medio del estrépito de brindis y cantiñas de los sevillanos, batiendo palmas al fondo, surgió otra melodía. El carro con los platos y cubiertos, empujado por Joao, que miraba a un lado y otro, con recelo.

–¡Viva el cocinero! ¡Viva Joao! –gritaron.

El hombre respondió con una sonrisa triste, levantando la mano en señal de agradecimiento.

Fuera, el sol caía abrasador, enloqueciendo a las chicharras del pino solitario.

## XXVII

Cuatro días después comenzó la nueva reestructuración del poblado, cumpliéndose la reivindicación de los obreros. Grupos de hombres construían los anexos de cada barracón, dándoles más amplitud. Otros levantaban los cuartos de aseo, dejándolos preparados para su posterior instalación de sanitarios y platos de ducha. Se había elegido además una comisión que probaba las comidas y proponía el menú a Dolores la cual asentía con una mueca displicente. En los tajos se volvió a trabajar con el mismo endiablado ritmo. En el parque la labor de finalizar la primera viga se reanudó con brío. La orden era tenerla hormigonada para el cinco de septiembre y colocada sobre los pilares cuatro días más tarde, tras el correspondiente fraguado de ésta. Un grupo numeroso se afanaba en la cimentación donde iría el encofrado de la siguiente viga, exactamente en el otro lateral de la explanada. Por razones de burocracia el fin de semana de agosto, día veinticuatro, el contrato del Consorcio con autocares Vitoria no se había firmado, lo que ocasionó que los trabajadores se quedasen en el poblado. Truncadas sus expectativas, era de suponer que sólo ese domingo, de explayarse por Bilbao, tuvieron que contentarse con jugar a las cartas en la cantina, beber como mulos y tumbarse a sestear en la sombra de los

árboles del río. Los más aburridos idearon de pronto un modo de pasar el tiempo y sacarle provecho. Sentados ante una mesa de tablones que habían construido a la intemperie se echaban el pulso, jugándose una ronda e incluso el dinero. Había tal aglomeración de hombres que Julio y Samuel, que habían estado en la cantina clavando un panel y en el cual anunciaban que en breves días Lavanderías Alavesas pasaría a recoger la ropa sucia del personal, al salir fuera les llamó la atención el tumulto. Sin ver lo que estaba ocurriendo, enderezaron hasta la proximidad del bosque con el último barracón. La gente jaleaba con gritos y silbidos a los dos contendientes.

–¿Se están peleando? –preguntó Samuel, contento de poder presenciar una buena pelea.

–Me parece aberrante que se aticen entre ellos después de haber protagonizado la magnífica experiencia de la huelga –dijo Julio, desdeñoso.

Al acercarse pudieron ver a Valencia sentado a un lado de la mesa en una banqueta y a otro obrero enfrente, sudando en el intento de llevarle el pulso.

Valencia, fanfarrón y despectivo, jugaba con él como el gato con el ratón. Llevaba el faria en la boca y de vez en cuando le arrojaba el humo a la cara. Le dejaba que se ilusionara con la victoria, suavizando la presión.

Cuando más confiado estaba en que iba a ganar al hercúleo encofrador, éste, con un movimiento brusco, le aplastaba el dorso de la mano contra la aspereza de las tablas. Valencia, gloriándose de su poderosa fuerza, exhibía sus ganancias, que

venían a constituir unas mil pesetas, en billetes de cien. Al ver a los dos amigos asomar entre el gentío, se dirigió con gesto de poca simpatía a Samuel:

–Eh, campeón, siéntate ahí si tienes ganas de perder veinte machacantes.

En cuanto habló éste el griterío amainó, atentos a la respuesta del boxeador.

–Vamos, Samuel, no entres en su juego –se adelantó Julio–. ¿Qué necesidad hay de responder a sus bravuconadas?

–¿Qué pasa, nenaza? ¿Te dejas manejar por él?

–Naturalmente. Si Julio dice rana yo salto... Sobre tu barriga de sapo si no contienes la lengua, bandarras.

–Eso habría que verlo –respondió poniéndose en pie con los ojos llenos de agresividad.

–Lo que faltaba que os enzarcéis vosotros –dijo Julio, abriendo los brazos como un Cristo pacificador.

–¿Y por qué no pelear? ¿Qué otras diversiones tenemos aquí? –inquirió Samuel relamiéndose ante una idea que bullía en su cabeza–. Lo del pulso es cosa de escolares, Valencia. Yo te propongo algo más fuerte. Un combate de boxeo entre tú y yo. Con apuestas. El que salga vencedor se lleva la bolsa y el otro que se contente con los mamporros.

–Acepto, pedazo de capullo. Te voy a dar hostias hasta en el cielo de la boca.

–Por favor, Samuel, no te pongas salvaje como él –murmuró Julio cerca de su oído.

–No te preocupes que con todo lo grande que es no me dura dos asaltos.

–Pero si lo que no quiero es que pelees.

–No te pongas melindroso. Es una buena oportunidad para desentumecer los puños y llevarme unas perras.

–¿Qué cuchicheáis que parecéis tórtolos? Cualquiera diría que sois maricones –increpó Valencia lanzando una carcajada que secundaron los demás.

–No me vengas con mamarrachadas –replicó Samuel rechinando los dientes de furia–. La pelea con guantes o sin guantes.

–Sin guantes. Te voy a dejar tu guapa cara como un cromo.

Julio, rindiéndose ante lo inevitable, propuso en un tono casi de angustia:

–Mejor con guantes, compañeros. Seamos civilizados, dentro de lo que este maldito deporte permite. –Imaginándose el rostro tumefacto de su amigo, golpeado sin cesar por aquella bestia, agregó–: Podemos hacer una recolecta y encargárselos a los de Vitoria.

–De acuerdo, que compren guantes de profesional –dijo Valencia mirándole esquinadamente, con una sonrisa cruel en su cara–. Eso no va a impedir que le sacuda como a una estera.

–¡Bravo, queremos ver una buena pelea! –gritaron los presentes.

–Propongo... –intervino Asturias, la palabra la había pescado en las asambleas y se usaba mucho en el poblado–, escuchad, compañeros, propongo que los encofradores construyan un cuadrilátero. Parecerá todo más real.

–¿Te parece poco real ver saltar los dientes de este y clavarse en el pino? –dijo Valencia, desternillándose de su propia gansada.

–¿Para qué tanto aparato? –repuso Badajoz–. Con una soga larga y cuatro estacas podemos hacer un cuadrado para que no se escapen los gallitos.

–¿Entonces se aceptan apuestas? –preguntó otro.

–Total –dijo Badajoz.

–El que resulte ganador se lleva lo recaudado.

–Total.

Se produjo un alarido de asentimiento de la multitud de gargantas.

Los dos amigos regresaron al barracón, dejándolos con las

bravatas de Valencia que no cesaba de humillarlos, tumbándoles al pulso y arrojarles humo al rostro.

Antes de entrar en el edificio, Julio hizo una observación:

–Ese Valencia es mal bicho. ¿Has visto con qué ferocidad te miraba? ¿Le has hecho algo?

–Nada, en absoluto. ¿Sabes lo que te digo?, cuando un tipo como ése me enseña su máscara de animal salvaje se puede decir que ha entrado en el corredor de la muerte.

Julio se detuvo bajo el dintel, mirándole entre asombrado y lleno de admiración.

–Caramba, Samuel, cada vez me sorprendes más. Sin duda eres un libro abierto de Historia del boxeo.

–Yo de lo mío sé lo que sé. Mientras tú lees panfletos revolucionarios yo leo revistas de deporte. También es un modo de ilustrarse uno, ¿no crees?

–Me parece que no –dijo, presionándole el brazo con una sonrisa dulce.

–Vale, para qué te voy a engañar. La frase no es mía. La dijo Sonny Listón a un periodista una hora antes del combate con Roy Patterson. Estoy hablando de los años sesenta.

–Me suena a chino.

–Sonny era un ex presidiario. Le llamaban el Aniquilador. En

dos minutos noqueó a Patterson y se convirtió en campeón mundial de los pesos pesados.

Entraron y vieron al tío Quisquillas haciendo su solitario. Alzó la vista, sonriéndoles. Preguntó, volviendo los ojos a las cartas.

–¿Qué diablos era ese griterío?

–Hala viejo, que cuando hagan más grande el barracón te haremos una mesa para que juegues cómodamente a las cartas contigo mismo –dijo Samuel.

–Te lo agradezco, maño, pero no me has contestado. ¿Por qué berreaba esa gente? ¿Algún problema?

–Ninguno, según se mire. Éste ha desafiado a Valencia a ver quién se destroza la cara antes. Un combate de boxeo para el domingo que viene. Aquí mi paisano que se ha vuelto loco y yo no puedo hacer nada para que vuelva a la cordura.

–Venga, déjate de pamplinas –dijo Samuel, amagando con los puños, efectuando saltitos de boxeador–. Un espejo grande es lo que necesito para hacer sombras.

–Pues como no vayas a la barbería de Eusebio –sugirió el viejo.

–Buena idea. Ese hombre después de su ejemplo ya no me cae mal.

Quisquillas recogió las cartas y se sentó en el borde de la cama, mirándole con interés.

–En realidad ese Valencia necesita que alguien le de una lección. Se jacta de haber tumbado a tres tíos a puñetazos. Yo digo que estarían más borrachos que él; es un individuo brutal, sin noción de boxeo. Si utilizas tu técnica puedes noquearlo a la primera. ¿Y para cuándo dices que es la pelea?

–El próximo domingo.

–Eso es muy pronto. Necesitarás prepararte un poco.

–Tiene que ser ese día. Si digo de retrasarlo creerá que le tengo miedo. Con una hora por las tardes después de trabajar es suficiente entrenamiento. Viejo, me gustaría que fueses mi entrenador y Julio mi mánager.

–¿Estás de broma? –balbuceó el ácrata–. Aparte de que lo considero un deporte abominable, ¿qué crees tú que sé yo de boxeo? Conmigo no cuentes. No quiero ser compinche de una barbaridad.

–No escurras el bulto. Yo he hecho lo que tú querías. Me he metido a revolucionario. Haz lo que te pido. Tu cometido será limpiarme el sudor y acercarme el agua a los labios. Que no se dará el caso porque de dos guantadas lo tumbo.

Julio, viéndose desarmado, asintió con un gruñido.

–Yo por mí acepto. Tu paisano tiene miedo de que lo uses de *sparring* en los entrenamientos –dijo el viejo mirando divertido al anarquista.

–Para eso tengo una idea. Llenaré un saco terrero de serrín y

lo colgaré del pino. Mañana sin falta le encargaremos los guantes a Jáuregui.

Antes de la cena ya se había corrido el anuncio del combate. Muchos se trabaron en discusiones y porfías, posicionándose cada cual por su favorito. Comenzó una nueva semana de trabajo y en los tajos sólo se hablaba de eso. De repente nadie parecía tener prisa en que se acelerase la rehabilitación de los angostos barracones. El lunes por la tarde Samuel se trajo el saco de serrín y lo ató a una rama, rodeado por muchos curiosos. Valencia, sentado en la puerta de la cantina con una cerveza en la mano, miraba despectivo hacia el púgil que golpeaba con furia el saco. Quisquillas estaba a su lado, sujetándoselo a veces. Julio no quiso saber nada y prefirió irse a descansar.

–Mucho florococo y mucha tontería es lo que tienes –gritó Valencia, tras echarse un trago–. Ya verás cuando te ponga la mano encima...

El miércoles de esa semana los de Vitoria trajeron dos cajas de cartón con el nombre de la tienda de deportes. Entregaron una a cada rival y la cuenta que ascendía a mil pesetas cada par. Eran unos guantes rojos y tras calzárselos fueron presumiendo con ellos por el poblado.

–Según las crónicas, la noche en que Cassius Clay destronó a Sonny Listón en el tercer asalto, los dos llevaban guantes rojos –dijo Samuel a Julio–. Menuda la que se armó, todos decían que había sido tongo organizado por la mafia.

–Lo que yo te digo. Este deporte siempre ha olido a podrido.

Esas tardes previas al combate Samuel pululó por la cantina con su casco amarillo puesto en el que había escrito con pintura negra “Kid Serpiente”. El motivo era que una vez un entrenador de Zaragoza le había dicho que bailaba en el *ring* como una cobra encantada. El viernes creció la expectación y el sábado muchos se acercaron a contemplar el cuadrilátero construido por un par de encofradores entusiastas. El *ring* se reducía a una maroma gruesa circundando cuatro altas estacas clavadas en la tierra y dos banquetas en cada esquina para dar sensación de combate profesional. La alta hierba del suelo la había segado un obrero de la brigada del matorral. Al otro lado de las cuerdas un compañero de éste hincó un puntal en la tierra y acto seguido colgó un pedazo de raíl herrumbroso que haría de campana al golpearlo con un martillo. La pelea estaba programada para las diez de la mañana, antes de que empezara a abrasar el sol, harto improbable, dicho sea de paso, porque a finales de agosto el astro había mermado sus radiaciones. La víspera, Samuel tuvo un dormir bastante alterado, agitándose mucho en la litera. Evidentemente no había descansado bien, pero en cuanto se lavó en el grifo, se afeitó y se tomó un café con leche, se sintió lleno de energía. A las diez menos cinco de esa mañana de domingo, Valencia, que estaba en la cantina, salió fuera con los guantes puestos y su pecho peludo al desnudo. Detrás salieron una legión de seguidores, siguiéndole en procesión hasta el cuadrilátero. El valenciano enarbolaba con arrogancia sus guantes, haciendo gestos de indiscutible vencedor. A Samuel, que había preferido pelear con chándal oscuro, fueron a buscarlo sus partidarios al barracón. El boxeador había decidido permanecer un cuarto de hora relajado en la colchoneta, escuchando las instrucciones del tío Quisquillas y los vagos reproches de Julio, a los que

naturalmente era refractario. En cuanto abandonaron la chabola la multitud de seguidores les ovacionó. Rodeado de gente, entre los que iban Badajoz, Teruel, Castellón, Alcantarilla, caminaron decididos hasta el lugar. Valladolid, que se había arreado dos lingotazos de Cazalla iba delante haciendo zapatetas. Asturias, que aseguró entender de boxeo, porque un pariente suyo había sido peso mosca, se ofreció para ejercer de árbitro. Los de Vitoria, que habían venido expresamente a presenciar el combate, acababan de aparcar el coche. Chema, entusiasmado, se presentó para hacer de juez y marcar los asaltos golpeando el hierro. En cambio, Jáuregui, para que no hubiese ningún desafuero al cruzar las apuestas, propuso hacer de depositario de la bolsa. Una gran algarabía de gente se fue acercando a él, entregándole billetes de cien o de cincuenta pesetas.

–Apuesto una libra por Valencia.

–Yo un cabezón por el chorvo –dijo uno entregando una moneda con la efigie de Franco.

–Pues yo apuesto medio cangrejo por Samuel.

El numeroso público fue rodeando el cuadrilátero. En la cantina no quedó nadie. Luisón, con Joao y sus ayudantes ocuparon las primeras filas. Hasta Dolores se apostó en el quicio de la puerta del comedor, observando impasible la escena.

En cuanto se completó el aforo, Asturias pasó al centro del *ring* y llamó solemnemente a los contrincantes, que se desafiaban con las miradas. El árbitro, tal y como había visto en

la tele, les exhortó a acercarse y rozar levemente los guantes. Les dijo sin perder su tono ceremonioso:

–Vamos a tener un combate lo más limpio posible. Demostrad que sois dos caballeros.

Valencia torció el labio emitiendo una risilla sarcástica. Se apartaron con los brazos en posición al tiempo que el juez descargó un martillazo en el raíl que sonó a chatarrería. Se tantearon durante unos segundos. Rápidamente Valencia empezó a soltar puñetazos que Samuel, con su flexible juego de cintura, fue esquivando. Como el tipo era más alto y sus brazos más largos, Samuel siguió las instrucciones de Quisquillas, bailar a su alrededor hasta agotarlo, utilizando a veces la estrategia de golpear sus costados. Cuando lo tuviese suficientemente castigado la emprendería con su frontis de animal silvestre. Sin embargo, sonó el campanazo y sólo había logrado repiquetear una vez en el hígado de su contrario. Los dos púgiles, empapados en sudor, se retiraron a sus taburetes en medio del vocerío. Quisquillas le daba consejos por su oreja izquierda, por la otra, Julio, a la vez que pasaba la toalla por su cara, le decía con apremio:

–Túmbalo en cuanto antes. A resistencia ese mulo podrá más que tú.

Samuel le sonrió, divertido.

–Coño, muy pronto aprendes tú de boxeo. Y eso que no te gusta.

–Sobre todo mantén las distancias. Deja que se agote él, que

parece un molinillo –recomendaba el viejo, pasándole la esponja mojada por el cuello.

–¿Habéis visto? Ese cerdo me ha lanzado dos veces el puño a la frente. No va a jugar limpio.

–No seas pardillo, chico. Aquí eso no se va a respetar. Estoy de acuerdo con Julio, despáchalo cuanto antes.

A su vez, detrás de Valencia se había congregado un mosquerío de tíos, ofreciéndole mil recomendaciones para batir a Kid Serpiente.

–Clávalo en el suelo de un mazazo.

–Castígale la riñoná...

–¡Dejadme en paz, joder, que me quitáis el aire! No necesito vuestros consejos para joder a ese niñato.

Sonó el martillazo y salieron como dos grullas al centro. Valencia lanzó su puño, que al coger al adversario desprevenido le dio en la oreja, haciéndole ver estrellas. Un clamor se alzó entre el público que no quitaba la vista del rostro de dolor de Samuel. Asturias amonestó al valenciano con un exabrupto.

–Dale duro, Samuel. Métele un viaje en la nariz que le salga por el colodrillo –gritaban unos.

–Páralo de un cate, Valencia –gritó un sevillano–. El malaje se mueve más que un garbanzo en la boca de un viejo.

Pero el maño, cuando finalizó el segundo asalto, sólo había logrado conectar dos directos en el rostro de su oponente.

En el tercer asalto los dos hombres salieron impulsados con análoga determinación: acabar con el otro de un trallazo mortífero. Pero no era fácil. Samuel, mientras sorteaba la lluvia de golpes, se dedicó de lleno a menoscabar los riñones del otro. Hubo un momento en el que los cuerpos se apoyaron el uno en el otro, pero Asturias, puntilloso y profesional, los separó con aspereza. Valencia lanzó uno de sus arietes al rostro del joven, pero éste, al intentar eludirlo resbaló en la hierba y dio con la rodilla en tierra. Un enorme alboroto se alzó entre los espectadores. Valencia, aprovechando la coyuntura, le propinó varios golpes que produjo que Samuel sacudiera la cabeza, conmocionado. El árbitro volvió a recriminarle, amenazándole con suspender el combate si volvía a romper las normas. El maño, aturdido, se levantó a presentar batalla. Lanzó puñetazos sin ton ni son, totalmente desarbolado. Se sentía cansado y resoplaba como un toro. La campana le trajo algo de alivio. Se abalanzó al banquillo con el rictus diabólico de Valencia clavado en su nuca. Sintiendo el agua fresca en su rostro, escuchaba la reprimenda del preparador:

–¡Chico!, ¿qué te pasa? Estás incumpliendo el abecé del boxeo: amagar y esquivar. No hay más ciencia. ¿Tienes acaso plomo en los brazos? Vamos, pelea como si te fuera la vida en ello.

–Maltrátalo, Samuel, por lo que más quieras –imploró Julio, angustiado–. Si no él lo hará contigo.

–¡Arréale más fuerte, hostias! –gritó Teruel–. ¡Con pitera, como si estuvieras clavando puntas del veinte! ¿No te das cuenta de que casi te deja grogui?

Badajoz también contribuyó a atosigarle, increpándole:

–¡Chacho! ¿Vas a permitir que ese aldeano cargatrillos te vapulee?

Con el rostro contraído, jadeando perceptiblemente, Samuel miró a Julio unos segundos antes de que sonase el aviso de cuarto asalto. Era una mirada interrogante, de incertidumbre. El ácrata musitó cerca de su oreja, todavía ardiendo por el puñetazo:

–Te prometiste en tu infancia que jamás permitirías que nadie te golpease. Te lo recuerdo por si lo habías olvidado.

El aludido respondió con una sonrisa, que en su rostro lacerado evocaba al de un ferviente mártir. En cuanto estuvo delante de su corpulento oponente tuvo la sensación de una mayor energía y un fantástico estiramiento de sus brazos. Desde ese instante todos sus golpes llegaban al rostro del otro, sin tregua ni pérdida de ritmo. Valencia, sintiéndose como un pelele no era capaz de contraatacar, limitándose a mirarle con los ojos inyectados, retrocediendo a veces, con el pensamiento ordenándole saltar como una fiera. Sin embargo, este deseo se vio truncado por el gancho que le asestó Samuel que hizo que el otro lanzase la cabeza hacia atrás.

Perdió por unos instantes el equilibrio, pero cuando lo recuperó le sobrevino una serie de golpes encadenados.

Mientras el chaparrón de puñetazos se abatía sobre él, la veleta de las opiniones del público cambiaba radicalmente a su favor.

–¡Valencia, mariquita, reacciona! ¡Arremete contra él, machácalo! –rugían sus partidarios.

–¡Sarasa, te vamos a regalar un albornoz de campeón azul celeste para que presumas por el poblado! –se mofaban los seguidores de Kid Serpiente.

Éste, desbocado, seguía repartiendo leña. Fue el tiro de gracia un derechazo a la mandíbula, que produjo que su contrincante se desplomara como un fardo. El estruendo de la gente originó que una bandada de pájaros que venía en esa dirección desviase su trayectoria, dejando su lúgubre sombra a su paso. Asturias se dobló sobre el caído contando inexorablemente hasta diez. Valencia, despatarrado yacía boca arriba, mirando al cielo como un animal herido, al tiempo que el ganador saltaba y bailaba alzando los brazos de alegría. Abandonó el cuadrilátero, arrojándose a los brazos de Julio que pugnaba para que no le asomase una lágrima de emoción. Jáuregui y el resto de la comisión le dieron la enhorabuena. El de Vitoria le entregó la bolsa de tela de yute con la recaudación que alcanzaba unas treinta y cinco mil pesetas. Entretanto el gentío ovacionaba al vencedor, excepto un grupo de partidarios de Valencia que se lo llevaron a remojarle la cabeza en el grifo y curar su rostro tumefacto en el botiquín. Éste, apoyado en sus hombros, con los guantes puestos todavía mascullaba lleno de rencor:

–Esto son magulladuras de poca monta. Pediré la revancha y trituraré a ese idiota engreído.

Atrás, al otro lado de las cuerdas, en medio del bullicio extendiéndose por la pradera, los hombres celebraban la victoria de Samuel Maella. Éste, rodeado por los compañeros, pensaba que aquello era un anticipo de las victorias que le esperaban en lo sucesivo.

Mientras Julio le despojaba de los guantes él miraba hacia el horizonte y soñaba.

## XXVIII

Era el mes de septiembre, el mes de la floración de los brezos. La ladera de la sierra presentaba un agradable color rosado que contrastaba con los rojizos, ocres y amarillos de los demás árboles. A lo largo de la ribera las hojas de los álamos caían lentamente, como también se deslizó la hoja del calendario que marcaba el día cinco. En el parque de vigas los camiones hormigoneras habían llenado la gigantesca viga de hormigón. Bajo el estrépito de más de veinte vibradores repartidos a lo largo del armazón de metal, los obreros, ataviados con cascos antirruido, botas reforzadas y guantes se afanaban desde los andamios. Una vez saciada, la dejaron en reposo y cuatro días después, estimando el ingeniero que había fraguado lo suficiente, dio la orden de despojarla de su armadura. Una nube de obreros comenzaron a desenroscar tuercas y desamblar planchas. Con ayuda de grúas habían iniciado el trabajo al punto de la mañana que se había presentado algo ventosa y fría. Para el mediodía habían logrado desnudarla por entero, dejando ver su impresionante robustez de cemento y hierro. Por la tarde, inmediatamente después de comer, dos grúas la cargaron en el tráiler que la trasladaría a las pilastras del desfiladero. Julio, en tono humorístico, le dijo al chofer:

–Dile al boxeador que ahí lleva la chocolatina para la merienda.

El chofer condujo la enorme carga con lentitud de galápago hasta Zuazo y de allí dobló por la margen derecha del río, avanzando por un camino de polvo hasta las rocas de la garganta. En la base de los pilares bullían los obreros. Varias grúas esperaban la viga y sobre los andamiajes construidos sobre plataformas asomadas al precipicio, se veían hombres atentos a la maniobra, a cuya cabeza estaba Samuel. Había una curiosa expectación como si se fuese a botar un buque. Echevarría, con varios encargados daba órdenes, dirigiendo los preparativos desde abajo. Las grúas apresaron con sus garras la viga y la suspendieron en el aire. Con habilidad y paciencia los gruistas consiguieron alinearla sobre la cima de los dos pilares. Fueron descendiendo lentamente y cuando un extremo se depositó sobre uno de ellos con gran precisión el ingeniero batió palmas, desenfundando su sonrisa de caballo. En el andamio, pegado al otro pilar Samuel daba instrucciones a grito pelado al operario para que fuese bajando despacio. La viga le vino con un suave balanceo. A veces se alejaba de él y no podía agarrarla con el garfio, específico para estos menesteres. Llevaba colocado el cinturón de seguridad que la empresa había repartido. Como le restaba movilidad se lo soltó un momento de la valla del andamio. Estiró el brazo con el gancho pero otro alejamiento de la viga le hizo perder el equilibrio. Iba ya a recuperarlo, forzando el cuerpo para atrás, cuando un repentino golpe de viento le empujó, arrojándolo al vacío. Tronaron gritos de espanto, gente que corría frenética de un lado para otro se apresuraba con el rostro desencajado hacia el borde del precipicio. Más de uno intentó descolgarse

agarrándose con las uñas a las peñas, pero la enorme caída de más de cuarenta metros le hizo desistir. No se podía hacer nada por salvarlo. El cuerpo de Samuel se hallaba al fondo, destrozado entre las rocas puntiagudas. Unos metros antes de donde estaba, sobre un saledizo se veía el casco con las palabras “Kid Serpiente”.

Enseguida descendieron un par de hombres atados con cuerdas. Una tercera grúa bajó una plataforma con cadenas e izaron el cuerpo ensangrentado, junto con los dos operarios. A toda prisa fue trasladado en un vehículo al hospitalillo de Zuazo. El médico, al examinarlo, dijo sentenciosamente:

–Me habéis traído un cadáver. Este hombre ha muerto prácticamente en el acto –añadió, mirando el rostro destrozado y el hilillo de sangre manando por los oídos.

Esa tarde fatídica el poblado quedó conmocionado. Cuando se lo comunicaron a Julio en el parque de vigas se desvaneció, teniendo que ser ayudado a caminar hacia los coches por dos compañeros. Inmediatamente después de que ocurriera el accidente se corrió la voz por los tajos con esa especie de teléfono de la selva que poseen los trabajadores errantes. A las ocho de la tarde todo eran comentarios y caras de pesadumbre por la muerte del compañero. Julio, destrozado, sin apenas poder hablar, sólo lo justo para balbucear “¿por qué, por qué?”, se dejó acompañar por Jáuregui y los suyos hasta el hospital donde se empeñó en ver el cuerpo de Samuel. Desgarrado por el dolor rogó que le acompañaran hasta el barracón tendiéndose en la cama. Puede decirse que pasó gran parte de la noche boca abajo, con la cara enterrada en la

almohada, exhalando sollozos que ponían la piel de gallina al que los oía. Casi cinco horas después del trágico hecho, entre dos luces, llegó el forense de Vitoria, acompañado por una pareja de la Guardia Civil. En una especie de combinación tácita, el forense realizó la autopsia descartando ataque al corazón. Al mismo tiempo la autoridad, tras realizar sus diligencias desechó atisbos de mano homicida. Ni siquiera pudieron acusar de negligencia a la empresa ya que había sido un descuido del trabajador.

Al día siguiente el Consorcio declaró día de luto y no fue nadie a trabajar. El cuerpo, a petición de la comisión representativa, fue expuesto en una sala del hospital habilitada para ello. Los trescientos obreros, incluido el personal de oficina, encargados y el mismo Echevarría pasaron a darle el último adiós a Samuel Maella, cubierto con una sábana, excepto el rostro que mostraba una extrema palidez y facciones muy finas, casi traslúcidas. Badajoz con lágrimas en los ojos, expresó “que había sido un muchacho que llevaba el germen de la rebeldía dentro”.

Dolores y Luisón también fueron al velatorio y por lo que dijeron los que se hallaban a su lado, Dolores salió llorando como una magdalena.

Como amigo del finado, Echevarría llamó a Julio al despacho para preguntarle si Samuel tenía familia.

–Sólo una hermana, pero no tenía relación con ella –murmuró Julio con los ojos irritados por una noche de somnolencia y llanto.

Sobre una mesa pudo ver los objetos personales de su amigo que no dudó en reclamar.

–Para eso le he llamado, señor Salazar, para que me diga quién se hace cargo.

–Yo, por supuesto.

El ingeniero le entregó la pequeña bolsa con el dinero del combate, la cartera con la documentación y algo de dinero dentro, el reloj de pulsera y un llavero con la foto minúscula de su madre. A un lado vio el casco con las letras Kid Serpiente.

–¿Puedo quedármelo?

–¿Por qué no? Si así lo desea, lléveselo. Será un recuerdo de él –dijo algo más humanizado, esfumándose su aversión a los obreros, al menos de momento.

Cuando salió de allí le pareció que aquel hombre le miraba con una chispa de compasión en los ojos.

Julio llevaba sin probar bocado desde la noche anterior. Eran las cuatro de la tarde y se sentía algo desfallecido, pero el apetito se le había volatilizado. Estaba aplanado y sin ánimo para nada. Reaccionó un poco cuando el médico de la empresa y el secretario del Ayuntamiento le reclamaron para hablar con él del entierro del fallecido. Había surgido un pequeño problema y era que en el cementerio de Zuazo no había sitio material para sepultar sus restos, por lo que sugerían enterrarlo en el de Apricano.

–Me llena de tristeza darle sepultura en un cementerio abandonado. Es como arrojar un perro muerto a la escombrera.

–Hombre, señor Salazar –dijo el médico–. No exagere. Tenga en cuenta que el pueblo está abandonado a causa de la construcción de la autopista. La gente volverá a ocupar sus casas en cuanto acabe. Supongo que usted, como amigo del finado, querría trasladarlo a Zaragoza pero eso vale mucho dinero. ¿Quién lo iba a pagar si no tiene familia?

Ante la contundencia de su razonamiento, Julio desistió, mas no obstante preguntó para despejar una duda:

–¿Cómo lo llevaran hasta allí? En este pueblo no hay coche de pompas fúnebres.

–Efectivamente no hay y el fallecido no pagaba ningún seguro de esta clase. Se me ocurre que se puede acondicionar un Land Rover. El ataúd se ha encargado a un carpintero de Izarra y está a punto de llegar.

–Por favor, yo preferiría trasladarlo de otro modo. Me acongoja imaginármelo dando traqueteos por el camino. Podemos llevarlo a hombros mis amigos y yo, y todos los que deseen acompañarnos.

El secretario y el médico se miraron como si se hubiese vuelto loco.

–¿Sabe que hay cuatro kilómetros?

–Naturalmente que lo sé.

–Pues por mí no hay inconveniente.

–Ni por mí –dijo el secretario–. Necesitarán sacerdote. Puedo avisar a don Ángel.

–No, gracias. Yo represento a mi amigo y no soy partidario de servicios religiosos de ninguna clase. Se agradece, no obstante.

–Vale –dijo con voz desdeñosa–. Pero hasta en las ceremonias más sencillas y laicas hay un protocolo. Les acompañaré como secretario para dar fe de la inhumación. Sólo me queda avisar a Rodolfo para que se desplace a Apricano y vaya cavando la fosa.

Así quedaron las cosas. A las siete de la tarde los trescientos trabajadores se concentraron delante del hospital.

De pronto se abrieron las puertas y apareció el ataúd, transportado a hombros por Julio, Badajoz, Jáuregui y Teruel. De la multitud surgió un murmullo emocionado que originó que muchos encendieran el pitillo para distraer el nudo en la garganta. El espontáneo cortejo inició la marcha hacia el puente sobre el Bayas, seguido por la muchedumbre, que caminaba despacio, sumida en un impresionante silencio. Al rebasar el puente, algunos vecinos salieron de sus casas a contemplar con gesto solemne el paso del entierro. En la encrucijada de carreteras tomaron a la derecha, bordeando la falda de Sierra Brava. Corría un viento frío que hacía que los hombres se subiesen las solapas de la cazadora. El cielo, que había mantenido durante el día un precioso azul cobalto,

comenzó a palidecer paulatinamente. El silencio del valle y sus campos teñidos de colores ocres, amarillos, rojizos imprimían al cuadro un toque melancólico. Julio, ajeno a esto, apenas sentía el peso de su amado amigo sobre su hombro. A veces se imaginaba que se despertaba dentro, y gritaba, quejándose de los vaivenes de los porteadores al equivocar el paso. De no ser por el sordo arrastrar de la multitud de pies, algunos hubieran oído a Julio, salmodiar entre dientes el himno anarquista:

*Negras tormentas que agitan los aires,*
*nubes oscuras nos impiden ver,*
*aunque nos espere el dolor y la muerte*
*contra el enemigo nos llama el deber.*

*El bien más preciado es la libertad;*
*luchemos por ella con fe y con valor.*
*Alza la bandera revolucionaria…*

De pronto le pareció que las trescientas gargantas se libraban del nudo y cantaban con él en una maravillosa coral de trabajadores:

*En pie pueblo obrero a la batalla,*
*hay que derrocar a la reacción.*
*¡A las barricadas, a las barricadas!*
*Por el triunfo de la Confederación...*

Esa noche en el comedor, Julio, demacrado, hundido en el mutismo, accedió ante la insistencia de Badajoz a comer un plato de verdura. Con esfuerzo pudo tragarla, pero, de repente, excusándose ante los compañeros dijo que no se encontraba bien y se fue al barracón. El tío Quisquillas, empujado tal vez

por un afecto paternal fue tras él, sin hacer caso del postre. Sentados cada uno en su litera, Julio se lamentaba:

–¿Por qué le ha tenido que pasar esto tan terrible? Era un hombre bueno.

Quisquillas se levantó y fue a sentarse en la litera de enfrente de él.

–Estabais muy unidos, ¿verdad? –interrogó con un brillo en los ojos del que está en el secreto.

–Sí, unido como nunca lo he estado con nadie –respondió con voz apagada–. No sé qué va a ser de mí ahora –gimió.

–No te preocupes, te recuperarás.

–Es injusto. Sólo se mueren los buenos.

–Eso es un desatino y lo comprendo. Siempre he pensado que nuestro santo patrón es la Muerte. A todos nos trata por igual. Es ecuánime. No hace distingos con nadie ni permite privilegios. Tanto el rico como el pobre terminan en el hoyo.

–Me cuesta aceptar la idea de desaparecer para siempre. Sobre todo él, tan joven...

–Hemos nacido para morir. No hay cosa más simple que eso. Mira la rosa, brota en todo su esplendor. ¡Qué hermosa y cómo perfuma el aire!, pero pasa el verano, y se marchita. Nuestras vidas duran el verano de la rosa.

A pesar de su aflicción, Julio alzó la vista, escudriñándole con el gesto asombrado.

Sabía que era un hombre con pasado por habérselo contado tiempo atrás, pero no daba crédito a la elocuencia que el viejo destilaba en pequeñas dosis.

–Todos te dicen Quisquillas, pero ¿cuál es tu nombre en realidad?

–Pues casi lo había olvidado, fíjate. Los carrilanos sólo utilizan el mote o la ciudad de donde eres como has podido observar.

–Sí, a mí los andaluces no me llaman Zaragoza porque dicen que tiene muchas zetas.

–Como te digo, los carri no quieren familiaridad con nadie. Mi nombre completo es Guillermo Aguilar Martín. Me complace oírlo cuando viene cada mes el furgón de la pasta y el pagador grita mi nombre. A veces, cuando estoy a solas lo digo en voz alta para no olvidarme de mí mismo, para asegurarme de que a pesar de esta vida perra, existo.

Por asociación de ideas Julio pensó en voz alta.

–Me dice el corazón que si lo dejo enterrado aquí lo olvidaré. Y yo no quiero olvidarlo –sollozó, llevándose las manos al rostro.

El viejo movió la cabeza, dubitativo. Después, dijo:

–Personas como él no mueren porque nos han influido

demasiado. Con el tiempo te lo imaginarás más vivo que nunca. Siempre entrenando, siempre vital, con proyectos, con ilusiones...

Julio lanzó un suspiro emocionado, atreviéndose a esbozar una sonrisa amarga. Se irguió y cogió el casco de Samuel. Se sentó de nuevo con él en las manos. Como si sintiese necesidad de impregnarse de él, acercó su nariz al interior forrado y olió el aroma de su cabello.

–Es su olor característico. A veces se ponía brillantina en el pelo. Desde luego al casco le tenía una afición extraña. Decía que era su seguro de vida.

–Eso es que se daría un porrazo en la cabeza y afortunadamente lo llevaría puesto.

–Lo que no sé es cómo no le molestaba con estas protuberancias...

–¿Protuberancias? –preguntó Quisquillas, sorprendido.

–Parece como si la guata tuviera un doble fondo –dijo tirando de la cinta adhesiva que rodeaba ésta–. ¡Caramba, aquí hay algo! –exclamó, sacando un pequeño paquete aplanado y envuelto en tela.

–¡No me digas! ¿Qué podría guardar ahí?

Julio lo abrió con la celeridad del que espera una noticia urgente e intrigante.

–¡Ostras, Pedrín! ¡Pero si es dinero! –exclamó, esparciendo sobre la cama una rociada de billetes, cada uno doblado hasta convertirlo en un dado.

–Sus ahorros. La paga de cada mes la solía llevar en la cabeza. No se fiaba de nadie –dijo Quisquillas, contemplando el pequeño tesoro.

–Me duele. Porque eso quiere decir que tampoco yo le inspiraba confianza –dijo Julio con un reproche.

–Yo no lo veo así. Estoy seguro de que quería darte una sorpresa. A lo mejor estaba juntando dinero para proponerte vivir juntos en Zaragoza.

–Visto así. ¿Pero cómo puedes deducir eso? ¿Te contó algo de la relación que manteníamos?

–No, no me dijo nada –repuso con una sonrisa traviesa–. Pero uno ya tiene años. Sabe más el diablo por viejo que por diablo.

–Este dinero no me pertenece –dijo desdoblando los billetes–. Cuando regrese a Zaragoza buscaré a su hermana y se lo entregaré, incluido lo ganado en la pelea.

–Mal hecho. Esa pasta es tuya por ley natural. Y yo ya me entiendo. Además, si mal no recuerdo él habló que tenía una hermana pero que ésta le había repudiado. No tengas escrúpulos y quédatelo.

–De acuerdo, me has convencido. ¿Sabes en qué lo invertiré?

–El hombre negó con la cabeza–. En trasladar sus restos al cementerio de Zaragoza.

–Buena idea, Julio. En mi opinión muy bien empleado.

–Mañana al mediodía iré a hablar con el secretario. Iré también a las oficinas a pedir la cuenta. Con diez días de preaviso a la empresa es suficiente.

–¿Entonces estás decidido a marcharte? –inquirió con la voz quebrada por la pena.

–Sí, ya nada me retiene aquí.

–Siento que te marches, pero también lo comprendo –musitó, emocionado–. Os he cogido aprecio... créeme.

–Lo sé, Quis... Guillermo –dijo, posando una mano en su hombro. Eres una buena persona.

–¿Te vuelves a tu tierra?

–Claro. Con Samuel. Luego ya veré qué hago.

–¿Nos volveremos a ver?

–Quién sabe.

–Espero que no sea en un sitio horrible como éste.

–No sé dónde nos veremos, Guillermo. En algún lugar del camino.

Cuando al día siguiente Julio le propuso al secretario pagar el traslado del cuerpo de su amigo éste le dijo que no era posible. Según la ley hasta dentro de cinco años ya no se podían exhumar los restos.

Despechado fue a la oficina y pidió la liquidación al contable. Al oírle hablar de marcharse muchas cabezas le miraron a hurtadillas, suspirando aliviados, como el que se quita una losa de encima. Dos días antes de su partida lo dedicó a despedirse de los compañeros más allegados. Cuando se lo dijo a Castellón, éste, frunciendo el ceño, dijo:

–Me iría contigo, ¿pero qué hago yo en la ciudad de la Pilarica? Voy a seguir en el carril, al fin y al cabo esta gente es la única familia que tengo. Lo mismo le propongo a Asturias irnos a su tierra a organizar otra revolución. Dicen que hubo una antes de la guerra.

–Vaya, Castellón, me alegra oírte hablar así. Eres un rebelde nato –dijo Julio, complacido.

–¿Rebelde? Naturalmente, ¿pues qué te creías? Rebelarse es ponerse automáticamente al lado del diablo. ¿No se rebeló Luzbel contra Dios?

Al comunicarle a Teruel que retornaba al viejo reino de Aragón, éste le dijo con algo de grima:

–No puedo regresar de momento. La policía me tiene entre ojo y ojo. Si lo hago en cuanto me quipen me meten la gandula, ya sabes, la ley de vagos y maleantes.

–Haces bien en quedarte. La lucha necesita gente bragada como tú. Lo único que te pido es que permanezcas siempre al lado de los débiles.

–¿Aunque sean unos canallas, hijos de puta, como la mayoría de éstos?

–Aunque sean así. Porque entonces tienen dos problemas, el estar oprimidos y el ser como son.

Al despedirse de Badajoz, éste lo abrazó, efusivo, diciendo:

–Chacho, iré a verte algún día. Me han hablado de los bocadillos de calamares del Tubo y ese café cantante que tenéis por allí... Yo resistiré un poco más aquí. Todo lo que pueda ahorrar es poco.

A continuación estrechó la mano de Jáuregui, de Chema y de Ernesto.

Ambos se habían cortado la melena porque también se marchaban para seguir con sus estudios en la universidad. Abrazó a Asturias, a Alcantarilla, a Málaga, a Valladolid que le dijo, beodo como siempre, que si averiguaba algo sobre la fuente del vino que le escribiera a Zuazo de Cuartango...

El día de la partida, un jueves por la mañana, el único que le acompañó a la estación fue Quisquillas que no había ido a trabajar por dolor de lumbago. Julio cargó con su mochila y la maleta de Samuel que contenía todo lo suyo, incluido el casco y los guantes de boxeo. Minutos antes de subir al tren, el viejo le dijo, echando mano al bolsillo de su chamarra:

–Toma. El viaje es largo. Esto te lo puede hacer más distraído –dijo, dándole un libro–. Es de un poeta que murió en la cárcel.

Julio lo tomó en sus manos, leyendo las letras de la cubierta:

–¡Anda, si es de Miguel Hernández! “Perito en lunas”. Muchas gracias, es uno de mis poetas preferidos.

–Era del Paraca. Lo tenía debajo del colchón. Se fue, dejándoselo aposta. Para él ya no había más poesía que la Mariposa Negra.

Llegó el tren. Los dos hombres se abrazaron emocionados. Julio se encaramó en el estribo con los bártulos. Enseguida arrancó, permaneciendo de pie en la plataforma, diciéndole adiós con la mano a aquel hombre viejo que no hizo nada por contener las lágrimas...

En Miranda efectuó trasbordo a un electrotrén. Acomodado en el asiento se dejó llevar por los pensamientos, contemplando los inmensos viñedos de Haro. En ese instante sus ojos descubrieron en el cielo una bandada de patos salvajes volando hacia el sur en una misteriosa formación de uve. Aquello reconfortó su ánimo. Se acordó del libro. Lo sacó del bolsillo de la mochila y lo hojeó antes de emprender su lectura. Una cuartilla doblada cayó de entre sus páginas. La cogió pensando que se trataba de notas escritas por el Paraca. Lleno de curiosidad la abrió y se encontró con un poema escrito con tinta azul. Era una letra con buena caligrafía, pero con muchas faltas ortográficas. Leyó:

*EN MARCHA*

*Sólo pienso en la rubia y fría cerveza*
*que pone en marcha mis piernas.*
*Es de día.*
*Mis pesadillas me han dado un respiro.*
*La cabeza me da vueltas.*
*Oye, colega, hagamos juntos el camino,*
*y no me digas que “estás tan acostumbrado a perder*
*que te incomoda el ganar".*
*Mira ese árbol.*
*Durmamos bajo su sombra nuestra derrota de alcohol.*
*No hay prisa.*
*No hay necesidad de ponerse nerviosos,*
*el trabajo puede esperar.*
*Vamos a acariciar nuestras gargantas*
*quemando los lagartos que aún me quedan.*
*Me han dicho que en ese pueblo*
*hay unas chicas de miedo.*
*Luego nos dormiremos*
*dando la espalda a las estrellas.*

*FIN DE VIAJE*

*No siento mis pies.*
*Les he hecho tragar*
*200 kilómetros de asfalto.*
*Pero nunca he estado solo,*

*la maldita lluvia ha empapado mis pulmones.*
*Era como si llorase.*
*Hacía tiempo que no sentía el corazón,*
*y el labio roto que no deja de escupir sangre.*
*Ayer me lo partió un maca,*
*no sé dónde ni recuerdo por qué.*
*Una bagatela, seguro.*
*Pero ahora me siento más fresco que nunca.*
*He llegado al valle*
*y mi guitarra no deja de sonar.*

Leer aquel poema pedestre y pasar por su imaginación cuantos detalles recordaba del Paraca fue todo uno. En raras ocasiones había podido mantener una conversación con él. Una de ellas fue cuando éste mostró su disposición a enseñarle a tocar la armónica. De cualquier manera tampoco el joven introvertido lo ponía fácil. Parecía que sólo le interesaba llegar del trabajo, tumbarse en la litera, sonar la armónica y soñar con la Mariposa Negra. Por lo que se veía a juzgar por el libro también le gustaba leer poesía y escribirla. ¿Cuándo y dónde? En algún lugar recóndito del bosque porque lo cierto es que nadie lo vio nunca garabateando en una cuartilla.

Julio llegó a Zaragoza por la tarde. Su madre en cuanto lo vio entrar se abrazó a él llorando de contenta. Cuando se apaciguaron emocionalmente la mujer se fijó en que su equipaje de vuelta había aumentado. Como no pudo refrenar su curiosidad, le preguntó:

–¿Y esto? Te fuiste ligero y vienes cargado.

El faltó a la verdad diciéndole que era de un compañero que se había comprado otra maleta.

–Ay, hijo, no creo que estés tan pobre como para aceptar una maleta usada.

Él sonrió y le contó cosas de su viaje como maniobra de distracción. Omitió aposta referirle la tragedia de Samuel para no turbar su alegría. Lo haría más adelante, cuando ella en sus pesquisas descubriera el casco del Kid Serpiente y los guantes de boxeo.

Esa noche durmió más de lo acostumbrado. Su quebrantado espíritu se hallaba al límite y necesitaba una cura de reposo. Al día siguiente se levantó con energía renovada, pero la imagen de Samuel gravitando en su cerebro le llevó a echarse a la calle y recorrer los lugares donde se habían conocido. Se acordó del dinero del boxeador que guardaba como depositario. Pensó en su hermana Fuensanta y fue hasta donde ésta vivía. Llamó a la puerta pero salió una señora desconocida.

Con voz áspera dijo que allí no había ninguna Fuensanta. Una vecina, de esas que siempre están al quite, le informó que hacía meses que se habían mudado, pero no dijeron a nadie dónde. Mientras se alejaba de allí la voz de Samuel le aconsejó que renunciara a averiguar el paradero de ella. “No se lo merece, olvídate de entregarle mi dinero y disfrútalo tú”, murmuró la voz de ultratumba, cosquilleándole la oreja con su aliento.

Paseaba por el paseo de Independencia, cuando vio una tienda de discos y aparatos de música. De pronto recordó algo.

Entró decidido y preguntó a la empleada por el concierto de Aranjuez cantado por Richard Anthony.

–Sí, lo tenemos y también interpretado por Dyango.

–Deme los dos –dijo sin titubear–. La otra persona prefiere producto nacional –añadió con una sonrisa de complicidad–. Ah, y de paso póngame ese tocadiscos con esos dos baffles grandes.

Los pagó y dijo que se los llevasen a la dirección que les indicó. Los recibió en su casa al día siguiente y tras instalarlo, colocando los dos altavoces cerca de la ventana del patio de luces, preguntó aviesamente a su madre:

–Oye, mamá. ¿Todavía te siguen martirizando los del primero con su música macarra?

–Sí, hijo, todavía. No sienten respeto por nadie. El tío Anselmo, ya sabes, el del cuarto, estuvo enfermo y al saberlo aún ponían la música más alta.

Julio abrió la ventana del salón. Entró una ligera brisa que agitó los cortinajes. Enchufó el tocadiscos, colocó el disco de Richard Anthony y le dio volumen al máximo.

Los adornos de los estantes temblaron, unas palomas en el tejado de enfrente emprendieron el vuelo, despavoridas, mientras las notas del concierto se esparcían por el barrio. La voz cálida, sensual, del cantante susurraba melancólica la letra añadida a la bella composición del maestro Rodrigo:

“Junto a ti, al pasar las horas sin mi amor, hay un rumor de fuentes de cristal...”.

–¡Ay, por Dios, hijo, no hagas tú también como esos cafres!

–Escucha mamá, esto no es lo mismo. Es gloria pura –dijo, volviendo la cara para que no viese el brillo húmedo de sus ojos.

... “Dulce amor, esas hojas secas sin color que barre el viento son recuerdos de romances de ayer, huellas de promesas hechas con amor...”.

... “En Aranjuez, un hombre y una mujer, en un atardecer que siempre se recuerda...”.

## EPÍLOGO

En el año 1977 la construcción de la autopista llegó a su fin. Se le llamó la Vascoaragonesa y hoy por hoy es la autopista de peaje más cara de España.

Desmontaron el poblado y los obreros carrilanos se dispersaron por la geografía española.

Dolores y Luisón se establecieron en Mazarrón, abriendo un par de tiendas de objetos para turistas playeros.

Joao decidió retornar a su tierra, abrumado aún por la voluntaria desaparición de su hija.

Cristina Do Silva y el Paraca se habían instalado en La Coruña donde abrieron un pequeño restaurante. Por las noticias que se tienen les debe ir bien porque un carrilano que recaló en él comentó que ella estaba en estado de buena esperanza.

Badajoz regresó a Extremadura al término de las obras. Compró una casa vieja en las afueras de su ciudad y la reformó, convirtiéndola en una hermosa y confortable vivienda. Tenía dos perros a los que llamó Fraga y Carrillo. Cuando venían

visitas los canes ladraban con furia. Entonces él salía bonachón y con voz contundente les conminaba: “¡Fraga, Carrillo, a vuestros escaños!”.

El Consorcio localizó a Fuensanta, la hermana de Samuel, viviendo con su marido en una masía de Gerona. Le pagaron el sueldo que se le debía a su hermano.

A principio de los ochenta, Lucía, la chica del quiosco de Andorra, se enamoró de un representante de Chupa Chups. Se casaron y se fueron a vivir a Tarragona de donde él era originario.

Quisquillas se fue a Vitoria y dicen que lo vieron en la puerta de una iglesia “cobrando la contribución”, que es como le llaman los carri a hacer de pedigüeños. Dos años más tarde, ante las diligencias de Jáuregui que lo encontró de aquella guisa, lo ingresaron en un asilo para ancianos indigentes. En 1984, aquejado de neumonía, Guillermo Aguilar Martín se largó de este mundo. Pero antes de morir parece ser que dijo con cierto desdén carrilano: “Yo ya he visto todo lo que tenía que ver. ¡Ahí os quedáis, pringaos, desollad vosotros la cabra!”.

Por esas fechas, Jáuregui fue liberado por la UGT para poder viajar a las reuniones del sindicato en Madrid. Al principio, como era reticente a usar las autopistas se iba en tren. Pero luego, como las reuniones empezaron a menudear se compró coche nuevo para desplazarse por ellas, porque por la carretera nacional no era plan con semejante carro. Al notar a su flamante máquina devorar kilómetros con aquella facilidad, lleno de efusión soltó un taco en castellano y el resto de la

frase en vasco, que traducido podía haber sido: “¡Coño! ¡Esto es otra cosa!”.

En 1985 en las cuencas mineras de toda España se produjo la gran crisis. Hubo concentraciones de mineros en Madrid. Los mineros de Andorra y de toda la cuenca turolense se manifestaron en la capital por vez primera.

De Asturias, Alcantarilla y Málaga no se supo nada más. Seguramente andarán recorriendo la última tramada del carril de sus vidas.

Castellón, por discrepancias con este grupo, decidió viajar solo. Recaló por León para pedir trabajo en las minas de la provincia. No pasó el reconocimiento por problemas de bronquios. Antes de emprender camino entró en una iglesia que encontró al paso por ver si el párroco le daba cuartelillo. En el interior no había nadie, ni beatas, siquiera. Castellón se fijó que cada santo tenía su alcancía al lado. Si las abriese con su ganzúa de otros tiempos podía ser una ayuda, pero desechó esta tentación por pecaminosa. Aún tenía principios. El cura salió de la sacristía y fue hacia él, sonriendo bonachón. El sacerdote, tras cruzar unas palabras con él, advirtió que era un “manso de corazón”. Le ofreció quehacer a cambio de techo y comida. Castellón aceptó quedarse a desarrollar el trabajo que consistía en ayudar en la catequesis, mantener limpio el recinto e incluso, al oírlo un día cantar himnos religiosos, le propuso formar parte de la coral. Una tarde del 2002 falleció Castellón de modo inusitado y absurdo. En la celebración de su cumpleaños los chicos del coro le obsequiaron una tarta grande como la tapa de una alcantarilla, adornada con 62

velas. Al tratar de apagarlas todas le falló el corazón y murió súbitamente, aplastando el rostro contra el merengue. Pensando que bromeaba le levantaron la cabeza y se horrorizaron al contemplar los ojos desorbitados en un rostro lleno de grumos blancos. Intentaron reanimarle pero sin duda alguna estaba muerto.

Valladolid finalmente encontró la fuente del vino. Se hallaba esta en Cariñena, pueblo a unos cincuenta kilómetros de Zaragoza, dirección Teruel–Valencia, por la recién inaugurada autopista Mudéjar. Feliz de haberla encontrado se quedó a trabajar de temporero, al ser el mes de junio lo ocuparon en trabajos previos a la recolección. Con ansias esperó que llegase septiembre y con él la fiesta de la vendimia, que era cuando únicamente los caños de la fuente situada en la plaza vertían vino. Lo que ahora es bastante conocido, entonces no se hallaba tan divulgado como en estos tiempos de Internet y globalización.

Por esos días señalados de septiembre el vino cae en el estanque que es una delicia para los sentidos. Valladolid, con los ojos haciéndole chiribitas, no perdió ocasión y llenó una botella de dos litros de las de agua. Como si hubiera robado el fuego de los dioses se fue a su chupano en las afueras a beber hasta caer desplomado.

Los temporeros que pasaban todos los años por Cariñena contaban que Valladolid seguía allí, trabajando en la temporada de la uva y haciendo vida de ermitaño el resto del año. Pero llegó el momento que nunca más se supo de él. Es bastante probable que falleciera de un hartón de mollate,

como él decía. Es fácil imaginárselo tumbado boca arriba con una sonrisa feliz petrificada y con los gatos de los alrededores lamiéndole los húmedos labios manchados de vino.

En 1978, Teruel apareció por la ciudad de Zaragoza. Se le veía bastante degradado por la bebida. Como no le daban trabajo en ninguna empresa se puso a pedir en la calle, utilizando pequeñas engañifas. Fue de los primeros mendigos que usó pancartas equívocas en las que se leía: “Asociación de parados. Una ayuda, compañero. Mañana puedes ser tú”.

Un día que iba más achispado de lo normal se puso a pedir enfrente del Banco de Bilbao. De pronto le dio el siroco, no se sabe si a raíz de haber visto salir del Banco a un tipo gordo, bien trajeado y puro enorme, cargando con una cartera de asas bien abultada, la cuestión es que agarró un adoquín, pues andaban por aquellos días en obras arrancando los raíles del tranvía, y lo estrelló contra la luna de la entidad, lo que produjo un gran estrépito. Rápidamente salieron dos empleados y lo retuvieron, metiéndolo dentro a empellones, procediendo a continuación a llamar a la policía. Teruel se sentó en uno de los cómodos sillones con la satisfacción del que ha derribado todos los bolos. Enseguida llegó un inspector con pintas de pertenecer a otra época y comenzó a inspeccionar el diámetro del boquete en el cristal, el tamaño del adoquín, etcétera. Teruel parpadeó y dijo en tono somarda:

–No investigues más, maño, que he sido yo. No te cale estar ahí haciendo el paripé, teniendo delante de tus mismos morros el cuerpo del delito. ¡Rediez!

Se lo llevaron detenido y como era insolvente lo condenaron a seis meses de cárcel. Cuando salió, algunos que hablaron con él dicen que volvió al carril, pero lo cierto es que se le perdió la pista.

En cuanto a Julio, años después, tras errar por algunos trabajos se montó su propio negocio de venta de materiales de construcción. Siguió militando en el anarcosindicalismo y allí conoció a un compañero diez años más joven que él. Convivieron juntos bastante tiempo y en el año 2005, cuando el gobierno socialista promulgó la ley de matrimonio entre homosexuales, decidieron casarse. Julio contaba 52 años y por lo visto fueron de las primeras parejas gay en contraer matrimonio en Aragón.

Por lo que se sabe jamás olvidó a Samuel. Invirtió el dinero que todavía guardaba en trasladar sus restos al cementerio de Torrero y raramente faltaron flores frescas en su tumba.

ACERCA DEL AUTOR

FERNANDO JIMÉNEZ OCAÑA nació en Baena (Córdoba) en 1952. Por la escuela pasó lo justo para aprender lo único que le interesaba: las letras.
Emigró a Zaragoza con toda su familia, en cuya capital reside desde 1968.
Su primer libro salió al público en 1984; era *Musgo en la piel. Relatos carcelarios.* En los veinticinco años transcurridos, este escritor no ha dejado de trabajar en y para la literatura, siendo además fundador y colaborador de varias revistas de creación de ámbito local.
De entre sus títulos, destacámoslos siguientes: *El vendedor a la intemperie* (1999); *Del laberinto al treinta* (2002); *Entre Umbría y Borgoña. Memorias de un viajero iletrado* (2004); *La dama de medianoche* (2005); *El tesoro de Espoz y Mina (2007).*